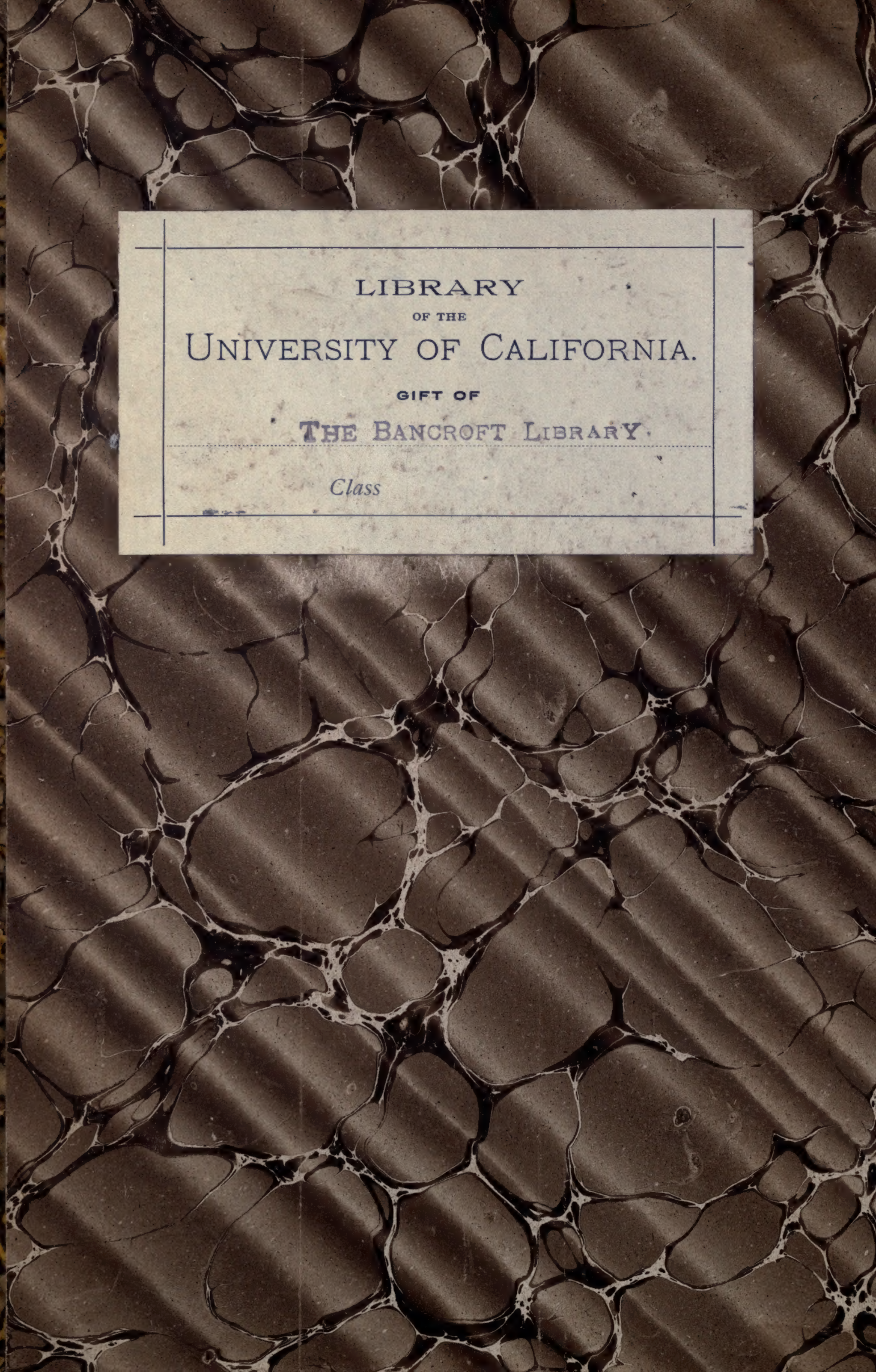



LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA.
GIFT OF
THE BANCROFT LIBRARY
Class



Bruselas 14 Mayo 1893
Emilio [illegible] Navarro

Cristobal Colon.

I.

HISTORIA
DE
CRISTÓBAL COLON
Y
DE SUS VIAJES,

ESCRITA EN FRANCÉS
SEGUN DOCUMENTOS AUTÉNTICOS SACADOS
DE ESPAÑA É ITALIA,
POR
ROSELLY DE LORGUES,
Y
TRADUCIDA EN ESPAÑOL
POR
MARIANO JUDERIAS.

SEGUNDA EDICION.

TOMO I.

CADIZ.

EDUARDO GAUTIER, EDITOR.
CALLE DE SAN FRANCISCO, 25.
1858.

IMPRENTA Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA,
CALLE DE LA BOMBA, NÚMERO 1.
1858.

A

DON JUAN SALOMON,

BRIGADIER DE LA ARMADA

Y

MINISTRO SUPLENTE DEL TRIBUNAL SUPREMO

DE

GUERRA Y MARINA,

EN PRUEBA DE LA AMISTAD QUE LE PROFESA

EL TRADUCTOR.

No es ya un mortal, es un ánjel,
de Dios un nuncio en la tierra,
un refuljente destello
de la sábia omnipotencia.

El duque de Rivas.—*Romances históricos.*

Sonó la hora que tanto deseaban los corazones jenerosos amantes de la verdad y la justicia; cayó al fin en el reloj del Tiempo el último grano de arena que aguardaba la Historia de mas de tres siglos y medio hacia, para dejar consignada en una de las pájinas de su libro de piedra, la rehabilitacion del hombre mas grande, y de mas merecida fama que conocieron las edades; de aquel que con sus empresas dejó eclipsados los trabajos de Hércules y las espediciones de los argonautas, del elejido de la providencia, del precursor del Evanjelio en el nuevo continente, del bienaventurado, del santo, que para ser comprendido, necesitó de una mujer tan sublime como él, y que tal vez un dia venerará la Iglesia en los altares á su lado.

¡Cristóbal Colon! ¡Isabel *la católica*! Hé aquí

dos nombres que electrizan á los pechos cristianos y á los españoles sobre todo; porque ambos pertenecen á sus anales, poema épico en que tanto abundan los héroes y las hazañas, y en cuyos cantos no hay uno solo, que no ofrezca una enseñanza, un ejemplo que seguir, lo mismo en la suerte adversa que en la favorable.

No obstante ser Cristóbal Colon el personaje mas notable que se destaca en el gran cuadro de la humanidad despues de su redentor; sin embargo de estar tan patente como la luz del Sol, que el peregrino de los mares fué una criatura inspirada por el creador para *descorrer el velo que cubria de sesenta siglos atras la totalidad de su obra terrestre*; á pesar de haberse esforzado durante el transcurso de su vida, en identificarse con Jesu-Cristo, consiguiéndolo de tal manera, que si nos fuese lícito comparar al salvador del mundo con un mortal, sin escrúpulo de conciencia, sin vacilar un segundo lo compararíamos con el navegante misionero, que osó el primero llevar la cruz al traves de la mar *Tenebrosa*, arrostrando peligros sin cuento, para clavarla en sus misteriosas orillas, y anunciar con su palabra dulce y edificante á los hijos de Sem, la venida del Mesias; sin embargo de todo esto, repetimos, la biografia de Colon ha permanecido vinculada en sus enemigos naturales, los discípulos de la escuela protestante; pues ningun escritor católico ha tratado de escribirla completamente. Demas está decir, que al considerar á tan fiel servidor de Dios por el objetivo del protestantismo, no le vemos como fué, sino en estremo

desfigurado y despojado de los atributos de su espíritu majestuoso; no como un jigante, sino como un pigmeo; no como un predestinado, sino como un aventurero feliz; no como un ser en contínua comunicacion con el todopoderoso, sino cuando mas como un matemático, cuyos cálculos atrevidos dieron por resultado el descubrimiento del nuevo continente.

Era pues de absoluta necesidad, que un católico narrara una historia nueva, íntegra y completa de la revelacion del nuevo mundo; porque como dice Mr. de Lorgues,[1] tanto se opone al sentido comun que los incrédulos espliquen la fé, como el que un prodijio del injénio católico se enseñe por la escuela protestante. Este es el motivo que lo indujo á emprender tan vasto trabajo, logrando su objeto con tal acierto que, no ha dejado un hecho, una palabra, un pensamiento su héroe, que no lo haya inundado de luz y que en su consecuencia no se perciba con la majestad de los hechos, de las palabras y de los pensamientos de los bienaventurados. "El aliento con que empañó la filosofía cristal tan limpio; esa ciencia que no quiere ni hombres muy grandes, ni muy puros, lo ha lavado él con piadoso celo, y á eso se debe el conocimiento del segundo matrimonio de Colon;"[2] matrimonio que niega con maliciosa sonrisa Mr. de Humboldt, aconteciendo lo propio desgraciadamente con la mayor parte de sus cronistas, en especial el abate Sangi-

1. Introduccion.
2. Mr. J. Barbey d'Aurevilly. *Le Pays* del 12 de Noviembre de 1856.

netti, que sin tener en cuenta el sagrado ministerio de que está revestido, busca con reprensible tenacidad el medio de inmortalizarse, difamando y salpicando de cieno la imájen venerable y pura del nuncio del señor.

Pero no es sola la figura de Colon la que sobresale en esta historia de su vida. Resalta en ella, una mujer noble, jenerosa, elevada, fiel y magnánima, dechado de virtud, el único ser que mereció asociársele, y el solo que supo apreciar su mérito y el de su inmenso donativo; mujer que, como dice Mr. Desormeaux, unia á la grandeza de alma de un héroe la política profunda y hábil de un ministro, las miras de un lejislador, las cualidades brillantes de un conquistador, la probidad de un buen ciudadano y la rectitud del majistrado mas íntegro; mujer católica por escelencia, añadiremos nosotros, y cuyo recuerdo no debia apartarse nunca de las de su sexo, porque con los hechos de su vida, hasta los que parezcan mas insignificantes, puso de manifiesto lo que la mujer vale y puede cuando comprende y se posee de lo alto y sagrado de la mision á que está destinada; reyna que despues de la de los cielos ni se vió jamás igual ni hubo con quien semejarla; reyna que tuvo mientras vivió, un templo en el pecho de cada súbdito, y que al morir dejó anegados en llanto á sus vasallos, que perdieron con su persona al ánjel tutelar, que los condujo siempre por el sendero del honor, y los cubrió de gloria; reyna que halló al subir al trono "una nacion corrompida y plagada de malhechores, una nobleza díscola, turbulenta y audaz, un sólio vi-

lipendiado, una corona sin rentas, un pueblo agoviado y pobre, prelados opulentos y revoltosos como el arzobispo Carrillo de Toledo, caballeros ambiciosos y rebeldes como el gran maestre de Calatrava, magnates codiciosos é intrigantes como el marques de Villena, próceres osados y traidores como Pedro Pardo, ricos delincuentes como Alvaro Yañez, alcaides criminales como Alonso Maldonado, una competidora al trono incansable y tenaz como la Beltraneja, un rival despechado, presuntuoso y emprendedor como Alfonso V de Portugal, un enemigo poderoso, político y astuto como Luis XI de Francia, un ejército portugues dentro de Castilla, otro ejército frances en Guipúzcoa, y por todas partes tropas rebeldes capitaneadas por magnates castellanos; y vió á los pocos años sometidos á los magnates, á los franceses rechazados en Fuenterrabia, á los portugueses vencidos y arrojados de Castilla, á la competidora del trono encerrada en un claustro, al jactancioso rey de Portugal peregrinando por Europa, al ladino monarca frances firmando una paz con ella, á los ricos malhechores castigados, á los receptáculos del crímen derruidos, á los soberbios próceres humillados, á los prelados turbulentos pidiendo reconciliacion, á los alcaides rebeldes implorando induljencia, á los caminos públicos sin salteadores, á los talleres llenos de laboriosos menestrales, á los tribunales de justicia funcionando, á las Cortes lejislando pacíficamente, con rentas á la corona, al tesoro con fondos, respetada la autoridad real, restablecido el esplendor del trono, al pueblo amándola y á la nobleza

sirviéndola. Castilla habia sufrido una completa transformacion, y esta transformacion la habia obrado una mujer."[1]

Al lado de tan gran rey, no es estraño que aparezca empequeñecido Fernando *el católico*, tanto mas, cuanto que este cauteloso monarca, tuvo entre no pocas flaquezas, la de dejar consumir, ó para hablar con mas propiedad, la de acibarar con su mala fé, los últimos años de Cristóbal Colon, y precipitar su agonia. Si nó abundase la crónica de don Fernando en procederes de esta misma naturaleza, nos bastaria su comportamiento con el almirante del Océano, para poner de manifiesto su astucia, su envidia y su ingratitud, cualidades dominantes de su corazon.

Reasumiendo:

Narrar con rigorosa precision hasta en sus menores detalles la biografía del almirante, siguiéndolo paso á paso desde la cuna al sepulcro; vindicarlo de las calumnias que la malevolencia y la escuela protestante han esparcido á manos llenas en torno suyo, sacándolo de esta prueba limpio de toda mancha; ofrecerlo á la posteridad tal como fué, á saber: como un hombre inspirado por Dios para dar cumplimiento á una mision que, como dice el elocuente Ventura de Ráulica, era sin duda alguna superior á la ciencia y á los recursos humanos; hablar la verdad pura en cuanto concierne á aquel apóstol que, venciendo obs-

1. Nos ha parecido muy oportuno citar este trozo de la introduccion á la edad moderna de la *Historia jeneral de España*, de don Modesto Lafuente, no tanto por la elocuencia y galanura de su estilo, sino por la verdad con que está escrito.

táculos, á la sazon tenidos por insuperables, llevó la antorcha de la fé á los pueblos que yacian en las tinieblas del error: retratar con mano maestra á la grande, á la piadosa, á la sublime, á la incomparable Isabel, presentándola como un modelo á las reynas y á su sexo: poner de relieve la nobleza y la hidalguia castellana; y hacer la debida justicia desde el receloso Fernando de Aragon al sábio y humilde Fr. Juan Perez de Marchena, tal es el objeto de la obra cuya traduccion vamos á comenzar.

MARIANO JUDERIAS.

CARTA

DE

S. S. EL PAPA PIO IX

AL CONDE

ROSELLY DE LORGUES.

PIUS P. P. IX.

Dilecte Fili, salutem et apostolicam benedictionem. In tuis ad nos litteris Kalendis novembris proximi datis, novum invenimus tui jampridem cogniti et probati pro sanctissima religione studii testimonium cum singularis erga Nos Sanctamque hanc Petri Sedem devotionis et observantiæ sensibus conjunctum. Quare nihil potius te habere significas quam ut historiæ luce adhibita stupenda et maxime insignia beneficia ab Religione ipsa in remotissimas novi orbis plagas derivata ostendas, atque propugnes. Ejus sane generis est argumentum, de quo scribere, ut ais, mox tibi proposuisti. Cum in lucem publicam illa prodierint documenta, quæ partem novi orbis á Christophoro Colombo primum detectam spectant, apparebit certissime, ut tu jure optimo affirmas, Dilecte Fili, Christophorum ipsum Apostolicæ hujus Sedis impulsu, et auxilio Clerique preæsertim magno studio id præcellentis cœpisse consilii. Ingenio idcirco et voluntati tuæ jam tunc gratulamur, Dilecte Fili, tibi que uberem cœlestium munerum

copiam ab Illo impense precamur, a quo est omne datum optimum, et omne donum perfectum. Quorum auspicem simulque paternæ qua te prosequimur caritatis pignus, habeas Apostolicam Benedictionem quam ipsi tibi, Dilecte Fili, intimo cordis affectu amanter impertimur.

Datum Romæ apud S. Petrum die 10 decembris anni 1851 Pontificatus Nostri anno VI.

PIUS P. P. IX.

2.ª CARTA*

DE

S. S. EL PAPA PIO IX

AL CONDE

ROSELLY DE LORGUES.

PIUS P. P. IX.

Dilecte Fili, salutem et apostolicam benedictionem. Obsequentissimas tuas libenter accepimus litteras, quibus offerre Nobis voluisti opus gallica lingua á te exarratum, ac parisiensibus typis superiore anno duobus voluminibus in lucem editum et inscriptum.=Cristophe Colomb, histoire de sa vie et de ses voyages.=Etsi ob gravissimas multiplicesque summi Nostri Pontificatus occupationes quibus continenter distinemur, nihil adhuc de hoc tuo opere degustare potuerimus tamen gratæ nobis fuere tuæ litteræ intimo erga Nos pietatis et obsequii sensu conscriptæ et cum codem dono conjunctæ. Dum autem debitas tibi pro munere agimus gratias procerto habeas, velimus præcipuam esse paterni animi nostri in te caritatem. Cujus quoque pignus sit Apostolicæ Benedictio, quam tibi ipsi, Dilecte Fili, amanter impertimus. Datum Romæ apud Sanctum Petrum die 9 martii anno 1857.

Pontificatus nostri anno undecimo.

Pius P. P. IX.

* S. S. escribió esta carta á Mr. de Lorgues tres dias despues de haber recibido la obra.

Han transcurrido siglos, sin que el mas grande acontecimiento que sobrevino á la humanidad, aquel por el cual se duplicó el globo, se haya descrito tal como fué, ni menos atribuido á quien corresponde la verdadera causa que lo produjo. Ningun escritor católico procuró jamas trazar con exactitud la vida de Cristóbal Colon, el héroe del catolicismo. Tan solo la escuela protestante tuvo hasta hoy el privilejio de narrarnos esta historia, siendo aceptados sus fallos sin litijio; hasta que al fin ha sonado la hora de una gran rehabilitacion.

Por la vez primera, desde la fundacion de la cátedra de Pedro en la ciudad eterna, se asienta en el trono del príncipe de los apóstoles, un pontífice que atravesó la inmensidad del Atlántico, los espacios del Océano, y admiró las maravillas del creador en las incomparables rejiones del nuevo mundo. Mejor que ningun otro, el ilustre papa Pio IX, pudo apreciar la fé en la providencia, la enerjia, la certidumbre, la fuerza y la resolucion que rebosaban en el pecho del hombre, que osó el primero, llevar á traves de lo inconmensurable, el signo de la redencion á las misteriosas tierras, cuya existencia negaba la ciencia contemporánea.

Lo grande de la obra y lo sublime del alma

del artífice se revelaron intuitivamente al hombre superior, que, despues de haber adquirido nociones completas del mundo físico y de los destinos de la humanidad, se vió llamado á la cabeza del gobierno del catolicismo. Una simpatia instintiva une al inmortal Pio IX á la memoria del cristiano escojido por Dios para revelarnos la mitad de su creacion terrestre, y es lójico y digno del jefe de la Iglesia el protejer la gloria del primer católico, que clavó la cruz en aquellas remotas playas, y proclamó el nombre del redentor.

Tambien parece natural tocase á un frances, dar cumplimiento á un acto de justicia reparadora, publicando la historia exacta de tan gran servidor de Dios, ya que la Francia fué la que, si bien sin quererlo, contribuyó la primera á despojarle de sus derechos, dando otro nombre que no el suyo al continente, que descubrió su injénio. Si hemos aceptado una comision tan honrosa, y que tanto escede á nuestras fuerzas, es porque la benevolencia[1] con que se ha dignado tratarnos el soberano pontífice reinante, nuestro amor á la verdad, nuestra libertad de preocupaciones personales y nuestra confianza en Dios nos permiten esperar, que no obstante nuestra incapacidad, plazca al padre de las luces, autor de los dones perfectos, iluminar el camino de nuestras investigaciones; y que por el ascendiente que siempre tuvo la verdad, y que

1. Ademas de la carta con que S. S. se dignó honrar al autor, por un favor escepcional, se suscribió á la obra, y envió al conde Roselly de Lorgues la cruz de S. Gregorio Magno.

N. de la 1ª edicion francesa.

suple los encantos del estilo, se lea nuestro libro.

Existe un corro de publicistas, que no aprecia la crónica sino cuando se escribe con la mente, no con el corazon, y á los que la idea sola de que el alma del autor se mezcle en la narracion, parece una infraccion de las reglas de la composicion histórica. Pero el historiador que toma por costumbre contener en los límites de una elegante fraseolójia los rasgos de una seca y árida imajinacion, carece de ánimo, y dá muestras de cobarde.

Mal que les pese escribiremos, obedeciendo á nuestro propio impulso, sin dejarnos llevar de las exijencias sistemáticas de la escuela que pretende imponer la ley en este caso: referiremos tan solo uno por uno y por su órden los acontecimientos inherentes á los actos ó á la persona de Colon, absteniéndonos de hablar del estado de los pueblos que descubrió y que observó el primero. Los detalles de su administracion, las consideraciones científicas, que parecen naturalmente desprenderse de sus viajes, nos están vedadas, porque no caben en los estrechos límites del cuadro que nos hemos trazado.

Antes de comenzar, debemos responder á estas preguntas que se han reiterado muchas veces. ¿De dónde proviene que la vida del héroe, á quien el jénero humano debe la posesion del otro hemisferio, no haya sido nunca escrita por un católico? ¿Por qué tan solo los escritores protestantes, dueños de tan famosa biografia, abrogándose el privilejio de mostrarnos esclusivamente por su objetivo la imájen de Colon, han llegado á imponer

sus ideas como la sentencia definitiva de la historia?

Al satisfacer á esta lejítima curiosidad probaremos implícitamente, con el mismo esceso de la aberracion en que se cae con respecto á Colon, la necesidad de publicar una relacion sincera y completa de su vida. Entónces se comprenderá toda la importancia del servicio prestado á la integridad de la historia, por el asentimiento del soberano pontífice, cuya magnanimidad nos ha dado aliento. Esto es lo que vamos á hacer ahora en la introduccion, cuya lectura es indispensable para conocer la vida y nombre de Colon, pues por sí sola permitirá pasar en seguida á la parte narrativa, sin obstáculo que le ponga entorpecimiento. Los hombres que deseen iniciarse en los movimientos íntimos del precursor del apostolado en el nuevo mundo, no deben omitir una sola línea de los preliminares, al par que los lectores superficiales podrán pasarse sin leer preámbulo tan grave.

El Conde Roselly de Lorgues.

INTRODUCCION.

I.

El dia 20 de Mayo de 1506 exhaló el último suspiro en un meson de Valladolid el virey de las Indias don Cristóbal Colon. En torno de su lecho estaban sus dos hijos, algunos frailes franciscanos y siete personas de su servicio.

La muerte del hombre, que habia descubierto un nuevo mundo, ni apenó á Castilla, ni se supo en el estranjero. En aquellos momentos preocupaba la atencion de las jentes la llegada de la infanta doña Juana, hija de Isabel *la católica,* que con su esposo el archiduque Felipe de Austria venia á tomar posesion de su herencia. El entusiasmo era jeneral, los grandes acudieron á recibirlos, apenas se tuvo noticia de su desembarco en la Coruña, despues de un viaje azaroso, y el hermano predilecto del almirante, su amigo de la infancia abandonó la cabecera del enfermo, y fué en su nombre y en provecho de sus sobrinos á felicitar á los nuevos soberanos. Pero desgraciadamente para Colon las indiscreciones tenidas sobre las contínuas reyertas de la jóven pareja, las desagradables desavenencias que se decia separaban ya á yerno y suegro, las divisiones de palacio, los partidos que de ellas se formaban, traian los ánimos inquietos sobre el porvenir, é hicieron olvidar su suerte. Ademas,

hacia mucho que estaba en desgracia con don Fernando,* y como es natural, con los cortesanos tambien, no obteniendo por ese motivo el que legó á Castilla la mitad del globo, ni honras fúnebres, ni monumento, ni epitáfio.

Tal era la indiferencia por él, que un literato lombardo, entónces muy en boga, llamado Pedro Mártir de Angleria, que se preciaba en otra época de su amistad, y que vivia en España con la esperanza (son sus palabras) de inmortalizarse, si escribia la historia de los primeros sucesos del descubrimiento, ni siquiera se dignó mencionar esta pérdida, aconteciendo lo propio con el *Cronicon de Valladolid*, que desde el año de 1333 al de 1539 tuvo cuidado de consignar hasta las mas triviales noticias de interes local. Era visto que para Colon el silencio del desamparo precedia al del sepulcro. Sus restos gloriosos y desatendidos fueron depositados piadosamente en el convento de San Francisco, por los únicos amigos que le quedaron siempre fieles, los relijiosos de la Orden Seráfica.

No obstante; al cabo de siete años volvió en sí de su falta don Fernando, y queriendo dejar en sus anales un ejemplo de su real gratitud, pensó en el hombre que acrecentara el esplendor de España de un modo tan portentoso, y al que en recompensa habia asesinado con su mala fé, su política ruin, y sus calculadas demoras. Ordenó pues, que se hiciesen al finado funerales, conformes á su rango de grande almirante, y en su consecuencia trasladaron su ataud á la catedral de Sevilla, donde aquellos tuvieron lugar á espensas del soberano.

* Fué achaque de este receloso monarca el pagar en moneda falsa á sus mas leales servidores.

N. del T.

Despues se puso en el subterráneo del convento de las Cuevas en la capilla de Cristo, y se grabaron en la piedra los dos versos de la leyenda de sus armas.

Colon, á quien la providencia trajo á España, estaba considerado en ella como estranjero; á pesar de sus cartas de naturaleza, y no dejó al partir de esta vida ninguna alianza poderosa, que volviese por su crédito, ni por su descendencia. Nueve años hacia que el camino abierto por la audacia de su injenio, al traves de la mar *Tenebrosa*, tenida hasta entónces por inaccesible, lo surcaban aventureros intelijentes y afortunados. Numerosos descubrimientos habian sucedido á los suyos, haciendo olvidar el éxito fácil de lo presente, los rudos trabajos de un pasado, mas conocido por sus prodijios que por sus riquezas. Los de los portugueses al oriente, y los viajes de los castellanos por las Indias occidentales, daban fama eterna á nombres ignorados. Mientras que Vasco de Gama, doblando el cabo de las Tempestades, descubria á Mozambique, Melinda y Guzárate, y establecia factorias en Cochin y en Cananore; Vicente Yañez Pinzon franqueaba la línea equinoccial. Y al par que la sumision de Madagascar y de Zocotora, el descubrimiento de Sumatra y de Malaca y la conquista de Goa cubrian de gloria las armas portuguesas, un nuevo impulso ponia en movimiento á todos los puertos de España, que activaba los ensayos de colonizacion en el nuevo continente, en Uraba, en Darien y en Porto Bello, recibiendo en premio la Florida por Juan Ponce de Leon, y la mar del Sur por el jeneroso Vasco Nuñez de Balboa. ¿Quién habia de pensar en Cristóbal Colon en medio de tantos triunfos y de tantas esperanzas?

En vano solicitó del rey, durante dos años consecu-

tivos, su hijo mayor, la investidura de los cargos y oficios de su padre, conforme á las capitulaciones firmadas el 17 de Abril de 1492 en los campos de Granada, ratificadas el 23 del mismo mes del año de 1497, y confirmadas en Valencia por carta real, fecha 14 de Marzo de 1502. Todo cuanto pudo obtener del receloso monarca fué la autorizacion de hacer valer jurídicamente sus derechos. Pero en el pleito que intentaba don Diego á la corona de Castilla tenia por adversario al ministerio fiscal, que en interes de la parte contraria, abrió una informacion en que fueron invitados á declarar contra el almirante todos sus enemigos. Oponia el fiscal á las pretensiones del hijo, que su padre no habia prestado ningun servicio eminente, y que no fué el verdadero autor de los descubrimientos acusándolo de haberse apropiado el proyecto, las cartas y las observaciones de un piloto desconocido que muriera en su casa de Porto Santo, y de que con la ayuda de esta espoliacion, casi sacrílega, efectuó su empresa. Y añadiendo á lo espuesto que si bien encontró islas, no fué el primero que puso el pié en el nuevo continente, se reprodujeron fortificadas y rejuvenecidas todas las calumnias que durante su vida habia esparcido la envidia en pos de él.

Mientras se proseguian estas actuaciones, Américo Vespucio, literato y matemático florentino, recibió el nombramiento de presidente de la Comision de Exámenes de la Marina. Empleado primero en la importante casa de espediciones marítimas que habia fundado en Sevilla el armador Juanoto Berardi, compatriota suyo, y como tal en íntimas relaciones con Cristóbal Colon, se aficionó, con su trato á la cosmografía y á los viajes, tanto que, dejando la pluma por el astrolábio y el ses-

tante, hizo muchas navegaciones, y llegó á ser piloto mayor, poniéndose despues á la cabeza del Consejo Hidrográfico. Cuando mozo, su tio Jorje Antonio Vespucio, ilustrado relijioso de San Márcos, preceptor de muchos jóvenes de familias principales, lo asoció á sus estudios. Dotado Américo de un estilo florido y ameno, sostuvo mas tarde correspondencia con varios de sus antiguos condiscípulos colocados en elevada posicion; y adquirió gran celebridad con la descripcion de sus viajes á las rejiones recientemente descubiertas, dedicada al duque René de Lorena, á Lorenzo de Pier Francesco de Medicis y al gonfaloniero de Florencia, Pietro Soderini. En una de sus cuatro *Relaciones*, ciertas palabras ambiguas y vagas daban márjen á sospechar que fuese él quien vió primero la tierra firme, á la que parecia llamar nuevo mundo.

Nadie hasta entónces habia impuesto nombre al continente descubierto por Colon; pues como la espedicion se hizo por la cruz, y para la cruz, se le indicaba jeneralmente en los mapas con su signo y estas palabras: *Tierra de la Santa Cruz* ó *Nuevo Mundo*.[1]

Pero ya en aquel tiempo las *Relaciones* de Américo Vespucio, impresas en Vicencio el año precedente, se reimprimian en Milan, y sin quererlo la Francia robaba para siempre á Colon la gloria de legar su apellido al hemisferio, cuya existencia habia revelado.

1. La célebre edicion de la *Jeografia* de Ptolomeo, hecha en Roma en la imprenta de Evanjelista Tossino, por Marco de Benevento y Juan Cotta de Verona en 1608, reproduce un mapamundi de Ruysch, en que el nuevo continente está señalado de este modo: *Terra Sanctæ Crucis sive Mundus Novus*.

La edicion de Ptolomeo hecha en Venecia en 1511 por Jacobus Pentius de Leucho, con mapas grabados en madera, indicaba tambien el nuevo continente con estas palabras escritas con tinta encarnada: *Terra Sanctæ Crucis*.

Un jeógrafo de Lorena, que vivia en Saint-Dié, en los Vosges, publicó bajo el seudónimo de Martinus Hylacomilus, dedicándola al emperador Maximiliano, una obra de cosmografía, seguida de las cuatro *Relaciones* de Américo Vespucio,[1] cuyo título era: *Introduccion á la cosmografia.* En ella no menciona su autor Martin Waldsemüller á Cristóbal Colon, cuya personalidad parece ignorar, y atribuye sin rebozo el descubrimiento del nuevo continente á Vespùcio. En su admiracion por la sagacidad de éste, dice: "que no encuentra qué motivo impida ponerle el nombre de su descubridor, y de llamarlo América; ya que la costumbre ha hecho femeninas las denominaciones de Europa y Asia."[2]

La gran notoriedad de que gozaban las *Relaciones* de Vespucio que, como se observa en la edicion de Juan Gruniger de 1509, del español en que se escribieron, fueron traducidas al portugues, al italiano, al frances, y al latin, vino á preparar el asentimiento del público á la injusticia, que con tanta candidez proponia el jeógrafo de Saint-Dié.

En honor de la verdad, y con harto sentimiento nuestro, nos vemos obligados á confesar, que Fráncia fué la primera en poner el nombre de América en sus cartas de jeografía, pues las mas antiguas, impresas en Lyon designan de ese modo el nuevo mundo.[3]

1. El título completo de la obra es este: *Cosmographiæ introductio, cum quibusdam geometriæ ac astronomiæ principiis ad cam, rem necessariis, insuper quatuor Americi navigationes.* Impresa primero en Saint-Dié en 1507, y reimpresa en Strasburgo en 1509.

2. "Non video cur quis jure vetet ab Americo inventore sagacis ingenii viro Amerigem quasi Americi terram, sive Americam dicendam cùm et Europa et Asia á mulieribus sua sortitæ sint nomina." *Cosmographiæ introductio,* cap. IX.

3. Así estaba la que en 1522 se grabó en madera para la reimpresion del Ptolomeo de Melchor y Gaspar Trechsel bajo el títu-

Las prensas protestantes de Alemania multiplicaron á porfia esta grosera usurpacion.[1] Florencia se dió prisa á recojer una palabra que la enorgullecia: toda Italia siguió su ejemplo, y el milanes Francisco Basso la grabó en 1570 en un globo de metal, con relieves y ricos adornos de oro y plata.

La posteridad de Colon, que hubiera podido reclamar contra este hurto, estaba estinguida por línea masculina, cuando todos conocian ya por América al nuevo mundo. Al formar su coleccion de viajes en 1507, Fracanzo de Montalbodo, no tan solo no averiguó si Cristóbal Colon vivia, sino que ignoraba hásta su último viaje. En el prefacio de la traduccion latina, que parece estar firmado por Madrignano el 1 de Junio de 1508, se lee: "que Cristóbal Colon y su hermano, libres ya de sus cadenas, vivian á la sazon honrosamente en la corte de España." El continuador de la célebre *Crónica de los reyes católicos* por Hernando del Pulgar[2] atribuye el descubrimiento nó á un hombre, sino á una carabela, y alude á la fábula del piloto muerto en casa de Colon. Esta indiferencia, consecuencia lójica de tantos errores, provenia del profundo descrédito en que terminó la carrera del grande almirante.

lo de: *Orbis typus universalis juxta hydrographorum traditionem exactissime depicta*, y tambien la que publicó en 1541 el editor Hugues de Portes.

1. El fraile apóstata Sebastian Munster, autor de la *Introduccion á la tabla de cosmografía*. estendió el nombre de América por medio de la imprenta de Bále, mientras por otro lado Joaquin Vadianus hizo lo mismo en su *Cosmografía universal* impresa en Zurich en 1548.

2. "El primero que las descubrió, fué aquella caravella llevado por viento contrario en levante; y tan contrario que vino á en tierras no conocidas, etc." Valles. *Breve y compendiosa adicion á la crónica de los católicos y esclarecidos reyes*, etc., cap. 1. fól. CCIIII.

Júzguese de ella, al ver que Lucio Marineo, capellan de Fernando *el católico*, hombre de imajinacion amena, y que se hizo venir de Sicilia con el objeto de propagar en Castilla las letras latinas, hacia confusion en lo concerniente á este suceso en su *Historia de las cosas memorables de España*, y desfigurando el maravilloso y simbólico nombre de Cristóbal Colon, le llamaba sin ruborizarse Pedro Colon.[1] Al obrar así, se puso al nivel del médico Jobst Ruchamer, que en el primer libro aleman que haya hablado de aquellas rejiones, se obstina en decirle Christoffel Dawber, que significa en nuestra lengua Cristóbal Palomo.

No tenian la conciencia de lo enorme de su profanacion.

Despues de su tercer viaje, cayó tanto Cristóbal Colon en el concepto público, que nadie se dignaba ocuparse de él; y mientras muchos lo creian ya muerto, otros no dando ninguna importancia á cuanto le concernia, ni se tomaban el trabajo de comprobar las fechas. Esta desestimacion era jeneral, cuando aparecieron las tres primeras *Decadas oceánicas* de Pedro Mártir, en Alcalá de Henares el año de 1516, diez antes de la primera edicion de los primeros libros de la *Historia de las Indias*, publicada en Toledo por Oviedo; y cuando el veneciano Ramusio habia empezado su *Coleccion de viajes*, pues todos tienen que vindicarlo de las acusaciones, que la malquerencia estendió contra él. Pero los esfuerzos de los historiadores españoles fueron impotentes para encaminar la opinion por varias causas: primero, porque

1. "Petrum Colonum cum triginta quinque navibus, quas caravellas appellant, et hominum magno número misere."—Lucii Marinei Siculi. *De rebus Hispaniæ memorabilibus*, lib. XIX.

sus obras exijian grande estudio, y no podian popularizarse nunca, y segundo, porque ninguna de ellas se terminó completamente, quedando inéditas la mayor parte. Don Fernando Colon, cronista de su padre, que no acabó su trabajo hasta el año de 1536, lo dejó manuscrito; y el P. Las Casas que dió principio al suyo muy tarde, lo terminó cuando hacia cincuenta y tres años que no existia el almirante. Los ánimos quedaron pues bajo la influencia de las mas erróneas preocupaciones, y la calumnia, que se habia ensañado en la fama del grande hombre, desde que volvió victorioso de la Española, implacable y rencorosa fué á sentarse sobre su sepulcro.

II.

Solo el pontificado romano tenia el presentimiento de la grandeza apostólica de Cristóbal Colon.

Tres papas sucesivos honraron con su confianza al heraldo de la cruz: confianza que nunca le retiró la santa sede, adhiriéndose los cardenales á tan digna simpatia. En vida suya, cuando tanto se le difamaba en esta España, transformada por él en la nacion mas grande y poderosa del universo, el santo padre y el Sacro Colejio ensalzaban sus empresas inmortales,[1] y gracias á su

1. El único escrito sobre él que no haya sido póstumo se imprimió en Roma en 1493, en casa de Eucharius Argentinus por Aliander de Cosco.

El primer personaje romano, que tuvo y dió publicidad á los apuntes históricos del descubrimiento fué el cardenal Ascanio Sforza.

El cardenal don Bernardino Carbajal sostuvo correspondencia con el célebre literato Pedro Mártir de Angleria acerca de Colon.

El cardenal don Luis de Aragon mandó á uno de sus secretarios que recojiera de boca de Pedro Mártir lo que este sabia de la del mismo Colon.

influencia no llegó Italia á olvidar del todo á Cristóbal Colon. El canto de los poetas inspirados por el cardenalato despertó su patriotismo del letargo en que yacia, y así como en los tiempos heróicos de la injeniosa Grecia

El ilustre cardenal Bembo, intercaló en su *Historia de Venecia* un libro entero sobre el descubrimiento de Colon.

El papa Leon X se hacia leer en las noches de invierno en medio de la corte pontificia las *Decadas oceánicas* de Pedro Mártir.

Casi todo el cardenalato romano instó á un noble de la ciudad, llamado Giulio Cesare Stella, á que escribiese en versos latinos la epopeya del nuevo mundo. El cardenal Alejandro Farnesio la dió una gran celebridad haciendo leer el manuscrito en su villa de Farnesio, en presencia de las togas purpuradas, é hizo que el jesuita Francesco Benci le pusiera un prefacio.

El cardenal Benedetto Pamphili aconsejó al P. Ubertino Carrara, jesuita tambien, que compusiera un poema sobre el mismo asunto.

El cardenal obispo de Verona, el grande Agostino Valerio, en su libro *De consolatione Ecclesiæ* mencionó el descubrimiento por su importancia católica, y glorificó implicitamente á Colon, aplicando á su mision testos notables de las profecias de Isaias.

El cardenal Sforza Pallavicino celebró la obra de Colon en sus *Fasti sacri.*

Bajo los auspicios del papa Inocencio IX y del cardenal Gabriel Paleotto el sábio orador Tomás Bozius, publicó la parte de su obra titulada: *De signis Ecclesiæ Dei* en que se apropian á Colon diferentes pasajes de las profecias.

El primero que hizo celebrar en lengua italiana los viajes de Colon era un frances, el cardenal de Granvelle, y es preciso convenir en que el poeta de Brescia, Lorenzo Gambara, satisfizo sus deseos.

En Roma fué donde Uberto Foglieta, historiador de las grandezas de la Liguria, manifestó su indignacion contra "el vergonzoso silencio y la inconcebible apatia de su patria, que levantaba estátuas á algunos ciudadanos por motivos triviales, y no erijia ninguna al solo de sus hijos, cuya gloria no tuviera igual." (*Turpis silentii, oblivione... sed civiorum tuorum supina negligentia incredibili cæcitate conjuncta lugenda est*—Clarorum ligurium elogia, p. XXXVI. Impreso en Roma en casa de José de los Angeles, 1577.) De allí partió la jenerosa protesta y la declaracion del servicio incomparable, rendido por su compatriota á la Iglesia de Jesu-Cristo. (*Ac neutiquam comparabile in christianam Ecclessiam promeritum.*—Clarorum ligurium elogia.) Pero hasta el año de 1577, la república de Jénova, participando de la indiferencia de los demas estados, no pensó en consagrar á Colon un pedazo de ese mármol de que tanto abundan sus palacios.

siete ciudades se disputaron la cuna de Homero, se vió entónces á siete villas y ciudades reclamar la honra de haber producido á Cristóbal Colon. Savona, Pradello, Nérvi, Cugureo, Bugiasco y Cuccaro osaron alzar banderas contra la soberbia Jénova. Mas aparte de esta liza parcial esclusivamente de amor propio, el resto de Europa y en particular la Francia no prestó la atencion que merecia ni á la persona del almirante, ni á sus hechos sobre humanos; á nadie se antojó escribir su biografía ni ménos tomarse la pena de traducir por entero lo que relativo al nuevo mundo se habia publicado en España bajo el título de *Historia de las Indias occidentales,* ateniéndose á rumores vagos, y á falsedades notorias. La sola cosa que tal vez impidió perder de vista á Colon fué la estúpida conseja en que se le hacia esplicar su descubrimiento, poniendo derecho un huevo sobre una mesa. Con este cuento reasumian las jentes los dos puntos principales de su vida, y como divertia tanto á los niños, la primera historia suya que se dió á luz en Alemania, se destinó para recreo de la infancia.

¿Cómo habian de ocuparse seriamente del virey cuando su obra merecia tan poca consideracion de los filósofos, oráculos del siglo XVIII, entónces que la totalidad del continente americano estaba conocida, y determinada la estension como la forma de la tierra? ¿Como era posible que comprendieran y apreciaran en su justo valor la mision de aquel, que puso en contacto el antiguo mundo con el nuevo, los que creyeron encontrar en América objeciones que oponer á Moises y á los libros santos?

No nos sorprende el error del vulgo, cuando vemos que el célebre Raynal, autor de la famosa *Historia fi-*

losófica de las Indias, coloca á Vasco de Gama mas alto que á Colon, y considera el paso del Cabo como el suceso mas grande de la historia;[1] y que para dar las gracias á la Academia de Lyon por haberlo elejido miembro suyo, ofreció un premio al que ventilase la siguiente vulgaridad, que calificaba de proposicion: "¿El descubrimiento de América ha sido útil, ó perjudicial al jénero humano?"

Entre aquellos enciclopedistas, que segun su título poseian todas las ciencias, ni uno solo sospechaba siquiera el injénio de Cristóbal Colon, ni lo sublime de su obra, tanto que el sábio Buffon, participando del error jeneral acerca de la importancia del nuevo mundo, puso los descubrimientos de Portugal ántes que los de España.[2]

El protestantismo vino en auxilio de la filosofía francesa.

Robertson dice: "Si la sagacidad de Colon no nos hubiera hecho conocer las Américas, algunos años mas tarde, una feliz casualidad nos habria llevado á ellas".[3] Como si fuera posible que jamas se hubiesen atrevido á penetrar por las temidas latitudes de la mar *Tenebrosa,* sin que un Cristóbal Colon abriese sus puertas. Al ver que con tanta facilidad se podia pasar sin él, Mr. Otto, diplomático frances, creyó dar una prueba de perspicacia filosófica, y merecer bien de la arqueolojía, queriendo probar que Colon no hizo el descubrimiento, puesto que

1. Raynal. *Hist. philos. et polit. des Indes,* t. I. p. 98.

2. "Doblaron el cabo de Buena Esperanza, atravesaron los mares de Africa y de Indias, y mientras que ponian toda su atencion del lado de oriente y del mediodia, Cristobal Colon se dirijió al de occidente." Bufon. *Obras completas, aumentadas por Cuvier,* t. I. p. 266.

3. Robertson. *Historia de América,* t. I. lib. II. p. 198, edicion de 1828.

América se conocia de antes, y el 1 de Abril de 1786 dirijió desde New-York una memoria sobre el asunto al célebre Franklin. Al año siguiente, en las observaciones y adiciones materialistas de la traduccion de las *Memorias filosóficas* de Ulloa, se resucitaron las añejas acusaciones de los enemigos del virey de las Indias, y se calificó de navegante[1] al célebre cuanto desconocido piloto que le confiara sus planos. Otros, no limitándose á despojarle de su conquista, pusieron en tela de juicio su estudio y sus meditaciones. Todos sabemos que la primera observacion de magnetismo terrestre se hizo en la brújula el 13 de Setiembre de 1492 por Cristóbal Colon; pero Fontenelle en su *Historia de la real academia de ciencias*, no vacila en atribuirla á Sebastian Cabot, que no salió hasta el de 1497, ó al diepes Grignon, posterior en treinta y ocho años al último.

El ningun aprecio en que se tuvo al almirante, la incertidumbre en que se estaba sobre su oríjen, su patria y sus hechos fueron causa de que se hablase de él á la ventura, sin darle importancia, y de que los hombres mas graves no procurasen en manera alguna ser exactos al narrar los sucesos de su vida. Montesquieu condena en su *Espíritu de las leyes* á los que se lamentaron de que Francisco I no hubiera provisto de bajeles á "Cristóbal Colon, que le ofrecia las Indias."[2] Sin duda no se acordaba de que América estaba descubierta veintitres años antes de que Francisco I subiera al trono. Un majistrado contemporáneo nues-

1. "Este navegante, al cual debió toda la gloria de sus descubrimientos." Ulloa. *Mem. fil. hist. fis. concernientes al descubrimiento de América*, t. II. páj. 795.

2. Montesquieu. *Espíritu de las leyes*, t. II. lib. XXI. cap. XVIII. páj. 78.

tro, autor de la *Gaule poétique*, no mienta sino como una cosa de órden secundario el descubrimiento, y despues de haber hablado de Vasco de Gama, solo dice del almirante estas palabras: ″Hácia la misma época el descubrimiento de América hecho por Cristóbal Colon, abrió nuevos horizontes á los activos comerciantes, y á los aficionados á las espediciones lejanas″...[1] Pero la espedicion de Vasco de Gama, que data de 1497, no fué sino la consecuencia del descubrimiento de Colon, que tuvo lugar en 1492!... El jeógrafo Malte-Brun, adhiriéndose á los detractores de su gloria, supone que, para llevar su empresa á buen fin se sirvió del diario particular del veneciano Antonio Zeno, siendo así que este manuscrito se habia perdido y olvidado en su familia, y no se conoció, hasta que apenas encontrado lo publicó Marcolini, en 1558, mas de medio siglo despues de muerto aquel á quien supone que aprovechó.

No era España mas escrupulosa, y proseguia tratando con demasiada lijereza al hombre inmortal.

El P. Mariana no le dá ningun mérito de invencion ni de iniciativa. Para él el descubrimiento fué una obra colectiva, puesto que dice: ″Con cuanta felicidad y prodijioso éxito atravesaron espacios inmensos de mar estos hombres intrépidos″; y despues de haber referido la indigna falsedad del piloto muerto en casa de Colon y despojado por este de sus apuntes, añade, que con ayuda de las cartas usurpadas al difunto, reconoció ″todas las costas que están entre los dos polos, desde el estrecho de Magallanes hasta el cabo de Vacallao″, recorriendo de esta suerte ″mas de cinco mil

2. Marchangy. *Gaule poétique*, t. VII. páj. 276.

leguas,"[1] Ferreras, lo atribuye todo á Vespucio, al que confunde con el piloto fabuloso, y pretende que, por medio de las notas y las cartas de Américo, hizo Colon lo que hizo![2] El jeneral marques de la Solana, se atrevió á escribir estas líneas, al famoso príncipe de la Paz: "Colon no fué mas que un descubridor.... la conquista de tan hermosos paises estaba reservada á los Corteses, á los Sandovales, á los Pizarros, á los Alvarez".[3] Ascargorta está de todo punto equivocado en lo que concierne al almirante, ignora la mitad de su vida, no conoce mas que dos de sus viajes, confunde los acontecimientos y las fechas, y cree que dió con la tierra firme en su segunda espedicion.[4]

Al ver que los mismos españoles cometen tales errores no nos sentimos con fuerza para vituperar cual se merecen, ni á Mr. Paquis,[5] que hace venir á Colon por primera vez á Portugal, de vuelta de su segundo viaje; ni á Dumas, (Alejandro), el que diga que habia pasado en la cárcel una parte de su vida, siendo así que no le duraron ni tres meses las cadenas; ni á Lamartine que lo traiga á España en 1471, quince años antes de la fecha verdadera;[6] ni á Granier de Cassagnac el que asegure que descubrió las islas Vírjenes en Noviembre de 1493,[7] en su última navegacion, cuando esta empezó en Mayo de 1502, y terminó en Noviembre de 1504; ni á Rosseeuw-Saint-Hilaire, que designe al P. Las-

1. Mariana. *Historia jeneral de España,* lib. XXVI. § II.
2. Ferreras. *Historia jeneral de España,* tom. VIII, páj. 129.
3. Carta fechada en Aranjuez el 30 de Mayo de 1804.
4. Ascargorta. *Compendio de la historia de España,* t. II. cap. XLV.
5. Paquis. *Historia de España.*
6. Lamartine. *Le Civilisateur,* número de Agosto de 1852, páj. 264.
7. Granier de Cassagnac. *Viaje á las Antillas,* 2ª parte, páj. 128.

Casas entre los doce misioneros que llevaba el P. Boyl en 1493,[1] sabiendo que este sacerdote no se embarcó sino en el año de 1502, y no cantó misa hasta el de 1510, y de consiguiente diez y siete despues; ni á dos ex-ministros de Instruccion pública, miembros del Instituto, publicistas eminentes y por lo regular exactos, que no hayan tenido reparo en incurrir con respecto á nuestro héroe en graves equivocaciones.

A pesar de esto y de los anacronismos y contradicciones de multitud de literatos de menos cuantía y que no mencionaremos, es preciso reconocer en justicia que, la falta de reflexion de los escritores franceses para con el virey, no es otra cosa que una herencia del siglo pasado, y que al presente se advierte en todas partes un impulso reparador, pues se buscan los medios de honrar su memoria con estátuas y monumentos, se multiplican sus retratos, y los libros y periódicos tienden á popularizar su biografia. Pero sin embargo de los buenos deseos, permanece envuelto en las tinieblas de la falsa erudicion. Y como quiera que nunca ha estado su gloria en mayor peligro que ahora, nosotros, que hemos descubierto los misterios de su primera edad, seguido sus huellas una tras otra desde la cuna al sepulcro, y comprendido el móvil de sus acciones, abrigamos la esperanza de disipar la obscuridad, y presentarlo como fué.

Echemos antes una ojeada sobre las simpatias de nuestra época, por el ser que aun no le está completamente revelado.

1. Rosseeuw-Saint-Hilaire. *Historia de España,* tit. VI. lib. XIX. páj. 114.

III.

A principios del siglo actual,* un caballero francés,[1] á quien hemos conocido personalmente, vino á Paris con el objeto de imprimir un libro, en que dejaba entreveer su admiracion por el inventor del nuevo mundo; y casi al mismo tiempo la Academia de Turin recibia comunicaciones relativas á Cristóbal Colon.

En 1805, el conde Galeani Napione (piamontes) publicó una disertacion sobre la patria de aquel, y pretendia que nació en Cuccaro en el Monferrato.[2] Tres años mas tarde, el conde Damian Priocca la reprodujo en Florencia comentándola.

En 1809, el abate Francisco Cancellieri dió á luz en Roma cartas acerca de Colon, y animado con su buen éxito Napione, publicó una disertación sobre el mismo asunto.[3]

En 1810, el bibliófilo Morrelli hizo conocer bajo el epígrafe de: *Lettera rarissima*,[4] una carta, redactada por el virey en Jamaica. Este documento, que yacia en el olvido, causó gran sensacion en las sociedades científicas. Savona tuvo celos de Cuccaro y quiso volver por sus derechos: Jénova alegó los suyos, y su Academia de

* José Warlon, poeta y escritor americano, publicó en 1787, *La Colombiada*, que tradujo ú imitó Mad. Lepaje Dubocage.
N. del T.

1. De Pons, *Viaje á la parte oriental de tierra firme*. Tres tomos en 8.°
2. Napione. *Della patria di Cristoforo Colombo*, en 8.°
3. Titulada: *Del primo scopritore del continente del nuovo mondo*. Firenze 1809.
4. Se imprimió primero en Venecia y se reimprimió en Bassano.

Ciencias, Literatura y Bellas Artes nombró una comision con el encargo de averiguar lo que hubiese de cierto en lo concerniente á la patria del almirante. Su informe remitido en 1812 escitó la mas viva curiosidad.[1]

La caida del imperio frances y la reorganizacion de los estados italianos aplazó la discusion sin terminarla, y en 1816, la *Revista de Edimburgo* volvió de nuevo á tan irritantes debates.

En 1817, Luis Bossi preparaba en Milan su *Vida de Cristóbal Colon.*

En 1818, el cardenal Zurla se ocupó de él en sus *Viajes de los venecianos mas ilustres.*

En 1819, el barnabita P. Spotorno (bibliógrafo) publicaba en Jénova su obra en tres libros titulada: *Del oríjen y de la patria de Cristóbal Colon.*

En 1821, un autor anónimo hizo imprimir en Milan el *Elojio de los descubrimientos del nuevo mundo,* acompañado de notas históricas sobre la patria del héroe;[2] y por aquel tiempo, el gran Víctor Manuel dió á la municipalidad de Jénova la coleccion de privilejios de Cristóbal Colon, conservada por el senador Miguel Anjel Cambiaso.

En 1823, el consejo municipal de Jénova hizo con ayuda de suscriciones, imprimir todos los títulos y documentos relativos á Colon, en un magnífico volúmen titulado: *Codice diplomático Colombo Americano,* y encar-

1. Se publicó con este título: *Ragionamento nel quale si conferma l'opinione generale intorno alla patria di Cristoforo Colombo, presentato all'Accademie delle science, lettere é arti de Genova, nell'Adunanza del di 16 dicembre 1812.* Dagli accademici Serra, Carrega é Piaggio.

2. Este escrito se tituló: *Orazione di un anonimo in lode de Cristoforo Colombo scopritor del nuovo mondo, con note storiche intorno alla sua patria.* Milano 1821.

gó al P. Spotorno lo enriqueciera con una introduccion biográfica.

Francia, que no podia permanecer indiferente á tantas simpatias como inspiraba la gloria de Colon, tuvo una traduccion de la historia de su vida por Bossi.[1]

En España, que no estaba libre de esta preocupacion, don Martin Fernandez de Navarrete, presidente de la Real Academia de la Historia, trabajaba por órden del rey en la coleccion de documentos relativos á la historia de América, y á los progresos de la marina; y en 1825 dió á la prensa el primer tomo.[2]

En 1826, mientras el abogado Juan Bautista Belloro defendia en Jénova las pretensiones de Savona á llamarse patria de Cristóbal Colon, é intercalaba su discurso en la *Correspondencia astronómica del baron de Zach*, Méjico imprimia las dos obras de la Vega y de Bustamante sobre el descubrimiento del nuevo mundo, y un literato americano, que vivia en Madrid,[3] relacionado con los bibliotecarios, y teniendo á su disposicion materiales ya preparados, escribió la *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, que fué muy bien recibida, y se estendió en pocos años por toda Europa.

En 1828, Fernando Denis vistió con las galas de la poesia la historia del descubrimiento, espresando con tanta exactitud como acierto el carácter distintivo de Colon. *Ismael ben Kaissar*[4] es el título de esta com-

1. *Historia de Cristóbal Colon.* Paris 1824 impresa, por Carnevillier (mayor.)
2. Titulada: *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo* XV.
3. Washington Irving.
4. *ó la descubierta del nuevo mundo*, publicada en la imprenta de Cárlos Gosselin, 1829.

posicion, en que la riqueza y galanura de las descripciones liga perfectamente con la verdad. Hemos visto despues á Fenimore Cooper, célebre novelista de los Estados Unidos, inspirarse con este asunto, y querer apropiárselo y ponerlo en su lengua[1] ; pero sin conseguir darle ni el brillo, ni la poesia, ni el aroma de la vejetacion intertropical, que exhala la produccion de Fernando Denis. En seguida se tradujo en Jénova en italiano la obra de Washington Irving, aumentada con notas, y algunos años mas tarde, Humboldt comentó los descubrimientos de Cristóbal Colon en cinco tomos, con el título de: *Exámen crítico de la historia de la jeografía del nuevo continente.**

Despues, Félix Isnardi tornó á comenzar la disputa sobre la patria de Colon, y quiso hacerlo de la aldea de Cogoletto; pero en 1839, el infatigable Belloro echó por tierra sus razones en su *Revista crítica,*[2] y la puso un apéndice, al ver que Isnardi no se daba por vencido.

En 1843, en nuestro libro titulado: *La cruz en los dos mundos,* se reveló por primera vez la mision providencial de Cristóbal Colon, se afirmó terminantemente la casi santidad de su carácter, y se enseñó á considerar bajo su verdadero punto de vista al heraldo de la Cruz.[3]

En 1844, Cárlos Alberto, rey caballero y cristiano,

1. Con este título: *Mercedes de Castilla.*

* En 1836 se imprimió en Paris la *Historia del descubrimiento de América,* por Campe, traducida del aleman por E. C. Pitton.
N. del T.

2. *Appendice dell'avvocatto Giambattista Belloro alla revista critica sopra la patria di Cristoforo Colombo, contra la riposta di un accademico di Cogolectto.* Genova 1839.

3. Esta obra ha llegado á la 4ª edicion, y se tradujo en italiano apenas publicada en frances.

grande apreciador del heroísmo, y entusiasta por Colon dispuso que se levantara en Jénova á costa del tesoro un monumento á su memoria. Pero el patriotismo de los ligurianos no permitió recibir como un don de la real munificencia un testimonio que querian tributar por sí mismos al mas grande de sus hijos, y á la par que aceptaron con agradecimiento esta prueba de interes, pidieron se les permitiese contribuir á ella. En su consecuencia una junta de notables jenoveses, presidida por el marques Durazzo y Lorenzo Paretto, abrió la suscricion, á que daba un carácter eminentemente nacional el congreso de sabios italianos, que debia tener lugar allí.

En 1846,* para aprovechar la oportunidad, se hizo una edicion popular de la lujosa obra *Ligurianos ilustres*, bajo la inspeccion del abate Luis Grillo, capellan de la marina sarda, en la que se buscaba con avidez el artículo del P. Gavotti sobre el almirante del Océano. Lorenzo Costa dió su vehemente poema acerca del héroe jenoves, y Angelo Sanginetti un compendio de su vida. En esto, la historia del Monferratto, por Vicencio de Conti, volvió al debate sobre la verdadera patria de Colon.

En 1847, muchos gobiernos estranjeros (entre ellos el francés) juntaron sus ofrendas al tributo que Jénova se disponia á pagar al culto de aquel cristiano perfecto. Despues de las letras y las artes el tierno cantor del desierto[1] compuso en honra suya las *Melodias del Océano*.

* Reta, dió á luz el mismo año en Turin una historia del almirante. N. del T.

1. Feliciano David.

Ni los acontecimientos políticos de 1848, ni la conmocion europea que les siguió, pudieron distraer la atencion pública de un asunto que la absorbe siempre sin apurarla nunca. Las repúblicas americanas quisieron manifestar su aprecio al varon ilustre y famoso en ambos mundos, y muchas ciudades le consagraron monumentos. En 1850* el gobierno peruano le hizo erijir una estátua colosal en la plaza mayor de Lima, confiando su ejecucion al cincel de Salvador Revelli. En 1851 un liguriano eminente, monseñor Estéban Rossi, de la servidumbre del soberano pontífice, publicó un escrito notable, rebosando patriotismo, cuyo título era: *Del destierro del jenoves Cristóbal Colon.* Con poca diferencia al mismo tiempo el patricio jenoves, que mas ha contribuido á enaltecer en el estranjero á su nacion, el marques de Brignole-Sale, embajador de Cerdeña en Francia, durante un largo espacio, apreciado en el cuerpo diplomático, conocido de los pobres, caro á las artes y á las letras y sobre todo al catolicismo, mandaba hacer en Paris á su compatriota Raggi, un notabilisimo grupo, representando á Colon en el momento de descubrir tierra.

En 1852, nuestro ilustrado amigo el conde Tullio Dandolo publicó en Milan *Los siglos de Dante y de Colon,* [1] reproduciendo un fragmento de *La cruz en los dos mundos,* que concierne al carácter relijioso del almirante; y toda Italia la recibió con aplauso. Mr. de Lamartine trazó un cuadro poético con su prosa mas brillante en honor de Colon, y un distinguido marino, que por res-

* En 1849, empezó á publicar en Madrid don Manuel Diaz Ilarraza su libro titulado: *El descubrimiento del nuevo mundo.*

N. del T.

1. Milano, dos tomos en 12º

peto á la rectitud de sus intenciones no queremos nombrar, confundió de una manera estraña la ficcion con la verdad en un voluminoso trabajo, persuadido de haber narrado como intelijente en la materia la vida del héroe de los mares.

En 1853, el único descendiente de los condes Colombo de Cuccaro, y último miembro de la familia de Colon, monseñor Luigi Colombo, prelado doméstico del papa Pio IX y secretario de la Congregacion de Induljencias, hizo una biografia de su inmortal predecesor, cuyas pruebas tuvo la cortesania de comunicarnos en nuestra última estada en Roma. En ella[1] se promueve la cuestion del lugar en que naciera el virey de las Indias; mas sin fijarla definitivamente, y se contiene la enumeracion de los servicios prestados al mundo por el hombre que lo completó; pero es mas bien un conjunto de apreciaciones bajo el punto de vista de parentesco, que una historia de los descubrimientos.*

El homenaje mas solemne que haya recibido Cristóbal Colon le fué tributado en Jénova el 20 de Febrero de 1854. El rey Víctor Manuel vino con su augusta familia, los ministros, los embajadores y las comisiones de las cámaras para inagurar el ferro-carril que une á Jénova con Turin. En presencia del soberano, de los príncipes y grandes, desde un magnífico altar, construido en el embarcadero, y rodeado de gran concurso de jentes de Liguria y los estados sardos, el venerable arzobispo de Jénova monseñor Andrea Charvaz, en quien la ciencia va

1. *Patria é biografia del grande ammiraglio don Cristoforo Colombo, etc.* Roma, tipografía forense.

* En este mismo año publicó en España don Ramon de Campoamor su poema titulado *Colon.*

N. del T.

unida al mas grande patriotismo, pronunció un hermoso discurso,[1] modelo de buen gusto literario, lleno de pensamientos sublimes y de uncion evanjélica, y que manifestaba un profundo conocimiento de la época presente, en el cual, despues de haber referido á la inmensa asamblea[2] todos los antiguos títulos de gloria de la soberbia Jénova, coronó el trofeo de sus brillantes recuerdos con la imájen de Cristóbal Colon. Y al implorar las bendiciones del cielo sobre aquel adelanto de la industria, que acerca los hombres y los continentes, evocó la memoria del navegante cristiano, del misionero del progreso, que plantó el primero en el nuevo mundo la cruz, símbolo inmortal de la salud y civilizacion de los pueblos.

IV.

Desde los primeros dias del siglo XIX hasta despues de su primera mitad, una série progresiva de publicaciones, cada vez mas inmediatas unas de otras, á medida que nos alejamos de la época del descubrimiento, hacen ver el interes creciente que inspira la me-

1. Este magnífico discurso se mandó imprimir por la municipalidad de Jénova con el siguiente epígrafe: *Allocuzione detta da monsignor Andrea Charvaz, arzibescovo di Génova in occasione dell'inaugurazione della ferrovia dello stato, etc.* Génova dai fratelli Ferrando Q. Gio, tipografi del municipio, en 4. °

2. Solo han transcurrido pocos meses, y no podemos recordar esta circunstancia sin esperimentar un sentimiento de justo dolor, pues la virtuosa reyna Maria Adelaida, que constituia uno de sus mas hermosos ornamentos, y el duque de Jénova, cuyo saber y valentia no tenian mas rival que su modestia, han desaparecido bajo la losa del sepulcro, dejando en los corazones de todos la memoria de sus relevantes cualidades.

moria del virey de las Indias. Esta constancia, este afan, de que nuestros tiempos no presentan ningun ejemplo, indica suficientemente cuan lejos está de haberse agotado tan rico manantial histórico, y prueba de un modo implícito que hay una necesidad no satisfecha, una esperanza no cumplida, que el mundo pide nuevos pormenores y aclaraciones. Porque, lo repetimos, despues del tributo de las artes y de los trabajos de los hombres ilustrados, Cristóbal Colon está hoy peor conocido que hace cien años. Entónces al menos se le ignoraba; la incertidumbre era notoria, y se sabia que ó no se sabia, ó que se sabia mal; lo que á veces es peor. Pero hoy no es así por desgracia, todos tienen la pretension, en apariencia muy fundada, de poder juzgar al almirante, y la tal vanidad proviene de haberse empapado las jentes en las ideas vertidas por escritores, cuyos nombres acreditados sirven de escudo á sus errores. No han oido sino á una voz; la que partió de un corrillo de sabios ambiciosos, que han hecho patrimonio suyo los laureles y trofeos del mas grande de los héroes.

Mas al fin ha sonado la hora de la rehabilitacion, y nosotros espondremos la verdad desnuda.

Este corrillo lo componen cuatro publicistas, y de los cuatro solo uno ha narrado la vida de Colon bajo la forma de historia: dos no han hecho sino anotaciones, disertaciones y prólogos: el último ni ha redactado memorias, ni biografia, limitándose únicamente á comentarios; pero la autoridad de su nombre europeo sancionó las faltas de los tres precedentes, agravándolas con todo el peso de las suyas.

Digámoslo de una vez; estos cuatro doctores, cuya

tácita y retrospectiva asociacion ha monopolizado la crónica del almirante, y desfigurado su persona y su mision providencial son: el jenoves Juan Bautista Spotorno, el americano Washington Irving, el español don Martin Fernandez de Navarrete y el ilustre prusiano Alejandro Humboldt.

Spotorno tomó la pluma por órden del cuerpo decurional de Jénova, Navarrete por mandato del gobierno español, Washington Irving para ganar la corona literaria que le prometian sus victorias anteriores, y Humboldt para poner un sello inmortal á su viaje por las rejiones equinocciales.

Spotorno y Navarrete no han hecho mas que disertar, é ir acumulando laboriosamente los materiales con que Humboldt é Irving han formado, este su *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, y aquel su *Exámen crítico de la historia de la jeografia del nuevo continente*. La posicion oficial de los dos primeros, y la gran notoriedad de los segundos han dado á sus fallos una fuerza estraordinaria, imponiendo sus errores á nuestros contemporáneos, y engañándolos con sus engaños.

¡Cosa singular! Ningun europeo ha referido la vida de Colon. ¡Cosa no menos singular! Ningun católico ha escrito la biografia completa del mensajero de la cruz, pues como dice muy bien el célebre Ventura de Ráulica, mientras que la historia de Bossi cuenta apenas 43 pájinas,[1] la de Irving tiene cuatro tomos, y cinco los comentarios de Humboldt. Siendo ambos pro-

1. La edicion italiana, impresa en Milan por Ferrario, no contiene mas que 43 pájinas, pues el resto del volúmen se compone de notas y disertaciones.

testantes es fácil hacerse cargo de que al traves de sus prevenciones hetereodoxas no hayan podido juzgar con rectitud al mas fervoroso católico. Este servidor de Dios ha sido sentenciado por sus enemigos naturales, lejos de nosotros, á su libertad y sin intervencion, por un tribunal opuesto á sus creencias relijiosas, á las impresiones de su corazon y á las aspiraciones de su alma.

El gran éxito obtenido por la obra de Irving, y el gran nombre de Humboldt han coartado los ensayos de reforma y rectificacion. Cuanto ha salido de su pluma parece ser la última palabra de la historia, y desde hace veintiocho años academias, sociedades científicas, biografias, revistas y enciclopedias, repiten respetuosamente á entrambos; y no se ha impreso en el mundo todo una sola línea acerca de Colon, sin que su autor no fuese como un cordero á beber á una ú otra de las dos fuentes. Así es que, por el objetivo del protestantismo se considera la empresa á todas luces mas grande y superior del catolicismo: la enemistad y el odio contra la relijion ortodoxa tienen el privilejio esclusivo de enseñar á sus fieles las acciones del hombre, que constituye una de sus mas sublimes glorias.

¿Semejante anomalia no es tan estraña como irracional? Aun sin proceder al exámen de estos libros, ¿no es evidente como la luz del Sol que han debido infiltrarse en ellos sus preocupaciones en la apreciacion que hagan del heraldo de la Iglesia católica, inspirado por esta para ir en busca de los habitantes de rejiones ignoradas? La escuela protestante no puede comprender ni el carácter ni la mision de Cristóbal, porque á los obstáculos que oponen sus creencias, se agregan otros

que dimanan de su sistema de composicion histórica. Sus biografias de Colon están escritas en un órden de ideas preconcebidas, y solo con el auxilio de la filosofia humana; no atribuyen al acontecimiento que duplicó el mundo un carácter sobrenatural; no hallan en él ni un dia señalado por el dedo de Dios, ni la ejecucion de un mandato del eterno, y mejor que conceder á su fé un socorro divino, dicen, que á faltar él, este suceso habria sido la consecuencia del progreso de las ciencias náuticas, prefiriendo así dar al compas y al astrolábio lo que quitan á la bondad del todopoderoso, admitir al injenio humano los milagros que rehusan al cielo, aceptar á la criatura lo que niegan al creador. Y mientras que él, despues de haber esperimentado en tantas ocasiones la proteccion del señor, la reconocia con gratitud, la manifestaba hasta en sus despachos á los reyes, y se creia un simple instrumento suyo, ellos, preciándose de conocerlo mejor que se conocia él mismo, se obstinan en negarla.

En razon á sus teorias, que pretenden que la humanidad es en su esencia igual, rechazan la superioridad de aquel predestinado, lo despojan de su elevacion de espíritu, para semejarlo al resto de los hombres, estudian el modo de empequeñecerlo y achicarlo á su medida, lo adornan con sus sentimientos, con sus miras, y sus instintos; lo juzgan por su corazon, y temerosos de que resalten en la majestad de su persona algunos indicios de grandeza, le buscan no solo imperfecciones, sino defectos y hasta vicios. No obstante; misericordiosos é induljentes buscan disculparlo, comparándolo con los héroes de la antigüedad pagana, á los cuales no libertó la naturaleza de rendir tributo á la frajilidad. Y

así pretestando erudicion, imparcialidad y crítica histórica, esta sociedad de cuatro escritores ha desnaturalizado las íntimas acciones de Colon, ha desenterrado todas las calumnias repetidas durante su vida, y ha sabido eclipsarlas con otra, que no se ocurrió á sus contemporáneos. Ni el mas venenoso enemigo de su fama atacó la pureza de sus costumbres: el aliento de la envidia no empañó jamás aquel espejo de castidad, pues semejante impostura estaba reservada á nuestros tiempos.

Ya es hora de confundir la inculpacion que se concibió en Piamonte, que vió la luz en Jénova, se amamantó en España, y fué prohijada en seguida por el protestantismo para oponerla á la relijiosidad del ser escojido por Dios, para levantar el velo que cubria de sesenta siglos atras la totalidad de su obra terrestre. Tranquilícese la piedad de los fieles, y nada teman los admiradores del heraldo de la cruz, porque fué tan sin tacha como valiente, y si participó de nuestra condicion, no por eso se olvidó nunca de lo mucho á que lo obligaba la honra que se habia dignado hacerle la providencia. Sin embargo; para los que respeten tanto la integridad de la historia como la gloria de Colon, debemos, antes de narrar sus hechos, desenmascarar la mentira que ha dado pié á las diversas delaciones dirijidas contra él, y entónces se verá con cuanta lijereza han dado crédito á ella, y condenado á su víctima personas muy graves. Hé aquí como se presentó, se oyó, se aceptó y se impuso á la Europa ilustrada.

En 1805, Galeani Napione, hombre instruido, pero quisquilloso y terco, que se obstinaba en decir contra la evidencia que Colon nació en el castillo de Cuccaro,

en el Monferrato, revolviendo el fárrago de documentos, que sucesivamente se forjaron en España para la herencia de los descendientes del virey, creyó descubrir un destello de luz en una memoria hecha en favor de un tal Diego Colon y Larriategui, y que fué denegada. El abogado del demandante necesitaba, para tener en qué fundarse, atacar al traves de los siglos la lejitimidad del segundo hijo de Colon, y como esta prueba de ilejitimidad no resultase de ningun documento presente, ni de las actuaciones de los pleitos anteriores ó pendientes, el redomado lejista imajinó inferirla, no de una espresion que no encontrase á su grado, sino por el contrario, de la falta de una palabra que pretendia ser indispensable, aun cuando no fuese útil siquiera. En su testamento recomendaba el almirante á su primojénito pasara una pension á Beatriz Enriquez, madre de don Fernando. Esto estaba muy claro; pero como el testador no antepuso al nombre de su mujer el título de esposa, el defensor de la parte deducia de aquí la no existencia del vínculo matrimonial; y de consiguiente el mal oríjen de su hijo. Parece increible! tan ruin sutileza la tuvo Napione por una aclaracion! Amontonó encima porcion de razones de igual fuerza, y presentó como un descubrimiento sobre la situacion civil de Colon la miserable secuela, debida á las malas artes del pobre licenciado don Luis de la Palma y Fristas, mereciendo ademas el honor de nuevas y mordaces suposiciones.

En 1809, el anticuario y bibliógrafo Francisco Cancellieri, dotado de habilidad para recojer y clasificar los hechos; pero desprovisto de lucidez filosófica, repitió lisa y llanamente la pretendida consecuencia de Napione, en

la que, preciso es confesarlo, nadie hizo alto en un principio. Hasta entónces aquel temerario aserto, emitido en un libro de mediana importancia, no fué peligroso para la honra de Colon; pero como dice un adajio vulgar *no hay peor cuña que la de la misma madera.* Algunos años despues el P. Spotorno, natural de Jénova, escitado por un resentimiento con el segundo hijo del almirante, á quien acusaba de haber esparcido de propio intento ciertas dudas acerca del oríjen y lugar donde naciera su padre, se apoderó entusiasmado del apóstrofe de ilejítimo que tan bien se acomodaba con su animosidad.

Ni la prueba contraria que se desprende de las afirmaciones y del silencio de los escritores españoles en este asunto, ni la lójica demostracion de los acontecimientos, ni el carácter casi sacerdotal del mensajero de la cruz, detuvieron su lengua. Necesitaba á todo trance aquella mancha para poner en duda la sinceridad del historiador mas inmediato, y mejor informado de cuantos habian hecho la crónica del virey de las Indias. En todos sus escritos volvió á la carga con aborrecible placer sobre los inventados amores, reiterando su acusacion contra don Fernando, y no satisfecho todavia con haberla estampado en 1819 en su *Oríjen y patria de Cristóbal Colon,* la reprodujo vanidosamente en la *Historia literaria de la Liguria,* como fruto de su sagacidad. Y así como Napione se apropió el sofisma de un letrado español, Spotorno á fuerza de repetir el plajio acabó por creer propiedad suya la miserable impostura, cuya verdadera procedencia ignoraba.

En concepto de los lectores frívolos dió esto á Spotorno una reputacion de crítico intelijente, y le mereció en 1823 el ser encargado por el cuerpo decurional de

Jénova de la publicacion de los documentos relativos al virey, con los cuales se formó el *Codice Colombo Americano,* en cuya introduccion, para insultar de nuevo á don Fernando, reiteró sus ataques á la conducta de su padre. La posicion oficial del P. Spotorno dió á sus palabras tanto peso como publicidad, y suya es la culpa de que se divulgara esta especie.

Precisamente por aquel tiempo don Martin Fernandez de Navarrete se ocupaba en continuar la Coleccion de viajes de la marina española, comenzada de órden de Cárlos IV, por Muñoz. Escritor fácil; pero sin orijinalidad, dotado de un talento especial; pero sin elevacion de espíritu, acumuló muchos cargos y honores y llevó hasta la adoracion su respeto al trono. Resentido de la franqueza de Bossi, y mas aun de la de su traductor frances, que en pocas palabras refirió la ingratitud de Fernando *el católico* con el almirante del Océano, se tomó la pena de disculpar al mas ingrato, acusando al mas jeneroso y noble de los hombres. La venganza le puso en la mano la pluma, y como en sus investigaciones no pudo topar con nada que hiciera sospechosas las relaciones de Colon con Beatriz, pues todos sus apuntes presentaban á don Fernando como hijo lejítimo, vino en su socorro la calumnia de Spotorno, y desde aquel instante se dispuso al ataque. Si Colon sale furtivamente de Portugal, es para huir de sus acreedores; si muestra en España una paciencia estremada con las dilaciones de la corte, aquella constancia, aquella fuerza de voluntad, que se atribuia á la firmeza de su fé, se esplican con un motivo secreto: Colon amaba con todo su corazon á una hermosa cordobesa, que lo habia hecho padre. De consiguiente, en él la relijiosidad no era sino

finjimiento de devocion, conformidad esterior con las costumbres de la córte, entónces muy severas. Admitida la inmoralidad y la hipocresia, prosigue con ventaja en su camino; habla de su insaciable codicia; parece admitir algunos actos de deslealtad y malversacion, y dando rodeos y torturando las palabras de Oviedo, antiguo enemigo suyo, le supone crímenes y entuertos de violencia y crueldad, por los que se buscaba el modo de castigarlo sin hacer público el castigo. El cortesano calumnió á Colon hasta mas no poder, para ponderar mejor la clemencia de un rey, que él pretende probar le hizo merced y lo trató con favor.

En seguida trata de juzgarlo bajo el punto de vista de la filosofia de la historia, y dice: "que sus defectos fueron lo propio de la frajilidad humana, y probablemente de la educacion que recibió, de la carrera que abrazó, y de la tierra en que nació: tierra en que el tráfico y los negocios constituian la principal riqueza tanto particular como pública." No cree aminorar con esto la gloria de Colon, como autor del descubrimiento del nuevo mundo, y se apoya en ejemplos como los de "Alejandro dominado por la cólera y en seguida por la superstición: Alcibiades lleno de admirables cualidades y de vicios infames: César uniendo á dotes eminentes una ambicion desmesurada, &c., &c., los cuales no dejan por eso de presentarse por Plutarco y Cornelio Nepote como hombres dignos de la admiracion de los siglos."[1] ¡Así se estima al discípulo de Jesu-Cristo!! Se cree honrarlo mucho comparándolo con los héroes del paganismo!

Antes que acabaran de ver la luz pública las elucubra-

1. Navarrete. *Coleccion de los viajes y descubrimientos que hicieron etc.*, t. I. Introduccion, § 57.

ciones apasionadas de Navarrete, Irving, que se hallaba en Madrid, tuvo lugar de conocerlas, y sin embargo de ser protestante y por este motivo mas ajeno que Spotorno y Navarrete á los sentimientos que animaban á Colon, concibió de él una idea mas alta y justa. La rectitud de su juicio, auxiliada por sus investigaciones bibliográficas, le demostró la miopia y la parcialidad de estos dos colectores de apuntes, y á pesar de resentirse hasta cierto punto de su influencia, y de no atreverse á poner en abierta oposicion con Navarrete, no admitió sino parte de sus acusaciones, modificándolas, y no aventuró las especies de Spotorno, sino con una incertidumbre tan próxima de la repugnancia, que dió lugar á que este le tomase ojeriza.

Lejos de perdonar con los años, el P. Spotorno enojado siempre con Fernando Colon, y gloriándose de la idea recojida con tanta lijereza por Navarrete, torna con necia ostentacion á ella, y se jacta de su hallazgo, cuando el vergonzoso mérito de tal error pertenece á Napione. En las notas anónimas á la edicion jenovesa de Irving, él, su verdadero inspirador, hace cargos al autor por su timidez, la atribuye á que no ha leido su libro acerca de la patria y el oríjen del almirante, repite lo relatado en su *Historia literaria* y no contento aun añade á guisa de instigacion, nuevos yerros que prueban cuan estraño es á Cristóbal Colon.

Júzguese por un ejemplo. Habiendo Spotorno despreciado algunas palabras de Pedro Mártir acerca de un indíjena de las Lucayas bautizado en España, ahijado de don Diego Colon, hermano del almirante, y que por esta causa recibió su nombre, conforme á la costumbre establecida en casos semejantes, lo confunde con su padrino,

y habla con la mayor gravedad del casamiento del jenoves don Diego Colon con una india de Haiti, cuando no fué sino el lucayo quien casó con aquella mujer. Este no es mas que un error de personas y de situaciones, una grosera mentira; pero lo censurable es que con tan impertinente juicio se atreve á dirijir una acusacion contra el carácter de Colon. Afirma que este sacó del taller, donde trabajaba como aprendiz, á su hermano Diego, para dedicarlo á la marina; pero que avergonzándose de él lo tuvo á bordo durante algun tiempo "sin decir que era hermano suyo, y haciéndolo pasar por su sirviente."[1] Añade que Beatriz Enriquez no era noble, que debia ser muy pobre, y que los remordimientos de Colon y su temor de dejar entrever su causa prueban hasta la evidencia, que por una de las flaquezas humanas sus relaciones con ella no eran legales.

La insistencia, el tono perentorio de su afirmacion y mas que todo la falta de quien lo contradijera, han impresionado á sus conciudadanos, que lejos de combatirlo, lo han repetido con afan. A pesar de lo dicho, nos complacemos en reconocerlo, Spotorno se entregó á pacientes investigaciones, y dió pruebas de patriotismo en la discusion sobre el oríjen del almirante. Pero fuera de esto no ha comprendido nada de la obra del descubrimiento; no ha conocido mejor á el que lo hizo, que á su hijo don Fernando, ni ha dudado menos de su carácter de historiador, que de la condicion de su madre; como vamos á verlo. Sin embargo, en Italia se le cita con respeto, su opinion es de gran peso, y pasa entre sus

1. "Per algun tempo non volle annunziarlo per fratello é lo facea credere un suo familiare." Spotorno, *Della origine e della patria di Cristoforo Colombo*, lib. II. p. 180.

compatriotas por restaurador de la gloria de Colon; cuando no es sino el peor de sus detractores. Los ligurianos, que lo toman por un oráculo, le dan tanto crédito que han repetido sencillamente su acusacion, á pesar de ser ardientes admiradores del que ha hecho imperecedero el nombre de su capital. El abate Gavotti encargado de la biografia de Cristóbal Colon en la hermosa obra titulada *Ligurianos ilustres* lo representa como el héroe de la gloria, y principia con estas palabras que demuestran bastantemente su estravio: "El hombre ha sido ya definido animal de la gloria. Tan noble pasion, jérmen de las acciones inmortales, es particularmente la de los jenios superiores... Pocos tuvieron tantos títulos á la gloria como Cristóbal Colon que fué su víctima y su héroe."[1] El buen abate lo presenta desde la escuela estimulado por la gloria; mas tarde navegando aguijoneado por la gloria; y en fin, por amor á la gloria, y por el deseo de llamar la atencion acometiendo su empresa.

Penetrado de las ideas de Spotorno el profesor Angelo Sanginetti en su compendio de la vida de Cristóbal Colon[2] refrescó las heridas ulceradas por aquel, y participando de sus prevenciones el abogado Juan Bautista Belloro, archivero de la antigua oficina de San Jorje se atrevió á esponer que Colon supo mentir cuando le tuvo cuenta.[3] La consideracion que tienen jeneralmente á Spotorno todos los escritores de la Liguria (salvo sus disidencias en la cuestion de oríjen), su creduli-

1. Gavotti. *Elogi di liguri illustri*, t. I. p. 257: Jénova 1846.
2. Sanginetti, *Vita di Cristoforo Colombo*. Jénova 1846.
3. "Che Cristoforo seppe qualche volta per suo vantaggio mentire." *Lettera dell'avvocato Giovanni Battista Belloro*. Savona, 12 Maggio de 1826.

dad al repetir sus miserias, la deferencia mútua con que tratan sus recíprocos errores, no habrian sido de consecuencia, si Navarrete no hubiese escuchado con maligno placer la denuncia del primero, ni hubiera dado un escándalo, falta como estaba de fundamento, sin el crédito que tuvo á bien concederla el ilustre Humboldt, cobijando con su nombre enciclopédico las equivocaciones de Navarrete.

Despues de Irving, el que trata mas estensamente de Colon es sin duda Humboldt en el *Exámen crítico de la historia de la jeografía del nuevo continente.* Ambas obras componen por sí solas el manantial de la ciencia y de la historia, con relacion al descubrimiento de las Américas. La una por su gran popularidad, y la otra por su autoridad han fijado y casi formado la opinion decisiva. Las academias, las sociedades científicas, los astrónomos, los naturalistas y los marinos sobre todo no ven á Colon mas que por los ojos de Humboldt. Lo propio nos sucedia antes de hacerlo por nosotros mismos; pero por mas que apreciemos ahora sus juicios en materia de ciencias físicas, debemos decir que, en medio de discusiones tan rápidas como luminosas, y dignas en un todo de su autor, los hechos y en particular los pensamientos del virey nos parecen interpretados por persona incompetente, y permítasenos la espresion, antipática á su naturaleza.

Entre Colon y Humboldt hay un abismo mas grande que el Océano. Entrambos han viajado por el mundo; Colon por mar; Humboldt por tierra: entrambos han observado atentamente la creacion; pero cada uno desde el punto de vista de sus creencias relijiosas, y de su aptitud moral.

Colon fervoroso discípulo del verbo, sostenido por una fé ardiente y robusta, se maravilló de la magnificencia de su creador, y su contemplacion rebosando encantos y poesia se dirijió al cielo como un himno, con las dulces melodias de aquellas nuevas rejiones.

Humboldt; á pesar de sentir en su alma las impresiones repetidas de las bellezas de la tierra, nunca perdió la sangre fria del filósofo observador, ni se dejó arrastrar fuera de los límites de lo aparente. Mientras Colon en sus esploraciones descubria á cada paso la mano del señor su bienhechor y dueño; Humboldt no ha conseguido hallar sino las grandes fuerzas de la naturaleza, las leyes de la naturaleza, la majestad de la naturaleza.

Colon tenia fé implícita en lo providencial, y en el poder divino que se manifestaba en él y por él. La comunicacion de lo invisible con lo terrestre, la influencia de lo inmutable, sobre lo amovible y lo accidental eran para él una verdad. Sus emociones, se proporcionaban á lo inmenso de su obra, sin apartarle por eso de su objeto, la gloria del verbo hecho carne: y en su nombre se lanzaba á los espacios convidado por Dios para revelar los misterios de lo desconocido y lo infinito.

Humboldt por el contrario; como nada quedaba que descubrir, pues la forma y la estension de nuestro planeta se conocian con exactitud, no pudo aspirar sino á comprobar ciertas esplicaciones meteorolójicas, á enriquecer la flora universal y colecciones de mineralojia, á sorprender tal vez los indicios de alguna ley jeneral del globo, y á describir su fisonomia cósmica.

El ilustre Humboldt habria querido ser Colon, sino hubiera sido Humboldt. En mas de una ocasion pa-

rece encontrar en él un rival póstumo, que se le anticipó en el nuevo mundo, y cuya penetracion adivinó muchos de los grandes principios de la naturaleza, envidia sus impresiones sublimes, se le compara en sus adentros, y se ocupa seriamente de sus acciones, de sus costumbres y de sus escritos. Sin embargo de esto; como no puede comprender la causa inmortal de su fé, ni lo sublime de sus efectos, desconoce las principales fases de su vida, y no siéndole dado abarcarlo con su mirada, siempre que cede á un impulso de admiracion por su injenio, ó por la ternura de su corazon, diriase que teme dejarse dominar por tan noble imájen, y que busca el modo de tiznarla por sistema. Y aunque no participa de la pasion de Navarrete, acoje, dispensándose de todo exámen, sus cargos de rigor, de avaricia y de disimulo, despues de admitir el de su incontinencia.

Aquí es donde sobrepuja á Navarrete; contempla con sonrisa maliciosa la imajinada caida del coloso, y su flaqueza le parece *un hecho picante*, que aquel ha encontrado con gran sagacidad juntando las fechas. Admite que tuvo en menos la persuasion de sus amigos y su predileccion por España, para impedirle volver á Lisboa y aceptar las nuevas ofertas del rey de Portugal, contenidas en carta fecha 20 de Marzo de 1488, que sus amores y el embarazo adelantado de una hermosa dama de Córdoba llamada doña Beatriz Enriquez, madre de don Fernando, hijo natural suyo, nacido el 15 de Agosto de 1488.[1] Tal es la conclusion de Humboldt, y en ella compromete de un modo imprudente su célebre nombre, al referirse á otro con tanta lijereza.

1. Humboldt. *Exámen crítico de la historia de la jeografía* etc., t. I. p. 104.

Podemos asegurar que Humboldt nada ha leido por sí mismo en esta cuestion, y que no ha hecho mas que referirse á Navarrete, que á su vez copiaba á Spotorno, y este á Napione, que se fundaba en las sutilezas de un abogado. No obstante; la tal acusacion ha sido tan jeneralmente admitida, que se la considera como un hecho consumado. Mas de ochenta escritores de diversas clases la han repetido unos en pos de otros, y hoy que cuenta cincuenta y dos años goza de tanto crédito, que ocupa el lugar de un documento histórico, apoyándose en fechas ciertas y nombres respetables; y puede que no se encuentre un solo escritor de cualquiera categoria que sea, que tratándose de este asunto, se atreva á cargar con la responsabilidad de no reiterarla una vez mas.

Nosotros que, con el favor de Dios, vamos á acabar con ella, protestamos del modo mas solemne contra tal injuria. Afirmamos que doña Beatriz Enriquez, de Córdoba, era mujer lejítima de Cristóbal Colon, de Jénova. Negamos los amores ilícitos, negamos los detalles que se desprenden de ellos, negamos fuese plebeya, negamos su pobreza, negamos su embarazo cuando llegó el mensaje del rey de Portugal, y negamos la pasion de su marido por ella, como único medio de detenerlo en España. Probémoslo.

V.

Mientras Colon vivió no se sospechó de la naturaleza de sus relaciones con Beatriz Enriquez, ni fué puesta á cuestion de tormento la lejitimidad de su segundo hijo; que la idea de semejante acusacion no se ocurrió

nunca á sus enemigos. Despues de su muerte, nadie se ocupó de semejante cosa: ningùn autor contemporáneo la menciona, ni jamás se ha propalado en ninguna historia española, cuando á España mejor que á Italia correspondia el conocimiento de la situacion civil de Colon. En Italia misma, durante mas de trescientos años, no se encuentra tal imputacion, y no solo los historiadores no acusan á Colon de relaciones clandestinas, sino que hablan formalmente de su casamiento: tanto es esto cierto, que el mas grave de todos, el mismo Tiraboschi dice, que casó en segundas nupcias con Beatriz Enriquez.[1]

Ningun obstáculo se oponia á que fuese así. La que Humboldt se complace en llamar hermosa dama de Córdoba,[2] era doncella y libre de todo compromiso,[3] y la estremada pobreza y la calidad de plebeya, que Spotorno establece, como para señalar impedimentos, son dos errores patentes.

La falta de caudal no hubiera podido detener á Colon, pues en aquella época, ¿qué era él con respecto á España? Un jeógrafo estranjero, sin apoyo, viudo, cargado con un hijo, copiante de libros, y haciendo mapas para ganarse la vida. En su primer matrimonio, si bien encontró hermosura, estirpe esclarecida y virtud, de seguro no halló riqueza. De su testamento deduce Spotorno que Beatriz era muy pobre, puesto que recomendaba á su heredero la diese una renta; pero bien mira-

1. "Prese á seconda moglie Beatrice Enriquez da cui naquegli Ferdinando lo scrittor della sua vita". Tiraboschi. *Storia della letteratura italiana*, t. IV. lib. I. cap. VI. § 12.

2. *Exámen crítico de la historia* etc. t. II. p. 333.

3. "Doncella noble." Diego Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla* etc. lib. XIV. fól. 493.

da carece esta prueba de fundamento, y la niega una circunstancia relativa al cumplimiento de la disposicion testamentaria. En los primeros años, Beatriz percibia en Córdoba de don Diego Colon una pension de diez mil maravedís; mas adelante, cuando los pagos se hicieron con irregularidad, se abstuvo de reclamar, y habiendo él cesado de remitirla fondos por espacio de muchas anualidades consecutivas, observó igual conducta. Nunca se tomó el trabajo de recordarle su neglijencia, y fué menester que él mismo concluyera por volver en sí de su olvido.[1] Tan poco apuro en pedir atrasos, y tan noble silencio nos parece que refutan lo de la estremada escasez.

El no ser noble no podia tampoco impedir este casamiento, porque segun lo confiesan todos los historiadores, Beatriz era de una familia ilustre.[2] Solo Spotorno quiere que sea á la inversa sin pensar en que uno que fué cómplice suyo y al cual en su calidad de español no puede escaparse, ni dudar de un hecho tan notorio la llama: "Doncella noble y principal." Su posicion la colocaba naturalmente en evidencia, su hermano materno, Rodrigo de Arana, tenia fama en Córdoba, y el historiógrafo imperial dice, que era un "cumplido caballero."[3] Ademas su sobrino Diego de Arana que acompañó á Colon en su primer viaje, en calidad de Juez de flota,[4] debia ser de nobleza muy esclarecida,

1. Pleito. *Memorial ajustado sobre el hecho.*

2. "Doña Beatriz Enriquez doncella noble y principal de aquella ciudad." Navarrete. *Disertacion sobre la historia de la náutica,* parte tercera, § 19. fól. 152.

3. Oviedo. *Historia natural y jeneral de las Indias,* lib. II. cap. XII.

4. Ramusio dice, que era un honrado caballero de Córdoba.

para que Colon pusiera bajo sus órdenes á dos oficiales de la casa real, al nombrarlo gobernador del fuerte de la Navidad.[1] En el tercer viaje del almirante un jóven cuñado suyo, don Pedro de Arana, iba mandando uno de los buques; pues á consecuencia de su alianza siempre hubo Aranas con los Colones. Despues de muertos el virey y su hijo, se vé á un Diego de Arana entre los allegados á la vireyna de las Indias, y al que por su calidad como por su parentesco se hacia mejor lugar que á los demas[2] de la servidumbre de doña Maria de Toledo. La nobleza de Beatriz Enriquez se justificó en la necrolojia de su hijo don Fernando, escrita por Diego Ortiz de Zúñiga,[3] y se invocó luego por los descendientes del primer casamiento de su marido, pues en 1671 don Pedro Colon de Portugal hizo presente en provecho de su causa á la reyna de España, durante la menor edad de Cárlos II, que los dos hijos del grande almirante del Océano nacieron de nobilisimas madres.[4]

Veamos ahora si "la hermosa dama de Córdoba" fué la verdadera causa de retener á Colon en España; á pesar de las ofertas del rey de Portugal. Tanto peor para Humboldt si los hechos le dan un mentís algo rudo, y de cierto que no fuera así, si hubiese examinado con mas detenimiento las calumnias de Navarrete, antes de tomarlas bajo su proteccion.

1. Rodrigo de Escobedo y Pedro Gutierrez, que ambos tenian empleos en la córte.

2. En el testamento de Diego Mendez fecha 6 de Junio de 1536 hecho por Fernando Perez, notario de los reinos, Diego de Arana es el primer testigo entre los caballeros mas distinguidos. *Coleccion de Navarrete*, t. I.

3. *Anales eclesiásticos de Sevilla*, lib. XIV. fól. 499.

4. "Y Diego y Fernando, ambos hijos de nobilisimas madres." *Memoria de don Pedro Colon de Portugal* contenida en el *Pleito de la casa de Veraguas* y en los datos justificativos de monseñor Luigi Colombo, p. 436.

En primer lugar, cuando llegó á Colon la carta de don Juan II, es decir, á fines del mes de Abril de 1488, el embarazo de Beatriz, que se dice estaba á la sazon de cuatro meses y medio, no existia, pues su parto se remonta al 29 de Agosto del año precedente. Fernando Colon, nacido en Córdoba el 29 de Agosto de 1487[1] (y no el 15 de Agosto de 1488 como pone equivocadamente Navarrete, y repite Humboldt), tenia ocho meses de edad, cuando recibió su padre la carta del rey de Portugal, y de consiguiente no fué la posicion delicada de Beatriz la que le hizo rechazar las ofertas del monarca lusitano.

Los historiadores protestantes están acordes en despojar á Colon del mérito de su paciencia, para atribuir solo á los atractivos de Beatriz la determinacion de permanecer tan largo tiempo en España, y de soportar las dilaciones que esperimentó. Con fechas responderemos á esta imputacion.

Como esas flores que no se transplantan y que se abren, se marchitan, y mueren en la misma tierra en que han brotado, Beatriz Enriquez, nacida, educada y casada en Córdoba, no salió nunca de las murallas de la antigua ciudad de los muslimes. Colon no pudo jamas verla, sino viniendo á Córdoba, y Córdoba es precisamente el punto en que estuvo menos veces, y menos tiempo mientras residió en España; pues no hizo en ella mas que una permanencia de algunos meses consecutivos en el primer año de su desembarco, que fué en el que se casó. Desde entónces, sus estadas en Córdoba fueron cortas y poco frecuentes; porque su obligacion lo llamaba

1. Zúñiga. *Anales eclesiásticos* etc., lib. XIV. fól. 496.

de otro lado sin cesar, como lo justifican documentos oficiales.

En 1486 siguió á la corte. En 1487 estuvo en Salamanca, para someter su plan al congreso científico, convocado de real órden en su célebre Universidad,[1] y pasó el invierno y parte del verano en ella.

Luego continuó siempre al lado de SS. AA. y en órdenes pagadas por el tesorero Francisco Gonzalez de Sevilla se lee, que en Mayo, Julio, Agosto y Octubre vivió lejos de Córdoba.[2]

La delicada situacion de Beatriz no fué tampoco para detenerlo, pues dos dias antes del parto de su mujer recibió cuatro mil maravedis, y marchó á la corte por mandato de los reyes. Un pago hecho en Octubre certifica de nuevo su ausencia de Córdoba.[3] Con la llegada del invierno la corte se fijó en Zaragoza, y lo mismo él.

En 1488 pasó á Sevilla, y allí le dirijió el rey de Portugal su carta fecha 20 de Marzo, sin que por eso dejara de continuar solicitando de España. Durante el verano le dieron para sus gastos de viaje tres mil maravedis,[4] y como SS. AA. se trasladaran despues á Valladolid, él fué tambien.

1. Se sabe que la corte permaneció aquel año una parte del invierno en Salamanca durante el congreso, y que partió el 25 de Enero de 1487. *Cronicon de Valladolid* 26 de Enero de 1487.

2. Se lee en el rejistro de Francisco Gonzalez: "El 5 de Mayo de 1487, entregado á Cristóbal Colomo, estranjero, tres mil maravedis. El 27 de Agosto de 1487, entregado al mismo, cuatro mil maravedis, para ir á la corte, de órden de SS. AA.; lo que hace un total de siete mil maravedis, con los tres mil que ha recibido el 3 de Julio." *Coleccion diplomática*, núm. 2.

3. "15 de Octubre de 1487, dí á Cristóbal Colomo cuatro mil maravedis, que SS. AA. me mandaron dar."

4. En 16 de Junio de 1488 dí á Cristóbal Colomo tres mil maravedis, por cédula de SS. AA."

En 1489 le tenemos aun lejos de Córdoba, puesto que el 12 de Mayo se espidió de esta ciudad para Sevilla y otros lugares la órden de alojarlo gratis en su camino á la corte, donde se le llamaba para mejor servicio de los reyes.[1] Llegó en efecto; pero no permaneció mas que algunos dias, en razon á que, como voluntario, hizo la campaña de Baza, y esta guerra empezó á fines de Mayo, durando hasta el 4 de Diciembre.

En 1490 le hallamos hospedado en el palacio del duque de Medina Sidonia, y mas tarde en el del duque de Medina Celi, que estuvo á punto de costear la proyectada espedicion.

En 1491 permanecia al lado del duque de Medina Celi reiterando sus ofertas. Una carta de este personaje, dirijida al gran cardenal de España el 19 de Marzo de 1493 dice: "que le ha dado hospitalidad durante dos años,[2] y que ha contribuido así á detenerlo en España," prevaliéndose de esto para pedir una gracia. Infiérase de aquí si será cierto le tuviese fascinado "la hermosa cordobesa."

Se olvidan los que tal afirman de que en 1488 contaba Colon cincuenta y dos años, y cerca de treinta y seis de navegar: que su buen sentido y síncera piedad no podian consentir que un amor ilejítimo jerminase en su corazon, y que la elevacion y fortaleza de su alma imponian silencio á sus pasiones, no tanto por la edad y la pobreza, como por aquella grande y subli-

1. Archivo del Ayuntamiento de Sevilla, lib. III, de cartas reales. Documentos diplomáticos, núm. 4.

2. "Y por yo detenerle en mi casa dos años y haberle enderezado á su servicio, se ha hallado tan grande cosa etc." *Orij. en el Archivo de Simancas.* Documentos diplomáticos.

me idea fija que sospechaba la existencia de la otra mitad del mundo.

En su lugar diremos en que circunstancias contrajo matrimonio con Beatriz, pues aquí nos limitaremos tan solo á establecer que su union fué lejítima, y que no se dejó subyugar con menoscabo de ninguno de sus deberes.

Herrera, cuya imparcialidad, saber y exactitud están reconocidas por todos, ha disipado cuantas dudas pudieran ofrecerse acerca del segundo matrimonio de Colon con estas palabras: "Despues de la muerte de su primera mujer casó con otra llamada Beatriz Enriquez, de la ciudad de Córdoba, de la que tuvo á don Fernando, honrado caballero, muy esperimentado en la ciencia de las buenas letras."[1] Navarrete arguye, que no ha podido encontrarse la partida de casamiento, y que no se presentará; pero se nos ocurre que tampoco se ha dado con su partida de bautismo, y sin embargo no diremos por eso que Colon no fué bautizado.

Cuesta trabajo darse cuenta de como se ha podido admitir una especie de tan mal jénero, y tan opuesta á lo que enseñan los hechos, y dicta el mas pobre raciocinio. ¿Cómo hubiera tolerado la virtuosa familia de doña Beatriz un comercio escandaloso? ¿La venganza de esta ilustre casa no habria obligado al seductor á reparar su falta? Qué! ¿Seria Córdoba, pueblo murmurador[2] por escelencia, el que Colon prefiriera para educar

1. Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquistas de los castellanos, etc.* Primera decada, lib. I. cap. VII.

2. Las habladurias, las frivolidades, la coqueteria y la pereza de las mujeres de Córdoba, eran proverbiales en España, y para castigarlas las declaró la reyna Isabel, durante cierto tiempo, sin derecho á los bienes gananciales.

su primer hijo, encargándolo á su manceba, y enviándoselo con un sacerdote?[1] Y la reyna tan severa en las costumbres, ¿cómo es posible que pusiese de pajes de su hijo único, el infante don Juan, á los hermanos Colon, siendo uno de ellos ilejítimo? ¿Los venerables relijiosos con los cuales pasó una parte de su vida podrian haber sido cómplices ó engañados en estas relaciones criminales? En prueba de que no eran un misterio, Córdoba pasaba por su verdadero domicilio; á pesar de no haber residido nunca en ella seis meses seguidos, y cuando el 23 de Mayo de 1493, obtuvo la prima del descubrimiento (que consistia en una renta vitalicia de diez mil maravedis) fué menester señalar un punto para su cobro lo hicieron allí, para mayor comodidad suya.[2]

Entre los historiadores contemporáneos de Fernando Colon ninguno pone en tela de juicio su lejitimidad, y si nó tratan de restablecer su posicion, dicho se está que es ciertamente porque nadie la combatia.

Tanto en las relaciones de familia como en los actos esteriores y públicos no se hace ninguna diferencia, salvo la de primojenitura entre Diego y Fernando. En ausencia de su padre los presenta juntos en la corte su tio don Bartolomé, que habia ido por ellos á Córdoba [3], y ambos entran con el mismo título y rango y para el mismo servicio en la servidumbre del príncipe de Asturias. Don Eustaquio, nieto de Navarrete, confiesa que: „Fernando siendo paje del infante era lo mismo que su

1. Llamado el P. Martin Sanchez.
2. "Los dichos diez mil maravedis situados en las alcabalas de las carnecerias de la ciudad de Córdoba." *Anotacion al título de renta*, fecha 23 de Mayo de 1493. Documentos diplomáticos, núm. XXXII.
3. Fernando Colon, *Historia del almirante*, cap. LX.

hermano uno de los mas mas favorecidos por S. A.[1]" Luego pasan los dos al servicio de la reyna, y lejos de establecerse la menor diferencia desfavorable al mas jóven, es precisamente á este á quien Isabel nombra paje suyo antes que á don Diego.[2]

El convenio hecho entre la corona de Castilla y Colon, en los campos de Granada el 17 de Abril de 1492, al establecer la trasmision de sus dignidades en la persona de su *primojénito*, demuestra implícitamente que no era solo. El prólogo del *Diario* de Colon recuerda que los soberanos han prometido la herencia á su hijo *mayor*. El real decreto de 20 de Mayo de 1493, concediendo armas reales á Colon, habla de *sus* hijos, y el acta de institucion del mayorazgo implica su estado de casado; porque de una parte prevee el caso en que tuviese mas descendientes ademas de don Diego y don Fernando,[3] y por otra no admite la posibilidad de un nuevo enlace, puesto que no estipula ninguna viudedad para una nueva mujer. Esta última condicion hubiera sido indispensable, pues en aquella época el grande almirante depuesto, viejo y achacoso nò podia esperar una alianza conforme á su rango, sin asegurar á su futura esposa ventajas considerables.

El modo sencillo y libre con que habla de sus dos hijos, sus cariñosas palabras al ocuparse del mas jóven en su correspondencia oficial[4] con los soberanos, su ma-

1. *Coleccion de documentos inéditos para la historia de España*, por don Miguel Salvá y don Pedro Sainz de Baranda, t. XVI. p. 291.

2. Don Fernando fué nombrado el 18 de Febrero de 1498, y don Diego sú hermano mayor al dia siguiente 19. *Libros de quitaciones de la casa real*, en el Archivo de Simancas, letras D y H. Coleccion diplomática, núm. CXXV.

3. *Institucion del mayorazgo*, 22 de Febrero de 1498. Documentos diplomáticos CXXVI.

4. *Carta á los reyes*, fechada en Jamáica el 7 de Julio de 1503.

nera de ponderar la precoz disposicion y los servicios de este niño, bastarian para dar fé de que su nacimiento no era vergonzoso, porque siendo así no hubiera tocado este punto con singular complacencia, ni atrevídose á enviarlo para felicitar al gobernador portugues Arcilla, que tenia entre sus oficiales parientes de su primera mujer, doña Felipa Mognis de Perestrello, ni esta circunstancia nos habria sido referida[1] por don Fernando, porque nunca podria haberla recordado sin rubor.

La lejitimidad de Fernando demostrada por la conviccion unánime de sus contemporáneos, justificada por la maternal bondad de la reyna Isabel, las atenciones de su esposo, y la estimacion particular del emperador Cárlos V, se ratifica mas, con traer á la memoria que en el árbol jenealójico de la descendencia del almirante vá su nombre inmediato al de don Diego, en la misma rama,[2] que en la jenealojia presentada por los Colombos de Italia ante los tribunales españoles siempre se pusieron juntos, y que en la de los Colombos de Cuccaro (que nos ha enseñado en Roma su último descendiente) están lo mismo, no habiendo habido nunca en su familia la mas leve duda tocante á su procedencia. Añádase á esto la consulta del senador Juan Pedro Sordi, tan frecuentemente citada por Baltasar Colon, lo cual indica que el célebre jurisconsulto distaba mucho de pensar que no fuese don Fernando de oríjen muy limpio, [3] y que en su memoria al Tribunal Supremo de Justicia

1. *Historia del señor don Fernando Colombo* etc., c. CXXXVIII.

2. Los árboles jenealójicos de los Colones que se han presentado desde hace tres siglos, diferencian escrupulosamente la calidad de las personas, señalando á los bastardos y á los adulterinos, y el nombre de don Fernando está siempre puesto entre los lejítimos.

3. Joannis Petris Surdi, *Concilium* § XI. núm. 261 de la vuelta.

(15 de Julio de 1792) un gran abogado rechazó desdeñosamente con una simple nota marjinal la pretension de Palma y Freitas, diciendo que: "en ninguna parte de los autos se habia visto prueba de que no fuese hijo lejítimo."[1] Esto recibe su última é irrefragable garantia de la propia mano de Cristóbal Colon; pues en una carta dirijida á las personas que pensaba debian apoyar sus reclamaciones en la corte, les recuerda, que para el mejor servicio de los reyes, "dejó mujer é fijos, que jamas vió por ello."

El borrador de este documento, todo de puño del almirante existe hoy, y su copia forma parte de la coleccion diplomática, impresa en 1825. Pero cosa singular! la autenticidad de este documento que tan terminantemente niega Navarrete, ha sido probada por él mismo, en su cualidad oficial. No podia ignorarlo; pero ciego por la pasion lo miró sin leerlo ni entenderlo, y se limitó á reconocer la letra, sin considerar, cuan contundente era contra sus calumnias este autógrafo.[2]

VI.

Llevar mas adelante la demostracion del error fuera inútil cuando los hechos hablan por sí mismos. Sin entrar en pormenores, es claro, que cuando se han enga-

1. Perez de Castro, *Informacion jurídica,* páj. 101 dorso. *Pleito de los descendientes de Colon.*

2. No son solamente don Juan Bautista Muñoz y el archivero jeneral don Tomas Gonzalez los que han clasificado en el número CXXXVIII este precioso autógrafo, sino que don Martin Fernandez de Navarrete le puso en una nota *que era papel de mano del almirante don Cristóbal Colon.*

ñado de tan buena voluntad con respecto á la persona, la familia y la situacion civil de Colon; cuando han desconocido la grandeza de su alma, despreciando su injenio, y calumniado su corazon, nada promete que hayan juzgado con imparcialidad el carácter de su obra.

Y en efecto, aquellos que han escrito la crónica del almirante, cediendo á la influencia majistral de que acabamos de hablar, no solo dieron de lado ó pasaron en silencio acciones famosas, sino que las desfiguraron, para domeñarlas á su método de esposicion histórica. Despues de negar el auxilio sobrenatural, que está tan patente en los hechos inmortales de su vida, le rehusan hasta el talento de hombre, y solo al declararlo casi estraño á las ciencias y á las matemáticas, le conceden gran sagacidad de observacion. Temerosos de presentarlo como un héroe, lo transforman en un ente vulgar, lo despojan sistemáticamente de todo lo que constituye la grandeza, y no solo lo acusan de ingrato, de ignorante, de hipócrita, de presumido, de vanidoso y de pueril, sino que quieren empequeñecer todo cuanto hizo, apartando los obstáculos, acortando la lucha y aminorando los peligros de que triunfó su inspiracion divina. No se apercibieron de que á fuerza de poner la mira al positivismo tropezaban con la mediania y de consiguiente, con lo ridículo, lo absurdo y lo imposible.

Un hombre sin mas cualidades que la tenacidad y la observacion, hubiera hecho lo que él? Lo sublime de su nombre, no dice lo de su corazon? Su fama, la mas justa, la mas merecida, la mas verdadera de cuantas gozaron los hombres, manantial profundo de celebridad, que no han podido agotar las jeneraciones en el transcurso de los siglos, sino que por el contrario es cada dia

mas abundante y rico ¿no prueba la incomparable superioridad de su empresa? ¿Y el arquitecto, no es siempre mas grande que su trabajo, ya por la fuerza de su imajinacion, ya por el favor divino que la fecundó? Se olvidan de que lo hecho por Colon no tiene igual en la historia, que no pudo imitar á nadie, y que nadie hará lo que él hizo: que aquello cambió las relaciones de los pueblos, mientras el mundo exista: que su mision, única en la série de las edades, no puede atribuirse á la casualidad ó á la ciencia solas, y que era necesario para llevarla á cabo una relacion matemática, entre la majestad del ser á quien se encargaba y la magnitud de la obra; magnitud, que el saber humano no puede todavia medir ni calcular.

Reasumamos:

Tanto se opone al sentido comun que los incrédulos espliquen la fé, como el que un prodijio del injenio católico, se enseñe por la escuela protestante. La sola reflexion basta, para derribar por su pié al sistema de los biógrafos de Colon, y como en seguida se hace sentir la necesidad de una historia nueva, íntegra y completa, de la invencion del nuevo mundo, y esta necesidad, que mas parece un deber, se ha comprendido tan bien en el corazon de la cristiandad, vamos á procurar proveer á ella, para satisfaccion de la verdad y honra de nuestra patria, que, como dijo Maistre, la necesita siempre.

Libro Primero.

HISTORIA
DE
CRISTÓBAL COLON,
Y
DE SUS VIAJES.

CAPITULO I.

I.

Dónde nació Cristóbal Colon? Cuándo? Quienes fueron sus antepasados?

Hé aquí tres preguntas que dieron y continúan dando pábulo á disputas, que llevan trazas de ser interminables, sin que al fin y al cabo de ninguna de ellas haya salido una ráfaga de luz para guiar por buen camino la opinion.

Los primeros dias del revelador del nuevo mundo, son otros tantos misterios escondidos en la noche de los tiempos. Washington Irving, autor de la obra mas popular que se ha publicado acerca del almirante, empieza así: "No hay ninguna noticia cierta sobre la infancia de Cristóbal Colon, ni sobre su familia, ni sobre el tiempo y lugar en que vino al mundo; porque de tal modo enmarañaron los hechos sus comentadores, que es casi imposible descubrir la verdad." Y en vez de buscar á sus lectores un hilo histórico que los sacára de este laberinto de dudas, los estravia mas y mas con su incertidumbre.

Pero á nosotros no nos parece insondable la oscuridad, que infinitas causas, han ido estendiendo misteriosamente sobre la cuna del heraldo de la cruz, porque

revistiéndonos de imparcialidad, y prescindiendo de las rivalidades de familia, y de las exijencias de los pueblos y provincias, que se disputaron la honra de haber sido su patria, lograremos descubrir el oríjen de aquel, cuyo destino fué sin igual en la tierra.

Por la fecha de su muerte venimos á la de su nacimiento, porque habiendo ocurrido aquella por los años de 1506, de setenta de edad, tuvo lugar este, en 1435. Están conformes en ello, el verídico cronista de los reyes católicos, Andrés Bernaldez,[1] que en varias ocasiones le hospedó en su casa, y vió sus notas y sus planos; el ilustrado canónigo Pietro Maria Campi,[2] Navarrete y el conde Galeani Napione, y con poca diferencia monseñor Luigi Colombo,[3] último descendiente de los Colones de Cuccaro. Si guarda relacion exacta con los principales acontecimientos que mencionan sus historiadores, y ningun hecho ni documento la contradice, sino que por el contrario todas las circunstancias la confirman, nos parece lójico tomarla por punto de partida de nuestras investigaciones.

En cuanto á la forma ambigua que se ha empleado hasta hoy, para decir cual sea la patria de Colon, objeto de tantas y tan acaloradas discusiones, (cosa que en verdad nos sorprende) probaremos, que debe sustituirse con esta clara y terminante afirmacion:

Cristóbal Colon nació en Jénova.

¿Qué importan las pretensiones de Cuccaro en Monferrato, de Pradello en Plasencia, de Oneglia, de Finale, de Boggiasco, de Quinto y de Nérvi en la rivera de Jénova? ¿Ni que la aldea de Cogoletto ostente á los ojos de los viajeros la inscripcion que le concede el título de patria de Colon? ¿Ni las defensas mas ó menos llenas de eru-

1. Andrés Bernaldez, *Historia de los reyes católicos.* Ms. cap. 118.
2. Campi. *Discorso histórico circa la patria é la nascita di Cristoforo Colombo* &c. En el tercer tomo de la historia eclesiástica de Plasencia.
3. *Patria é biografia del grande ammiraglio don Cristoforo Colombo* &c.

dicion, con que Savona reclamó tambien para sí esta gloria? No tan solo no se ha probado en ninguna de estas contiendas, que Colon naciera en otra parte que en Jénova, sino que muchos de los documentos aducidos hacen ver que era de allí. No hay que dudarlo, porque abundan y son terminantes los testimonios que lo prueban de un modo innegable.

Sus amigos, el cura de los Palacios, el obispo de la Española, Alessandro Geraldini, sus contemporáneos ó compatriotas Agostino Giustiniani, obispo de Nebbio en Córcega, Antonio Gallo, Huberto Foglieta y despues Casoni, los historiadores Giovanni Battista Ramusio, Girolamo Benzoni, Giulio Salinero, Tiraboschi, Luigi Bossi, Spotorno, Herrera, de exactitud reconocida, el erudíto y juicioso Muñoz, y hasta el portugués Joam de Barros, á quien puede llamarse su enemigo póstumo, están acordes en declararlo de Jénova. Nos bastaria añadir á esto, que el anciano Domingo Colon su padre, espone ser jenovés en cuatro escrituras otorgadas en Savona, desde el año de 1470 al de 1491,[1] y que en el contrato de aprendizaje, hecho en el mismo pueblo ante el escribano Ansaldo Basso, consta, que Giacomo, hermano menor de Cristóbal, no obstante estar domiciliado en Savona desde muy jóven,[2] era ciudadano de Jénova. Pero queremos, para disipar hasta el mas leve escrúpulo en el asunto, presentar otra prueba, cuya autoridad no puede nadie poner en tela de juicio, porque proviene del mismo Cristóbal Colon.

En la fundacion de su mayorazgo (22 de Febrero 1498) dice: "Siendo yo nacido en Jénova": mas adelante

1. Escritura del 12 de Febrero de 1473, ante Tomás del Zocco. Ibid, del 4 de Junio de 1473, ante Pietro Corsaro. Ibid, del 17 de agosto de 1484, ante Ansaldo Basso. Ibid, del 17 de Noviembre 1491, ante el mismo.

2. Anno Domini MCCCCDLXXXIV, die decimo septembris, "Jacobus de Colombo, Dominici civis Januæ, sponte et dedit et locavit se, pro famulo et discipulo cum Luchino Cadamartori præsenti, et per menses vigintiduos ad addiscendum, etc."—Ansaldo Basso, notaro in Savona.

encarga á sus herederos que protejan, siempre que no cause perjuicio á la corona de España, todo cuanto redunde en honra y provecho de Jénova, "ciudad noble y poderosa por la mar," y esplica su predileccion, añadiendo: "Della salí, y en ella nací."[1] Palabras tan francas y esplícitas concluyen con la incertidumbre; pero á mayor abundamiento vamos á reproducir una frase que, al par que confunda la terquedad de ciertos escritores, sea un motivo de orgullo para los jenoveses, porque les confirma el derecho esclusivamente suyo de llamarse conciudadanos del revelador del nuevo mundo.*

Don Fernando, á quien Spotorno acusa de haber intentado estraviar la opinion, y encubrir el verdadero lugar donde nació su padre, se llama en su testamento "Hijo de don Cristóbal Colon, Ginovés."[2] Ademas, como tambien era jenovesa la mayor parte de su familia por línea masculina, se tenia por jenovés de oríjen, gustaba de la lengua italiana, única que habló jeneralmente, cuando no estuvo en España, y se prevalia de todo esto para exijir la cooperacion de los jenoveses honrados en las compras de libros impresos ó manuscristos, que hacia en el estranjero para formar su magnífica biblioteca, que se conserva en Sevilla. En pago de la gloria que su padre habia legado á Jénova, con nacer dentro de sus muros, contaba con el afecto de todos sus habitantes, los consideraba en cualquier parte del mundo á que los llevasen asuntos mercantiles, como sus corresponsales de hecho, y hasta para dar cumplimiento á sus mandas piadosas en Roma, donde habia como es consiguiente relijiosos españoles, designaba la intervencion oficiosa de algun comerciante jenovés. Y como su predileccion por los compatriotas de aquel, fué siempre tan manifiesta, su

1. *Institucion del mayorazgo.* Coleccion diplomática, docum. núm. CXXVI.

* El tribunal de S. Jorje respondiendo el dia 8 de Diciembre de 1502 á una carta suya lo llama *amantissimus concivis.* Cantú. *Hist. universal,* t. IV. p. 625. N. del T.

2. Testamento otorgado en 12 de Julio de 1539.

albacea el licenciado don Marcos Felipe se creyó en la obligacion de invitar á su funeral, que con pompa réjia se celebró en la catedral de Sevilla, á todos los señores jenoveses en su calidad de *compatriotas* del noble difunto.[1]

De modo, que durante sesenta y ocho años, tres jeneraciones de la familia de Colon, atestiguan que nació en Jénova.

A cuanto va espuesto, que descansa en documentos respetabilísimos, ¿cómo se ha argüido hasta hoy? Con pretensiones infundadas y despreciables, y negativas sin prueba, en que por satisfacer á la vanidad de ciertas localidades y familias se desfiguran los hechos de un modo ruin y bajo. No contentos aun sin reconocer mas autoridad que la propia, dudan, discuten y se atreven á calificar de apócrifos los datos mas justificados, empleando para conseguirlo un tono majistral, que solo sirve para poner de relieve su inconcebible presuncion. Pero, como no hemos tomado la pluma para discutir lo absurdo, ni luchar con lo imposible, repetiremos sin temor de ser desmentidos que:

Cristóbal Colon nació en Jénova.

Habia casado su padre con una aldeana de Bisagno llamada Susana, hija de Santiago Fontanarossa, que la dió un corto dote, consistente en bienes raices y metálico. Fué luego la jóven pareja á establecerse en Jénova, en una casa [2] de la propiedad del novio, situada extramuros hácia la puerta de San Andrés, en el camino de la tierra de su mujer. Poseia Domingo ademas, algunos bienes en el valle de Nura y los alrededores de Quinto;[3] pe-

1. "Y á esta misma, fueron convocados los señores y caballeros de esta ciudad y todos los señores genoveses de la nacion del señor don Hernando."—*Declaraciones del testamento de D. Hernando Colon, que hizo su albacea y amigo el licenciado Marcos Felipe, relator de la audiencia real de grados de Sevilla.*—Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, tomo XVI, p. 459.

2. Una casa con bottega, pozzo é giardino. *Convenzione pubblicata dá sig. academ.*

3. Filippo Casoni. *Annali della republica di Génova,* lib. I. fól. 26.

ro como no le alcanzaba para proveer á sus necesidades su pequeña renta, se dedicó á los oficios de cardador y tejedor de paños, ayudado por un jornalero y un aprendiz.

En aquella morada vino al mundo Cristóbal Colon,[1] que fué bautizado en la antigua iglesia de San Estéban,[2] servida por frailes benedictinos.[3]

Años despues creyó Domingo, cuya familia se habia aumentado, que le convendria alquilar su finca á uno de esos hosteleros, que buscan apostarse á la entrada de los pueblos y pasar al barrio en que mas abundaban los fabricantes de gorros, tintoreros y cardadores. Al efecto, tomó en la calle de Mulcento una casita señalada con el número 166, en cuyo primer piso habia junto á la puerta principal, una sala con una ventana, defendida por gruesos barrotes de hierro, y que podia servir de almacen.[4] Pertenecia á los benedictinos y en varios libros de cuentas de esta comunidad salvados de los desastres de las revoluciones, y que existen todavía, se hace mencion de los pagos sucesivos de Domingo.[5] El último que se encuentra en su nombre, lleva la fecha de 1489,[6] y

1. Y no como tantas veces se ha dicho sin fundamento alguno, y contra lo que rezan las fechas, en la casa di vicolo di Mulcento, en la cual Domingo Colon no entró sino muchos años después.

2. Cevasco. *Estadística de la ciudad de Jénova*, t. I. p. 119.

3. Esta iglesia, llamada vulgarmente en Jénova, San Estéban del Arco, es la que designaba la tradicion popular desde hace tres siglos, como la en que fué bautizado Cristóbal Colon, y que ha quedado en nuestros dias completamente justificada.

4. Il pubblico catasto compilato l'anno 1797, lett. C, núm. 166. Per l'addietro le casse non erano accastate. *Ragionamento*, &c., dagli accademici Serra, Carrega é Piaggio, fól. 49.

5. Cuando la supresion de las órdenes relijiosas, durante la ocupacion francesa, los archivos del convento de S. Estéban se transportaron al palacio, y se pusieron bajo la custodia del ministerio público. La comision de la Academia de Jénova, acompañada de un antiguo benedictino, examinó los rejistros de la comunidad. No se pudo encontrar el de bautismos, y muchos libros se habian estraviado; pero en la mayor parte de los de cuentas desde 1456 hasta 1489 se halló el nombre de Domingo Colon, y los pagos que hizo de los alquileres de la casa que ocupaba á censo enfitéutico.

6. Nell' último pagamento di Dominico Colombo, si legge che Jacopo Bavarello suo genero avea conseguito estimo della sua casa.

desde esa época, su yerno Santiago Bavarello lo reemplazó en el inquilinato, en virtud de un convenio firmado el 20 de Julio de 1489 ante el notario Lorenzo Costa.

La estrecha y desigual calleja de Mulcento conserva hoy en el silencio de su soledad, con algunos nichos de imájenes incrustados aquí y allá por las paredes, los vestijios de la piedad de sus antiguos vecinos, y un aspecto tranquilo y grave, que trae á la memoria la fé cándida y robusta de la edad media.

Tuvo Domingo cuatro hijos,[1] Cristóbal, Bartolomé, Pelegrin y Santiago, y una hija, que no pudiendo esperar mejor suerte, contrajo matrimonio con un chacinero del barrio, al que lo oscuro de su condicion esconde aun en vida suya, de la vista del historiador. Pelegrin, que trabajaba al lado de su padre, murió de mas de veinticinco años de edad, ignorado ú olvidado de la mayor parte de los escritores.

El apellido Colon, segun su etimolojía, es en latin Colombus, y en italiano Colombo. Sus antepasados pertenecian á la nobleza, pues descendia de una ilustre familia de militares orijinaria de Lombardia, cuyas ramas colaterales se estendieron por el Piamonte, el Plasenciano y la Liguria, viéndose precisados los que formaban esta última, á dedicarse á la marina y al comercio. Sin duda en la primera mitad del siglo XV, existian en Jénova muchos Colombos, unidos por antiguos vínculos de parentesco; pero como sus posiciones eran diferentes, pues unos ocupaban altos puestos en la sociedad, y otros muy secundarios y hasta ignorados, pasaban estos desapercibidos de aquellos. Tales eran los ascendientes de Juan Antonio Colon, que sirvió en las Indias en calidad de capitan, bajo las órdenes del virey, y los que vivian en pueblecillos de la Liguria, dedicados á cultivar sus modestos patrimonios. De aquí dimanaron las pretensiones

1. "Ignoto é il nome della sorella maritata, col Pizzicagnolo Guiacomo Bavarello." Spotorno. *Introduzione, Códice Colombo-Americano,* fól. XI.

que hubo cuando se trató de averiguar la verdadera patria del almirante.

Los Colones tenian en su escudo tres palomas blancas en campo azul, con una celada, y encima la justicia, y una letra que dice: "Fé, Esperanza y Caridad."[1] Salvo insignificantes alteraciones, estas armas eran comunes á los diferentes brazos del tronco lombardo, y las llevaban los Colones de Plasencia como los del Monferrato y la Liguria.

Varios autores han dicho que en Jénova el oficio de cardador no rebajaba á la nobleza; pero nosotros no trataremos de profundizar esta cuestion, porque cualquiera que fuese el aprecio en que estuviera el gremio de cardadores en la Liguria, dudamos que ningun hidalgo tuviese el capricho de incorporarse á él.

Lo cierto, lo positivo es que bajo el techo de Domingo habitaban la rectitud, la lealtad y el honor, y que conservara ó nó los blasones de sus abuelos, parecia tenerlos siempre presentes en su conducta; pues se comportó en su esfera como hombre á quien obliga la nobleza. El respeto, la piedad filial, el amor paternal, la modestia en la elevacion, el valor en la adversidad, la magnanimidad, la pureza cristiana, he aquí los ejemplos que dió á su prole este artesano, en la cual plugó al cielo bendecirle; pues si bien por su pobreza dejó casar á su hija con un chacinero, supo antes de morir que su primojénito habia descubierto un nuevo mundo y que era virey, viendo así al fin de su larga peregrinacion sobre la tierra, que despues de haber contado cual otro Jacob dias buenos y malos, pero estos en mayor número, resucitaba en Cristóbal lleno de gloria y magnificencia.

Al comenzar esta historia, saludamos la imájen venerable del cardador de la calle de Mulcento; porque sirvió humildemente á Dios y á su patria; porque fué laborioso; porque dió á sus hijos la mejor enseñanza que

1. *Memoria dirijida á la reyna*, por don Pedro Colon de Portugal.

sus haberes le permitian, y porque no los quiso egoista para sí, sino que se supo privar de ellos en su vejez. Nunca ha merecido Domingo una palabra de consideracion por parte de los biógrafos del almirante. Se han contentado con decir que los padres de Colon eran pobres; pero honrados,[1] y en verdad, que tal certificado de buenas costumbres, espedido por la escuela protestante, seria ofensivo sino fuera ridículo. ¿Es creible que la sola honradez pudiera producir un modelo tan perfecto como el de los hijos de Domingo, respetuosos y agradecidos, acariciando sus canas á porfia, unidos entre sí, deferentes por su hermano mayor, y siempre á la altura de las mas difíciles empresas, como de los puestos mas encumbrados, resistiendo á los halagos lo mismo que á los reveses de la fortuna, sin envanecerse, sin abatirse, sin vacilar nunca? ¿No hay en esto algo superior á la moralidad? ¿No se percibe aquí la esencia de la nobleza, la virtud? Si nó fuese cosa cierta la buena estirpe de Domingo, bastaria con lo dicho para dar testimonio de su esclarecido linaje, que se perpetuaba en sus descendientes, y ponia de manifiesto la pureza de la sangre, luchando y venciendo de las necesidades de la vida, de la monotonía y del cansancio de los trabajos cuotidianos. De esta suerte sacó de un taller el todopoderoso, el móvil del acontecimiento mas grande que haya sobrevenido á la humanidad.

A pesar de que los viese destinados á ganar su pan con el sudor de su frente, el buen artesano se esforzó en proporcionarles la educacion mas esmerada; sobre todo á Cristóbal, cuya intelijencia le admiraba, y lo envió á Pavía donde sin duda estaria protejido por alguno de su familia, que como dijimos antes, era orijinaria de Lombardía. Contaba entónces este mancebo diez años apenas, y era una edad demasiado tierna para estudios

1. Washington Irving. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon,* lib. I. cap. I. p. 7.

tan graves como son la *filosofía natural*, la *astrolojía* y la *filosofía estraordinaria*, con los cuales se hizo célebre su universidad. Muchas investigaciones se han hecho para descubrir con qué maestros estudió los elementos de las ciencias, sin tener presente que la ciencia de sus maestros de nada pudo aprovecharle, puesto que no estuvo á su lado sino desde poco mas de nueve años hasta los doce. A los catorce ya se habia embarcado, y sabemos que el tiempo que medió entre su salida de las aulas y su enrolamiento, lo pasó trabajando como aprendiz con su padre. No discutiremos el mérito de sus profesores, ni trataremos de investigar cual fuera la influencia que ejercieron sobre él, como se ha tenido la candidez de hacerlo, cuando tiempos atras á instancias del historiador Luigi Bossi, los archiveros de la Universidad de Pavía formaron la lista de aquellos, que tal vez dieron lecciones á Colon. Este apunte comienza en 1460, y concluye en 1480. Entónces tenia él veinticuatro años cumplidos, y once de navegar; y de nada pudo servirle la ilustracion de Antonius de Bernadigio, ni de Antonius de Terzago, que subieron á la cátedra para esplicar la astronomía, mientras el célebre matemático Franciscus Pellacanus con Albertus de Crispis, teniendo por auxiliares á Guido de Crema y Joannes de Marliano, cursaban la filosofía natural. A mayor abundamiento, tampoco siguió el curso de filosofía estraordinaria de Enrique de Sicilia, Francisco de Salo, Olino Bosenasi y Agustin Carugo, cuya instalacion no se verificó sino en 1463.[1]

De lo que no hay duda es que se aplicó con maestros anteriores á los citados, cuyos nombres se ignoran, y que sacó el fruto de su constancia para utilizarse luego.

Muchos no quieren persuadirse de que, apurados los recursos de su padre, volvió á Jénova antes de tiempo, para trabajar en su primer oficio con él y su hermano

1. La lista comunicada por los archiveros de Pavía comienza con el maestro Stephanus de Faventia y termina con Lacerus de Sigleriis (astrólogo).

Bartolomé, pero la historia está terminante sin embargo, y todos los autores conformes en lo poco que sacó de su estancia en Pavía. Humboldt lo demuestra, su compatriota Gallo dice, que Cristóbal y Bartolomé tenian poca instruccion *(Intra pueriles amos parvis litterulis imbuti)*,[1] y Giustiniani lo confirma con estas palabras: *Hic puerilibus annis vix prima elementa edoctus.*[2] A tan corta enseñanza sucedieron las faenas del taller, sobre lo cual estableció Gallo que fueron trabajadores durante su mocedad (*Textor pater, carminatores filii aliquando fuerunt*). Senarega insistió en lo mismo; pero al querernos esplicar lo que entendia por *carminatores* lo hizo con un barbarismo,[3] y Cassoni aludió al aprendizaje, hablando de que pasaron algun espacio en la casa paterna, antes de salir de viaje.[4] A nosotros nos parece muy natural el pensar que desde que vino de la universidad, hasta que abrazó una profesion de su grado, tomara parte en los quehaceres de su familia.

II.

Al salir de las angostas y sombrias calles de Jénova, si se sube á sus murallas, ó á las severas montañas que la circundan por todos lados, sin dejarla libre mas que por el Mediterráneo, como para obligarla á tomar aquel camino, queda el observador deslumbrado con la trasparencia de su atmósfera serena y perfumada. Las azuladas

1. Antonii Galli. De navigatione Columbi per inaccessum antea Oceanum comentariolus. En la coleccion de Muratori, tom. XXIII.
2. Augustinus Justinianus. Genuensis prædicatorii ordinis Episcopus &c. Al márjen del salmo XVIII, en el Salterio poliglota dedicado al papa Leon X en 1516.
3. Bartholomei Senaregae. Genuensis, de rebus genuensibus commentaria. "Carminatores ii sumt cuos vulgus Scarzatores appelat." Pero jeneralmente se llama un cardador *Scardassiere* y no *Scarzatore* que es un verdadero barbarismo.
4. "Si trattenero per cualche tempo nella casa paterna." *Annali della repub. di Génova.*

ondas lamiendo sus risueñas orillas, y la pura lontananza del golfo liguriano, elevan su alma, y transportan su pensamiento á los siglos pasados, siente que á pesar de su magnificencia, no pueden bastar los límites de la ciudad de mármol á la imajinacion de sus hijos, comprende que las aguas son su vida, su savia y su fuerza, y que una inclinacion jeneral debia predisponerlos á lanzarse á los peligros y á las aventuras, de que el mar es tan fecundo. Cristóbal Colon, á quien su amor á la naturaleza inclinaba á la contemplacion de las cosas divinas, y al que un instinto secreto impelia al estudio de la jeografía, quiso mejor luchar con las olas, que con los monótonos y sedentarios trabajos del taller. Una consideracion particular pudo haber contribuido tambien en su decision, pues desde la pérdida de sus bienes en Lombardía, casi todos sus antepasados buscaron fortuna por igual camino, haciéndose célebres algunos de ellos en la marina de guerra.

Entónces era el arte de navegar de rudo y penoso aprendizaje; aparte de que los buques carecian de comodidad, pues el terreno se aprovechaba con gran economía, sobre todo en los mercantes, á causa de tener que ir armados por temor á los piratas, y siempre prevenidos á rechazar sus ataques, y hasta á tomar la revancha. A pesar de haber cursado en Pavía, debió el jóven escolar, siguiendo la costumbre establecida, dar principio á la carrera en calidad de mozo de cámara, y así olvidado en los rangos subalternos, fué como la esperiencia, la práctica y la observacion le dieron la teoría, lo familiarizaron con las maniobras, los huracanes y los combates, y le adquirieron la serenidad, el aplomo, la pronta resolucion, la firmeza y el tino que son tan indispensables en un buen marino.

Sabemos que recorrió todo el Mediterráneo, á la sazon infestado de corsarios griegos, turcos y berberiscos, y que en un encarnizado combate, que la crónica no ha consignado, recibió una herida profunda, cuya cicatriz por

muchos años olvidada se abrió en los últimos de su vida, poniéndola en grave riesgo.[1] Espuesto á los trances mas peligrosos, estuvo largo espacio surcando los mares; pero no hay ninguna luz que aclare aquella época tan penosa de su existencia. La primera vez que damos con él en un documento histórico, lo hallamos bajo el pabellon francés; pero ya como uno de los oficiales del célebre Colombo, tio de su padre, que comandaba una flota del rey René, contra Nápoles en 1459, y á quien llama Sabellicus "el ilustre archipirata." Luego le tenemos á bordo de otro capitan, sobrino del anterior, verdadero Duguay-Troniu de la Liguria, y que por diferenciarlo de él lo apellidaban *il mozo*.

Entónces, el discípulo de estos dos nobles lobos marinos era maestro, y así el rey René le confió la direccion de una empresa, que requeria una audacia y habilidad poco comunes. Era nada menos que para ir á Túnez á rescatar la *Fernandine*, galera de primera clase. Llegados á las aguas de San Pietro en Cerdeña, como supiesen que la *Fernandine* estaba guardada por dos navíos y una carraca, tal desproporcion de fuerzas turbó en gran manera á la tripulacion, que se amotinó, negándose á pasar mas adelante, y pidiendo volver á Marsella. Ni pudo Colon con su persuasiva tranquilizar el pánico, ni tampoco hacerse obedecer, pues no tenia ningun medio material para conseguirlo, y como no queria retroceder, apeló á una estratajema. Entrada la noche volvió la aguja, hizo dar las velas al viento, y los marineros creyeron que iban en demanda de Marsella; mas no era así, pues al romper el alba al dia siguiente estaban á la altura de Cartajena, sin que ninguno lo sospechara siquiera.[2] Este rasgo de su juventud, referido por él cuando era grande almirante del Océano, retrata bien su intrepidez, su resolucion, su tino, y cuan poco le de-

1. "Allí se me refrescó del mal la llaga." Cristóbal Colon. *Carta del 7 de Julio de 1503 á los reyes católicos.*
2. Fernando Colon. *Historia del almirante*, cap. IV.

tenian los obstáculos que le oponian los hombres, porque si no los dominaba con la fuerza, los vencia con la habilidad.

No hay duda que luego continuara Colon al servicio de René, durante los cuatro años que estuvo pretendiendo á Nápoles con las armas; pues fué principalmente en la mar donde obtuvo las mayores ventajas, y peleó mas tiempo.[1] Despues prosiguió navegando, bien solo, bien con algunos de sus parientes, hasta la última campaña de su vida militar, que se señaló con una circunstancia dramática, cuyos detalles nos inclinan á creer, que no tuvo lugar sino por voluntad de la divina providencia, en favor de aquel que iba á ser mas adelante su fiel y pacífico servidor.

Si Colombo el viejo gozaba de gran celebridad, no era menos afamado Colombo *il mozo* en el Mediterráneo; pues habia conducido una escuadra contra los musulmanes. Tal vez induciria esto á Cristóbal á ponerse á su lado, porque en medio de los azares y trabajos de su vida, conservaba intacta la fé que hizo jerminar en su pecho su buen padre. Ademas el odio á los turcos estaba escrito por las paredes de Jénova, y aun se vé junto á la puerta de San Andrés, cerca de la calle de Mulcento en que vivia el cardador, una baldosa que dice: *Via de matamoros*.

Dejando las aguas de levante se embarcó en calidad de oficial en un crucero, destinado á esperar cerca de las costas de Portugal á barcos venecianos, que venian con ricos cargamentos. Consigue Colon darles caza, y les embiste al salir el Sol, entre Lisboa y el cabo de San Vicente. Llegan al abordaje, se defienden los de Venecia con intrepidez, y el combate se prolonga hasta

1. Nos complacemos en pensar, que cuando el último de nuestros abuelos de Italia tuvo que refujiarse en la flota francesa, que estaba en la rada de Nápoles, lo hiciera en el mismo buque de Cristóbal Colon, habiendo conocido por esta causa uno de nuestros antepasados al revelador del globo, cuya primera historia francesa habia de escribir uno de sus descendientes.

la tarde; mas al venir la noche se incendia el casco enemigo, y como estaba tan fuertemente aferrado con el jenovés, fué en vano quererse desasir y poner en juego las bombas, porque bien presto los dos se trasforman en una inmensa hoguera. Entónces todos se arrojan al mar, consiguiendo así no mas que trocar la forma del peligro, pues se hallaban á diez leguas de la tierra mas vecina.

Despues de un dia entero de lucha, el cansancio estaba en su colmo, y por buen nadador que fuese Colon hubiera perecido; pero la providencia, que velaba por él, le acercó uno de esos anchos remos, con que en aquel tiempo se auxiliaban los buques en las calmas, lo asió, repuso sus fuerzas, y ganó la playa, dando gracias al soberano autor de su salvacion. Socorrido por la caridad pública llegó á Lisboa, donde pensaba encontrar muchos compatriotas, y entre ellos tuvo la grata satisfaccion de ver á su hermano Bartolomé.

¡De qué medios tan maravillosos se vale la divina providencia! Una calamidad, un desastre los convierte en un beneficio, en una gracia, en favor de los que aparecen ser sus víctimas. Cuán grande ejemplo nos ofrece Colon, arrastrado contra su voluntad al centro de las ideas, que debian recibir en su mente nuevo ensanche; al único pueblo que se dedicaba á los descubrimientos, y adquiria nociones cada vez mayores acerca del Océano y de los paises del mediodia.

CAPITULO II.

I.

Medio siglo hacia que, no cabiendo Portugal en sus estrechos límites, buscaba estenderse por los mares, y ya tremolaba su pabellon en muchas islas apartadas de las costas conocidas. No eran estas adquisiciones hijas de los esfuerzos de los reyes, sino de la voluntad de un príncipe que, nacido en las gradas del trono, no tuvo mas ambicion que servir á Dios y á su patria.

Ha dicho muy bien un filósofo francés, que todos los grandes navegantes fueron cristianos, y nosotros añadiremos que el que dió el primer impulso á la navegacion en el Océano fué un síncero católico.

Hijo de Juan I el infante don Enrique, duque de Viseo, y gran maestre de la Orden de Cristo, ansiaba procurar á sus caballeros la gloria en este mundo y la felicidad eterna en la otra vida. Siendo muy mozo se habia señalado con los africanos al pié de las murallas de Ceuta; pero con los años pensó; á pesar de ser jefe de una caballería instituida para pelear contra los enemigos de la fé de Jesu-Cristo, que mas mérito tenia convertir que aniquilar; someter al dulce yugo de la cruz, que acrecentar por la fuerza los dominios de sus antepasados; y quiso llevar el Evanjelio á los pueblos que vivian en las misteriosas playas del Africa occidental, logrando ver su divisa francesa *Talent de bien faire*, esculpida en todas las tierras que se descubrieron bajo sus auspicios.[1]

Edificó un palacio sobre un alto pintoresco de una

1. Lafiteau. *Histoires des découvertes et conquêtes des portugais dans le nouveau monde*, lib. I, cap. V y VI.

ensenada del cabo Sacrum, jeneralmente conocido por Sagres, y allí apartado del bullicio de la corte, en el silencio de la soledad, se consagró aquel espíritu noble á las matemáticas y á la astronomía. Formó una biblioteca de libros de náutica, se procuró relaciones de viajes, mandó traducir manuscritos árabes, y trayendo á su lado á hombres espertos en las cosas de la marina, tornó su rejia vivienda en un colejio naval. Estableció un consejo hidrográfico,[1] y puso de presidente á un mallorquin cosmógrafo de cuenta, célebre por sus cartas, por haber perfeccionado la aguja de marear y empleado el astrolabio.[2] Hasta entónces consistia toda la ciencia de navegar en seguir la direccion de las costas, y como cuando quisieron apartarse un tanto de la rutina, y engolfarse en el moviente elemento tropezaron con las dificultades y engaños, á que dan lugar los fenómenos marítimos en cada veinticuatro horas, buscó el infante un remedio á tan lamentable imperfeccion, é impulsado por su celo relijioso, quiso acometer á su costa empresas de descubrimientos.

En 1419 mandó por dos ocasiones reconocer y doblar el cabo Non, que tenia fama de ser el centinela avanzado de las rejiones inhabitadas, y cuyo solo nombre espantaba á los pilotos, pues detras de sus peñascos cubiertos eternamente de blanca espuma, se estendia lo desconocido, nadando en la inmensidad. En 1420 salieron de órden suya Juan Gonzalez Zarco, y Nuño Tristan Vaz con el objeto de esplorar las costas africanas, pasando por Non; pero una tormenta los echó al Oeste de una isla desconocida, que llamaron Porto Santo, á cuyo encuentro siguió pronto el de la de Madera. Tres años despues fué visto y doblado el formidable cabo Bojador, que apenas se sospechaba por los navegantes,

1. Joáo de Barros. *Da Asia,* decada 1ª, lib. I. XVI.
2. Jeneralmente se le conocia por Jaime de Mallorca. La munificencia del príncipe lo determinó á desertar de su isla natal para establecerse á su lado.

y de esta suerte iban los portugueses de dia en dia adelantando por la parte occidental de Africa.

La cordial acojida que daba don Enrique á todos los hombres entendidos en el arte, hacia que afluyeran á Sagres marinos distinguidos de diferentes naciones. Así entraron á su servicio el veneciano Luis de Cadamosto, y el jenoves Antonio de Nole, cuando rivalizaban de celo los atrevidos capitanes Gonzalo de Cintra y Fernandez Dionisio. No tardó mucho en señalarse el cabo Verde, y al año siguiente Cadamosto y Nole reconocieron las islas que bautizaron con aquel gracioso nombre, y que tan mal llevan, como observó el primero Cristóbal Colon. Sin embargo de haber avanzado hasta cabo Rojo, no entraba tanto en la perseverancia del gran maestre de la Orden de Cristo la dilatacion de Portugal, como el deseo de propagar el Evangelio, y por esa causa hizo fundar un establecimiento en 1445 en el rio *d' Oro*, bajo la proteccion de una fortaleza, para que los suyos pudieran comunicarse con el interior, y trabajar en la conversion de los indíjenas.[1] El noble don Fernando Lopez de Acevedo, fué á Roma de parte del infante, para esponer al papa Martin V que, "el principal objeto de los esfuerzos de su amo era la gloria de Dios y la estension de la fé."[2]

Como es consiguiente la santa sede animaba estos descubrimientos, cuyo fin era al mismo tiempo que conocer la tierra, propagar el cristianismo, y así dió al piadoso príncipe una prueba de su benevolencia, concediendo á la corona portuguesa un derecho de primacía sobre todas las rejiones que hallase desde el cabo Bojador á las Indias orientales, y al par que amenazaba con los rayos de la Iglesia á quien osara impedirlo, concedia induljencia plenaria á cuantos sucumbieran en la de-

1. "O Infante como seu principal intento em descubrir estas terras era attrahir as barbaras nacós ao jugo de Cristho, etc. "Joáo de Barros. *Da Asia,* decada I. lib. I. cap. VII. p. 57.
2. Lafiteau. *Histoire,* etc. lib. I. cap. I. p. 15.

manda. Aunque la capital del orbe católico aplaudia tan buenos deseos, las ciudades marítimas de Italia y las repúblicas del litoral miraban con recelos la cuestion, considerándola bajo el punto de vista de sus intereses; pues corria la noticia de que don Enrique tenia intencion de dar vuelta al Africa con sus caravelas, é ir hasta el mar Rojo y el golfo Pérsico, de donde se seguiria que los jenoveses, y mas aun los venecianos, que monopolizaban el trasporte de los productos de oriente, perderian su tan lucrativa industria. A esta desazon contribuia las nuevas de Africa, que andaban de boca en boca en los muelles del Tajo, y que los pilotos de la Liguria y del Adriático establecidos en Lisboa no escaseaban trasmitir á sus familias.

La muerte del infante amainó el impulso, que su ingenio diera á los descubrimientos; pero no por eso dejó de ser Lisboa el centro del progreso marítimo; y á pesar de haber perdido á su protector, continuaban residiendo en ella los marinos, que atrajo la munificencia del príncipe matemático. Allí abundaban los pilotos[1] de capacidad y los mas hábiles constructores, allí se vendian los mejores planisferios y las obras de astronomía, y allí se confeccionaban los mapamundis y las cartas mas exactas de navegacion. No es estraño pues, que el piloto Bartolomé Colon, hermano segundo de Cristóbal, fuera aunque tarde á Lisboa, para utilizarse con sus talentos de jeógrafo, cosa entónces muy lucrativa, y en la que era de reconocida superioridad.[2]

1. Por piloto se entendia entónces á todo marino que no mandaba en jefe un buque, y se aplicaba del mismo modo á los segundos capitanes en la marina de guerra. Los tenientes de navio se llamaban tambien pilotos.

2. Su sobrino don Fernando, á quien su escesiva modestia hizo siempre disminuir el mérito de sus parientes; no obstante decir que era de corta instruccion, reconoce su buen sentido, y su arte para formar esferas. Antonio Gallo contemporáneo suyo y secretario del Senado de Jénova, habla de su habilidad para dibujar cartas para los marinos, ("Sed Bartholomeus minor natu, in Lusitania, demum Ulissipone consisterat, ubi intentus quæstui tabulis pingendis operam de-

Con los brazos abiertos recibió al náufrago, á quien tenia gran cariño y deferencia, y se esforzó por retenerlo consigo. Su franca hospitalidad no le fué gravosa, pues Cristóbal manejaba el lápiz, el pincel y la pluma admirablemente, y se entretenia en hacer cartas y planos, y copiar manuscritos y obras raras; porque á pesar de la invencion de la imprenta, en Portugal estaba todavía en pañales la tipografía, y los libros costaban mucho. Su aficion á la jeografía y al estudio lo familiarizaron con los mas estimados de los lectores del puerto de Lisboa, y los compraba para revenderlos, haciendo así un pequeño comercio, cuyos productos, no solo le bastaban para proveer á sus necesidades, sino que con sus ahorros y las privaciones que se imponia, llevaba algun consuelo á la triste vejez de su padre. Oviedo, historiador de las Indias y enemigo suyo, le tributa el homenaje de que en Lisboa y fuera de Lisboa "tuvo siempre cuidado de socorrer las necesidades de su padre;"[1] á pesar de lo precario de su posicion. Su buen porte le mereció relacionarse con los marinos, y la mejor acojida de parte de varios comerciantes jenoveses de aquella plaza. Jamas olvidó las atenciones que le tuvieron sus compatriotas Antonio Bazo y Luis Centurion Scotto, ni los buenos oficios de Pablo de Negro, como tampoco el afecto del hijo de Nicolas Espínola de Lucoli,[2] y les pagó su voluntad, dando fama eterna á sus oscuros nombres.

Desde su permanencia en Lisboa, salvo cortas in-

dit, queis ad usum nauticum, &c."—*De navigatione Columbi per inaccessum antea Occeanum commentariolus.*) Gustiniani lo atestigua, y llega hasta pretender que de él aprendió Cristóbal á confeccionar los mapamundis, y Muñoz menciona su juicio, su esperiencia en las cosas de la mar, y su primor para fabricar instrumentos náuticos. (*Historia del nuevo mundo*, t. I. lib. II. § 22.) Ademas, otros hechos que mencionarémos acabaran de justificar esta opinion.

1. Oviedo y Valdes. *Historia jeneral y natural de las Indias* &c., lib. II. cap. II.

2. *Testamento del almirante.* Apunte á continuacion del codicilo de mano propia del almirante. Docum. diplom. nº 158.

terrupciones, los principales acontecimientos de la vida de Colon se van presentando por su órden, y quedan completamente accesibles á la investigacion, pudiendo decirse que entónces empieza su historia.

El primer hecho que le concierne, despues de su llegada á Portugal, vá unido á su piedad; porque de su asistencia constante á los oficios divinos, resultó el suceso de su vida, que dió alas á su jenio, estendiendo sus facultades comparativas, confirmándolo en su vocacion, y poniéndolo en ocasion de comunicarse con los grandes y los sabios de la tierra.

II.

Entre los contemporáneos de Colon tres escritores principalmente, sin copiarse unos á otros, nos han dejado tres bosquejos, en tres descripciones de su persona, por las que se puede formar de ella una idea aproximada. En primer lugar, su hijo don Fernando, luego Oviedo, á quien su empleo de paje del infante don Juan permitió verlo con frecuencia, y despues el célebre Bartolomé Las Casas, que como su padre le debió favores personales. Pero como sus toques son demasiado lijeros, nosotros esperamos completar el cuadro con otras pinceladas, tales como las del milanes Girolamo Benzoni, que visitó el nuevo mundo, cuando aun estaban frescos los recuerdos de su descubridor, y que pudo conversar con gran número de personas, que sirvieron bajo sus órdenes. Los historiadores estan en perfecto acuerdo sobre sus facciones, el color de sus ojos, de su tez y su cabello; pero difieren en lo tocante á su estatura, y se sabe que Colon era de talla elevada, pues su hermano Bartolomé, dotado de una constitucion atlética, á consecuencia de su altura, era de menos cuerpo que Cris-

tóbal, como lo dijo Las Casas que conoció á entrambos.[1]

Era entónces Cristóbal Colon de treinta y tres años, y estaba en la plenitud de su vigor físico y de su perfeccion intelectual. Su robustez, dando á su talle una varonil elegancia, hacia resaltar la dignidad de su continente, noble como su carácter. Su rostro de un óvalo perfecto; sin embargo de tener las mejillas algo abultadas,[2] y de ser un poco encendido y pecoso,[3] delineaba con limpieza los contornos, hasta perderse con un suave desvanecido en la curva de su barba, adornada con una graciosa hendidura. Por la majestuosa anchura de su frente se traslucia la de sus altos pensamientos y graves meditaciones, que de rubio oscuro tornaron blanco su cabello,[4] é imprimian á el arco de sus cejas un leve ceño, aumentando el encanto de la pura y tranquila mirada de sus ojos garzos.[5]

Su nariz aguileña,[6] se dilataba ligeramente en su base, y los ángulos de su boca bastante pronunciados la daban una espresion particular de finura y bondad, á que contribuia la forma de sus labios.

Esta diversidad de tonos, estos contrastes confundian en su ser la juventud con la esperiencia y la lozania, el brillo de la edad viril con el reposo y la dignidad de la vejez. Su cabeza en armonía con sus ideas, y sus ideas en relacion con su persona, formaban entre su físico y su moral una liga admirable de grandeza, de elevacion y de hermosura tal que, no obstante lo incierto y precario de su situacion y de la modestia de su vestir, su persona no podia pasar desapercibida en nin-

1. "Era persona de muy buena disposicion: alto de cuerpo, aunque no tanto como el Almirante." Las Casas. *Historia jeneral de las Indias*, lib. I. cap. CI. Ms.

2. "Las mejillas un poco altas, sin declinar de gordo ó macilento." Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. III.

3. Oviedo y Valdes.

4. *Pero de treinta años ya le tenia blanco.* Fernando Colon.

5. *Los ojos vivos.* Oviedo y Valdes. *Los ojos garzos.* Herrera.

6. *La nariz aguileña.* Fernando Colon. *Il naso aquilino.* Girolamo Benzoni.

guna parte. Su porte y sus modales indicaban al cumplido caballero,[1] y el solo perfil de sus facciones al hombre noble y de autoridad.[2]

A su vista, su oido y su gusto escedia lo esquisito de su olfato, y como su amor ardiente á la naturaleza lo conducia siempre á la contemplacion durante el dia, y á la observacion de los astros en las noches serenas, al ir navegando por las costas aspiraba con placer los balsámicos perfumes, que traian los soplos de la brisa, y admiraba enternecido las obras del hacedor, amando con pasion las flores, las aves y los peces. Por necesidad sencillo en su traje, no conocia mas lujo que el aseo, y el suyo era esquisito, advirtiéndose ademas de su primor que, como aficionado á olores, los ponia en sus ropas, en sus guantes y su papel de cartas, y hasta su pobre vivienda, adornada solo con curiosidades de historia natural, abundaba en ellos.

Sin embargo de que desde la edad de catorce años estuvo siempre en continuo roce con los marineros, no participaba de sus defectos ordinarios, pues aborrecia las imprecaciones, las coplas deshonestas y los juegos de envite. Apenas bebia, ni era dado á los manjares apetitosos, y conservaba en tierra la sobriedad de á bordo. Tan parco era que, habiéndose habituado en los puertos del Mediterráneo á las costumbres hijiénicas de los árabes, preferia los vejetales á las carnes, y el agua con azúcar prieto de Canarias y unas gotas de esencia de azahar á todos los licores.

El órden, el arreglo y la puntualidad presidian á sus ocupaciones. Gran conocedor de lo que vale el tiempo, y atento siempre á los consejos de la sana razon, no dejaba para otro dia lo que podia poner por obra en seguida, ni lo hacia á la ventura y sin premeditar, ni nunca se detuvo en el buen camino, si esperó

1. *El rostro luengo y autorizado.* Herrera.
2. Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral de las Indias* &c., lib. II. cap. III. Traduccion de Juan Poulér.

llegar á lo mejor, y así como don Enrique de Portugal, tomó por divisa las palabras *Talent de bien faire*, Colon hizo el bien que quiso con la misma nobleza de emulacion, la leyenda de menos y la modestia cristiana de mas.

Cariñoso con sus parientes, afable con los que lo rodeaban, mostraba con sus inferiores una benevolencia y urbanidad, que no se aprenden sobre la cubierta de un buque, y su facilidad para espresarse, lo pintoresco, lo atrevido y feliz de sus imájenes, el timbre sonoro y claro de su voz, siguiendo las emociones de su corazon, esplican bastante las simpatias que encontró entre los comerciantes jenoveses, que traficaban en Lisboa. A pesar de esta dulzura, era Colon impaciente por naturaleza, é inclinado á la cólera; pero sus arrebatos no hacian mal sino á sí mismo; porque la reflexion, casi tan repentina como el primer impulso, venia para contenerlo. Parecia que su propension á la ira le fué dada como una prueba, como un motivo de luchar para vencer aquella pasion, puesto que ofreció un modelo de paciencia para conseguir dar cima á su obra eterna.

Presentes en su imajinacion los ejemplos del hogar paterno, y las encarecidas recomendaciones de su piadosa madre, conservaba á bordo los hábitos cristianos de la niñez; y él mismo nos ha dicho cuán vasto campo ofreció el mar á sus meditaciones relijiosas. No bien establecido en Lisboa, tomó por costumbre el ir diariamente á misa al convento de monjas de Todos los Santos, en el cual fueron notadas su devocion y su aspecto desde las celosias del coro por una jóven pensionista, que le cobró tal aficion, que deseosa de conocerlo, discurrió un modo de satisfacer su tierna curiosidad.

Era esta una doncella llamada doña Felipa, hija de don Bartolomé Mognis de Perestrello, noble italiano naturalizado en Portugal, antiguo empleado de palacio, y uno de los protejidos de don Enrique que, aten-

diendo á sus talentos de marino, lo agregó á las últimas espediciones de descubrimientos. En recompensa de sus servicios lo hizo nombrar gobernador de Porto Santo, autorizándolo para colonizar la isla, y concediéndole á perpetuidad grandes posesiones. Pero como carecia de capital, quedó en embrion su ensayo, y principalmente la plantacion, que tropezó con un obstáculo tan grave como ridículo, pues algunos conejos importados de Portugal se multiplicaron de suerte tan prodijiosa, que no bastaban á sus banquetes nocturnos las legumbres que se sembraban, ni era suficiente á destruirlos la guerra á muerte que les tenian declarada los desesperados labradores. Así es que Porto Santo no fué para Perestrello sino un manantial de desazones y desembolsos, que dieron en tierra con él y con su caudal, dejando al morir, pobre á su viuda, y á sus tres hijas sin mas dote casi que la hermosura y la virtud.

Esta falta de haberes no impidió á Colon ofrecer su mano á doña Felipa; pero como quiera que entre su primer visita y el casamiento medió un intervalo bastante largo, tal vez para dar tiempo á la viuda de conocer á quien iba á entregar á su hija, prueba de nuevo esta circunstancia que, á pesar del oficio de su padre, era Cristóbal de bueno y antiguo oríjen; y no tan solo se verificó este matrimonio con beneplácito de la familia de la novia, sino que el yerno fué á vivir en la misma casa de la suegra. No es posible unirse con mas intimidad, ni abonar mejor á aquel estranjero de posicion tan ambigua. ¿Es creible siquiera que así se adoptara al hijo de un cardador, si antes no hubiese hecho pruebas de nobleza?

Sin embargo de que el caudal de doña Felipa no podia bastar á su manutencion, y de que para ayudarse proseguia Colon trabajando en sus planos y sus manuscritos, el lugar que habia ocupado su suegro, y las relaciones que le proporcionó su honroso enlace, le facilitaron el acceso á los mas elevados personajes, como

lo justifica un hecho en que no han puesto atencion sus biógrafos. El rey Alfonso V, que sin ser muy dado á espediciones de mar se interesaba en ellas por instinto y tradicion, gustaba conversar de estas cosas y de ciencias naturales con él, y un dia, tal vez para confirmar sus ideas cosmográficas, le hizo ver unas cañas de dimensiones colosales, que unas fuertes mareas habian llevado á las playas de las Azores.[1]

No es esto tan insignificante como parece, pues por lo mismo que manifiesta que su plan no se completó hasta el cuarto año de su estada en Portugal, indica que de antemano habia concebido la idea de examinar la totalidad del globo. Todos los sucesos de su vida guardan igual analojía. No se sabe la época de su nacimiento, sino por la de su muerte; ni se conocen los pasos de su adolescencia, sino por las revelaciones de su edad adulta; ni los designios de su edad adulta, sino por los pensamientos de su vejez. Cuando anciano escribió con su propio puño, que aquel que se dedica á la navegacion se siente poseido del deseo de penetrar los secretos del mundo,[2] declarando así las preocupaciones que le dominaron en su juventud. En esa involuntaria confidencia se esplica el móvil que le hizo pasar tantos dias en la mar, tan sin provecho material para él.

El pensamiento que alimentaba silenciosamente en sí, el jérmen que fecundaron la reflexion, el estudio y la contemplacion de las obras de Dios, recibió en el seno de la familia un rápido desarrollo. Su suegra, mujer de sincera piedad y devocion,[3] admirada de su deseo de penetrar y descubrir lo desconocido, le refirió la historia de su esposo, que fué un hábil navegante, le dijo la

1. Herrera. *Historia jeneral de las Indias* etc., decada I. lib. I. cap. II.
2. *Carta del almirante al rey y á la reyna,* fól. 4 del libro de las Profecias. Docum. diplom. núm. CXL.
3. Ráulica. *La mujer católica,* tomo II. p. 325.

parte que habia tomado en el descubrimiento de varias islas, y le confió sus notas y su diario. Aquellas observaciones vinieron en apoyo de su proyecto, y le permitieron examinar los progresos de los portugueses en la costa de Guinea, y el camino que seguian para llegar á ella. Poco despues partió con doña Felipa para su árida posesion de Porto Santo, donde permaneció algun espacio y nació su hijo Diego.

En la inmensidad el Océano imájen fiel de lo infinito, y bajo la luz resplandeciente del Sol tropical, el injenio de Colon iba perfeccionando un cálculo sobrehumano, un proyecto mas osado que el heroismo. Cuanto veia y oia no hacia sino afirmarlo y fortalecerlo, parecia que sus costumbres, sus gustos y sus relaciones de vecindad y parentesco estaban de antiguo dispuestas, para servir á su plan.

La hermana segunda de doña Felipa, casada con un distinguido oficial de la armada, que fué gobernador de Porto Santo, tenia tambien posesiones en la isla, y Colon pudo comunicarse con él, y tomar nota de sus observaciones. Hizo luego viajes á la isla de la Madera y á las Azores, pasó á la costa de Guinea, á la embocadura del rio *d'Oro*, y visitó la fortaleza de San Jorje de la Mina, aumentando de este modo su esperiencia y la escala de sus comparaciones.

Correa le dijo que habia visto en las playas de Porto Santo, un trozo de madera primorosamente tallado, y que como si viniera del otro lado del mar, trajo el viento de Oeste; en las Azores supo que en la misma direccion llegaban al Fayal pinos descomunales, y de clase desconocida, y al afirmarle que en las orillas de la isla de las Flores se hallaron dos cadáveres, cuyas facciones diferian de las de los insulares, le añadian que dieron en una ocasion con barcos atestados de hombres de raza estraña. Un marino portugues, llamado Martin Vicente, le habló de que á cuatrocientas cincuenta leguas de Europa hácia occidente sacó del agua un palo labrado,

que una brisa de aquel punto impelia de dias atras delante de su barco, y Antonio Leme, emparentado en Madera, le refirió que habiendo navegado muy á poniente divisó tres islas.

Estos datos sin relacion entre sí, y á los que se ha atribuido una grande influencia en las determinaciones de Colon, no sirvieron sino para estimularle, pues al recojerlos no les dió mas importancia de la que realmente merecian. Tuvo por ilusiones ópticas las islas, y pensó que tal vez fueran peñascos, que considerados al traves de cierta influencia atmosférica, y de tal ó cual posicion pudieron semejar el aspecto de la tierra, ó bien algunos de esos islotes flotantes cubiertos de follaje que nos describen Plinio y Juventius Fortunatus. En efecto, poco tiempo tardó en convencerse de que la escursion de Martin Vicente era ni mas ni menos que una fanfarronada, puesto que no se apartó de las costas arriba de cien leguas.[1] En lo tocante á las maderas trabajadas, á las cañas jigantescas y á los muertos, nada establecian tampoco de positivo; porque podian ser llevados de la parte aun no esplorada de Africa á las rejiones ecuatoriales, y desde allí rechazados á las Azores y Canarias.[2] Ademas, durante muchos años de navegacion y de residencia en aquellos sitios nada tocó de esto por sí mismo, y Washington Irving se ve en la necesidad de confesar, que tales rumores "no debió conocerlos Colon, sino despues de que su opinion estuviese formada, contribuyendo así á confirmarla."[3]

Como quiera que sea, desde 1474 tenia resuelto ir á descubrir las tierras, que presajiaba existian de la parte de occidente. Por medio de un toscano domiciliado

1. Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. VII.
2. En efecto, durante su primer viaje se vió pasar á cinco dias de navegacion de la Gomera un pedazo de mastelero, que habia pertenecido á un casco de ciento veinte toneladas. *Diario de Colon,* 11 de Setiembre de 1492.
3. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon,* tomo I. lib. I. cap. V.

en Lisboa se puso en correspondencia con el médico florentino Pablo Toscanelli, matemático y jeógrafo importante, y una de las mas grandes celebridades de Italia. Bien recibido en la corte pontificia, consultado por el rey de Portugal en cosas de navegacion y cosmografía, y de ardiente emulacion por la ciencia, se aficionó Toscanelli á las matemáticas, á causa de sus relaciones con Brunellesco, que era á la par platero, escultor é injeniero, y fué quien hizo la tan admirada cúpula de Santa Maria del Fiore, en Florencia. Aparte de esto se dedicaba á estudiar la naturaleza, y lo conocian por el médico Pablo, que entónces los de esta facultad no tenian otro dictado. Despues de haber leido los apuntes que habia de los viajeros, su saber lo puso en contacto con los que de diversas naciones iban á visitar la península, y pasaban por Roma, centro de la cristiandad, foco permanente de la civilizacion.

De los dos únicos fragmentos que han llegado á nosotros de las cartas de Colon resulta:

Primero: Que antes del mes de Junio de 1474 le comunicó Colon su proyecto de navegar hacia occidente, puesto que Toscanelli le remitió copia de una contestacion, que acababa de dar el dia 25 al canónigo Fernando Martinez, que le habia escrito de parte del rey de Portugal.

Segundo: Que Toscanelli encontró muy llenas de interes las cartas de Colon, que juzgó su deseo de ir á oriente por occidente como noble y grande,* y que ya aquel le habló de los incalculables beneficios que de ello reportaria toda la cristiandad.[1] Téngase esto presente; porque la sola palabra cristiandad reasumia ya el objeto, el complemento y la recompensa de su idea.

* En una de sus cartas á Colon le dice "Vèo tu noble y gran deseo de pasar allí, donde nacen las especias....." Y en otra: "Tu designio me parece noble y grande."—N. del T.

1. "E guadagno inestimabile é di grandissima fama appreso tutti li Cristiani." Segunda carta de Toscanelli á Colon.

Transcurrieron despues dieziocho meses, durante los cuales maduró el proyecto.

III.

En 1746, teniendo Cristóbal Colon cuarenta años, decidió poner por obra su pensamiento, y deseoso de asociar su pueblo á la honra de tal empresa, volvió naturalmente sus ojos á él. Varios escritores lusitanos, sin comprender lo sublime de su carácter, ni lo verdadero de su patriotismo, han pretendido que se ofreció primero á Portugal, y esto es falso, pues Ramusio, Benzoni, Herrera, Ortiz, Casoni, Tiraboschi, Robertson, Bossi, Spotorno, y jeneralmente los biógrafos italianos estan conformes en que dió la preferencia al Senado de Jénova.[1] Pero las razones en que se apoyaba no podian ser bien recibidas por los jenoveses, que tan prácticos como atrevidos en el Mediterráneo, apenas se aventuraban en el Océano, ya porque no conocian los progresos de los portugueses en la jeometría, ó ya porque creyéndose maestros en la navegacion, imajinaran que no se les podia sobrepujar. Tomaron las palabras de su compatriota por delirios de orgullo, pretestaron la penuria del tesoro, motivada por armamentos considerables, y tal vez para rebajar sus pretensiones le dijeron, que no cojia de nuevas al Senado el deseo de hacer descubrimientos; porque mas de uno habia pagado con la vida su temeraria curiosidad, como lo justificaban papeles de los archivos de la república, en que se leia que doscientos años antes, dos capitanes de la sangre mas ilustre, llamados Tedisio Doria y Ugolino Vivaldi par-

1. "Che volendo gli armare alcune navi, si obligava di andare fuori di stretto di Gibilterra e naviguar tanto per Ponente che el circonderebbe la terra del mondo, arrivando dove le spezierie nascono." Benzoni. *La historia del mondo nuovo*, lib. I. fól. 2, verso. Venezia, 1572.

tieron para el grande Océano, sin que se volviese á saber de sus personas.[1] Este desaire no quitó á Colon el afan de dotar á Italia con las rejiones que pensaba encontrar, y dicen que se encaminó á Venecia, pareciéndole que por la situacion de su erario y de su marina se hallaba en estado de secundar sus miras; mas no fué así, pues el consejo no accedió á ello.

Ningun documento relativo á esto ha llegado hasta nosotros; pero la tradicion de los venecianos da grande autoridad á las afirmaciones de algunos historiadores, entre ellos Bossi,[2] majistrado de aquella república, cuyo testimonio acreditan muchos publicistas eminentes, entre los que se encuentra el enemigo de Colon, don Martin Fernandez de Navarrete.[3]

IV.

Despedido por Venecia y Jénova pasó á Savona, con el objeto de visitar y llevar algun consuelo á su padre, á la sazon de mas de setenta inviernos. Decimos en Savona y no en Jénova, porque antes del año de 1469 abandonó Domingo la ciudad de mármol, para establecerse allí; sin embargo de volver de nuevo á Jénova mas adelante. Este cambio de domicilio, que duró sobre diezisiete años, nos parece ha contribuido principalmente á la incertidumbre y á las equivocaciones de los historiadores acerca de la verdadera patria de Cristóbal. Permítasenos entrar ahora en ciertos pormenores, levantando con respeto el humilde velo que cubre el pobre ajuar del anciano cardador, y perdónesenos lo

1. "Ingolfatisi nell' Oceano, non avevano piú data nuova di loro." Casoni. *Annali di Génova.*
2. *Note alla vita di Cristoforo Colombo*, n.° 14.
3. *Coleccion de viajes, &c.* Introduccion, § 49.

trivial de la relacion en gracia de su orijinalidad y exactitud.

¡Cuán caprichosa es la fortuna! Unos dan con ella fácilmente, casi sin buscarla, y otros no la encuentran nunca por grande que sea su afan; unos ven recompensados sus esfuerzos, su prevision y su economía, y otros sin embargo de su constancia, de sus desvelos, de sus reiteradas privaciones no pueden llegar jamas á romper el yugo, á que parecen destinados. Su premio está en el cielo, y aquí no gozan mas que de la esperanza que les dan los consuelos de la fé. La vida de Domingo Colon fué una lucha perenne contra las tribulaciones, y como los desgraciados sueñan tanto, persuadido de que su estrella mejoraria, alquiló á un sombrerero su almacen de la calle de Mulcento, y se partió para Savona. El alquiler de la casa continuó pagándose; á pesar de eso en nombre suyo;[1] bien porque los benedictinos no quisieran cambiar nada en su arrendamiento, bien porque conservara la idea de volver algun dia á su antiguo albergue.

Tenia Domingo consigo á dos hijos, Juan Pelegrin ya mayor de edad, y Santiago en pañales todavia. Pelegrin lo ayudaba cuando lo permitian sus fuerzas, pues parece que era de mala salud, y su padre se veia en la necesidad de valerse de un jornalero, que en mas de una ocasion fué un tal Bartolomé Castagnollo, que habia sido su aprendiz.

El año de 1470 abrumó al pobre cardador con el peso de infinitas desazones. Tuvo que vender por precision el dia 24 de Setiembre, en presencia del escribano Francisco Camogli, de Jénova, varios pedazos de tierra y una casa que poseia en el barrio de Ginestrel, en la aldea de Bisagno, y tal fué su aprieto, que un mes

1. El nombre de Domingo Colon consta en los libros de cuentas de la abadia de San Estéban, desde el año de 1456, hasta el de 1489. Los libros de los años 1461 á 1466 no han podido encontrarse.

mas tarde hizo cesion al llamado Antonio Rollero de la insignificante suma de 18 libras, que le debia Castagnollo.[1] No obstante estas enajenaciones, su situacion iba de mal en peor, y al año siguiente, temerosos Giuliano y Scampino de Caprile, compradores de sus inmuebles de Bisagno, de que su mujer los reclamara como afectados á su dote, exijieron que ella ratificase la venta hecha por el marido.[2]

Las angustias de los Colones se agravaron en tales términos, que no podian procurarse ni las primeras materias para la fabricacion de paños, pues no ofrecian ninguna garantia para obtenerlas á crédito; y así acribillados de deudas, pasaban por todos los apuros y humillaciones de la pobreza. A principios de 1472[3] tornó Domingo á Jénova para ver de procurarse algunos recursos, y de vuelta en Savona logró que Juan Signorio le adelantara por valor de 40 libras en lana. Pero no hubiera podido esto servirle de mucho, si en Agosto, Cristóbal, en una de esas visitas que se complacia en hacer á sus padres, no determinase al prestador á darle ciento mas, en lo que convino, siempre que padre é hijo se comprometieran á pagar en tejidos, á seis meses de plazo, las 140 libras.[4]

Tampoco mejoró con el tiempo la posicion del cardador, pues el 12 de Febrero de 1473 tomó de un tal Barbarino una cantidad de lana, obligándose á restituirla en tela, aconteciéndole lo propio con otra partida de que se hizo el 4 de Junio, perteneciente á Luis Multedo.[5] Como cada dia tropezaba con nuevas dificulta-

1. Escritura fecha 25 de Octubre de 1470 ante Giovanni Gallo, escribano en Savona. *Nota di diversi documenti degli archivi di Génova é Savona riguardanti la famiglia del Cristoforo Colombo,* 1839.
2. Tuvo lugar esta ratificacion el 25 de Mayo de 1471, ante Francisco Camogli, escribano de Jénova.
3. El 14 de Abril se encontràba en aquella ciudad.
4. El 26 de Agosto se firmó este compromiso ante Tomas del Zocco, escribano de Savona. *Nota di diversi documenti &c.*
5. Compromiso hecho ante Pedro Corsaro en la sala baja del palacio de justicia de la municipalidad de Savona, en presencia de los testigos Estéban Vieto y Antonio Olivieri.

des, se alarmó hasta tal punto el dueño de otros terrenos que habia vendido, que no solo pidió la confirmacion de la escritura por Susana, sino tambien por los hijos mayores, que se encontraban presentes.[1]

Estas fechas auténticas prueban que Cristóbal permaneció con los suyos cerca de un año. Entónces como en su infancia era para sus padres obediente y cariñoso; los socorria con sus escasos recursos y de tal manera se identificaba con ellos, que se le consideraba del gremio de cardadores. En la obligacion del 26 de Agosto anterior se le puso igual ejercicio que á su padre, y bien porque en presencia del anciano no quisiera rebajar su oficio ni renegar de sus principios, ó bien porque el dueño de los efectos tuviera este requisito por una condicion, para aceptar la fianza, lo cierto es, que aparece en el documento no como marino, sino como cardador, y de esta suerte debia ser reputado, viviendo con su familia, que toda se empleaba en trabajar la lana. Ademas proseguia haciendo cartas y copiando manuscritos, que llevaba á Jénova, donde compraba y vendia libros impresos, por lo cual sus contemporáneos han dicho que fué allí librero.[2]

Algunas semanas mas tarde, Cristóbal Colon estaba de vuelta en Portugal.

Durante el año de 1474, mientras Cristóbal redondeaba en su mente el universo, su padre que como de la cofradía de cardadores era llamado á deliberar acerca de sus reglamentos, considerándose ya como establecido en Savona tuvo deseos de hacerse con una pequeña propiedad en su término. Sin duda la fortuna le habia hecho en sus sueños dorados alguna magnífica promesa. De cualquier modo que fuera el 19 de Agosto compró al contado á Conrado de Cuneo, por la canti-

1. El 7 de Agosto de 1473, Cristóbal y Pelegrin acompañáron á su madre con este objeto á la escribania de Pedro Corsaro.
2. Bernaldez. *Historia de los reyes católicos,* Ms. cap. CXVIII.

dad de doscientas cincuenta libras[1] saboyanas, una posesion situada en Valchaude, sobre la cual gravitaba un censo de los canónigos de san Felipe y Santiago.[2] Mas ay! todo era pura ilusion, que se desvaneció en el acto como el humo! Confió tal vez en una oferta que le faltó en el momento de pagar, y así tan luego como el vendedor le dió el recibo, en el mismo punto, ante los mismos escribano y testigos, se confesó estarle en deber la misma suma, ofreciendo satisfacerla en cinco años, dándole cada dia de san Miguel por valor de la quinta parte en paños, apreciados por los peritos Cristóbal Barrucio[3] y Enrique Bertou. Pero no obstante su buena voluntad, no pudo cumplir con exactitud el compromiso contraido.

Juan Pelegrin su hijo, que fué sucesivamente una carga y un alivio para su familia, sucumbió al fin tras penosos padecimientos, y tres años mas tarde se decidió á vender la casa con jardin, que poseia en Jénova junto á la puerta de San Andrés.[4] Con el producto de estas dos nuevas enajenaciones no salió Domingo de sus dificultades, y quedaron en pié las obligaciones contraidas para la adquisicion de la hacienda de Valchaude.

Falto de fuerzas tuvo que renunciar á cultivar su campo por sí,[5] abandonando tambien su oficio, sin ha-

1. "Et hoc pro pretio et nomine pretii librarum ducentarum quinquaginta monetæ Saonæ."

2. El vendedor le dió recibo ante el escribano Juan de Rojero en presencia de los testigos Santiago Ferrerio y Santiago Lambert, ciudadanos de Savona.

3. Los hermanos Barucio eran á la sazon los primeros fabricantes de paños en Savona. Se lee en un instrumento público fechado en 12 de Marzo de 1473 en la escribania de Ludovico Moreno, que cuarenta y cuatro cardadores dieron sus poderes, en provecho de su corporacion á Bartolomé Barucio.

4. Giovanni Gallo, notaro in Savona.—23 Gennajo 1477.—"Susanna de Fontanarossa, Q. Giacomo, moglie di Domenico Colombo... da consenso al marito per la vendita d'una casa in Genova con giardino posta nel borgo di S. Stefano, contrada di S. Andrea, obligata per le sue dotti."

5. El 17 de Agosto de 1481 ante el escribano Ansaldo Baso lo arrendó á Juan Picasso, hijo de Ode.

ber tenido el gusto de enseñarlo á Santiago, cuya delicada complexion exijia muchos cuidados, y para colmo de infortunio le arrebató la muerte la fiel compañera de su vida, la que durante mas de cuarenta y seis años partió con él sus penas, y dulcificó sus amarguras. Desde entónces Savona se le hizo insoportable.

V.

Volvamos á Cristóbal Colon.

Si las dos repulsas, y tal vez la imposibilidad patente de apelar acto contínuo á otro estado con esperanzas de mejor éxito, le hicieron aplazar la comunicacion de su proyecto, no dejó por eso de proseguir con igual constancia observando y esforzándose por ensanchar el horizonte de sus comparaciones cosmográficas, y por esa causa lo vemos un año despues buscar el océano Jermánico, y avanzar hácia el polo. En Febrero de 1477 se hallaba á cien leguas mas allá de Islandia, comprobando fenómenos interesantes para la hidrografía. Desde el cielo sombrío y plano de la *última Thule* de los antiguos al resplandeciente de los trópicos, reunia en su imajinacion con sus poderosas facultades las armonías de la tierra y de las aguas, y buscaba penetrar al traves de sus poéticas apariencias el principio de las grandes leyes del globo. Pasando luego de la contemplacion de las obras divinas á la investigacion de las de los hombres, dedicaba las horas que permanecia en tierra, y le dejaban libres sus copias de manuscritos y de esferas, con lo cual se sustentaba, en estudiar los libros de los filósofos, de los historiadores y de los naturalistas. De esta suerte proseguia sus viajes, sin sacar de sus trabajos y fatigas mas provecho que la esperiencia, cuando subió al trono Juan II, sucesor de

Alfonso V, que parecia querer seguir los ejemplos del hermano de su abuelo, don Enrique, de feliz memoria.

Habia reunido este monarca en su marina pilotos de primera clase, verdaderos hombres de mar, como Diego Cam y Bartolomé y Pedro Diaz, é imitando á su antepasado, acojia á todo estranjero que calculase con su alta penetracion ser de grande capacidad, pues deseaba dilatar sus conquistas en las Indias.

No fué difícil á Colon cuando le pareció llegada la hora el obtener de él una audiencia, para esplanar su idea, tanto menos, cuanto que por su parentesco con dos gobernadores de Porto Santo, y sus antiguas relaciones con el rey su padre, era merecedor á una benévola acojida.

En la primera entrevista sorprendido Juan II de la novedad de un plan, que daba en tierra con todo lo admitido hasta entónces en materia de cosmografía, se manifestó poco dispuesto á entrar en sus miras; pero en otras conversaciones el monarca, pesando los argumentos de Colon, comprendió que algo habia de superior é inmenso en el fondo de su teoría, y como era de espíritu elevado, gran conocedor de los hombres y aficionado á las ciencias naturales, se sintió predispuesto en favor de Colon, atraido por el ascendiente de su noble sencillez y leal confianza, y decidió hacer los gastos de una espedicion. Pero antes de comprometerse en ella quiso conocer de un modo positivo qué remuneracion pediria Colon, en caso de obtener buen resultado.

Portugal premiaba á los descubridores con muchas liberalidades; daba jeneralmente el gobierno de la parte descubierta al mismo que habia tomado posesion de ella, y añadia algunas veces al empleo un título honorífico; de suerte que la esperanza de tan altas recompensas aguzaba las imajinaciones. Pero semejante galardon no era el que podia satisfacer al hombre, que se gastaba haciendo cartas, y copiando manuscritos para ganar el sustento, y á sus ojos, mas que mezquina le pare-

cia indigna de lo grande de su empresa. Fijó pues sus condiciones, y fueron tales, que don Juan, antes de suscribirlas, decidió poner á discusion la probabilidad del éxito, encargando para ello una comision compuesta del doctor don Diego Ortiz de Cazadilla, obispo de Céuta, de Rodérigo su médico, y del judio José, físico tambien y su maestro de cosmografia.

Esceptuando varios portugueses, recusables aquí con sobrado motivo por sernos sospechosos, todos los historiadores convienen en que la incertidumbre del rey no fué sino un pretesto. Sin duda provenia únicamente de que la demanda de Colon se consideraba como escesiva y orgullosa; á pesar de presentarse con formas tan modestas como sencillas. Es positivo que si se hubiera dado por contento con la gobernacion perpetua de los paises descubiertos, y títulos y privilejios hereditarios, el negocio habria terminado fácilmente;[1] pero para que no fuera así sin duda lo colocaria su peticion muy cerca del trono, [2] pues de lo contrario la firme resolucion de Juan II lo libertara de las demoras que tuvo que sufrir. Si Colon necesitaba grandes honores, no le hacian menos falta grandes riquezas, por que tenia un gran pensamiento que satisfacer, cuyo cumplimiento lo consideraba como la sola recompensa que merecia su empresa. Manifestarlo será preciso para justificar su desmesurada ambicion ante los corazones cristianos.

La junta científica concluyó por rechazar la proposicion del jenoves, considerando su proyecto como sueños de un visionario. Sin embargo, la elevacion de miras que caracterizaba al rey, abogaba sin saberlo en favor suyo: por instinto creia en el estranjero, tan pobre como aferrado en sus exijencias, y como contra el parecer de la comision proseguia considerando seriamente el proyecto,

1. Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, t. I. lib. II. cap. XIX.
2. "Aveva dimandati troppo grandi premii é onori quando la cosa fosse succedata secundo le sue promesse." Casoni. *Annali di Génova*, lib. I. fól. 28.

convocó un consejo de las personas de mas nota en Portugal, para de nuevo ocuparse de él.

Examinóse entónces; pero mas bajo el punto de vista práctico, que bajo el de las ventajas que reportaria á la nacion, y la disputa que fue tan acalorada, que casi podemos calificarla de tempestuosa, tomó un carácter de interes jeneral. Asistian prelados, y entre ellos el obispo de Céuta con doble influjo que los demas, por su saber y por su cargo de confesor de S. M. Habiendo estudiado la cuestion como presidente de la junta cosmográfica declaró que las razones espuestas por Colon no tenian bastante consistencia, para que un príncipe ilustrado y prudente se aventurase á ponerlas por obra, sin hacer antes un ensayo. Echando á un lado el fin relijioso que se proponia, hizo apasionado el debate pronunciándose contra todo nuevo descubrimiento, esforzándose en que prevaleciera una prudencia limitada y cautelosa sobre el patriotismo y el anhelo de difundir la relijion católica, que es lo que debió inspirarlo, y tratando el asunto como ministro de hacienda, que ante todo procura equilibrar los gastos con los ingresos, vió en el mal estado del tesoro un obstáculo saludable á espediciones mas honrosas, que lucrativas: sostuvo que en lugar de arrojarse en busca de tan remotos paises, seria mejor política negar su existencia, y ocultar su camino, para que el incentivo de lo nuevo no debilitara el espíritu belicoso de los portugueses, tan propensos á grandes cosas; que en poco tiempo la emigracion despoblaria el reino, que debilitado en el interior antes de estar seguro en el esterior, se esponia á una invasion; y que mas sábio y glorioso era combatir en Berberia contra infieles, enemigos siempre de vecindad peligrosa.

Este lenguaje de fria circunspeccion, basado en cálculos aritméticos, exasperó el patriotismo de la asamblea, y el conde de Villareal, caballero de la Orden de Cristo, se levantó y dijo, que Portugal no estaba naciendo entónces; que á sus príncipes no faltaba de tal suerte

el dinero, que no pudieran proveer á la espedicion; que por ningun motivo debia cerrarse el camino tan felizmente abierto por don Enrique; que seria una gloria eterna para los portugueses el haber despejado los misterios del Océano, tan temidos por otras naciones;[1] que asi se evitaria la ociosidad que enjendra por lo regular una paz muy prolongada, y es la lima sorda que vá gastando insensiblemente la fuerza y valor de los súbditos; y que fuera en mengua del nombre portugues amenazar con peligros soñados á los hombres, que en riesgos graves y positivos mostraban tanta intrepidez y valor, pues á las almas grandes tocaba dar cima á las grandes empresas. Llegando luego al punto que se proponia Colon, añadió que, siendo el de la propagacion de la fé católica, le causaba estrañeza que un prelado tan devoto como el obispo de Céuta osara oponerse á él,[2] pues era casi negar á Dios, ó al menos dejarle de servir de un modo eficaz, el descuidar aquella ocasion de hacer llegar de polo á polo la voz del santo Evanjelio; „y que se atrevia, aunque soldado, como voz y espíritu del cielo pronosticar felices sucesos, y la mayor honra y crédito con la posteridad, que jamás alcanzaron los Césares y monarcas mas valerosos y bien afortunados.[1] "

Unánimes aclamaciones acojieron este discurso; pero el parecer del obispo era desfavorable á Colon en cuanto á los medios de ejecucion, y por su reconocida especialidad en materia de ciencias náuticas consiguió que el consejo, sin profundizar mas, lo perdiera de vista ante una cuestion mas palpitante para la monarquia; la prosecucion de las espediciones acometidas por don Enrique, suspendidas bajo el reinado precedente, y por cuya continuacion opinó el consejo contra la voluntad de Cazadilla, pero sin mentar lo de Colon.

1. Vasconcelos. *Vida y acciones del rey D. Juan el II de Portugal*, lib. IV.
2. Vasconcelos. ibid.
3. Vasconcelos. ibid.

Esta sesion es un documento precioso en la história de aquel hombre, pues de él se desprende, que yá entónces la propagacion del Evanjelio era el objeto decidido y definitivo de su empresa.

La lijereza con que el consejo desairó á Colon por boca de uno de sus miembros, no satisfizo ni la rectitud, ni la ilustracion de Juan II, pues condenar no es juzgar. Recordaba constantemente las conversaciones del cosmógrafo jenoves, y como manifestara á su servidumbre várias veces lo que le preocupaban, hacia por disipar su disgusto, representándole cuantos perjuicios podrian redundar á la majestad real, con un tratado firmado para un proyecto, que no seria sino una ilusion de un mercader de libros: unos le indicaban que hiciese la prueba con los datos proporcionados por el pretendiente, y otros erijian en sistema la parsimónia, porque querian con las demoras dar acceso á eventualidades, que despejasen grátis la incógnita, que tan cara procuraba vender el estranjero.

Transcurria el tiempo, y nada decia la corte que pusiera término á la incertidumbre. Pero Colon firme y resuelto, armado de esa paciencia que sirve de defensa á las almas fuertes, ganando su pan con la pluma y el compas, y alimentando su espíritu con la lectura de cuantos libros compraba para revenderlos, iba adquiriendo durante su forzada inaccion una instruccion tan amena como sólida.

No pudiendo resistir mas decidió el rey poner en ejecucion el proyecto. Lo único que le contenia era la exorbitante remuneracion que demandaba su autor; pero en esta duda, uno de sus consejeros le sujirió un medio de conciliar su gusto, con lo que ellos llamaban la dignidad de la corona, que consistia en comunicar secretamente á un buen piloto portugues la idea y las instrucciones de Colon, y una vez descubierta la tierra, no seria menester acordarle tan alta recompensa. Hicieron valer razones de estado, y en nombre de la patria lo

convencieron de que el interes jeneral debia sobreponerse al particular, tanto mas, cuanto se trataba de un estranjero, y puede ser que añadieran que esto seria el castigo merecido de su porfia en pretensiones por demas insensatas. Don Juan, hombre de corazon noble y leal en su política, tuvo la debilidad de dejarse sorprender, y ruborizándose consintió en tamaña alevosia. Se olvidó de que era caballero. El causante de su estravio se llamaba don Diego Ortiz de Cazadilla.

Latió de esperanza el triste corazon de Cristóbal al leer un pliego de la comision científica, en que se le invitaba á depositar su plan sin tardanza alguna, y de suerte que pudiera examinarse á fondo, tanto su teoria como los medios de llevarlo á cabo. Incapaz de sospechar la felonia lo entregó todo sin desconfianza, y en seguida se despachó uno de los mas diestros pilotos con una carabela para que, aparentando partirse para las islas de Cabo Verde, hiciera rumbo á occidente en demanda de las tierras desconocidas, guiándose por los papeles de Colon.

Favoreció á esta espoliacion del jénio el mayor secreto. Pero si bien le usurparon sus datos científicos, no pudieron hacer lo propio con su firmeza, su fé, la superioridad de sus alcances, el don misterioso que recibiera de Dios para dar cumplimiento á su obra; y al cabo de algunos dias de navegar, comenzó la tripulacion á sobrecojerse, y alarmarse de lo largo del camino. Temblaban los marineros ante la inmensidad, cuando una borrasca remató de atemorizarles, y volviendo la proa entraron vergonzosamente donde habian salido, para perpetrar el atentado. El señor no estaba con ellos. Apenas llegados á puerto de salvamento, y como acontece en casos semejantes, los cobardes se tornaron fanfarrones y despreciativos, mofándose del proyecto del jenoves, y calificándolo de estravagancia vanidosa. Divulgóse la especie, y se hizo público el secreto, abriendo tan honda herida en el pecho de Colon, lacerado ya con otros do-

lores,[1] que resolvió no volver á tratar jamas con una corte capaz de semejantes maldades.

Como tuvo el rey noticia de que la carabela no habia continuado el rumbo, ni el número de leguas durante los dias señalados, le repitió el deseo de entrar en negociaciones. Hubiera venido entónces en todo lo que rehusó por tan largo espacio; pero Cristóbal, á pesar de su pobreza, finjió ignorar las nuevas disposiciones de don Juan, y cuando supo de buena fuente que queria asegurarlo por medio de un tratado, temeroso de sus consejeros si persistia en la negativa, realizó sin ruido cuanto le pertenecia por su mujer, y salió en secreto de Lisboa para Jénova[2] á fines de 1484, llevando consigo á su hijo, cuyas delicadas facciones recordaban la hermosura de su madre.

Sin embargo de la negativa de la serenisima república años atrás, le daba su patriotismo valor bastante para arrostrar de nuevo los desaires del pueblo que lo vió nacer;[3] y lo inducia á insistir con el Senado. Pero graves atenciones lo distrajeron del proyecto, pues sus recursos no le permitian cercenar su flota, para engolfarse en una empresa, que ningun precedente justificaba, y Colon no sacó de este viaje otra satisfaccion que la de visitar en Savona á su venerable padre, y pedirle su bendicion para su nieto, que un dia mezclaria su sangre con la de las dos casas reales de España y Portugal.

Profundamente conmovido quedó el anciano al saber los pensamientos de su hijo; y aunque conocia las repulsas de las dos repúblicas, y las ambiciones de Portugal,

1. Hacia algun tiempo que la muerte le habia arrebatado su compañera, la noble doña Felipa, madre de Diego y único consuelo de su pobre albergue.

2. Por mar se escapó Cristóbal de la capital del reyno Lusitano.

3. Se sabe de un modo positivo que en la primavera de 1485 estaba Cristóbal Colon en Jénova. Muñoz lo afirma del mismo modo que Humboldt, que añade que hizo una corta permanencia, lo que es verdad. Muñoz. *Históría del nuevo mundo,* lib. II. § 21. Humboldt. *Historia de la jeografía* etc., t. I. p. 19.

presentia su ciencia, comprendia su fuerza de voluntad y su fé, y adivinaba que Cristóbal trataba de dar vuelta al mundo, para llegar á los pueblos que ignoraban la venida de Jesu-Cristo, y mostrarles el signo de la redencion. Estas esperanzas rejuvenecian al patriarca en el borde mismo de la tumba, tornando en reluciente aurora el crepúsculo de su vida, en premio de los cristianos ejemplos que dió á su familia, y en indemnizacion de sus tribulaciones, de sus angustias y de sus pesáres.

Se cree que la vuelta de Domingo á Jénova data de entónces, y es mas que probable que fuera Cristóbal quien lo trajese; porque despues de haber perdido á su mujer, careciendo de los cuidados que son indispensables en edad tan avanzada, imposibilitado de trabajar lo mismo en su oficio que en su hacienda de Valchaude, suspiraba por la ciudad á que le ligaban tantos recuerdos, y vino á establecerse en el barrio de San Estéban junto á la puerta del Arco.

Despues de hacer por su padre cuanto estaba á sus alcances, dirijió Cristóbal la vista á las monarquias cristianas, para elejir una que asociar á la honra de ejecutar su empresa. Por su celo en defender la fé, su intrepidez y su constancia en pelear contra la morisma, su carácter caballeresco, sus recursos marítimos, y mas que todo por la fama de sus reyes don Fernando de Aragon y doña Isabel de Castilla, que juntos la gobernaban, España fué la escogida. Desde aquella hora se consideró comprometido con ella, y para ella se embarcó á la primera oportunidad, sin haberse provisto de ninguna recomendacion, confiando solo en la proteccion del todopoderoso.

CAPITULO III.

I.

La cristiandad tenia fijos sus ojos en el suelo español, contemplando los heróicos esfuerzos de sus denodados hijos, que de siglos atras peleaban contra los sectarios de Mahoma, trasmitiéndose la cruzada de jeneracion en jeneracion, como un título de nobleza; y al par que se complacia de su perseverancia inaudita, presajiaba que una gran recompensa seria el galardon de tanta fé, en la gloriosa é imperecedera causa de la cruz. En efecto, de dividido que estaba su territorio en reinos y emiratos independientes, iba á ensanchar sus límites, para no ser mas que una monarquia, la mas poderosa del universo.

El nombre de una mujer ilustre resonaba en aquellos tiempos desde Europa hasta los desiertos de Africa, y las fronteras de oriente: era el de la reyna mas grande que nos presenta la história, el de la sábia y victoriosa guerrera, que lo mismo en el fausto de la corte, que en medio de sus soldados, llenó de admiracion á todos, permaneciendo siempre piadosa y modesta; nombre dulce é inmortal que está escrito en la primera pájina de los anales de los viajes y de las colonias en el nuevo mundo, porque la que lo llevaba fué el medio de su descubrimiento; así como el hombre, que la reveló la existencia de aquellas apartadas

rejiones, era el designado por Dios para descorrer el velo que las cubria.

Debemos entrar en algunos pormenores que son de absoluta necesidad para esclarecer la mision del perfecto cristiano, cuyos hechos vamos á narrar, pues su venida á España, y el papel que representó en los destinos de la nacion, nada tuvieron de casual, sino que fueron el corolario de principios ya establecidos, el premio de una obra digna de apreciarse bajo el punto de vista histórico, y de la fé católica.

Con motivo del fallecimiento de don Enrique *el doliente* recayó la corona en su heredero, á la sazon de dos años, que fué proclamado con el nombre de Juan II. Débil de espíritu como su padre lo habia sido de cuerpo, vejetó sin cuidarse del trono, entregado á todo jénero de goces, dejando reinar por él al ministro de sus placeres don Alvaro de Luna. Competia este favorito en ostentacion con su señor; vivia con magnificencia, rodeado de sus jentiles hombres, de sus oficiales, de sus cortesanos y de sus poetas. Llegó á tener sus análes como un soberano, análes que ocupan un lugar entre las autoridades históricas. Pero el despotismo del condestable rebajaba al monarca, y fomentaba odios sin número, y la impunidad de que gozaban sus hechuras iba corrompiendo la justicia, multiplicando las venganzas, y de consiguiente los crímenes, y robusteciendo el poder ya temible de ciertos vasallos. Fué todo este reinado en detrimento de la fé y de la fuerza de Castilla, y don Juan; aunque tarde, confesó su incapacidad, diciendo al partirse de esta vida, que sentia no haber nacido en una humilde cabaña, mejor que en las gradas del sólio.

Contrajo dos matrimonios este rey sin ventura: del primero tuvo al infante don Enrique, y del segundo á los infantes don Alfonso y doña Isabel.

Reprodujo Enrique todas las faltas de su padre, y como él se puso bajo el yugo de su privado el marques

de Villena, que habia sido paje de don Alvaro. La penuria del tesoro, que en el reinado anterior era casi completa, no contuvo las estravagantes y vergonzosas liberalidades del que la fama señalaba ya con el sobrenombre de *impotente.* La corrupcion se estendia por los brazos del estado, la majistratura y las dignidades eclesiásticas servian para pagar bajos y abominados servicios, y para colmo de infortunio la alteracion del valor de la moneda, impúdicamente protejida por el gobierno, vino á empeorar la miséria jeneral.

No bien hubo muerto su padre cuando don Enrique relegó á su triste viuda en el monastério de Arévalo, el mismo en que don Pedro *el cruel* hizo encerrar á la desdichada Blanca de Borbon al dia siguiente de sus bodas. Olvidados en aquella soledad, y careciendo de las cosas que la costumbre hace necesarias, esperimentaron estos desgraciados príncipes las amarguras de la indijencia; aumentóse el dolor de la de Portugal con el espectáculo de su mísera situacion, su carácter se tornó sombrio y se debilitó su cérebro. Don Alfonso estaba entónces en la cuna y doña Isabel tenia cuatrò años. En esta edad, en que los niños al sentir que un amor tutelar vela por ellos, no fijan su atencion mas que en cosas pueriles, comprendió la infanta que se debia á su madre y á su hermano.

Su tierno afan y su juicio apresuraron la madurez de su entendimiento, examinó las cosas bajo su verdadero punto de vista, y se penetró de la pequeñez é instabilidad de las grandezas humanas. Un ejemplo de esta terrible verdad era su madre, privada de la corona, y en seguida de la razon, despues de haber recibido las aclamaciones del pueblo.

El tiempo la enseñó tambien que solo podia contar verdaderamente con el apoyo de Dios é invocó su auxilio fervorosa y cándida, otorgándola el todopoderoso en premio de su entera confianza una gracia superior al poder de los reyes; el don de sabiduria que habia de

ser el faro que la guiase en medio de un mar sembrado de escollos, en el cual hubiera zozobrado cualquiera otra princesa. De este modo en el silencio y la oscuridad de su prision, la relijion echaba en su seno profundas raices; era su único consuelo, y tambien lo único que sabia. Por eso vemos, que al cabo de algunos años la ignorancia en que el rey dejaba á sus hermanos dió lugar á enérjicas representaciones del clero, apoyadas por una parte de la grandeza; y que Enrique, finjiendo reparar su falta, los hizo traer á la corte, con el pretesto de presidir por sí mismo á sus estudios; pero en realidad no era sino para tenerlos en rehenes.

Ni el pasar repentinamente de un monasterio á un palacio, de la pobreza al brillante teatro en que la reyna disipaba su vida en fiestas, banquetes, cacerias y torneos, queriendo encubrir con un lujo deslumbrador sus vergonzosos amores, pudo ofuscarla, ni la cegó su pronta elevacion. En aquella atmósfera corrompida con la lisonja y los pérfidos consejos, rodeada de enemigas que espiaban sus palabras, y hasta sus miradas para denunciarla á su cuñada, su prudencia, su esquisita penetracion, su constante reserva, su amor al estudio, su muda deferencia hácia los reyes, y sobre todo, su síncera piedad, la salvaron de cuantas asechanzas la tendieron.

En un torbellino de diversiones procuraban sofocarse los lamentos de los castellanos. Irritado el rey contra su apodo, ansiaba escándalos y peligros, y para hacer alardes de varonil bravura, prodigaba el valor de un modo insensato. Estragado con los placeres, y hastiado del romanticismo de su valido, cayó en la mas vil abyeccion con los mas innobles compañeros; elevando á veces su capricho á oscuros familiares á los primeros puestos del estado. El descontento de los grandes formó un partido, que con el objeto de poner en el trono á don Alfonso en lugar de su hermano, logró

con maña hacérselo entregar por el mismo rey. Los conjurados elijieron la ciudad de Avila para concentrarse y coronarlo, mientras don Enrique huia desatentado á Salamanca con la reyna y la infanta Isabel.

Felizmente para el rey, el duque de Alba, que respetaba con veneracion el dogma de la lejitimidad, voló á su socorro con sus criados y quinientos jinetes. Puede decirse que en estas circunstancias salvó esta poderosa casa el principio de la monarquía hereditaria; pues entusiasmados con su ejemplo otros grandes, reunieron en torno del soberano un ejército de veintiocho mil hombres. Pero el débil Enrique no supo sacar provecho de ellos, esponiéndose á nuevos peligros con un armistício.

El gran maestre de Calatrava, don Pedro Giron, aprovechando con destreza estos disturbios, se atrevió á pedir al rey la mano de Isabel, en cambio de sesenta mil piezas de oro y tres mil caballos pagados de su peculio. Tan vacilante se sentia en su trono el soberano, que por mas que parezca increible, aceptó esta ofensiva proposicion, mientras la infanta indignada rogaba al señor, y á su instancia venerables sacerdotes, la quitase la vida, mejor que permitir esta deshonra. La muerte repentina del gran maestre, puso término á su inquietud.

Segovia habia abierto las puertas al pretendiente, y su hermana fué á su encuentro con intencion de quedar á su lado. Valladolid siguió el ejemplo de Segovia, y la causa de don Alfonso iba ganando cada vez mas terreno, cuando una mañana se le encontró cadáver en su cama.

Isabel se retiró en seguida al convento de Avila, y en él la fué ofrecida la corona por una diputacion de la nobleza, á cuyo frente iba el arzobispo de Toledo; pero la respondió que el amor que profesaba á su hermano, y el respeto que le debia, se oponian á que los escuchara, aconteciendo lo propio á otra importante

comision de Sevilla. Don Enrique enternecido con tanta lealtad se reconcilió con ella.

Un suceso imprevisto la habia libertado del ambicioso Giron; pero quedaban en pié los pretendientes coronados. El rey de Portugal, el duque de Guiena, uno de los hermanos de Eduardo IV de Inglaterra, y el hijo del rey de Aragon entraron en liza para obtener su mano. Como vecino y pariente esperaba la preferencia el portugues, tanto mas, cuanto que teniendo en favor suyo al de Villena, por su influencia don Enrique y su mujer apoyaban sus proposiciones. Mas la firmeza de Isabel hizo fracasar un proyecto trazado por la infámia, é insensible á las súplicas del favorito y á las amenazas del rey rechazó al lusitano.

Como conocia, que en las gradas del trono la eleccion de un esposo no puede depender tan solo de la voluntad del corazon, y que los monarcas deben posponer su propia felicidad á los intereses de su pueblo, despues de haber hecho tomar en secreto por su confesor, informes de cada uno de los competidores, y de comparar su mérito, se fijó en su primo don Fernando, rey de Sicilia. En vano la diplomácia y la fuerza militar procuraron apartarla de su propósito, pues mientras un cuerpo de tropas avanzaba hácia Madrigal, para asegurarse de su persona, el arzobispo de Toledo y el almirante de Castilla, llegando á la cabeza de trescientos caballeros, la condujeron á Valladolid como en triunfo. Sin embargo; no podia don Fernando sin grave peligro trasladarse allí; porque se habia dado órden de prenderlo, y al efecto vigilaban los caminos numerosas escuadras de soldados. Para evitarlas, tuvo que venir disfrazado, finjiendo ser el criado de dos de los suyos, y viajando de noche logró á costa de mil trabajos llegar á Osma, donde ya se le esperaba. Al otro dia con mejor escolta salió para Valladolid, en cuya ciudad contrajo matrimonio con Isabel el 19 de Octubre de 1469.

Quizás no se vieron nunca los hijos de un rey tan desvalidos. Isabel no aportaba al casamiento sino un dote de esperanzas, y Fernando habia necesitado que le prestaran para todos sus gastos. No podian sostener su acompañamiento, ni menos aumentar sus parciales, porque su tesoro era el del arzobispo de Toledo, y este no muy jeneroso. Dependian de él por esta causa los jóvenes esposos, y en mas de una ocasion esperimentaron cuan pesada es la obligacion que se contrae con un inferior. Ademas de esto, les preocupaba el porvenir; pues el número de sus adictos disminuia, y Valladolid, la ciudad hospitalaria, se habia vuelto á don Enrique, teniendo ellos que retirarse á Dueñas, cada vez mas temerosos de los proyectos del rey, que acababa de entrar en Segovia. Entónces la amiga de Isabel, su compañera en la prision de Arévalo, doña Beatriz de Bobadilla, aprovechándose de la ausencia de Pacheco, arrostra el hablar de reconciliacion á don Enrique. Llega inopinadamente su hermana en compañia del primado, le pide perdon por su casamiento, y él de suyo bueno, y que en el fondo no podia menos de amar á tan encantadora criatura, la estrecha cariñoso entre sus brazos.

Villena murió algunos meses mas tarde, y su dócil monarca le siguió al sepulcro, dejando el cetro de Castilla á la infanta doña Isabel el dia 11 de Diciembre de 1474.

II.

Su primer paso en aquel momento, que tanto temia ella, como deseaba su marido, fué poner su corona bajo la proteccion del rey de los reyes, para que mientras estuviese en el trono todo fuera en mayor gloria de Jesu-Cristo, y felicidad de sus vasallos, implorando principalmente del soberano señor el don de

justicia, que la Iglesia impetra en favor de los príncipes cristianos.[1] Desde entónces el saber, que como en un tabernáculo residia en la casta Isabel, se manifestó en sus consejos.

Recojia con su herencia el fruto de las dilapidaciones y de los vicios de las dos épocas precedentes. Aparte de las facciones interiores veia prepararse como un huracan la invasion portuguesa que, combinada con un ataque de los franceses, y las incursiones de los moros, dispuestos siempre á pelear, podia ser de funestas consecuencias. Toda Castilla no la habia reconocido como soberana. Estremadura estaba por el duque de Arévalo, y Castilla la nueva revolucionada por el jóven marques de Villena.

En estas graves circunstancias no tan solo no podia contar con refuerzos de Aragon, apurado de hombres y dinero, sino que de allí venian las mayores dificultades. El infante don Fernando, que no aportó al matrimonio otra cosa que deudas y enemigos, aspiraba á gobernar solo y en nombre propio, haciendo valer para ello derechos directos, y la costumbre establecida en su pais de escluir del trono á las mujeres. Mas aunque Isabel lo amaba con entrañable afecto, lo respetaba sumisa, y apreciaba en mucho la viveza de su imajinacion, su asiduidad al trabajo, y su habilidad en los negocios, no le deslumbraba su tacto diplomático, ni queria entregarle la Castilla, ni lo suponia con las fuerzas necesarias para empuñar con sus solas manos las riendas de los pueblos, que su femenil injénio habia concebido unir bajo un solo cetro.

Por un lado sus consejeros la suplicaban mantuviese sus derechos, y por otro los de Aragon escitaban á don Fernando á no ceder en su demanda, hasta que al fin el cardenal Mendoza y el arzobispo de To-

1. Deus judicium tuum Regi da. et justitiam tuam filio Regis. *Psalm.* LXXI.

ledo, nombrados árbitros en la cuestion, fallaron que solo á Isabel tocaba gobernar la Castilla. Dióse la sentencia ante los grandes del reino, é hirió tanto el orgullo aragonés de don Fernando, que habló de separarse de su mujer, y volver á los estados de su padre. Pero ella, con aquel tacto con que lo hacia todo, apaciguó la cólera de su enojado esposo con algunas palabras llenas de saber y de ternura, que ha recojido la historia. El sencillo cronista Valles las repite bajo el epígrafe de *Amoroso razonamiento*, y si él encuentra en el discurso de la reyna las razones del amor, nosotros hallamos al mismo tiempo el amor de la razon, pues su lenguaje en aquel dia, que iba á decidir de la suerte de España, fué una injeniosa alternativa entre el amor y la razon, entre el corazon y el alma, entre el cariño y el deber. Con poco esfuerzo le demostró que recibirian ambos provecho en rejir cada uno sus estados, dándose mútua asistencia, y reuniendo dos nombres y dos coronas en una sola voluntad. Maravillándose el rey de la prudencia de Isabel, añade Valles, elojió mucho cuanto dijo, y concluyó declarando, que era merecedora de reinar no solo en España sino en todo el mundo.[1]

Tal vez creyó Fernando que su alabanza no pasaba de ser una galanteria; pero era un juicio, que han sancionado los siglos, y que permanece grabado en la memoria reconocida de una nacion entera.

En efecto, era digna Isabel de un trono pues parecia haber nacido para mandar. Como sabia que todo poder viene de Dios, y que la responsabilidad de un monarca se proporciona á su dominio, lo hacia todo de suerte, que pudiera responder de ello ante el eterno y la posteridad. No hay duda que fué infinitamente superior á su consorte en instruccion, en miras elevadas, en rectitud y en talento para elejir las personas

1. Valles. *Sumaria adicion*, cap. V. Introduccion á la *Crónica* de Hernando del Pulgar.

y los medios. Pero como las desavenencias del rey con Francia, Italia, Flandes y Alemania lo pusieron en contacto con la diplomácia europea, y despues de la muerte de Isabel figuró durante once años en la escena política obrando por sí, la historia le ha reservado muchas pájinas, sin guardar las suficientes á su esposa, y se ha olvidado al hablar de Fernando *el católico* que tan hermoso sobrenombre lo debia á su compañera, que echó sobre él este reflejo de la aureola que ceñia su frente.

Aunque Fernando fuese el primero á la cabeza de todos los decretos, y aunque las monedas y los sellos del estado llevasen la doble efijie de Fernando é Isabel, no es menos cierto que la reyna gobernaba á Castilla, siguiendo su propia inspiracion; pero de tal modo, que los españoles no decian el rey y la reyna, sino los dos reyes ó simplemente los reyes, para significar á entrambos. "Hubiérase dicho, observa el ilustrado P. Ráulica, que el marido era la mujer, la reyna de época tan gloriosa, y que la mujer era el hombre, el rey."[1]

No hablaremos mas que de Isabel, porque no solamente la pertenece la iniciativa de las cosas mas grandes, sino que la tomó antes de dar su mano al rey de Sicilia, y de ocupar el trono. El tratado de 5 de Marzo de 1468, base de su contrato matrimonial establecia la guerra contra los moros. La espulsion de los mahometanos comprendia implicitamente la unidad española, la propagacion del cristianismo y de las luces, el aumento de territorio, la concentracion del poder y la restauracion de la autoridad lejítima.

1. P. Ventura de Ráulica. *La mujer católica*, t. II. p. 329.

III.

A la señal convenida se habian sublevado los facciosos, y entrado por Castilla el rey de Portugal, capitaneando veinte mil hombres. Marchaba á cortas jornadas con aparato insolente, dando fiestas como un conquistador despues de sus victorias, y sin preocuparse lo mas mínimo del ejército español, porque sabia que Isabel estaba sin tropas, ni dinero, y ademas molestada con las fatigas propias de un embarazo adelantado.

No conocia á la mujer.

Isabel pasaba los dias y las noches á caballo, espidiendo correos, y acudiendo á reanimar el valor en los ciudades del mediodia, mientras Fernando por su parte levantaba tropas apresuradamente. Vestida con su traje de guerra, y llevando á la cintura su récia espada toledana,[1] toma el mando de las milicias de Avila y Segovia; pero mas escaso andaba el dinero que las armas, y los abastos que los soldados; por que despues de haber enviado á su marido diez mil marcos de plata, que le remitió su amiga doña Beatriz de Bobadilla, no le quedaba ni un ducado para los gastos de la campaña. En este aprieto sujirió el rey de Aragon á su hijo un espediente, que no podia aceptar la leal Isabel.

La princesa que, desde la cárcel de Arévalo, habia encontrado siempre consuelo y apoyo en el episcopado, hizo un noble llamamiento á su patriotismo en las cortes de Medina del Campo, pidiéndole un emprés-

1. Esta espada récia y elegante, obra maestra del armero Antonius, no tenia sino un guardamano de acero bruñido, adornado al gusto árabe, y en la hoja estas divisas: *Deseo siempre onra. Nunca veo paz conmigo.* La armeria real de Madrid, t. I. núm. 16.

tito sobre la plata de las iglesias. Suscribe gustoso el clero á su demanda,* y entónces los soldados se ven salir por todas partes como brotados del suelo.

Organiza el ejército de occidente en pocas semanas, se pone á su cabeza, lo conduce á las fronteras, y lanza sobre Portugal huestes tan numerosas, que don Alfonso se vé en la necesidad de dividir las suyas, para socorrer su reino, atacado por su espalda, y á la par que Fernando procura hacerle frente por vanguardia, Isabel le corta las comunicaciones, y con sus columnas volantes devasta su propio suelo. Despues de varios encuentros parciales una batalla, ganada por el rey católico al invasor, lo fuerza á suspender las hostilidades.

Los franceses que, aliados de los de Portugal, habian puesto sítio á Fuenterrabia, y venido dos veces para embestir á los vizcainos, cansados de la obstinada defensa que inspiraba Isabel, volvieron á pasar los Pirineos, y gracias al cardenal Mendoza, se firmó entre España y Francia una tregua, preliminar de la paz definitiva con Portugal.

Este tratado, que iba á dar el reposo á sus pueblos, le ofrecia la ocasion de desplegar mayor actividad aun, y libre ya de enemigos estranjeros, comenzó á combatir los del interior; las preocupaciones inveteradas, y los vicios sancionados por la incúria de la administracion.

Era preciso proveer á la seguridad de las personas y de las propiedades, asegurarse de la integridad y capacidad de los jueces, restablecer el crédito de los valores públicos, y la ley de la moneda, é impedir su alteracion, en la cual se ocupaban en el reinado precedente ciento cincuenta talleres, que ponian tal confusion en

* "Fué tal el entusiasmo del clero que él mismo procuraba disipar los escrúpulos de la reyna con testos y autoridades sacadas de los libros santos." Lafuente. *Hist. jen. de Esp.*, t. IX. p. 13. N. del T.

el comercio, que los negocios importantes estaban en suspenso, y para el gasto diario se recurria al cambio. Isabel los redujo á cinco, y los puso bajo una rigorosa vijilancia.

Para poner coto á los desmanes de los malhechores, que infestaban los campos y los caminos, cometiendo todo jénero de tropelias con los labradores y los viajeros; en una palabra, para establecer la policía fuera de poblado, hacia falta una fuerza respetable, que estuviese en contínuo movimiento. ¿Pero cómo sostenerla en la precaria situacion en que estaba el tesoro? Isabel no se detiene ante este obstáculo; y auxiliada por su contador Alonso de Quintanilla, hombre de grande intelijencia y fiel servidor suyo, organiza los cuadrilleros de la Santa Hermandad, que uniformados y mantenidos por el vecindario, dan un efectivo de dos mil jinetes, ocupados en perseguir los criminales, y hacer ejecutar las sentencias sin gravar al erario en un maravedí. Hecho esto se traslada á Sevilla, para dar á los jueces ejemplos de imparcialidad, de apego al trabajo, y hasta de saludable rigor.

Aquella mujer sublime tenia el don de justicia; pero Dios le habia infundido tambien los principios de la ciencia del derecho, la aficion á la jurisprudencia, el instinto de lejislar, y esa rectitud y penetracion que caracteriza á los verdaderos príncipes en los mas grandes conflictos. Así es que se vió por primera vez á una reyna codificando las leyes, reorganizando la administracion de justicia, creando jurisdicciones y jurisconsultos, escojiendo cuidadosamente los majistrados probos é instruidos, y dándolos á sus vasallos como uno de los mayores beneficios que pudiera hacerles, destituyendo á los ignorantes y corrompidos, juzgando á los jueces, corrijiendo sus sentencias y sus autos, y erijiéndose con gran contento del pueblo en supremo tribunal de apelacion, hasta que estuviera terminada su obra rejeneradora. Mas de una vez se hizo traer á su despacho du-

rante sus viajes todos los legajos de una escribania, para revisarlos y ver con sus propios ojos[1] como se habia hecho la justicia. Piadosa siempre, daba audiencia pública todos los viernes, en memoria de la pasion y muerte de nuestro señor, y escuchaba las quejas de los desgraciados, y así como atendia misericordiosa á los pobres y á los oprimidos, aterraba á los culpados con su severidad.

Mandó coleccionar las ordenanzas y decretos de Castilla, porque tambien en esto se habia introducido la confusion, contándose nueve códigos distintos y todos vijentes. Encomendó esta difícil tarea al sábio Montalvo, que no la dió por concluida en menos de cuatro años, y se imprimió con el nombre de *Ordenanzas reales*. Fundó cátedras de leyes, y para estimular á los escolares, reservó todos los cargos de la judicatura y demas carreras civiles á los que se graduaban en las universidades; asistió con frecuencia á los exámenes, y concedió al último título académico el rango de caballero.

Pero los grandes feudatarios, que se abrogaban en sus dominios el derecho de justicia mayor y menor, vieron un atentado á sus privilejios en esta reforma. Entre ellos los habia temibles por su fuerza, tanto marítima como terrestre. Sus querellas aflijian á la nacion; y si bien prestaban auxilio á los reyes, se hacian pagar indirectamente su fidelidad en las ocasiones difíciles.

A fin de reducirlos sin sacar la espada, y apoyándose Isabel en el instinto justiciero del pueblo, convocó cortes en Toledo. En ellas perdieron con sus castillos las guaridas en que se hacian impunes tantos malhechores, se prohibieron las fórmulas reales, que usaban algunos en sus cartas, y para refrenar los asesinatos que se cometian con el nombre de singulares combates, se calificaron de crímen de lesa majestad.

1. Garibay. *Compendio historial de las chronicas*, etc., tom. I. lib. XVIII. cap. XXXI.

Como algunos jueces especulasen con sus derechos, estableció una tarifa. Quiso hacer estensivo á todos sus estados el nuevo sistema administrativo, imponiéndolo tambien á Galicia, que de antiguo estaba sustraida de hecho á la autoridad soberana, y durante una ausencia de su marido, hallándose en Valladolid, despachó para aquel reino al licenciado Garcia Lopez de Chinchilla, en compañia del conde don Fernando de Acuña, para que procediesen á la informacion y castigo de los crímenes, que con audacia escandalosa se cometian allí. Aprehendieron estos comisionados á varios delincuentes de importancia, é hicieron con ellos ejemplar justicia. Sobre todas se cita la ejecucion de dos ilustres y afamados bandidos; el mariscal don Pedro Pardo de Cela, y el caballero don Pedro de Miranda; que, confiados en sus cuantiosas riquezas, imajinaron sin duda, que no se atreverian á poner mano sobre sus personas. Pero fueron cojidos, y estando encarcelados ofrecieron una gran suma de dinero para escapar al menos del último suplicio, lo que no impidió que los comisarios cumplieran con su deber, y que el oro no purgase sus maldades sino su sangre, que corrió en el cadalso, en espiacion de la que por su causa se habia derramado. Fué tan saludable esta leccion, que en tres meses abandonaron el pais mas de mil y quinientos ladrones y asesinos.

IV.

No se habian arraigado tan graves abusos sin detrimento de los intereses de la relijion. La relajacion de las costumbres iba á la par de la ignorancia del clero, y penetrando en los conventos.

Isabel, que atendia con tanto esmero á la firmeza de la fé y dignidad de la Iglesia, no pudo menos

de hacer uso de su autoridad con las comunidades, que se opusieron á la reforma de abusos, á que por desgracia estaban habituadas. De mil pasaron los frailes que, no queriendo conformarse con el restablecimiento de la disciplina, abandonaron el claustro. El episcopado, que antes servia para premiar el servilismo, y de cebo á las ambiciones políticas, no fué ya en adelante sino la recompensa del saber y de la virtud. Pero no satisfecha con haber reorganizado la administracion de justicia, y purificado el santuario, quiso preservar á su pueblo del contájio de las poéticas seducciones de la civilizacion oriental, que lentamente lo iban invadiendo.

Durante los desórdenes de los reinados anteriores corrieron las ciencias y las letras grave riesgo, en razon á que multitud de jóvenes españoles, despues de aprender el árabe, iban á estudiar á sus mas célebres universidades. De aquí se seguian las relaciones de amistad con ellos, y una tolerancia peligrosa para la sana doctrina. Los moriscos convidaban á sus fiestas á los católicos, y estos á aquellos, por no pecar de descorteses: palabras de su idioma pasaban al castellano, y los hijos de Pelayo imitaban en los suyos los adornos de los arneses y ropajes de los elegantes de Velez y Granada: en los historiados dibujos de los libros de rezo se veian reminiscencias del gusto de los creyentes, las divisas y los nombres de los principales guerreros eran conocidos de ambas razas, los muslimes querian simular las órdenes de caballeria, y un don Alonso de Aguilar, por no haber admitido el cartel del conde de Cabra, mereció ser arrastrado en efijie á la cola de un caballo, conforme á lo dispuesto en el código de duelo de un rey musulman. En los balcones de Sevilla, y en los retretes de Córdoba[1] se referian y se

1. "Y ocupaba los ánimos de la primera nobleza." Conde. *Historia de los árabes*, etc., Parte cuarta, cap. XXXIV.

comentaban las reyertas de las odaliscas de Abu-Hasan, los sanguinarios celos de la favorita Zoraya, y el saber de la sultana Aixá apellidada *la horra* (la casta). El padre y el hermano de Isabel habian tenido á sus órdenes cimitarras, y no era difícil encontrar soldados de la cruz al lado de los de la media luna, y en amores con sus mujeres; como ni tampoco hallar turbantes en los paseos, en las corridas de toros y á las puertas de las iglesias, esperando la salida de las doncellas. Los poetas de ambos cultos, se trocaban las inspiraciones, y mientras un trovador mahometano cantaba á una hermosa cristiana, un poeta bautizado suspiraba, rasgueando su guitarra, al pié de los balcones de la invisible hija de un cadí, ó de un agá.

Resolvió Isabel apartar á sus vasallos de la conformidad con que admiraban á los maestros árabes, y estender entre los nobles la lengua del derecho y de la Iglesia católica, para que volviese mejor á su elemento primitivo el carácter nacional.

Era menester honrar primero á la ciencia, y no era facil empresa, pues los grandes miraban con desden en su mayor parte á los libros y á la enseñanza, y no creian compatible con su clase mas carrera que la de las armas. Las preocupaciones de familia y la viveza del carácter se avenian mal con la tranquila paz de los estudios. Para darles el ejemplo, quiso imponerse del latin, é hizo tales progresos con su maestra doña Beatriz Galindez,* á la que colmó de favores, que al año[1] pudo hablar en él con los embajadores, que así se entendian entónces los diplomáticos.

* No, sino Beatriz Galindo.—N. del T.

1. "Per unius anni spatium tantum profecit, ut non solum latinos oratores intelligere, sed etiam libros interpretari facile poterat." Lucius Marineus Siculus. *De rebus Hispaniæ memorabilibus,* lib. XXI.

Anímanse con esto los cortesanos, y hasta los viejos anhelan la instruccion; y los que no pueden leer los clásicos en el orijinal, buscan con ánsia las traducciones. Vierte el cardenal Mendoza, la *Eneida* y la *Odisea*, á Valerio Máximo y á Salustio, para uso de su padre; Diego Lopez de Toledo, los *Comentarios* de César; Alonso de Palencia las *Vidas* de Plutarco; el arcediano de Búrgos, á Juvenal y al Dante; Jorje de Bustamante, á Justino, á Floro y á Heliodoro; y el P. Alberto Aguayo los escritos de Boecio. Acepta gustosa para fomentar la erudicion las dedicatorias de la de Josefo, por Alonso de Palencia; de la *Gramática* de Lebrija; la del *Vocabulario* de Rodrigo de Santailla, y la de las *Tablas astronómicas* de Alonso de Córdoba, y ordena al docto Diego de Valera que escriba el *Compendio de la historia jeneral de España*.

Entónces los señores se avergüenzan solo de no saber, y Fernando Enriquez y Fadrique de Portugal acuden á Salamanca, de cuya universidad era catedrático don Gutierre de Toledo, primo del rey, y en la que Velasco, heredero del gran condestable de Castilla, esplicaba á Ovidio y á Plinio ante un numeroso auditorio.

Alburquerque, Alba, Medina-Sidonia, Villena, Vélez, Astorga, Benavente, Castro, Altamira y Manrique se familiarizan con las musas, y una vez desvanecida la prevencion contra la aptitud literaria del bello sexo, las damas disputan á los caballeros los laureles de Helicona.

Lucía de Medrano, comentando á los autores antiguos en las aulas de Salamanca, competia con Francisca de Lebrija, cuya elocuencia se admiraba en las de Alcalá, é Isabel de Vergara y Maria Pacheco tenian fama tambien de buenas hablistas. La crónica de Juan Vaseus dá testimonio de que habia un gran número de mujeres versadas en la literatura griega

y latina, ademas de las dos hermanas Sigeo: Ánjela, latina elegante y conocedora de la música, y Luisa que se limitó á los idiomas, sobresaliendo de tal modo, que puso al papa Pablo III. una carta en cinco lenguas. El latin, el griego, el hebreo, el árabe, y el sirio, eran para ella como el suyo propio.

Sobre todo amaba Isabel la pureza, la severidad de principios, el decoro y la devocion. Convencida de que el ejemplo debe venir de arriba, no admitia nunca á su servicio sino á mujeres de reputacion mas limpia que su sangre. Trabajaba con ellas durante muchas horas en las labores propias de su sexo, y á la par iba formando el corazon de las jóvenes de alto nacimiento, que tenia consigo, para irlas insensiblemente educando á su manera, y dando estado segun su voluntad.

Tan bien distribuia el tiempo que, despues de presidir el consejo, de dar audiencias, de revisar causas, de conferenciar con los embajadores, de despachar con sus mayordomos y secretarios, de cumplir con los deberes de la relijion y de atender á la enseñanza de sus hijos, le quedaba espacio para coser la ropa blanca de su marido, por lo que decia, con cierta complacencia, remontándose á la antigüedad, y á los libros santos, que su elejido no se habia puesto camisa que ella no hubiera hilado y cosido con sus propias manos.[1]

La cualidad instintiva y dominante en Isabel era un santo pudor. Su alma permanecia vírjen; á pesar del matrimonio. Por delicadeza no cedia á ninguna otra el cuidado de su veleidoso compañero, y recatada en estremo, no permitia que sus damas entrasen en su tocador mientras se estaba vistiendo, ni aun cuando se bañaba los pies. Las mayores exijencias de las enfermedades no la pudieron arrancar una concesion á la decencia, y fué tan grande su fuerza de voluntad, que si

1. Flores. *Reynas católicas*, t. II. p. 832.

bien no pudo eludir la condicion de las mujeres, dando á luz sus hijos sin dolor; al menos no profirió esos quejidos, con que parece recibir consuelo la naturaleza, y los reprimió con valor estóico.[1]

Con tal superioridad de carácter, y conducta tan sin tacha y admirada, hizo Isabel de su corte una escuela de honor, en que al nacimiento, la poesia y la gloria realzaba el respeto involuntario que impone la virtud, el entusiasmo que inspira la modestia sublime. De esta suerte cultivaba las intelijencias, morijeraba las costumbres, temperaba los ímpetus tan propios de los valientes castellanos, y tan peligrosos para el sosiego de las familias; los habituaba á la obediencia, y era tan equitativa en sus decisiones y mandatos, que al ejecutarlos el pueblo, parecia obedecer á los decretos de la misma justicia. La concentracion de la autoridad, la regularizacion del poder y de los medios ejecutivos imprimieron al reinado de Isabel un carácter de firmeza y majestad desconocido hasta entónces.

V.

Isabel queria estirpar en Europa el culto de Mahoma, que florecia de siglos atras en la península. Sin embargo; avara de la sangre de sus vasallos, como una madre de la de sus hijos, nunca hubiera sido la primera en romper las hostilidades sin necesidad absoluta. Pero Dios ciega á los que quiere perder, y los moros se acarrearon ellos mismos su desgracia.

1. "Ipsa quoque corporis dolores animosissime pertulit semper, non solum adversæ valetudidis sed etiam partus. In quibus nec questa quidem fuit unquam sed admirabili fortitudine, ut ab ejus matronis cubiculariis accepi, dolorem vocemque supprimebat." Lucius Marineus Siculus. *De rebus Hispaniæ memor.*, lib. XXI.

Despues de haber pedido la prorogacion de una tregua, de mucho tiempo vencida, repentinamente y sin anunciarlo sorprendieron como traidores á Zahara. No quedó sin castigo esta pérfida agresion; pues la toma de Alhama, la de los magníficos baños, respondió en seguida á tan salvaje desafio. Desde aquel momento se prosiguió la guerra intermitente, irregular, como el terreno y el clima del pais. Isabel se habia propuesto no deponer las armas sino despues de haber espulsado á los árabes de la católica España; puesto que se la obligaba á empuñarlas. Se puso una nueva armadura, que aun existe en Madrid: su espada de mas lonjitud que la que empleó contra Portugal y mas rica tambien, tenia el pomo y el guardamano dorados, y se encerraba en una funda de terciopelo celeste bordada de plata, su monograma adornaba su casco y un gracioso dibujo de flores, sus brazales, su coraza y sus botas de acero bruñido.

Antes de abrir la campaña imploró las oraciones de la Iglesia, porque su verdadero fin era el triunfo social de la cruz. En vez de imitar las levas en masa de las antiguas cruzadas, y de arrojar pueblos contra pueblos, temió previsora escitar el fanatismo, la acumulacion, los desórdenes de un entusiasmo indisciplinado, y el abandono de la agricultura. Sus sentimientos humanitarios querian economizar la sangre, y su fervor relijioso ganar almas para el cielo, y no esterminar las criaturas. Concibió pues un sistema, en que la paciencia, la habilidad y el valor personal debian, supliendo al número, evitar una gran pérdida de soldados, y darle la victoria. Consistia esta táctica femenil en aprovecharse de las rivalidades intestinas del enemigo, en dividir sus intereses, y debilitarlo poco á poco, quitándole una en pos de otra todas sus plazas fuertes, concentrarlo en Granada, y luego acometer á la soberbia ciudad, orgullo del islamismo en occidente.

Su principal idea era aparentar no tener ningun

plan fijo sobre la campaña; á pesar de que decia con reserva que, *grano á grano habia de comerse la granada.*

VI.

Al oir la relacion de tantas y tan grandes cosas, llevadas á feliz término por la mano de una reyna, el pensamiento procura tener una idea de la persona que las hizo. Felizmente abundan datos exactos sobre ella, que nos han legado los escritores de su tiempo, y que harán mas fácil nuestra tarea.

Era Isabel de mediana estatura; pero proporcionada de un modo tan admirable, que la elegancia y suavidad de sus formas la ponia al nivel de lo mas perfecto, que pueda imajinarse. Lo dulce y lo sereno de su mirar,[1] la blancura sonrosada de su tez; á pesar de sus trabajos de reyna, y de sus fatigas de madre, su casta boca, sus rubias trenzas, formando como un marco bruñido al óvalo perfecto de su cara, su actitud llena de dignidad y de nobleza, el metal de su voz, claro y firme como su carácter, sus movimientos, su recato, su honestidad en el vestir, todo estaba en armonía en aquella mujer sublime, todo respiraba en su ser la paz, el reposo, la tranquilidad de su alma pura. Por eso tenia poco que temer del estrago de los años, este bello conjunto; y así al despojarse de la lozania y la frescura que constituyen los encantos y los misterios de otras hermosas, aumentó su majestad. Isabel, á la que con tanta razon llama Montalembert "la criatura mas noble que haya reinado jamas sobre los hombres," fué un todo maravilloso, que se reprodujo repartido entre sus cuatro hijas como una heréncia.

I. "Muy blanca y rubia, los ojos entre verdes y azules." Hernando del Pulgar. *Chronica de los reyes católicos,* cap. XXIII. fól. 18.

Lejos de exajerar con nuestro entusiasmo las prendas de Isabel, hacemos con nuestra ruda prosa un pálido retrato de tan escelente modelo. Cuanto vá espuesto no llega ni con mucho á lo que sentimos, y lo que sentimos, como quiera que es menos de lo que nos enseñan los analistas contemporáneos, vamos á concluir citando los testimonios tributados á su memoria; no por los poetas y los escritores de la corte, sino por eclesiásticos de cuenta, que callaron mientras vivió, y cuyo elójio póstumo no deba ser sospechoso.

El cura de los Palacios esclama con injénua y piadosa admiracion en su *Historia de los reyes católicos*: "¡Quien podrá enumerar las perfecciones de esta cristianísima y bienaventurada princesa, la mas digna de elójio! Ademas de ser casta por escelencia y noble de oríjen, tuvo entre las numerosas cualidades con que nuestro señor la dotó, la de sobrepujar y eclipsar á todas las reynas que la precedieron, no solo en España, sino en el mundo." En cuanto á la fé la compara á santa Elena, madre de Constantino, y al hacer mencion de su veracidad, de su lealtad política, de su celo por la Iglesia, y la pureza del clero, de su obediencia á su marido, de su síncera piedad, y de su liberalidad con los templos, la llama *la segunda santa Isabel*.[1]

El franciscano de Valladolid autor anónimo del *Carro de las Doñas*, y que la conoció, al querer describir tanta grandeza de alma, tanta virtud y tanta modestia y hermosura, esperimenta el mismo emba-

1. "Fué muy prudentisima reyna, muy católica en la santa fé, *sicut Hellena mater Constantini*..... Fué muy devotísima é muy obediente á la Santa Madre Iglesia, é muy amiga é devota de la Santa é limpia religion.... Lismonera edificadora de templos, monasterios, iglesias, *secunda Helisabeth continents*." Andrés Bernaldez. *Historia de los reyes Católicos*, cap. CC. Ms.

razo que Oviedo,[1] no se siente con fuerzas bastantes para hacerlo, y prorumpe de esta suerte, hablando del sábio arreglo que introdujo en su palacio y su persona: "No solamente esta cristianísima reyna crió á sus hijas en gran perfeccion; mas aun las damas y mujeres de su casa todo era perfeccion y santidad."

El continuador de la *Historia palentina*, del obispo Rodrigo Sanchez de Arévalo, dice sin rodeos, que la naturaleza no produjo nunca, y que la providencia no puso jamas en un trono á una mujer semejante á la católica Isabel; porque todas, ó por debilidades del corazon, ó del gobierno, flaquearon en alguna circunstancia, mientras que esta, siguiéndola de la cuna al sepulcro, se vé que su grandeza de alma sobrepuja á cuantas la precedieron, y llega á suponer que su pureza fué tan superior, que no cometió ni una falta mental.[2]

Lucio Marineo no puede relatar tantos encantos, reconoce que todo cuanto poseia el rey de gracia, de distincion y de dignidad estaba reunido en su mujer en grado superior, y la declara "La felicidad de las Españas, el honor de la nacion, la muestra mas cabal de las virtudes."[3]

Mas tarde el venerable don Juan de Palafox, obispo de Osma, estableció cierta afinidad moral entre santa Teresa y ella, por la semejanza de su estilo epistolar, su modo de concebir las cosas, y las formas del pensamiento, deduciendo de esto "que si la Santa hubiera sido reyna, fuera otra Isabel; así como si Isa-

1. Aunque yo no sea tan suficiente ni tal mi estilo para navegar é discurrir por la muy alta é profunda mar de sus exeléncias. Oviedo y Valdes. *Quincuajena* III, estancia XI.

2. "Non natura ei similem in regio dico diademata constitutam procreavit... Hanc enim si a primis ejus cunabulis emissam usque ad animam ejus vitam contemplamus.... ut in ea ullum nunquam caloris illiciti stimulum."

3. "Omnis Hispaniæ felicitas, omne decus, omnium virtutum pulcherrimum specimen." Lucii Marinei Siculi. *De rebus Hispaniæ memorabilibus*, lib. XXI.

bel hubiera sido relijiosa, fuera otra santa Teresa."[1]

Mas para que no se crea que el transcurso de los años ha podido añadirle nuevos títulos, oigamos á un testigo ocular, que tomó nota de sus impresiones al lado de aquel prodijio. Pedro Mártir, literato de fama, escribia al gran clásico de Roma Pomponio Læto: "Considera lo que voy á decirte como un oráculo: esta mujer es mas fuerte que un hombre fuerte, aventaja á todos los espíritus humanos: es un modelo admirable de honestidad[2] y decencia, y en parte alguna produjo su sexo otra con que compararla. No te sorprende, Pomponio, que las dotes mas opuestas á las de su condicion las tenga en abundancia, y como naturalmente?"

El tiempo justificó las palabras del protonotario apostólico. La virtud de Isabel cada vez fué á mas ennoblecida con las penas y consagrada con el sufrimiento. Era tal la pureza de esta madre del dolor, que asegura el mismo, se la hubiera podido creer la castidad personificada; y añade para completar su idea, que despues de la vírjen[3] no hubo mujer mas casta.

Hé aquí una apreciacion mas eminente aun, que las que preceden, porque pertenece á un hombre verdaderamente estraordinario, que permaneció pobre y humilde toda su vida en medio de los honores, sin dejar de ser por eso gran arzobispo, gran cardenal, gran ministro y gran capitan. El sábio franciscano Jimenez de Cisneros despues de haber descrito á la que él "reverenciaba con admiracion," espone: "Que

1. Clemencin. *Memorias de la real academia de la historia*, Ilustracion XXI. t. VI. p. 573.

2. "Habeto pro Sibyllæ folio, Pomponi, quod nunc referam. Est hæc femina forti viro fortior, omni anima humana constantior. Mirum pudititiæ et honestitatis exemplar, etc., *Opus epistolarum*, Petri Martyris Anglerii Mediolanensis, fól. 2. epist. VI.

3. "Hæc sibi post illam intemeratam Virginem Dei param." *Opus* etc., liber. XVII. epist. CCLXXVIIII.

no alumbró el Sol otra como ella."[1] Si este varon santo se comprometió en tal afirmacion, fué porque tomó parte en sus consejos, examinó su conciencia, conoció su ferviente piedad, y midió la asombrosa profundidad de sus alcances.*

Bien á pesar nuestro los límites de este libro nos impiden tratar con mas estension y detenimiento á tan gran rey. Pero con lo dicho, y lo que está por decir, probaremos que la sublime Isabel era la personificacion del carácter caballeresco de su siglo y de su pueblo; que ninguna mujer tuvo en el trono una fé mas sincera, ni una prudencia mas consumada, ni brilló con mayor lealtad; que Dios pare-

1. Cui similem sol noster planetaris nunquam in terris aspexit. Fortunatus Hubertus. *Menologium Sancti Francisci*, p. 1033.

* El testimonio del ilustre cardenal Cisneros es uno de los que mas fuerza tienen entre los muchos que se citan, y podrian añadirse aun acerca de la pureza y acrisolada virtud de la mujer sublime, que ocupó un dia el trono de Castilla, ofreciendo al mundo todo el modelo mas perfecto de las cualidades que deben adornar el corazon de la hija, de la esposa, de la madre, y de la reyna. En repetirlo se complace nuestro erudíto y apreciado amigo el autor, por lo que le quedamos sinceramente reconocidos, á fuer de españoles. Pero por lo mismo que es un estranjero, al tributar los elójios que merece la incomparable Isabel, pone mas de relieve la lijereza de un distinguido poeta de aquende los Pirinéos, que no vaciló en colocar en su corazon sentimientos que *jamás* cupieron en él, y que la igualan á la mas vulgar de las heroinas de teatro. Nos referimos al señor Rodriguez Rubí en su drama titulado *Isabel la Católica,* que á pesar de haberse recibido con jeneral aceptacion, tiene un lunar, que no es en nuestro humilde concepto, sino un borron en la gloria nacional de España, y que por lo tanto no se debió dejar pasar sin un correctivo, que neutralizase los efectos que pudiera causar en el ánimo del público, aberracion tan inconsiderada como reprensible, y con la cual ha manchado en mal hora este escritor, al par que su buen nombre literario, la reputacion de la grande Isabel. Nosotros apreciariamos, y hasta nos aventuramos á creer que á nuestro deseo se uniria el de los españoles sensatos, que el señor Rodriguez Rubí nos dijera ¿en dónde halló la luz que le condujo á á descubrir en el pecho de la reyna católica una pasion de mal jénero por su leal y esforzado vasallo Gonzalo de Córdoba? Mientras esto no tenga lugar, permítanos el señor Rodriguez Rubí que miremos su produccion como una solemne impostura, demasiado ofensiva para tolerarse con calma como licencia poética.

N. del T.

cia bendecir sus proyectos y sus acciones; que pudo cuanto quiso, y quiso cuanto pudo; que la victoria coronó cada una de sus empresas; que estendió el pequeño reino que habia heredado envilecido, y lo elevó por sí sola al rango de potencia de primer órden; que, al emplear en su servicio á las mas altas capacidades, permitió el señor que su sabiduria aventajara la de sus consejeros; que por Isabel se verificó el mas grande acontecimiento de la política europea, la espulsion de los moriscos; y que con Isabel se llevó á cabo la obra mas estraordinaria de la humanidad; la que duplicando su dominio terrestre, decuplicó el horizonte de sus investigaciones científicas.

CAPITULO IV.

I.

En aquellos tiempos, á media legua de Palos, en la cumbre de un cerro situado en la orilla del mar, asomaba por un bosquecillo de pinos el blanco campanario de Santa Maria de la Rábida, como el cuello de un cisne entre los juncos. Levantada sobre las ruinas de un templo de jentiles, agrandada en diversas épocas, sin cuidarse de la simetria, y embadurnada de cal á la usanza de los árabes, contenia en su recinto dos claustros, una capilla con portada gótica, y un jardin en el cual, á los lados de una parra, y apoyados en limoneros, crecian jazmines reales.

En Julio de 1485 fue nombrado guardian de este convento un hombre, con quien pecaron de ingratos sus contemporáneos; pero que nosotros no podemos olvidar en nuestra historia.

Fiel observante de la regla de su instituto, daba este relijioso á su comunidad el ejemplo del discípulo perfecto de san Francisco, y no hacia uso de sus prerogativas de superior, mas que para prolongar sus horas de estudio y de meditacion. La fama de su piedad y de su virtud voló por España. Le llamaron á la corte, cuando menos lo esperaba, y la reyna despues de consultarle varias veces, llegó á tenerlo en tanta estimacion, que lo hizo su confesor. Y no solo le apreciaba Isabel por su espíritu evanjélico y eminentemente relijioso, como director de su conciencia y teólogo consumado, sino

tambien porque con su singular penetracion descubrió en él, á pesar de su escesiva modestia, al buen astrónomo[1] y mejor cosmógrafo. Pero como el fausto de los palacios le era insoportable, suspiraba el humilde franciscano por el dulce sosiego y la soledad de su celda, logrando así á fuerza de súplicas y ruegos, que le dejasen volver á ella.

Ni su laudable fervor le distraia de su aficion á las matemáticas, ni le apartaba del cultivo de las letras el conocimiento de las ciencias exactas. La variedad de su saber está reconocida tanto por Oviedo, que dice "era un gran cosmógrafo," como por Herrera que añade al título anterior el de "gran humanista,"[2] y por Lopez de Gomara, que menciona su erudicion y su especialidad en las ciencias.[3] Para completar este bosquejo nos valdremos de las propias palabras del primer obispo de las Antillas, Alejandro Geraldini, que dijo al papa, Leon X, que, "la escelencia de su virtud y santidad de sus costumbres estaba confesada por todos."[4]

Este era Fr. Juan Perez de Marchena.

Despues de haber probado la superioridad intelectual y ascética del guardian de Santa Maria, sigámosle con el pensamiento á la cúpula de la iglesia, dónde como astrónomo tenia una especie de observatorio.

Allí era el sitio de sus visiones seráficas, y allí subia en las noches serenas á meditar, á elevar su alma al creador de ambos mundos, y á contemplar el curso armonioso de los astros. Su imajinacion ardiente como un

1. "Porque es un buen astrólogo, y siempre nos pareció que, &c. &c." *Carta de la reina á Colon*, fecha 5 de Setiembre de 1493. Documentos diplomáticos, nº LXXI.

2. Oviedo. *Historia natural y jeneral de las Indias*, libro II. cap. V.

Herrera. *Hist. jener.*, decada I. libro I. capítulo VII.

3. "Cosmógrafo y humanista." Lopez de Gomara. *Historia de las Indias.*

4. "Homo vita, religione et sanctimonia undique probatus." *Itinerarium ad regiones sub æquinoctiali plaga constitutas*, Alexandri Geraldini, Amerini episcopi &c., liber XIV.

faro, cuando sus ojos se posaban en el mar, y veian las olas perderse en lontananza hácia donde nace el Sol, le decia, si mas allá de aquel espacio jamas surcado por ningun bajel, existia en realidad la terrible mar *Tenebrosa*, llamada así á causa de las tinieblas y de la oscuridad que la guardaban.

Su duda era ya un progreso!

Las ideas de los cosmógrafos estaban entónces muy confusas acerca de la mar *Tenebrosa*; pues mientras unos aseguraban que navegando á poniente por tres años, no llegarian á tocarse sus orillas, otros sostenian que era ilimitada, y se prolongaba hasta lo infinito. En esta diverjencia de opiniones sobre la configuracion de la tierra, cada maestro variaba de sistema, al tratar de este asunto; pero el P. Marchena, sin hacer alto en los jeógrafos árabes, ni en los pilotos de renombre, é impulsado por su amor á la humanidad, su solicitud por la salvacion de los pueblos, que ignoraban la venida de Jesus, y su anhelo de que le bendijesen y alabasen en todas las naciones, se preguntaba sin cesar; ¿si no habria mas lejos tierras desconocidas de los cristianos? Su corazon le daba siempre una respuesta afirmativa.

Ademas de sus conocimientos teóricos, y á causa de su intimidad con los marinos de Palos, pueblo hoy abandonado; pero en aquella sazon centro de apartadas relaciones, estaba muy al corriente de los viajes de los portugueses á la costa occidental de Africa, y de los descubrimientos de las Azores y de las islas de Cabo Verde; encontrándose con fuerzas para dominar las preocupaciones vulgares de aquellas jentes.

Un dia que acertó á pasar por el locutorio vió en él á Garcia Hernandez, médico de la comunidad, que consideraba atentamente á un viajero, que mal vestido y con un niño de la mano pedia un pedazo de pan, y un poco de agua para su hijo. Su acento estranjero y la dignidad de su presencia, contrastando con sus ropas destrozadas, interesaron al P. Marchena, que no pudo

menos de preguntarle con un tanto de curiosidad adónde iba, y de dónde venia. El le contestó sencillamente que iba á Castilla, y venia de Italia, para comunicar á los reyes un proyecto de la mayor importancia. El fraile, que ya se sentia atraido hácia Cristóbal Colon (que así se llamaba el caminante) como por un poder magnético, le hace entrar, le habla con el cariño de un hermano, se establece pronto entre ambos una íntima relacion, hija de la conformidad de ideas, que unia aquellas dos intelijencias antes de conocerse, y pasadas las primeras confidencias, le insta á que permanezca á su lado, hasta que llegue un momento oportuno de someter el proyecto á la corte.

Bajo el burdo sayal del P. Marchena latia un corazon rebosando jenerosidad y patriotismo, que ni la edad, ni la ciencia, ni las vijilias habian amortiguado, y su carácter espansivo se conservaba lleno de viveza y lozania, reflejándose en todo su ser esa permanente primavera, que enjendra la virtud, y que no puede destruir la nieve de los años.

Cómo pudo llegar Colon al monasterio no se esplica de un modo natural; pues ya sea que hubiera desembarcado en el Puerto de Santa Maria, en San Lucar, en la Higuerita, ó en el mismo Palos, aquel no era paso para ninguna parte, y ademas cubierto con un bosquecillo de pinos el edificio por el lado de la tierra, ni aun podia haberlo divisado desde el camino de Huelva, que era el que debia seguir. Solo estraviándose encontraria la Rábida, y por una de esas casualidades, dispuestas de modo tan admirable, que nos manifiestan la influencia de un ser superior, ante el cual inclinamos nuestra frente.

No iba entónces á Huetra á visitar á su cuñado el ex-gobernador de Porto Santo[1] Pedro Correa, sino á

1. Sin escepcion, todos los biógrafos de Colon han ignorado la existencia del humilde Muliar, y á semejanza de Washington Irving han tomado á este vecino de Huelva por su otro cuñado, el por-

á Huelva á casa de un tal Muliar, casado con la mas jóven[1] de las hermanas de su mujer, á la cual tal vez tendria intencion de confiar su hijo por el tiempo que estuviese en Castilla.

No hay duda que si la manera como Cristóbal Colon arribó á Portugal fué romántica y poética, el modo con que le protejia la providencia al pisar el suelo español, no era menos estraño y maravilloso; pues careciendo de proteccion y de recomendaciones en un pais del cual hasta la lengua ignoraba, lo conducia la misericordia divina á la criatura mejor dispuesta á entrar en sus miras, á la mas digna de comprenderlo y fortificarlo en su mision.

Pretenden ciertos escritores que, desconfiando de sí propio, mandó buscar á Palos el P. Marchena al médico Garcia Hernandez, por estar muy versado en las matemáticas, y que despues de discutir entre ellos el proyecto de Colon en varias conferencias, y de reconocerlo racional, se decidió ponerlo en práctica. Este es un error, que ha desmentido el mismo Hernandez en una declaracion judicial.[2]

Entre Colon y su huésped no intervino nadie: la confianza del P. Marchena fué espontánea y absoluta, porque la demostracion era exacta, porque la gran mision de aquel estranjero se traslucia en su persona, porque el franciscano poseia esa luz del corazon que despeja las mas grandes cuestiones, y las decide sin dis-

tugues Pedro Correa, ex-gobernador de Porto Santo y sujeto de importancia.

1. Esto es positivo: "Iba derecho de esta villa á la de Huelva para fablar y verse con su cuñado, casado con hermana de su mujer, é que á la sazon, é que habia nombre Muliar." *Pleito.* Probanzas hechas por el fiscal del rey. Pregunta 13. Suplemento primero á coleccion diplomática núm. LXIX.

2. El mismo Garcia Hernandez ha señalado la fecha de esta conferencia, á causa de que, sin saberlo él, se mandó al piloto Sebastian Rodriguez al campo de Santa Fé en el invierno de 1491, seis años despues de la fecha equivocadamente señalada por Washington Irving y sus imitadores.

cutirlas, y porque le bastaban sus conocimientos para poder apreciar el sistema cósmico del hombre que le enviaba la providencia.

El guardian de la Rábida oyó, comprendió y creyó. De esta manera, en un convento de franciscanos, se esplicó por el jenio y se acojió por el entusiasmo el concepto mas grande de la humanidad: de esta manera se creyó en aquel retiro instantáneamente con fé implícita en la redondez de la tierra, en la existencia de islas y continentes ignorados, y en la posibilidad de llegar á ellos entónces, cuando en todas las academias, colejios y universidades se hubieran tenido estas ideas por delirios de un calenturiento.

Huésped Cristóbal Colon de la comunidad, y libre de los cuidados de la vida material, pudo dedicarse de un modo esclusivo á los de su alma, á la contemplacion de las cosas divinas, trabajando en su perfeccion moral, porque queria hacerse menos indigno de ejecutar la obra inmensa, á que se veia llamado por medio de las oraciones y la pureza. Con entrada franca en la biblioteca, se inició en las Santas Escrituras, examinó los autores eclesiásticos, los parafrastas y los comentadores. No hay duda que fué allí donde adquirió aquel conocimiento de las obras de teolojia, de que dió pruebas mas adelante; pero tenemos fundado motivo para decir que los trabajos del ánjel de la escuela y del doctor seráfico, las cuestiones especulativas de la metafísica y de la moral, no apartaron su mente de una investigacion menos elevada y mas práctica, cual es el estudio vulgar de la vida de los santos, dedicándose á considerar los ejemplos de aquellos hombres, que habian servido á Dios, de tan diferentes modos; unos con humilde constancia y abnegacion, otros con el brillo del jenio y del saber, todos igualmente preciosos á los ojos del señor y venerados por su Iglesia. Por mas que perteneciera entónces al mundo, aspiraba desde lo mas íntimo de su corazon á celebrar la gloria de Jesu-Cristo, y guiado por

la luz divina con que las Santas Escrituras iluminan el entendimiento del fiel sinceramente sometido, vivió como un cenobita asociándose á las meditaciones y á los estudios del guardian, y acompañando á la comunidad en los oficios y en el refectorio. Se aficionó á la órden, á la regla y á el hábito de san Francisco.

A su vez amó en Colon el P. Marchena al hombre, como admiraba al cosmógrafo, al poeta, al jenio superior. Lo decimos sin temor, lo amó tanto mas, cuanto que siendo su confesor, pudo ver hasta el fondo de su conciencia que permanecia pura, cándida y llena de fé; sin embargo del atrevimiento, de la erudicion y la curiosidad del espíritu; porque contempló á sus anchas aquellos pensamientos, mas grandes que el universo; porque leyó como en un libro abierto las bellezas de su alma, que sin saberlo descubria al revelar sus culpas en el tribunal de la penitencia, admirándose de encontrar tanto saber unido á tanta humildad, pues las mas elevadas cualidades guardaban tal armonia en aquel hombre estraordinario, que mas parecia no poseer sino una sola: la que por escelencia se llama virtud. El franciscano reconoció en Colon las señales de un elejido de la providencia, y por eso se interesó en su destino con una voluntad, que no acabó sino con la vida.

Cuando Colon debió dejar el monasterio, el P. Juan Perez le dió una pequeña cantidad de dinero, y una carta de recomendacion para el prior de Prado, confesor de la reyna; personaje de importancia, cuya benévola mediacion le proporcionaria una favorable acojida. Comprendiendo que, á pesar de su noble oríjen, la cuñada de Colon, mujer del pobre Muliar, no podria en Huelva dar una educacion conveniente á su sobrino Diego, quiso encargarse por sí mismo el guardian de su enseñanza, y así bajo el techo del convento, con el pan, los vestidos, los libros y la caridad de la familia franciscana se mantuvo, se vistió y se instruyó en su tierna juventud el hijo de Cristóbal Colon.

Con el corazon tranquilo y el espíritu libre de aquel inocente, se despidió del venerable guardian, y acompañado de sus oraciones se puso en camino para Córdoba.

II.

La jenerosa hospitalidad, el amor y el amparo que encontró Colon en este monasterio lo han hecho interesante para la historia, y caro para los discípulos de san Francisco. Nuestros amigos de la Orden Seráfica nos agradecerán les demos algunos detalles descriptivos y exactos del convento de la Rábida.

En aquella época se componia de dos claustros interiores, y tres pequeños edificios anexos al principal. La iglesia en forma de cruz tenia tres capillas, y la rodeaba una cerca formando en el centro un patio. Encima del altar mayor se levantaba una cúpula redonda, y blanqueada, que tenia en su circunferencia un pretil con agujeros en su base, y desde cuya altura se dominaba por un lado el majestuoso Océano, sirviendo al mismo tiempo de señal á los barcos costaneros, y por otro una dilatada campiña, que se estiende desde los llanos que riega el Guadalquivir á las montañas de Portugal.

La desnudez de las paredes, la falta de estátuas, de cuadros, de frescos, de lámparas, de oro y plata estaban en armonia con la sencillez de los claustros, y la pobreza arquitectónica del conjunto. Parecia no contener mas de una docena de celdas, sin contar la del prior, y la biblioteca, que el refectorio y la cocina estaban en un pequeño edificio de forma óval, añadido por la izquierda. Un paredon, resto tal vez de una antigua muralla contra los moros de España y los merodeadores de Portugal, cuya vecindad era temible, en-

cerraba como en un triángulo la escarpada y árida colina en que descansan sus cimientos; y á su lado crecian magníficos alóes y vigorosas palmeras. De trecho en trecho, subiendo la cuesta, muros de piedra encajonaban el terreno, plantado de alcaparrones, cepas é higueras. El jardin, regado por medio de una máquina hidráulica, alimentada por el rio Tinto, tenia alguna sombra, gracias á la parra y los limoneros del paseo de verano; pero ninguna escultura, ningun artificio disfrazaba la pobreza de los discípulos de san Francisco, pues hasta el pozo, que hubiera podido ser un adorno rústico, estaba en un rincon de las habitaciones accesorias. Allí no habia nada grande mas que la soledad, el reposo de la naturaleza, el recojimiento del alma y la perspectiva del inmenso Océano.

A medida que los habitantes de Palos fueron trasladándose á Moguer, y que Palos se iba transformando en una ruina desierta, los relijiosos, que ya no podian ser de ninguna utilidad para una poblacion demasiado apartada, empezaron á pasar escaseces, y su número á disminuir, tanto que en tiempo de la invasion francesa no habia mas de cuatro ó cinco. Entónces dicen que fué saqueada la biblioteca y destruido el archivo en que se guardaban los recuerdos de Cristóbal Colon, consagrados por la amistad del P. Marchena. En el año de 1825 existian aun cuatro frailes y á pesar de que el estado ruinoso del edificio probaba el olvido en que yacia, se le respetaba, ó al menos la mano del hombre no contribuia á su destruccion.

Pero vino la revolucion relijiosa de 1834, y al suprimir los conventos, dió el golpe de gracia al de la Rábida. Sin embargo, parece que por consideracion á su memoria se conservó en el papel, clasificado como propiedad nacional. Mas los habitantes de los alrededores, invirtiendo el principio que dice, que lo que es de todos no es de nadie, y no puede tocarse, discurrieron que lo que es de la nacion pertenece á todos; y de veinte años

á esta parte lo saquean en detall, siempre que necesitan cantos, tejas, vigas, puertas y ventanas. Cortas mas ó menos autorizadas han acabado casi con el bosque, que lo rodeaba, y el jardin por falta de cuidado se ha vuelto un erial. El tiempo y las lluvias, desmoronando las paredes, arrastraron al mar la capa de tierra vejetal de la colina que enseña avergonzada sus flancos rojizos y descarnados. Solo una palmera se sostiene junto á las ruinas de la máquina hidráulica entre alóes espinosos, único y último testigo de la vejetacion que sostenia en este peñasco el trabajo y la paciencia de los buenos frailes.

En los momentos en que con un profundo sentimiento de tristeza, escribiamos estas líneas, una persona augusta tomaba bajo su proteccion el ruinoso monasterio de la Rábida.

Simpático por naturaleza á la gloria, afanoso de acrecentar la de la nacion española é inclinado por instinto hácia un héroe que tan capaz es de comprender, S. A. R. el duque de Montpensier, resolvió conservar á la posteridad el humilde convento en que primero tuvo acojida la idea que duplicó el mundo.

El 11 de Marzo de 1854, emprendió el príncipe, en compañia de su esposa, un viaje á la Rábida juntamente con la reyna Maria Amalia, la madre de inefables dolores, compadecida y venerada de la Europa entera, que tambien quiso, sobreponiéndose á las molestias del camino, visitar unos sitios tan caros á las almas elevadas. Y quizas la piadosa atraccion del mas alto sufrimiento por el mas noble infortunio haya sido el homenaje mas espresivo, con que la providencia ha permitido honrar á su servidor Cristóbal Colon.

A la vista de aquellas ruinas, amenazando una destruccion próxima, los augustos viajeros formaron acto contínuo un fondo, bastante para las reparaciones mas perentorias, y dando el ejemplo de una suscricion, toda la Andalucia se apresuró á tomar parte en ella. Comenzaron los trabajos; y la celda del P. Marchena quedó restablecida, en lo posible, en su antiguo estado. S. A. R. el duque de Montpensier hizo poner en ella el retrato de Cristóbal Colon y dispuso se pintaran cuatro cuadros que reprodujesen las principales escenas de su vida. La restauracion de la iglesia progresaba: se levantó en ella un altar mayor á costa de S. A., y de su órden se compró todo cuanto pudo hallarse de la antigua pertenencia del monasterio. Meses despues, el príncipe tornó á la Rábida para, con su presencia, dar mayor impulso á las obras.

Finalmente, el dia 15 de Abril de 1855 SS. AA. RR. los duques de Montpensier y de Nemours, en una peregrinacion cristiana y poética á la Rábida, inauguraron en medio de un inmenso concurso de jentes de los pueblos inmediatos la restauracion del antiguo edificio, con una ceremonia relijiosa en la cual el célebre dean de la catedral de Sevilla, don Manuel Cepero, pronunció su último sermon, rebosando patriotismo. Notables poesias, recojidas en un álbum, fueron el armonioso memorial de aquella jornada de justicia histórica y de agradecimiento nacional, en que la Francia, su inspiradora, estaba representada por los mas nobles de sus hijos.

SS. AA. RR. los duques de Montpensier no han cesado de protejer el convento de la Rábida. Todos los domingos y dias de fiesta vá un sacerdote de Moguer á Palos pagado de su peculio, para decir la misa.

Un reciente decreto de S. M. la reyna doña Isabel II, debido á la perseverante solicitud de su augusto cuñado destina en adelante el monasterio de la Rábida, para retiro de los franciscanos de Tierra Santa, ó de los misioneros que van á predicar el Evanjelio en las

Américas. De esta suerte, gracias á S. A. R. el duque de Montpensier, continuará siendo objeto de las piadosas peregrinaciones de nuestros descendientes el monumento histórico mas patético de los tiempos modernos; el asilo de Colon en la celda del franciscano que inmortalizó su amistad. En nombre de aquellos á quienes es cara la memoria de Colon damos las gracias á S. A. R. por su noble iniciativa, y porque al hacer esto se ha anticipado á los deseos de las almas jenerosas y evitado al mundo eterno sentimiento. Nosotros en particular, felicitamos desde lo mas íntimo de nuestro corazon á el augusto príncipe por haber pagado de un modo tan digno para la Francia, una deuda de España al culto de los grandes recuerdos.[1]

1. Post-scriptum de la 2ª y 3ª edicion francesa.

CAPITULO V.

I.

Lleno de esperanzas llegó Cristóbal Colon á Córdoba con la carta de recomendacion, de que se prometia un resultado tan pronto como eficaz; pues el crédito de que gozaba el prior de Prado, parecia deber esceptuarlo de las demoras ordinarias, y permitirle sin tardanza el acceso á SS. AA.[1] Mas ay! la acojida que le dispensó este personaje disipó bien pronto sus ilusiones; pues no tan solo no le hizo promesa alguna, ni le dió esperanzas, sino que ni aun se dignó escucharlo siquiera. Don fray Hernando de Talavera, que debia ser su introductor en palacio, fué el primer obstáculo para su proyecto, porque aquel hombre parecia estar escojido para poner á prueba su resignacion y su paciencia.

Con justicia enojados por la ansiedad en que tuvo al pretendiente mas noble de la tierra, y las trabas que impuso á su injenio, han tratado con severidad al prior de Prado muchos escritores; pero la imparcialidad nos obliga á decir que su jenerosa indignacion los ha conducido muy lejos.

Fr. Hernando de Talavera; de la congregacion de je-

1. Entónces no se daba en España todavia á los reyes mas que el titulo de *alteza*, pues el de *majestad* no se introdujo hasta el reinado de Cárlos V.

rónimos, prior de Nuestra Señora de Prado, en Valladolid, y confesor de los reyes, no era un hombre vulgar, envidioso de la gloria de los demas, ni hostil por sistema á las nuevas ideas. Literato y teólogo secundó franca y resueltamente años atras el impulso dado á las letras por inspiracion de Isabel. Sabio y modesto consejero, su constancia, su apego al trabajo, y sus sagaces combinaciones acababan de aumentar las rentas de la corona en treinta cuentos de maravédis. En medio de la ostentacion de la corte vivia como un verdadero sacerdote, cubriendo bajo su estremada mansedumbre y piedad sus austeridades y su celo belicoso por la causa del cristianismo. Sin ambicion, y de costumbres edificantes, poseia la confianza sin límites de los soberanos, y gozaba entre todos fama de santidad.[1]

Lo que de él sabemos no indica ninguna estrechez de miras, sino que por docto y relijioso que fuera, como carecia de nociones especiales de matemáticas y ciencias naturales, no pudo fallar en materia de cosmografia: juzgó por las apariencias sin ser fisonomista, y se equivocó necesariamente. El aspecto de aquel estranjero oscuro, mal vestido, cuya venida á España era misteriosa, que apenas hablaba la lengua del pais, y no tenia mas apoyo que el de un fraile, relegado en un agreste monasterio, no le permitieron formar un concepto ventajoso ni del hombre, ni del proyecto. Sospechó que el P. Marchena estaba alucinado por él, y como lo tenia por visionario, lo dejaba vejetar en los vestíbulos y las antecámaras, para ir apurando su paciencia y cansarlo del oficio de pretendiente; muy convencido de que al obrar de esta manera le hacia un buen servicio. Y cuando por lástima lo recibia, su aire de incredulidad y distraccion, aunque dulcificado con palabras corteses, habria dado al traste con la perseverancia de Colon, á no venir en su socorro un auxilio divino.

1. "Varon tenido por santo." Vasconcelos. *Vida y acciones del rey don Juan*, lib. I. fól. 46.

Fácilmente se comprenderá si el prior de Prado, que no gustaba intervenir en recomendaciones, estaria dispuesto á interesar á los reyes en favor del italiano, tanto menos, cuanto que hubiera creido cometer un delito, robándoles un solo momento en sus graves y urjentes ocupaciones, para que oyeran al aventurero, que sin mas ropa que la puesta, queria ofrecerles grandes imperios.

Así es que tuvo Colon que sufrir y luchar con el que pensó seria su protector, y reducido á la miseria, se vió en la necesidad de recurrir á la pluma, para procurarse el mantenimiento. Perdido en el bullicio de la ciudad de Córdoba, famosa por la elegancia de sus moradores, y las exijencias de su lujo; aislado, sin amigos, sin familia y en el mas triste desamparo, una jóven, en cuya vecindad vivia, quiso dulcificar sus amarguras, uniéndose á él con lazo indisoluble. En efecto, á fines de Noviembre del año 1486 se desposaron, y Dios bendijo su matrimonio, dándoles á Fernando el 29 de Agosto siguiente. Era esta una doncella mas ilustre que rica, y mas hermosa que ilustre; pero sin embargo de que teniendo hermanos, y de que segun la costumbre establecida en su tiempo y su pais, no recibió en dote sino su lejítima, le bastaba para gozar de independencia. Llevaba un nombre caro al Dante, y que parecia hecho para un italiano, pues se llamaba Beatriz. Pertenecia á la casa de los Aranas, una de las mas antiguas de Córdoba, en cuya descendencia iba trasmitiéndose la virtud como una herencia, y disfrutaba de esa consideracion que jamas mereció la riqueza sola.

El laconismo de los historiadores, el silencio y la ausencia de Beatriz en los trances solemnes, algunas palabras de su marido moribundo, veladas por una pudorosa reticencia, é interpretadas del modo mas grosero, han dado lugar á una prevencion jeneral en contra suya. Pero si los antiguos cronistas, despues de haber consignado el primer casamiento de Colon, no se ocu-

paron de Beatriz, fué porque á decir verdad, nada tenian que esponer de ella; pues su sencillez, la naturaleza de sus gustos y costumbres, que la mantuvieron apartada de la elevada posicion á que su rango la daba derecho, su amor al pueblo que la vió nacer, y del que nunca salió, impedian seguirla durante su vida. Su historia, como su felicidad se concentraron en su esposo; porque la mujer cristiana disfruta modestamente de la gloria de su compañero, sin hacer alarde de ella.

Diriase que esta union estaba dispuesta por la providencia, para fijar á Colon en España, atándolo con los lazos de la familia á la nacion heróica, que ya era su patria adoptiva; y si se considera con detenimiento con que circunstancias se verificó, se hallará que hay en él algo estraño y escepcional, como su destino, y que la paciencia, lo imprevisto y lo sublime contribuyeron á realizarlo.

Aquel sentimiento fué grande y jeneroso por parte de Cristóbal, y tierno, dulce y poético por la de Beatriz. Ella, mal que le pesara á su noble alcurnia, á su juventud y á su singular belleza, daba su mano á un hombre á la sazon sin rango, sin parientes conocidos, sin lenguaje; pues apenas hablaba el castellano, sin edad proporcionada á la suya, pues contaba cuarenta y nueve años, sin virjinidad de corazon, pues era viudo y padre, y cuya blanca cabellera y surcada frente debian inspirar mas veneracion que cariño, mas respeto que pasion; y sin caudal, pues no poseia mas bienes que las esperanzas de consumar un plan por tres veces rechazado en los consejos de tres estados.

No hay duda de que los Aranas y los Enriquez se opondrian á un enlace, que disonaba á su lejítimo orgullo, á sus intereses, á sus preocupaciones, y hasta á su razon misma; que deberia parecerles mas que otra cosa, una aberracion del entendimiento, y que por de contado procurarian disuadirla, representándola á Colon con los mas negros colores; teniendo Beatriz que arros-

trar su enojo y el de sus amigos, y las hablillas que concluyen con los afectos vulgares.

Por otra parte, para que una intelijencia tan firme como la de Colon, cediera al amor, debian formar las cualidades físicas y morales de Beatriz un conjunto irresistible. Pero si bien admiró en ella las gracias del cuerpo, no se prendó sino de la inmolacion que le hacia, y la quiso porque lo queria. El agradecimiento, ese impulso jeneroso que se arraiga en lo mas profundo del pecho humano, subyugó al ser que nada hubiera detenido, mientras meditaba sobre el pensamiento mas elevado que haya podido concebirse. No era aquel un casamiento de conveniencia, sino de inclinacion pura, invencible, mas fuerte que su ambicion, que su esperiencia y su desgracia; una misteriosa red que le tendia una mano invisible como prueba suprema; porque necesitaba amar á Beatriz con todo su corazon, y esperimentar en ello un encanto indecible, para que el abandonarla y permanecer voluntariamente separado de tan caro objeto, á fin de dar cima á su obra, hiciera mas meritorio y mas sublime el sacrificio: sacrificio que ninguno ha mencionado en su historia. La felicidad que le ofrecia su amada, puesta como una tentacion en el espinoso camino que debia recorrer, no pudo distraer de su idea inmortal á su alma inspirada, y así mientras estuvo en Córdoba, no cesó de intentar por todos los resortes el ser escuchado y llegar al trono. Pero como nada conseguia, puso una carta al rey don Fernando escrita en los siguientes términos:

"Serenísimo príncipe:

"Viajo desde mi niñez; pues hace cerca de cuarenta "años que surco los mares. He visitado todos los pai- "ses conocidos; conversado con gran número de sacer- "dotes, seglares, latinos, griegos, moros y hombres de "cuantas relijiones hay; adquirido algunos conocimientos "en la náutica, la astronomia, y la jeometria; estudiado "los libros de cosmografia, historia y filosofia, y estoy

"bastante diestro para dibujar el plano del mundo, y "colocar las ciudades, rios y montañas en los sitios ver- "daderos. Me hallo al presente con las fuerzas necesa- "rias para ir al descubrimiento de las Indias, y suplico á "S. A. patrocine mi empresa. No dudo que aquellos que "la sepan hagan mofa de ella; pero si place á S. A. dar- "me los medios de llevarla á cabo, yo espero vencer "cualesquiera obstáculos que se presenten."[1]

En este firme y claro estilo, en que los hechos ocupan el lugar de las palabras, se refleja su carácter.

Quedó sin respuesta la misiva, y probablemente, como lo preveyó su autor, se burlarian de su contenido las personas á quienes se comunicó, haciendo el rey católico otro tanto. Sin embargo; esperó Colon, y al cabo de muchos sinsabores logró hacer conocimiento con el antiguo nuncio apostólico, monseñor Antonio Geraldini, que á ruego de la reyna tornó á España, para terminar la educacion de la infanta, y cuyo saber lo predisponia á todo lo grande. Como su talento de diplomático no entibiaba lo mas mínimo la jenerosidad de sus sentimientos, desde el momento en que le habló se sintió atraido hácia él, y amigo suyo cuando no creia ser mas que su protector. Refirió la conferencia á varios personajes de los mas importantes de la corte, y en particular al gran cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, que por su poderoso influjo fué llamado tercer rey de las Españas. A instancias del ex-nuncio admitió el prelado en su presencia al navegante estranjero, y mas familiarizado que Fr. Hernando de Talavera con los hombres y las cosas, lo comprendió en seguida, le dió su estimacion, y formó tan buen concepto de él, que sin entrometerse á escudriñar el mérito de su plan, lo que tampoco podia hacer en el acto, creyó que estaba en la obligacion de ponerlo en noticia de los

1. Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. IV.

reyes,[1] y por su benévola mediacion, pudo Colon obtener una audiencia de SS. AA.

Presentóse Cristóbal á don Fernando y doña Isabel, no con embarazo, ni humildad, sino con majestad y franqueza, pareciendo mas un soberano disfrazado hablando con sus iguales, que un pobre pretendiente. Era porque al acercarse á los mas poderosos príncipes de la cristiandad, á los mas celosos defensores de la causa de la cruz, lo hacia en calidad de mensajero de la providencia, "venido en embajada"[2] para proponerles una empresa, que inmortalizara su reinado, "si servian á nuestro señor, difundiendo su santo nombre y la fé por los pueblos" que ignoraban al Mesias. Y en verdad, que utilizar de tal manera sus esfuerzos en esta vida, era prepararse una corona en la eternidad.

Absoluta y resueltamente sobre tan relijioso motivo se fundó Colon, al dirijirse á Isabel *la católica*; pues las ventajas políticas y comerciales que adujo en Jénova, Venecia y Portugal no se las presentó sino en segundo término, y como accesorias. Los historiadores han dejado esto, ó sumido en el olvido, ó muy oscuro, y conviene que quede establecido, que el principal objeto del descubrimiento fué la glorificacion del redentor, la dilatacion de la Iglesia de Jesu-Cristo, y no los intereses materiales.

Colon, hombre de deseos al modo de Daniel, animado por el espíritu divino, y conociendo la tierna piedad y la dulzura de Isabel, dejó que hablara su corazon, y su elocuencia penetró en el de ella, que desde aquel instante, se tomó un indefinible interes por el es-

1. "El cardenal que lo mandaba todo, le negoció audiencia con los reyes." Salazar. *Crónica del gran cardenal* &c., lib. I. § 1. páj. 214.

2. "Por su infinita bondad hizo á mi mensajero dello, al cual vine con el embajada á su real conspetu, movido como á los mas altos príncipes de cristianos, y que tan se ejercitaban en la fé." Cristóbal Colon. *Relacion del tercer viaje, dirijida de la isla Española á los reyes católicos.*

tranjero, cuya frente ceñia la luz del jenio, y cuya intelijente mirada y elevado lenguaje inspiraban confianza, respeto y amor.

Sin duda esperimentaria don Fernando algo de esto; pero de carácter frio y opuesto á obedecer los impulsos del alma, no se pronunció aun porque primero queria que ya que el plan se fundaba en datos científicos, fuera comprobado por la ciencia, remitiéndose á lo que decidiera una junta de sábios, que encargó de convocar y presidir al prior de Prado.

No era fácil la comision conferida á Fr. Hernando porque entónces no habia en Castilla sino corto número de cosmógrafos, y como dice un cronista, no valian cosa. En su defecto, buscó Talavera teólogos, y los citó para Salamanca, donde aquel año invernaba la corte.[1] La época de junta tan memorable, aunque no la consigna la historia, dos circunstancias nos permiten fijarla de un modo bastante aproximado en el mes de Noviembre de 1486. A falta del estracto de sus sesiones, que con imperfeccion se hizo dos años despues, y que no ha salido todavia del Archivo de Simancas, convendrá al menos formarse una idea del lugar y de los personajes que presenciaron, y tomaron parte en la liza, que tuvo lugar entre la fé del predestinado y la incredulidad de los partidarios de la rutina.

II.

La relijion y la ciencia ocupaban por sí solas la ciudad de Salamanca. Ademas del colejio del rey, de los de

1. En calidad de asesor se dió al prior de Prado su pariente don Rodrigo Maldonado, doctor en derecho y rejidor de Salamanca.

las órdenes de Calatrava y Alcántara, de los de las ciudades de Búrgos y de Oviedo, del de los Irlandeses, de los Huérfanos, de San Juan, San Pelayo, San Miguel, San Pedro y San Pablo, Santa María, San Bartolomé, del monte de las Olivas &c., los domínicos, franciscanos, benedictinos, jerónimos, bernardinos, padres de la misericordia, trinitarios, canónigos regulares y carmelitas descalzos, cada uno tenia su escuela.

Estos diferentes establecimientos comprendian casi todas las enseñanzas, y mientras unos se dedicaban á la del latin y humanidades, otros se elevaban á las ciencias naturales, al derecho y la teolojia. En los conventos, donde se hacian los estudios mayores, habia salones anexos á los claustros, y abiertos á la juventud, que acudia allí á las horas de estudio, como acontece hoy en las universidades.

Todos los mencionados establecimientos funcionaban bajo la direccion única de un consejo llamado de la Universidad, y presidido por un rector,[1] que tenia á sus órdenes cuarenta dependientes, entre administrador, síndicos, bedeles, secretarios y maestro de ceremonias, y á su cargo la direccion de setenta y tres cátedras, sostenidas por rentas considerables. Mas de ocho mil estudiantes se apuntaban en la matrícula de la poderosa Universidad, que por su riqueza, su fama y su influencia imperaba en Salamanca. Contaba con administracion y gobierno propios, cancillería, estados, escribanos, jueces, médicos, músicos, predicador, iglesia particular, dedicada á san Jerónimo, hospital nombrado de San Juan Bautista, y esclusivamente destinado á los escolares pobres, é inmensa biblioteca, con entrada libre por espacio de cuatro horas diarias, tanto para los maes-

1. "Tiene esta universidad para su mayor servicio y grandeza, mas de cuarenta oficiales, administrador, síndicos, secretarios, bedeles, maestro de ceremonias y otros." Gil Gonzalez Dávila. *Historia de Salamanca*, lib. II. cap. XVIII. p. 188.

tros, como para los discípulos.

A causa de su nombre y superioridad, el colejio de estudios mayores, que dirijian los domínicos en su convento de San Estéban, estaba en primera línea, y marchaba al frente de los demas establecimientos, siendo en su recinto dónde se reunió la junta científica.

Puede inferirse el ruido que haria en Salamanca la noticia de semejante congreso, al considerar, que en primer lugar era un acontecimiento del todo nuevo, sin precedente, que por su estrañeza picaba la curiosidad de los hombres graves; y en segundo que, como don Rodrigo Maldonado vice-presidente de la Junta, reputado jeógrafo, sin saberse por qué, y persona afable y sin presuncion, era hijo de la ciudad, y habia cursado en ella, su familia y amigos se tomaban un interes personal en las discusiones que iban á tener lugar. Lo propio acontecia por parte del jóven Gricio, secretario del rey, y de otros oficiales de la servidumbre de palacio, nacidos tambien allí.

Una circunstancia casi dramática contribuia á que fuera mas sonado el suceso. El gremio de barberos guardaba su bandera, y tenia su capilla en San Estéban,[1] y como en su regocijo, todos los fígaros parecian participar de la honra hecha á la casa de los domínicos, calcúlese si sus lenguas no estarian en continuo movimiento, y si en Salamanca habria quien no supiera la gran novedad. Hasta los arrieros y las nodrizas estaban al tanto, de que un estranjero pretendia probar que la tierra era redonda como una naranja; que habia rejiones en que andaban sus habitantes cabeza abajo, y que navegando en línea recta á poniente, se volvia por levante. Atónitas quedarian las jentes tal vez, de que se discu-

1. "San Estéban, monasterio de Dominicanos, en él tienen cofradia los barberos." *Memorias de las iglesias, monasterios, hospitales, hermitas y cofradias de oficios.* Gil Gonzalez Dávila, diácono y racionero en la santa iglesia de Salamanca.

tieran seriamente cosas de tanto chiste.

Se formó la Junta de los profesores de astronomia y cosmografia, propietarios de las primeras cátedras de la Universidad, y de los principales jeógrafos ó jeómetras, que habian estudiado en otro tiempo las matemáticas con Apolonius, y física con Pascual de Aranda, únicos maestros de cuenta que hubiera producido todavia Salamanca. Pero ni el P. Marchena, ni el jóven piloto Juan de la Cosa tomaron parte en la reunion, ni tampoco el lapidario de Burgos, Jaime Ferrer, el español mas competente en materia de cosmografia, y al que distinguia con su amistad el gran cardenal; pues se hallaria en aquellas circunstancias ocupado en su comercio de piedras preciosas, en el Cairo, ó en Damasco.

La reyna, que con el fin de dar impulso á los estudios, asistia á los exámenes, no quiso á la sazon influir con su presencia en el debate, ni hacerlo embarazoso, ni tomar tal vez algun partido, y se privó del gusto de ser testigo de la lucha del jenio con la erudicion.[1] Pero la purista doña Lucia de Medrano, acostumbrada á esplicar en público los clásicos, la célebre doña Beatriz Galindez,* apellidada *la latina*, y que enseñó á Isabel *la católica* la lengua de Virjilio, la melodiosa poetisa Florencia Pinar, y Francisca de Lebrija, la ilustrada hija del maestro, que debia reemplazar un dia en la Universidad de Alcalá, figuraban entre los curiosos. Y entre las notabilidades el nuncio apostólico monseñor Bartolomé Scandiano, su sobrino y secretario Pablo Olivieri, propagador del buen gusto, el ex-legado monseñor Antonio Geraldini, y su hermano el injenioso Alejandro, el dean de Compostela, el secretario del primer

1. Tambien se ocupaba entónces en revisar los procesos de la audiencia de Valladolid para ver de que modo se habia administrado la justicia. Garibay. *Compendio historial* &c. t. I. lib. XVIII. cap. XXXI.

* Ya dijimos anteriormente que se llamaba Beatriz Galindo.
N. del T.

ministro, Didáceo Muro, el ilustre profesor Gutierrez de Toledo, primo del rey, el siciliano Antonio Blaniardo, mas conocido por el nombre romano de Flaminius, su compatriota Lucio Marineo, Villa Scandino, primer catedrático de derecho canónico, Pedro Pontea, suplente de derecho civil, y conocido del P. Marchena, el matemático Juan Scribá, que trocó el compas por una embajada, el doctor Gaspar Torella de Valencia, mas tarde médico de dos papas y que, queriendo luego curar las almas como habia curado los cuerpos, murió de obispo de Santa Justa, el valetudinario portugues Arias, catedrático de literatura griega, y el primer maestro de teolojia del colejio de San Estéban, Fr. Diego de Deza, cuya ciencia y piedad gozaban de igual fama fuera, que dentro del convento, del cual era la gloria despues de haber sido el discípulo, y á cuyo alrededor se agrupaba lo mas escojido de la escuela.

Preciso es conocer que en aquel congreso el auditorio no fué menos imponente que los jueces; pues tenia otro tanto saber y mas independencia.

Ya dijimos cuan desfavorable era al proyecto Talavera: ahora añadiremos que, su asesor don Rodrigo de Maldonado participaba de las mismas ideas, y que los vocales, como jeneralmente sucede en casos análogos, estaban bajo la influencia del presidente, y antes de la primera sesion prevenidos ya contra lo que iba á discutirse, y el que venia á defenderlo, considerándolo todos como un orgulloso, que pretendia descubrir una cosa en que no pensó jamás ningun jeógrafo; deduciendo de aquí que se creia superior á cuantos le precedieron. Tambien su cualidad de estranjero era una circunstancia agravante, y que no constituia el menor de sus defectos.

Con la cabeza erguida y el corazon tranquilo compareció Colon ante la audiencia; á pesar de la mucha distancia que lo separaba de su modo de pensar. Porque al par que los unos estaban firmemente persuadidos de

que la tierra fuera el cuerpo mas disforme de la creacion visible, el centro fijo del universo, y de que siendo su tamaño mayor que el de todos los astros, por ella se movian en torno suyo; otros pretendian que su hechura era la de un círculo plano, ó de un cuadrilátero inmenso rodeado de un mar inconmensurable. De consiguiente, admitiendo la forma circular ó cuadrangular; pero siempre plana de la parte sólida, limitaban la estension de las aguas á la séptima parte de la tierra, y sin forjar claramente un sistema, consideraban como un sueño cuanto no estuviese conforme con los autores antiguos. Muchos tambien se inclinaban á ver en las teorias de Colon peligrosas innovaciones, que tal vez encubrian algunas herejias.

Antes de tomar la palabra, se decidió Cristóbal á no pasar en esta controversia de ciertas jeneralidades, ni descubrir á la indiscrecion pública la base de su conviccion; pues la pérfida conducta de Portugal lo hacia prudente, aun en presencia de la noble y leal corte de Isabel. Lo que iba á establecer sobre datos científicos no era la última razon de su sistema, ni su demostracion clara y terminante, sino los argumentos secundarios tornados en principales. No obstante tal complicacion, espuso con calma y seguridad lo que parecia ser el fundamento de su idea; mas como se apoyaba esencialmente en las ciencias, no pudo seguirlo bien la Junta; salvo los domínicos que lo escucharon con atencion[1] y le dieron buena acojida.

Algunos miembros le arguyeron con pasajes de las Santas Escrituras, pésimamente aplicados, y con fragmentos truncados de autores eclesiásticos, contrarios á su sistema.

Por una parte establecian varios catedráticos, en mayor ó menor escala, que la tierra era llana y no redonda, puesto que dijo David: "Estendiendo el cielo

1. Fr. Antonio de Remesal. *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala,* lib. II. cap. VII.

como una piel," á lo que añadian las palabras de san Pablo al comparar los cielos con un pabellon colocado sobre la tierra, idea que escluye la esferoicidad del mundo;* y por otra los menos rijidos ó menos estraños á la jeografia, sostenian que, admitiendo la redondez de la tierra, el proyecto de ir á buscar rejiones habitadas en el hemisferio austral fuera quimérico, porque la otra mitad del mundo estaria ocupada por la mar *Tenebrosa*, abismo ilimitado y formidable; y que si por ventura un bajel llevado en esa direccion llegaba á las Indias, nunca podria tornar, en razon á que la pretendida redondez de la tierra formaria un obstáculo insuperable para lograrlo, por favorables que soplaran los vientos.[1] Y si les contestaba con datos tomados del arte de navegar, ó hijos de la esperiencia, le replicaban con autoridades de Lactancio y de san Agustin condenando la opinion absurda de los que creen en los antípodas, y justificaban los clásicos con el testimonio de los paganos Epicuro y Séneca.

Con respecto á Séneca, incurrian en un error involuntario; pues creyendo referirse al filósofo Lucius Annæus Séneca, y preceptor de Neron, le atribuyeron

* El argumentar á Colon con las palabras citadas del apóstol y de David, prueba una vez mas, la parcialidad con que trataban algunos miembros de la Junta al proyecto, pues tanto san Pablo como el rey profeta hablaron tambien, y en repetidas ocasiones de la *redondez de la tierra*. Ademas, las palabras del salmista: *Extendens cælum sicut pellem*, no podian, en nuestro concepto, ser mas fuera de propósito para rebatir el sublime pensamiento de Colon, puesto que todo el Salmo CIII en que se contienen, como dice el sábio Felipe Scio de San Miguel, es una descripcion poética y figurada de la gloria del señor que resplandece en todas las obras de la naturaleza. Tan lójico hubiera sido pretender que habitábamos en los abismos del Océano, porque á reglon seguido añade David: Que cubres con agua sus mas altos lugares, *(Qui tegis aquis superiora eius)*. Véanse la Epístola de san Pablo á los romanos, cap. X, 18. y la dirijida á los hebreos, cap. I, 6; y los Salmos IX, 9. XIII, 1. LXXI, 8. LXXVI, 19. LXXXVIII, 12. LXXXIX, 2. XCII, 1. XCX, 10 y 13. XCVI, 4. XCVII, 7 y 9.

N. del T.

1. Fernando Colon. *Historia del almirante*, cap. IX.

este pasaje de los *Suasoriæ*: „Alejandro se embarcará en el Océano, estando la India al fin del mundo, mas allá del cual empieza la noche eterna."[1] Semejante pregunta no fué hecha por Séneca sino por su padre, Mucius Annæus, que vivió en tiempo de Augusto, y la puso en sus *Suasoriæ*. ¿Pero qué eran las *Suasoriæ* sino bosquejos de retórica, asuntos de amplificacion, para dar lugar á discusiones ficticias, meros rasgos de elocuencia? Así es que, con un capricho de la imajinacion, con un tema de composicion oratoria pretendian refutar la teoria de Colon...

En la disputa se iban tocando demasiados puntos incidentales, para que terminara prontamente. Despues de cada relato de Colon se reunia la Junta en sesion secreta, con el objeto de examinar la fuerza de sus argumentos, los testos citados, y tener preparadas las respuestas ú objeciones para la siguiente.[2]

Comprendiendo Colon que nó bastaba la ciencia para convencer á sus jueces, entre los que mas abundaban los teólogos que los marinos y cosmógrafos, se resolvió á debatir las autoridades de las Escrituras, y el parecer de los comentadores, á riesgo de hacerse sospechoso de herejia. El ardor de su apostolado pareció transformarlo entónces á los ojos de sus oyentes. La majestad de su presencia, el fuego de su mirada, y el timbre sonoro de su voz, daban á su palabra una persuasion irresistible para toda alma elevada; al par que la poesia y la grandeza de los libros sagrados, electrizando su corazon, ennoblecian su enérjico lengua-

1. Voss. *Kleine Schriften*, t. II, p. 241.
2. Mientras duraron estas conferencias estuvo Colon hospedado en el convento de San Estéban. Los domínicos proveyeron á todas sus necesidades jenerosamente, y hasta le costearon su viaje, teniendo aun á mucha honra los de esta relijion el haber dado albergue al mensajero de la providencia, entónces desconocido. Véase, Fr. Antonio de Remesal. *Historia de la provincia de San Vicente de Chiapa*, &c., lib. II. cap. VII. Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, t. I. lib. II. cap. XXVI.

je con lo sublime del asunto, al volver contra sus adversarios las mismas citas con que creyeron condenarlo. La digna actitud, tomada por Colon ante la Junta, hizo que muchos de los concurrentes se sintieran atraidos hácia él, y que el catedrático de filosofia de San Estéban, Fr. Diego de Deza, saliera en su defensa, y ganara á su causa á los primeros maestros de la Universidad.

Colon tenia en su favor, la calidad ya que no la cantidad de los votos; pero los espíritus timoratos y los escolásticos pertinaces encontraban en estremo presuntuoso, el que un marino hablara contra la opinion de san Agustin y de Nicolas de Lyra. Se difundió en esto un vago rumor, que hubiera sido peligroso en un pais, en que la inquisicion acababa de establecerse, y desplegaba la grande actividad que le permitian sus facultades; mas felizmente, el nuncio monseñor Scandiano supo lo que ocurria, como tambien el ex-nunçio; y su hermano Alessandro Geraldini se apresuró, para prevenir el mal, á solicitar una audiencia del cardenal Mendoza. Poco le bastó para demostrarle, que por mejor comentador que fuera Nicolas de Lyra, y por mas elevada y grande que fuese la filosofia y la santidad de san Agustin, no podian hacer ley en materia de jeografia y navegacion; ciencias estrañas á sus tareas.[1] La opinion del legado, de los Geraldinis y del gran cardenal, lo mismo que las simpatias de Diego de Deza, y de algunas notabilidades de la ciudad neutralizaron el efecto de las pérfidas insinuaciones, que traian receloso al Santo Oficio.

1. "Ego qui forte juvenis retro eram, Didacum Mendozam, sanctæ Romanæ Ecclesiæ cardinalem hominem genere integritate, prudentia, rerum notitia, et omnibus preclaræ naturæ ornamentis illustrem petii. Cui cum referrem Nicolaum á Lyra, virum sacræ theologiæ exponendæ agregium fuisse, et Aurelium Augustinum doctrina et sanctitate magnum, tamen cosmographia caruisse, etc." *Itinerarium ad regiones sub æquinoctiali plaga constitutas.* Alexandri Geraldini, Amerini episcopi civitatis S. Dominici, etc., lib. XIV.

La córte no esperó el fin de las conferencias, y abandonó á Salamanca el dia 26 de Enero de 1487 para ir á Andalucia,[1] y la comision se separó sin haber concluido nada; pues por unanimidad condenaba el proyecto, bien como quimérico, bien como impracticable.

La nueva campaña contra los moros de Málaga hizo que por el momento se olvidase el pensamiento de Colon, del cual tampoco pudo seguir ocupándose Fr. Hernando de Talavera, (que no se tomaba ningun interes por él, persuadido de la imposibilidad de llevarlo á cabo) á causa de que estando en la obligacion de acompañar á SS. AA. en calidad de confesor de la reyna, no obstante su promocion al obispado de Avila, le hubiera sido muy difícil proseguir el asunto, habiéndose dispersado todos los vocales de la Junta.

Las conferencias de Salamanca pusieron de manifiesto la erudicion, la ciencia y las jigantescas miras de Colon, dando á la idea y al autor fama y popularidad. Desde entónces comenzaron los reyes á tratarlo con mucha consideracion,[2] y aunque sin comprometerse con él, gustaban hablarle y ocuparse de su plan, llamándole en diversas ocasiones; prévia indemnizacion de sus gastos de viaje, como se desprende de los apuntes de cuentas del tesorero Francisco Gonzalez de Sevilla.[3] Don Fernando; á pesar de huir siempre de arriesgar un solo ducado en la ejecucion de la empresa, acariciaba en su mente como un sueño de oro el pensamiento de descu-

1. *Cronicon de Valladolid*, ilustrado con notas por el señor Sainz de Baranda. Coleccion de documentos inéditos para la historia de España, tomo XIII.

2. "Desde entonces le miraron los reyes con agrado." Andres Bernaldez. *Historia de los reyes católicos*, cap. CXVIII.

3. "En dicho dia (5 de Mayo de 1487), dí á Cristóbal Colomo *extrangero*, tres mil maravedis, que está faciendo algunas cosas compliderás al servicio de sus Altezas." Docum. diplom., núm. 11. Simancas.

El 3 de Julio siguiente se le facilitó igual suma por el mismo tesorero.

brir tierras, situadas al estremo de las Indias, cubiertas de especerias y piedras preciosas. Las ocupaciones militares, que distraian la atencion de los soberanos, hicieron aplazar; pero no rechazar el ofrecimiento de Colon, y á los nueve dias de la rendicion de Málaga, ó sea el 18 de Agosto de 1487 percibió de las cajas reales cuatro mil maravedis; para ponerse en camino hácia donde estaban SS. AA.[1] Con su llegada volvieron á reanudarse lás negociaciones; pero los acontecimientos de la guerra, y sus apremiantes necesidades venian siempre á darles treguas. Aquel año invadió la peste á Córdoba, y la corte se trasladó á Zaragoza, para permanecer en ella durante el invierno, llamando allí los reyes á Colon, como lo prueba el contenido de un asiento de su tesoreria.[2]

Aunque todo el siguiente de 1488 se pasó en inútiles solicitudes, y esperanzas defraudadas, solo dependia de Colon el llevar á cabo su proyecto, y obtener su recompensa; pues don Juan II, el único portugues que pudo admirar su injenio, estaba deseoso de atraérselo. Y como él le hiciera saber el temor que abrigaba, (sin duda para tener en que apoyar su negativa), de que una vez en sus manos, no se valieran sus consejeros de cualquier pretesto para atentar contra su libertad, el rey le remitió un salvo-conducto con fecha 20 de Marzo, en cuyo sobrescrito se leia: *A Cristóvam Colon noso especial amigo, en Sevilha.*[3] Pero por mas que le doliera el tiempo que se perdia, y por mucha que fuera su impaciencia, se mantuvo firme en su primer propósito, de no tratar mas con Portugal, y no salió de España.

Abandonaron los reyes á Zaragoza en la primavera,

1. "Dí á Cristóbal Colomo cuatro mil maravedis para ir al Real." Documentos diplomáticos, núm. 11. Simancas.
2. Un apunte fecha 15 de Octubre de 1487 demuestra que recibió otra suma de cuatro mil maravedis.
3. Orij. en el archivo del duque de Veragua.

para tentar un golpe de mano contra los moriscos, y durante el verano hicieron venir á su lado á Colon. [1] Pasaron luego á Valladolid, y la dejaron en Mayo, para ir á la industriosa Medina del Campo, en la cual querian recibir la embajada que les enviaba Enrique VII., deseoso de ser su aliado, y á principios de Febrero se trasladaron á Córdoba, pareciéndoles entónces llegada la hora de examinar con detenimiento los planes del jenoves. Al efecto espidieron una órden el dia 12 de Mayo de 1489, encargando á la municipalidad de Sevilla le preparase alojamiento gratuito.[2] Pero todavia hubo un tropiezo, que consistia en que, resuelto como estaba el sitio de Baza, era preciso aprovechar la buena estacion, para conquistar esta plaza, una de las mas fuertes que poseian los muslimes. La fé y la resignacion de Cristóbal igualaban á la persistencia casi fatal de las causas que hacian detener sin cesar á tan valiente cristiano en su camino, sin arrancarle una queja en su desesperada situacion.

III.

No era el sitio de Baza una mera combinacion estratéjica, sino la penúltima palabra de la cruzada; porque de su buen éxito dependia la suerte de los mahometanos en España.

1. "En 16 de Junio de 1488 dí á Cristóbal Colomo tres mil maravedis por cédula de sus Altezas." *Libro de cuentas de Francisco Gonzalez de Sevilla.* Simancas, docum. diplom., núm. 11.
2. En el archivo del Ayuntamiento de Sevilla, lib. III. de cartas reales. Docum. núm. 4.

Entónces Colon ciñó su espada y fué á la guerra, donde en los rangos subalternos se consagró silenciosamente á servir con tanto valor[1] como humildad la causa del redentor; y aun parece que dió escelentes consejos sobre las operaciones; consejos que por ser pobre, estranjero y marino no escucharon los que rodeaban al rey. Esperimentáronse al principio de la campaña algunos descalabros; y esto, unido á las grandes lluvias y á las enfermedades que sufria el ejército, aumentadas con la escasez de los abastos, desanimaron á los principales capitanes, hasta el punto de solicitar de S. A. que levantara el asedio por temor de un desastre. Antes de decidirse don Fernando quiso consultar con su esposa, á la sazon en Jaen. Isabel se opuso, y prometió proveer las tropas de cuanto necesitaran, empeñando con este objeto sus joyas y vajillas de oro y plata á las ciudades de Barcelona y Valencia, y haciéndose abastecedora jeneral; pues ninguno quiso encargarse de ello, tanto por el mal estado de los caminos, como por temor á las emboscadas de los enemigos. Rejimenta seis mil peones, para reparar las vias de comunicacion, construir puentes, y llevar la artilleria pesada: alquila catorce mil mulas,* y organizando bajo la proteccion de escoltas un servicio regular de transportes, lleva al campamento la abundancia y la esperanza; al par que, para estimular el fervor de los soldados, envia dos franciscanos acabados de llegar de Palestina con su mensaje amenazador del soldan de Ejipto.

Pero los discursos de estos sacerdotes no conseguian reanimar el fuego; pues se vacilaba en atacar: las órdenes eran incoherentes y faltaba la unidad y el impulso. Sábelo Isabel y vuela al campo, se pone, sin decirlo, á

1. Diego Ortiz de Zúñiga. *Anales eclesiásticos y seculares de Sevilla*, lib. XII, p. 404.
* "Catorce mil acémilas." Lafuente. *Historia jeneral de España*, tom. IX, cap. IV, páj. 355.

N. del T.

la cabeza del ejército; y con la presencia de tan gran jeneral, cambia el aspecto de las cosas; se opera una repentina transformacion en las costumbres de los sitiadores; cesan las querellas personales, el desfallecimiento y los conflictos en las disposiciones; multiplícanse los parapetos, se avanzan las paralelas, velan los que guarnecen las trincheras, y prosigue el cerco con regularidad. Noche y dia resuenan los cañones, que baten constantemente los muros de la plaza, sin dar tiempo á reparar sus destrozos, hasta que los moros, al fin desalentados con una actividad no conocida en tales empresas, comprendiendo lo inútil de mas larga resistencia, piden capitulacion.

Tamaña victoria, debida solo á la táctica de la reyna, fué admirada de todos los guerreros, tanto que el valeroso Hernando del Pulgar, que se halló presente, al mencionar la influencia que ejerció Isabel, influencia maravillosa, que casi se asemeja á una exajeracion poética, pone á Dios por testigo de la verdad de lo que dice.[1]

La rendicion de Baza difundió el espanto por la morisma, y colmó de alegria á la España cristiana. Sevilla dispuso una magnífica entrada triunfal á SS. AA. y se prolongaron las fiestas y los regocijos. No bien terminados estos desahogos, absorbieron la atencion de los reyes las negociaciones del casamiento de su hija la infanta doña Isabel, con el heredero presunto de la corona portuguesa, que se verificó en Abril de 1491. La serie de diversiones pareció entónces interminable, y como los banquetes, las justas, los bailes de trajes, las serenatas é iluminaciones aturdian y deslumbraban, sin dar lugar á las graves cuestiones científicas; de cuánta

1. "Y por que fuimos presentes y lo vimos, testificamos verdad ante Dios que lo sabe, y delante de los hombres que lo vieron, que despues del dia que esta reyna entró en el real, pareció que, &c." Hernando del Pulgar. *Chrónica de los reyes católicos*, parte tercera, cap. CXXI.

paciencia no debió revestirse Colon!

Fué imposible reanudar las conferencias sobre lo discutido en Salamanca antes de la venida del invierno. Y como la relacion, que la Junta debia remitir á los reyes, no estaba redactada aun, y Colon sabia que Isabel no tendria reposo, hasta no ver flamear sobre las almenas de la Alhambra el pabellon de Castilla, no quiso esperar á los preparativos de otra guerra, y reuniendo á los suyos los esfuerzos de aquellos que lo apreciaban, consiguió que la comision fallara en definitiva.

El obispo de Avila, cuya opinion no habia cambiado en este asunto, volvió á tomar la presidencia, y todos los miembros acordaron por unanimidad, que los cálculos estaban basados en un principio falso é imajinario, porque su autor afirmaba como verdad *lo imposible*.[1]

Sin embargo de tan triste conclusion no abandonó la reyna el proyecto; pues su injenio no condenaba al de Colon; mas como la guerra que iba á comenzar contra Granada traia gastos enormes, encargó á Fr. Hernando de Talavera le dijese, que los apuros del tesoro no la permitian ocuparse por lo pronto de su plan; pero que una vez terminada, se procederia á examinarlo de nuevo.

Despues de tantos años de espera, de jestiones perseverantes y desengaños, semejante contestacion habria dado al traste con cualquiera otro, que no fuese aquel hombre, avezado á las privaciones, á la burla y al desden de la soberbia ignorancia. Pero él, deseando que la nacion española, cuyo fervor relijioso y carácter caballeresco tan bien se avenia con el suyo, se aprovechase del descubrimiento, lo propuso al duque de Medina-Sidonia, uno de los principales señores de Casti-

1. "E que todos ellos acordaron que era imposible ser verdad lo que el dicho decia." Testimonio del doctor Rodrigo Maldonado en el 15 interrogatorio de la informacion. Suplem. prim. á la coleccion diplomática.

lla, y que poseia escuadra, puertos y ejército.[1] Una buena acojida y la promesa de recomendarlo á la reyna fué cuanto obtuvo del duque, entónces muy ocupado en los preparativos de una próxima campaña. La magnitud del plan le hizo tomarlo por una quimera, ó quizas como una asechanza á sus caudales, y desconfió de él, sobre todo porque era estranjero.[2]

En esto el mayordomo del duque de Medina-Celi, que tambien tenia flota poderosa, habló á su señor del caso, y Colon fué llamado al Puerto de Santa Maria, donde le esperaba una franca y jenerosa hospitalidad en el palacio ducal. Simpatizó con Colon el de Medina-Celi, y entusiasmado con su grandeza de ánimo, y el atractivo de su conversacion, le mereció tal confianza, que mandó construir en seguida buques adecuados para un viaje de descubrimientos; pero en el momento de salir al mar, mudó de parecer, y temeroso de que aquella espedicion hecha en su nombre, no infundiera sospechas á la reyna, la escribió desde Rota, [3] solicitando su permiso. Agradecióle Isabel la deferencia, y le rogó cediera el armamento á la corona, que ella le reembolsaria al remate de la guerra, de las sumas gastadas, y al par que le decia que no creia lo bastante en el éxito del negocio, como estaba decidida á ensayarlo, le añadia que hiciera venir á la corte á Colon.[4]

No bien hubo llegado, cuando con la delicadeza encantadora que la caracterizaba, lo confió la reyna á don

1. "Algunos años antes para socorrer á Alhama en el cerco que los moros la tenian puesto, levantó en sus estados cuarenta mil infantes y cinco mil caballos." Bigland. *Historia de España*, t. I. p. 243. El poder de los Medina-Sidonias era mucho á causa de sus alianzas con las principales casas de España, entre otras con la de la condesa de Teba, hoy emperatriz de los franceses.

2. Lopez de Gomara. *Historia de las Indias*, cap. XV.

3. "Escribílo á su Alteza desde Rota y respondióme etc." Documentos diplomáticos, núm. XIV.

4. "Que no tenia este negocio por muy cierto; pero que si acertase que su Alteza me haria merced, etc." *Carta fechada en Cogolludo*, á 19 de Marzo de 1493, por el duque de Medina-Celi al gran cardenal de España. Orij. en el Archivo de Simancas.

Alonso de Quintanilla, hombre que por su elevacion de espíritu y de miras, y su celo relijioso, era digno de tal huésped. Diversas ocasiones conversó con él S. A. acerca de su proyecto, asegurándole siempre que al concluir la campaña quedaria satisfecho; ¿pero cuándo se realizaria su promesa, si toda la morisma veia en Granada su último baluarte, que preparado de antemano para la defensa, ofrecia oponerla desesperada? ¿No era pues demorar la empresa de un modo indefinido, el aplazarla para cuando se acabase la lucha?

Al repasar en su mente las dilaciones, los desprecios, las burlas, las sospechas, las afrentas, los viajes, las antesalas que habia sufrido en silencio; al ver que su vida se iba gastando laboriosa é infructuosamente, para el cumplimiento de su obra, y temeroso de que España, sorda y ciega para sus propios intereses, é ingrata con su constancia, estuviera desheredada por la providencia de las glorias que él la tenia destinadas, cesó de insistir, y con el corazon rebosando amargura se alejó de la corte, decidido á pasar á Francia acto contínuo, para negociar con su rey, al que acababa de hacer una proposicion.

Al salir de Lisboa, preveyendo que España no admitiera su ofrecimiento, y con el objeto de no perder el tiempo, envió Colon á su hermano Bartolomé, para que tratara con el rey de Inglaterra en nombre suyo. Estaba desde entónces sin noticias de él; pero resolvió no proseguir lo que creia comenzado en Lóndres, sino en caso de no admitirlo el rey cristianisimo.

Antes de abandonar á España, tal vez para siempre, quiso llevar á Córdoba al lado de su mujer á su primer hijo, que habia quedado en poder del P. Marchena en el monasterio de la Rábida, y partió para el convento.

IV.

Oprimióse el corazon de Fr. Juan Perez, al ver de nuevo en la puerta del convento á su antiguo huésped, á su amigo, llevando en su semblante el sello del cansancio, del abatimiento y la pobreza, al cabo de una ausencia de seis años. Mas dolorido quedó cuando supo que aquel grande hombre, harto de luchar con la indiferencia de los sábios, y las temporizaciones de la corte, iba á dejar á España huérfana de sus ideas, y á dotar con ellas á otro pueblo. Se conmovieron su amistad y su patriotismo; tembló por Castilla, al considerarla irremisiblemente privada de los laureles, y de la prosperidad que le daria tal empresa, y rogó á Colon suspendiera su marcha, y reposara algun espacio en su celda. Marchena suplicaba á su hermano en Cristo, á su discípulo en san Francisco, y no podia quedar desatendido, ademas de que la soledad del claustro hacia bien al peregrino jenoves, pues necesitaba recojer su espíritu, descansar de sus fatigas, elevando su alma á Dios, dar nuevo aliento á su esperanza, afirmarse mas y mas en su vocacion, y beber en la fuente misteriosa, para soportar los desprecios, que quizás en otra parte le aguardaran.*

* El erudito autor de la *Historia de Cádiz y su provincia*, dice (lib. XVI. cap. I. páj. 373) que, "la civilizacion antigua por medio de la profecia de Séneca daba aliento á Cristóbal Colon para soportar los desprecios de los pretensos sábios." Lo cual, tratándose de Colon no es razonable, porque, aquel ser privilejiado y eminentemente católico, nunca en sus tribulaciones demandó á la ciencia, es decir, á el árbol de la fruta prohibida, un apoyo que niega á los mansos y humildes; á la relijion si, manantial inagotable de consuelos, cuyas puras aguas, refrijerando su espíritu, acrecentaron mas de una vez en el trascurso de su vida, su esperanza y su fé.

N. del T.

Hasta entónces el guardian de la Rábida habia aceptado por simpatia y conviccion preexistente los planes de Colon, juzgándolos por sí propio, sin influencia estraña; pero al detenerse á pensar que por dos veces la junta de cosmógrafos los calificó de quiméricos, su modestia le indujo á sospechar, que podia haberse equivocado, tomando sus deseos por razones, y sus razones por la verdad; pero que la ciencia libre de afectos y simpatias negaba sus mas caras ilusiones. Para salir de dudas deseó comparar con el de otro su parecer, y mandó venir de Palos al médico Garcia Hernandez, matemático y muy versado en jeografia. Reuniéronse los tres en consulta, y como el parecer de Garcia fué absolutamente igual al del sabio franciscano, y el proyecto pareció fundado y practicable,[1] el guardian creyó llegada la hora de ponerlo en ejecucion, y no de suplicar ni discutir. Resolvió escribir á la reyna, y para que la carta no corriese la suerte de la correspondencia confiada á secretarios, hacerla llegar á manos de S. A. por medio de una persona de su confianza. Por el ascendiente que tenia Fr. Juan Perez sobre los marinos del litoral, logró escojer, de acuerdo con Garcia Hernandez, un mensajero que pudiera en caso de necesidad servir tambien de abogado, recayendo su eleccion en un piloto llamado Sebastian Rodriguez, hijo de una de las principales familias de Lepe, el cual por su tacto y cierta diplomácia supo anteriormente ajenciarse amigos en la corte.

SS. AA. se hallaban á la sazon en un campamento, que un siniestro acababa de transformar en ciudad. En

1, Equivocadamente los historiadores modernos y entre ellos Washington Irving, repetido con mucha lijereza por sus imitadores, han dicho que el marino de Palos, Martin Alonso Pinzon fué llamado al convento de la Rábida para esta discusion; pero resulta de documentos que hemos visto, que en aquella época estaba en Roma Martin Alonso. Colon no estuvo en relaciones con él hasta principios de Julio de 1492.

la noche del 18 de Julio, habiéndose incendiado el pabellon de la reyna, y de allí prendídose á las demas tiendas con gran contento de la morisma, Isabel, para probar su firme resolucion de no levantar el sitio sino despues de sometida Granada, ordenó que mamposteria y madera reemplazaran á los frájiles y provisionales abrigos de sus tropas. Bajo la direccion de tal arquitecto levantó el ejército en pocas semanas una verdadera ciudad en forma de cruz, y sin duda la mejor alineada de España. Los caballeros quisieron bautizar con el nombre de Isabel esta improvisacion monumental de su injenio atrevido; pero ella no lo permitió sino que dispuso se la llamara Santa Fé, en consideracion á su oríjen.

Con tacto obtuvo Rodriguez el favor de hacer llegar á manos de su soberana la misiva del P. Marchena, en que se reflejaban su celo por la gloria de Jesu-Cristo, su patriotismo y su amor á la reyna. Catorce dias mas tarde tornó á la Rábida, portador de un mensaje de S. A. dando gracias por sus buenos deseos á su antiguo confesor, invitándole para que á su recibo se pusiera en camino para la corte, y autorizándolo para prometer á Colon esperase otras nuevas mejores.

Estas palabras de la reyna colmaron de júbilo á toda la comunidad, y Colon no menos gozoso corrió á Moguer, para pedir prestada su mula á un tal Juan Cabezudo, para el guardian que iba inmediatamente á Santa Fé. Cabezudo, que era amigo del P. Martin Sanchez, á su vez amigo de Colon, se la dió gustoso, [1]

1. Esta circunstancia, comprobada por el mismo Cabezudo, nos manifiesta la pobreza del convento de la Rábida y pone mas de relieve la jenerosidad de la familia franciscana para con Cristóbal Colon. El protestante Washington Irving creyendo que todos los monasterios son poderosos, y sus abades ricos, como los de las novelas de Walter Scott, dice, que al recibo de la carta "el buen fraile ensilló y se puso en marcha;" pero el pobre convento de la Rábida no tenia ni prados, ni mula, ni caballeriza, y solo con una bestia prestada, fué con la que tuvo que hacer su atrevido viaje el P. Juan

y Fr. Juan Perez salió sin luz y en secreto del monasterio, un poco antes de las doce de la noche, arrostrando el peligro de tropezar con una emboscada, ó con los merodeadores. Atravesó sin temor las tierras enemigas, confiado en la providencia, y llegó sin accidente alguno á su destino.

Para dar oidos á esta proposicion en tales circunstancias, y volver de esta manera por sí sola á desenterrar un plan condenado por la junta científica, cuando la rodeaban tantos apuros pecuniarios, y vivia en la incertidumbre de lo que duraria la campaña, es preciso que la reyna estuviera muy en su favor, como lo estaba en efecto.

Ninguno en mejor posicion que el guardian de la Rábida para manifestar á la intelijente Isabel, la grandeza sublime de Cristóbal, porque no solo podia discernir de su proyecto, sino que únicamente él tenia los datos para revelar la predestinacion, y santas intenciones del hombre que Dios le enviara en premio de su virtud, para hacer eterna su gloriosa memoria. Quedó triunfante el franciscano, y la princesa, sin pensar mas en la Junta, y sin recordar otra cosa que los elojios que tributaban á Colon, los dos Geraldinis, Mendoza, Deza, Quintanilla y Santanjel, y confiando sobre todo en sus primeras impresiones, encargó al P. Marchena que lo llamara sin tardanza. Mas como adivinase previsora su falta de dinero, y para que se equipase á su gusto, y pudiera presentarse con cierto decoro en la corte, le hizo entregar veinte mil maravedis en florines de oro, por mediacion del alcalde de Palos Diego Prieto, que los envió con la carta del guardian á Garcia Hernandez, para que los diera á Colon.

Perez. Sin duda Washington Irving ignoraba estos pequeños detalles. Véanse las piezas justificativas del pleito, probanzas del almirante, pregunta primera.

CAPITULO VI.

I.

Cuando entró Colon en Santa Fé, como era imposible ocuparse de su proyecto, la reyna lo confió al honrado don Alonso de Quintanilla,[1] su contador mayor, que recibió en ello gran contento.

La lucha de la cruz con la media luna tocaba á su fin, pues se hablaba de sediciones y combates en las calles de Granada, y de que pensaban capitular los moriscos. En efecto, poco tardó en rendirse la ciudad, teniendo lugar la entrega de los castillos á los comisarios de los reyes católicos el Viernes 30 de Diciembre de 1491, y el 2 de Enero próximo la presentacion de las llaves por Boabdil *el chico,* á don Fernando y doña Isabel.

Como esta guerra no era en concepto de la reyna sino una peregrinacion relijiosa, no hizo inmediatamente su entrada en la plaza conquistada; porque primero queria rendir homenaje de su triunfo á Jesu-Cristo. Fr. Hernando de Talavera, promovido á la silla de Granada, única que declaró aceptaria, tomó posesion de la Al-

1. Carta del duque de Medina Celi al gran cardenal de España, fechada en Cogolludo, el 19 de Marzo de 1493. *Archivo de Simancas.* Doc. diplom. núm. XIV.

hambra, clavando en la torre de Comáres,* destinada para las señales, el estandarte de la cruzada junto á la bandera real. Al ver brillar la crúz de plata sobre la ciudad musulmana, los reyes, los cortesanos y los soldados cayeron de hinojos, mientras los capellanes y coristas entonaban himnos en accion de gracias en medio de imponderable alegria. Despues toda la grandeza de Castilla saludó á Isabel como reyna de Granada, y el Viernes 6 de Enero, fiesta de la Epifania, hicieron SS. AA. su entrada en la Alhambra, á cuya puerta los recibió el arzobispo rodeado de numerosa clerecia.**

Al cabo de una lid, que contaba siete siglos de existencia, caia rota en pedazos la media luna con jeneral aplauso de la cristiandad. Juan de Estrada fué enviado en seguida á Roma en embajada estraordinaria, é hizo el viaje con tanta dilijencia, que él mismo llevó la primera noticia del suceso al papa Inocencio VIII. El soberano pontífice, altamente reconocido al señor de los ejércitos por su infinita bondad, dispuso entre otras cosas una procesion solemne en la iglesia de Santiago de los españoles, á la que asistió en persona con el Sacro Colejio, oficiando de pontifical; y en el sermon pronunciado en su presencia, el orador tributó grandes elojios á la relijiosidad de los monarcas y del pueblo de España.[1]

Por aquel entónces en medio de los beneficios que derramaba la providencia sobre la nacion española, echó una mirada de complacencia á *la soberbia Jénova*; la

* Torre llamada hoy de la Vela. Tomaron posesion el gran cardenal don Pedro Gonzalez de Mendoza, asistido del comendador mayor de Leon don Gutierre de Cardenas y otros prelados y caballeros é hidalgos con tres mil infantes y alguna caballeria. Lafuente. *Hist. jeneral de España*, t. IX. p. 396.

N. del T.

** Hernando de Talavera entró en Granada con los reyes católicos el dia 6 de Enero de 1492. Lafuente. ibid. p. 400.

N. del T.

1. Mariana. *Historia jeneral de España*, lib. XXV. § 92.

ciudad de los palacios de mármol y doradas iglesias, y en la que la caridad, al nivel de la riqueza, tendia su bienhechora mano á la miseria, que habitaba en sus oscuras callejas. Parecia estar bendita; porque mientras uno de sus hijos, sacado de las filas del pueblo, meditaba la obra mas colosal del jénero humano, otro, escojido entre los patricios se asentaba en el sólio de la infalibilidad apostólica.

Juan Bautista Cibo, promovido á la tiara con el nombre de Inocencio VIII, era un verdadero príncipe de la paz, un mediador en las querellas de los reyes, y el mas resuelto por la guerra contra infieles. Tampoco ninguno se tomaba un interes mas grande en las victorias de Isabel, ni en las esperanzas de su compatriota Cristóbal Colon.

No habian concluido aun los regocijos por la conquista, cuando la reyna dió audiencia á Colon. La presencia del hombre hácia el que la impelia una secreta identidad de fé y de injenio, la tranquilizó de las objeciones de la Junta de Salamanca. No hubo en aquella entrevista ninguna discusion acerca del proyecto; porque no tenia dudas sobre el modo de llevarlo á cabo; porque se adheria á él instintivamente; porque reconocia en Cristóbal una facultad de concepcion superior á la de los demas; porque le daba una personalidad escepcional, pues su solo continente revelaba la grandeza de su alma, y porque creia en él. El proyecto estaba aprobado ya, sin exámen ni restricciones, tal como lo habia concebido su autor y no quedaba mas que fijar los privilejios, que en caso de buen éxito se le concederian. Una comision, presidida por el prudente Fr. Hernando de Talavera, recibió el encargo de arreglar este punto, y Colon tuvo que conferenciar con ella, y hacerle conocer sus pretensiones categóricamente. Entónces fué cuando aquel hombre, de pensamientos mas grandes que el universo, dejó entreveer lo inmenso de su esperanza con lo enorme del premio que pedia: pre-

mio que al oirlo los de la Junta quedaron estupefactos. Hé aquí las principales condiciones que impuso á las coronas de Aragon y de Castilla. Seria:

Virey,

Gobernador jeneral de las islas y tierra firme, que descubriera, y

Grande almirante del Océano.

Estos cargos y oficios se trasmitirian en su descendencia por órden de primojenitura.

Recibiria la décima parte de todas las riquezas: perlas, diamantes, oro, plata, perfumes, especerias y demas producciones descubiertas ú esportadas de los paises sometidos á su autoridad.

Los comisarios que no podian adivinar el pensamiento íntimo de Cristóbal, sintieron herido su orgullo con la sola idea de que un italiano, que habia sido la irrision ó la lástima de todos, cuando se gastaba en las antesalas, solicitando audiencias, osara hoy estipular títulos y honores, que lo colocarian sobre las casas mas ilustres de España, y se suspendió la conferencia.

A los ojos de Colon parecia muy natural su demanda, pues si iba á dar á los reyes estados mas grandes que los que tenian, era lójico fijar un premio, que por sí solo indicase lo inmenso de su donativo: la recompensa debia estar en relacion con el servicio, porque el que admite menos de lo que le es debido, se humilla. Por otra parte, tampoco exijia mas de lo que nueve años antes pidiera á Portugal, y si nada añadia, tampoco quitaba lo mas mínimo, probando así, que lo que pensaba entónces lo pensaba de antiguo, y que subsistian siempre las mismas causas.

Necesitaba Colon para realizar sus planes, ocupar elevada posicion, tener grande autoridad, y sobre todo cuantiosas riquezas. Dejemos consignado aquí el secreto de su ambicion desmesurada; secreto tierno, piadoso y cándido, que se escapó de sus labios algunos dias

despues en una plática con los reyes, y que él dice "los hizo reir."[1]

Como preveia que, para llevar á término su empresa tenia que vencer antes terribles y contínuos trabajos, aspiraba en pago de sus fatigas sin cuento á un premio inmenso, el solo que creia merecer su obra: la conquista de Jerusalen, la redencion del santo sepulcro. Mediante los tesoros que retiraria de sus descubrimientos, esperaba rescatarlo amistosamente, y de no ser así, levantar á su costa un ejército de cincuenta mil infantes y cinco mil caballos, y arrancar á las profanaciones de los mahometanos la ciudad santa. No bien logrado esto, entregaria su gobierno á la santa sede, dándose por satisfecho con la honra de ser el centinela avanzado de la Iglesia en la tierra milagrosa, en que tuvo lugar nuestra redencion.

Hernando de Talavera, mirando siempre con cautela al jeógrafo jenoves, espuso á la reyna, que fuera inconveniente para SS. AA. dar su asentimiento á tal tratado, tanto mas, cuanto que habia sido juzgada como quimérica la espedicion, que en no teniendo buen éxito los espondria á la burla de las cortes estranjeras, disminuyendo en sus estados, la merecida fama y respeto de que gozaban por su saber, y que, aun admitiendo el resultado que se proponia Colon, otorgar tamañas mercedes y privilejios á un desconocido, sobre todo, no siendo español, redundaria en detrimento de la autoridad real. Bajo la influencia de las observaciones de su confesor, vaciló Isabel, é hizo proponer á Colon privilejios, un tanto distintos; aunque ventajosos todavia, pues sin duda le ofrecerian como en Lisboa rentas, títulos, un gobierno, cosas todas capaces de satisfacer otro corazon que no el suyo. Por esa causa no aceptó ningu-

1. "Protesté á Vuestras Altezas que toda la ganancia de esta mi empresa se gastase en la conquista de Jerusalen, y Vuestras Altezas se rieron, y dijeron que les placia, y que sin esto tenian aquella ansia." *Diario de Colon*, Miércoles 26 de Diciembre de 1492.

no de estos, y habiendo ya dicho cual era su deseo, mantenia su palabra como un rey. En sus conversaciones con soberanos; aunque sus ropas denunciaran su pobreza estremada, siempre trató con ellos como de igual á igual, y ahora que llegaba el momento de cumplir su mision, sus hechos no desmentian sus palabras.

Ni sus escasos recursos, ni los seis años pasados en la corte española en infructuosas demandas, ni el tiempo que iba transcurriendo, y que parecia condenar su plan al olvido, pudieron conmoverlo. Mas de diezíocho años se habian perdido para él, en tentativas diferentes, y á pesar de eso, preferia comenzar de nuevo sus dificiles negociaciones con otro estado, que derogar lo que él llamaba la dignidad de sus derechos.

Procuraron detenerlo sus amigos, y en tan críticas circunstancias, á ruego de Fr. Juan Perez de Marchena, y por mediacion de Alonso de Quintanilla, se puso de nuevo en relaciones con el gran cardenal, quien por la alta idea que se tenia formada de Colon, no hallaba tan desmedidas sus pretensiones;[1] pero ciertos motivos de todo punto ajenos al caso le impedian intervenir personalmente y solo le dió el apoyo de su opinion.

Entre tanto, fuera de la comision, la enormidad de lo demandado por el jenoves traia preocupados á los consejeros de la corona, y como varios le objetaran en son de burla, que era de grande habilidad, pues sin arriesgar de su parte un solo maravedí, al fin y al cabo, cualquiera que fuese el resultado habria tenido la satisfaccion de mandar, ofreció contribuir á los gastos de la espedicion con la octava parte. Este jeneroso ofrecimiento se acojió con avidez para obligarlo á ponerlo en seguida por obra; pero sin embargo de tal sacrificio no consiguió nada.

1. "Él, invariable en las ideas de esplendor y engrandecimiento pedia grandes condiciones... debia de animarle el favor del cardenal D. Pedro Gonzalez de Mendoza ect." Muñoz. *Historia del nuevo mundo,* lib. II. § 29.

La indiferencia de don Fernando, y el influjo del arzobispo de Granada en el ánimo de Isabel, la hicieron considerar como muy onerosas las gracias pedidas por Colon. Rota la conferencia, y no cediendo ni unos ni otros, puso Cristóbal los ojos en Francia, cuyo rey acababa de responderle. Era á fines de Enero, y no quiso perder un dia mas en conversaciones inútiles. Se despidió tristemente de sus pocos amigos, y salió en su mula camino de Córdoba, adonde le llamaban asuntos de familia, antes de abandonar tal vez para siempre á la nacion española, que habia venido á ser para su corazon una segunda patria.

II.

En torno de Isabel, de aquella brillante estrella que guiaba á la nacion Española á nuevos destinos, habia algunos seres privilejiados, en los que se reflejaban los destellos de su inspiracion. Amantes de la verdad y de la mayor gloria de Jesu-Cristo, fiéles observadores de la justicia, y celosos por la grandeza de su reyna y de su patria, creyeron ver en la partida de Colon, una pérdida inmensa é irreparable, que seria un motivo de duelo y de vergüenza eterna para los españoles. Uno de aquellos hombres era don Luis de Santangel, contador de Aragon, el cual solicitó con urgencia, y obtuvo una audiencia de Isabel. Temeroso del peligro á que se esponia la fama de su adorada soberana, é impulsado por su celo, la manifestó lleno de amargura y en tono entre reprensivo y quejoso, la

sorpresa que le causaba el que hubiese flaqueado en semejante circunstancia la de indomable valor; la representó cuan merecedora era la empresa de que ella la patrocinara, ya que podia dar tan grandes resultados para la relijion y sus reinos; la hizo pensar en el sentimiento que la causaria el que otro monarca pusiera en ejecucion el proyecto, como era probable; la recordó que la persona de Colon, su firmeza, su fé, su ciencia y superioridad sobre los cosmógrafos que lo condenaban, debian darle crédito, tanto mas cuanto que nada pedia hasta despues de haber conseguido mucho; que el premio recaeria sobre los descubrimientos, y que en ellos arriesgaba su vida y la octava parte de los gastos; que admitiendo que no encontrase lo que decia, ninguna mengua seria para SS. AA. sino al contrario, que todos se felicitarian de que hubieran acometido una empresa semejante, é insistió acerca de la obligacion en que se hallan los reyes de dilatar el horizonte de la ciencia, de adquirir conocimiento de las cosas lejanas, y penetrar lo mas posible en los secretos del mundo.

Lejos de ofenderse Isabel de las amonestaciones de su vasallo, le agradeció su franqueza. En aquel momento se presentó Quintanilla, á quien recomendaba su probidad, y apoyó enérjicamente las desinteresadas súplicas de su amigo, mientras que á poca distancia de la vivienda en que esto sucedia, el P. Marchena, arrodillado delante de un altar del oratorio de la reyna, rogaba á Dios por los méritos de la preciosa sangre de su hijo iluminara con su gracia el recto entendimiento de Isabel.*

Sin duda le oyó el señor. De repente, cambia la princesa de actitud; se opera eu su alma un misterioso

* Una de las personas que mas influyeron en esta trascendental determinacion de la ilustre matrona, fué su dama y amiga doña Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya, noble y virtuosa projenitora de doña Eujenia de Guzman, actual emperatriz de los franceses y digna émula de la inmortal Blanca de Castilla.

N. del T.

movimiento; comprende á Colon; vé al hombre que le depara la divina providencia, y sin oir mas que la voz que tan alto habla á su corazon, y con el acento de una inmutable resolucion declara, que lo toma todo á su cargo como reyna de Castilla, añadiendo, que seria menester demorarlo un tanto, á causa de los apuros del erario; pero que si esta tardanza los descontenta, allí están sus joyas, y que tomen de ellas la cantidad necesaria para el armamento.[1]

Al escuchar tales razones, Santangel y Quintanilla cayeron de rodillas á los pies de su soberana, y la besaron la mano con santo respeto. Santangel la aseguró que no se tocarian sus alhajas; porque él se encargaba de hacer el adelanto de lo necesario con los caudales de Aragon. En efecto, obtuvo de don Fernando la autorizacion, y mas adelante, fué reintegrado relijiosamente por la corona de Castilla el rey, que prudente en demasia, no quiso tomar parte en un asunto que para él estaba tan oscuro.

Por órden de Isabel salió inmediatamente un oficial de guardias para traer á Colon, logrando alcanzarlo á dos leguas de Granada, á la entrada del puente de Pinos, célebre por los numerosos combates de que habia sido teatro. Parece que despues de tantos sinsabores dudó el grande hombre en volver las riendas de su mula; mas cuando supo lo sucedido, y la firme resolucion de la reyna, obedeció gustoso, convencido de que la providencia reservaba una parte de su obra á tan sublime mujer, y de que era la única digna de asociársele.

Y en verdad que Isabel acababa de tomar una resolucion heróica, porque contra el sentir de la Junta de Salamanca; de su consejo privado; de su confesor, hácia el cual mostraba siempre la mayor condescendencia; de su mismo marido, á quien se complacia en obedecer,

1. "Mas si aun esta dilacion les descontentaba que allí estaban las joyas de su cámara, y sobre ellas se tomase la cantidad necesaria para el armamento." Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, lib. II, § 30.

y cuyos solos pensamientos eran leyes para ella; contra todas las apariencias en fin, comprometia su palabra en favor de un estranjero. Examinando con detenimiento la repentina mutacion de la reyna, mutacion no menos repentina que firme, se advierte que envuelve algo de misterioso é indescribible, como la empresa de que iba á ser el alma y la protectora.

El P. Marchena que, venciendo su repugnancia al fausto y al bullicio de la corte, estuvo durante algun espacio al lado de Isabel, para defender su gloria y la de la Iglesia, apoyando á su amigo, tranquilo ya por esta parte, tornó en seguida á su solitaria y humilde celda.[1]

III.

Cuando llegó Colon á la corte, fué recibido con grandes honores, acojiéndolo Isabel con tales muestras de afecto que bien pudieron hacerle olvidar en el acto sus pasados sufrimientos. En aquella hora se trazó la primera línea de la mision de Cristóbal; porque de allí en adelante la reyna sola fué el ánjel tutelar de la empresa, ya que su cauteloso y desconfiado marido; á pesar de que ponia su firma en las disposiciones de ella conforme á lo convenido, permanecia estraño á la espedicion. Asi es que, como esta se costeaba esclusivamente por la reyna de Castilla, mientras vivió, solo los castellanos tuvieron derecho de establecerse en los paises que se descubrian.[2]

1. "El padre Fr. Juan Perez se volviô desde la corte dejando ya el negocio asentado, etc." Fr. Pedro Simon. *Noticias historiales de las conquistas*, etc. Prim. notic., cap. XIV. núm. 3.
2. Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral de las Indias*, etc., lib. III. cap. VII.

Cuanto Colon pidió le fué otorgado. Sin embargo, las formalidades indispensables al estenderse la escritura entre Castilla y Aragon por el préstamo consabido, y las graves y muchas atenciones que acarreaba la nueva organizacion del antiguo reino de Granada, impidieron á SS. AA. rubricar la capitulacion[1] hasta el dia 17 de Abril de 1492 en Santa Fé. El 30 se despachó el título de los priviléjios de Colon, en el cual constaba, que seria grande almirante del Océano, virey, gobernador jeneral de las islas y tierra firme que descubriese, y que sus dignidades se trasmitirian perpetuamente en su familia. A estas recompensas eventuales añadió Isabel el 8 de Mayo un favor lleno de esquisita bondad, nombrando á su hijo mayor paje del príncipe de Asturias, con un sueldo de nueve mil y cuatrocientos maravedis. Tal y tan envidiada honra era patrimonio de las casas mas ilustres.

Para que fuera menos costoso el armamento se escojió el puerto de Palos y en razon á pesar sobre sus moradores una condena, que consistia en proveer grátis á la corona de dos carabelas armadas y tripuladas en el plazo de un año, se les conminó á que las pusieran á las órdenes de Cristóbal Colon en el término de diez dias. Se esceptuaron de gabelas las mercancias y abastos destinados á la espedicion, así como tambien se mandó sobreseer en las causas y sentencias de cuantas personas estuvieran en ese caso y partiesen en la flota.

El 12 de Mayo salió Colon para Córdoba, con el objeto de arreglar sus asuntos, y sin duda fué entónces cuando un sobrino de su mujer, llamado Diego de Arana, "distinguido caballero de aquella ciudad,"[2] determinó tomar parte con él en su espantoso viaje al traves de la *mar Tenebrosa*.

Pocos dias despues llegó Colon á Palos.

1. Redactada por el secretario Juan de Coloma.
2. Oviedo y Valdes. *Historia natural*, etc., lib. II. cap. XII.

IV.

El P. Marchena que recibió en su convento al pobre y desconocido estranjero, estrechó ahora entre sus brazos sobre su corazon, al amigo colmado de honores y lleno de esperanzas, que venia para pasar junto á él los primeros dias de una felicidad, cuya mayor parte le debia. De nuevo fué Colon huésped de la comunidad franciscana, y como mas adelante tendremos lugar de ver, el auxilio del guardian, no le fué entónces menos provechoso que en las precedentes ocasiones, que se habia albergado en la Rábida.

En la mañana del 23 de Mayo bajó del convento el P. Marchena[1] acompañado de Colon, y juntos pasaron á la parroquia de San Jorje de Palos, donde en medio de gran concurso de jente marinera, y ante los alcaldes Diego Rodriguez Prieto y Alvaro Alonso Cosio se dió lectura solemne, á peticion de Colon, por el escribano Francisco Hernandez, á la carta de SS. AA., que ordenaba se le entregasen dos carabelas pertrechadas y tripuladas.

No obstante que Palos debia poner á su costa los marineros, á causa de una multa de diez mil maravedis, que adeudaba á los reyes, se dignaron los soberanos concederles igual paga que en los buques de guerra, y abonarles cuatro meses adelantados. Ademas, si á la vuelta del viaje, presentaban un certificado de

1. *Provision rejistrada en el sello de corte en Simancas*, Docum. diplom., núm. VII.

buena conducta, firmado por su jefe, quedarian absueltos del resto de la condena. Respondieron las autoridades, que seria obedecido el mandato con la sumision debida á las órdenes de los reyes, y luego de darse testimonio por el notario con el procurador Fernando del Salto y dos testigos, á saber: el alcalde Lorenzo de Escarrana y Garcia Fernandez Carnero, se hizo la misma publicacion en Moguer.[1]

Mas cuando se divulgó la noticia, de que se trataba de navegar con rumbo á occidente, y penetrar en la *mar Tenebrosa*, se llenaron de espanto y consternacion los habitantes; pues este solo nombre helaba la sangre en el corazon de los mas intrépidos.

Hoy, desde la cumbre del saber, nos causará estrañeza semejante terror; pero, en aquel tiempo era natural y casi lójico, porque se apoyaba en la razon. El telescopio no habia medido aun el espacio, ni enumerado las miriadas de soles de la via láctea, ni tomado la proyeccion de los picos de la Luna, ni contado los satélites de Júpiter y Urano, ni descompuesto el triple anillo de Saturno, ni pesado las diversas masas, ni calculado los diferentes rumbos de los mundos, que gravitan en torno de nuestro Sol, y la composicion, el peso y el volúmen de la tierra ni estaban establecidos, ni su forma determinada. Unos opinaban que era plana, larga y que se prolongaba de un modo indefinido por el inconmensurable Océano, otros que era cuadrada, y que hielos y mar sin límites la rodeaban; se negaba terminantemente la existencia de los antípodas, y se admitian "zonas inhabitadas." A consecuencia de los errores de la náutica, las lecciones de los jeógrafos se manifestaban tan oscuras y contradictorias como el caos. No debe pues causar estrañeza que tal confusion se reflejara en las intelijencias. Como en la mente lo desconocido se dá la mano con lo tenebroso, y lo tene-

1. *Real Sobre-Carta*. Suplem. prim. á la colec. diplom., núm. VIII.

broso es formidable para toda criatura mortal, discurrian que Caos y Erebo se guarecian en el fondo de aquella mar, que los cosmógrafos designaban con el nombre de *Tenebrosa*, porque segun el jeógrafo de Nubia, el sherif Edrysi y los navegantes árabes, al aproximarse á estos sitios, se encontraba "poca claridad en la atmósfera, y grandes corrientes de aguas oscuras." En la *mar Tenebrosa* se estrellaban los torrentes pelásjicos, y se arremolinaban los hervideros en que retozaban Behemoth y Leviatan, rodeados de falanjes de monstruos inferiores.

Todas las obras de jeografia acreditaban la mala denominacion de *Tenebrosa*, pues sobre los mapas se veian dibujadas al rededor de tan pavorosa palabra, figuras horribles, para las que los cíclopes, lestrigones, grifos é hipocentauros fueran de agradable aspecto. Los árabes, como por el Koran les está prohibido reproducir imájenes de animales, se limitaban á caracterizar el sitio con un signo que, si bien por lo pronto no atemorizaba, no por eso dejaba de hacer su efecto. Consistia este en una mano negra y crispada; la mano de Satanas saliendo de los abismos, y dispuesta á sumerjir en ellos á los temerarios navegantes, que osaran surcar con sus bajeles el *Bahr-al-Talmet*.

No paraban aquí los peligros á que se esponian los esploradores; porque jigantescos enemigos podian á cada paso desplomarse de los aires sobre ellos. En aquellas latitudes se cernia con sus fabulosas alas, el pájaro rok, que tenia por hábito cojer con su pico descomunal no á hombres ó barquillas, sino á buques tripulados, y elevarse con ellos á la rejion de las nubes, para una vez allí divertirse en destrozarlos con sus garras, é irlos dejando caer en pedazos en las negras ondas de la *mar Tenebrosa*. Ciertos pasajes de autores muy graves dan fé, de que á la sazon participaban ellos mismos de las creencias del vulgo, tanto que en aquel año hablaba el jurisconsulto Rojas en el prefácio de un libro

prohibido del pájaro rok, y mas de un siglo despues del descubrimiento de América, el virey de Méjico, duque de Arion, creia que en la parte desconocida del nuevo mundo anidaban águilas con dos cabezas.[1]

¡Cómo es posible que el pueblo y los marineros hubieran escapado al error jeneral! Ir á la *mar Tenebrosa* era ni mas ni menos que esponerse á ser consumido por los rayos del Sol, engolfarse en las tinieblas del caos, abrirse un ancho sepulcro en las simas del negro Océano. Y los intrépidos marinos que habian frecuentado el puerto de Lisboa ó las Canarias y Azores; aunque despreciaban algo estos temores, no por eso estaban menos convencidos de la imposibilidad de penetrar por la *mar Tenebrosa,* el Bahr-al-Talmet de los árabes.

Iba deslizándose el tiempo y no obstante la real órden y la protesta de obediencia de parte de las autoridades, no se habia aprestado ninguna carabela. El muelle permanecia desierto, y todos los navieros procuraban esconder sus buques en los ancones apartados, ó los enviaban á otros puertos para escapar del embargo. Informada la reyna del caso, (20 de Junio) despachó á Palos á un guardia llamado Juan de Peñasola; hombre dotado de enerjia, con poderes para imponer una multa de doscientos maravedis por cada dia de tardanza á los que rehusaran obedecer su mandato, y al mismo tiempo para tomar en las costas de Andalucia los bajeles y pilotos que le parecieran adecuados al nuevo servicio.

¡Cuán grande no fué el desconsuelo para propietarios y marineros! A las súplicas seguian los ruegos y las promesas, y á las promesas y ruegos los altercados y disputas sin que medrara el armamento, hasta que Peñasola mandó apresar la *Pinta,* carabela muy velera, y de la propiedad de dos vecinos del pueblo, Gomez Rascon y Cristóbal Quintero. Tuviéronse estos por perdi-

1. Solorzano y Pereyra. *Política indiana,* lib. I. cap. VI. § 31. Anotaciones de don Francisco Ramiro de Valenzuela relator del Supremo Consejo de Indias.

dos, porque la *Pinta* constituia su sola riqueza, y maldecian la venida del hablador é intrigante jenoves que, sorprendiendo la sabiduria de los reyes, habia hecho dar la órden para navegacion tan desastrosa.

Los calafates y carpinteros se finjian enfermos, ó se ocultaban, para no verse obligados á trabajar en la carena de la carabela, y ni se encontraban maderas, ni estopa, ni alquitran, ni jarcia. La apremiante comision dada á Juan de Peñasola no producia mejor fruto que los razonamientos de Colon, y ya una sorda exasperacion ajitaba los espíritus. Hacian falta tres buques y no habia sino uno.

En estas críticas circunstancias el celoso P. Marchena vino en socorro de su amigo y de la poblacion estraviada. Como el fraile franciscano es querido por instinto por el pueblo, porque visiblemente lo ama, porque su familiaridad y modestia lo atrae, y porque su pobreza, su modo de vivir y la humildad de su vestido lo identifican con él, y ademas, como Fr. Juan Perez gozaba de gran crédito entre la jente marinera, consiguió su fin. Se mezclaba con los remisos, se reia de su miedo, tranquilizaba sus familias, y pasaba á los pueblos limítrofes para ir haciendo el enrolamiento á fuerza de palabras y demostraciones. El piadoso franciscano se prometia con esta espedicion, el aumento del reino de Jesu-Cristo, mucha gloria para la Iglesia, que habia sido la primera en alentar la empresa, y un inmenso beneficio para la civilizacion.[1] Estaba lleno de los mismos pensamientos que la reyna, cuando dijo refiriéndose á Colon, que, "iba á algunas partes de la mar Océana sobre cosas muy cumplideras al servicio de Dios y suyo."[2] Al par que lo impedia á su huésped, apoyaba al-

1. "Disponiendo los ánimos de los marineros, y los demás á emprender la jornada, de que siempre se prometió felicísimos sucesos." Fr. Pedro Simon. *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme*, not. 3. cap. XIV.
2. Suplemento primero á la coleccion diplomática, núm. VII.

gun tanto, y sin poderse dar cuenta de ello sus mismas ideas, católicamente tomaba una parte activa en su obra, se honraba en servir á su apostolado y contribuir de esta manera á realizar el anhelo del bienaventurado fundador de su órden, que consistia en haber predicado á Jesu-Cristo, su cruz y su pobreza por el mundo todo. El P. Marchena trabajaba con el alma y el corazon para reanimar á los cobardes y decidir á los irresolutos, preparándolos con la persuasion y la autoridad de su ciencia. Ya solo, ú acompañado de su amigo, se le veia en todas partes; pero de seguro, que donde se hallara á Colon estaba el guardian de Santa Maria. Fué tal su actividad, é hizo tan honda impresion en el pais, que veinte años mas tarde los que lo conocieron, conservaban la memoria de su celo, y aun despues que su nombre se olvidó, recordaban al mencionar la partida de Colon, que un franciscano lo acompañaba, lo asistia y lo auxiliaba por do quiera.[1]

A pesar de estos afanes de Fr. Juan Perez, el miedo, la rutina, ó un cuento desatinado daban en tierra en una sola noche con los buenos resultados, obtenidos en una semana de sermones náuticos. Por el litoral de la costa de Andalucia no se hablaba de otra cosa que de la espedicion, y como los marineros tenian por una quimera lo de descubrir tierras en la *mar Tenebrosa*, ningun piloto queria embarcarse.[2] Entónces tomó una resolucion definitiva el P. Marchena.

1. *Pleito.*—Probanzas del almirante. Pregunta primera.—"Andando negociando de ir á descubrir las Indias con fraile de S. Francisco, que andaba con el dicho Almirante."—Suplem. prim. á la colec. diplom.
2. Deposicion de Juan Rodriguez de Mafra.—"Y no quiso ir por tener el descubrimiento por cosa vana como todos." *Pleito.* Pregunta 15. Suplem. primer. á la colec. diplom. t. III. p. 570.

V.

Vivia en aquel tiempo en Palos una familia rica y considerada, cuya casa, que no ha mucho existia, parece haber sido la mas hermosa de toda la ciudad. Pertenecia á los tres hermanos Pinzon, espertos marinos. El P. Marchena presentó á Colon al mayor, llamado Martin Alonso, hombre teórico y práctico á las cosas de la mar, y á quien la idea de un viaje á traves de la *Tenebrosa*, no causó la misma impresion que á los demas navegantes de la costa. Hacia poco tiempo que acababa de llegar de Roma, á donde sus negocios lo habian llevado varias veces, y traia de esta última escursion algunas nociones, que naturalmente lo preparaban á las miras elevadas de Colon.

Martin Alonso contaba entre sus amigos á uno de los bibliotecarios del papa Inocencio VIII, que se decia ser hombre muy versado en jeografia, el cual le mostró un mapamundi en el que á occidente se indicaba en la mar Océana, una tierra sin nombre. De modo que, así como el guardian de la Rábida tuvo el presentimiento de las rejiones ignoradas, el jeógrafo de la biblioteca pontificia se elevó tal vez á los mismos pensamientos. Tampoco podian ignorarse absolutamente en Roma los planes de Colon, puesto que Toscanelli, cuando estaba en correspondencia con él, frecuentaba la capital del mundo cristiano, y le escribió en ella su segunda carta. [1]

1. Esta carta sin fecha se escribió en Roma como lo prueban estas palabras:... "é vera informazione di uomini illustri é di gran sapere, che son venuti di detti luoghi in questa corte di Roma, etc."—*Lettere di Paolo Toscanelli,* físico florentino.—Bossi. Appendice, núm. 1.

No nos parece creible que el sabio florentino, que vivia allí para estender sus conocimientos cosmográficos, interrogando á los viajeros que llegaban de paises lejanos, tuviera guardado el secreto del atrevido proyecto de descubrir el estremo de Asia por el camino de occidente.

No dudamos en manera alguna de este mapamundi con la indicacion de una tierra por descubrir. Semejante indicacion podia existir por efecto de esa misteriosa iniciativa que toma la Iglesia romana en las grandes cosas, ó como consecuencia y testimonio de la precedente comunicacion de las ideas de Colon, sometidas directamente por él al soberano pontífice.

No podia ser indiferente el príncipe de los apóstoles á un plan, que daria tan grandes resultados, y ya hacia muchos años que la santa sede conocia el pensamiento de Colon, que interesaba tanto mas al padre de los fieles, cuanto que habia sido inspirado á uno de sus compatriotas. No hay duda de que se trataria de él en diversas épocas, bien por el ex-nuncio Antonio Geraldini, bien por el embajador español Estrada, bien por letras misivas del conde de Tendilla, antiguo enviado de Castilla, y mas que todo por el nuncio apostólico, monseñor Bartolomé Scandiano; porque las relaciones posteriores de Colon con la corte romana manifiestan que primero debió comunicar su resolucion al jefe de la Iglesia, para pedirle su bendicion sobre el objeto de sus trabajos. Esto lo prueba una tradicion constante de Roma,[1] y lo patentiza un hecho reciente.[2]

El jóven Arias Perez Pinzon, que acompañaba á su padre en este viaje, presenció las discusiones habi-

1. La familia del ilustre papa Inocencio VIII, penetrada del interes que se tomaba en el proyecto de Colon, mandó grabar en su sepulcro palabras que recuerdan su íntima participacion en el descubrimiento, que no tuvo el placer de conocer en vida. Bonnanus. *Numismata pontificum romanorum*, t. I. fól. 110 et sequ.
2. Breve de S. S. fechado en Roma el 10 de Diciembre de 1851.

das con el bibliotecario, y vió á este sabio dar á su padre una copia de la carta referida; copia que trajo á España en gran estima, y con la intencion tal vez de emprender algun dia el descubrimiento. Un habitante de Huelva, llamado Antonio Hernandez Colmenero, familiar de la casa de Pinzon, oyó leer en Roma la relacion del mapa, y tenian noticia de él los primos y los ámigos de Martin Alonso, entre los cuales se contaban el piloto Juan de Ungria, Luis del Valle y Martin Nuñez.[1]

De cualquier modo que fuera, no bien Martin Alonso y Cristóbal Colon trabaron conocimiento, desaparecieron todas las dificultades.[2]

Pronto corrió la voz de que agradaba el proyecto al mayor de los tres Pinzones, añadiendo que se proponia aventurarse en la *Niña*, preciosa carabela que pertenecia á Vicente Yañez, el menor de los hermanos, que estaba destinado á colocarse entre las grandes celebridades marítimas. No era falsa la noticia, pues los Pinzones habian firmado un convenio con el amigo del P. Marchena, y su ejemplo secundó tan maravillosamente

1. Pleito. *Probanzas del fiscal.* Pregunta XI y XII.
2. La escuela protestante se vé en grave aprieto al tratar de la influencia de Roma, tan decisiva para la espedicion. Washington Irving, no sabiendo que objetar á los hechos, los ha callado; pero el ilustre Humboldt, no queriendo retroceder ante su lójica, y en la mas completa ignorancia de la piedad y dignidad católica, sin respetar su nombre, y con una lijereza que no podria censurar bastante la justicia literaria, se atreve á suponer una connivencia entre el mayor de los Pinzones y Colon, y de consiguiente con el guardian de la Rábida, que no se separaba un instante de su amigo, para engañar al pueblo, y captarse su confianza, por medio de la fábula de un mapa traido de Roma. El silencio de la sorpresa y del pesar es la única respuesta, que debe darse á esplicacion tan miserable.

Aparte de la imposibilidad de semejante acuerdo con hombres del temple de Juan Perez y de Cristóbal Colon, no está demas traer á la memoria, que mucho despues de la muerte de los tres pretendidos cómplices, la informacion del fiscal contra el heredero del almirante de las Indias hizo aparecer las pruebas olvidadas del viaje á Roma, y de la comunicacion que recibió allí Martin Alonso Pinzon. La informacion recojió las declaraciones de los testigos *de vista*.

las predicaciones de este, que la mayor parte de los marinos comenzaron á tranquilizarse.

Los Pinzones gozaban de gran crédito en Palos. El señor Martin Alonso comerciaba en aparejos y provisiones para los buques; era el primer abastecedor de la marina que habia en el puerto; y su riqueza, sus conocimientos y la antigüedad de su familia le ponian á la cabeza de los notables de la villa.

Desde aquel momento, sin que Juan de Peñasola tuviera que enconarse con nadie, Palos ofreció como segunda carabela una especie de carraca, envejecida en el mar, y llamada la *Gallega*, grande comparativamente, gorda y pesada; pero en estremo sólida. Aunque impropia al servicio á que se la iba á destinar, ni Colon ni el P. Marchena, su consejero, se atrevieron á rechazarla, por miedo de demorar mas todavia la partida, y de consiguiente la admitieron, disponiéndose acto contínuo á prepararla. Colon la escojió para capitana, y la cambió el nombre con el de *Santa Maria*, colocándola al bautizarla bajo la proteccion especial de la santísima vírjen.

En medio de los preparativos del armamento, proseguia Cristóbal observando la vida de un verdadero discípulo de la Orden Seráfica; no salia del convento sino por necesidad, se ocupaba del cuidado de su alma, y perseverando en el camino de la perfeccion cristiana, fué sin duda entónces cuando se unió como miembro á la regla y al instituto de san Francisco. Pasaba los dias en la oracion y contemplacion de los misterios, se esforzaba en hacerse mas y mas digno de la bondad de Dios, que lo habia elejido para ejecutar una obra sin igual entre los hombres, y ni las dilaciones, ni el pavor, ni la malquerencia de las jentes del pueblo lo afectaban; á pesar de que eran tan graves obstáculos para su marcha, que la sola autoridad de los monarcas no bastaba para dominarlos.

La historia ha consignado el jeneroso impulso del

guardian de la Rábida, tranquilizando y dando estímulo á los apocados; mas en ninguna parte se vé á Colon. Aquel que tanta actividad desplegó en sus viajes posteriores, atendiendo hasta á sus mas insignificantes detalles, esta vez parecia no preocuparse nada de los preparativos de su empresa.

Comprendiendo, que como estranjero era en vano hacer uso de su elocuencia, que no se tenia fé en él, que estaba imposibilitado de organizar á su satisfaccion su estado mayor y la maestranza, lo mismo que de enrolar su marineria, y que no podia por menos que admitir aquello que los apremios y los escasos recursos de Palos pusieran á su disposicion, aceptaba con la mas completa abnegacion cuanto le deparaba la divina providencia. Su principio era no tentar á Dios, no violentar las circunstancias, sino sufrirlas con resignacion, y utilizar todo lo que se encontrara en el dominio del hombre. Sentia una confianza en su corazon, que le daba fuerzas para soportar las contrariedades, para no preocuparse de nada esterior, y permanecer tranquilo en su caro claustro, cuna de su destino, y en el que halló un amigo incomparable, el mas leal y verdadero que tuvo jamas. Convencido de que su mision se cumpliria, no abandonaba sus ejercicios espirituales, limitándose tan solo á echar de vez en cuando su intelijente mirada sobre los trabajos del armamento, que los Pinzones vijilaban con tanta mas asiduidad, cuanto que estaban interesados en el éxito de la espedicion; pues los tres hermanos, y en particular el menor, á ruego de Fr. Juan Perez, habian anticipado á Colon la octava parte del gasto total que debia satisfacer.[1]

En una de sus apariciones entre los calafates descubrió Colon un espediente, inventado por Rascon y Quintero, para libertarse de aquel viaje, que los espantaba. Consistia este en que habian dispuesto de tal

1. Herrera. *Historia jeneral*, etc., decada I. lib. I. cap. IX.

modo el timon de la *Pinta*, que las piezas, al parecer perfectamente encajadas, se desunirian al primer golpe de agua. Quiso obligarlos á que de nuevo comenzaran su trabajo; pero se escaparon todos los carpinteros. Entónces el infatigable fraile prestó mas servicios al mundo, logrando tornasen los operarios á la tarea, alentándolos con saludables exhortaciones, y gracias á él, mejor que á los Pinzones y á Peñasola, que se mantenia en el puerto para apresurar el armamento, pudo llegar la flota á ponerse en disposicion de salir á la mar.

VI.

Ningun historiador ha detallado hasta hoy los aprestos de este viaje, ni fijado la naturaleza de sus medios de ejecucion, sino que limitándose á vanas conjeturas, y creyendo hacer mas interesante la empresa, pretenden que se llevó á cabo en tres grandes barcas, de las cuales una sola tenia cubierta. La mayor parte de los escritores nos presentan á Colon ardiendo en deseos de partir, y arrojándose al moviente elemento en embarcaciones que Robertson compara con las "mayores chalupas;" que Washington Irving llama, "barcas lijeras," Lamartine "tres lanchas," y Aquiles Juvinal "esquifes costaneros," todos ruines bajeles, que habria sumerjido en los abismos la primera tormenta. Creer tal imprudencia en Colon, es desconocer la sabiduria del hombre, que suscitó el señor para semejante obra.

Si Colon nada fiaba en la casualidad, y previsor pe-

dia tres buques al menos para salir; prevision que justificaron los acontecimientos, pues de no haber sido así jamas hubiera conocido la Europa su descubrimiento, ¿cómo es posible que se lanzara temerario á merced del Océano, en tres barcas, siendo tan terribles los peligros á que tendria que hacer frente, sin contar con los errores de la imprevision?

Debemos establecer escrupulosamente, despues de un vacio de trescientos sesenta y tres años, los pormenores de las disposiciones materiales de la espedicion mas importante de la humanidad.

Lo que Colon habia pedido terminantemente eran tres carabelas, y en verdad, que buques de mas calado fueran peligrosos. Varios sabios han discutido con estension acerca de la etimolojia griega segun unos, y árabe ó italiana segun otros de la palabra *carabela*, y sostenido su poca cabida. Pero nosotros emitiremos sin temor una opinion contraria á la que jeneralmente se ha seguido, acerca de la reducida plantilla de las carabelas, porque los hechos son de una lójica mas concluyente que las etimolojias y las definiciones de los eruditos. Decimos pues que las carabelas no eran tan pequeñas como se supone, porque su mismo destino implicaba dimensiones proporcionadas á él. Ocupaban el lugar de nuestros bergantines y gabarras, servian para el transporte de soldados, municiones y artilleria, y para combatir en la mar. Carabelas fueron las que el infante don Enrique mandó á los descubrimientos en el Océano y en la costa del África occidental; carabela la que envió el rey don Juan II, cuando quiso hacer en perjuicio de Colon la espedicion clandestina, y carabelas las que en aquellos mismos momentos disponia el Portugal, sabedor de los proyectos de Castilla, para oponerse á ellos con la fuerza. De consiguiente, no serian las carabelas de tan poca importancia. Las que se habian armado en Palos eran suficientes para su objeto, como lo justifica una circunstancia de aquella navegacion. El mas chico

de los tres buques, la carabela *Niña*, cuyo solo nombre demuestra su pequeñez, y que iba provista no mas que de velas latinas como las barcas pescadoras, se vió, á consecuencia de un siniestro, en la necesidad de recibir á su bordo cincuenta y seis individuos, con sus equipajes, multitud de muestras de diversos productos, una sobrecarga de artilleria, y parte de los aparejos y jarcia de la *Santa Maria*, sin que por eso sumerjiera notablemente su línea de flotacion. El mismo Colon dijo, que podia llevar todavia cien personas mas.[1]

Aunque no tenian corrida la cubierta las carabelas, como la popa y la proa eran muy levantadas, soportaban sólidos castillos, que servian para los combates, y las igualaban á los bajeles de alto bordo.[2] Las medianas contaban cuatro palos y seis anclas; el primero á proa con vela cuadrada, superada de un trinquete de gávia, y los demas con velámen latino. En las grandes, el aparejo del palo mayor y trinquete estaba hecho para velas cuadradas, y por medio de otros dos con latina se obtenia toda clase de evoluciones, andando con buen tiempo sobre dos leguas y media por hora.[3]

La *Santa Maria* con cubierta de popa á proa llevaba dos palos con vela cuadrada, y dos con latina, y sobre la cuadrada del mayor dos arrastraderas. Sabemos que durante el viaje se emplearon en el palo de mesana, la cebadera y el treo, lo que implicaba masteleros y obenques, y un sistema de aparejo muy complicado. Podremos señalar tambien sus dimensiones aproximadamente. Su lancha media treinta pies de largo, y segun lo establecido entónces en la construccion naval, la relacion de la chalupa con la carabela dá

1. Colon á bordo de la *Niña* amenazó al gobernador portugues Castañeda con quitarle un ciento de los suyos, y llevarlos á Castilla. *Diario*, Mártes 19 de Febrero de 1493.

2. "De alto bordo entre naos, galeones, et caravellas." Fernam Mendez Pinto. *Peregrinaciones*, cap. XII.

3. A. Jal. *Arqueolojia naval*, t. II. p. 237.

para esta una lonjitud de noventa pies de quilla, y veintiseis sobre el puente, que es poco mas ó menos la de los bergantines de guerra de doce á veinte cañones. Luego tenia á popa un doble puente, y á proa un pequeño castillo: este, armado de bombardas, aquel, de cañones de laton, y á proa pedreros y espingardas. Añádase á lo dicho que pendian ocho anclas de la proa y los costados de la pesada nave.

Lejos de parecerle muy pequeña la *Santa Maria* Colon la encontró muy grande; pero como los de Palos no habian querido dar otra, le fué menester contentarse con ella. Era buque de guerra de buena apariencia, y bastante sólido aunque viejo, pesado, de poca marcha, y nada á propósito para el oficio á que se destinaba.[1]

La *Pinta* con vela cuadrada, y la *Niña* con latina, tenian castillos á proa y á popa; pero el espacio que mediaba entre uno y otro no estaba cubierto, sino que simplemente se les habia levantado las bordas del ancho de un tablon. Estos dos bajeles provistos de artilleria, llevaban cañones fundidos á popa, y espingardas á proa. Los víveres consistian en carne ahumada, tocino salado, galleta, arroz, chícharos y habas para un año. [2] Ningun almirante se aventuraria en estos tiempos á una esploracion lejana en semejantes buques; pero como salvo la *Santa Maria*, los otros dos eran de buenas cualidades para acercarse á las costas, y que las provisiones y tripulantes bastaban, Colon los encontró como dijo: "Muy á propósito para tal espedicion" y pasó la revista del personal.

Se embarcaron segun su órden en la capitana Diego de Arana, gran alguacil de la flota, sobrino de Colon por su mujer; Pedro Gutierrez, guarda muebles, agregado

1. "Nao que era muy pesada y no para el oficio de descubrir." Las Casas. *Estracto del diario de Colon*, Miércoles 26 de Diciembre.
2. Los tres buques iban provistos de bombas de madera para apurar el agua.

á la contaduria de la corona; Rodrigo Sanchez de Segovia, vehedor; Rodrigo de Escobedo, escribano, y el bachiller Bernardino de Tapia, cronista de la espedicion.

Despues venian en calidad de oficiales de mar Pero Alonso Niño, verdadero lobo marino; Bartolomé Roldan,[1] marinero especulador, mas comerciante que soldado; Fernando Perez Mateos, hombre inquieto y envidioso; Sancho Ruiz, esclavo de la ordenanza; Ruy Fernandez, buen oficial; Juan de la Cosa, apellidado el Vizcaino, diestro en teoria, é hidrógrafo por instinto. Seguian el intérprete, judio convertido, bautizado con el nombre de Luis de Torres, y que conocia el latin, el griego, el hebreo, el árabe, el copto y el armenio, y despues el metalúrjico oficial Castillo, platero de Sevilla.

El servicio de sanidad se componia de un tal señor Alonso, médico de no gran fama, y del señor Juan, [2] buen cirujano, que trataba con mucho agrado á los enfermos. Un hombre intrépido y modesto, el honrado Diego Mendez con Francisco Jimenez Roldan y Diego Salcedo, agregados al servicio personal de Colon, en calidad de escuderos, tomaron sitio en compañia de dos de sus amigos, ansiosos de lo desconocido, cerca de la cámara que ocupaba en el castillo de popa el comandante.

Ademas de Jácomo, maestre, y del contramaestre, que eran jenoveses, iban á bordo un carpintero, un calafate, un armero, un tonelero, y marineros, y mozos de cámara en número de cuarenta, entre los cuales habia un ingles (Tallarte de Lajes), un irlandes (William Ires), dos portugueses y el mallorquin Sebastian, á los que añadiendo un criado y los cocineros, dá un total de

1. Despues de haber dejado el servicio se hizo en pocos años el mas rico propietario de Santo Domingo, construyendo casas para venderlas. Herrera. *Historia jeneral*, etc., decada I. lib. V. cap. IV.

2. Oviedo lo llama: "Hombre honrado y buen cirujano." Traduccion de Juan Pouleur, ayuda de cámara de Francisco I°, lib. II. cap. XII.

sesenta y seis personas. ¡Cosa notable! ninguno de los tripulantes de la *Santa Maria* era de Palos, sino de Sevilla en su mayor parte, ó del resto de la provincia de Huelva. Pero en desquite en la *Pinta* oficiales y marineros eran todos de Palos, parientes ó vecinos de los Pinzones, y hasta el admirador de Colon, el médico Garcia Hernandez, se embarcó bajo las órdenes de su antiguo amigo el señor Martin Alonso.

El mayor de los Pinzones mandaba la velera *Pinta*, y tenia por segundos á su hermano Francisco Martin Pinzon, á su primo Juan de Ungria, y á Cristóbal Garcia Jimeno; como médico, á Garcia Hernandez, de Palos, el amigo del guardian de la Rábida, y en calidad de maestre de víveres á otro Garcia Hernandez, natural de Huelva, equivocado constantemente por los historiadores con el precedente; como auxiliares á un tal Garcia Vallejo, pariente suyo, á Garcia Alonso y á Garcia Diego y á los maestre y contramaestre Gomez Rascon y Cristóbal Quintero, propietarios del buque.

Acompañaba á este último su pariente Juan Quintero conocido por *el ricacho*, y por último venian Diego Fernandez Colmenero, Diego Bermudez, Bartolomé Colin y otros deudos ó amigos de la casa de Pinzon. Esceptuando á Juan Rodriguez Bermejo, natural de Molinos, el resto de la tripulacion era de Palos ó de Moguer, pueblos que con frecuencia se confunden por su vecindad. El total ascendia, inclusos los pilotos, á treinta hombres.

La coqueta y velera *Niña*, bajo las órdenes de Vicente Yañez, y con veinticuatro de dotacion, llevaba el resto de los allegados y deudos de Pinzon.

No hay duda que Colon, al terminar la revista, dirijiera á las tripulaciones una arenga, y que, cediendo al impulso de su corazon, les hablara de aquel, en cuyas manos habian de entregar su alma. Cualquiera que fuese la resolucion de su jente con la proximidad de la partida, se apoderó de ella el temor, y la inminencia del

peligro hizo volver todos los corazones hácia el padre de las misericordias, procurando reconciliarse con él, y confesar sus culpas. Despues fueron procesionalmente al convento de la Rábida con su caudillo á la cabeza, para implorar la proteccion divina, y ponerse bajo el especial amparo de la santísima vírjen. Oyeron misa, y despues de recibir la comunion de manos del P. Juan Perez,[1] tornaron á las carabelas en el mismo órden que habian venido.

Patética y tierna debió ser aquella ceremonia, pues todos los habitantes de Palos participaban del mismo sentimiento de los marineros. ¡Cuántas lágrimas no regarian la capilla de la vírjen!

Con el fin de aprovechar el primer viento del Este, todos quedaron consignados á bordo, y ningun oficial tuvo permiso de dormir en tierra. Se izó el pabellon de partenza, y Colon dispuso se le previniera en el acto la presencia del viento deseado. Luego de despedirse de su hijo Diego, que le devolvia su jeneroso maestro, y de confiarlo para que lo condujera á Córdoba al lado de su mujer doña Beatriz, al P. Martin Sanchez y á Rodrigo Cabezudo, venidos de Moguer para abrazarlo, se encerró de nuevo en su celda de la Rábida [2] sin comunicarse á lo que parece mas que con el venerable guardian.

Ni el temor, ni la idea del peligro le preocupaban; no se cuidaba de los hombres; pero se doblegaba bajo el peso del mandato inmenso: iba á descubrir secretos formidables, tal vez velados á los ojos de los hombres desde la creacion del mundo, y pasaba las horas en consultar á Dios, en oirle y en purificar su corazon, para hacerlo digno de ser templo del Espíritu Santo. Su

1. Robertson. *Historia de América,* t. I. lib. II. p. 108.
2. "Y despues se fué Colon al mesmo monasterio, y estuvo con el fraile comunicando su viaje, y ordenando su alma y vida, y apercibiéndose primeramente con Dios." Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral,* etc., lib. II. cap. V. fól. 6.

conocimiento de las Santas Escrituras, dilataba su entendimiento: se sentia destinado á la mision mas grande que recibió ningun mortal, pues iba á dar cima á un apostolado inaudito, llevando la cruz al traves de la *mar Tenebrosa* á rejiones ignoradas, y poniendo á los descendientes de Sem en relacion con sus hermanos de la familia de Jafet, perdidos de tanto hacia. Sepultado en el pacífico monasterio, donde tantos y tan inesperados consuelos recibiera, se abrian mas anchos horizontes á su candorosa fé ante el supremo hacedor, y ni su sabiduria, ni su ciencia impedian la espansion de su piedad y devocion. Meditando sobre su libro favorito, el Evanjelio de san Juan, se elevaba como el águila de Patmos hasta aquel, por quien todo ha sido hecho, y su alma tierna y amorosa pasaba en la contemplacion y el rezo todas las horas que no le ocupaban los oficios del coro, porque seguia con el mayor escrúpulo la regla de S. Francisco. Así se preparaba el hombre grande para el gran viaje.

VII.

Serian las tres de la madrugada del 3 de Agosto, cuando Colon despertó al dulce murmullo de los árboles mecidos por la brisa de tierra, y su oido sutil de marinero conoció en seguida el viento deseado.

Era Viérnes. Este dia de mal agüero entre las jentes de mar, pareció por el contrario á tan fervoroso cristiano un dia providencialmente destinado, porque re-

cordaba el de la redencion del mundo, el de la conquista del santo sepulcro por Godofredo de Bouillon, y el de la rendicion de Granada, paladion de la morisma en occidente.

Llamó Colon á la puerta de la celda del P. Marchena; y pocos momentos despues las guardias de las carabelas pudieron ver brillar los cristales de la iglesia con las luces de los altares. Mientras la comunidad se entregaba á las dulzuras del sueño, entró solo el peregrino, y con paso recatado en la capilla de nuestra señora, en cuya ara ofrecia Fr. Juan Perez el santo sacrificio de la misa, con intencion única sin duda alguna desde la institucion de la Eucaristia, y en el momento de consumir, se acercó á los pies del sacerdote para recibir el pan de los ánjeles.[1] Concluida la accion de gracias salió acompañado de su inseparable amigo.

En las emociones santas el recojimiento es una necesidad, y el silencio un consuelo: la palabra turbaria esa paz del alma, que ella no puede dar, y así es probable que absortos en sus meditaciones descendieran la cuesta semisalvaje que conduce á Palos. Apenas asomaba la aurora por el horizonte, y la brisa de la mañana impregnada de aromas esparcia por la floresta los últimos perfumes de la tierra europea, que debia respirar el pecho de Colon, cuando rebosando felicidad y confianza llegó al sitio donde lo esperaba la lancha de la *Santa Maria*.

La voz de mando de los oficiales y el pito de los contramaestres despertaron á los vecinos de las casas inmediatas; abriéronse todas las ventanas y el grito *Se van! Se van!* resonó de uno á otro estremo de la poblacion. Momento fué aquel de angustia y de dolor incomparables! Las madres, las esposas, los hijos corrian á la playa, regando el camino con sus lágrimas, y los parien-

1. "Recibió el santisimo sacramento de la Eucaristia el dia mesmo que entró en la mar." Oviedo y Valdes. *Historia jeneral y natural*, etc., lib. II. cap. V. fól. 6.

tes y los amigos se arrojaban á los botes, para acercarse á las carabelas, y hacer una señal de despedida á los que no se prometian ver jamas en esta vida. Colon dió un estrecho abrazo al franciscano, que lloraba conmovido, y un instante despues lo recibian en la capitana con los honores prescritos para los almirantes de Castilla. Subió á la cubierta, y de un golpe de vista examinó las disposiciones tomadas, mandó apartar los barquichuelos que estaban en torno de los buques, izar los botes, levar las anclas y cambiar la bandera de partida de la *Santa Maria* con la de la espedicion, fiel emblema de los sentimientos de Cristóbal, de Isabel y del verdadero fin de la empresa. Aquel pabellon era ciertamente el estandarte de la cruz, pues llevaba la imájen de Jesus crucificado,[1] mientras que en la *Pinta* y la *Niña* tremolaba solo el de la empresa, señalado con una cruz verde entre las iniciales de los reyes, superadas por una corona.

Entónces Colon, saludando á la multitud, que se apiñaba en la orilla, enviando con la mano el último adios á su amigo Fr. Juan Perez penetrado de su mision y dominando con su voz los murmullos que se levantaban en las tres embarcaciones, mandó dar las velas al viento *en nombre de Jesu-Cristo.*[2]

VIII.

Media hora despues, bañaba el sol el montecillo de la Rábida. Tres carabelas impelidas por el Este resba-

1. "Una bandiera nella quale era figurato il Nostro Signore Jesu-Cristo in croce." Guiov. Battista Ramussio. *Delle navigatione é viaggi racoltte,* vol. III. fól. 1º

2. "Y en nombre de Jesus, mandó desplegar las velas." Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral,* etc., lib. II. cap. V. fól. 6.

laban por la superficie del agua, en demanda de la torre de la Arenilla, y bien pronto las sinuosidades del Odiel las ocultaron á los tristes ojos de las jentes. Pero desde la azotea del convento estuvieron viéndose las naves por espacio de tres horas, hasta desaparecer en la linea azulada del horizonte.

No es posible que el P. Marchena, que fué el primero en España que amparó á Colon,* y que le dió el primer socorro y el primer apoyo, olvidára enviarle desde aquella altura su última despedida, llamando la bendicion del señor sobre una empresa á todas luces inspirada por él, como lo prueba el sello de prodijiosa y sobrenatural que llevó siempre.

* Al llegar á este punto no podemos menos de recordar una frase emitida por el distinguido escritor don Adolfo de Castro, en su *Historia de Cádiz y su provincia.* Dice así: "Al fin en la civilizacion cristiana por medio del P. Marchena halló acojida y decisivo apoyo *el representante de la civilizacion romana*, vaticinadora del descubrimiento del nuevo mundo: Cristóbal Colon, el nuevo Tifis anunciado."

El que en la civilizacion cristiana, por medio del humilde guardian de la Rábida, halló acojida y decisivo apoyo, no fué el representante de la civilizacion de la Roma pagana, del pueblo que echaba los cristianos á los leones, y cuya horrible persecucion á estos está todavia escrita por las derruidas paredes de las catacumbas, ni menos el piloto del Argos, sino el representante de la Roma cristiana, el sucesor de los apóstoles y de los profetas, vaticinadores del descubrimiento del nuevo mundo, el nuevo S. Cristóbal, el que, como aquel jigante cuyo nombre llevaba, habia de trasladar de una á otra ribera la flor de la raiz de Jesee, emblema de la redencion del jénero humano, símbolo de la verdadera civilizacion.

N. del T.

CAPITULO VII.

I.

Nunca se han detenido los historiadores en circunstanciar completamente los incidentes de esta navegacion, pues todos se limitan al estracto que nos dejó del *Diario* de Colon el célebre Las Casas, que lo tuvo á la vista. Por desgracia el P. Las Casas, aunque lleno de amor á la humanidad, careciendo de sentimientos poéticos y ajeno á los encantos de la contemplacion, á pretesto de alijerar su relato distrajo de él aquellas súbitas impresiones, descritas con tanta novedad, y cuyo interes seria hoy tan grande. El virtuoso anciano no hizo gracia ni á la lozania, ni al brillo de grandeza, que vivificaba el estilo del contemplador de la creacion, sin sospechar siquiera lo que sus abreviaciones vedaban á la posteridad, al trasmitirla no mas que la esencia de tan preciosa produccion; pero mutilada y muerta. Sin embargo; con el auxilio de la *Historia del almirante*, escrita por su hijo don Fernando, de la *Crónica de las Indias*, por Gonzalo Fernandez de Oviedo, del manuscrito del cura de los Palacios, de las *Decada oceánicas* de Pedro Mártir de Angleria, de la *Coleccion de viajes* de Ramusio, de la *Historia del nuevo mundo*, por Girolamo Benzoni, y apoyándose en los historiógrafos reales, Herrera y Muñoz, se logra reconstituir en su conjunto los detalles de tan asombroso viaje.

Despues de tres siglos y medio de esperiencia y de navegacion, no es posible avanzar en el Atlántico cien leguas mas allá de las Azores, sin que asombre la audacia del que primero penetró voluntariamente por aquellas latitudes. A pesar de la distancia á que nos encontramos de dias tan memorables ¡cómo no admirar todavía el arrojo y la fortaleza del que hizo frente á lo invisible, á lo desconocido y á lo formidable; luchó y venció de las preocupaciones de los pilotos, del débil pavor de los marineros y de las mas terribles eventualidades; dominó todas las situaciones; conjuró los fantasmas de la imajinacion, no menos peligrosos que los siniestros del mar; desafió á la ciencia de la época; arrostró los enemigos desconocidos, los monstruos marinos, cuanto existe en suma, en los vientos y en las aguas: las tempestades, los abismos, las corrientes, las trombas, las calmas, el hambre y la muerte del sediento! ¡Un hombre solo atreviéndose contra la voluntad de los hombres á entrar en liza con la inmensidad, y á sondar espacios terribles, que ninguna nave habia surcado, y de donde ningun mortal volvió, si alguna vez la casualidad ó la resolucion llevaron allí seres humanos!...

....

Vamos á referir prosáica; pero clara y sucintamente los detalles de una navegacion, cuya mas insignificante singladura eclipsa el lustre mitolójico de los argonáutas, y de cuantas espediciones marítimas hubo en la antigüedad; de una tentativa católica en el Océano para promulgar el Evanjelio en el resto de la gran familia humana, diseminada mas allá de los mares; de los reiterados prodijios del valor y del injenio inspirado por la fé y dominador de todos los obstáculos; de las maravillas sin ejemplo, que casi no son dignas de celebrar, ni la lira de la epopeya, ni el arpa de los mas sublimes acordes. Sigamos braza á braza, el surco de las naves del heraldo de la cruz, y las maniobras y las viradas de

viaje tan asombroso, apuntando los acaecimientos con la sencillez de un borrador de bitácora.

II.

El Viérnes 3 de Agosto de 1492, despues de haber mandado dar las velas al viento *en nombre de Jesu-Cristo,* entró Colon en su cámara, y tomando una pluma, encabezó su *Diario* escribiendo estas palabras: *In nomine Domini nostri Jesu-Christi.* Desde la introduccion espone el carácter especialmente cristiano de la espedicion; pero el deseo de penetrar el espacio, y el anhelo de evanjelizar los pueblos, cuya existencia sospechaba en lo desconocido, prueban con su conexion que el principal objeto de la empresa fué ante todo un gran acto de fé católica, dejándose ver en él la santa asociacion, que unia el pensamiento de Isabel á las dulces esperanzas del piadoso navegante. Hace constar en ella, que despues de terminar la guerra contra los moros, y de quedar enclavado en las torres de la Alhambra el estandarte de la cruz, fué cuando los católicos reyes lo enviaron hácia las Indias, para ver á sus príncipes y pueblos, y el modo de convertirlos á nuestra santa fé. Y concluye diciendo, que escribirá por la noche los acaecimientos del dia, y viceversa, que señalará en una carta las tierras y las aguas del grande Océano, y que espantará el sueño para dirijir la navegacion, á fin de dar cumplimiento á cosas, que han de requerir tantos y tan grandes esfuerzos.*

En el primer dia, las carabelas, impelidas por una

* El prólogo, con que Colon dá principio á su *Diario,* y de que acaba de hacer mencion el autor, dice así: "In nomine D. N. Jesu-Christi. Porque, cristianisimos, y muy altos, y muy excelentes, y muy

fresca brisa, tenian el cabo al SO. un cuarto al S.

En el segundo todo fué bien, y el Domingo 5 de Agosto anduvieron mas de cincuenta leguas.

poderosos príncipes, rey y reyna de las Españas y de las islas de la mar, nuestros señores, este presente año de 1492, despues de vuestras altezas haber dado fin á la guerra de los moros, que reynaban en Europa, y haber acabado la guerra en la muy grande ciudad de Granada, á donde este presente año á dos dias del mes de Enero, por fuerza de armas vide poner las banderas reales de vuestras altezas en las torres de la Alfambra, que es la fortaleza de la dicha ciudad y vide salir al rey moro á las puertas de la ciudad, y besar las reales manos de vuestras altezas, y del príncipe mi señor, y luego en aquel presente mes por informacion, que yo habia dado á vuestras altezas de las tierras de la India, y de un príncipe que es llamado *Gran Can*, que quiere decir en nuestro romance rey de los reyes, como muchas veces él y sus antecesores habian enviado á Roma á pedir doctores en nuestra santa fé, porque le enseñasen en ella, y que nunca el santo padre le habia proveido, y se perdian tantos pueblos, creyendo en idolatrias, é recibiendo en sí sectas de perdicion, vuestras altezas como católicos cristianos y príncipes amadores de la santa fé cristiana y acrecentadores de ella y enemigos de la secta de Mahoma, y de todas idolatrias y herejias, pensaron de enviarme á mí, Cristóbal Colon, á las dichas partidas de India, para ver los dichos príncipes y los pueblos y tierras, y la disposicion de ellas y de todo, y la manera que se pudiera tener para la conversion de ellas á nuestra santa fé; y ordenaron que yó no fuese por tierra al Oriente, por donde se acostumbraba de andar, salvo por el camino de Occidente, por donde hasta hoy no sabemos por cierta fé, que haya pasado nadie. Así que, despues de haber echado fuera todos los judios de todos vuestros reynos y señorios, en el mismo mes de Enero, mandaron vuestras altezas á mí, que con armada suficiente me fuese á las dichas partidas de Indias; y para ello me hicieron grandes mercedes, y me anoblecieron que dende en adelante yo me llamase don, y fuese almirante mayor de la mar Océana é visorey y gobernador perpétuo de todas las islas é tierra firme, que yo descubriese y ganase en la mar Océana, y así sucediese mi hijo mayor, y así de grado en grado, para siempre jamás; y partí yo de la ciudad do Granada á doce dias del mes de Mayo del mesmo año de 1492 en sábado: vine á la villa de Palos, que es puerto de mar, á donde armé yo tres navios muy aptos para semejante fecho; y partí del dicho puerto muy abastecido de muy muchos mantenimientos, y de mucha jente de la mar, á tres dias del mes de Agosto del dicho año en un viérnes, antes de la salida del sol con media hora, y llevé el camino de las islas de Canarias, de vuestras altezas, que son en la dicha mar Océana, para de allí tomar mi derrota, y navegar tanto, que yo llegase á las Indias, y dar la embajada de vuestras altezas á aquellos príncipes, y cumplir lo que así me habian mandado; y para esto pensé de escribir todo este viaje muy puntualmente, de dia, en dia, todo lo que yo hiciese y viese y pasase, como adelante se verá. Tambien, señores príncipes, allende de escribir cada noche lo

El Lúnes refrescó bastante la brisa, y la *Pinta* hizo una señal de averia: su timon se habia salido de su sitio, y las piezas estaban desencajadas. No pudiendo Colon remediar el accidente á causa de la marejada, se acercó sin embargo, segun la costumbre de los almirantes de Castilla en tales casos, reconociendo en seguida una astucia de los dueños del buque, que ya en otra ocasion quisieron por este mismo medio retardar la salida, con la esperanza de sustraerse á ella. Martin Alonso su capitan, dispuso que se remediara el mal, aferrando con cabos las desuniones, y se prosiguió el rumbo; mas al dia siguiente, como engrosara la mar, tornó á dislocarse el timon, que vuelto á componer, permitió á la flota ponerse en demanda de las Canarias. Contradecianse los pilotos de las tres embarcaciones acerca de la derrota, que deberia seguirse para arribar á ellas lo mas breve posible; pero Colon dió su parecer, que no obstante estar en abierta oposicion con el de los demas, salió victorioso, pues ganaron tierra aquella misma noche.

Mandó el comandante á Martin Alonso que permaneciera en la Gran Canaria, mientras jestionaba por sí, con el objeto de procurarse un buque, que reemplazara el suyo; pero habiendo buscado y esperado inútilmente mas de tres semanas, hizo recorrerlo, ponerle un timon nuevo, y cambiar en velas cuadradas las latinas de la *Niña*. Renovó su provision de agua, víveres y leña, y aparejó el Juéves 6 de Setiembre; no sin saber antes por un barco, que venia de la isla de Fierro, que tres carabelas portuguesas cruzaban por aque-

que el dia pasare, y el dia lo que la noche navegare, tengo propósito de hacer carta nueva de navegar; en la cual situaré toda la mar y tierras del mar Océano en sus propios lugares, debajo su viento; y mas componer un libro, y poner todo por el semejante por pintura, por latitud del equinoccial y lonjitud del Occidente, y sobre todo cumple mucho, que yo olvide el sueño, y tiente mucho el navegar, porque así cumple, las cuales serán gran trabajo."

N. del T.

lla altura, con el objeto de cerrarle el paso. La cólera del rey don Juan II irritada con la negativa de Colon lo perseguia en el Océano, y para colmo de inquietud, una calma chicha lo tenia enclavado enfrente de la Gomera, á la vista del pico de Tenerife, cuyas erupciones volcánicas horripilaban á la tripulacion.

Duró esta penosa situacion desde el Juéves por la mañana, hasta el Sábado antes de romper el alba, momento en que, aprovechando los débiles soplos de la brisa, avanzó algun tanto, reconociendo la última de las Canarias, y la de Fierro, precisamente la en que le esperaban las carabelas portuguesas. Se hallaba, dice Irving, abocado al peligro; pero felizmente con el Sol se levantó un viento que, hinchando las velas de nuevo, le hizo perder bien presto en el horizonte las alturas de la de Fierro. Desde el principio de esta asombrosa navegacion, hacemos ver con las mismas palabras de un escritor protestante, el primer auxilio que recibió Colon de la divina providencia. No fué el único en verdad, pues Dios jamas cesó de asistirlo; y si bien no se invirtieron en su favor las leyes ordinarias del mundo, vinieron siempre en su ayuda las mas felices coincidencias, de un modo tan sobrenatural, que mas parecian milagros.

III.

Hasta aquí llegaba la ciencia de los mas hábiles marinos, pues iba á entrarse en las rejiones desconocidas. Mientras el corazon de Cristóbal latia de placer,

al lanzarse por un camino, que ningun mortal habia surcado, los tripulantes, despues de perder de vista las cumbres de la isla de Fierro, comenzaron con lamentaciones, desconsolados y desesperando de tornar á su cara patria. Esforzóse Colon en tranquilizarlos, y les habló de todo aquello que pudiera tentar sus corazones materiales y ambiciosos; no obstante, por prudencia, de aquel dia en adelante apuntó la ruta en dos libros distintos, marcando una distancia para su jente, y reservándose el guarismo verdadero, temeroso de alarmar á sus oficiales con un camino demasiado largo. No fué en vano su prevision.

Prosiguió durante tres dias y tres noches haciendo rumbo al SO., y corrijiendo las equivocaciones de los timoneles, cuya tímida mano vacilaba en mantener la caña en una situacion tan opuesta á la de Europa. Favorecido por el viento adelantaba mas y mas por las movientes y formidables llanuras, y á medida que iba avanzando hácia las riberas misteriosas, todo cuanto era para él gozo y confianza, se trocaba en desconsuelo y amargura para los suyos. Poco á poco, á medida que marchaban en direccion del O., empezó á manifestarse una notable diferencia en la claridad del dia, el aspecto de la lontananza y el color de las aguas, los cielos parecian diferentes, y las constelaciones familiares á los marinos alejarse, descender al horizonte y ocultarse tras él: hasta la regularidad de la brújula se resintió en sus leyes inmutables.

El 13 de Setiembre esperimentó el jenio de Colon una ruda prueba, al sorprender con su atenta mirada el primer indicio de la variacion magnética; aquella era la primera vez que desde el principio de la historia se hacia observacion semejante. Notó el comandante, que á la entrada de la noche la aguja imantada en lugar de dirijirse á la estrella polar, se inclinaba al NO., y que al otro dia al amanecer, la declinacion era mas notoria todavia. De esta suerte la brújula, su único guia, y cu-

ya sola infalibilidad tranquilizaba un tanto á los pilotos, comenzó á hacerle traicion, dejándolo falto de apoyo en la ciencia; guardóse pues de comunicar tan espantoso acontecimiento á los oficiales de la espedicion, cuyas frentes iban de dia en dia frunciéndose mas.

El Viérnes, un feliz presajio para los espíritus vulgares, alentó la esperanza de los marineros. La tripulacion de la *Niña* vió pasar una golondrina de mar y un rabo de junco: las primeras aves que habian encontrado desde la Gomera. El Sábado por la noche, un meteoro á guisa de ramo de fuego, un aerólito magnífico pareció caer del cielo, como á cuatro leguas de distancia, horrorizando á todos, escepto al contemplador de la naturaleza, que, maravillado del caso, dejó entreveer su admiracion en una frase de su *Diario*.

El Domingo, nieblas y brumas se levantaron de las aguas; y observó Colon lo suave de la temperatura, la transparencia del mar, que á cierta distancia se matizaba de verde, á causa de que en la lontananza sobrenadaban yerbas, que parecian acabadas de arrancar de los peñascos, y el brillo de la atmósfera mas diáfana, serena y perfumada. Todos acojieron con gozo tales muestras de la vecindad de tierra; mas el comandante dijo en su *Diario*, "que la hacia mas adelante."[1] Un viento agradable los impelia, y las corrientes favorecian la navegacion: la yerba, que era fucus de las rocas, se presentaba á montones; y sin embargo la jente permanecia taciturna, los pilotos no desplegaban sus lábios; pero se miraban con aire misterioso, sombrio y siniestro, y si no se les escapaba una queja, era porque mutuamente, al parecer, buscaban el modo de ocultarse el motivo de su inquietud. El comandante comprendió, que ya estaba conocida la variacion magnética, y entónces su injenio halló el medio de poner á sus

1. *Diario* de Colon, Domingo 16 de Setiembre.

alcances una esplicacion científica del fenómeno, que los tranquilizó por de pronto.

El 17 de Setiembre llegaban ya á los parajes, en que la influencia tropical se hace sentir de manera tan deliciosa; adonde, como dice Las Casas, se esperimenta un verdadero placer en disfrutar de la hermosura de las mañanas, que son como las de Abril en Andalucia, y á las que no falta mas que el canto del ruiseñor, para completar la ilusion.

IV.

Al acercarse á aquella parte del mundo mas vecina de las praderas oceánicas, parece que entre el firmamento y las aguas se opera una misteriosa separacion; se siente el ánimo sobrecojido ante tan imponentes aspectos, y esperimenta el hombre sensaciones, que le hacen sospechar la proximidad de las rejiones ecuatoriales, y del cielo austral. No cede el mar en magnificencia á la tierra bajo tan majestuosas latitudes. Una suavidad incomparable se dilata en la atmósfera, que fascina la vista de puro diáfana é impregnada de luz, y cuando al salir Febo por las puertas de oriente, se engalanan de mil matices hasta los mas leves vapores, arrollándolos luego á soplos Céfiro y Bóreas, para descubrir el vivo azul de la bóveda, se apodera con rapidez del espacio, y parece coronarse rey de lo visible por su esplendor soberano. Flamean las hebras de su reluciente cabellera por todas las alturas de la lontananza, y la inmensa lla-

nura del mar al reflejarlas, deslumbra con sus destellos, cual si fuera el manto de Anfitrite recamado de diamantes, esmeraldas y turquesas. Estrias de ulva y de ova sobrenadan en la superficie, mezcladas y confundidas con criptógamos pelásjicos, moluscos estraños, tetises y manadas de medusas con visos de amatista; y al traves de las cristalinas ondas pueden seguirse las emigraciones de los pueblos submarinos. Tríbus enteras de ejocetos y de triglas, acosadas por ejércitos de atunes, van saltando aquí y allá, y cayendo algunas en los bajeles mismos, doradas revestidas de escamas brillantes, langostas descomunales, lijas armadas de terribles sierras, reñidores espadartes, flemáticas tortugas, emperadores despóticos, y de tiempo en tiempo tiburones homicidas, escoltados por sus testarudos pilotos, nadan en silencio y procesionalmente, dando vueltas en torno de las naves. Por intérvalos rabihorcados de anchas alas, paviotas y dámias vuelan como saetas al horizonte, vuelven balanceándose sobre las espumas, se desploman de repente, zambullen, desaparecen, y salen de nuevo, remontándose hasta las nubes con su pesca.

Mas hay dias en que el Océano está silencioso é inmoble, con la misma paz y reposo que el desierto, y en que la presencia de su calma y tranquilidad, imájen la mas sensible de lo grande y lo sublime, traen á la memoria el recuerdo de lo eterno, eclipsándose entónces en el pensamiento la hermosura de los continentes, la soberbia elevacion de las montañas, el murmullo de los arroyos, la riqueza de la vejetacion, lo pintoresco de las perspectivas y la infinita variedad de los fenómenos terrestres; porque ante la escelsitud del mar se inclina con respeto la frente del hombre.

No bien se estingue la rojiza iluminacion de la postura del Sol, comienza á estender la noche su negro y estrellado velo, dejándolo todo envuelto en sus inmensos pliegues, y el seno de las aguas, dulcemente levantado por la brisa, va sosegando poco á poco, como el de

una vírjen que se entrega al sueño. Engalánase el horizonte hasta su altura media con los artificios de la luz zodiacal, tan poco conocida en nuestra Europa, y mientras la blanca y serena claridad de los astros se refleja en el espejo de la mar dormida, se dejan oir sonidos misteriosos, que provienen de las ballenas, que pasan del círculo polar al Ecuador, ó de formidables cachalotes, que resuellan con violencia, despidiendo columnas de agua, ó de bandadas de pájaros que viajan á grande altura de las naves, y gritan para rehacerse al traves de la oscuridad. El surco de los cetáceos, la estela de los barcos, los remolinos que forman los bonitos retozando, todo produce en el moviente elemento huellas fosforescentes.

El carácter augusto del espíritu, que en el principio fué llevado sobre las aguas, jérmen de cuanto existe, está de manifiesto en la estension de los mares.

Desde el oríjen del mundo tan solo gozaban de tales maravillas los seres celestiales; pues para los habitantes del globo eran como si no fuesen. La poesia de estas vigorosas tintas, y de estas armonias pelásjicas, ni se sospechaban siquiera, cuando al fin fué dado al hombre gozar de ellas. Por la vez primera despues de la creacion, se dilataba la intelijencia humana bajo latitudes, hasta entónces del dominio esclusivo de los petreles, las paviotas y los cetáceos; y aquel, á quien se habia dignado escojer la divina providencia para conducir sobre los abismos almas inmortales, era la mas perfecta personificacion de la intuicion y del amor del creador. Ni antes ni despues de ese dia, cruzó por aquellos parajes mas santa curiosidad, ni mas viva comprension de la naturaleza.

La sagrada efijie del redentor enarbolada en el palo mayor sobre la bandera de la espedicion, que flameaba con la brisa, parecia, conjurando las fuerzas brutales del viento, santificar los elementos, atravesando bajo los rayos del Sol durante el dia, y sobre ondas de fue-

go por la noche. Todas las tardes se elevaban de las carabelas cánticos á la gloria de Maria, la estrella del mar; y protejido por el todopoderoso se adelantaba, tomando posesion de la inmensidad el ser, á quien confirió la honra de penetrar el primero en sitios, que jamas habian visto los nacidos.

Al llegar á los umbrales de la *mar Tenebrosa*, que tanto pavor infundia en el ánimo de las jentes; al llamar á su puerta misteriosa, el que estaba destinado para descubrir sus arcanos, se sentia aguijoneado por una noble curiosidad, pues anhelaba segun sus palabras "conocer los secretos de este mundo." Posaba sus ojos en el agua, queriendo penetrar hasta el fondo con la vista; se afanaba en investigar el carácter de la vejetacion submarina, de las selvas pelásjicas, que tapizaban las cavidades inaccesibles á la sonda; deseaba saber ¿con qué traje habia vestido el creador las simas en que la luz del dia, cien y cien veces quebrada por las ondulaciones, se apaga en la espesura; qué habitantes debian poblar tan sombrias profundidades, qué drama representaban, y qué horribles eventualidades podian surjir de aquellos abismos á la sazon tranquilos? Pregunta era esta, que hubiera hecho temblar á cualquier otro!

La historia y la poesia han ponderado igualmente la intrepidez, la audacia y la sangre fria de Colon, y persuadidas de que amaba con pasion la celebridad, y de que despreciaba la muerte, han creido honrarlo mucho, llamándolo *héroe de la gloria.*

Este es el colmo del error biográfico, pues aquel que iba tranquilo y sereno surcando la inmensidad, ni fué, ni se creyó jamas intrépido, ni nunca aludió á su valor, porque sabia muy bien á quien habia de atribuir "la fuerza y la magnanimidad" que manifestó en sus empresas. Ambicionando sobre todo glorificar al verbo divino, y proclamar el bendito nombre del salvador en los pueblos que descubriera; comprendiendo que su obra interesaba al acrecentamiento de la cristiandad y á las

relaciones futuras de los pueblos; convencido de que era el legado de la providencia y el representante de los apóstoles en las naciones á donde se dirijia, atribuia al cielo su fuerza misteriosa. Ni el protestantismo lo niega, puesto que dice por boca de uno de sus escritores, que Colon se consideraba en su empresa solemne como escudado por el altísimo.[1] En vano se abrian delante de las proas de sus carabelas ilimitadas llanuras, porque lejos de atemorizarle lo infinito, solo era para él un motivo de grandes investigaciones. Con la conciencia de lo alto y sublime de su mision, y sabiendo que aquel viaje, comenzado en nombre de la santísima Trinidad,[2] redundaria en mayor gloria suya y provecho de la relijion cristiana, ni temia los peligros, ni le rendian las fatigas, como lo escribió al jefe supremo de la Iglesia.[3] No obstante su confianza, lejos de reposar tranquilo en los favores del cielo, su prudencia le obligaba á permanecer noche y dia sobre aviso, y como era responsable á Dios y á la reyna de las almas de los que estaban á su cargo, no cedia á nadie el cuidado de velar por ellos. Salvo las horas durante las cuales se encerraba en su cámara para orar y recitar los oficios de los franciscanos, conforme á la costumbre que contrajo en el convento de la Rábida, pasaba los dias y las noches sobre la toldilla, vijilando el timon, observando la mar, el viento, los astros, y subiendo á veces á las cofas para alcanzar mayor distancia, y juzgar mejor de los parajes por donde navegaba.

Aislado por su gusto de la etiqueta, se entregaba libremente á la contemplacion de las obras del

1. Washington Irving. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon,* lib. III. cap. III.

2. "Partí en el nombre de la santísima Trinidad y volví prontamente con la prueba en las manos de cuanto habia anunciado." Cristóbal Colon. Prólogo de la relacion del tercer viaje dirijida á los reyes.

3. "La cual razon me descansa y hace que yo non tema peligros, etc." *Carta del almirante á su santidad.* Febrero de 1502. Docum. diplom. núm. CXLV.

creador, que fué en su adolescencia el primer goce de su alma, y en su vejez su mas dulce consuelo; porque mejor que ninguno otro en el mundo comprendia los grandes fenómenos y mudos avisos de la naturaleza. Cruzaba por las desconocidas latitudes, en que la influencia del aire y de las aguas, completamente nuevas desconcertaban la teoria y los instrumentos de la ciencia náutica; por alturas en que se truecan el color y sabor del mar, y en que la constancia de la temperatura, que solo puede compararse con su suavidad, es tan útil al cansancio del cuerpo como al del espíritu. Notaba Colon "un cambio estraordinario en el movimiento de los cuerpos celestes, en la atmósfera y en el agua," é interrogaba sin cesar la fisonomia de la nueva naturaleza, esforzando su injenio en deducir de los fenómenos esteriores alguna revelacion acerca de su carácter. Sus ojos se fijaban en el horizonte; su olfato absorbia el ambiente salitroso, que traia el viento; cataba el agua salada á diversas distancias para saber su temple; echaba la sonda á cada instante; estudiaba la direccion y fuerza de las corrientes pelásjicas, y recojia con avidez las yerbas y las plantas que pasaban cerca, porque todo esto interesaba á su gran penetracion, y todo podia ser un indicio de algo mas. El haberse pescado un dia un cangrejo, que venia enredado en un manojo de algas, y que guardó cuidadosamente pues nunca se habian visto tales crustáceos á ochenta leguas de la costa; la presencia de los atunes, de los que la jente de la *Niña* logró cojer uno, y la circunstancia de que todo parecia venir de oriente, le hizo escribir en su *Diario* lleno de confianza el 17 de Setiembre, pensando en su divino maestro: "Donde espero en aquel alto Dios, en cuyas manos están todas las victorias, que muy presto nos dará tierra."[1]

El 18 de Setiembre, estaba el ambiente como en

1. Lúnes 17 de Setiembre.

Sevilla en la primavera, y la brisa impelia las carabelas, que regateaban para adelantarse unas á otras, y divisar la tierra para ganar la renta anual de diez mil maravedis, prometida por la reyna al que la señalara primero. Martin Alonso, cuyo barco era mas velero, las dejó por la popa bien pronto, y se encaminó á poniente, porque habia visto volar gran cantidad de aves en aquella direccion, y aseguró al comandante que, gobernando al Norte, daria con la tierra á quince leguas; mas sin embargo de apoyarlo toda la tripulacion, no consintió este en variar el rumbo. Tal firmeza de carácter pareció una presuntuosa terquedad á los marineros, ya inquietos de un viaje tan largo, y que por esta causa acariciaban la idea emitida por su compatriota Pinzon. Un sordo descontento comenzó á trabajar entónces á su jente en contra suya.

V.

El 19 de Setiembre, se levantaron brumas sin viento, lo cual fué para Colon una señal segura de la proximidad de las islas; pero no quiso bordear para buscarlas, en razon á que su objeto era llegar en derechura á las Indias, y se contentó con escribir en su *Diario*: "El tiempo es bueno, y placiendo á Dios á la vuelta se verá todo." [1] En el dia siguiente hubo alternativas de calma y brisa lijera y suave, hasta que al fin acreció algun

1. Miércoles 19 de Setiembre.

tanto, impeliendo á la flotilla hacia el SO. con tal constancia que puso en cuidado á los marineros. Se divisaron muchas yerbas: tres alcatraces vinieron á la capitana, y se pudo cojer un pájaro playero.

El Viérnes, al despuntar la aurora, se notaron indicios favorables en direccion del O. Un alcatraz pasó muy cerca de los buques, y una ballena subió á retozar á la superficie. Las algas y los fucus con fruto se estendian con abundancia tal, que la mar parecia un prado, y la proa de las carabelas esperimentaba al romperlas la resistencia natural á su espesura. Habian llegado ya á aquellos sitios, conocidos despues con el nombre de mar de Yerbas, y que ocupan una estension siete veces mayor que la de la Francia.[1] Su aspecto, que en un principio recreaba los ojos, y halagaba las esperanzas de los tripulantes, porque parecia prometerles la tierra, se convirtió ahora por su magnitud en un motivo de alarma, pues creian encontrarse en los eternos pantanos del Océano, que segun ellos servian de límites al mundo, y de sepulcro á los temerarios, que se les acercaban. Estas familias de plantas, reunidas en un número casi fabuloso, ofrecian el aspecto de un marjal inconmensurable, puesto por el hacedor á guisa de vallado en las fronteras del Océano, para vedar su acceso á los mortales; y su vigorosa y monótona vejetacion, que desde los abismos se levantaba á la superficie como una amenaza, y tal vez como un aviso del cielo, ponia pálido el rostro de los mas valientes. Porque, pensaban ellos, á medida que se espesaran las yerbas acuáticas, irian quedando mas y mas presas las naves, haciéndose imposible la vuelta; y si no sobrevenia el que fuesen pasto de los monstruos emboscados allí, era seguro que durante la lucha de las proas con el follaje, se acabarian las provisiones, y vendria el hambre con todos sus horrores y atroces consejos en castigo de una

1. A. de Humboldt. *Cósmos*, t. II. páj. 346.

temeridad maldita. La imajinacion de los marineros abundaba en pavorosos pensamientos, consecuencia lójica de las pláticas que tenian en sus veladas de invierno, ya acerca de las rejiones inhabitables del mundo al mediodia; ya sobre el jigante submarino del Norte, Craken, espantoso pólipo que mientras ajitaba un brazo en el mar Blanco, revolvia con el otro el Océano Jermánico; ya de las insaciables sirenas, de los frailes del mar, de los crueles obispos, y del sin número de monstruos grandes y pequeños que arrastraban á los bajeles en los torbellinos. Entre los oficiales, los de mas firmeza, sin ponderar los peligros verdaderos, temian que las quillas chocaran contra los arrecifes, que tal vez cubria la verdura, y zozobrar sin poder cojer tierra, en sitios donde seria imposible salvarse en canoas, porque los remos quedarian enredados en sus largas y rizadas yerbas.

Otro motivo no menos constante de inquietud traia cabizbaja á la jente. Consistia en que, cuanto mas se avanzaba, el viento, de una estrema suavidad, parecia impelirlos de continuo al O. Nunca en los mares conocidos se habia observado tal constancia, y de aquí deducian, que esto tan favorable para llevarlos á las inciertas tierras de occidente, formaria un obstáculo insuperable para volver, y que para siempre quedarian privados de tornar á su patria.

El 22 de Setiembre, se puso el timon al ONO. y se anduvieron sobre treinta leguas: las yerbas lejos de aumentar comenzaron á desaparecer, á medida que avanzaba la flotilla: se vieron paviotas y otras aves; mas la tripulacion, cuyo pavor iba trocándose en desesperacion, ni siquiera hizo alto en ellas. La fijeza del viento entraba por mucho en su zozobra, y á duras penas procuraba tranquilizarla Colon con esplicaciones cosmográficas, pues ya no le daba oidos, habiendo cesado de creerlo, y no atendia ni á sus promesas, ni á sus amenazas. El respeto á su autoridad y la sumision

al nombre sagrado de los reyes[1] se habia perdido, y no le quedaba en lo humano ningun recurso de ser obedecido, y poder continuar en su empresa. Invocó pues, á aquel que siempre le habia asistido, y acto contínuo se levantó una brisa contraria, como para desmentir los siniestros temores. Al referir el comandante la oportunidad con que llegara este socorro, escribió sencillamente en su *Diario* lo que sigue: "El viento contrario fué de gran provecho para mí; porque las jentes estaban en gran fermentacion, imajinando que en estos mares no soplaban para tornar á España."[2] Siendo como era tan inminente la insurreccion, consideró agradecido el suceso, como un señalado beneficio del cielo.

Pero la tranquilidad de los ánimos no podia durar largo espacio, y ya al otro dia habian vuelto á caer en su infundado temor. Era un Domingo; las algas, las ovas y los racimos tropicales reaparecieron en número considerable, la llanura que se estendia á su vista, estaba cubierta de yerbas y reposada, y el viento los impulsaba en direccion de O. La tranquilidad de las olas vino á hacerse sospechosa á su vez, acrecieron las murmuraciones, y los descontentos decian, que se hallaban en aquellos sitios en que el aire y el mar pierden su movimiento, porque se alejan de lo habitado por los hombres. La perdicion era inevitable, y no se hablaba mas que de los monstruos, que se asian á la quilla de los barcos, reteniéndolos hasta que sus tripulantes han sido pasto suyo. Imposible fuera tranquilizar aquellas cabezas, estraviadas con los fantasmas que ellas mismas se creaban, cuando en medio de esta perplejidad, de repente, y sin que el viento se hiciera sentir, engruesó la mar de tal manera, que "todos quedaron atónitos." Entónces Colon, dando gracias á su divino se-

1. "Perdido el respeto á su autoridad, y aun desacatado el sagrado nombre del rey etc." Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, lib. III. § IV.
2. Sábado 22 de Setiembre.

ñor, apuntó en su libro estas palabras: "Así que muy necesario me fué la mar alta, que no pareció, salvo el tiempo de los judios, cuando salieron de Ejypto contra Moysen, que los sacaba de captiverio."[1]

El 24, se continuó el rumbo al O. Un pájaro vino á posarse en las vergas, y se vieron muchas paviotas.

El 25, se mantuvo la caña en la misma direccion, soplando una brisa leve.

Aquel dia estuvo la *Pinta* tan cerca de la *Santa Maria,* que el comandante habló con Martin Alonso Pinzon, acerca de un mapa que le envió el 23, se lo pidió, y Martin Alonso se lo devolvió, arrojándolo con una cuerda. En esta carta se veian figuradas por hipótesis unas islas, que segun Pinzon estaban cerca; mas Colon le respondió que arrastradas por las corrientes al NE. no habian hecho las carabelas tanto camino como suponian los pilotos. La conversacion de entrambos jefes y las contestaciones del superior, dadas en alta voz, tal vez tendrian por objeto tranquilizar los marineros, que no cesaban de lamentarse un momento de lo largo del viaje.

Al ponerse el Sol, Martin Alonso corrió á la popa de su carabela, y se puso á vocear con toda su fuerza: "Tierra! tierra! Señor, yo soy el primero que la ha visto; dad fé de mi derecho á la renta." Comenzaron en seguida los suyos á dar gritos de alegria, y los de la *Niña* treparon por la jarcia, asegurando tambien que lo que se divisaba era la tierra. Al ruido de tantas y tales esclamaciones el comandante, conmovido cayó de rodillas;[2] porque en su reconocimiento, mas grande que su curiosidad, antes de dar fé del descubrimiento que le parecia inevitable, quiso dar gracias á Dios, y enternecido entonó el *Gloria in excelsis Deo.* A juzgar por las apariencias debió creer que en efecto fuera la tierra,

1. Domingo 23 de Setiembre.
2. Las Casas. *Diario de Colon,* Mártes 25 Setiembre de 1492.

confusamente señalada á una distancia de veinticinco leguas; pero vino el otro dia para disipar la ilusion, presentándose limpio, sin un punto el horizonte del Océano. Tanto mayor fué el abatimiento de los marineros, cuanto que la esperanza estuvo mas vivamente escitada.

El Miércoles 26, se continuó al O. hasta el medio dia, hora en que se varió al SO.; y á pesar de estar la mar llana y el viento suave, se hicieron treinta leguas.

Al dia siguiente, amainó la brisa, y se divisaron muchas doradas y un rabo de junco.

El 28, calma; la yerba reapareció en poca cantidad y se pescó gran número de doradas.

El 29, vinieron á consolar á los tripulantes varias señales: el ambiente suave y embalsamado, el agua abundando en plantas marinas, y por tres veces consecutivas tres alcatraces seguidos de una fragata.

El Domingo 30, se mantuvo en calma, y no se hicieron entre el dia y la noche mas que catorce leguas; pero iban en progresivo aumento los indicios de la proximidad de la tierra. No obstante haber cambiado algun tanto el tiempo, y venídoseles encima un chubasco, el viento permanecia siempre favorable y suave, lo cual unido á la constancia del rumbo, era insoportable á la jente, y escepto el comandante, todos, hasta sus mismos oficiales, estaban espantados de la distancia recorrida.

El primero de Octubre al amanecer, dijo el oficial de guardia con un acento de pavor, que no pudo dominar, que se habian hecho hasta aquella hora seiscientas setenta y ocho leguas al O. desde la isla de Fierro. Este guarismo dió el golpe de gracia á los marineros, y sin embargo no era exacto, pues el apunte reservado de Colon tenia setecientas siete. Y el elejido de la providencia se esforzaba en reanimar los espíritus, y estimular á los pilotos, sin ocultar su íntima satisfaccion por el concurso con que los elementos auxiliaban su empresa.

Siempre propicia la brisa los impelia sobre una superficie tan tranquila y serena, que Cristóbal no pudo menos de escribir en su *Diario*: "La mar llana y buena siempre, á Dios muchas gracias sean dadas."[1]

Proseguia su rumbo la flotilla, y los barruntos de tierra se multiplicaban: los pilotos deseaban bordear, é ir en busca de las islas, que parecia deber estar muy próximas, pero el comandante, persuadido de su existencia, se negó terminantemente á desviarse de su camino, porque queria ir en derechura á las Indias. "Perder el tiempo en tal cosa, hubiera sido, dice él, no tener prudencia ni razon." Entónces las murmuraciones se tornaron en aborrecimiento.

VI.

Engañados tantas veces por señales, que parecian prometerles pronto la tierra, los marineros no daban ahora crédito á las falsas apariencias, é iban cayendo en el mayor desconsuelo y abatimiento. Se reunieron primero en el sollao de proa en grupos de tres ó cuatro, sin noticia de los oficiales, con el fin de aliviar sus temores comunicándoselos; pero no hicieron sino acrecentarlos. Cada dia se hacian estas reuniones mas frecuentes y numerosas; el descontento era jeneral, y

1. Mártes 2 de Octubre.

ninguno se tomaba el cuidado de ocultarlo; antes al contrario, se escitaban abiertamente á la insubordinacion y á la resistencia. Naturalmente como españoles, detestaban á aquel estranjero, que habia resuelto, decian ellos, esponer sus vidas con la propia, para hacerse gran señor á costa suya, y lo señalaban, para poder hablar de él hasta en su presencia, con los apodos de *trufador* y de *bufon.*[1] De esta manera es como empiezan á bordo las conspiraciones. Los marinos viejos pensaban, que la persistencia del comandante en mantener el rumbo al oriente, era un rasgo de demencia; recordaban los tristes presentimientos de sus familias, el llanto de todo Palos, la oposicion que le hicieron los cosmógrafos de Salamanca, y se arrepentian de haber tenido confianza en el guardian de la Rábida, estando todos acordes en reconocer, que llevar mas lejos la navegacion, seria caminar á una cierta é inevitable pérdida. Ya se habia demostrado al comandante lo imprudente de su obstinacion; pero como desdeñara tan sabias representaciones, y ni las súplicas ni los ruegos hicieran mella en su diabólica tenacidad, oyendo impávido sus lamentos, y viendo su tristeza y ansiedad, sin dejar por eso de llevarlos á una muerte desastrosa, se hacia necesario buscar remedio á tantos males. ¿No tenian bastante probado su valor y su obediencia, con haber penetrado por sitios, que ninguno vió antes que ellos? ¿Debian por una servil sumision cooperar á su propia ruina? Ya que el comandante con su terquedad no tomaba sus quejas en cuenta, y que su orgullosa presuncion lo cegaba y ensordecia, estaban en el caso de proveer por sí mismos á su conservacion, é imponerle la ley de la salvacion comun, que interpretaba de modo tan inícuo.

¿Era justo que ciento veinte hombres en su mayor parte castellanos y cristianos viejos, perecieran por el ca-

1. "Dandogli del Genovese, *truffatore e beffatore* e che non sapeva dov'egli volesse arrivare." Girolamo Benzoni. *La historia del mondo nuovo,* lib. I. fogl. 14.

pricho de uno solo, y lo que es peor de un estranjero, de un jenoves? Habia llegado el momento de obrar, intimándole volver la proa á Europa, y en caso de negativa arrojarlo á aquellas aguas, que tanto se complacia en contemplar. Este fue el único buen consejo, el único medio de evitar un desastre, que se ocurriera á los tripulantes, sobre cuyas conciencias no pesaria tal crímen, por ser una medida salvadora, un sacrificio en aras de la necesidad. Podia echársele al mar, obrando con prudencia, [1] y decir á la vuelta, que cayó casualmente una noche, mientras observaba las estrellas, cosa que nadie se cuidaria de averiguar, pues apenas se acordarian del jenoves en la noble Castilla.

Se decidió que al anochecer se le haria saltar por la borda en un momento dado. Para esto hubo un acuerdo secreto entre las tres tripulaciones; y tenemos la prueba de que durante la navegacion se pusieron en contacto muchas veces los remeros de las tres carabelas, principalmente en los dias 25 y 28 de Setiembre.

La conspiracion, prontamente urdida bajo el patrocinio de la ignorancia y el miedo, se comunicó como una chispa eléctrica de la popa á la proa, teniendo á todos por cómplices, y á ninguno por jefe. Los pilotos decian por lo bajo lo que gritaban los contramaestres y grumetes.

Los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*, no ignoraban lo que se tramaba contra el almirante; pero por una parte, mas instruidos y avezados al mar que los demas, no participaban de la mayor parte de sus temores, y por otra, se consideraban de hecho los dueños de la situacion; porque salvo algunos oficiales de la *Santa Maria*, la jente de las tres naves les pertenecia, y era de su tierra. Absteniéndose de manifestaciones personales, sin animarlos abiertamente, dejaban en com-

1. "Potrebbono *accortamente* gittarlo in mare, e publicar poi, che volendo egli riguardar le stelle e i segni vi era caduto inavvertimente." Fernando Colon. *Historia del almirante*, cap. XIX.

pleta libertad á los del castillo de proa, para hacer los comentarios que quisieran. Mas de una vez, en sus relaciones con Cristóbal Colon, los Pinzones, el mayor sobre todo, por su altaneria y grosero proceder le habian hecho comprender amargamente su aislamiento y lo falso de su posicion.

El Viérnes 5 de Octubre, estaba la mar bella, el aire suave, buena la brisa, y cada vez mas evidentes las señales de la proximidad de la tierra. Colon en su acendrado reconocimiento, daba por ello de nuevo gracias al señor.[1] Gran número de pájaros se ajitaban en el aire, y multitud de peces voladores pasaron tan cerca de los buques, que cayeron muchos sobre la cubierta de la *Santa Maria.* Continuaba siendo fácil la navegacion, y la *Niña,* como mas velera, precedia en su marcha á las otras dos carabelas.

El Domingo 7 de Octubre al romper el alba, partió un cañonazo de uno de sus costados, é izó en el palo trinquete una bandera; mas se puso el Sol sin que nada se hubiera descubierto. Sin embargo, multitud de pájaros se dirijian del N. al SE. y como Colon sabia que los portugueses, siguiendo su vuelo, descubrieron muchas islas, decidió cambiar de rumbo y tomar al OSO. entrada la noche.

Al otro dia, prosiguieron con escelente brisa: el tiempo estaba como en Abril en Sevilla, y llegaba á las carabelas un olor balsámico.[2]

Al siguiente, cambió el viento un poco, y fué preciso dar muchas viradas. Durante la noche se oyeron pasar multitud de aves.

El Miércoles 10, iba la flotilla haciendo diez millas por hora; y se anduvieron cincuenta y nueve leguas en aquella singladura. Rapidez fué esta, que alarmó en gran

1. Viernes 5 de Octubre.
2. "Gracias á Dios, dice el almirante: los aires muy dulces como en Abril hace en Sevilla, ques placer estar á elles, tan olorosos son." Lúnes 8 de Octubre.

manera las tripulaciones, que no viendo el término de su navegacion; á pesar de la constancia de los vientos propicios, dijeron redondamente y en alta voz, que los conducian á su perdicion, negándose á ir mas lejos, y pronunciándose en completa rebeldia. Vióse entónces Colon en el mas grave peligro que haya podido correr jamas un almirante. Muchos escritores han repetido que en aquella hora, amenazado por los suyos, se vió en la necesidad de prometerles, que si en tres dias no se descubria la tierra desandarian el camino, y debemos afirmar que tales aserciones carecen de fundamento.

El demasiado modesto laconismo de Colon en todo cuanto concierne á su persona y á la superioridad de sus aspiraciones, su olvido de las ofensas, y su compasion por las debilidades humanas han sido causa de que omitiera los detalles de esta revuelta, hasta tal punto, que el grande hombre, á quien su exactitud llevó al estremo de escribir en su *Diario* los mas insignificantes acaecimientos de á bordo, tales como el de una gaviota herida de una pedrada por un mozo, en las vergas de la *Santa Maria*,[1] ni se dignó mencionar las amenazas, el furor, los aceros levantados sobre su cabeza, contentándose con indicar lijera y como incidentalmente las intimaciones de los rebeldes, de tal manera, que solo por ellos mismos se conoce la conjuracion.

Que atentáran contra la vida y la autoridad de Colon no ofrece duda; pero que él, capitulando con su jente, la suplicara navegar tres dias mas, parece increible, y absurdo á el que ha estudiado el carácter de Colon. Ademas no existe una prueba de esa pretendida transaccion, y ni el hijo de Colon, ni Las Casas, ni Pedro Mártir, ni el cura de los Palacios, ni Ramusio, ni ninguno de los historiadores contemporáneos lo menciona. Solamente Oviedo habla de la seguridad

1. *Diario* de Colon. Juéves 4 de Octubre de 1492.

dada por Colon, de que antes de tres dias habria descubierto la tierra; mas no presenta este suceso con el colorido de una capitulacion, á pesar de haberse hecho frecuentemente eco de sus detractores, porque, conociendo su firmeza, y convencido de las maravillas operadas por la providencia en favor suyo, es el primero en dudar de sus propias palabras, como lo indican con bastante claridad.[1]

No hubo ni pudo haber habido transaccion alguna entre Cristóbal Colon y los revoltosos, ni mas ni menos que entre el espíritu de Dios y el de los hombres. Pero como la rebelion fué todo lo mas agresiva y violenta posible, dice el mismo Oviedo: "Los tres capitanes y todos los marineros, como estuvieran acordes en lo de volverse, conspiraron de nuevo para tirarlo al agua, fundándose en que los habia engañado." Estas solas palabras, implicando la complicidad de los tres Pinzones, demuestran que el motin no fué hijo de un impulso espontáneo y casual. Hé aquí como sucedieron las cosas.

Martin Alonso Pinzon, sostenido hasta entónces por el recuerdo de su viaje á Roma, y la grande estimacion en que tenia el saber de Colon, se contajió del espanto, cedió en su confianza y dejó de combatir los consejos del miedo, uniéndose á los descontentos con sus dos hermanos. Así que hubo anochecido, en el momento en que segun las órdenes del comandante debian las carabelas marchar juntas,[2] la *Pinta* y la *Niña* abordaron á la *Santa Maria* por babor y estribor, y auxiliados por la tripulacion rebelde los Pinzones, seguidos de su jente, y todos armados, saltaron sobre la cubierta de la capi-

1. Elejimos para este pasaje la cándida traduccion de Juan Pouleur, ayuda de cámara de Francisco I. "Et il pourrait bien être que Colomb, voyant tous ceux qui allaient avec lui délibérés de s'en retourner, aurait dit que si dans trois jours ils ne voyaient pas la terre, ils s'en retournassent, s'assurant que Dieu la lui montrerait dans le terme qu'il leur donnait." Oviedo y Valdes. *Histoire naturelle et générale des Indes,* libro II. cap. V. fól. 14.

2. Las Casas. *Diario de Colon,* 7 de Octubre de 1492.

tana, donde, furiosos y espada en mano, requirieron á el comandante virase en redondo. Sus mismos marineros, sus pilotos, los oficiales de la corona y hasta el sobrino de su mujer se unieron á los conjurados, dejándole *solo* contra *todos*. Sus argumentos, sus persuasiones, todo se habia apurado ya precedentemente, y no le quedaba en este aprieto ni el socorro de una nueva objecion, porque el miedo ni escucha ni razona. Y sin embargo, logró amansar la cólera, tranquilizar el pánico y someter á aquellas furias, á las cuales el instinto de la conservacion impulsaba al crímen; y no tan solo no cedió á sus mandatos, sino que hasta se atrevió á prohibirles las protestas y las súplicas, diciéndoles con tono de autoridad, al terminar su amonestacion: "Que por demas era quejarse, pues que él habia venido á las Indias y habia de proseguir hasta hallarlas con ayuda de nuestro señor." [1]

¿Cómo fué que esta exasperacion de los espíritus, esta animosidad, acrecida por el indomable instinto de la conservacion, se disipó repentinamente á presencia de un estranjero aislado y maldecido, cuyas órdenes no se obedecian, á cuyo grado y autoridad no se respetaba, y que invocaba en vano el nombre de los reyes? Hé aquí lo que ningun marino, lo que ningun filósofo, ni ningun hombre, aun el mismo Colon, podrian esplicar humanamente. Así es que, él no atribuyó este triunfo sobre los revoltosos, á quienes obligó á doblar la frente, sino á quien debia atribuirlo, pues reconoció que, cuando "sus marineros y toda su jente estaba resuelta de comun acuerdo á volverse, y se revolucionaba contra él, olvidándose de su deber hasta amenazarle, el eterno padre le dió fuerzas y valor contra todos." [2]

Esta tempestad, desencadenada con las sombras de la noche, se disipó antes que ella.

1. Miércoles 10 de Octubre.
2. "Los cuales todos á una voz estaban determinados de se volver, y alzarse, haciendo contra él protestaciones, y el eterno Dios le dió esfuerzo y valor contra todos." Juéves 14 de Febrero.

VII.

Desde el alba el auxilio divino, que habia sostenido á Colon contra los criminales intentos enjendrados por el miedo, manifestó su presencia. A pesar de lo sereno de la atmósfera y de lo suave de la brisa embalsamada, se ajitó el mar, y las anchas olas impelieron las carabelas con fuerzas no esperimentadas hasta entónces. Viéronse paviotas en gran número; pasó rozando una caña verde por los costados de la *Santa Maria*, poco despues los marineros de la *Pinta* vieron tambien algunas cañas y un palo, y luego otro, trabajado al parecer con hierro, una mazorca de yerba terrestre y una tablita. Tambien tuvo la *Niña* su hallazgo, que consistió en la rama de un árbol, cargada de frutas pequeñas y coloradas. Estas señales alimentaron la esperanza de los marinos por todo el dia, durante el cual fué la marcha escelente, pues se apuntaron veintisiete leguas.

Cuando el Sol se apagó en la mar solitaria, el círculo entero del horizonte ofrecia á la vista su pura línea azul, y ningun vapor permitia sospechar siquiera la vecindad de la tierra; pero de repente, como por inspiracion súbita, hizo Colon tomar el primer rumbo, mandando al timonel poner la caña al O.

Luego, despues que las carabelas se acercaron y hubieron los marineros, segun la costumbre establecida á bordo, cantado la *Salve Regina*, reuniéndolos á todos, les dirijió una tierna alocucion, en la cual les recordó los favores con que el señor los habia colmado durante

el viaje,[1] dándoles sin interrupcion tiempos bonancibles, y trayéndolos de esta suerte á latitudes tan temidas como las de *mar Tenebrosa,* en que jamas habia penetrado ninguna vela. Se esforzó en elevar sus corazones al reconocimiento hácia el soberano autor de tantos beneficios, y les anunció en seguida, que tocaban al término de sus inquietudes y esperanzas, diciéndoles que la tierra estaba cerca, aun cuando sus ojos no la vieran, y que aquella misma noche llegarian á la conclusion de su viaje. Dispuso que la pasaran en vela y en oracion, [2] porque sin duda antes de amanecer divisarian alguna isla; y mandó á los pilotos de servicio hicieran acortar velas despues de las doce, prometiendo ademas de la prima ofrecida pôr la reyna, un jubon de terciopelo[3] al que primero señalara la tierra.

Hecho esto, se retiró á su cámara ¿Qué pasaria entónces allí? Viéndose tan cerca de la realizacion de sus deseos, ¡cúan grande no debió ser el fervor de su plegária! ¡Con cúanta ternura no daria gracias á su divina majestad por su constante proteccion!

A eso de las diez,[4] subió Colon á la cubierta, y no bien hubo llegado, divisó á lo lejos una luz; pero al traves de la densa oscuridad no quiso afirmar por sí que fuera de tierra, y llamó á un oficial de la servidumbre del rey, Pedro Gutierrez, diciéndole mirase á su vez. Gutierrez reconoció que así era en efecto, y el comandante hizo venir entónces al comisario de marina Rodrigo Sanchez de Segovia; pero mientras llegó, desapareció en las tinieblas; despues de un intérvalo tornó á brillar una ó dos veces, y era como la llama de un ha-

1. "Egli parlo a tutti in generale, raccontando le gratie che Nostro Signore haveva lor fatte." Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. XXI.
2. Herrera. *Historia jeneral* &c., decada I. lib. I. cap. XII.
3. Las Casas dice *un jubon de seda* y Fernando Colon *un jubon de terciopelo.* Adoptamos de preferencia lo segundo como mas natural y verosímil.
4. "Due hore avanti mezza notte." Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. XXI.

chon, que subia y bajaba alternativamente, cuyo movimiento, sin importancia para el resto de los marineros, dió á conocer á Colon con exactitud la vecindad de la tierra.

Navegaba la escuadrilla perfectamente: á las doce, segun las órdenes del comandante, se acortaron las velas, y aunque parecia iban con lentitud, una fuerte corriente los impelia hacia el O, y la *Pinta*, como buena andadora se habia adelantado mucho á sus compañeras. A bordo de cada buque la espera y la ansiedad eran unánimes, estremadas é indescribibles, pues sus tripulantes, electrizados con la solemne afirmacion de su jefe, y sin dudar ya de sus palabras, no quisieron entregarse al sueño. Devoraban el espacio, buscando penetrar con su ávida mirada por las inciertas sombras, cuando de repente reluce un fogonazo, y un estampido resuena á lo lejos: ¡Tierra! ¡Tierra! gritan con voz estridente los marineros, y el eco de tan májica palabra se repite una y otra vez por aquellas soledades, hasta perderse confundido con el dulce murmullo de las olas. Juan Rodriguez Bermejo, de la *Pinta* la habia visto. Señalaba el reloj de la *Santa Maria* las dos de la madrugada, cuando Cristóbal al escuchar la detonacion, cayó de rodillas, y levantando al cielo las manos entonó lloroso el *Te Deum laudamus*, respondiendo en coro la regocijada jente á los acentos conmovidos de su caudillo. Solo despues de cumplir con el deber relijioso se dió curso á la alegria, que rebosaba en los pechos.

Por órden de Colon se amainaron las velas, no dejando mas que la de trinquete, y se pusieron al pairo, para esperar el dia. La prudencia del comandante, que nada olvidaba, hizo poner la flotilla en estado de defensa, porque se ignoraba lo que el Sol alumbraria. Se limpiaban las armas, se sacaban los uniformes de gala; los amigos y parientes se felicitaban, y la tripulacion en masa de la capitana se presentó á Colon para tributarle sus respetos y rendir homenaje á su injénio.

CAPITULO VIII.

I.

El Viernes 12 de Octubre de 1492, al romper el alba, se vió desprenderse de las sombras y destacarse, como si saliera de las aguas, una tierra floreciente, cuyos bosques, dorados con los primeros rayos del Sol, exhalaban mil desconocidos perfumes, y seducian la vista con su risueña perspectiva. Avanzaron las carabelas reconociendo una isla de bastante estension y nada montañosa: espesas florestas cortaban el horizonte, y en sus claros relucia como un espejo el agua cristalina de un lago. Las ondulaciones del terreno, cubierto con vigorosa vejetacion, formaban por decirlo así, como un marco de media caña salomónica á una playa espaciosa, hácia la cual se dirijieron.

No bien cayeron las anclas, que lleno de recojimiento, revestido de un manto escarlata, llevando en la diestra el estandarte de la espedicion, que ostentaba la imájen de nuestro señor Jesu-Cristo, bajó Colon la escala y entró en la chalupa, seguido de su estado mayor. A su vez, los capitanes de la *Pinta* y de la *Niña*, con las banderas de la empresa, tomaron sitio en sus canoas, que en pocas remadas ganaron la orilla.

Colon, sin poder contener su entusiasmo, y mudo

de felicidad, saltó el primero con ardor juvenil. La dicha reanimaba sus fuerzas, y apenas hubo pisado la nueva tierra, plantó en ella significativamente el estandarte de la cruz. No pudiendo contener su reconocimiento al supremo autor de la descubierta, se prosternó, é inclinó tres veces consecutivas su frente al suelo, y besó,[1] regándola con sus lágrimas, la playa desconocida á que lo condujo la bondad divina. Conmovidos como él, todos los que lo acompañaban se arrodillaron á su ejemplo, y levantaron en el aire un crucifijo,[2] mientras Cristóbal, en la efusion de su gratitud, alzando las manos al cielo, halló en lo mas íntimo de su corazon una plegaria admirable, cuyas primeras palabras ha recojido la historia y son estas:..... Dios eterno y todopoderoso! Bendito y alabado sea tu nombre en todas partes y exaltada tu majestad que se ha dignado permitir, que por mí, tu humilde siervo, se conozca é invoque tu sagrado nombre en esta parte del mundo...[3]

Su agradecimiento y su piedad se desahogaron en espresiones sublimes, y levantándose despues con majestad y desplegando el estandarte de la cruz, ofreció á Jesu-Cristo las primicias de su descubrimiento, poniendo á la isla el nombre de san Salvador.[4] Sacó luego la espada, imitándolo sus oficiales, declaró tomar posesion de aquella tierra en nombre de nuestro señor, para la corona de Castilla, y mandó al escribano mayor de la flota,

1. "Inginocchiati baciorono la terra tre volte piangendo di allegrezza." Ramusio. *Delle navigationi é viaggi racolte,* tomo III., foglio I.

2. Robertson. *Historia de América,* tomo I. lib. II. páj. 120.

3. P. Claudio Clemente. *Tablas chronolójicas de los descubrimientos,* decada primera. Esta plegaria de Colon se repitió luego por órden de los reyes de Castilla en los posteriores descubrimientos. Hernan Cortés, Vasco Nuñez de Balboa, Pizarro &c., debieron emplearla oficialmente.

4. "La llamó á gloria de Dios que se la habia mostrado, librándolo de muchos peligros, San Salvador." Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. XXV.

con presencia del comisario de marina y de los capitanes estender el acta en la forma prescripta.

Habiendo tenido lugar el descubrimiento, las condiciones del tratado con los reyes, en la vega de Granada, estaban cumplidas, y de consigüiente, los títulos de virey, gran almirante y gobernador jeneral de las islas y tierra firme que descubriese en las Indias, le pertenecian de derecho. En seguida, todos los circunstantes, llenos de admiracion y entusiasmo, lo reconocieron por tal, prestándole juramento de obediencia, espresándole muchos el dolor que les causaba recordar su pasada conducta, rogándole la olvidase y prometiéndole una fidelidad á toda prueba en lo sucesivo.

Pasado el acto de la toma de posesion, dispuso que los carpinteros formaran con dos ramas de árbol una cruz grande. Llamábase lo descubierto[1] en lenguaje de los indíjenas, Guanahani, y es centro de la primera línea de las Lucayas, ocupándolo tambien en el grupo prolongado que constituye el archipiélago de Bahama. Sin embargo de no verse ninguna habitacion, estaba bastante poblada; pero los naturales, espantados con la aparicion de las carabelas, que unos tomaban por mónstruos salidos del mar, y otros por seres celestiales, se refujiaron temblorosos en lo mas intrincado de los bosques. Mientras que el escribano Rodrigo de Escobedo, rodeado de los oficiales de la corona, del juez de la flota, del vehedor y de los capitanes, estendia sobre su rodilla el testimonio, los habitantes, que hasta entónces permanecieron escondidos entre el follaje, comenzaron á salir, y tranquilizados con la espresion de serenidad, grandeza y benevolencia que respiraba la fisonomia de Colon, á quien su talla elevada, su rico traje, el brillo

1. No hallando los protestantes ingleses bastante hermoso para figurar en sus cartas de navegacion el nombre de *San Salvador*, lo han reemplazado con el de *Gato*; y en sus atlas hidrográficos la isla de San Salvador lleva el honroso nombre de Isla del Gato. (Cat-Island.)!

de sus armas y la deferencia de su séquito les designaba como caudillo de los hombres misteriosos, fueron saliendo poco á poco. Uno tras otro osaron acercarse mas, y se pusieron de rodillas en su presencia, palpando sus ropas y sus piernas, para convencerse de que era una realidad, y no soñaban; pero sin duda alguna lo que mas asombro les causó, fué ver las espesas barbas de los españoles. A imitacion del almirante, acojieron los suyos á los inocentes salvajes con bondad, y se prestaron gustosos á su exámen.

Observó Colon que todos eran jóvenes y diferian de los africanos por el color, la forma de la cabeza y de las piernas; y su estatura era bastante elevada, y el matiz de sus carnes los asemejaba á los de las Canarias. Tenian la frente y el cráneo muy anchos, bien rasgados los ojos, poblada la cabellera, recortada por la frente, y cayendo sobre las espaldas, lampiña la cara, rectas las piernas, y el cuerpo muy proporcionado. Iban en la desnudez mas completa; pero se pintaban los miembros de diversos tintes; quien de rojo, quien de blanco, quien totalmente, quien solo la cara, quien no mas que las narices: estos eran los elegantes. Sus armas consistian en palos endurecidos al fuego, y un diente de caiman ó un pedernal en la punta.

Apenas llegado al nuevo mundo, y como si los indios hubieran adivinado que el almirante gustaba de los perfumes,[1] le ofrecieron un haz de yerbas secas aromáticas. Reconoció Colon en la repentina amistad que se habia establecido entre unos y otros, que, usando de dulzura, mejor que de intimidacion, seria fácil convertirlos al cristianismo; y para disponerlos mejor en favor suyo, les regaló gorros de colores, avalorios, cascabeles y mil bujerias mas, que parecian á los hijos de las sel-

1. "Unas hojas secas que debe ser una cosa muy apreciada entre ellos, porque ya me trujeron en san Salvador dellas en presente." *Diario* de Colon. Lúnes 15 de Octubre.

vas, de inestimable valor, y por las cuales ofrecian respetuosamente cuanto tenian.

La tripulacion de las carabelas pasó el resto del dia solazándose en los sombrios bosques, y así que los carpinteros hubieron dado de mano á su tarea, Colon hizo ensanchar el hueco practicado con el asta de la bandera, que clavó por la mañana, y erijir la cruz, [1] que sostuvo con sus propias manos, cantando el himno *Vexilla regis prodeunt*; y luego que estuvo fija en el suelo, entonó el *Te Deum laudamus*.

No hizo Colon plantar aquella cruz tan solo para dejar una señal de haber sido ocupado ya aquel terreno,[2] sino con el fin de consagrar por su medio el objeto de su descubrimiento, é indicar en las fronteras del nuevo mundo, que tomaba posesion de él en nombre de nuestro redentor Jesu-Cristo.[3] A puestas del Sol rezó la oracion de la tarde al pié de la cruz, y asiendo su estandarte, el *labarum* con que venciera el horror á la *mar Tenebrosa*, el espanto á la inmensidad, los azares del moviente elemento y los tumultos de los marineros, tornó á su carabela.

Al dia siguiente al amanecer, rodeaban los indíjenas á los tres buques, en piraguas de una sola pieza, y de trabajo admirable, si se atiende á que ignoraban de todo punto el uso del hierro. Remaban con una especie de palas de horno, cortas y anchas, llamadas gullas, y traian ovillos de algodon, venablos y loros domesticados, para cambiarlos hasta por pedazos de porcelana y de vasos rotos, llegando á dar treinta libras de algodon hilado por una blanca, trueque desproporcionado, cuya repeticion prohibió el almirante,

1. "Collocata in luogo della bandiera." Ramusio. *Delle navigationi é viaggi raccolte*, tomo III. fól. 2.

2. A ejemplo de Washington Irving, la escuela protestante se ha guardado bien de decir una sola palabra acerca de la ereccion de esta cruz.

3. "Ma per lasciare un segno d'haver preso la possessione in nome di Nostro-Signore Jesu-Cristo." Ramusio, *ibid.*

no queriendo que se abusara de tal modo del candor de los indios en cosas de comercio.

Al despuntar el alba el 14 de Octubre, hizo armar Colon la lancha de la *Santa Maria* y los botes de la *Pinta* y de la *Niña*, con el objeto de reconocer la isla por el otro lado. Tribus enteras, noticiosas de su llegada, se dirijian hácia ellos, llamándolos y trayéndoles agua fresca y vituallas; y dando gracias al señor por tan singular visita, se interrogaban unos á otros y estimulaban con grandes voces á los morosos y ancianos diciéndoles: Venid á ver los hombres que han descendido del cielo, y traedles de comer y de beber; al oir lo cual, acudian apresuradamente con víveres individuos de ambos sexos, bendiciendo á Dios á su manera, que consistia en arrojarse al suelo y levantar los brazos en alto.

Reconoció el almirante en medio de bosques bravos, huertas fácilmente regadas, verjeles deliciosos y "piedra propia para edificar iglesias."[1] Retuvo á bordo á siete indíjenas, que deseaba llevar á Castilla para presentarlos á los reyes, enseñarles la lengua española, hacerlos cristianos y devolverlos en seguida á su patria, y dióse á la vela.

Apenas se hubo apartado de la isla de San Salvador, se vió en la mas grata de las indecisiones, pues á medida que avanzaba, parecia salir de las aguas multitud de islas cubiertas de follaje, que se estendian por todos los puntos del horizonte. No se podian contar: los indios de á bordo nombraban mas de ciento, y todavía quedaban muchas: su perspectiva incitaba á la curiosidad: no sabiendo por donde comenzar la esploracion de este archipiélago, se dirijió el contemplador de la naturaleza hácia la isla que le pareció mas grande, distante unas siete leguas. Llamóla Santa Maria de la Concepcion, y al desembarcar procedió á la toma de po-

1. *Diario* de Colon. Esta observacion hecha el 14 de Octubre de 1492 no fué mencionada sino por casualidad el 5 de Enero de 1493.

sesion en la forma solemne, es decir, erijiendo una cruz. Era en estremo llana, y parecia ser muy fértil; y sus habitantes por la fisonomia, la desnudez, la confianza y la dulzura de su carácter recordaban los de San Salvador. Admiraban tambien á los estranjeros milagrosos, les dejaban reconocer libremente su tierra, y les daban con respeto cuanto les pedian.

Dirijióse en seguida Colon en demanda de otra isla, que atendiendo á las susceptibilidades del rey, nombró Fernandina, aun antes de desembarcar. Los naturales, semejantes á los ya vistos, parecian sin embargo, como dijo el virey: "Mas dóciles y tratables, mas civilizados y hasta mas arteros."[1] Trabajaban el algodon, y fabricaban hamacas, mantillas y nagüetas para las mujeres casadas; y sus chozas, construidas en forma de tienda de campaña, daban fé de su esquisito aseo.

Mientras que bajo la proteccion de un piquete, los marineros de servicio hacian aguada, el almirante se paseaba embelesado por los bosques, y admiraba agradecido la multitud de plantas, que tenia á su alrededor, procurando conocerlas. Desplegaba la vejetacion un lujo nunca visto, y su variedad era infinita. La abundancia y la espesura de los árboles hacia que las ramas, los troncos y los retoños confundieran sus brazos, mezclando sus hojas de tal modo, que uno mismo parecia llevar por partes cañas y lantiscos. Oprimidos entre sí los vejetales, entrelazaban su follaje, hasta el estremo de producir esa ilusion, que despues han esperimentado los botánicos allí: por eso en los primeros dias creyó Colon que aquellos árboles diversificaban sus productos.

Habiéndole dicho los indíjenas que á cierta distancia estaba una grande isla llamada Saometo, cuyo rey llevaba vestidos y mucho oro sobre su persona, salió inmediatamente para ella.

1. *Diario* de Colon. Mártes 16 de Octubre de 1492.

Y vió una tierra fecunda, risueña y accidentada de un modo pintoresco por eminencias coronadas de bosques, y aspiró los balsámicos olores que recojia la brisa, al pasar por las florestas y esparcirlos sobre el mar. El contemplador de las obras de Dios deleitaba su olfato con aquel ambiente estraño en Europa, admiraba las trasparencias de las aguas, la suavidad del aire y el brillo del cielo, y no sabia á donde echar el ancla. "Mis ojos, decia, no se cansaban de mirar un verde tan hermoso y tan distinto del europeo...... Las flores y los árboles de la playa nos enviaban un olor tan grato, que era lo mas suave que podia respirarse;"[1] y como lo convidaban por todos los puntos de la orilla nuevos encantos, andaba indeciso, sin saber á cual preferir.

Al desembarcar reconoció la superioridad de esta isla sobre las demas. Estaba cubierta de magníficos y soberbios árboles, y de yerba tan alta como en el mes de Abril en Andalucia: inmensas lagunas la daban deliciosa frescura, y á cada momento innumerables bandadas de loros oscurecian el Sol. El canto y los relucientes plumajes de multitud de aves, nunca vistas en Europa, la pureza del ambiente, los estraños productos del suelo, y el aspecto de la nueva naturaleza, al par que lo sorprendieron, lo inclinaron á bautizarla con el nombre de la real asociada de su fé, de sus esperanzas y de su celo evanjélico: llamóse, pues, Saometo, la Isabela.

Al acercarse los estranjeros, sus habitantes se huyeron en desordenada fuga, llevando consigo todos sus adornos, salvo los muebles, á los cuales prohibió tocar el almirante bajo las penas mas severas. A poco rato los indíjenas, viendo que no se ocupaban los españoles de perseguirlos, se fueron acercando para hacer cambios. Algunos traian suspendidas del cuello

Diario de Colon. Viérnes 19 de Octubre de 1492.

y narices laminitas de oro, que trocaban gustosos por pedazos de vidrio, tazas rotas y escudillas de barro.

Colon pasó unos dias en esta isla en la espera de un cambio considerable de oro que le habian prometido, y mientras tanto la examinó con escrupulosidad, no pudiendo por menos de escribir estas palabras en su *Diario*: "La diversidad de los árboles y frutos de que están cargados, con los perfumes que embalsaman el aire, me asombran y me admiran, y no parece sino que faltan las fuerzas para abandonar estos sitios al que los ha visto una vez"[1] Y desconsolado de no conocer los nombres y las propiedades de tantos vejetales añadió: "Es imposible estar mas apesarado que yo de no saberlos, porque estoy muy cierto del gran merito de todos ellos," y tal fué su sentimiento que por tres veces consecutivas lo manifestó en las siguientes ó parecidas palabras: "Creo que hay aquí muchas producciones, que tienen gran precio en España entre tintoreros, boticarios y mercaderes; pero no las conozco, y es para mí la mayor pena del mundo."

Paseándose á la orilla de un lago, divisó el almirante un leguano, armado de garras, con erizadas escamas y cabeza horrible; verlo y atacarlo fué la misma cosa para él; pues era menester habituar la intrepidez española á los animales de aquel pais desconocido. El leguano zambulló; pero como el agua no estaba muy profunda, lo persiguió Colon, y á lanzadas lo mató; su piel tenia siete pies de largo.[2]

1. *Diario* de Colon. Domingo 21 de Octubre de 1492.
2. Ibid. Ibid.

II.

Como con el noble deseo de conocer las obras de Dios y de adquirir oro, se confundiera Colon ante la multitud de islas, y la cantidad de objetos nuevos que se ofrecian á su reflexion y á su entusiasmo, tuvo que resignarse á contarlas no mas; porque como escribia á la reyna, "su objeto no era el de visitarlas en detalle, pues no hubiera concluido en cincuenta años, sino por el contrario, ver y descubrir las mas que pudiese."[1]

En el primer viaje, despues de haber revelado la existencia de aquellas desconocidas rejiones, tenia mas interes en adquirir oro y reunir una gran cantidad, que en estudiar la naturaleza. Y lo buscaba para interesar á España en la prosecucion de los descubrimientos, mostrando con él la prueba palpable de su importancia; y sobre todo para dar principio al tesoro inmenso que queria reunir, para la emancipacion de los santos lugares y el rescate del sepulcro de Jesu-Cristo: idea que no se apartaba un instante de su imajinacion, y era causa de su ambicion desmedida.

Anhelaba, pues, recojer para convertirlas en oro, las especerias y cuantas preciosidades produce el oriente, en cuyas puertas se creia: por donde quiera que iba inquiria con dilijencia los paises en que lo habia; su vista escitaba en él los mas vivos deseos; jamas ningun cristiano ansió el oro con tanta vehemencia co-

1. *Diario* de Colon. Viérnes 19 de Octubre de 1492.

mo Colon, que no hallándolo tan pronto como se lo prometió en un principio, invocó á Dios, rogándole lo llevara á los criaderos, y se los mostrara. No bien hubo tomado posesion de San Salvador, fué "á examinar atentamente á los indios, dice él, con el objeto de averiguar si allí lo tenian."[1] Al otro dia de su llegada por tres veces habló en su *Diario* del mismo asunto. Apenas fondea en Santa Maria de la Concepcion, salta en tierra cerca de un cabo, para adquirir noticias del suspirado metal, y se ocupa de unas islas en que debia existir, añadiendo: "Pueden encontrarse aquí muchas cosas que yo ignoro, porque no quiero detenerme, á fin de no privarme de visitar y reconocer porcion de islas para dar con el oro:" y prosigue con candor infantil: "Con la ayuda de nuestro señor no puedo menos de encontrarlo allí donde nasce."[2] Preocupóle mucho en la Fernandina una gran lámina de oro que llevaba en las narices un indíjena, y reprendió á su jente por no haberla comprado. Prosiguió despues su rumbo, anunciando que se detendria solamente en los parajes en que se hallase oro en abundancia, y hacíasele largo el camino á la isla de Saometo, porque los indios se dejaron decir, que en ella estaban las fuentes auríferas. En la Isabela provocaron su curiosidad los adornos de oro, que se ponian los insulares en las narices, y se detuvo allí, esperando que se lo trajeran á trueque de bujerias de Europa. Mas, no era allí donde crecian los filones, y así puso la proa en demanda de una isla llamada Cuba, "en la cual habia oro,[3] especias, grandes buques y comerciantes." Por las descripciones de los indios presumió fuera la de Cipango, sobre la que tantas maravillas se contaban, y que, son sus palabras, "segun las esferas que yo he visto, así como las pinturas de los mapamundis, está situada por aquí."

1. *Diario* de Colon. Sábado 13 de Octubre de 1492.
2. *Ibid.* Lúnes 15 de Octubre.
3. *Ibid.* Miércoles 24 de Octubre.

El 24 de Octubre á media noche, el almirante mandó levar anclas, para darse á la vela para Cuba, siguiendo las indicaciones de los indíjenas que venian á bordo, y poniendo de consiguiente la proa al OSO. Soplaba con bastante fuerza el viento; mas con la llegada del dia aflojó y comenzó á llover. Despues de las doce tornó la brisa, pero lijera, y á todo trapo siguió la *Santa Maria* hasta el oscurecer. En razon á estar aquel paraje sembrado de islas y de bajos, el almirante dispuso pasar la noche (que se cerró en agua), á la capa, y al siguiente dia prosiguió el rumbo con viento fresco, reconociendo á eso de las tres de la tarde, á cinco leguas de distancia, de siete á ocho islas, que nombró "de Arena," por la poca profundidad del mar en sus inmediaciones; anclaron, y el Viérnes al despuntar la aurora se inclinaron al SO., prosiguiendo entre ellas. A la otra mañana, un brisote los fué impeliendo hasta la anochecida, en cuya hora se destacó la tierra entre las sombras; pero las carabelas se mantuvieron á cierta distancia. La lluvia caia á torrentes.

III.

En la amanecida del Domingo vió Colon, por la proa de las carabelas, estendida por el horizonte al SO. una tierra, cuyo grandioso aspecto anunciaba mejor un continente que una isla. Las cimas sonrosadas de las alturas y los perfiles violados de las cumbres, delineándose al traves de una leve neblina con los primeros rayos del Sol, le recordaron por su

soberbia elevacion las montañas de Sicilia.[1] Perfumes mas penetrantes y esquisitos prometian mayor opulencia en las galas del terreno: el sello de majestuosa fecundidad que caracteriza á esta tierra privilejiada, lo llenó de admiracion, y á medida que avanzaba y podia distinguir mejor cada forma, percibia un poder hasta entónces desconocido; porque no era el follaje rizado y espeso, las plantas acuáticas y las florestas un tanto húmedas de las Lucayas, sino una diversidad tal en las actitudes, y tan pintorescos los contrastes y la combinacion de los grupos, que escedia á cuanto puede inventar de mas seductor y maravilloso la imajinacion humana. En primer término: cocos, cactus descomunales, pitas, tribus de palmíferos de infinidad de formas, helechos arborescentes, ojálidas de flores amarillas, ácidos calmias, jigantescas acederas elevando su follaje hasta dos varas de altura, alcaparros, delicadas sensitivas, palo tinte, mahogon, caoba, calabazas, troncos espinosos, guanabanos, y sedosos gálegas; luego orelias catárticas, gazumas, guayabas, granados salvajes, cañafístola, negros y relucientes ébanos, vides cargadas de racimos... ¡cuán pródiga habia sido allí la mano del creador! la vejetacion se presentaba bajo todos sus aspectos, formas y colores, desde la elevada y esbelta palmera á la enana cepa de vid, desde las blancas florecillas, que alfombraban el suelo, á los robustos, negros y brillantes ébanos.

En verdad que debió sentir Colon el ignorar los nombres y propiedades de estas plantas, y verse reducido á contemplarlas tan solo, no pudiendo saber ninguno de los secretos que la bondad divina depositó en las virtudes, la utilidad y las armonias de los productos del suelo.

Encontraron la embocadura de un rio, desahogando tranquilamente sus aguas cristalinas, y ofreciendo

1. *Diario* de Colon. Domingo 28 de Octubre de 1492.

un puerto seguro: en el momento de penetrar en él las carabelas, dos canoas con indios, que iban desembocando, al notar las chalupas que sondaban el paso tomaron precipitadamente la fuga y se escondieron. Era una rada magnífica, y Colon, al examinar sus orillas, sintió duplicarse su admiracion, porque si de lejos habia esperimentado el efecto de la perspectiva, ahora de cerca, se manifestaba por entero á sus ojos la prodijiosa riqueza de los detalles.

Árboles en forma de pilastras, de cipos, de candelabros y de cirios, acopados, en forma de quitasol ó de abanico, y bajo cúpulas de vivos colores, vejetales de hojas puntiagudas, ásperas, lisas, velludas, redondas, cilíndricas, lanceoladas, cordiformes; espátulas, palmas aguzadas, corazones, flechas, raquetas; ramajes robustos, mezclados con delicadas enredaderas, cubiertas de flores encarnadas, azules, verdes, ya en guirnaldas, ya en ramos; pámpanos, cálices, pezones, umbelas de mil hechuras y aromas diversos, completamente ignorados hasta entónces.

Lo pintoresco de los grupos, lo atrevido de las posiciones, lo singular de los contrastes, la multitud de objetos de diferentes organizaciones y cualidades; aquellas flores, aquellos frutos, aquellos perfumes, aquellos conjuntos casuales y armoniosos, presentados de repente, hubieran deslumbrado al primer golpe de vista á cualquier hombre no acostumbrado á los prodijios de la creacion, cuando el mismo contemplador de la naturaleza, al considerar tan asombrosa profusion, demasiado admirado y conmovido para atreverse á entrar en detalles, se limitó á escribir confundido en su *Diario* "que nunca jamas vió tal magnificencia."[1] Abrazaba desde á bordo las orillas, cubiertas en toda su estension de árboles hermosos y verdes, cargados de flores y de frutas, y sobre las cuales se cernian banda-

1. Las Casas. *Diario de Colon*. 28 de Octubre de 1492.

das de pájaros de reluciente plumaje. Distinguió tambien entre tantas clases de vejetales muchas especies de palmeras, diferentes de las que crecian en España, en las Canarias y en la costa de Africa.

Deseoso de comenzar cuanto antes la busca del oro, y su coleccion de productos del pais, saltó el almirante en tierra, y despues de tomar posesion de ella en la forma acostumbrada, clavando una cruz, la dió el nombre de Juana, y á la rada el de San Salvador. Como divisara entónces dos casas á lo lejos, se dirijió hácia ellas, y entró; pero los habitantes habian huido, y no halló sino un perro feo, cobarde y mudo, inútil guardian de algunos utensilios de pesca. Reiteró su prohibicion de tocar ningun objeto, y remontó el rio hasta gran distancia.

La tranquilidad y trasparencia de las aguas, la suavidad del aire embalsamado, la rica tapiceria que formaba la vejetacion, el murmullo de los cañaverales, los insectos brillantes, las mariposas de color de oro, los presumidos colibrís, los guacamayos vestidos de vistosas plumas, el coro de innumerables avecillas escondidas entre el ramaje, el matiz de las flores, la gracia, el perfume, la infinidad de tonos del paisaje, los susurros, los sonidos vagos ó cadenciosos que se prolongaban al traves de los bosques, la fertilidad apoderándose de lo inculto, la vida, la sávia, la organizacion jerminando por todas partes, presentándose á los ojos del hombre risueña, palpitante, tierna, adornada de galas tan estraordinarias, que ni se soñaron siquiera en nuestra Europa antes de aquel dia, abismaron su alma en dulce é indefinible encanto, y esclamó candorosamente, "que no podria separarse de aquellos lugares sin pena, y solo con la esperanza de tornar á ellos." Comprendió que iba pasando por la tierra privilejiada de la naturaleza, que se acercaba á la mansion encantadora de las rejiones equinocciales, y dijo entónces, cuando las dos terceras partes del globo no se conocian aun, "que aque-

lla era la isla mas hermosa que jamas vieron los mortales."[1]

El tiempo y la esperiencia han sancionado este asombro del contemplador de la naturaleza, y hoy, despues de la completa esploracion de los espacios del Océano, Cuba no tiene rival, y es la isla mas hermosa que han visto los hombres. Cuba, la perla de los mares, merece en justicia el título que lleva de reyna de las Antillas; por la constancia y dulzura de su temperamento, por la falta de huracanes frecuentes, y de la violencia de las corrientes submarinas, la salubridad de sus costas, la comodidad de sus puertos, la pureza de sus aguas, la frescura de sus montañas, que se destacan sobre un cielo limpio y despejado, la riqueza fabulosa de sus productos y la variedad de sus perpectivas és incomparable. Cuba, objeto perenne de la admiracion del pensador, del artista, del poeta y del botánico, escita la tenaz codicia de un pueblo vecino, temerario é insaciable, no obstante poseer la mitad del nuevo mundo.

En medio de este infinito de cosas admirables se esforzaba Colon en apoderarse de los rasgos sublimes del pensamiento creador; queria saber por qué nuevas maravillas se dignaba manifestarse al entendimiento la ciencia de Dios, y sorprender los indicios de alguna gran ley del globo. Porque yá en aquella época tenia en sí el jérmen de la observacion filosófica y de la tendencia á la jeneralizacion de los hechos, que desplegó despues.

La poesia, la admiracion, las grandes miras, no le hicieron olvidar nunca el lado práctico, útil y comercial de las cosas. Luego de haber examinado multitud de palmíferos y de yerbas, tan altas entónces como en el mes de Mayo en Andalucia, reconoció la péplide y el berro venenoso; y al ver que casi á la misma orilla

1. *Diario* de Colon. Domingo 28 de Octubre de 1492.

del agua crecia en abundancia el follaje, dedujo lójicamente, que en aquel sitio el mar debia permanecer siempre tranquilo. En efecto, allí estaba preservada en toda su estension la costa de los sacudimientos de las corrientes ecuatoriales, qne pasan entre Cuba y el continente americano. Habiendo reparado en un lugar, que juzgó á propósito para formarse conchas de perlas, pues se encontraban bivalvos en abundancia, que es una especie de indicacion de su existencia, y como le dijeran los indios que era abundante en ellas y minas de oro, deseoso de encontrarlas se dió á la vela el 29 de Octubre con rumbo á poniente, en demanda de la capital que indicaban los naturales. Al paso por la embocadura de una corriente la bautizó con el nombre de rio de la Luna, y cuando por la tarde se avistó otro mucho mas ancho le puso el de rio de los Mares.

Enviáronse á tierra las embarcaciones para tomar lenguas: pero sus habitantes habian huido espantados al divisar á los estranjeros. Las viviendas, á guisa de tiendas de campaña levantadas aquí y allá, sin regularidad ni simetria, estaban en estremo limpias, y con cierta elegancia en su modesto ajuar. Halláronse estátuas de mujer, muchas caretas primorosamente hechas, perros mudos y de repugnante aspecto, y aves domesticadas que vivian en su triste y taciturna compañia: muchos utensilios de pesca indicaban el jénero de industria de este pueblo, y Colon prohibió de nuevo tocarlos.

La magnificencia que admiraba aquí el almirante, no era menos digna de su estudio. Pasaba embelesado las noches en la contemplacion de aquella naturaleza, observando la bóveda celeste, la luz de las estrellas, la dulzura del aire, las emanaciones odoríferas del suelo y de las aguas, que fertilizaban mil plantas aromáticas. Escuchaba con melancólico placer el gorjeo de los pajarillos, los variados é inimitables trinos

del ruiseñor, todos los rumores, en suma, de tan ricas florestas, desde el rujido de la fiera á el canto del grillo,[1] que recordaba á sus marineros sus juegos de la niñez en el hogar paterno; y calculaba que el reposo del mar favoreceria allí la formacion de las conchas de perlas. Como ni su arrobamiento relijioso, ni la poesia de sus emociones, detenian ni atenuaban sus investigaciones cosmográficas, al par que se deleitaba con la tranquilidad y el ambiente embalsamado de las noches, exentas de frio y de calor, se preguntaba, por qué en un radio tan poco distante de las islas de Bahama, en las cuales el calor es en estremo intenso, encontraba temperatura tan moderada, hallando la razon de esta diferencia en que en Bahama, el terreno estaba llano, y era constante un viento nada fresco del lado del Este.

Al otro dia, continuando el almirante su camino al O., reconoció un cabo tan abundante en palmeras, que le dió ese nombre; y los indios embarcados en la *Pinta* dijeron á su capitan, que á la espalda de aquel, corria un rio distante de Cuba solo cuatro jornadas. Martin Alonso Pinzon no dudaba de que la tierra que iba costeando fuera un continente, y Cuba una gran capital. A consecuencia de haber estudiado el planisferio ideal de Toscanelli, que Colon le comunicó, y que guardó tres dias, Martin Alonso se creia llegado á las rejiones que señaló en él hipotéticamente; pero Colon pensaba que aquella inmensa estension de tierra, de influencias tan caracterizadas, era tal vez el continente asiático, y que de consiguiente se hallaba á cien leguas poco mas ó menos de Zayto y de Quinsay.

Con el fin de salir de dudas, resolvió el almirante enviar un mensaje al soberano de esta nacion, escojiendo al efecto á Rodrigo de Jerez, que habia estado en

1. *Diario* de Colon. Lúnes 29 de Octubre de 1492.

Africa, al poliglota Luis de Torres, judio convertido, y en otro tiempo agregado á la familia del gobernador de Murcia en calidad de preceptor, y á dos indios para que, en caso necesario, sirvieran de intérpretes. Provistos de bujerias, para procurarse víveres en el viaje, debian dirijirse los mensajeros á la corte del gran Kan, y participarle la llegada á sus estados de Cristóbal Colon, encargado de una carta y de presentes de los reyes de España, deseosos de trabar relaciones de amistad con su alteza. Colon les dió instrucciones muy circunstanciadas acerca de las observaciones que tenian que hacer en aquella escursion. Durante su ausencia mandó carenar las tres carabelas; pero teniendo la precaucion de no varar mas de una á la vez en la costa, dejando dos prontas siempre á combatir; sin embargo de que por la apariencia no hubiera nada que temer de los indíjenas.

Tornaron los enviados al cabo de seis dias; pero en lugar del gran Kan, de su capital y de las minas de oro, no habian encontrado mas que una aldea de medio ciento de cabañas, en la cual fueron recibidos como venidos del cielo. Los principales los tomaron en brazos para conducirlos á la mejor choza del lugar, y los hicieron sentar en sillas, mientras que ellos se prosternaban en tierra respetuosamente á su alrededor, y les besaban pies y manos. Al volver Rodrigo de Jerez y Luis de Torres dieron con multitud de naturales de ambos sexos, que traian unos rollos de yerbas secas encendidas por un estremo, mientras por el otro se lo acercaban á la boca para aspirarlo, despues de lo cual, despedian de ella una nube de humo. Designaban esta especie de caramillo con el nombre de *Tabaco*, que nosotros hemos dado á la misma planta.

Los embajadores atravesaron por tierras perfectamente cultivadas, sembradas de aldehuelas, y vieron cantidad de árboles, de flores, de yerbas aromáticas y de aves del todo desconocidas en España, á escepcion

de los ruiseñores y los ánsares que no escaseaban. Pero si no se hallaba oro en tan fértiles sitios, abundaban almas que salvar, y pueblos pacíficos que conservar, de cuyas disposiciones relijiosas auguraba bien Colon; pues espresaba de esta manera su esperanza á los reyes: "Ya tengo dicho, serenísimos príncipes, que desde el momento en que haya misioneros que hablen su lengua, se vendrán al cristianismo. Espero en Dios que vuestras altezas se decidirán prontamente á enviarlos, para poder reunir á la Iglesia tantos pueblos tan numerosos, y que sin duda alguna los convertirán, así como han destruido á los que no han querido confesar al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo"[1] (los mahometanos). Como en el ardor de su fé Colon no temia la muerte, no vacilaba presentar su imájen á los reyes; imájen que tanto cuidado ponen los cortesanos en apartar de su vista, y añadia: "Y despues de sus dias, (que todos somos mortales), dejarán sus reinos en muy tranquilo estado, y limpios de herejia y maldad, y serán bien rescebidos delante el eterno criador."[2] Y con la misma naturalidad, dejando correr su pluma, rogaba á Dios por sus altezas, y le pedia, "que le pluguiera acordarles larga vida, grande acrecentamiento de reinos y principados, y voluntad y disposicion para acrecentar la santa relijion cristiana."[3] Despues anunciaba á los reyes que habia puesto su buque á flote el mismo dia, y que "se despachaba para partir el Juéves *en nombre de Dios*, é ir al Sueste á buscar oro y especerias, y descobrir la tierra."[4]

Salió el almirante del rio de los Mares en demanda, segun la indicacion de los indios, de la isla de Babeque, en la que decian por señas, se cojia oro en la playa por la noche á la luz de hachones. Siguió la costa durante dieziocho leguas, sin querer acercarse á

1. *Diario* de Colon. Mártes 6 de Noviembre de 1492.
2. *Ibid.* Ibid.
3. *Ibid.* Ibid.
4. *Ibid.* Ibid.

ella, y al otro dia Mártes, reconoció un cabo que llamó de Cuba.

El 14 de Noviembre se alejó al E. para descubrir aquella Babeque, cuyos metales auríferos no cesaban de ponderar los indíjenas, y se halló en un archipiélago nuevo, del que era imposible contar las islas. Eran estas grandes, montañosas y cubiertas de magnífica vejetacion; la pureza de la atmósfera y el brillo de las aguas, de las que parecian salir aquellas masas, cautivaban los ojos de Colon, que bautizó al mar con el nombre de Nuestra Señora. La hermosura del sitio lo seducia, queria, á pesar de su sed de oro, recorrerlo todo con las chalupas de las carabelas, que habian anclado en un magnífico fondo de arena, y registrar el grupo que parecia prometer al menos, especerias y piedras preciosas.

El Viérnes 16 de Noviembre, en el momento de saltar Colon en tierra para verificar la toma de posesion en la primera de ellas, en la forma consagrada por su piadosa costumbre, vió en el suelo en un accidente del terreno dos grandes maderos, uno mas pequeño que otro, y el menor sobre el mayor, formando una cruz con tanta exactitud, que un carpintero no hubiera podido darla mejores proporciones. Cayó en tierra de rodillas el mensajero del apostolado, dando gracias al señor por esta nueva bondad, y *adoró la Cruz* que le habia sido providencialmente preparada en aquella isla desconocida, pareciéndole al mismo tiempo que Dios no lo abandonaba, al encontrar anticipados sus deseos en parajes desiertos y sin nombre. Hecho esto, dispuso se terminara afirmándola, y quiso que la ereccion del sagrado signo tuviera lugar el Domingo siguiente en un sitio de los mas aparentes y desnudos de ramaje. Entretanto examinaba los productos del suelo, é hizo buscar á su jente conchas de perlas que se hallaron, pero vacias. Cojiéronse muchos peces estraños, entre otros, uno duro, con la cabeza como de cerdo, cubierto de

escamas, y no teniendo blanco sino la cola y los ojos. Colon lo mandó salar para mostrarlo á la reyna, que gustaba de curiosidades de historia natural. Al otro dia encontró en otra isla cerdos de Indias, langostas monstruosas y gran cantidad de aves: el fuerte olor de almizcle, que en ciertos sitios se advertia, le hizo creer que hubiese animales que lo produjeran.

El Domingo 18 de Noviembre el almirante con sus oficiales y la mayor parte de las tripulaciones, todos de grande uniforme, se embarcaron en las lanchas para ir á enarbolar el signo de la redencion. La alta y hermosa cruz fué plantada en un punto culminante, en que los árboles no la ocultaban, y acompañó á la ceremonia las oraciones de costumbre, dedicando todo el dia al rezo y al descanso.

El Lúnes, antes de salir el Sol, ya habian levado anclas las carabelas; pero contrariadas por la mar y el viento avanzaron poco, y temeroso Colon de que los indios de San Salvador no se les escaparan al avistar la Isabela, de la cual solo distaban doce leguas, cambió de rumbo. Por otra parte los indíjenas parecian estar muy satisfechos de su nuevo jénero de vida, empezaban á comprender algunas voces españolas, se santiguaban, se arrodillaban delante del crucifijo,[1] recitaban sus plegarias levantando los brazos, y repetian la *Salve* y el *Ave Maria* con un tanto de recojimiento, persuadidos de que hacian coro á hombres venidos del cielo en busca de oro, y que los devolverian á su patria así que lo hubieran hallado.

El 20 y 21 de Noviembre prosiguieron navegando hácia la isla de Babeque, cuyos tesoros traian inquietas á todas las imajinaciones.

En medio de las fatigas consiguientes á estas pesquisas no faltaban á Cristóbal Colon motivos de des-

1. "Y muy presto á cualquiera oracion ques no ses digamos que digan y hacen el segnal de la cruz." *Diario* de Colon. Lúnes 12 de Noviembre de 1492.

contento y de inquietud. En la *Pinta* y en la *Niña* jamas se obedecian sus órdenes con puntualidad, y sus dos capitanes se permitian ciertas observaciones, todavia mas inconvenientes por el tono que por las palabras. Los tres hermanos Pinzon, el mayor principalmente, no podia tolerar el que un estranjero, que sin su ayuda no hubiera podido hacer la espedicion, se viese tan de súbito condecorado con los títulos de almirante y virey, y con derecho á recojer segun sus capitulaciones con la corte de Castilla, una parte considerable de las riquezas que producian aquellas rejiones: la envidia aguijoneaba la ambicion del señor Martin Alonso.

Un indio embarcado en la *Pinta* en calidad de intérprete, hubo de ponderar á su capitan las magnificencias de Babeque, del camino de la cual se pretendia práctico, y Martin Alonso, alucinado con tan risueñas esperanzas, se apartó de los otros buques en su demanda en la noche del 21 al 22 de Noviembre. Como la atmósfera estaba despejada y el viento fresco, pudo ver el almirante la maniobra, é hizo encender un farol, que se dejó ardiendo hasta el alba; pero Pinzon, sin tener en cuenta la señal, continuó con rumbo al E. desapareciendo en el horizonte: grande sentimiento causó al virey su desercion.

La *Niña*, mandada por Vicente Yañez Pinzon, se mantuvo fiel en su puesto, que Vicente, ademas de ser muy dado á las cosas de la mar y de la hidrografia, comprendia mejor que sus hermanos el manejo de un buque y las nociones del deber, y por su capacidad podia mas bien que ellos apreciar el carácter de Colon.

En los dias 23 y 24 se acercó el almirante por la mar de Nuestra Señora á las costas de Cuba, descubriendo varios cabos y fondeaderos seguros y capaces. En una de sus escursiones encontró piedras con partículas de oro, y las guardó para llevarlas á la reyna. Halló tambien abetos perfectamente rectos y de altura desco-

munal, tanto que entre ellos escojió un palo y una antena para la *Niña.*

El 25 descubrió una rada, cual nunca vió otra parecida, pues cien navios de línea habrian podido guarecerse en ella sin necesidad de amarras. Montañas cubiertas de bosques de maderas propias para construccion la defendian de los vientos, y Colon lleno de agradecimiento dijo con este motivo, "que hasta aquel dia plugo á nuestro señor mostrarle siempre una cosa superior á la precedente, y que habia ido de mas en mejor en todos sus descubrimientos."[1]

El 26 recreó su vista con nuevos paisajes y fondeaderos, que maravillaban á sus oficiales.

El 27; no obstante la serenidad del cielo y la proximidad de cinco ó seis bahias admirables, tuvo valor para no saltar en tierra, con el objeto de no demorar el cumplimiento de su objeto principal. Porque decia, como repite Las Casas, que, "se detenia siempre mas de lo que queria, arrastrado por el deseo de contemplar y el placer de admirar la hermosura y feracidad de aquellos sitios, por cualquier lado que penetrase en ellos." Para ponerse en guardia consigo mismo continuó dando bordadas toda la noche; y al dia siguiente, costeando al SO. entraron los buques en un puerto, circunvalado por una inmensa llanura, perfectamente laboreada y sembrada de cabañas, que hacian suponer las columnas de humo, que se elevaban de en medio de glorietas de árboles. Altas colinas y montañas cercaban el horizonte. Sondeó Colon la rada; en ella desaguaba por el lado del S. un rio profundo, y suficiente para dar paso á un buque de alto bordo, y cuya embocadura, cubierta con los accidentes del terreno, no se veia sino á muy corta distancia.

1. Las Casas. *Diario* de Colon 25 de Noviembre de 1492.

IV.

En esta parte de Cuba próxima á las montañas, y bajo la completa influencia del medio dia, parece haber reunido la creacion sus últimos esfuerzos, pues abunda en efectos de conjunto y perfecciones de detalle indescriptibles: cada movimiento del terreno diversifica las decoraciones de una vejetacion espléndida, hasta llenar de asombro la mente, y diríase que una fuerza subterránea hace subir á la superficie la potente fecundidad, con que el creador dotó al humus. La abundancia de la sávia circula bajo todas las formas, y se manifiesta de un modo tal, que la vista no puede entreveer la superficie del suelo, en fuerza de lo tupida que es la urdimbre que forman los vejetales, que lo tapizan y adornan. Por donde quiera árboles jigantescos se levantan como verdaderos obeliscos del centro de impenetrables matorrales, y dominan desde su altura la multitud de plantas, que nacen, crecen y viven á su sombra, siempre verdes y risueñas. Otros, menos atrevidos, se disputan con mas porfia el espacio, se acercan, pugnan entre sí, y se asfixian con su número. Luego coquetas estipas, engalanadas de vistosos penachos, y de hojas en forma de abanico, acercando lánguidamente sus cabezas, semejan cariñosos besos y tiernas confidencias; y á sus pies plantas parásitas, lianas sinuosas multiplicando sus enlazaduras, y arrastrándose á distancia, velan la tierra con sus guirnaldas de flores, y ruedan por las pendientes en pellones de follaje. Las lianas sarmentosas, amigas inseparables de las orillas de los torrentes, se agrupan á los flancos de las rocas, y caen por su temeridad en los

abismos con su belleza, sus perfumes y sus encantos. Allí la gracia y la poesia iban unidos á lo terrible; los precipicios estaban cubiertos por lechos de blancas azucenas. Sin duda que Colon vió en aquel sitio junto á las plantas, con que ya se habia familiarizado, especies aun desconocidas, porque su contemplacion llegó repentinamente al apojeo del entusiasmo.

Bajo las anchas cintas de la palmera vinífera, los naranjos salvajes con su fruto de oro, las quiebras que resisten al hierro, los bananos, mostrando sus paños de gruesa tela, las belónias, con ramos cilíndricos, los sebestos, cargados de flores, los eritales, con sus bayas de color de púrpura, traspirando á jazmin, los jigüeyes, con elásticos racimos, los euforbios de brácteas escarlata, las chinchonas, los copales, inapreciables en la medicina, las cónizas aromáticas, y los caimíteros con manzanas violadas. Palmitos, mirtos olorosos, semejando con sus hojas al limon, la pimienta, la prela, exhalando aroma de vainilla, en buena compañia con árboles sin nombre, dominados todos por el jigantesco ceiba, rey absoluto de aquellas soledades. Y á traves de las innumerables vueltas y revueltas, que formn las lianas al pasar de unos árboles á otros, y mientras se arrastra su tronco por el suelo, para subir atrevido á la copa del mas alto, la trepadora calabaza y la paulinia alada encantan los ojos, y el humilde cicoparzo sirve de guarida al amor de las palomas.

Para las almas intelijentes, esta venturosa tierra tiene aun atractivos irresistibles. En sus puras y cristalinas aguas se producen al rizarse reflejos maravillosos, y en la mar que la circunda, fenómenos é ilusiones sin igual; la tranquilidad del cielo, la clara luz del dia, los vivos tonos del paisaje y el dulce aroma que impregna el aire hacen penetrar en los sentidos una vaga escitacion, que seduce y embelesa. Este es el efecto de la influencia material. Pero si el pensamiento se atreve á investigar en tan cabal conjunto las huellas de la divinidad, á estudiar las armonias y asombrosas combinaciones de

su pródiga mano; combinaciones que, sin que entrasen en ellas la belleza de las flores, su aroma, y el canto y plumaje de las aves, bastarian para humillarlo, se siente confundido, anonadado, pues las fuerzas de la naturaleza se desarrollan en ella de un modo colosal y ciclópico. Lo fuerte de las emociones corresponde á la magnificencia de la perspectiva.

Hoy, familiarizados por trescientos años de esperiencia con estas producciones, entónces desconocidas, no podemos comprender la impresion que causaria semejante variedad, vista de una mirada, porque la poesia y los misterios de lo desconocido iban unidos á la sazon con los encantos de la forma revelada.

Consideraba Cristóbal Colon con santo respeto y reconocimiento aquella manifestacion, de todo punto nueva para la humanidad, y su éxtasis al contemplar las obras del criador se igualaba al inocente embeleso del primer amor, reasumiendo de antemano con virjinal ternura las sensaciones que habia de esperimentar la posteridad su legataria en tan opulenta herencia. Ningun mortal sintió nunca en su alma regocijo semejante al que allí conmovió al elejido de la providencia. Lo sublime de la obra acrecentaba el mérito de la cooperacion con que el señor lo honrara, ponia de relieve el encumbrado carácter de su mision y lo elevaba sobre sí mismo.

A la hora de las doce de la mañana, estando recorriendo Colon en un bote las orillas de la rada, descubrió el rio lleno de armonias, y escondido cual un secreto de hermosura al S. del puerto. Sorprendido y casi atemorizado de su esplendor y majestad, y temblando de admiracion, se lamentó de haber quedado sin fuerzas para espresar la milésima parte de su asombro, y dijo á los reyes, que tuvo un momento en que creyó le faltase aliento, para desviarse de un paraje tan encantador. La amenidad de este rio, añadia como para justificarse, la claridad del agua, que permite entrever hasta las arenas del fondo, la multitud de palmeras de

diversas formas, las mas altas y graciosas que nunca he visto, y una infinidad de otros árboles elevados y verdes, el canto de los pájaros y la frescura del campo dan á este sitio, serenísimos principes, una tan maravillosa magnificencia, que escede en encanto y hermosura lo mismo de noche que de dia á las demas; lo cual me hace decir á menudo á los que me rodean, que cualesquiera que fuesen mis esfuerzos para estender una relacion completa á sus altezas, ni mi lengua podria decir toda la verdad, ni mi pluma escribirla. Y es tan cierto que me hallo confundido en presencia de tanta y tan superior belleza, que no sé como espresarla, porque si os he relatado con respecto á las otras rejiones, y acerca de sus árboles, de sus frutos, de sus yerbas y de todas sus cualidades tanto como pude; pero no como debí, de esta todos afirman que es imposible exista en el globo otra mas hermosa. Ahora callo deseando que la vean otros, que quieran describirla; pues conozco cuan poco puede ser considerado por mí su mérito, y que puede ser afortunado en boca ó pluma de otro.[1]

Como entre los mas grandes favores que Dios le otorgó, tuvo Colon la dicha de ir siempre disfrutando progresivamente de tantas cosas, cada vez mas admirables, y de conservarse en buena salud, decia: "Gracias al señor, ni uno solo de los hombres de mi tripulacion ha esperimentado hasta ahora, ni el mas leve dolor de cabeza; ninguno ha guardado cama por enfermedad, á no ser un anciano marinero, que sufrió toda su vida de mal de orina, y se encontró curado al segundo dia de llegar aquí.[2] Lo que digo del estado sanitario, prosigue, comprende la tripulacion de los tres buques."[3]

1. Fernando Colon. *Vida del almirante*, cap. XXIX.

2. Esto nos recuerda que el comendador Poincy curado de la gota, por haber permanecido en la Martinica, inspiró á Scarron el deseo de ensayar los climas coloniales. El duque de Noailles. *Histoire de madame de Maintenon* t. 1, cap. V, p. 162.

3. Porque, loado nuestro señor, hasta hoy de toda mi jente no ha

Antes de poder conocer cada una de las producciones especiales de aquel suelo maravilloso, comprendió la importancia de su posesion, y la espuso de esta manera: "Cuáles son los beneficios que se podrán sacar de aquí, es lo que no escribo. Es cierto, serenísimos príncipes, que, donde hay tales tierras, debe existir infinidad de cosas útiles.... y mas tarde es cuando se sabrán las ventajas que pueden reportarse de ellas."[1]

Teniendo intuitivamente una clara nocion de sus infinitos recursos, y de su preeminencia sobre las otras, despues de disfrutar de todos sus encantos, y de ponderarlos como poeta, como naturalista y como marino, afirmó que, con lo descubierto acababa de abrir nuevas vias á las relaciones humanas, y que "la cristiandad sobre todo tendria negociacion en ellas, cuanto mas la España, á quien debe estar sujeto todo."[2] Entónces, dejándose llevar en alas de su divina inspiracion, osó dar un consejo, que casi fué un precepto, á sus soberanos y señores, esponiéndoles con franqueza y libertad cristiana, que no debian permitir la entrada en mansion tan venturosa á ningun estranjero, á menos que la pureza de su fé no estuviese fuera de duda, porque, habiendo sido hecho el descubrimiento en nombre de Jesu-Cristo, para su mayor gloria, y dilatacion de la Iglesia, no era justo que la incredulidad disfrutara de una conquista del catolicismo.[3]

Estas palabras escritas cuarenta y seis dias despues del primer desembarco en San Salvador, mientras y aun antes de estar completamente terminado el descubri-

habido persona que le halla mal la cabeza, ni estado en la cama por dolencia, salvo un viejo de dolor de piedra.... Esto que digo es en todos tres navios.... Mártes 27 de Noviembre de 1492.

1. *Diario* de Colon. *Ibid.*
2. *Ibid.* *Ibidem.*
3. "Y digo que vuestras altezas no deben consentir que aquí trate ni faga pié ningun estranjero, salvo católicos cristianos, pues todo esto fué el fin y el comienzo del propósito que fuese por acrecentamiento y gloria de la relijion cristiana &c." *Ibid.* *Ibidem.*

miento, son dignas de que en ellas se fije la atencion. Su sentido y su fecha tienen una importancia decisiva para establecer el verdadero carácter de la empresa de Colon; y no debe dudarse en su vista de la causa real y positiva que impelia al mensajero de la cruz, ni equivocarse acerca del objeto que se proponia, á saber: la mayor gloria de Jesu-Cristo, el acrecentamiento de su Iglesia, y de consiguiente la salvacion de las almas y la civilizacion de los pueblos.

No obstante la prisa de Colon, le cautivaban tales maravillas, y "le parecia que se encontraba cercado de ilusiones y encantamientos." Aquel lugar, cuya magnificencia imponia respeto, é inspiraba santos pensamientos, recibió á causa de esto el nombre de Puerto Santo, y durante tres dias permaneció en él estasiado y lleno de admiracion. Su sed de oro pareció aplacarse con la suavidad de la atmósfera, la frescura de las florestas y su perfumado ambiente. El contemplador de la creacion se sobrepuso un momento al incomparable buscador de oro, ardiendo en deseos de abrir las entrañas de la tierra para estraer de ellas lo que necesitaba, para rescatar el sepulcro de Jesu-Cristo. Cuán feliz no se sentiria el hijo adoptivo de la familia franciscana, al hacer los rezos que prescribe la regla de la Orden Seráfica, bajo las bóvedas de los árboles jigantes, templo primitivo de la naturaleza, rodeado de las prodijiosas obras del creador, y mezclando su voz con las salmodias del viento, cuyos ecos iban repitiéndose por aquellas soledades.

No obstante; un hombre tan práctico y positivo como Colon no podia consumir sin inmediato provecho para su empresa el tiempo concedido á la espansion de su alma; y así, aprovechándose de una permanencia, que venian á justificar ciertas contrariedades atmosféricas, daba consejos hijiénicos á los marineros, y enviaba por distintos lados, bajo las órdenes de un oficial, y provistos de intérpretes, destacamentos para reconocer el pais, y ponerse en relaciones con los habitantes. Pero estos conti-

nuaban como habian comenzado, huyendo siempre, y todas sus escursiones fueron inútiles, pues solo se apoderaron de varias mujeres con tres niños, en una aldea, y de los remeros de una embarcacion de los indíjenas, que sorprendieron.

El Viérnes 30 quiso Colon antes de salir de Puerto Santo[1] consagrarlo con el signo de la cruz, y al efecto mandó á los carpinteros hicieran una de gran tamaño. El 1 de Diciembre fué llevada con solemne pompa por las dos tripulaciones á la principal altura, que dominaba la entrada del puerto, y clavada en la peña viva.

Como al siguiente Domingo, el viento fuera contrario, pudo santificarlo Colon al pié del símbolo sagrado, y prolongar un dia mas el placer que recibia en su contemplacion.

El Lúnes, hizo en un bote un reconocimiento de la costa al SO. y descubrió un astillero de los indios perfectamente dispuesto: habia en él canoas de una sola pieza, que podian contener cien personas.

El dia 4, se levaron anclas y prosiguieron con rumbo al O.

Al partir de Cuba el almirante, con el objeto de imponerla un nombre significativo bautizó á su estremidad oriental con el de *Alpha y Omega*: el principio y el fin, porque allí donde comenzaban las Indias de po-

1. Puerto Santo, devastado despues por el hierro y el fuego, se llama hoy Baracoa. En su lugar, siempre de admirable perspectiva, se ha levantado una ciudad, que lleva su nombre; pero cuyo destino no ha cambiado menos que su aspecto, pues sirve hoy de guarida á los traidores, á los revolucionarios, á los negreros, á los hombres perdidos de todas clases, que tienen á sueldo los libertadores de la Union. En su puerto, en otro tiempo santificado, se agitan los mas voraces de los buitres americanos, groseros materialistas y déspotas brutales, á su vez esclavos de la multitud. Desde allí estienden con los dolars y la calumnia contra la corona española los revolvers, por medio de los cuales, esperan cojer de improvisto á Cuba, la reyna de las Antillas. Los seres mas envilecidos de la humanidad ansian la mas hermosa posesion de los mares. Que la Francia vele!*

* Basta con que lo haga España....

N. del T.

niente, concluia el oriente del Asia, constituyendo así el punto de partida y el de llegada del antiguo y nuevo mundo.

V.

En su vehemente amor por la creacion, en vano se buscaria en Cristóbal un pensador elejíaco, un mero contemplador entusiasta de la naturaleza, pues la admiracion que le infundian aquellas perspectivas, su laborioso estudio de la flora y de la faunia de las nuevas rejiones y sus observaciones sobre el terreno, de que se prometia estraer oro y piedras preciosas, no eran el objeto esclusivo de todas sus meditaciones, sino que con afan nunca visto se esforzaba por comprender el carácter de unos pueblos, que huian delante de él como visiones, y ya que no podia estudiarlos de cerca, los adivinaba. En efecto, sus relaciones con los naturales fueron desde el primer momento cual si dataran de antiguo. Nunca se engañó con respecto á ellos, y siempre supo hacerse comprender y amar, dominarlos con la dulzura, y tomar sobre ellos un grande ascendiente personal. Como su salvacion era su móvil, aprovechaba cuantas ocasiones se le presentaban de inspirarles una alta idea de los europeos, para que deseáran reunírseles, y adoptar sus costumbres, mostrándoles con magnanimidad constante lo sublime del Evanjelio. Y es indudable que, sin la brutal codicia de sus tripulaciones, jamas hubieran los indios esperimentado otro sentimiento que el de la gratitud y el respeto para con los hombres celestiales, como ellos decian.

No descuidaba nunca Colon la mas leve circunstancia, el menor detalle, ni el hombre que pareciera mas insignificante. Entre la Concepcion y la Fernandina, habiendo dado con un indíjena, que bogaba solo en su canoa, le hizo subir á borbo de su carabela, con el objeto de agasajarlo, y se encontró ser precisamente un correo espedido á una de las Lucayas, para llevar la nueva de la llegada de los *hombres divinos*, en testimonio de lo cual traia consigo dos monedas y algunas cuentas de vidrio. De aquí dedujo Colon que presto se estenderia mucho la noticia de su venida, y que importaba difundir con ella el buen nombre de los enviados del cielo. La prudencia y la política, que tan bien hermanaban con sus inclinaciones naturales, le impelian á desplegar cierta magnificencia y dulzura con aquellos pueblos nacientes. Si de antemano Colon los amó en Jesu-Cristo, ahora los amaba el primero como el padre ama á su hijo, y ellos por instinto le daban algo de su afecto, apurando en su favor la poca constancia de su veleidoso carácter. En ningun tiempo ni lugar dieron los indios á un europeo testimonios de tanta confianza y adhesion como á él. Era que Cristóbal tenia el don de hacerse amar y obedecer á ciegas.

Observó el almirante la falta de habitaciones á la orilla del mar, y de los rios; á pesar de la hermosura de los sitios y de las comodidades que reportarian viviendo allí; y como notara todas las cabañas dispuestas de tal modo, que sus habitantes pudieran ver, antes de ser vistos, sospechó con su singular sagacidad, que un peligro comun los obligaba á estar alerta. Comprendió que alguna raza estranjera, mas atrevida y mejor armada, tendria costumbre de llegar allí, para robar á los riveranos; y supo, despues de haberle costado gran pena convencerse de ello, que en medio de la paz y la abundancia de tan risueños y poéticos parajes, atroces forajidos recorrian los confines de los bosques, no para saquear las cabañas, sino para apoderarse de sus habitantes, ponerlos en

manadas como animales, engordarlos, y alimentarse con su carne. Desgraciadamente era esto demasiado cierto. Los caribes antropófagos, estraños á estas islas, diferentes de sus naturales por la forma de la cabeza, las facciones, el color, el idioma, las pinturas de sus cuerpos, las armas y el temple de su corazon, cuando las invadian, las asolaban. Entrevió Colon un cambio el mas feliz en la condicion de aquellos pueblos, porque ya en adelante, gracias á la proteccion de Castilla, gozarian de los consuelos de la fé, y estarian en posesion de la salud eterna. Bendecia á Dios por haberlo enviado para tan grande obra de misericordia y penetrado de su mision apostólica obraba como precursor del Evanjelio.

Antes de poder hablar del redentor á los indíjenas de un modo intelijible, Colon, que ardia en deseos de enseñarles á adorarlo, proclamaba á los cuatro vientos del cielo, en la lengua de la Iglesia católica el poder del verbo, y hacia resonar en tan apartadas orillas el nombre del salvador. Donde quiera que abordaban sus chalupas plantaba cruces, para que de antemano supieran los indios que este signo venerando *era el de los hombres celestiales*, ó destinados á serlo. La escuela protestante ha pasado en silencio el que el almirante pusiera estas cruces, y hecho sobrentender que, al erijirlas, solo trataba de dejar una prueba ostensible de su toma de posesion; pero la exactitud se opone á semejante duda acerca de sus sentimientos y de su fin, y no la permitiremos, porque sus hechos y sus intenciones los esplicó terminantemente él mismo.

Una vez verificada la toma de posesion en la forma acostumbrada, clavaba el almirante cruces en los sitios mas adecuados y pintorescos, manifestando al obrar así, mas deseos de honrar al redentor, que de dar fé de sus descubrimientos; porque tanto como anhelaba contemplar los prodijios del verbo, tanto mas sentia la necesidad de glorificar á los ojos de los hombres al que por salvarlos se sacrificó. Y no solamente daba gracias

al señor porque lo elijiera para revelar lo ignorado, sino por haberle concedido la honra de ser el primero que enarbolase allí el emblema de la inmortalidad conquistada. Se consideraba en los risueños desiertos de las Indias cual otro Juan Bautista, preparando el camino del que iba á venir con su gracia santificadora, bajo la forma del símbolo eucarístico. Designado por la providencia, precedia Cristóbal á los nuevos apóstoles, sus hermanos los de la Orden Seráfica, y á sus amigos los frailes de santo Domingo, que debian ir seguidos de cerca por los santos émulos de Francisco Javier.

Esforzábase Colon en ilustrar el entendimiento de los indios que traia á bordo,[1] y los interrogaba con frecuencia; y á pesar del mal éxito de sus preguntas y de la confusion de sus respuestas, reconoció desde los primeros dias su predisposicion á lo hiperbólico y á lo fantástico, hasta tal punto que, sus mas claras afirmaciones no merecian sino á medias la confianza.

Y no solo tenia que desconfiar el almirante de los intérpretes, sino de las aseveraciones de los sábios y de los viajeros de que estaba imbuido: necesitaba prevenirse contra lo que veia, oia y se acordaba. Habia estudiado en los libros de los cosmógrafos, de los jeógrafos y de los viajeros, entre ellos en Marco Polo; y de todos, el "Cuadro del mundo" (Imago Mundi) del cardenal Pedro de Ailly parecia ser el que mas crédito le merecia, tanto por el rango eclesíastico y la ortodoxia de su autor, como por su reconocido saber. Mas aunque se asociara á las afirmaciones de ciertos escritores, no por eso se referia jamas á ellos absolutamente; y así dudaba, conjeturaba, presumia la posibilidad; pero nunca aseguraba de un modo terminante; porque su penetracion, sus ins-

1. Colon tenia en todo veinte indios ó indias y tres niños á bordo de las carabelas, á saber: siete insulares, traidos de San Salvador, y seis hombres, siete mujeres y tres niños sacados de Cuba.

piraciones y, digámoslo de una vez, su instinto de revelacion, le apartaron de caer en los estravios de un sistema. Con todo, es evidente, que se habria aproximado mas á la verdad si, contra sus modestos hábitos y la vulgar prudencia, hubiera osado desprenderse del todo de los errores de los cosmógrafos, que hacian entónces autoridad, para no atenerse mas que á sus propios presentimientos: un tanto de presuncion le hubiera economizado muchas vacilaciones; por eso y á causa de que el entendimiento humano no comprende lo desconocido, sino por lo que ya conoce, Colon no podia esplicar las cosas que encontraba, mas que por medio de las que sabia.

Muchas veces se ha repetido, que al partirse de Cuba el almirante llevaba la conviccion de haber encontrado la estremidad del continente asiático, y este es uno de los errores tradicionales, en que se incurre con respecto á Colon, y que parece aceptado sin litijio; pero nosotros lo disiparemos mas adelante con hechos y documentos. Hasta el nombre jenérico de Indias, dado por Colon á las tierras descubiertas, nada establece en contra de tal idea; porque estaba destinado de antemano por él para los paises que iba á descubrir, como lo justifican las siguientes palabras de su hijo don Fernando: „Como las Indias pasaban en todo el mundo por abundantes en oro y toda clase de riquezas, quiso dar el mismo nombre á las tierras que pensaba descubrir, para obligar á Castilla á protejer su espedicion, halagándola con la esperanza de grandes beneficios."[1] Sin duda de que por un momento, la tan caracterizada fisonomia de Cuba pudo inclinarlo á creer, que tocaba al estremo del continente asiático; pero las mas veces, segun sus observaciones espontáneas, pensaba ha-

1. Fernando Colon, cap. VI, edicion francesa, bajo el siguiente título: *La vie de Cristofle Colomb et la découverte qu'il a faite des Indes Occidentales, vulgairement appelées le nouveau monde.* Traduccion del provenzal Catolendi. Paris, libreria de Claudio Barbin, 1681.

ber llegado á las antefronteras de un mundo absolutamente nuevo. Por lo demas, en el primer viaje, el contemplador de la naturaleza procuraba menos esplicar que enumerar las rejiones que descubria.

VI.

Al dirijirse á la invisible Babeque, el almirante divisó al SE. una tierra, que los indios le dijeron ser Bohio, en la cual se comian los hombres. Parecian tener mucho horror á las jentes de *Caniba*,[1] habitadoras de aquella isla, ó de su vecindad, y pretendian que aquellos feroces deprendadores, mantenidos de carne humana, tenian la cabeza como de perro, y solo un ojo en mitad de la frente; así es que cuando vieron al almirante, que, á pesar de su descripcion, tomaba el rumbo de Bohio, quedaron sobrecojidos, hasta el punto de no poder hablar. Impelida por una fuerte brisa iba la *Santa Maria* á todo trapo, y como eran favorables las corrientes, se deslizaban con rapidez las carabelas hácia la isla misteriosa; pero habiendo sobrevenido la noche, la pasaron bordeando para esperar el dia.

El 6 de Diciembre entró el almirante por una ensenada, que puso bajo la invocacion de la vírjen. Al SO. avanzaba un hermoso cabo, y en homenaje á Maria, la estrella del mar, lo nombró de la Estrella. Viéronse ademas muchos promontorios y ensenadas, á las cuales

1. De este nombre se deriva el de Canibal, equivalente de antropófago.

fué bautizando, y continuó su navegacion con la costa á la vista, echando el ancla *á la hora de vísperas*[1] en un puerto admirable, tanto por su seguridad, como por su hermosura, y lo llamó San Nicolas, en honra del santo cuyo dia era. De esta rada dijo Colon, que despues de cuanto habia hablado de los puertos de Cuba, podia elojiarse con justicia, "pues cabian en ella con comodidad mil carracas dando bordadas"

El Viérnes 7 de Diciembre se hizo á la vela para seguir la costa al NE. Descubríanse á lo lejos altas montañas, y en los llanos intermedios, campos y colinas, cuya perspectiva recordaba los de Castilla, notando el almirante árboles, que se parecian á las encinas, á las carrascas y á los madroños, y que la temperatura era mas fresca que la de Cuba. Por la tarde dió con una ensenada, á la que puso Concepcion, y queriendo examinar los peces de aquellas aguas, y en su consecuencia mandado poner en su canoa las redes, cayó en el bote antes de que él entrara un sargo, idéntico á los de las costas de España; y cojieron ademas salmones, sardinas, lenguados y otros muchos parecidos á los de Castilla. El aspecto jeneral del pais, así por el cultivo como por la disposicion en que se hallaba, diferia de la fisonomia tropical de Cuba, y se asemejaba en cierto modo á la de España.

El 8 de Diciembre, fiesta de la Concepcion, una violenta lluvia, acompañada de viento, retuvo á toda la jente á bordo, y el almirante pudo dedicarse con entera libertad á orar por la vírjen. Habiendo impedido la frecuencia de los aguaceros, que los buques se empavesaran, dispuso que, durante las horas de los oficios se disparasen salvas en honor de Maria, concebida sin pecado.

1. La piedad de Colon, su costumbre de rezar diariamente los oficios, en las horas señaladas por la regla de los franciscanos, le hace indicar involuntariamente en su Diario *la hora de las vísperas*, para señalar el momento de la tarde, que reservaba á este relijioso deber; y muchas veces se le escapó sin pensarlo esta espresion.

El 9 continuaba la lluvia, y como la humedad, la forma de las nubes, y el ambiente recordaban á los españoles el mes de Octubre en Andalucia, y las llanuras que se divisaban les traian tambien á la memoria su cara patria, puso el almirante á esta isla, cuyo nombre primitivo diversificaban los indíjenas, el de Española. Unos la llamaban Bohio, que en lengua de aquella tierra significa *gran mansion*; otros en menos número Haiti, que quiere decir *tierra alta*, y la mayor parte Quisqueya, palabra que sirve para espresar *tierra grande* ó *gran todo*, porque los naturales no conocian otra mas estensa. Los de Castilla la llamaron bien Hispaniola ó sencillamente y por abreviar la Española.

El 12 de Diciembre consagró el almirante su toma de posesion con un signo propio de su piedad, haciendo clavar en presencia de las dos tripulaciones, en un sitio elevado, á la boca de la ensenada, una cruz de gran tamaño, no solo para hacer constar los derechos de Castilla y el acto habido, sino principalmente *por señal de Jesu-Cristo nuestro señor, y honra de la cristiandad.*[1]

Seis dias hacia ya que procuraba relacionarse con los indíjenas; pero estos, cuyas habitaciones estaban en lugar apartado, y de manera que sus huéspedes pudieran ver venir á lo lejos á las jentes, huian no bien se acercaban los estranjeros. Despues de las ceremonias relijiosas lograron los de Colon apoderarse de ″una muchacha muy hermosa, que tenia puesto en las narices un arete de oro,″ lo cual era de buen augurio. Conversó con los indios de las carabelas, pues su habla le era conocida, y el almirante mandó que la vistieran á la europea; y adornada con bujerias venecianas, cascabeles y sortijas de laton, la devolvió á los suyos en compañia de tres naturales de los que venian en los buques, para que se avistasen con los de aquella tierra.

1. Miércoles 12 de Diciembre.

Mas no se atrevieron por miedo á seguir la jóven hasta su cabaña, y volvieron á bordo á las tres de la madrugada.

Envió el almirante á tierra nueve hombres armados, resueltos é intelijentes, con un indio por intérprete; los que debian reconocer el pais y entablar tratos con los naturales. Encontraron á cuatro y media leguas de la orilla una aldea desierta, pues al divisarlos sus moradores tomaron la fuga, despues de ocultar lo que poseian; y como el intérprete los siguiera, gritándoles con grandes voces que volviesen, que los cristianos no eran canibas, sino que venian del cielo, y daban cosas muy hermosas, poco á poco se fueron acercando, y en número de mas de dos mil rodearon á los españoles, contemplándolos con veneracion y asombro. Sacaban de sus casas los mejores alimentos para ofrecérselos, y en esto se adelantó un gran golpe de ellos conduciendo en hombros á la mujer que habia recibido los presentes de Colon, una parte de los cuales traian con gran ceremonia, conducidos por el afortunado marido, que iba á las carabelas á dar las gracias al jefe de los hombres celestes. El intérprete, habiendo creido oir á bordo, que el almirante deseaba un loro enseñado, espresó su deseo, y en seguida se los trajeron de todas partes, sin aceptar nada en cambio.

Los europeos, al tornar con este cortejo, pudieron ver en su camino, magníficos campos cultivados, mas frondosos aun que los de Córdoba; pues á pesar de ser á mediados de Diciembre, los árboles estaban verdes y cargados de frutas, y la yerba tan alta y lozana como en Castilla en el mes de Abril; sin embargo, no se notaba ninguna apariencia de oro.

El Viérnes se puso el almirante de nuevo en demanda de la isla Babeque, tan preconizada por los indios en cuanto al precioso metal; pero las contrariedades del viento le llevaron á la de la Tortuga, fértil, bien cultivada, y que recordaba, aunque confusamente, la campiña de Córdoba.

El 16, al acercarse Colon á la Española, dió con una canoa conducida por un indio. Admiróle la audacia del insular que en aquel frájil barquichuelo afrontaba un viento muy recio, lo recojió con su pequeña embarcacion, lo colmó de halagos, le dió cuentas de vidrio, sortijas y cascabeles y lo hizo poner en la playa cerca de donde vivia. Despues echó el ancla en un puerto cercano que llamó de la Paz y esperó.

Lo que habia previsto el virey se realizó al instante. El indio, mostrando los regalos desconocidos convocó en torno suyo á sus compatriotas, elojiándoles la magnificencia de los hombres venidos del cielo; pero no tuvo la suerte de cojerlos de nuevas, pues ya eran sabedores de la llegada de los viajeros celestes, que iba cundiendo de una en otra aldea. Mas de quinientos insulares se dirijieron á los buques y entre ellos algunas mujeres de singular belleza que traian en las orejas y narices, laminitas de oro fino que se apresuraban á dar, no teniendo sobre sus personas otra cosa que ofrecer. Recomendó espresamente Colon que se les tratara con la mas grande afabilidad, y como si fueran ya cristianos, "porque son, escribia á los reyes, las mejores jentes del mundo, y sobre todo, porque tengo una grande esperanza en nuestro señor de que SS. AA. los harán cristianos á todos."[1]

Segun Las Casas, en aquel momento "creia el almirante, que estaba muy próximo á los parajes, en que la tierra ocultaba sus mas cuantiosos tesoros, y que el señor le habia de mostrar donde nasce el oro"[2]

El 18 de Diciembre, desde el alba, el almirante, fiel en su devocion á la vírjen, hizo empavesar las dos carabelas, y saludar con la artilleria el dia en que la piedad de los españoles conmemora la anunciacion en la

1. Domingo 16 de Diciembre.
2. Lunes 17 de Diciembre.

iglesia de Nuestra Señora de la O.[1] Despues, á la hora de vísperas llegó el jóven rey del país en un palanquin, escoltado de una guardia de honor de doscientos hombres, y acompañado de dos graves personajes, tal vez sus ministros ó consejeros. En aquel momento Colon comia en su cámara, pues el monarca no quiso que se le previniera de su visita. Entró con aire resuelto en el salon, se dirijió al almirante, lo saludó cortesmente, tomó asiento á su lado, con un ademan hizo que se retirasen sus guardias, que obedecieron con muestras de profundo respeto, y no retuvo á su lado sino á los personajes importantes, que se colocaron á sus pies.

El almirante lo mandó servir en seguida, creyendo que se convidaba á comer; pero él no hizo otra cosa que gustar con los labios lo que se le ofrecia, y eso como para contestar al cumplido; y envió el resto á los que venian con él. Al levantarse de la mesa, hizo ciertas señales á uno de los suyos, y le trajo un cinturon adornado con dos láminas de oro, de un trabajo delicado, que ofreció al almirante, quien luego de aceptarlo y darle las gracias, le enseñó la carabela, y lo condujo á su camarote, donde, como observase que miraba el rey con ojos de envidia la colcha de su cama, se la dió, junto con un collar de gruesos granos de ámbar, que tenia al cuello, unos borceguies encarnados, y un tarro de esencia de azahar, esperando conciliarse con estos presentes su benevolencia, y atraerlo mejor al cristianismo.

Mostróle Colon el crucifijo y los retratos de los reyes de España, y le habló de su grandeza y poder; mas el monarca y sus ministros creian que los estados de estos soberanos estaban en el cielo y no en la tierra. Cuando el rey bajó á su canoa se le tributaron los honores militares.

No bien hubo partido, vino á bordo su hermano con

1. Esta iglesia, construida sobre una montaña, cerca de Segovia se llama Nuestra Señora de la O, á causa de los peñascos que la rodean en forma de una O. no muy ovalada.

aspecto pusilánime y servilmente obsequioso, á mendigar baratijas, y por él se supo, que en el idioma del pais se llamaban caciques los monarcas. Si el almirante no pudo obtener aquel dia mucho oro, oyó al menos hablar mucho de él, y un viejo indíjena tuvo con él conversacion de cierta isla "de oro," y de otras partes en que este metal abundaba, hasta el punto de que no habia mas trabajo que el de cojerlo: lo fundian y lo hacian barras.

No quiso partir Colon sin honrar tambien allí el emblema de la redencion, y asi mandó construir una cruz grande, y la colocó en el centro de la aldea, para familiarizar á sus habitantes con su vista. Y tan gustosos vinieron en ello los indios, que se arrodillaron delante del símbolo sagrado, cuya significacion ignoraban, procurando imitar los movimientos y las palabras de los españoles durante las oraciones. A juzgar de lo porvenir por tan felices disposiciones, Colon "esperaba en nuestro señor, que todas aquellas islas serian cristianas."[1] En la noche del dia siguiente se hicieron á la vela para proseguir el reconocimiento de la costa de la Española, y doblaron al otro varios cabos, dando vista á escelentes ancladeros.

El Viérnes 21 de Diciembre descubrió el almirante una rada, que escedia á las precedentes. No fué necesario llamar á los indíjenas, pues ya la fama les precedia. A eso de las diez de la noche una canoa llena de curiosos impacientes atracó á una carabela, y al otro dia una multitud cubria la playa. Hombres y mujeres ofrecian á los españoles oro, calabazas con agua fresca, y pan de ñame, de grato paladar; pero no parecian poseer gran cosa. "Todos estaban desnudos, como al salir del vientre de sus madres," dice Colon, y por lo tanto recomendó la mayor decencia con aquellos inocentes hijos de la naturaleza.

1. Mártes 18 de Diciembre.

28

Con reiterados mensajes pidieron al almirante visitara una aldea vecina antes de irse, y como se encontraba en su camino, fué á ella. El cacique, que habia salido á su encuentro, esperaba en un otero, rodeado de su séquito é infinidad de sus vasallos. Todos rogaban al jefe de los viajeros celestiales que no se fuera, y permaneciese á su lado; como asimismo los enviados de otro cacique, que llegaron á suplicarle, suspendiera la partida hasta que su amo hubiese podido verlo, en lo que vino gustoso. Tenia preparado el cacique gran cantidad de víveres, y despues de cargar con ellos á las embarcaciones españolas, sus súbditos quisieron á su vez abastecerlos, y regalarles loros. Pedian con gritos descompasados, que el almirante no se fuera, y como lo viesen embarcarse, á pesar de sus instancias, lo siguieron en canoas á los buques. Tratólos Colon cariñosamente, y dioles cuentas de vidrio, sortijas de cobre y cascabeles, no porque ellos lo importunasen por tenerlos como dice Las Casas, sino "porque le parecia conveniente, y los consideraba ya como cristianos."

Es indudable que el anuncio de estos estranjeros maravillosos preocupaba los mas apartados pueblos de la isla, porque durante la corta ausencia del almirante, un cacique de la parte O. vino en derechura á bordo, para visitarlo, y la víspera otro que residia á tres leguas de distancia, llegó para hablarle de oro.

El Sábado 22 de Diciembre el señor mas poderoso del pais, el gran cacique Guacanagari, magnate jóven y de jentil apostura, deseando á su vez conocer á los hombres venidos del cielo, envió á uno de sus primeros vasallos, para invitar al almirante trajese sus buques cerca de su residencia, y ofrecerle un cinturon, del cual pendia á guisa de limosnera, una máscara de madera lijera; pero cuyas descomunales orejas, lengua y ojos eran de oro puro. El enviado no comprendia apenas el habla de los indios de San Salvador, y á estos les sucedia otro tanto con él, lo que hizo que pasaran una parte

del dia en interpelarse inútilmente, siendo necesario que Colon aclarase sus equivocaciones recíprocas, y adivinara por sus ademanes el objeto del mensaje. Al dia siguiente era Domingo, y á pesar de que Colon, como muy bien observa Las Casas, "no tuviera la costumbre de aparejar en él, no por supersticion sino por piedad," decidió salir á la mar, á fin de mostrar el signo de la redencion en aquellas orillas, en dia que pertenece al señor, "á causa de la esperanza que conservaba de que se tornaran cistianos". A las doce de la mañana mas de ciento y veinte canoas cargadas de indios, rodearon las carabelas, llevando cada uno su pequeño presente.

Como el viento faltó, y el almirante no pudo trasladarse á la residencia de Guacanagari, envió en las embarcaciones al notario real y varios oficiales, para saludarlo de su parte. En este tiempo un cacique inferior vino á la *Santa Maria*, anunciando que en aquella isla existia mucho oro, que venian á comprarlo de las naciones vecinas, y que tendrian tanto como quisieran. Conmovido el virey con tal noticia, y lleno de esperanzas dió por ello gracias de todo corazon al señor; mas como si quisiera reprimir su casi mundano regocijo, hizo acto continuo sumision de su voluntad á la de Dios, y escribió con edificante resignacion en su Diario, que "nuestro señor, que tiene en sus manos todas las cosas, vea de me remediar y dar como fuere su servicio."[1]

Una irresistible curiosidad impelia á los pueblos de la ribera, pues mas de mil indios habian venido en canoas, llevando todos regalos, y á falta de sitio sobre quinientos se arrojaron á nado, para ver á los estranjeros celestiales: tambien acudieron cinco caciques con sus familias, á los cuales como á todos dió regalos el almirante, teniéndolos por bien empleados.

Las nuevas de oro se confirmaban mas y mas: algunos de los indíjenas hablaban á Colon de las minas

1. Domingo 23 de Diciembre.

de la isla, y un natural, que pareció simpatizar con él por un movimiento espontáneo, le indicó muchos sitios, que lo producian, señalando entre otros á Cibao, (el almirante creia que queria decir Cipango,) cuyo cacique tenia una bandera de oro puro. Este pais estaba lejos aun, y decia él hácia el E. Colon presentía que se acercaba á las minas auríferas, y conmovido y sediento de riquezas, rogaba á Dios fervorosamente lo condujera al fin allí, no pudiendo menos de esclamar: "Nuestro señor me aderece por su piedad á que halle este oro."[1]

Durante la noche trajeron las embarcaciones al notario y á los oficiales, enviados por el almirante al gran cacique Guacanagari. En su camino se les presentó una multitud de canoas con jentes, deseosas de conocer á los hombres celestiales, que conducidos á la residencia del rey fueron recibidos con gran pompa. El cacique, que sentia mucho no haber visto al almirante, le enviaba esperando su visita "loros, y muchos pedazos de metal aurífero."

VII.

El Lúnes 24 de Diciembre, al despuntar el dia, se hizo á la vela el almirante con buen viento de tierra, gobernando al E. en direccion de las minas de oro indicadas, y con el objeto de visitar al paso á Guacanagari; pero el viento amainó pronto, y se anduvo poco durante el resto del dia. La *Niña* iba á media legua de distancia por la popa.

1. Domingo 23 de Diciembre.

A eso de las once de la noche, como se sintiera Colon fatigado, porque durante dos dias consecutivos y toda la noche anterior la afluencia de los indíjenas, los regalos hechos y recibidos, los cambios á que tuvo que atender, las preguntas á los intérpretes, sus respuestas, verdaderos enigmas, los mensajeros que era preciso escuchar, los que necesitaba espedir, la clasificacion y conservacion de los diferentes productos del pais, que queria llevar á Castilla, sus ejercicios relijiosos, sus observaciones sobre el terreno y el clima, y los múltiples cuidados del mando no le dejaron un minuto de reposo, cediendo á la necesidad, bajó á su camarote, y se acostó vestido en su litera. Para hacer esto debia estar muy tranquilo acerca de la situacion del buque, como lo estaba en efecto, pues la mar se mantenia sosegada, navegaba por los parajes que las chalupas tenian sondados de dias atras, y un oficial vijilaba el timon.

Mas, á pesar de la prohibicion reiterada durante el viaje de no abandonar la caña á los novicios, no bien se hubo recojido el almirante, el oficial de guardia hizo otro tanto, una hora mas tarde, el timonel cedió su puesto á un mozo, yéndose á su hamaca, y la guardia entera se entregó al sueño. A su vez se quedó dormido el mozo, y la *Santa Maria* se fué insensiblemente inclinando, impelida por la corriente, hácia un banco de arena. A una legua de distancia se oian las rompientes; pero tan profundo era el sueño de la tripulacion, que no se despertó sino á la voz del almirante, que á los primeros gritos del mozo, alarmado del ruido, saltó de su litera, y subió á cubierta para remediar el siniestro, antes que ninguno pensara que hubiesen varado. En un abrir y cerrar de ojos acudieron los pilotos con el contramaestre que le tocaba estar de guardia aquella noche.

Mandó Colon echar al agua la canoa que pendia de los pescantes de popa de la *Santa Maria*, cargarla con un ancla, é ir á echarla á cierta distancia por la popa. El contramaestre y los marineros saltaron en se-

guida en la lancha; pero en lugar de ejecutar la maniobra, se alejaron con presteza para ponerse al abrigo de la *Niña,* que se mantenia anclada á media legua al viento. No quiso recibir su capitan á los cobardes desertores, que se vieron en la necesidad de tornar á la carabela, no sin que antes le tomara la delantera la chalupa de la *Niña.* El almirante, apercibiéndose de la traicion de sus marineros, y viendo que la marea bajaba, y que ya la *Santa Maria* se iba á la banda, quiso cortar el palo mayor, para alijerar la nave, y procurar ponerla á flote; pero como no le quedaban bastantes brazos para esta operacion, tuvo que desistir de ella. Por otra parte la *Santa Maria* tenia muy enterrada la quilla para poder enmendarla. Confió pues á la providencia el casco del buque, y pasó á la *Niña,* para trasbordar su tripulacion. La mar rompió al fin sobre la carabela; mas sin desbaratarla, pues solamente se abrieron sus costuras, permaneciendo entero lo demas. Colon se preparó activamente al salvamento, y al despuntar el dia envió á Diego de Arana y Pedro Gutierrez con encargo de informar del siniestro al cacique Guacanagari.

Conmovió al rey esta nueva, hasta el punto de romper en lágrimas, y envió inmediatamente multitud de jentes con canoas, para ayudar á la descarga de la *Santa Maria,* tomando las disposiciones oportunas para la conservacion de los objetos que se sacaran de á bordo. Mandaba frecuentemente decir al almirante que no se entristeciera, que él le daria todo lo que poseia. Gracias al socorro de brazos bien dirijidos, la operacion se verificó en pocas horas. Guacanagari dió á sus huéspedes tres grandes cabañas, para que depositaran en ellas cuanto les pertenecia, puso una guardia para vijilar la propiedad de los estranjeros, y vino él mismo á presidir sus disposiciones, siendo tal su cuidado y tanta la honradez de sus vasallos, que en el transporte del cargamento, municiones y aparejos del buque, no se perdió el objeto mas insignificante. Las simpatias de los naturales y la

acojida dispensada por su rey endulzaron la amargura, que esperimentó Colon por este accidente. En ningun pais de Europa hubiera encontrado una hospitalidad mas cariñosa ni mas cordial.

Siempre sumiso á la voluntad de Dios, sabiendo que hace redundar en nuestro bien lo que nos parece un descalabro, Colon, al recordar las diversas circunstancias del accidente sobrevenido sin culpa suya; á pesar de la falta de viento y de brumas y de la calma y el ruido de las rompientes, á despecho de los esfuerzos intentados para enderezar el navio, y por la misma traicion del contramaestre de la carabela, que era su compatriota; considerando que la capitana permanecia intacta, como el dia de su partida, que lo que llevaba en su bodega estaba en salvo, que ni una tabla, ni un clavo, ni una barrica de harina se habia perdido, pensó que nuestro señor lo hizo encallar, á fin de que se estableciera allí.[1] En efecto, podia dejar en los estados de un soberano hospitalario una parte de su tripulacion, que aprenderia la lengua de los naturales, les enseñarian la relijion cristiana, y recojeria oro, mientras él fuera á España. Muchos de su jente pedian quedarse en la isla, y Guacanagari estaba en estremo complacido de ver establecerse á su lado á los seres maravillosos, tanto mas, cuanto que como á veces desembarcaban los antropófagos por aquellas costas, y arrebataban á sus súbditos para comerlos esperaba que los poderosos estranjeros lo libertaran de ellos. Colon para confirmar su confianza le mostró el efecto de los talabartes y los arcos moriscos, y los estragos que podia producir la artilleria, queriendo al mismo tiempo que probarle cuan temible seria para los caribes, inspirarle el respeto que sabe imponer la fuerza, para que en caso de necesidad supliese á la benevolencia. Resolvióse la construccion de un fortin,

1. "Que yo conosco que milagrosamente mandó quedar allí aquella nao Nuestro Señor." Domingo 6 de Enero.

y su establecimiento casual y casi forzado vino á ser al menos una prueba de posesion prévia, para evitar hasta la menor dificultad en lo sucesivo con los demas europeos: así sacó provecho el almirante de una catástrofe.

Cada dia eran mas estrechas las relaciones entre Colon y el cacique: Guacanagari esperimentaba por el almirante admiracion, respeto y confianza, y su inteligencia, sobreescitada por una viva curiosidad, se esforzaba en elevarse hasta sus misteriosos huéspedes, en comprender su naturaleza, y adoptar sus costumbres: su noble y afable aspecto respiraba distincion y majestad, y sus maneras y sus gustos tenian algo mas de aristocráticos que los del resto de su pueblo; pues mientras á este embelesaba el ruido de los cascabeles, (chuq, chuq,) y le deslumbraban las bujerias, por las que daba oro y algodon, él llevaba camisa, preferia los guantes á las anteriores bagatelas, y á trueque de máscaras, espejos y coronas de oro, pedia una palangana para lavarse las manos despues de comer, en lugar de frotárselas con yerbas odoríferas, como hacia anteriormente. Poseía el instinto de la jerarquia de la dignidad y el mando, y la jenerosidad parecia natural en él, porque jamas vió al almirante sin presentarle un obsequio; daba como rey, por el placer de dar, y la etiqueta de su corte agreste ofrecia el jérmen de una civilizacion, que no carecia de gusto y elegancia en medio de su sencillez.

No obstante; el afecto que manifestaba Guacanagari á los europeos, no se debe confundir con un sentimiento de admiracion por la superioridad de los hombres divinos, que lo que le atraia era la persona del almirante. Los salvajes como los niños, juzgan por instinto de las cosas que no pueden esplicar, y no se equivocan acerca de los que aman. Así se sentia atraido por la grandeza de Colon el inocente rey de aquellas selvas, y así lo unia al hombre divino un instintivo cariño. Por él fué por quien lloró cuando supo el naufrájio de la *Santa Maria*, y por él fué cada una de sus concesiones en favor de los suyos.

Uno de los rasgos característicos del injenio del almirante y de su destino providencial era sin contradiccion una repentina aptitud para las ciencias, y cuanto hubiera de mas estraño: don asombroso, con que pudo dar cima fácilmente á todo. El naufrájio de su buque lo transformó en injeniero, y en seguida trazó el plano de un fuerte cuadrado, con bastiones en sus ángulos,[1] y dirijió en persona las obras.

La actividad de los españoles, secundada por los vasallos de Guacanagari, hizo prodijios. Diez dias despues de haber varado la carabela, se levantaba en la playa un formidable castillo, construido con tierra, y sostenido por grandes maderos del esqueleto del buque. Bajo él una espaciosa bodega debia servir para encerrar las municiones de boca y guerra, como asimismo las mercaderias destinadas á los cambios, que eran muy considerables.

Para guarnicion del fuerte, sobre cuyas almenas flotaba la bandera de Castilla, escojió el virey entre los tripulantes de la capitana los que parecian mas robustos y mejor intencionados. Agrególes el bachiller Bernardino de Tapia; el señor Juan; el fundidor de metales y joyero de Sevilla, Castillo; el primer maestro de armero, que tambien era mecánico; un constructor de buques, un calafate, un tonelero y un sastre, poniéndolos bajo las órdenes de Diego de Arana, en quien delegó sus poderes, y al que dió por teniente á Pedro Gutierrez, oficial de la casa real, y á falta de este á Rodrigo de Escobedo, sobrino de un sacerdote muy bien quisto en España, llamado Rodrigo Perez. Componiase la naciente colonia de cuarenta y dos hombres en junto.

Una vez establecida de este modo la autoridad, proveyó Colon la vanguardia del antiguo mundo con lo que formaba el cargo de la *Santa Maria*, instrumentos, utensilios, galleta para un año, semillas, armas, la chalupa,

1 Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral de las Indias*, lib. II cap. VI.

y las bujerias con que habian de procurarse oro; recomendando particularmente á los buenos oficios del cacique los tres jefes superiores.

Dejaba pues el almirante á los españoles bajo las mejores condiciones que pudieran apetecerse: aprestados con abundancia de todo lo necesario para la vida, su conservacion y defensa, en el seno de un pueblo amigo, y protejidos por un monarca jeneroso y bueno.

Antes de separarse de ellos les dijo Colon el discurso mas tierno que jamas haya dirijido un padre á sus hijos. Les dió consejos admirables, llenos de saber y prevision, les hizo presente el glorioso fin del descubrimiento: la propagacion de la fé; les pidió que estudiaran el idioma de los naturales y procurasen atraerlos al cristianismo con sus ejemplos y enseñanza; les mandó en nombre de los reyes prestaran obediencia á los oficiales que habia investido con sus propios poderes; les recomendó guardasen las mayores consideraciones al soberano de la nacion, que evitaran las disidencias con su pueblo, que respetaran á las mujeres, que nunca se separasen, ni fuesen solos, que durmieran siempre en el fortin, y sobre todo que no estralimitaran las hospitalarias fronteras del rey que los acojia.

Al recojer los ecos de la elocuente exhortacion rebosando la solemnidad y grandeza casi bíblica que nos han transmitido los historiógrafos Herrera y Muñoz, no podemos menos de esperimentar una emocion profunda; pero al recordar los sucesos que poco despues sobrevinieron, quedamos admirados de la prevision de Cristóbal, y descubrimos en ella una superioridad de alcances, que escede con mucho á lo permitido al hombre.

El 2 de Enero se despidió Colon del cacique, dándole al marchar otra camisa y unos borceguies rojos, poniéndole al cuello un collar de piedras africanas, sobre las espaldas un manto escarlata, y en el dedo un anillo de plata, metal que él preferia al oro. Lo abrazó con cariño fraternal, y Guacanagari, que lo amaba cual

un tierno infante al autor de su vida, no pudiendo dominar su dolor prorumpió en sollozos y copiosas lágrimas.

El Viérnes 4 de Enero al salir el Sol, la *Niña*, remolcada por su lancha, salió con rumbo al E. en demanda de una elevada montaña, á la cual puso el almirante el nombre de Monte-Cristo. Observóla Colon como hidrógrafo, como naturalista y como poeta, y dejó consignado en su *Diario* su perenne é inagotable entusiasmo por aquella naturaleza tan armoniosa. Dos dias mas tarde aparejó, continuando el costeo en toda su estension hácia el E.; pero manteniéndose á distancia bastante en razon á los arrecifes, cuando á las doce de la mañana, el marinero que estaba de guardia en la cofa, señaló una vela por la proa. Era la *Pinta*, á la que un brisote devolvia á el almirante.

En vano esperaba el señor Martin Alonso que la inmensidad ocultaria su desercion, porque la divina providencia lo arrastraba á traves de los espácios ante los ojos de su jefe embarcado en la *Niña*; punto imperceptible en la inconmensurable llanura. Forzado por el viento á unirse á Colon, lo siguió al puerto de Monte-Cristo, y pasó á su bordo, buscando para disculparse razones todas falsas, y contradictorias muchas. Sin embargo; el almirante finjió admitirlas, por temor de agravar la situacion; pues ambos buques los mandaban Pinzones, y la mayor parte de sus tripulantes eran ó parientes, ó amigos, ó paisanos suyos: en todo tiempo, mas principalmente despues de la descubierta, le habia hecho sentir el mayor de los tres hermanos el peso de su aislamiento y su calidad de estranjero, y sabiendo de qué escesos era capaz su brutal orgullo, escitado por la envidia, se contuvo por no dar lugar, como dice Las Casas, á las malas obras de Satanas,[1] que buscaba el modo de impedir aquel viaje, como hasta entónces habia hecho.

1. Las Casas. *Diario de Colon*, 6 de Enero de 1493.

Se resignó y sacrificó su amor priopio, sus instintos justicieros, y su dignidad personal en aras de un deber mas grande aun que su derecho.

Martin Alonso Pinzon, asociando á su crímen sus marineros, pasó dieziseis dias á la boca del rio de Gracia, traficando en oro, contra lo dispuesto por el almirante; y en los momentos de su partida, uniendo la violencia á la rapacidad, arrebató como esclavos á cuatro hombres y dos muchachas. Pero Colon le hizo soltar su inicua presa, tranquilizó á los indios, los colmó de presentes, para neutralizar tamaña injuria, y los puso en tierra, para que tornasen á sus hogares. Avaramente ocupado en apilar oro, Martin Alonso, olvidando los cuidados que todo capitan debe á su buque, ni aun reparó en que, favorecidos por la inmovilidad durante su estada en el rio de Gracia, las bromas se habian multiplicado á su placer por los costados y la carena de la *Pinta*, agujereándoselos cual un panal de cera. Tampoco pensó siquiera en proveerse de un trinquete, para reemplazar el suyo, que no estaba en disposicion de mantenerse firme, y por lo cual no daba toda su vela al viento.

A pesar de su deseo de costear la Española, la conducta de los Pinzones demostraba bastante claro á el almirante la necesidad de ganar lo mas en breve posible un puerto de Castilla, exijiéndolo tambien el mal estado de las carabelas; pues el 7 de Enero fué menester tapar una via de agua en la bodega de la *Niña*.

Al siguiente dia, cerca del rio de Oro, así llamado por traer en su seno arenas de este metal, divisó á cierta distancia tres *manatis*, que se presentaron sobre la superficie, recordándole los que habia visto otras veces en la costa de Guinea, y que á lo lejos tienen una semejanza con el hombre. Eran las sirenas de los antiguos, y asi las llamó él, añadiendo, que no eran hermosas como se las representa.

El 9, el almirante navegó al ENE. y reconoció el cabo Rojo. La costa tenia una vista seductora. Enormes tor-

tugas venian á desovar á la orilla. Pero no podia entregarse á su deseo de observarla; pues ya se le hacia tarde la vuelta para no tener mas relaciones con Martin Alonso, y dar á la reyna la nueva de su descubrimiento; que una vez cumplida su mision estaba resuelto, decia, "á no sufrir los tuertos de hombres sin delicadeza ni virtud, y que pretendian aisladamente hacer predominar su voluntad contra quien *tanto los honró.*"

CAPITULO IX.

I.

El Viérnes 14 de Enero se dió á la vela el almirante, y de paso puso nombre á los cabos Baupres, del Anjel, Redondo, Frances y Buen Tiempo, á la punta de Fierro y á la montaña de Plata. A medida que continuaba costeando la isla Española, no podia menos de estrañarle sobre manera su estension.

Deseoso de procurarse víveres frescos envió á tierra un bote, cuyos tripulantes dieron con unos hombres armados de flechas y con los cuales entraron en relaciones, decidiendo á uno de los guerreros á seguirlos en la carabela. Era un salvaje desnudo completamente, con la cara de feroz aspecto y pintarrajada de negro, y cuyos cabellos largos y atados á la espalda iban adornados de plumas. Por su belicosa catadura, tono resuelto y repugnantes facciones imajinó Colon que seria uno de aquellos Caribes antropófagos de que habia oido hablar, y le preguntó si era canibal. Respondióle que nó el guerrero y le mostró con el dedo al E. la direccion de la tierra habitada por los de esta raza. Despues de haberlo interrogado sin gran provecho le hizo dar de comer, le regaló algunas bujerias y lo envió á la playa invitándolo á que si tenia oro lo trajera. En el momento en que la embarcacion ganaba la orilla se ocultaron detras de los árboles sobre sesenta indíjenas que á las primeras palabras de su compatriota depusieron entre el follaje parte

de las armas y se adelantaron á los españoles que les compraron dos arcos y gran copia de flechas; pero no bien hubieron recibido su costo, en vez de entregarlas, viendo que no tenian que habérselas mas que con siete estranjeros corrieron en busca de cordeles para amarrarlos, considerándolos ya como cautivos. Apercibidos del caso los españoles caen como el rayo sobre los indios y hieren á uno en el pecho, y á otro, de un sablazo, en las caderas. La intrepidez del ataque les infundió tal espanto, que huyeron, arrojando sus lanzas por el camino. Si el oficial que mandaba la lancha no hubiera, conforme á sus instrucciones, impedido que los persiguieran habrian hecho los siete una carniceria. Aflijido quedó el almirante al saber este suceso, pues hubiera querido que su espedicion no costara una gota de sangre á los pueblos que venia á convidar con la paz del señor; pero la reflexion lo consoló en breve, porque la derrota de sesenta guerreros del pais por siete de los suyos debia redundar en beneficio de la pequeña colonia dejada en el puerto de la Navidad.

Pertenecian estos indios á los ciguayenos cuyas costumbres diferian de las de los otros naturales de la Española en razon á que espuestos á las invasiones de los caribes, habian contraido ciertos hábitos crueles de sus enemigos.

Al otro dia tornó á enviar Colon la chalupa, pero armada en guerra, y los playeros, acompañados del que ya estuvo á bordo de la *Niña* se acercaron sin miedo alguno, no guardando rencor por lo pasado. El almirante llamó á aquel paraje, golfo de las Flechas.

Afan tenia Colon de encontrar, antes de volver la proa á Castilla, á la raza de *Caniba* ó de Carib tan temida entre los pueblos que llevaba visitados, y de ver á los comedores de carne humana, seres rebeldes al órden establecido por la providencia, ofensores de la naturaleza, y que por un esceso de la gula mas repugnante, robaban á los hombres, para saciar en ellos su asque-

roso apetito. Le parecia imposible tal abominacion, y para creerla queria verla. Tambien le habian hablado de una isla nombrada Matinino, poblada por mujeres solas y armadas, que recordaban á las amazonas y estaba seguro de su existencia, que suponia al ESE.[1] No se equivocó; pero como los naturales no supieron indicarle el camino, y ademas se levantó un viento favorable para venir á España, y su jente comenzaba á disgustarse de una navegacion tan prolongada, decidió hacer rumbo á Europa, tanto mas, cuanto que, las dos carabelas hacian mucha agua. No era menos peligroso quedarse que partir en circunstancias en que solamente podia esperar en Dios.

El hombre de la providencia puso el rumbo á España en nombre de la Santísima Trinidad, porque como dice el venerable padre Las Casas "no obstante la mucha agua que las carabelas hacian, confiaba en nuestro señor que le trajo le tornara por su piedad y misericordia."[2]

Al principio la mar estuvo bastante buena y se esperimentaron con frecuencia variaciones de viento. En los dias que siguieron se ajitaron las olas, se vió gran cantidad de atunes y rabos de junco, pájaros bobos, dámias y fragatas; pero sin embargo, la mar se mantuvo llana, la temperatura suave, y la brisa escelente, por lo cual dió Colon gracias á Dios.

El 21 de Enero refrescó mucho el viento, se vieron todavia multitud de pájaros; pero pocos peces, y el agua empezó á enfriarse. Al dia siguiente permaneció en calma, tanto que los indios se divirtieron en nadar al rededor de los buques. Se encontraron yerbas, mas ya no alarmaron á ninguno. En las otras singladuras los rumbos fueron muy variados; con frecuencia la *Niña* se veia

1. Las amazonas y su isla existian real y positivamente ademas de la mitolojia, con la diferencia de que estas robustas guerreras vivian sin hombres no mas que una parte del año.
2. Lúnes 14 de Enero.

obligada á disminuir el trapo para esperar á la *Pinta* que iba mal á la bolina y se ayudaba peor con la vela de mesana, en razon á la averia de su palo, que Martin Alonso Pinzon, cuando desertó para cojer oro, descuidó componer.

Pronto perdió el cielo su trasparencia. El contínuo cambio de los vientos hizo que las maniobras fuesen constantes; se adelantaba poco, las provisiones sólidas tocaban á su fin y no quedaba mas que patatas, galletas y vino, lo que reponia mal las fuerzas, en medio de tanta fatiga.

El Viérnes 25 de Enero, despues de salir el Sol, sobrevino una gran calma, y los marineros consiguieron cojer un atun y un enorme tiburon; con lo cual se reparó algun tanto la despensa. Durante los demas dias se avanzó poco, pues el viento y las olas permanecian sin movimiento, sin que por eso dejara Colon de dar gracias á Dios por el estado del mar. Con el cielo cada vez mas encapotado comenzó á llover el 4 de Febrero y el aire se puso mas frio. El almirante hizo rumbo al E., siguiéndolo hasta el 8 en que tomó al SE. cuarto al E.

El 10, los pilotos se hallaban por su apunte ciento cincuenta leguas mas cerca de Castilla que Colon, pero el cálculo del almirante estaba exacto y equivocado el de los otros, como se probó luego.

El 12, rachadas de aire precursoras de la tempestad comenzaron á silbar entre la járcia y arboladura: el dia fué penoso, y por la noche tres relámpagos rasgaron la atmósfera al NE.: eran los preludios de un huracan, que se preparó á esperar el almirante, haciendo cargar las velas y no guardando mas que una baja, achicada con rizos y abocinada al palo mayor con el objeto de que ayudara á levantar la carabela, que las ajitadas olas sumerjian.

Elevábanse estas enfurecidas y espumantes, para estrellarse unas contra otras, con estruendo formidable, caer y tornar á levantarse hasta las nubes, abriendo á su

pié simas horribles; el horizonte se inyectaba en tintas de siniestro cariz y la noche iba estendiendo el mas negro y espeso de sus velos sobre aquel cuadro de desolacion y angustia. Jemian las ligazones de la *Niña* al redoblado empuje de los elementos desencadenados y como era imposible maniobrar, se entregó á merced del viento y de las aguas, lo mismo que la *Pinta*, á la que su averiada arboladura no permitió luchar mas tiempo. Hizo Colon encender, conforme á lo dispuesto en tales casos, tres faroles, uno sobre otro en el palo mayor, en que flameaba la bandera real, para indicar á la *Pinta* que no conservase trapo; y á fin de poder evitar un abordaje durante la oscuridad mandó poner una luz próxima al fanal, á cuya seña contestó Martin con otra que mantuvo hasta que la violencia del temporal lo acabó de ocultar en la lontananza de la moviente llanura.

Lejos de disminuirse el horror de la tempestad, aumentó con la vuelta del dia. Colon no habia abandonado la cubierta y proseguia dirijiendo en persona el buque; pero la persistencia progresiva del temporal tenia intimidados á los tripulantes que volvian sus tristes ojos á Cristóbal, y este al padre de las misericordias, único recurso en tamaño peligro. El hombre no podia mas; pero el cristiano permanecia firme, alentado por la fé.

Propuso el almirante á su jente hacer un voto, para que aquel á quien señalara la suerte, fuese en peregrinacion á Nuestra Señora de Guadalupe, con un cirio de cinco libras de peso en la mano. Pusiéronse al efecto en un gorro tantos garbanzos como tripulantes habia, señalando en uno, con un cuchillo, una cruz.[1] Se acercaron todos, y el virey, como principal, entró la mano el primero y retiró la semilla cruzada.

Pocos momentos despues, como acreciera el riesgo, y con él el pavor se decidió otra promesa. Se trataba de ir á Nuestra Señora de Loreto en los estados pon-

1. Juéves 14 de Febrero.

tificios y habiéndole tocado al marinero Pedro de Villa, natural del Puerto de Santa Maria, imposibilitado de costear el viaje, Colon se hizo cargo de proveerlo de recursos.

Mas tarde, la cólera de los elementos inspiró un tercer voto, para cuyo cumplimiento fué señalado de nuevo el almirante. Consistia en hacer celebrar una misa en Santa Clara de Moguer y pasar una noche entera en oracion al pié del altar mayor. En seguida se procedió á otro colectivo, para ir todos procesionalmente, los piés descalzos y en camisa á la iglesia de Nuestra Señora que mas cerca estuviera en la primera tierra que se divisara.

El abatimiento de los espíritus era indescribible. Ninguno tenia duda de que la *Pinta* hubiese perecido: cada cual se encomendaba al santo de su devocion; pero sin esperanza de salvarse, pues no veia en lo humano ni la menor probabilidad de ello. La carabela sufria tanto mas, cuanto que carecia de lastre; y como Colon no pudo alcanzar la isla de las Mujeres, en la que se proponia hacerlo y estivar la *Niña*, la falta de víveres, agua y vino la tenian tan lijera, que iba en cualquier direccion y como si no fuera gobernada. Los tripulantes estaban desesperados, y el mismo jefe sentia decaer su espíritu. Su corazon, mas ajitado que la borrasca misma, descendiendo de la confianza al temor, se elevaba y caia alternativamente como las olas del Atlántico. Él lo ha dicho: cada golpe de agua que venia á estrellarse contra el casco de su carabela, era bastante para turbarlo, no sin que atribuyera su flaqueza á la insuficiencia de su fé y falta de absoluta confianza en la divina providencia. Por una parte, al acordarse de las circunstancias prodijiosas de su descubrimiento, de las mercedes que el soberano señor le otorgara con tamaño triunfo, mostrándole infinitas maravillas y haciéndole encontrar multitud de islas cual si hubiera querido que al fin de tantas contrariedades como esperimentó en Castilla quedasen sobrepujadas hasta sus mas lisonjeras ilusiones, se tranquilizaba un poco. Y cuando descendia al fondo de su con-

ciencia y hallaba en ella aquel ardiente deseo, aquella sed insaciable de la mayor gloria de Dios, le parecia imposible que aquel Dios que lo libertó de cuantos peligros se opusieron á su primer viaje, que le hizo dominar el miedo y la revuelta, sosteniéndolo firme contra todos, inutilizára hoy los continuos milagros de su bondad, abandonándolo en el peligro supremo. Pero por otro lado, al considerar la persistencia de los rigores del cielo, á pesar de sus plegarias, y ver tan inmediata la destruccion de todos se decia que, sin duda por sus pecados, Dios para castigarlo, queria privarle del placer de ser él mismo portador de la noticia del resultado de su empresa, y así de la gloria que ilustraria su nombre.

Morir sin haber revelado las desconocidas bellezas que admiró,. dejar ignorando la existencia del nuevo mundo á las naciones cristianas, y á los nuevos pueblos la venida de Jesu-Cristo, la redencion del jénero humano, era una lúgubre idea que oprimia su corazon y derramaba en su pecho la amargura. Morir, cuando habia descubierto la tierra deseada en cuyas playas de arenas de oro estaba el rescate del santo sepulcro; morir, hundiéndose en los abismos con los trofeos de su victoria, la conquista cosmográfica mas grande de la humanidad, era agonizar con el alma, con el corazon y con el cuerpo; era sucumbir tres veces pereciendo una. Si hubiera estado solo en el peligro, habria sufrido su desventura con mas resignacion porque vió muchas veces la muerte tan de cerca, que una mas no le hiciera estremecerse; pero no era así, y el imajinar que causaba la pérdida de tantos como venian con él, mal de su grado la mayor parte, y que en el delirio de su desesperacion, en su hora postrera, lo maldecirian y lo culparian de su mala estrella, lo dejaba transido de dolor, y si la imájen de sus inocentes hijos se aparecia en su memoria y pensaba en la orfandad y desamparo en que quedarian en tierra estraña, pues los reyes no sabiendo lo que habia hecho su padre no se acordarian mas de aquellos pedazos de sus

entrañas, se llevaba las manos trémulas á la cabeza como para impedir que se le fuera el juicio.

En medio de los lamentos de la tripulacion, del estrépito de los golpes de mar, de los quejidos de la *Niña*, medio zozobrada, del crujir de las cuerdas, de los sollozos de las bombas, que apuraban mas que el agua las fuerzas de los marineros; en medio de este horrísono concierto, bajó de la toldilla y entrando en la cámara, tomó un pergamino[1] y á pesar de los balances escribió en él con mano firme el resúmen de su hecho, lo envolvió en otra hoja en que pedia al que la leyera la llevase á la reyna de Castilla, ofreciéndole en su nombre una recompensa de mil ducados, lo puso luego en un hule, dentro de un pan de cera, lo selló, y despues de colocarlo en un barril vacio y de cerrarlo herméticamente, lo mandó echar al Océano. Los marineros no vieron en aquella ofrenda á las olas sino el cumplimiento de un voto secreto.

Por temor de que las corrientes no apartaran de Europa su desesperada misiva hizo dos copias y metida la segunda en un barril que amarraron á popa la dejó allí con la esperanza de que si la *Niña* zozobraba, pudiera sobrenadar y ser cojido un dia.

En esto el viento cambió al O, manteniéndose, sin embargo, la mar negra y ajitada.

II.

El Viérnes 15 de Febrero, al salir el Sol se vió tierra al NE. Reanimáronse con esto los decaidos ánimos, á pe-

1. "Tomé un pergamino y escribí en él todo lo que pude." Juéves 14 de Febrero.

sar de que la marejada continuaba viniendo gruesa del lado de poniente. Los pilotos se creian, segun su estima, en las costas de España; pero Colon les dijo que eran las de las Azores,[1] á cuya inmediacion no les permitió acercarse aun el temporal y pasaron el resto del dia, la noche y el siguiente, dando bordadas para alcanzarlas; pero en vano. En la noche del Sábado al Domingo, el almirante, que sin embargo de sufrir de la gota habia permanecido desde el principio de la tempestad, es decir, por espacio de cuatro dias y cuatro noches, espuesto á la lluvia, al viento, y á los golpes de agua, sin descansar, y escaso de alimento, hallándose casi baldado de las piernas tuvo necesidad de reposar algun tanto; pero apenas amaneció tomó de nuevo el mando, gobernó al SSO., y al fin alcanzó por la noche una isla, que por falta de luz no pudo conocer. La dió vuelta para encontrar un sitio seguro, y habiendo echado un ancla y perdídola en seguida fuéle menester salir á mar ancha por temor de un siniestro: el Lúnes consiguió tomar puerto. Estaban en Santa María, la mas meridional de las Azores, que pertenecia al rey de Portugal.

Atónitos quedaron sus habitantes de que un barco tan frájil y en semejante estado hubiera podido soportar la furiosa y larga tormenta pasada, y mas fué su asombro cuando supieron de donde venia. Con la nueva del descubrimiento de las Indias "daban gracias á Dios,[2] haciendo muchas alegrias," y no se cansaban de oir relaciones acerca de aquella tierra.

Por la tarde vinieron tres hombres á la orilla que hablaron con los de la *Niña* por medio de una bocina, y estos enviaron una lancha para recojerlos. Traian al almirante volateria y pan fresco de parte del gobernador de la isla, que segun decian, debia venir al otro dia para

1. "El almirante por su navegacion se hallaba estar con las islas de los Azores y creia que aquella era una dellas. Viérnes 15 de Febrero.
2. Lúnes 18 de Febrero.

visitarlo, llevarle nuevas provisiones y devolverle tres marineros que retenia en tierra por disfrutar del gusto de oirlos. Como ya era tarde, Colon dispuso que durmieran á bordo los enviados.

Al amanecer, no queriendo demorar por mas tiempo el cumplimiento de la promesa hecha por todos de ir descalzos y en camisa á la iglesia de Nuestra Señora, en la primera tierra á que llegaran, pidió á los mensajeros, que volvian á la ciudad enviasen un sacerdote á la capilla de la vírjen que estaba cerca de la playa, detras de un cabo. Al efecto se trasladó allí la mitad de la tripulacion y mientras oraba al pié del altar, llegó una manga de soldados que hizo prisioneros á los pobres peregrinos. Esperaba el almirante la vuelta de la chalupa para desembarcar á su turno; pero dieron las once, y como no venia sospechó que retenian á los suyos, ó que la embarcacion se habia destrozado contra los peñascos de la orilla. Desde donde estaba no podia divisar la ermita y levó anclas acto continuo para dirijirse á un sitio mejor, una vez en el cual poco tardó en distinguir un escuadron de jinetes que se apeaba y entraba armado en la lancha, que vogó hácia la *Niña* como para tomarla al abordaje.

Cuando estuvieron al alcance de la voz, el gobernador de la isla, que venia dirijiendo en persona este golpe de mano, pidió un salvo conducto para él si subia á la carabela. Otorgóselo el almirante; pero el cauteloso lusitano no fiándose de una palabra que él en lugar de Colon habria violado, no se movió del esquife.

El virey le preguntó, porque, contrariamente á las leyes de la hospitalidad, y violando el derecho de jentes aprisionaba á sus marineros, con tanta menos razon, cuanto que los portugueses vivian en Castilla tan seguros como en Lisboa; y le dijo que el rey y la reyna cuyo grande almirante era, le tenian mandado tratase con distincion á los buques de la marina de Portugal que hallara por el camino, y que si no le restituia su tripu-

lacion no continuaria el viaje con el resto, sino que habia de castigar severamente tan pérfido y odioso proceder. Respondióle el gobernador con arrogancia, que allí nada tenian que ver con los monarcas de Castilla, ni con sus cartas, y que le haria saber lo que Portugal valia. Cuando hubo agotado sus fanfarronadas, prorumpió con insolencia que el almirante podia si queria tornar al puerto con su carabela, que él por su parte, habiendo obrado con arreglo á las instrucciones de su rey y señor, estaba tranquilo.

Tuvo Colon que limitarse á fulminar terribles amenazas por tamaña deslealtad, y obligado por la ajitacion del mar volvió á la bahia, que por cierto no presentaba la mayor seguridad. Su primer cuidado entónces fué el de prevenirse contra cualquier evento. Estivó la carga é hizo un lastre provisional llenando de agua las pipas vacias. Pero de nada le sirvió su precaucion, pues aquellos desleales enemigos le cortaron las amarras, viéndose el virey en la necesidad de huir en las tinieblas de la noche, buscando en ancha mar un abrigo contra la malquerencia de la costa. Por espacio de treinta y seis horas permaneció en los peligros mas inminentes, porque entre los hombres que conservaba á bordo no habia sino tres marineros; que el resto lo componian indios y novicios. Felizmente, las olas no azotaban á la *Niña* mas que por una banda, en vez de acometerla en todas direcciones como en los dias anteriores; y Cristóbal, con el corazon siempre levantado hácia su divino maestro, le dió gracias por la disminucion del peligro.

El Viérnes 22 de Febrero, por una repentina resolucion, habiendo vuelto á echar el ancla en el mismo puerto de donde tuvo que salir, vió á un hombre ajitando una capa y haciendo señales á la carabela para que esperase. A breve rato llegó la chalupa con dos eclesiásticos y un escribano; los que, despues de pedir resguardo para sus personas, le suplicaron les mostrara sus papeles para asesorarse de que realmente servia á

los reyes católicos. No habiéndole salido bien el atentado y temiendo las consecuencias, buscaba el gobernador portugues el modo de encubrirlo con un prestesto plausible. Colon lo comprendió y no solo los satisfizo, sino que todavia les hizo regalos de objetos del nuevo mundo. Convencidos los delegados del gobernador de su calidad, le devolvieron con la lancha los marineros que guardaban en rehenes, los cuales decian que si hubieran logrado apoderarse de su persona, nunca jamas les dieran libertad, porque así era la órden espresa de don Juan II.

Levaron ánclas sin perder momento y dieron vuelta á la isla, queriendo hallar sitio donde hacer leña y tomar piedra para lastre, pero lo fuerte de la resaca impidió á las embarcaciones arrimarse á tierra; y como en esto se presentasen ciertas señales, precursoras del viento del S., que en aquellas alturas es tan peligroso aguardar sobre las amarras, decidió el almirante proseguir su camino. La mar estaba tranquila y navegaban impulsados por una fuerte brisa, por lo cual daba el virey gracias al señor en su *Diario* y en su corazon. Por espacio de dos dias la marcha fue regular; mas á poco, vientos contrarios tornaron á lanzar á los marineros en los peligros y fatigas de que creian haber escapado ya.

III.

El 1 y 2 de Marzo pudo seguirse un rumbo favorable. El 3 al ponerse el Sol, un chubasco se llevó en pedazos las velas de la *Niña*, que estuvo á punto de zozobrar; pero la divina providencia veló por su servidor:

"Dios quiso salvarlo," dice Las Casas. En la inminencia del peligro se hicieron nuevas plegarias, y un nuevo voto. Se tornó á echar suertes para saber quien de entre ellos iria descalzo y en camisa á Nuestra Señora de la Cinta, en la provincia de Huelva, y como ya habia sucedido dos veces, le tocó á Colon, "lo que le hizo creer que Dios iba siempre con él; pero que queria que se humillara y no se enorgulleciera con los favores que le tenia hechos."[1] Ademas cada uno prometió estar á pan y agua el primer Sábado siguiente á la llegada de la carabela.

Menester fué dejarse llevar por las olas á palo seco; que tan récia era la tormenta. Redobló esta su fuerza con la venida de la noche; siniestros relámpagos alumbraban con su luz sulfúrea la pavorosa escena; la lluvia caia á torrentes; las olas arremetian en todas direcciones al buque, y así se levantaba tremenda una montaña de agua, como se abria un abismo negro, inmenso, amenazando tragarlo con su espumosa boca. El crujir de la járcia, de la arboladura y del casco hacia coro con los silbidos del viento y el estrépito de los truenos, á los que parecia servir de éco los espantosos bramidos del mar. Ningun poder humano fuera bastante para salvarlos de tanto peligro; "pero plugo á nuestro señor venir en auxilio del virey, y mostrarle la tierra," como dice Las Casas. A media noche la divisaron; mas la oscuridad impidió reconocer el lugar. Sin embargo de lo atrevido de la maniobra, el almirante mandó echar la vela grande de juanete, no teniendo tampoco otro recurso para levantar á la *Niña* que sumerjia la proa; "y así los guardó Dios hasta el dia"[2] en medio de las angustias y de la ansiedad de una noche de tribulacion y naufrajio.

Llegaba el almirante á las costas de España á fines de un invierno desastroso; durante uno de esos sacudi-

1 Las Casas. *Historia de las Indias*, lib. I cap. LXXIII.
2 Las Casas. *Compendio del Diario de Colon*. Lúnes 4 de Marzo.

mientos de la naturaleza, que, trastornándolo todo, hacen sentir su impulso formidable del Polo al Ecuador. Al decir de la jente marinera nunca se conoció un invierno de mas siniestros marítimos, pues de cuatro meses atras soplaban vientos asoladores. El océano Jermánico estaba impracticable, y los buques padecian en los puertos, bloqueados por los temporales. Veinticinco barcos españoles perecieron en las costas de Flandes, y por todas las demas se veian esqueletos de naves é infinitos despojos.

Al amanecer, al traves de la neblina, que producia la ajitacion de las olas y la abundancia de espumas que se levantaba en el aire, el almirante reconoció el promontorio elevado de Cintra, cerca del Tajo.

La costa de Portugal, difícil de abordar siempre que hay mar gruesa, es en estremo peligrosa con un temporal, porque ningun cabo, ninguna abertura amortigua el impulso de las olas, que corren sin obstáculo, y con una violencia acrecentada por la distancia, á romperse con ruido infernal contra los peñascos. Colon, á pesar de que no pudieron acercársele las lanchas de los prácticos, se esforzó por entrar en la ria. Tampoco contaba con otro refujio. Las rocas cubiertas con la espuma, engañaban la vista; y una fuerza irresistible arrastraba á la *Niña* á los escollos, rechazándola de la embocadura á lo cual tambien contribuia el viento contrario y una grande avenida. Hubiérase dicho que un tenebroso poder redoblaba su furor, para impedir salvarse á la lijera carabela, haciéndola perecer casi á la entrada del puerto.

Al presentir una catástrofe, los habitantes de Cascaes, poblacion situada en el embocadero del Tajo, acudieron á la iglesia, y con cirios encendidos quedaron orando durante la mañana por las almas de los tripulantes de la *Niña*, que consideraban ya pasto del terrible elemento; y cuando con el favor del altisimo entró Colon por el rio, el pueblo en masa acudió á la orilla considerando como milagro su salvacion de una muerte inevitable.

CAPITULO X.

I.

A fuerza de bordadas consiguió el almirante entrarse hasta el fondeadero de Rastrello, dando gracias al todopoderoso por haberlo apartado de riesgo tan inminente.

Despachó en seguida un correo á Castilla, para dar parte de su llegada á SS AA., y despues escribió al rey de Portugal, que se habia retirado á su palacio de Valparaiso, huyendo de la peste, con el objeto de que le permitiera echar el ancla en Lisboa, no creyéndose seguro en un sitio como Rastrello, tan abundante en jentes capaces de venir sobre la *Niña*, á la que suponian atestada de oro, en razon á venir de las Indias, descubiertas por él; y preveyendo la susceptibilidad de Juan II, le insinuaba con destreza, que no habia ido hácia Guinea, sino al estremo del Asia por occidente.

Hecho lo cual, añadió una postdata á la carta que redactó en medio de la tormenta, á la altura de las Azores para Luis de Santangel, el hombre que con mas ahinco sirviera á su espedicion, con fijar el ánimo de la reyna, para decirle, que los elementos le habian forzado á guarecerse en el Tajo, lo cual tenia por la cosa mas sorprendente. Y en efecto, no iba descaminado al estar temeroso de las fronteras del monarca que lo mandó perse-

guir en la mar á su partida, y cuyos ajentes, violando los derechos mas santos, quisieron hacerle zozobrar á su vuelta, ya que no pudieron sepultarlo vivo en el calabozo, que de antemano le habian dispuesto. Venir hoy á refujiarse en sus estados, era ponerse entre las garras del leon. El almirante conocia á punto fijo lo grave del caso; y sin embargo, no podia menos de arrostrarlo. Pero Dios, que lo salvó de los conjurados y de la furia de los elementos, velaba sobre él, y por esa causa al comprender Colon lo estraño y misterioso de la irresistible necesidad, que lo impelia á los brazos de su enemigo, ne se turbó.

En el acto escribió para otro personaje de la corte, el tesorero don Rafael Sanchez, una relacion de su viaje, que poco despues fué impresa en Roma, la cual, idéntica en el fondo, solamente difiere en el estilo de la que recibió Luis de Santangel. Adviértese en ella esa sobriedad de imájenes, y en su consecuencia esa candidez y ese vigor propios de Colon. La terminaba con un rasgo de entusiasmo, propio para llegar á el alma de un cristiano.

Decia:

"Todo cuanto acabo de esponer parece inaudito, estraordinario, y cosas mas grandes diria, si hubiera tenido á mi disposicion buques bastantes, como habria convenido. No se debe á mi mérito tan grande y vasta empresa, sino á la santa fé cátolica, á la piedad y á la relijion de nuestros monarcas; que otorgó el señor á los hombres, lo que la intelijencia humana no pudo concebir ni esperar, pues Dios escucha á veces las oraciones de aquellos de sus servidores, que siguen sus mandamientos hasta en las cosas que parecen imposibles. Esto es lo que me ha sucedido á mí, que he conseguido la victoria en una empresa, que hasta la presente ningun mortal osó formar, porque aun cuando hubieran ya escrito ú hablado de la existencia de estas islas, todos hablaban y escribian de ellas por conjeturas y de un modo

ambiguo, atendido á que, como ninguno aseguraba haberlas visto, se las reputaba por fabulosas. De consiguiente el rey, la reyna, los príncipes y sus estados, de concierto con la cristiandad den gracias á nuestro señor Jesu-Cristo, que nos ha concedido una tan gran victoria. Que se hagan procesiones, que se celebren fiestas solemnes, que se cubran de flores los altares, que Jesu-Cristo aparezca en la tierra deslumbrante de alegria, así como se regocija en los cielos, esperando las salutaciones de tantos pueblos hasta ahora entregados á la perdicion[1]. Regocijémonos igualmente, tanto á causa de la exaltacion de nuestra fé, cuanto por el acrecentamiento de los bienes temporales, de los que no será sola España para recojer el fruto, sino la cristiandad toda."

Al dia siguiente, Bartolomé Diaz, oficial de la marina portuguesa, embarcado en el navio almirante, el buque de mayor número de cañones que se conoció hasta entónces, pasó en una lancha á la *Niña* para intimar á Colon que presentase sus papeles á su jefe, é hiciera su declaracion á los empleados de la aduana. A pesar de hallarse al alcance de las baterias del navio lusitano, le respondió Colon que, á bordo de su pequeña carabela, y en calidad de almirante de los reyes de Castilla, de nada tenia que rendir cuentas á tales personas, y que no iria. Pidióle al oirlo el oficial que, al menos enviase al contramaestre, á lo cual replicó el virey que, enviar á uno de sus hombres era igual á ir él, que ninguno saldria de la *Niña* sino por la fuerza, y que los almirantes de Castilla sabian morir antes que entregar contra derecho á cualquiera de sus marineros.

Tan firme actitud atemorizó al oficial que, cambiando de tono, le suplicó únicamente le hiciera ver las pruebas de su calidad, para informar de ello al superior. Co-

1. Epistola Cristoferi Colomb (cui etas nostra multum debet: de insulis in mari indico nuper inventis, etc.) ad magnificum dom. Raphaelem Sanxis, etc., quam nobilis ac litteratus vir Aliander De Cosco, ab Hispano ydeomate in latinum convertit.—Romæ. 1493.

lon no vaciló en mostrarle su diploma, y no bien el comandante don Alvaro de Acunha hubo recibido la relacion del oficial, vino con grande aparato, al son de trompetas y timbales á visitar al virey y ponerse á sus órdenes.

La nueva de la descubierta del nuevo mundo por un bajel, á la sazon anclado en el Tajo, corrió con la rapidez de una chispa eléctrica de un estremo á otro de Lisboa. No obstante el mal tiempo, una multitud de lanchas rodeaba á la *Niña*. No era menor la sorpresa que la curiosidad, y todos daban gracias al señor por un suceso, que su corazon les decia ser de incalculables consecuencias. La voz del pueblo era una en proclamar, que tamaña gloria recaia sobre Castilla en recompensa del celo de sus monarcas por la relijion.[1]

Despues del pueblo tocó su vez á los grandes. Al dia siguiente, personajes de cuenta, y hasta del mismo gobierno, vinieron á la *Niña* para ver y oir las maravillas de aquel otro mundo, que reputaran fabuloso. Los unos deploraban que el rey no hubiese acojido las ofertas de Colon, y los otros, bendiciendo á Dios, decian, que así premiaba la perseverancia de los piadosos soberanos de Castilla en propagar la doctrina de Jesu-Cristo.[2]

II.

El Viérnes 8 de Marzo, vino á sancionar un mensaje del rey de Portugal los testimonios que se habian tributa-

1. "Dando gracias á Nuestro Señor, y diciendo que por la gran fé que los reyes de Castilla tenian, y deseo de servir á Dios, que su alta majestad les daba todo esto." Miércoles 6 de Marzo.

2. "Porque SS. AA. se trabajaban y ejercitaban en el acrecentamiento de la relijion de Cristo." Juéves 7 de Marzo.

do espontáneamente al hombre de la providencia. Siguiendo el soberano el impulso de sus vasallos, suplicó á Cristóbal Colon, ya que el mal tiempo lo detenia en la rada, viniese á visitarlo en su retiro; y al mismo tiempo dispuso que los factores lo proveyeran grátis de cuanto le hiciera falta, tanto á él como á sus marineros y á su buque; que los principales de su servidumbre salieran á su encuentro, y que se le preparase en Sacamben, donde debia dormir, un magnífico alojamiento. Púsose el virey en camino acompañado de uno de sus pilotos, que hacia oficio de ayudante; pero la persistencia de la lluvia no le permitió llegar á Valparaiso hasta el otro dia por la tarde, en que hizo su entrada en medio de un lucido y numeroso acompañamiento.

La singular acojida que le dispensó don Juan II escedió á los honores tributados de antemano, pues recibiéndolo como á príncipe de la sangre, lo mandó sentar y cubrir en su presencia, le manifestó la mayor consideracion, le habló con afabilidad, le dijo el contento de que estaba poseido por el éxito de aquella empresa, y concluyó por añadir, que se felicitaba de ello, tanto mas, cuanto que segun un tratado concluido con Castilla en 1479, el descubrimiento y conquista de las nuevas rejiones le pertenecian de derecho.

Colon le contestó que no teniendo noticia de este tratado no podia hablar de él sino inútilmente, y que solo le prescribian sus instrucciones no ir hácia las minas de oro, ni á las costas de Guinea, cosas ambas que se publicaron en todos los puertos de Andalucia antes de su embarque. A lo cual replicó con donaire don Juan que, este negocio se arreglaria entre los dos reyes y él, sin intervencion alguna.

Poco despues confió á Colon al personaje de mas elevada categoria de su corte.

El Domingo por la mañana al salir de misa reanudó el rey la interrumpida pláctica con Colon, y le pidió detalles de su viaje. Mas pródigo en preguntas que la

víspera, diversificándolas como intelijente en cosmografía, y satisfaciendo su curiosidad, reconocia la grandeza de la espedicion, y esperimentaba en su interior un despecho secreto de haber dejado escapar las maravillosas rejiones, con que le brindara Cristóbal antes que á Castilla. Y como tuviese dudas con respecto á las distancias y al camino seguido, y le pareciese que habian usurpado á Portugal los derechos que le garantizó la bula, espedida á ruegos del infante, convocó inmediatamente su consejo para tratar del caso.

Mientras que, conforme á su costumbre, pasaba Colon entre la meditacion y el rezo las horas del Domingo, á pocos pasos de su estancia, en la sala del consejo, se ajitaba la cuestion de dar al traste con el fruto de sus trabajos, y de usurpar las nociones de su descubrimiento, asesinándolo. Propúsose al monarca la muerte del apóstol.

Por repugnante que sea tal pensamiento, por imposible que hoy nos parezca en el estado de nuestras costumbres, se tuvo por los cortesanos, envidiosos de la gloria estranjera, y avaros de mostrar al rey su fidelidad á los ódios que le suponian. Se quisiera poder dudar de semejante infamia; pero si Colon fué tan jeneroso que la dejó pasar en silencio, y si su hijo don Fernando la calló caritativo, los primeros historiadores de Portugal la consignan sin estigmatizarla.

Un escritor español,* Vasconcelos, biógrafo de Juan II, reasume con la mayor sencillez esta sesion del consejo real. Dudando quiso el rey, dice, oir á sus consejeros para tomar una resolucion. Algunos oradores, ignorantes en jeografia, trocando las posiciones de las tierras, afirmaban que los paises descubiertos por Colon, pertenecian á Portugal, y eran de parecer que muriera antes de tornar á Castilla,[1] sin lo cual, de la ejecucion de su empresa, resultarian graves inconvenientes; y que en tales circuns-

* Vasconcelos era portugues de nacion. N. del T.

1. Vasconcelos. *Vida y acciones del rey don Juan II,* lib. VI fol. 293 y 294.

tancias lo útil se anteponia á lo honrado, tanto mas cuanto que mirándolo bien, ¿no merecia el último castigo quien habia osado burlarse de tan gran príncipe?

Sabiendo lo mucho que deseó el rey acometer el descubrimiento, las ofertas que despues hizo á Colon en carta de su mano, recordando su cólera, cuando tuvo noticia de su tratado con los españoles, las órdenes dadas á los gobernadores de islas y á los capitanes de los buques, que dieran con él en alta mar, pensaron los palaciegos agradar al monarca, sujiriéndole una ocasion favorable á su venganza. Insinuaron que Colon no habia venido á Portugal sino para mofarse del rey, y que ostentar allí su descubrimiento era un ultraje, un crímen de lesa majestad. Un biógrafo notable llamado Garcia de Resende dice, que "solicitaron del rey tuviera á bien lo matasen allí, para que con su muerte no fuera el descubrimiento á Castilla",[1] y el padre de la historia portuguesa, el célebre Joan de Barros añade, que "varios caballeros se brindaron á servirle de asesinos".[2]

Resulta de las diversas relaciones lusitanas[3] que los cortesanos encontraban un pretesto plausible para deshacerse de Colon, ya considerando como una ofensa el placer con que detallaba al rey la importancia de la descubierta, ya valiéndose de su estremada vivacidad para provocar una querella, y desembarazarse de su persona.

Pero el rey, temeroso de Dios, rechazó tales ofrecimientos, como príncipe cristiano, dice Barros. Por otra parte, su espíritu elevado, y su amor á las ciencias y á la navegacion le hacian sufrir mejor que á otro de no tan alta

1. "El rey foy cometido que ouvesse por bem de lho matarem ahí, porque có sua morte ó descubrimento naó yria mais avante de Castella."

Garcia de Resende. *Vida é feitos del Rey dom Joam Segundo,* capit. CLXIII.

2. "Offereceram-se delles que ó queriam matar, é com isto se evitaria ir este homen á Castella."—Joao de Barros. *Da Asia,* decada I. liv. III. cap. XI. p. 246.

3. En su *Crónica* manuscrita del rey Juan II. Ruy de Pina, en el capítulo LXVI confirma tambien esta proposicion de asesinato.

intelijencia, el ascendiente que ejercia la presencia de Colon. Su aspecto disipó las señales de resentimiento y cólera, y prohibió con la mayor severidad cualquier tentativa sobre su húesped, mandando por el contrario que se le tratara con la debida consideracion.

Otros consejeros menos violentos que astutos, reconocian en principio, que habia una obligacion en los monarcas de acojer en sus puertos á los que en ellos se refujiaban; y opinaban porque se dejara salir libre á el almirante; pero querian que la cuestion de la descubierta se resolviese con las armas, y que antes de que Castilla hubiera aprestado lo necesario para un segundo viaje, se tomase militarmente posesion del terreno, lo cual seria fácil guiándose por las indicaciones de los dos portugueses que venian en la carabela. Don Juan siguió este consejo, y en seguida combinó su espedicion en secreto.

El Lúnes se despidió Colon del rey, que le colmó de distinciones, y de cuya órden don Martin de Noroña le fué acompañando hasta gran distancia con todos los señores de la corte, para honrarlo mas.

Una urjente invitacion de la reyna obligó al almirante á ir al monasterio de San Antonio, donde se hallaba con las principales damas de su servicio. Mucho lo agasajó la esposa de don Juan, y muy complacida quedó con oir sus respuestas acerca de aquel nuevo mundo, al que deseaba llevar la ley del Evanjelio. Su curiosidad lo detuvo tan largo espacio, que cuando salió para ir á reposar á Llandra estaba cerrada la noche.

Al despertar al dia siguiente llegó un escudero del rey á ofrecerle de parte de su señor, si preferia partir por tierra, acompañarlo hasta la frontera, y facilitarle por cuenta de la corona alojamiento, caballos y cuanto necesitase, presentándole al mismo tiempo una mula, que D. Juan le regalaba, y otra, con veinte ducados de oro al piloto que iba con él. Pero el almirante prefirió tornar embarcado, puesto que el tiempo estaba mejor. Llegó á

la *Niña* aquella misma noche, ya tarde, y al otro dia, á las ocho de la mañana, mandó levar anclas, haciendo rumbo á España con N.NO; mas como cediera la brisa, adelantó poco en la primer singladura.

CAPITULO XI.

I.

Reinaban á la sazon en Palos la zozobra y el desaliento, pues no habia una familia á la cual no preocupara la suerte que hubiera podido caber á un pariente, ó á un amigo: todos temian participase sus temores, porque los consideraban perdidos para siempre en los abismos de la *mar Tenebrosa.* Siete meses y doce dias iban transcurridos; que tambien los dias se contaban entónces, sin recibir nuevas de aquellos hijos del pueblo, que una órden de los reyes obligó á seguir al gran prometedor jenoves, cuya memoria maldecian mas de una madre y de una esposa en sus insomnios. Cual fuera la suerte de los infelices sacrificados así en aras de la ambicion de un visionario estranjero, ni los alcaldes, ni el corredor marítimo Diego Prieto, bien relacionado en la corte, lo sabian.

Así estaban dispuestos los ánimos, cuando el Viérnes 15 de Marzo, á eso del medio dia, divisaron las jentes del puerto una carabela, que impelida por la brisa, venia montando el Odiel. Presto reconocieron en ella á la *Niña*, que traia en sus palos, ademas del pabellon de Castilla las banderas de la empresa. Una esplosion de regocijo resonó en seguida de uno á otro estremo del lugar, y en un instante la noticia de la vuelta de la espedicion, y de sus maravillosos descubrimientos circuló hasta la última casa. Cerráronse las tiendas, y en masa se trasladaron los mo-

radores á la playa, y de allí en lanchas á los flancos de la nave. Repicaron á vuelo las campanas, tronó el cañon, se adornaron las ventanas con flores, y se tendieron telas por las calles. "Colon fué recibido con los honores de un rey. Acompañólo el pueblo en procesion, como tambien á su jente, á la iglesia, donde fué á dar gracias al todopoderoso, por haber coronado con tan feliz éxito el viaje mas largo, é importante que se hubiera emprendido jamas." [1] Luego de tantas alarmas é inquietudes ¡cuál no debió ser el contento de las familias, al volver á estrechar entre sus brazos á los que ya desesperaban de ver en la tierra!

Algunas horas mas tarde, mientras que la poblacion entera, trasportada de imponderable alegria, felicitaba al almirante, y con las lenguas de bronce de sus campanas avisaba á las aldeas vecinas el suceso estraordinario, se vió llegar próximo á la *Niña*, otra carabela, muy conocida de los moradores de Palos, y á poco rato descolgarse un bote de su bordo, y seguir rio abajo. Era la *Pinta*, y el que iba en el esquife su capitan Pinzon, que huia.

Arrojado por la tempestad al golfo de Vizcaya, y persuadido Martin Alonso de que haciendo agua, con sus averias y demasiado cargamento, habria perecido la *Niña*, dirijió á los reyes una relacion de la descubierta atribuyéndosela, y pidiéndoles permiso para pasar á la corte, y darles cuenta de la espedicion. Para esperar la respuesta venia á su pueblo á gozar del triunfo que se prometia. Mas al notar la bandera del almirante en el palo mayor de su buque quedó atónito y desconcertado, y temeroso de que su jefe no le impusiera el castigo merecido se fugó vergonzosamente, con el corazon rebosando hiel en presencia del triunfo del que esperaba suplantar.

De los tripulantes de la *Pinta* no faltaba ninguno, pues de cuantos quedaron en el fuerte de la Navidad, nadie era de Palos, y con razon pudo Cristóbal repetir á los que lo habian maldecido las palabras del buen pas-

1. Robertson. *Historia de América*, t. I. lib. II. p. 143.

tor: "Ni uno perdí de los que me disteis".[1] El contento de los paleños estaba pues en su colmo, al ver que el almirante les devolvia á todos los que le entregaron, y no sabian de que manera manifestarle mejor su reconocimiento y admiracion.

Los marineros de los alrededores de Palos hubieran querido ir aquella misma noche á sus casas; pero no pudiendo olvidar el alma piadosa de Colon el voto hecho enfrente de las Azores, y que la perfidia del gobernador portugues de la isla de Santa Maria impidió cumplir sacrílegamente, no les concedió permiso antes de que tubiera efecto. La promesa consistia en ir á la primera iglesia dedicada á nuestra señora que se hallara mas inmediata al paraje á que la *Niña* llegase. Ahora el sitio era Palos, y el templo Santa Maria de la Rábida, del cual continuaba siendo guardian el P. Fr. Juan Perez de Marchena, que así como celebró la misa solemne para el embarque, entonó el Te-Deum laudamus por la vuelta. Parecia que la divina providencia le tenia reservada tamaña satisfaccion.

La víspera se habian dado gracias al señor por la descubierta, y al otro dia se dieron á la vírjen de la Salud, el áncora de la esperanza del pobre marinero. Patética fué la ceremonia. Todos con los pies descalzos y en camisa, desde el último grumete á el almirante, en el mísero traje del náufrago, fueron á rendir homenaje á Maria, la estrella del mar, por haberlos salvado de la furia del Océano. Seguíalos una multitud, que se asociaba de corazon á sus plegarias y á su reconocimiento.

Veíanse los marineros rodeados y escuchados como oráculos, siendo el orgullo de sus familias: se los disputaban; y sus parientes se reunian para festejarlos. Pero Colon; á pesar de los honores y de los aplausos, se veia en Palos como en tierra estranjera, y no teniendo mas fa-

1. "Quia quos dedisti mihi, non perdidi ex eis quemquam".—S. Joan Evang., cap. XVIII.

milia que la franciscana, ni mas hermanos que los de la Orden Seráfica, tornó á la Rábida, y á ocupar la celda que le reservaba el P. Marchena.

Fácilmente se comprenderá cuan felices no se considerarian uno y otro. Aquella idea que primero tuvieron, antes de conocerse, aquella fé, que supo dominar el orgullo y las preocupaciones de la ciencia, estaba al fin recompensada. No se engañó Fr. Juan Perez cuando al contemplar la línea azul hácia occidente, se preguntaba si existirian tras ella tierras habitadas, y pueblos á que conducir la enseña de la redencion, pues el árbol santo, la cruz, se habia mostrado en medio de ellos, y la saludaban los inocentes hijos de los bosques, y ya podia cumplirse el anhelo de san Francisco de Asis. Es inesplicable la satisfaccion evanjélica y el mútuo consuelo que se esperimentó en la pequeña comunidad de la Rábida.

Si nunca, en ningun congreso diplomático se conferenció sobre un proyecto de mas grande importancia que aquel, cuyas bases se discutieron siete años atras entre Colon y el humilde franciscano, bien puede asegurarse, que jamas se concibió una combinacion mas atrevida, que la que al dia despues de su llegada bosquejó el almirante para enviar á SS. AA. En provecho de la monarquia española era tal vez mayor y mas inmediatamente ventajoso el trabajo, que trazaba con prisa y en el silencio de su celda, que el descubrimiento mismo. En él, completando Colon el despacho que remitió á la corte desde el muelle de Rastrello, hizo el resúmen de su conquista; aconsejó á los reyes rindieran homenaje de lo hallado á la santa sede,[1] y demandasen su bendicion sobre la empresa, por medio de una bula que la protejiera, é indicó el modo como, para evitar conflictos ulteriores, debian distribuirse las rejiones por descubrir entre los dos estados marítimos, que á la sazon se ocupaban en espediciones en el Océano.

1. Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. XLII.

Al efecto, imaginó Colon hacer dar por el soberano pontífice, para los descubrimientos de los castellanos al O. un espacio igual al que poseyeran al E. los portugueses; y con el fin de fijar las fronteras de los dos reinos en la inmensa llanura de los mares, propuso un medio de sencillez divina.

Con tanta firmeza y seguridad, como si tuviese ante los ojos dibujado en un mapa, el globo, del cual mas de las dos terceras partes no se conocian, marcó con una audacia sublime, ó por mejor decir, con una tranquilidad anjelical la seccion del Ecuador, que ninguno habia pasado, y puso al traves de lo inconmensurable una señal jigantesca, tirando de polo á polo una raya ideal, que dividia la tierra, y pasaba á una distancia media de cien leguas entre las Azores y Cabo-Verde. Para verificar tan singular separacion jeográfica escojió precisamente el único sitio de nuestro planeta, que hoy elejiria la ciencia:[1] la estraña rejion de la línea, sin declinacion magnética, moviente imperio en que la trasparencia de las aguas, la suavidad del aire, la limpidez de la atmósfera, la abundancia de la vejetacion submarina, el brillo tropical de las noches, la fosforescencia de las aguas, indican una misteriosa marcacion hecha por el dedo de Dios.

Trazado tan colosal es el pensamiento mas atrevido, que haya imajinado nunca un hombre. Jamas entró tamaña proporcion en un cálculo de medida, y sin embargo Cristóbal, sin espantarse de su propia obra, sin vacilar, sin conocer tal vez lo prodijioso de su operacion, tomó tranquilo sus medidas, y pidió lisa y llanamente, que las enviasen á Roma.

Sin duda que todo lo que aducia el almirante en sus

1. Lo que ofrece de injenioso, de nuevo, de importante bajo el punto de vista de la física, de la jeografia y de la cosmografia esta *raya*, que indicó Colon, se ha manifestado con admiracion por Humboldt, principalmente en su *Historia de la jeografía del nuevo continente*, y en su *Cosmos, ensayo de una descripcion física del mundo*. Esto merece notarse.

consideraciones, para la particion de los terrenos inesplorados entre las dos coronas de Castilla y Portugal, era tan atrevido como lójico, tan osado como desconocido del resto de los hombres, y por este motivo, en razon á los obstáculos que siempre se oponen á lo nuevo, debia provocar objecciones, dudas y resistencia. Pero el mensajero de la providencia tenia fé en la infalible sabiduria de la Iglesia, depositaria de las verdades del verbo. Mas adelante veremos cuan bien justificó la sede apostólica su noble confianza.

II.

Los que habian venido con el almirante podian ya descansar de sus trabajos, y gozar del reposo despues de tantas fatigas y peligros; pero él, á quien la suerte, de cuatro veces, tres, señaló para la espiacion de todos, tenia que cumplir los votos á que le obligaba una misteriosa prediléccion.

Primero tuvo que ir á Nuestra Señora de Guadalupe con un cirio de cinco libras de peso. En aquel retiro recibió grandes consuelos espirituales, conversó con varones santos, y trabó con ellos relaciones de amistad, que no se alteraron despues. En prueba de su afecto ofreció á los relijiosos imponer el nombre de su monasterio á una de las islas que descubriera, y en breve les cumplió la palabra.

En seguida fué á Moguer, al convento de Santa Clara, al cual lo afiliaba naturalmente el cordon de san Francisco, que traia siempre bajo su vestido. Celebróse una misa solemne en accion de gracias, y luego, cuando

vino la noche, entró solo en una capilla, cuyas puertas se cerraron tras él. Allí debia permanecer hasta el dia siguiente en oracion.

La luz incierta de la lámpara del santuario, reflejándose en los marcos bruñidos de los cuadros, los bajo relieves del coro, los sepulcros de los condes de Portocarrero, antiguos señores del pueblo, emparentados con los abuelos de la condesa de Teba, emperatriz de los franceses, que se cubrieron de gloria, unos en pos de otros, en los pasados siglos de hierro, en la guerra contra los moros, las estatuas de sus mujeres y de sus hijas, colocadas alrededor de las paredes sobre sus túmbas, parecia animarlo todo, é imprimir á las inmóviles figuras movimientos siniestros. Un alma de no tan fuerte temple como la de Colon no habria podido rezar allí con calma. Entre aquellos fúnebres recuerdos de la nada y de las pompas humanas fué donde el mensajero del todopoderoso, delante del tabernáculo, en presencia de Jesu-Cristo, examinó de nuevo su corazon.

A la mañana siguiente pasó á visitar á sus antiguos amigos el P. Sanchez y Cabezudo, y les suplicó vinieran á Palos, donde les hizo ver los indios y el oro del nuevo mundo.[1]

Pero la obligacion del almirante no habia concluido aun, y asi, partió para Nuestra Señora de la Cinta en la misma provincia de Huelva, conforme al voto contraido, es decir; en camisa y descalzo.

Cumplidas las promesas, tornó Colon al convento de su órden, donde lo aguardaba el P. Marchena, su amigo y director espiritual. Y como hubiera estado por espacio de mas de siete meses privado del pan de los ánjeles, sintió la necesidad de reanimar su alma, de reposar en la benéfica tranquilidad de la regla, y gustar del bálsamo reparador del cláustro, depositando en el seno de Fr.

1. *Pléito.* Probanzas del almirante. Prim. pregunta. Suplemento primero á la coleccion diplomática.

Juan Perez, secretos que nadie ha conocido: lo que sufrió por los hombres, lo que recibió de Dios, sus conjeturas particulares, que nunca confió al papel, sus dudas cosmográficas, sus cálculos indefinidos, bosquejos de su pensamiento, los atrevidos corolarios de su intuicion; todo quedó guardado en el grande y elevado corazon que latia bajo el burdo sayal de san Francisco. El desahogo de estas dos almas, llenas de tan ardiente entusiasmo por lo bello, y lo imperecedero; la libre comunicacion de estos dos espíritus, reflejándose el uno sobre el otro, cándidos en su fé, sublimes en su intuicion, ¡cúan fecundo, cúan rico no debió ser en aspiraciones hácia el divino verbo, redentor nuestro, y de quien procede el amor y la caridad entre nosotros!

No pudo el almirante pasar mas que siete dias en la Rábida, porque tenia que trasladarse á Sevilla, á esperar las órdenes de SS. AA., llegando á dicha ciudad poco antes que el despacho de la corte, que le fué dirijido con el siguiente significativo sobrescrito:

A don Cristóbal Colon, nuestro almirante de la mar Océana, virey y gobernador de las islas descubiertas en las Indias.

Contenia la letra misiva felicitaciones por su feliz vuelta, le ordenaba tomase en Sevilla sus medidas para una nueva espedicion en mayor escala, y lo invitaba á pasar á Barcelona lo mas pronto posible.

Con el mismo mensajero envió Colon á los reyes un plan detallado de organizacion para el armamento de que hablaban; hizo luego en Sevilla cuanto le permitió la localidad, y por último, se puso en camino con los siete indios, que pudieron resistir los padecimientos del viaje, y con los desconocidos objetos que traia.

Solo despues de la salida de Colon para Sevilla se atrevió Martin Alonso á entrar en Palos. Tambien él recibió de la corte una respuesta; pero terrible para su orgullo, y que completaba con su severidad el castigo de su envidia. Este último golpe arrebató su última

esperanza; sus rencorosos celos le ocasionaron una fiebre, de la cual murió al poco tiempo. Hombre de mar consumado, habria podido el señor Martin Alonso conservar un puesto glorioso al lado de Colon, y asociar su nombre al hecho inmortal del descubrimiento, si, para emplear las mismas palabras del almirante, hubiera comprendido *la honra*[1] que le hacia con llevarlo á su lado. Por querer ser el primero, cuando no estaba destinado sino á ser el segundo, perdió el fruto de sus trabajos, la recompensa de los peligros que arrostró, y hasta lo que poseia antes de su partida: la felicidad y la consideracion; y acortó su vida, manchándola antes con la desercion, la insubordinacion, la violencia, la impostura y el fraude.

III.

Con la rapidez de una comunicacion eléctrica llegó hasta los confines de España la noticia del prodijioso acontecimiento, que se celebraba en Palos, en Sevilla y en Barcelona. Y como el itinerario de Colon á la corte era atravesando por las mas populosas y florecientes provincias, iba agolpándose á su paso un inmenso jentio de Murcia, Valencia, Aragon, Castilla y hasta de las mas escondidas aldeas. "Resonaron los caminos y los campos con los vítores de los pueblos, que dejaban todo de la mano para verlo, y salirle al encuentro. Fué su viaje una verdadera marcha triunfal."[2] El tropel que ocasio-

1. "No mirando la honra quel almirante les habia hecho y dado, &c". Mártes 8 de Enero.
2. Charlevoix. *Historia de Santo Domingo*, lib. II. p. 107.

naba su llegada á cualquier parte lo hacia demorarse.

Su cortejo, mas estraño que pomposo, se abria con los marineros de la *Niña*, escoltando la bandera real de la espedicion, que traia un piloto. Luego venian otros cargados con ramas y árboles desconocidos, enormes calabazas, cañas jigantes, magníficos rosales, helechos, algodon en bruto, yerba pincel, pimienta, coco, jenjibre, y coronas, máscaras, braceletes y cinturones de oro, penachos de vistosas plumas, magníficos caracoles, lanzas, arcos, flechas sin acero y espadas de madera petrificada; mas rezagados, los conductores de brutos nunca vistos, unos vivos, la mayor parte metidos en paja: agutises, guascos, disformes lagartos, serpientes de hermosa piel, conchas de carey y cocodrilos, y detras, al par que el horrible aspecto de dos monstruosas iguanas[1] espantaba la multitud, la aturdia con su grita mas de cuarenta loros, ajitándose en sus perchas. Finalmente, formaban la retaguardia, los siete indios,[2] engalanados á la usanza de su tierra, con primorosas pinturas blancas y moradas, el reducido estado mayor del virey, Colon, de gran gala, y tres escuderos que pugnaban por contener la jente, ansiosa de contemplar de cerca las facciones del revelador del nuevo mundo. A cada momento, no comprendiendo los indios el significado de las aclamaciones, volvian sus ojos á su padre adoptivo, que los tranquilizaba con una sonrisa.

La historia lo ha justificado; no era para ver los indios y las rarezas que venian en su comitiva; que una curiosidad mas noble dada oríjen á tal solicitud: querian contemplar al almirante[3] y grabar en su memoria las facciones del hombre favorecido por el cielo, que habia

1. La mas grande muerta por Colon el 21 de Octubre, tenia siete pies de largo, la otra, muerta por Martin Alonso Pinzon al dia siguiente 22, no tenia mas que cuatro pies de largo.

2. Muchos de los indios de Cuba no habian podido resistir los sufrimientos de esta penosa travesia; otros quedaron enfermos en Palos.

3. Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias occidentales,* decada 1ª lib. II. cap. III.

franqueado la mar *Tenebrosa*, y ensanchado los límites de la tierra. Todos los brazos se ajitaban, todas las frentes se descubrian: las madres levantaban en alto á sus hijos, para que lo vieran, y rezaban por él: aquello era una verdadera ovacion universal.

El héroe cristiano, conmovido por el entusiasmo, la admiracion, los aplausos y las bendiciones de los pueblos, solo á Dios atribuia su triunfo; al par que le confirmaba la grandeza de la obra, para que se dignara escojérlo la providencia divina.

Habiéndose anticipado el pueblo á las órdenes de los reyes, tuvo que ceder la etiqueta de la córte; que tanto para satisfacer á la opinion pública, como para remunerar de un modo nunca visto un servicio sin igual, preparó al virey una recepcion hasta entónces única.

El 15 de Abril,[1] que era en el que debia entrar Colon en Barcelona, salieron á su encuentro gran parte de los habitantes, precedidos de la flor de la juventud, mientras una diputacion de palacio lo aguardaba á las puertas de la ciudad. Como para realzar mas esta solemnidad brillaba el sol con todo su esplendor, y la tierra lucia sus mas ricos productos, perfumándolo todo la brisa del mar, impregnada de las esencias de las infinitas flores que principiaban á entreabrirse.

Habíase dado mayor estension á la sala de ceremonias del alcázar, disponiéndola de suerte que, estuviera á la vista del pueblo su interior, adornado con magnificencia. Bajo un espléndido dosel de brocado de oro, habia dos tronos, una banqueta de terciopelo con franjas, y un poco distante un rico sillon.

Momentos antes de llegar Colon entraron SS. AA. con mantos y coronas, precedidas de los heraldos, trompeteros y servidumbre, tomando asiento en los tronos. El príncipe heredero ocupó la banqueta; pero el sillon permaneció vacio.

1. Fernando Colon. *Historia del almirante*, cap. XLI.

El séquito de don Fernando y de doña Isabel, y los consejeros, se puso á derecha é izquierda del dosel con los dignatarios de Aragon y de Castilla, y mas lejos, los empleados civiles, los caballeros, los escuderos, y los pajes. En el sitio destinado al efecto, tomaron plaza las damas de palacio, los prelados, los ricos hombres y la nobleza; y fuera de la balaustrada y de pié, los vehedores de ambas coronas, y los individuos de la clase media que estaban protejidos por algunos familiares de la córte.

En la calle se apiñaban las masas, levantándose de ellas un sordo y prolongado murmullo. Los balcones, revestidos de flores y colgaduras, estaban atestados de damas, ajitando sin cesar los abanicos; y hasta los tejados no eran suficientes para contener espectadores.

Presto comienza á subir de punto el rumor, á crecer y á robustecerse, y trocándose de repente en estrepitosas aclamaciones, al divisar los barceloneses los primeros jinetes del cortejo, penetra atronador por las ventanas de la rejia morada.

Aparece rodeada de los oficiales de la espedicion la bandera que habia flameado en la *mar Tenebrosa*, y detras, siendo la admiracion de cuantos los ven, los hombres de tez bronceada, que fueron bajo ella al traves de tantos peligros, y los desconocidos objetos del nuevo mundo; las plantas y los animales; pero sobre todo los desnudos, pintarrajados y temerosos indios.

Llega al fin Colon, tan modesto con su magnífico ropaje, como cuando se alejaba de los muros de Santa Fé. Mas si en su persona se advertia esa sencillez, que enjendra la grandeza de alma, el santo gozo que rebosaba de su corazon, imprimia á su rostro una tranquilidad y dulzura sublimes. Parecia que el esplendor del triunfo, al reflejarse en su frente, rodeaba su plateada cabellera con una aureola divina, y que sus facciones trasluzian la mision augusta que habia cumplido.

Al entrar en el salon el revelador del nuevo mundo, como impelidos por secreto impulso, se levantaron los

reyes,[1] é hicieron ademan de adelantarse, tendiéndole las manos, que él, como bueno y leal quiso besar, con la rodilla en tierra; pero no solo no lo permitieron SS. AA., sino que doña Isabel lo invitó á sentarse cerca de ella, en el sillon dispuesto para el caso, diciéndole: "Don Cristóbal Colon, cubrios y sentáos; sentáos almirante del Océano y virey del nuevo mundo."[2] Y húmedos de llanto sus ojos, enternecida y admirada, no quiso ocupar su trono, hasta que Colon se hubo cubierto como un grande de España, y tomado asiento.[3] Despues de hablarle con el mayor afecto le pidieron los reyes refiriese la relacion de su descubrimiento.

En vano se ha descrito muchas veces la recepcion del almirante en Barcelona, pues siempre los historiadores han olvidado la parte espiritual y cristiana de la solemnidad, callando el discurso de Colon sobre el nuevo mundo, y tal vez ignorando esta primera leccion de ciencia comparada, que se haya dado en la tierra. Permítasenos pues llenar tamaño vacio, y ya que no ha llegado á nosotros el testo de la alocucion, restablecer el órden de los hechos y de las ideas jenerales, cuya esposicion tuvo efecto en la audiencia.

Despues de pasear tranquilamente la vista en torno suyo, como para que fuere testigo de sus palabras todo el auditorio, comenzó diciendo, que el verdadero carácter de la espedicion era cristiano principalmente, y científico y político de un modo secundario; y que los favores que plugo al cielo derramar sobre la nacion española con su empresa, parecian ser la recompensa de la piedad y del espíritu relijioso de sus reyes: describió el espacioso Océano, hasta entónces vedado á la curiosidad de los mortales, y abierto ya á las naves españolas, y mostró el glorioso estandarte de Castilla, llevado por él al hemisfe-

1. "A su llegada se levantan los benignos reyes." Muñoz, *Historia del nuevo mundo*. t. 1. lib. IV. 15.
2. Marques de Pastoret. *Histoire des découvertes*, Ms., p. 96.
3. El P. Ventura de Ráulica. *La mujer católica*, t. 11. p. 323.

rio de los antípodas, el de las innumerables tierras, visitadas por la cruz; y narró en seguida, con claridad y método los acaecimientos de su viaje, desde su salida de las islas Afortunadas hasta el dia en que se partió de aquellas rejiones sin nombre, de las cuales por la gracia divina[1] era inventor.

Con su instinto de clasificacion y de órden empezó por describir el terreno, su aspecto jeolójico y mineralójico, sus riquezas vejetales y las diversas espécies de animales, tanto terrestres como acuáticos que habia observado. En apoyo de esta esposicion jeneral de los productos del nuevo mundo, mandó le acercaran las muestras que traia, y así el intérprete de la creacion puso una por una ante los ojos de sus oyentes distintas clases de ámbar, barro de colores, propio para hacer pinturas, minerales, conchas, ostras de perlas, piedras preciosas, oro en su soroque, en polvo, en grano, puro y trabajado.

Pasando de allí á los vejetales llamó la atencion sobre las gomas y resinas, las plantas medicamentosas, las yerbas aromáticas, las especerias, el palo tinte, las maderas para tallar, el algodon, el maiz, la harina de casave, la caña dulce, y ese tubérculo feculoso, hoy alimento del pobre, y que se llama patata.

En seguida, para dar á conocer mejor la diferencia de los nuevos paises comparativamente con los antiguos, presentó animales estraños: terrestres unos, anfibios otros; ya vivos, ya embalsamados.

Terminada su poética revista de los tres reynos de la naturaleza, se ocupó de la historia del hombre, que es su corona, y señalando á los siete indios presentes, se ocupó de las diferencias características de su raza, de su estado social, de la sencillez de sus costumbres, de sus creencias relijiosas, demasiado confusas y limitadas; pero que pa-

1. "Espuso las singulares mercedes que por su medio concedia Dios á los pios monarcas. El espacioso océano, cerrado antes á todos los mortales, ya patente á las armadas de España, etc." Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, t. 1. lib. IV § 16.

recian estar esentas de supersticion idólatra, y por ello mas dispuestos á recibir con mejor fruto las doctrinas del Evanjelio.

La luz de sus ojos, la dignidad de sus maneras, lo persuasivo de su voz, lo poético de sus imájenes, lo atrevido de sus espresiones, lo autorizado de sus ademanes, realzando la novedad de su discurso, tenian suspenso al auditorio, y solo eran comparables con lo majestuoso del asunto. La espansion de su alma, penetrada de las maravillas del creador, estaba en armonia con el espíritu de la época y con los sentimientos de aquella corte guerrera, que el año precedente enarboló la cruz en el último torreon de los moriscos.

Oyólo conmovido la ilustre é ilustrada reunion; y mientras el demostrador de las obras de Dios estuvo esplicando las maravillas del nuevo mundo, no se notó el menor indicio de cansancio ni hastio en ella.

La empresa del descubrimiento se habia acometido, sobre todo, para mayor gloria de Dios, para propagar el cristianismo, y hacer que hasta en los confines de la tierra se bendijera y alabara el santo nombre de Jesus. Y como al concluir su oracion anunciara el mensajero de la providencia, que una multitud de almas, privadas de la luz, iban á entrar pronto en el rebaño de los fieles, disfrutando, gracias á la piedad de los reyes, de los beneficios de la redencion, y los acentos de su fé y de su caridad infiltraran en los corazones tan consoladora esperanza, el arrobamiento y el fervor llegaron á su colmo. Apoderóse de la asamblea una emocion indescribible, mezclada de asombro y ternura, y los reyes, los grandes y el pueblo cayeron de rodillas, dando muestras de gratitud al todopoderoso, y llorando con Cristóbal Colon lágrimas de felicidad. La música y los cantores de la capilla real entonan el Te-Deum, repite sus notas la inmensa voz del pueblo, y ván prolongándose sus ecos como un murmullopor la ciudad, con tanto regocijo de las almas cristianas que, segun el venerable obispo de Chiapa, sentian

de antemano las delicias del paraiso.

Luego se alzó el almirante, conmovido por el entusiasmo que escitaba su presencia, pidió permiso á SS. AA. para retirarse á la casa que se le habia preparado, y los dignatarios de la corona fueron acompañándolo hasta la puerta, rodeada de un jentio, ansioso de contemplar y aplaudir al nuncio del señor.

IV.

La fama de este acontecimiento, el mas grande y mas importante para la humanidad y la ciencia, fué estendiéndose por todo el litoral de Europa hasta oriente.

De Lisboa, de Cádiz y de Barcelona partia la noticia con cada buque, de modo que por Pisa y Liorna llegó á Florencia y á Siena, al mismo tiempo que al senado de Jénova por sus embajadores Francesco Marchesi y Giovanni Antonio Grimaldi, que volvian de España, y Pedro Mártir de Angleria se apresuró á escribirla á Milan al conde Juan Borromeo, caballero de la Milicia de Oro.[1] El anuncio de este prodíjio recorrió en breve los estados cristianos, y desde el Adriático á la Gran Bretaña causó entre todos los marinos una sensacion difícil de referir. El célebre Sebastian Cabot, que se encontraba entónces en Lóndres, dice, que el descubrimiento se consideró alli como una obra mas bien divina que humana,[2] y así

1. Petri Martyris. *Opus epistolarum*, lib. VI. epist. CXXXI.
2. "A thing more divine than human."—*Memoir on Sebastian Cabot*, illustrated, etc., p. 10.—Hackluyt, *Coleccion de viajes*, p. 7.

lo comprendia el gran navegante. Pero en la capital del mundo cristiano hizo mas profunda impresion. La corte de Roma y su sociedad, compuesta de los hombres instruidos y piadosos, que acuden de todos los paises católicos á saludar la cátedra de Pedro, se enajenó de alegria, y el soberano pontífice manifestó su regocijo dando gracias al señor públicamente, por haber permitido que aquellas naciones, que yacian sumidas en las sombras de la muerte, viesen al fin despuntar la aurora de la salvacion.

Como el Sacro Colejio y los fieles, el mundo ilustrado llegó al colmo de sus esperanzas; y los sabios y los cosmógrafos de la biblioteca pontifical, presajiaban infinitas cosas á consecuencia del descubrimiento, que no era mas que su principio. El gran maestro de la literatura clásica, el oráculo de sus contemporáneos, Pomponius Lætus, rompió en lágrimas[1] de gozo al recibir la nueva del portento; que ya en adelante los héroes de los primeros tiempos, los semidioses del paganismo, las espediciones fabulosas ó históricas de la antigüedad, se veian eclipsadas con una realidad, que sobrepujaba á las fantasias de la imajinacion.

El signo de la redencion habia sido llevado al traves de los imponentes espacios del *mare Tenebrosum** por un héroe, modelo de cristianos, cuyo nombre, símbolo maravilloso de la salvacion, recordaba la paloma, emblema del Espíritu Santo, y significaba Porta Cruz, Christoferens, Christophoro; por un hombre de cuyos sentimientos relijiosos no podia dudarse, porque desde el 25 de Abril, y de consiguiente á los diez dias de su entrada en

1. "Pre lætitia prosiliisse te, vix que a lachrymis pregaudio temperasse."—Petri Martyris Anglerii mediolanensis, *Opus epistolarum*, lib. VII. epist. CLIII.

* Cumpliéndose asi la profecia de David que dice:
Et dominabitur a mari usque ad mare, et a flumine usque ad terminos orbis terrarum. (*Y señoreará de mar á mar, y desde el rio hasta los términos de la redondez de la tierra.*) Psal. LXXI. 8.
N. del T.

Barcelona, se tradujo en latin por Aliander de Cosco, y se imprimió con autorizacion pontificia en la imprenta de Eucharius Argentinus una copia de su carta á Rafael Sanchez, y nueve dias mas tarde, dió testimonio el santo padre, con letra de su mano de la sublimidad del mandato conferido por la providencia á su hijo querido.

Despues de tan solemne justificacion de su descubrimiento, pudo Colon haber muerto satisfecho; pues si bien no habia encontrado aun mas que islas, centinelas avanzadas de un continente desconocido, por este solo hecho tenia revelada la existencia del nuevo mundo, y cumplida su mision; pero Dios reservaba á su fervor otras pruebas y otras recompensas.

Hay una escuela que se obstina en no ver en la descubierta sino el fruto de la *casualidad,* y cuando mas de la aplicacion de una idea nueva en hidrografía, reduciendo así su mérito y sus prodijios á un simple cambio de derrota. Los Portugueses, dicen, querian llegar á las Indias por oriente, siguiendo la costa de Africa, cuando Cristóbal Colon imajinó alcanzarlas por occidente, atravesando el Atlántico, y dió con islas con las cuales no contaba, creyéndolas el Asia; luego no encontró lo que buscaba, ni buscaba lo que encontró.

¿Pero aquella ajitacion, aquel asombro, aquel entusiasmo, aquellas bendiciones del pueblo en las Azores, como en las orillas del Tajo, en España, como en toda la cristiandad, las hubiera podido escitar un cambio de rumbo? Entónces no se sabia en qué estribaba el descubrimiento, ni cual era su estension, ni su nombre verdadero; mas la actitud de las jentes, era una señal cierta de lo grande del suceso, su curiosidad sin ejemplo provenia de algo estraordinario, comprendia el mundo civilizado, que se trataba de los destinos de la humanidad, del engrandecimiento de las cosas, de la dilatacion del dominio terrestre. No palpitaron tantos corazones porque las carabelas pusieron la proa al Asia por O. en vez de ponerla al E. sino porque se habia encontrado un

nuevo mundo, como lo prueba oficialmente la divisa dada á su descubridor, que dice:

POR CASTILLA Y POR LEON
NUEVO MUNDO HALLÓ COLON.*

* Segun Washington Irving en su obra titulada: *Viajes y descubrimientos de los compañeros de Colon,* la familia descendiente de los Pinzones, que acompañaron á Colon en su primer viaje al nuevo mundo, ha añadido por sí y ante sí á su escudo de armas, la divisa concedida á el almirante por los reyes católicos, sustituyendo los apellidos, y haciendo otras alteraciones en ella, hasta ponerla y apropiársela como sigue:

A CASTILLA Y A LEON
NUEVO MUNDO DIÓ PINZON.

A ser esto cierto, hubiera sido incalificable, y no habriamos hallado espresiones bastantes para condenarlo; porque si bien el preclaro nombre de Colon no ha necesitado, ni necesita de blasones, ni divisas, ni leyendas para pasar á la posteridad, rodeado de una brillante aureola, fuera muy de lamentar que, habiéndolos adquirido de una manera lejítima y digna, y que habiéndosele otorgado en momoria de sus hechos, como para ponerles un sello oficial, se le usurparan, y lo que es mas, con una circunstancia que, en nuestro concepto, es agravante.

Por fortuna, aun cuando en los escudos de armas de los Pinzones hemos visto la divisa en cuestion, segun los datos que hemos podido adquirir, les fué concedida por el emperador don Cárlos V en ocasion de hallarse en Barcelona, por los años de 1519.

Ignoramos de todo punto las razones particulares que moverian á S. M. I. para obrar así; pero desde luego, apoyándonos en los hechos conocidos, que son de una lójica invencible, aseguramos, sin temor de que se nos desmienta, que no procedió con justicia.

Sabida cosa es que los Pinzones adelantaron con jenerosidad la octava parte de los gastos de la primera espedicion de descubiertas, nosotros no lo negamos; pero como sobre este anticipo echaron tantas y tan negras manchas, habiéndose sublevado juntamente con los marineros, cuando de mano armada quisieron obligar á Colon á que tornase á Castilla la flota, y en particular el señor Martin Alonso, con haber desertado de sus banderas, cometido todo linaje de atropellos y violencias con los indefensos indios, é intentado sorprender con un engaño el noble corazon de Isabel la Católica, en los dias en que, sospechando hubiera zozobrado la carabela que mandaba el almirante, al volver de la Española, la pidió audiencia, atribuyéndose el descubrimiento, para pavonearse en la corte con galas ajenas, como el grajo de la fábula, no parece sino que la divina providencia por uno de sus sábios y admirables designios ha permitido, que al ostentar los Pinzones tan inmerecidamente la mencionada divisa sobre su timbre, se trueque en una leyenda sarcástica.

Y si á esto se agrega lo de que si en el segundo verso del mote conferido á Colon, se dice, que *halló* el nuevo mundo, en el que usan los Pinzones se espresa terminantemente que uno de ellos lo *dió* á España, sobre la hiel del sarcasmo cáe la sal del epígrama. Para honra de

¿Y sino, que se nos diga si cuando se hallaron las Azores, las Canarias y las islas de Cabo-Verde, hubo semejantes manifestaciones?

Los que atribuyeron el éxito del suceso á la sagacidad de Colon, ó á la superioridad de su saber, ó á su esperiencia en la marina, están desmentidos por él mismo; pues nunca atribuyó á su injenio, ni á su ciencia, lo que ni la ciencia, ni el injenio hubieran podido darles; sino que por el contrario, dijo terminantemente, "que para la ejecucion de la empresa no le aprovechó razon, ni matemática, ni mapemundos,"[1] y es un hecho.

Un antiguo viajero frances, llamado Thevet, que tuvo ocasion de hablar con personas que formaron parte de sus espediciones, dice, que el almirante no era muy esperto en las cosas de la marina; Jerónimo Girava Terracones en su *Cosmografia*, publicada en Milan por los años de 1556, juzgaba al jenoves Cristóbal Colon "gran marino, y cosmógrafo mediano;"[2] Humboldt lo declara "poco familiarizado con las matemáticas," lo acusa de haber hecho "observaciones equivocadas á la altura de las Azores," y se ocupa de su "carencia absoluta de conocimientos en historia natural;"[3] y un miembro de la Academia Imperial de Ciencias encuentra que "Aristóteles estaba mas versado en jeografia que Colon"[4] y le estraña su "ignorancia en materia de cosmografia." Ademas, si en su tiempo habia otros marinos, que se suponian mas diestros que él, y á los cuales colocó en puesto preferente la opinion, no es posible referir al mérito científico, ni al saber del almirante su obra imensa. ¿A qué atribuirla entónces?

Carlos V, de España, de Colon y hasta de la familia Pinzon, quisiéramos no leer el mote citado en los blasones de esta última.

N. del T.

1. Cristóbal Colon. *Libro de las profecias*, fol. IV.
2. Santarem *Recherches historiques, critiques et bibliographiques sur Améric Vespuce*, p. 178.
3. M. de Humboldt. *Cosmos*. t. II. p. 332. 337.
4. Babinet, *Influence des courants de las mer sur les clinas*.

Digámoslo sin rodeos: la superioridad de Colon, la señal distintiva de su injenio, lo que constituye su grandeza, es su fé.

La fé no le hubiera infundido la ciencia náutica, hija de la práctica y de la observacion; pero como su fé mereció la gracia de Dios, hizo lo que otros no se hubieran atrevido á hacer, justificando de antemano con su ejemplo estas memorables palabras del ilustrado marques de Valdegamas: "Yo no sé de ningun hombre acostumbrado á conversar con Dios, y ejercitarse en las divinas especulaciones, que en igualdad de circunstancias no se aventaje á los demas, ó por lo entendido y vigoroso de su razon, ó por lo sano de su juicio, ó por lo penetrante y agudo de su injenio; y sobre todo, no sé de ninguno que en circunstancias iguales no saque ventaja á los demas en aquel sentido práctico y prudente que se llama buen sentido."[1]

Su asídua contemplacion de la naturaleza lo habia convencido de que la forma de los grandes cuerpos de la creacion, los astros y los mundos era esférica, é infirió de aqui la redondez de la tierra. Como concibió las obras divinas en proporcion á las nociones elevadas que tenia del creador, y de su fé en Jesu-Cristo y en el verbo, por quien todo ha sido hecho, encontró confirmadas en las Santas Escrituras, sus ideas cosmográficas. Se penetró de que el mundo estaba formado con plan y cálculo;[2] de que en ninguna parte destruian la vida los rayos solares; de que no existian zonas inhabitadas, y de que no podia la *mar Tenebrosa* separar para siempre á las naciones, privando á ciertas razas de conocer al señor. Creyó firmemente en las palabras del profeta, cuando anunciaba que los confines de la tierra verian la salud enviada por Dios; en que vendrian los pueblos de las rejiones del aquilon y de las tierras australes, del otro lado de los

1. Donoso Cortés. *Ensayo sobre el catolicismo* &c. lib. II. cap. VIII.
2. Omnia in mensurá et numero et pondere disposuisti. Sap. XI, 21.

mares;[1] y no admitió que el creador hubiese destinado la menor parte del globo para guarida de monstruos y brutos invencibles. De su confianza en el altisimo dimanaba pues su fuerza de voluntad, su paciencia, su resolucion, su tranquilidad de alma, y el impulso misterioso de acometer y llevar á cabo su obra.

He aquí la causa primordial, la base de su proyecto de descubrimientos. Demas está decir que nada tienen que ver con esto las matemáticas, ni las consideraciones deducidas de la jeografía, que solo vinieron en apoyo de sus deducciones teolójicas. Para él el cálculo no sirvió sino para comprobar la exactitud de su creencia católica en materia de cosmografía; que la sola ciencia no podia servirle de ningun provecho, en razon á que se apoyaba en cimientos falsos, como, verbigracia, el de que la mar ocupase solo la septima, cuando cubre mas de las dos terceras partes de la tierra.

Sin embargo, la lucidez de la razon, la superioridad del golpe de vista y el ardor de la fé, no bastan para esplicar el portentoso resultado de su empresa: en vano seria que nos esforzásemos para demostrar humanamente la obra sobrehumana del descubrimiento. Cuantos han estudiado la vida de Cristóbal Colon, sin esceptuar uno, lo mismo los historiadores contemporáneos suyos, que los cronistas de las Indias, que vieron por sus ojos los apuntes oficiales, han concluido por reconocer en las circunstancias de su llegada á España, en las que le retuvieron en ella, y en las que facilitaron la ejecucion de su pensamiento algo sobre el nivel de lo que pueden preveer los mortales.

Sin negar rotundamente el influjo de la divina providencia sobre la humanidad, no puede desconocerse la

1. "Ecce nomen Domini venit de longinquo."—"Ecce isti de longé venient, et ecce illi ab aquilone et mari, et isti de terra australi."—Isaïae, cap. XXX, vers. 27, cap. XLIX, vers. 12.

mano augusta que condujo á Cristóbal, * porque si alguna vez el poder superior que preside al gobierno de los mundos, debió manifestarse en este, fué, no hay que dudarlo, para el suceso mas grande de nuestro planeta. Cuando se recojen todos los acaecimientos y detalles de la descubierta, se halla necesariamente con el sábio Cladera que, seria preciso violentar nuestra conciencia para no creer, que para tamaña empresa tuvo influjo celestial, ó comercio con el ente superior que rije á los nacidos.[1] El mismo almirante confiesa con su lacónica modestia, que "nuestro redentor le ordenó el camino"[2] y como en su mente, en su íntimo pensamiento, en el fin que se proponia iba tan unido al proyecto de descubrir tierras el triunfo de la cruz sobre la media luna, y la emancipacion de los santos lugares, se vió una coincidencia singular y fenomenal entre ciertos hechos y hasta ciertas fechas del viaje. Hélos aquí.

El Viérnes, dia de la redencion, de la conquista de Jerusalen y de la toma de Granada, parece señalar los principales incidentes de esta espedicion cristiana.

El Viérnes se dá Colon á la vela.

El Viérnes se completa la importante observacion de la variacion magnética.

El Viérnes se divisan los pájaros del trópico, primeros indicios del nuevo mundo.

El Viérnes aparece la mar de yerba, el gran fenómeno pelásjico.

El Viérnes 12 de Octubre, se descubre la tierra, y en el mismo dia planta la primera Cruz en el nuevo suelo.

El Viérnes 19 de octubre, escribe que quiere estar

* Tanto es esto verdad, que bien hubiera podido Colon decir con el rey profeta:

Si tomare mis alas al oriente, y habitare en las estremidades de la mar:

Aun allá me guiará tu mano: y me sostendrá tu derecha. Psal. CXXXVIII. vers: 9 y 10. N. del T.

1. Cladera. *Investigaciones históricas sobre los principales descubrimientos de los españoles en el mar Océano.* p. 45.

2. Documentos diplomáticos, número CXXXVII.

de vuelta en Castilla en Abril, y en efecto, á mediados del mes designado, hace su entrada triunfal en Barcelona.

El Viérnes 16 de Noviembre, encuentra una cruz ya preparada en una isla desierta del mar de Nuestra Señora.

El Viérnes 30 de Noviembre, manda erijir una cruz de gran tamaño en Puerto Santo.

El Viérnes 4 de Enero, parte para España al romper el alba, y á la mitad del mismo dia la providencia le trae al capitan desertor Martin Alonso Pinzon.

El Viérnes 25 de Enero, la mar le provee de víveres frescos.

El Viérnes 15 de Febrero, se salva de una horrorosa tempestad y divisa las Azores.

El Viérnes 22 de Febrero, recobra su tripulacion, prisionera de los portugueses.

El Viérnes 8 de Marzo, la invitacion del rey de Portugal, su enemigo, viene á ser el primer testimonio de su gloria.

Y el Viérnes 15 de Marzo, entra en triunfo en Palos.

Entónces solamente fué cuando Colon observó la estraña coincidencia del dia de su llegada con el de su partida y las principales circunstancias de su viaje.

Citamos las fechas; y que se deduzca la conclusion que se quiera, no podrá menos de quedar establecido, que durante aquella espedicion los principales acontecimientos tuvieron lugar en Viérnes.

Si se agrega á esta coincidencia la de la suerte, que hace recaer en Colon, de cuatro veces, tres, la señal de la cruz, y lo designa asi para dar cumplimiento tres veces á los votos de todos, despues de haber dicho como Washington Irving "que habia algo de estraño en la perseverancia de la casualidad en designarlo,"[1] convendremos en que una casualidad, que se adapta tan bien á las intenciones, á los sentimientos y á los deseos de Colon, mereciera de su parte algun reconocimiento, y

1. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon,* lib.I. cap, IV.

de la nuestra obtenga alguna consideracion.

Cuando el mensajero de la cruz, confesando la ineficacia del compas y del astrolábio para su descubrimiento, declaraba que nuestro redentor le habia dispuesto el camino, atestiguaba una verdad mas patente hoy, que en el momento en que la escribia.

Su espedicion, emprendida contra las preocupaciones de las jentes vulgares y los datos de la ciencia, por un camino tan temido, es desde el primer ensayo, un modelo de navegacion, y él sin saberlo, señaló á las jeneraciones sucesivas el itinerario mas seguro y cómodo; itinerario que, segun Humboldt, es el que siguen todavia todos los barcos de vela que van á las Antillas. Algunos marineros han aconsejado no inclinarse tanto al S. para buscar los vientos alisios, cortar el trópico á veinte grados próximamente al O. del punto en que lo dividen por lo jeneral los navegantes, y abreviar en una vijésima parte el viaje de Cádiz á Cumana; mas esto presenta tambien "la probabilidad de luchar mas dilatado espacio con los vientos variables, que soplan tanto del S. como del SO."[1] El antiguo sistema, el derrotero de Colon, compensa lo largo de la travesia con la ventaja de hallar presto brisas constantes, y gozar de ellas la mayor parte de la navegacion.

Pero la vuelta del virey á Europa es, á no dudarlo, mas asombrosa aun que la seguridad con que marchó á las Indias la primera vez, porque no trajo la ruta de la ida, en razon á tener una carabela con la quilla en muy mal estado, otra con la arboladura resentida, y ambas haciendo agua. Elijió pues, por inspiracion propia, el rumbo mas seguro, aquel que habria de evitarle los chubascos y las neblinas, tan frecuentes entre las Azores y el banco de Terranova, y salvarlo de las tempestades que se esperimentan harto á menudo á la altura de las Bermudas;

1. Humboldt. *Voyage aux régions équinoxiales*, t. II. lib. 1. p. 8 et. 9.

y logró sin gran dificultad alcanzar los vientos alisios. Es cierto que sufrió tiempos horrorosos; pero aquellas terribles perturbaciones atmosféricas fueron de todo punto escepcionales. Despues de haber tomado el camino mas propio para sus descubiertas carabelas, una estraña casualidad lo apartó de peligros, de que él no podia tener noticia, y así, la fúria de los elementos puso de manifiesto una vez mas la proteccion que le dispensaba el altísimo. De otra manera no se concibe cómo un casco tan pequeño y quebrantado como el de la *Niña* pudiera conservarse. Tanto es esto asi, que los habitantes de Santa Maria en las Azores, y los de Cascáes y Lisboa quedaron atónitos de que la frájil y averiada nave hubiese resistido á la violencia de semejantes tormentas.

"Tales fueron, dice Washington Irving, las dificultades y peligros que tuvo que vencer á su vuelta á Europa: si una décima parte de ellos le hubieran disputado el viaje de ida, sus tímidas y facciosas tripulaciones se habrian opuesto con armas á la empresa, y nunca hubiera sido descubierto el nuevo mundo."

Aquella previsora y afanosa *casualidad*, á que tanto debia, procuró que en la primera espedicion los obstáculos no fueron insuperables, y opuso siempre á las mas graves dificultades, coincidencias propicias. Cuando se observa el carácter insolente de los oficiales compañeros de Colon, y el abandono en que lo dejaron sus marineros, despues de varado su buque, se comprende lo que habria sobrevenido si la bravura de la *mar Tenebrosa* hubiera juntado sus peligros á los fantasmas de sus pavorosas imajinaciones.

Felizmente la *casualidad* que precedia sus pasos, era el ánjel de su guarda y lo guiaba y advertia con incansable solicitud.

Esa *casualidad* que le dá viento ó marejada cada vez que así le conviene; que le aplaca las iras de los suyos, y le conserva su autoridad en el momento mas crítico; por la cual, sin poseer indicio alguno visible, predice el dia

del descubrimiento, y designa en Octubre su llegada en Abril al lado de los reyes; que lo proteje contra las asechanzas de la envidia, del ódio, de la corte portuguesa, y del furor de los elementos, y le prepara un triunfo al lado de su enemigo, es una *casualidad* tan intelijente y fuerte, y se asemeja tanto á la providencia, que, cualquiera que sea su nombre, nos parece un prodijio tan milagroso como el milagro mas patente.

Desde el primer dia, cuanto hubo de maravilloso en medio de la exactitud del sistema cosmográfico de Colon, se apreció en su justo valor en la capital del mundo cristiano, que comprendió por instinto el carácter sobrenatural de su mision, siendo esta glorificacion del almirante una prueba irrecusable de la infalibilidad de la Iglesia.

Vamos á ocuparnos ahora de un hecho que, por la primera vez se hallará espuesto con verdad, y al cual los historiadores de Colon no han dado nunca importancia; hecho sin embargo, no menos interesante que ignorado, no menos ignorado que auténtico, no menos auténtico que edificante, y no menos edificante que demostrativo de la autoridad sobrenatural que Jesu-Cristo ha trasmitido á su Iglesia.

V.

El 25 de Julio precedente, cuando ante los atemorizados paleños se preparaba Cristóbal Colon á franquèar el Atlántico, su ilustre compatriota Inocencio VIII se disponia á dar cuenta á Dios del gobierno de su Iglesia.

Entró á sucederle Alejandro VI, uno de los pontífices mas indignos de que, sin duda, hace mencion la historia: no obstante; es preciso decir en honor de la ver-

dad, que la calumnia y el espíritu de partido han exajerado mucho sus faltas, sobre todo, confundiendo la vida privada del militar con la oficial y regular que observó despues de su ereccion al pontificado; y que tal como fué, con sus buenas cualidades y sus defectos, comunes entónces á la mayoria de los grandes señores, mientras obró como heredero del primado de Pedro, ni cometió errores ni tuvo debilidades; pues ninguno de sus actos es defectuoso, sino por el contrario, como ha dicho Maistre, su bulario es intachable. Y para que el legado del poder espiritual, contra quien no prevaldrán las artes del infierno, aparezca siempre garantido por la providencia de las faltas inherentes á la flaqueza humana, fué este mismo pontífice, á causa de sus debilidades y flaquezas, quien puso mas de relieve la infalibilidad de la santa sede.

Siguiendo el consejo de Cristóbal Colon, impetraron los reyes católicos del papa una bula, que les concediera las tierras que habian descubierto á poniente, y las que todavia esperaban descubrir.

Cualesquiera que pudiesen ser las disposiciones personales de Alejandro VI hácia la corte española, no era dable acceder inmediatamente á la demanda, pues el caso requeria prudencia y parsimónia, por haber Portugal obtenido un privilejio para sus descubrimientos hácia oriente, y ser preciso evitar que, un favor hecho ahora á España, diese marjen á conflictos entre ambas naciones, en los reinados ó siglos sucesivos, y que la obra del apostolado acarreara sangrientas rivalidades entre dos pueblos cristianos. Se hacia menester una señal, una línea divisoria, y esa era la dificultad.

¿Dónde remataba el oriente? ¿en qué punto del espacio ilimitado de los mares principiaba el occidente? Tal era el problema que se tenia que resolver.

Nunca se sometió al pontificado una cuestion mas espinosa de jeografia y de política.

Segun las tradiciones de prudencia de la santa

sede y de las temporizaciones ordinarias de la cancilleria romana, hubieran debido ocuparse de la cuestion comisiones de cosmógrafos en Portugal, Castilla é Italia, con el fin de deliberar segun sus respectivos dictámenes, y partir sobre seguro. Esto exijia un plazo de dos años. Pero sin duda los reyes, al formular su demanda, añadieron la copia de las notas, que redactó Colon en el convento de la Rábida; y era tal el interes que inspiraba en Roma esta empresa cristiana, y tanta la confianza de la sede apostólica en la santidad del objeto, y en la pureza de sentimientos de su autor que, sin vacilar, sin detenerse, como iluminado repentinamente Alejandro, acerca de la obra y del operario, aceptó y proclamó la verdad de su sistema cosmográfico, reconoció esplícitamente la redondez de la tierra, su rotacion sobre el eje que tiene por estremos los dos polos, y sostuvo todas sus aseveraciones científicas. En el estado contradictorio en que se hallaba la cosmografia, semejante afirmacion fué un asombroso atrevimiento.

Alejandro VI, no consideró como una negociacion diplomática el privilejio que iba á conceder, ni obedeció en ello á inclinaciones personales, ni puede llamarse á lo que hizo, condescendencia de un papa español con reyes españoles; ni el español, ni el soberano, sino el pontífice procedió en calidad de jefe de la Iglesia, con asistencia de los venerables cardenales presentes en Roma;[1] porque no se trataba de un interes internacional, de un negocio pendiente con Castilla, sino de los intereses vitales del catolicismo, de la conquista de las almas, de la difusion de la ciencia, y del aumento del reino de Jesu-Cristo.

Siendo justa la demanda de Castilla, el soberano pontífice, con el consentimiento del Sacro Colejio que lo rodea, otorga el privilejio por su bula fecha 3 de Mayo de 1494.

1. Herrera. *Hist. jener. de las Indias etc*, decada I. lib. II. cap. IV.

Hecho esto, se trató de dar reglas para su práctica, de fijar límites á las espediciones de los castellanos, y de dividir entre ellos y los portugueses las partes desconocidas del mundo, á que las dos potencias llevarian el Evanjelio, y con él la civilizacion. Aquí es donde apareció visiblemente la parte que tuvo la Iglesia en el descubrimiento, y en la que muestra sus efectos la bendicion íntima de Inocencio VIII sobre la empresa de su compatriota Colon.

Tal como es, Alejandro acepta entre sus obligaciones pontificales el patrocinio del papado en la invencion del nuevo mundo; y con fé en Colon, le dá pleno crédito en cosas inauditas, le dispensa de toda prueba, justifica sus cálculos improbados, y solo en él y por él se funda y se compromete en la colosal particion del hemisferio inesplorado, entre las coronas de España y Portugal. Cuanto el mensajero de la cruz propone lo concede punto por punto, cual indicacion de la providencia; el jefe de la Iglesia fija las jigantescas proporciones de la operacion jeométrica trazada por Colon; la santa sede toma bajo su responsabilidad la exactitud de aquel deslinde de lo desconocido é inconmensurable; y para fijar á españoles y lusitanos la barrera que ha de mantenerlos en lo sucesivo en sus respectivos límites, el vicario de Jesu-Cristo con un arrojo sobrehumano tira una línea en la carta aun informe del globo, que, arrancando del polo boreal, y pasando á unas cien leguas al O. de las Azores y de las islas de Cabo-Verde avanza por medio del Océano Austral, y no se detiene hasta el polo Antártico, atravesando ¡oh maravilla! por toda la estension de la tierra, sin encontrar en la inmensidad de su travesia el menor lugar habitable, de que pudiese surjir la menor desavenencia.

La milagrosa exactitud de esta operacion dió ademas por resultado, el asegurar á la nacion española en premio de su celo por la doctrina del divino maestro, el dominio esclusivo del nuevo continente. Varios escritores protestantes observan, que, la santa sede, al hacer la de-

marcacion, se espuso tambien á colocar uno enfrente de otro en el mismo paraje á dos pueblos rivales, puesto que iba por paralelos y lonjitudes, que ningun bajel habia surcado; siendo presumible que en la dilatada distancia recorrida cortara alguna gran porcion de tierra. Sí, pero milagrosamente pasó por el único sitio en que no la habia; y ese es el prodijio.

Helo aquí:

La señal pontificia parte del polo Artico, llega á la misteriosa latitud de la línea, prosigue y pasa á la altura media de cien leguas entre el archipiélago de Cabo-Verde y las Azores, franquea el trópico, corta el Ecuador, se acerca al cabo de San Roque, continúa por el Atlántico, se aproxima á la isla Clerk, y por entre Sandwich y el grupo de Powel se interna en el círculo Antártico, para ir á perderse en los etérnos hielos del polo.

Si tomamos el mapa moderno mas perfecto, ya sea el de John Purdi[1] ó el de Johnston,[2] y tiramos una raya que siga el mismo camino que la puesta al través de lo desconocido por el soberano pontífice, quedaremos confusos de ver que desde Europa al polo Antártico, recorre nuestro planeta sin encontrar tropiezo. Y si en seguida tratamos de hacer lo mismo por otro sendero que no sea el que marcó la santa sede, daremos sobre alguna isla ó continente.

La señal del jefe de la Iglesia tiene algo de grande y de sublime, que hace inclinar de respeto á la ciencia.

Si la luz del jénio de Colon, si su mirada profética, al pasearse con tal acierto sobre el mundo, nos confunde, no nos causa menos admiracion el observar la confianza absoluta que mereció al pontificado, y doblamos la frente ante su escepcional atrevimiento, que por otra parte hace auténtico y sanciona como hechos consumados las intuiciones del peregrino que albergó la Rábida.

1. A Chart of the World on mercators projection, by John Purdy.
2. Johnston's Commercial Chart of the World.—1850.

Roma comprendia á Colon. Comprender es igualar; y Colon era merecedor de la simpatia del santo padre y del Sacro Colejio.

Jamas asunto mas grave, ni mas delicado, ni que exijiera mas grandes demoras, pudo someterse al pontificado, y sin embargo, como observa muy bien Humboldt, "nunca se terminó con mas prontitud una negociacion con la corte romana;" pero lo que sorprende á este sábio universal, son las dos bulas "iguales en su primera mitad y dadas en el intervalo de veinticuatro horas."[1]

Su estrañeza indica suficientemente cuan ajeno es el ilustre protestante al carácter de Cristóbal, pues estas mismas dos bulas, cuando una sola hubiera bastado, sirven para probar la estimacion que profesaba la santa sede al revelador del nuevo mundo, y la importancia que daba á su obra.

En la primera bula, fecha 3 de Mayo, que se llama de *Concesion*, la santa sede otorga á la monarquia española las tierras descubiertas, con los mismos priviléjios y derechos que los papas concedieron en 1438 y 39 á los reyes de Portugal: és la donacion hecha á España á peticion de sus reyes; pero al dia siguiente, procediendo á la separacion de las dos herencias, y para honrar y solemnizar mejor su obra, obra única, sin precedente, sin igual, el soberano pontífice consagra en una bula particular la delineacion que acaba de hacer, por la confianza plena que tiene en Colon. He aquí una circunstancia característica del pensamiento que hizo separar en dos bulas el legado: al hablar el papa del almirante en la bula de Concesion el 3 de Mayo, se limitó á llamarlo hijo querido, sin calificarlo de una manera mas esplícita; pero al otro dia, en su bula de Reparticion, como sintiendo el deber de dar un testimonio solemne de amor al mensajero de la buena nueva, el jefe de la Iglesia, caracte-

1. Humboldt. *Historia de la jeografia del nuevo continente*, t. III. p. 54.

riza oficialmente al héroe que acaba de agrandar el mundo, y no se satisface con calificarlo de hijo querido "dilectum filium", sino que lo reconoce plenamente digno de tan alta mision, ("Virum utique dignum") dice que es muy recomendable por diversos títulos ("A plurimum commendandum") y declara que estaba destinado para tamaña empresa, ("ac tanto negotio aptum").

La bula de reparticion tiene el carácter de una bendicion del cielo y de una recompensa divina.

No en el estilo de la cancilleria romana, sino por sí habla el pontífice, y luego de decir que conoce á los soberanos de Castilla por reyes sínceramente católicos, que siempre le han merecido igual concepto[1] y que su piedad es pública y notoria en todos los pueblos cristianos; despues de mencionar su constancia, sus trabajos, sus dispendios, sus fatigas, los peligros á que se habian espuesto, su conquista de Granada, y su espulsion de los moriscos, añade, que han unido á títulos tan gloriosos el anhelo de difundir la fé por tierras desconocidas, y de proclamar en ellas el nombre del redentor; que recomienda al todopoderoso su santo y loable proyecto, y que esperen de Dios el premio de sus esfuerzos; y concluye afirmando, que les dá este privilejio esclusivo, no por instigaciones directas suyas, ó de otros en su nombre, sino espontáneamente, con la mas completa y absoluta libertad, con la conciencia de lo que hace, y en la plenitud de su poder apostólico.[2]

Sin embargo; la liberalidad del vicario de Jesu-Cristo estaba, como la mayor parte de las recompensas divinas, sometida á una condicion. El soberano pontífice orde-

1. "Cognoscentes vos tanquam veros catholicos Reges et Principes, quales semper fuisse novimus, et a vobis præclare gesta, etc."—*Bula del 4 de Mayo* 1493.—Coleccion diplomática, número XVIII.

2. Motu proprio, non ad vestram vel alterius pro vobis super hoc nobis oblatæ petitionis instantiam, sed de nostra mera liberalitate, et ex certa scientia ac de apostolicæ potestatis plenitudine..., etc..."—*Ibid*, § VI,

naba á los dos reyes, en virtud de la santa obediencia, mandasen hombres probos y temerosos de Dios, instruidos, esperimentados y hábiles para enseñar segun la fé católica y las buenas costumbres á los habitantes de aquellas rejiones.[1]

Toda la bula respira una grandeza y una majestad imponentes, y deja entrever el presentimiento de un inmenso porvenir: el acrecentamiento y la supremacia de España en el mundo cristiano.

Al terminar, recuerda á los reyes, que el oríjen de todo poder, de todo império, y de todo bien, viene de Dios; y les anuncia que, si confiados en él, perseveran en su obra de la manera indicada, dirijirá sus acciones, y que prontamente sus trabajos recibiran la recompensa mejor para felicidad y gloria de la cristiandad entera.

VI.

Mientras que en todos los estados cristianos merecia el nombre de Colon los mas grandes elójios, y escitaba la admiracion jeneral, su persona recibia en España honores y homenajes desacostumbrados. A cualquier hora tenia entrada franca en el alcázar, donde era tratado por SS. AA. con la mayor deferencia, y la reyna Isabel, que no cesaba de interrogarlo y oirlo, lo autorizó para que en su escudo acuartelara las armas reales de Castilla y de Leon. No se decidia ningun proyecto sobre la próxi-

1. "...Viros probos et Deum timentes doctos, peritos et expertos ad instruendum incolas et habitatores præfatos in fide catholica et bonis moribus, etc."—*Bula del* 4 *de Mayo* 1493. § VII. Coleccion diplomática, número XVIII.

ma espedicion, sin consultarlo previamente con él, y fué tal su favor, que muchas veces se vió á don Fernando pasearse á caballo, llevando á su derecha á su hijo primojénito, y á su izquierda al virey, honra sin ejemplo. Era que entónces S. A. se enorgullecia de aquel, cuya presencia electrizaba al pueblo, llenando de celos á los mas poderosos de los grandes.

Despues de los monarcas el primer español que distinguió á Colon fué un príncipe de la Iglesia, el gran cardenal de España, don Pedro Gonzalez de Mendoza.

En obsequio suyo dió un magnífico banquete, en el cual le señaló el sitio de preferencia, haciéndolo sentar bajo un dosel, y sirviéndole en platos cubiertos las viandas, que se probaban antes en su presencia, con arreglo á la etiqueta de palacio, y como correspondia á su dignidad de virey. Este convite inauguró la serie de agasajos que le tributaron los primeros personajes de la corte, y sirvió de norma para la etiqueta, que desde entónces se observó con él.

Al recuerdo del festin del cardenal se ha querido ligar la anécdota del huevo; conseja insípida á que tal vez debe la memoria de Colon la mayor parte de su popularidad en Europa.

Cuentan que, habiéndole preguntado uno de los asistentes, si creia que á faltar él nadie hubiera podido descubrir las Indias, Colon por toda respuesta pidió un huevo, y propuso á los que allí estaban el ponerlo derecho sobre la mesa. Como lo intentaran en vano todos, añaden, que él lo tomó, y dando con uno de sus estremos un golpe sobre la mesa, lo acható por aquel lado, con lo que pudo sostener el equilibrio, y quedar de pié. Tal és en sustancia el hecho referido. Washington Irving no teme darle crédito, y pára sobrepujarlo, Lamartine hace representar esta farsa en la misma mesa del rey.[1]

1. De Lamartine. *Le Civilisateur*, num. de Octubre de 1852. p. 355.

No perderemos el tiempo en demostrar lo absurdo de semejante historieta por lo ridículo de su inverosimilitud, pues carece de sentido y de sal, y nada prueba, ni esplica, ni podria deducirse de ella ninguna consecuencia: ni es respuesta, ni alusion, ni ofrece en último resultado otra cosa que una especie de mal jénero.

¿Rompiendo un huevo por la punta, cuando lealmente se trataba de ponerlo en equilibrio, habia de manifestar el virey la causa de su descubrimiento? ¿Con tan poco tacto, y razon de tan pésimo gusto hubiera probado Colon su jénio superior y su constancia? ¿Habria esplicado los favores que á manos llenas derramaba sobre él la divina providencia y justificado el éxito de su teoria, basada en errores científicos, con ártes de titiritero....... y de titiritero torpe, por no decir tramposo?

Las circunstancias de tiempo y de lugar desmienten no menos la imbécil anécdota que nos ocupa, porque, ¿quién se hubiera atrevido, ya fuese en la mesa de los reyes, ya en la del gran cardenal á dirijir una pregunta tan fuera de propósito al virey de las Indias? ¿quién, repetimos, se hubiera permitido una pregunta tan desatenta como irrespetuosa? y, ¿cómo es posible que el almirante olvidara la etiqueta hasta el estremo de dar órdenes en presencia de sus augustos huéspedes, pidiendo le trajesen un huevo? ¿Fuera esto compatible con el número y calidad de los convidados?

Ninguno de los historiadores españoles ha hecho mencion de esta insípida anécdota, y solo el milanes Girólamo Benzoni la refiere, trascordado sin duda, porque, estamos convencidos de ello, el cuento del huevo es de oríjen italiano, y hasta pensamos que Colon en su tierna infancia oyese á su madre repetirlo, pues con visos de verdad se atribuye al célebre arquitecto Brunellesco, en cuya boca, por mas insulso que sea, no parece imposible. En torno de una mesa de taberna pudieron unos artistas florentinos, rivales y envidiosos, venir á usar de esas preguntas y metáforas picarescas, en que no hay

mas lójica que el retruenaco; pero no en otra parte. Antes que nosotros dijo Voltaire, que el cuento del huevo se tenia por de Brunellesco,[1] y en esto estamos conformes con él.

Por la dignidad de la historia suplicamos á nuestros lectores, que no repitan mas tan ruin anécdota, que no imputen al revelador del nuevo mundo un chiste tan miserable, porque creer en él seria desconocer su jénio, su dignidad, su elevacion y la atmósfera de gloria que respiraba.

Una satisfaccion superior á todos los honores recibidos vino á colmar de felicidad al virey de las Indias: la de saber que su respetable padre, conservando sus facultades intelectuales, gozaba de su triunfo, como en otro tiempo el patriarca Jacob de la elevacion de su hijo Josef; que tambien entónces era el primero despues del rey. Al llegar Colon habia enviado á su padre un hombre de su confianza con pruebas de su piadosa afeccion, y pedídole el permiso de unir á su suerte la de su hermano menor Santiago, cardador de oficio en Jénova. En lo cual vino el anciano, consintiendo con valor romper el último lazo de su familia, y quedarse sin hijo. Sabemos positivamente que mas de un año despues de la segunda partida del virey de las Indias, Domingo Colon vivia aun en el barrio del Arco,[2] que escojió al dejar á Savona.

Santiago, último hijo de Domingo y de Susana, por razon de su naturaleza enfermiza, empezó muy tarde su aprendizaje, en casa de Luchino Cadamartori, maestro cardador en Savona; (10 de Setiembre de 1484, cuando tenia 16 años cumplidos,) segun los términos del contrato, se obligó á trabajar en su casa honradamente por espacio de veintidos meses consecutivos, prometiendo no

1. Voltaire. *Essai sur les mœurs*, cap. CXLIV.

2. Sirvió de testigo en el testamento de Carlota Vernazza, esposa de Pizzorno, recibido el 30 de Setiembre de 1494 por micer Juan Bautista Parissola. *Actum Januæ in Burgo sancti Stephani, videlicet prope portam arcus.*

escaparse, no hurtar[1] &c. &c. Por su parte Luchino Cadamartori comprometióse á mantenerlo y alojarlo, á no despedirlo antes de la espiracion del plazo, y entónces darle un gaban de fustanella, un par de borceguies, unos calzones de paño, y devolverle sus camisas, con los demas vestidos de lienzo y lana, que guardaba como garantia de su buena conducta.

En el momento de que estamos hablando, Santiago Colon, de veintiseis años de edad, trabajaba de cardador en Jénova. Al recibir la carta de su hermano, abandonó sin orgullo su oficio, para encontrarse al cabo de algunas semanas de ayudante del virey, y mas tarde de administrador y gobernador jeneral interino de las Indias. Santiago, lo mismo que toda la posteridad del patriarca Domingo, participaba de dones especiales, emanados de la providencia, y asi al dejar su tienda, para mezclarse con los grandes y las ilustraciones de España, el modesto jornalero, en adelante conocido por don Diego, no pareció de ningun modo fuera de su lugar, y apenas llegado, fué puesto en evidencia al lado del virey, como lo justifica una circunstancia histórica.

Los siete indios traidos por Colon á Barcelona habian aprendido con él los rudimentos de la doctrina cristiana; que Colon les inspiró la fé. Habiendo ellos[2] pedido el agua del bautismo, y sido juzgados en disposicion de recibirla, se solemnizó con gran pompa esta primera ceremonia relijiosa de las Indias. El rey, el infante don Juan, y los primeros personajes de la corte fueron, junto con don Diego, padrinos de los catecúmenos, y este Colon

1. Anno domini MCCCCLXXXIV, die decimo septembris,—" Promittens non recedere ac servire et fortum non committere, versâ vice dictus Lucchinus pascet et non expellet, et quando terminus fuerit finitus, eidem dare diploidem unam fustanei, par unum caligarum cum....gavardinum unum panni blavi, et pitochum unum panni cum suis camixiis et vestibus ab ejus dolso laneis et lineis in pace, etc..... Actum Saonæ in banco mei notari infrascripti, sito in platea palacii caussarum, etc. Ansaldo Basso.

2, Herrera. *Hist. de las Indias occidentales*, década 1. lib II. cap. V.

tuvo despues del rey y de su hijo uno de los primeros cinco sitios en el templo. En cuanto á Cristóbal, como padre de todos los indios, no apadrinó á ninguno, porque en la Iglesia Católica el padre no puede ser padrino de su hijo. El favor acordado á don Diego con motivo de este bautismo, hace ver la grande influencia que ejercia á la sazon el almirante en la corte y en la opinion pública.

CAPITULO XII.

I.

A primera vista parecerá dificil creer que un hombre que como Colon tuvo que sufrir en silencio ya el tono de proteccion, ya las palabras de lástima de aquellos que le veian, y le dejaban vejetar en las antesalas, al encontrarse repentinamente solicitado y agasajado por los mismos, no se hubiera envanecido de su triunfo, y tomado con ellos el desquite, que le ofrecia la fortuna. Sin embargo no se encuentra en él ni el menor indicio de debilidad, y todos sus historiadores están unánimes en los elojios que tributan á su modestia en estas circunstancias, como siempre. Todo su anhelo era ir á Roma, para poner á los pies del soberano pontífice las relaciones de sus viajes, é implorar gracias espirituales; pero el mejor servicio de los reyes le impedia esta ausencia, tanto mas, cuando don Juan II de Portugal, aconsejado por los suyos, se preparaba clandestinamente á preceder á Castilla en las espediciones sucesivas. Asi es que no bien hubieron recibido don Fernando y doña Isabel ciertos avisos confidenciales de aquella corte, la cual por su parte pagaba ajentes secretos en la de España, para estar al corriente de sus proyectos, desplegaron una grande actividad.

En el solo dia 23 de Mayo firmaron diezisiete ordenanzas, cédulas y despachos relativos á la espedicion. Abrieron luego un crédito para el pago de los correos

de Sevilla; que tan activa se habia hecho la correspondencia; sacaron á pública licitacion el abasto de víveres y municiones; ordenaron á las autoridades de Sevilla secundasen las disposiciones tomadas por el almirante de acuerdo con don Juan de Fonseca; organizaron el servicio de sanidad de la armada, nombrando su primer cirujano al entendido doctor Chanca, médico del infante,[1] y prohibieron ir á las Indias con mercaderias, sin la autorizacion competente. Mandaron al gobernador de Granada tomase del arsenal de la Alhambra cincuenta pares de corazas y otros tantos talabartes y trabucos; al alcalde de Málaga que entregara un número igual de armas, y al capitan jeneral de la artilleria Rodrigo de Narvaez que aprontase cañones de plaza y de campaña con los proyectiles necesarios.[2] Fernando de Zafra recibió el encargo de alistar veinte trabajadores, que supieran hacer regueras y abrir canales, y ademas veinte jinetes armados de lanzas, y Juanoto Berardi,[3] rico naviero florentino, establecido en Sevilla, el de fletar un buque de doscientas toneladas.

La reyna por su parte hizo adjudicar la renta de diez mil maravedis anuales al almirante, por haber sido el primero que vió la luz en la isla de San Salvador; el 24 de Mayo se libraron de su órden á Francisco Pinelo mil doblas de oro para gastos de la espedicion,[4] y el 26 se espidió un mandato, para que se alojara grátis á Colon por donde transitase, como tambien á los cinco criados que le acompañaban, dejando pasar libres de gavelas todos

1. *Carta mensajera al doctor Chanca, para que vaya á las Indias.* Rejistrada en el archivo de Indias en Sevilla.

2. Coleccion diplomática. *Documentos*, n. XXX y XXXI.

3. Se le designaba familiarmente en la corte por su nombre de Juanoto. Tenia de primer dependiente á un escelente aritmético, compatriota suyo, aficionado á la jeografia y á la literatura, el cual sino hizo gran caudal, dirijiendo honradamente los negocios de su principal se preparó sin saberlo por medio de sus relaciones con el almirante una fama, que ha sobrepujado á su saber, á su mérito, á sus viajes y tal vez á su ambicion. Este era Americo Vespucio.

4. Coleccion diplomática, n. XXXVIII.

los equipajes de su pertenencia.[1] Dos dias despues lo hizo capitan jeneral de la flota de las Indias, con poder para nombrar todos los empleados del nuevo gobierno; le entregó el sello real, autorizándolo para usarlo, segun lo juzgara conveniente; y en seguida, juntamente con su esposo, le confirmó del modo mas solemne todos los títulos y privilejios, que se le garantizaban en el tratado de Santa Fé.

Hecho esto, se dispidió de sus reyes el almirante, colmado de consideraciones y de testimonios de admiracion y gratitud. Al salir de palacio esta vez, le fué acompañando hasta su casa toda la corte, que volvió de nuevo á saludarlo, en el momento de partir para Sevilla. Asi se alejó de Barcelona, el que llevaba consigo las grandes esperanzas de la nacion española.

II.

En medio del universal aplauso se alzó una voz entre la multitud para maldecirlo. Era la de un marinero sevillano llamado Juan Rodriguez Bermejo,[2] que fué el primero que gritó ¡tierra! á bordo de la *Pinta* en la madrugada del 13 de Octubre, y que concibió tan gran despecho de que se adjudicase la renta á otro, que re-

1. Coleccion diplomática, *Documentos*, n. XXXIX y XL, orij. en el archivo del duque de Veragua.

2. Colon en sus notas lo llama solamente *Rodrigo*, en vez de Rodriguez, y lo hace de *Triana* porque lo habia visto ó conocido allí. Pero la declaracion del maestre de víveres de la *Pinta* corroborada con la de dos marinos, establece de un modo positivo, que este, nació en Molinos, junto á Sevilla. Pleito, *Probanzas del fiscal*, suplem. prim. á la coleccion diplomática.

negó en Africa de su relijion, creyendo encontrar mas justicia entre los moros.

Un historiador protestante halla poco digno y noble en Cristóbal Colon el disputar esta recompensa á un pobre marinero;[1] pero por fortuna el desinteres del almirante lo pone al abrigo de la menor sospecha de codicia. Puesto que él habia sido el primero en divisar la luz, que brillaba en la costa á las diez de la noche, y en anunciar lo que la oscuridad no permitió hacer á Bermejo hasta las dos de la mañana, le asistia derecho al premio, tanto mas, cuanto que siendo una prueba oficial de la prioridad del descubrimiento, no debia cederla á nadie.

Al dia siguiente de su salida le enviaron los reyes las instrucciones jenerales acerca del gobierno de la colonia que iba á fundar, y es digno de notarse, que no eran otra cosa que las mismas ideas que él les habia inspirado, prescribiéndole asi SS. AA. por regla de conducta su propio parecer. Las primeras palabras de este documento son una prueba mas de los sentimientos relijiosos de la reyna, y de su modo de apreciar el carácter sobrehumano del descubrimiento.

Llena Isabel de deferencia hácia el revelador de la existencia del nuevo mundo, parecia haber resignado en sus manos el cetro de aquellas rejiones, puesto que nada dicidia sin consultarlo previamente con él, y cuando enviaba alguno á las Indias lo recomendaba á sus buenos oficios. De esta suerte le mandó á varios de su servidumbre, entre ellos á Juan Aguado, y al contador Sebastian Olano para que les diese colocacion.

Recibieron los reyes en esto de la corte de Roma el nombramiento de un vicario apostólico en las Indias, y dirijieron su ampliacion al P. Boil de la Orden de San Benito, sacerdote muy estimado de Fernando por su tacto diplomático, encargándole de disponer todo lo que fue-

1. Washington Irving. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon,* t. I lib. V. cap. VII.

se necesario para el culto divino en la futura iglesia, y dotándola Isabel con magnificencia de todos los ornamentos necesarios, sacados de la capilla de palacio. Doce frailes elejidos en diferentes órdenes debian acompañar al vicario.

Antes de salir de Barcelona el almirante y con el objeto de proveer al armamento de la escuadra, que debia hacerse á la vela en Sevilla, establecieron SS. AA. en esta ciudad una oficina, que habia de ser el jérmen de la poderosa administracion titulada Real Consejo de las Indias. Se puso á su cabeza con el nombre de ordenador jeneral de marina al arcediano don Juan de Fonseca, eclesiástico mundano y burocrata por instinto, emparentado con personas de gran valer y crédito cerca de don Fernando, á quien habian ayudado en las guerras; con él á un veedor jeneral, plaza de nueva creacion, á la que fué promovido Juan de Soria, empleado de nacimiento, pues parecia que en su familia se trasmitia como un título de nobleza la contaduria del Almirantazgo de Castilla, y á un pagador, cuyo destino se dió á Francisco Pinelo, de la municipalidad de Sevilla, sujeto de probidad notoria, y tenido en mucha estimacion.[1]

Era á fines de Julio, y el almirante, despues de recibir la visita de los capitanes de la flota, pasó revista al pequeño cuerpo de jinetes que venia de Granada, para embarcarse en Cádiz, y cuyos magníficos caballos eran dignos del lujoso ropaje de sus caballeros.

Apremiaban los reyes á Colon y á Fonseca con el objeto de apresurar la salida; pero este y Soria, interesados en que la sagacidad del almirante no descubriese sus manejos secretos con los contratistas, se declararon en abierta hostilidad contra él. El veedor, para manifestarse íntegro é incorruptible en cuanto á los gastos de Colon, se negaba á poner en el rol uno solo de

1. El mismo que habia hecho prestar á la reyna cinco millones de maravedis para los gastos de este viaje.

sus criados, atendiendo á que como jefe tenia á todos los tripulantes bajo sus órdenes. Su posicion y su celo por la corona, empeñada ya en tantos otros gastos, le impedian, decia él, condescender con lo que calificaba de exijencia ruinosa, y encontrándose apoyado por Fonseca, llegó á faltar al respeto al virey, que en silencio sufria este mal proceder. Pero la conducta de Soria se comentó en la corte, y el vicario apostólico, que era entónces uno de los mas ardientes admiradores del elejido de la providencia, afectado con semejante ultraje lo puso en noticia de la reyna.

Escribió Isabel en seguida una carta á Colon, para reparar esta ofensa, y con igual fecha otra al arcediano de Sevilla, recomendándole tuviese todo jénero de consideraciones con el almirante; que le allanara todas las dificultades que sobrevinieran; que le respetara y satisfaciera en todo, no solo en el fondo sino en la conveniencia de las formas; y que al mismo tiempo notificase de su parte á Juan de Soria, que obedeciera á Colon, absteniéndose en lo sucesivo de no hacerlo asi, por el desagrado con que habia visto su conducta. Mas su indignacion habia sido tal, que al otro dia, no pudiendo contenerla, hizo redactar un oficio para Soria diciéndole, que esperaba que el almirante fuese honrado y considerado conforme á su título y amenazándolo con un castigo severo en caso de reincidencia. Todavia el 18 de Agosto no estaba calmado su resentimiento, pues al par que daba á Fonseca algunas órdenes concernientes á los aprestos de la escuadra, y le recordaba las deferencias debidas á su jeneral, deferencias que era su voluntad y su deseo se le guardaran, pues de lo contrario recibiria grande enojo, no pudo menos de reprender de nuevo su conducta pasada á Juan de Soria.[1]

1. Carta del 4 de Agosto á Fonseca. Carta del 5 de Agosto á Juan de Soria. Cédula del 18 de Agosto á Juan de Soria. *Coleccion Diplomática,* docum. n. LXIII, LXIV, LXV, LXVI.

Para cortar la diferencia relativa al número de individuos que podia llevar Colon á costa del erario, fijó la reyna su servidumbre en treinta personas, á saber: diez pajes y veinte criados de todos oficios.

No es fácil llevar mas lejos la benevolencia de un rey, ni posible dudar de la voluntad con que hacia esto Isabel; porque á su admiracion por el hombre sublime que le habia enviado el cielo como una recompensa de su fé, unia la mas esquisita simpatía, la conformidad de miras, y un amor casi filial. Tampoco ningun hombre comprendia como Colon lo grande y fuerte del alma virjinal de la noble princesa.

Es de sentir que la larga correspondencia que medió entre la reyna y el almirante, y que ha desaparecido, esté reducida á varios fragmentos de notas oficiales, en su mayor parte muy lacónicas, y de mediano interes; pero la última que le dirijió, en el momento de ir á emprender su segundo viaje, demuestra con cuanta penetracion y curiosidad científica estudiaba el descubrimiento.

Veinte dias antes de que el ministro de la providencia volviese á interrogar los espacios del Océano, al devolverle su *Diario,* del cual sacó una copia, le decia, que sálvo su marido, ninguno habia leido en él ni una palabra, añadiendo, que cuanto mas lo repasaba, le demostraba mejor, que su saber escedia al que tuvo jamas ningun mortal,[1] y que para poseer datos hidrográficos que le permitieran seguir mas bien en el mapa el camino llevado en el primer viaje, marcara los grados y midiera las distancias en un plano, que le suplicaba le enviase, prometiéndole tenerlo oculto, si asi lo queria. Le aconsejaba tambien que para descanso de sus sabias observaciones tomara consigo un buen astrónomo, y creyendo anticiparse á sus deseos, tuvo la injeniosa oportunidad de in-

1. "Y que habeis sabido en ello mas que nunca se pensó que pudiera saber ninguno de los nacidos." A 5 de Setiembre de 1493, *Documentos diplomáticos* n. LXXI.

dicarle como cosa suya á su fiel amigo el P. Juan Perez de Marchena,[1] á quien por distraccion llamaba Antonio, y para evitar demoras, le enviaba una órden en blanco, para que la llenara con el nombre del que quisiera escojer.

Creemos llegado el momento de decir una palabra mas acerca del sabio franciscano, cuya personalidad ha querido disputar la erudicion protestante, no pudiendo hacerlo con su ciencia. Niega esta escuela que el guardian de la Rábida acompañara al virey en esta segunda espedicion, suponiendo que Antonio de Marchena no era el P. Juan Perez, como si el error del nombre no lo corrijieran las mismas circunstancias de la carta.

A pesar de que ningun documento oficial posterior á la misiva de la reyna, fecha 5 de Setiembre de 1493, hace mencion de él, y de que como el diario de este viaje ha desaparecido, carecemos de pormenores sobre el P. Marchena, estamos firmemente persuadidos de que fué con el almirante, pues su inclinacion natural, su obediencia á la eleccion de S.A., la esperanza de salvar algunas almas, aun cuando no fuese sino administrando el agua del bautismo á los niños, su deseo de complacer á Colon, su anhelo de admirar las obras de Dios en aquellas latitudes, y mas que todo el espíritu de la Orden Seráfica, lo inducian á ir.

Estas probabilidades descansan en una tradicion. Los anales de los franciscanos mencionan el viaje del P. Marchena, acompañado de otros frailes de su misma relijion,[2] circunstancia que prueban Fr. Roman Pane de la Orden de jerónimos,[3] y el P. Juan Melendez en su *Cró-*

1. Porque es un buen astrologuo y siempre nos pareció que se conformaba con vuestro parecer." *Documentos diplomáticos*, n. LXXI.
2. Waddingus, *Annales Minorum* t. VII. fol. 279—"Socium habuit itineris regii favoris auctorem Perezium, additis aliis ejusdem instituti sociis"
3. *Escritura de Fr. Roman del órden de san Jerónimo.* "Memoria

nica provincial del Perú, al referir la gloriosa primacia que tuvo el guardian de la Rábida en la aparicion del sacerdocio en las Indias.[1] Jorje Cardoso asegura, que el P. Juan Perez fué el primer sacerdote que pisó el nuevo mundo, y de consiguiente el que primero celebró allí el santo sacrificio de la misa.[2] Fortunatus Hubertus en su *Cronolojia franciscana* dice, que siguió á Cristóbal Colon en su segundo viaje, y bendijo la primera cruz,[3] y no es menos esplícito el P. Pedro Simon, provincial de los franciscanos en Nueva Granada.[4]

Sin embargo de que por órden de jerarquia habia debido el P. Boil ser el primero que oficiara en aquellas apartadas rejiones, se declinó este honor en la familia seráfica, por estar el P. Marchena á bordo de la capitana, mientras que el P. Boil iba con los demas relijiosos en otra carabela[5]

Parece justo que el primero en adivinar á Colon, en ampararlo, en participar de sus pensamientos, y que concibió la idea de un nuevo mundo, rogó á Dios, y suplicó á la reyna facilitase los medios para descubrirlo, fuera el primero que celebrase los santos misterios en el Océano, y el primero tambien en bendecir sus orillas en nombre de Jesu-Cristo. Para suceder esto se reunieron en su favor circunstancias muy singulares. Sin solicitarlo

escrita por el *pobre eremita,* de órden del ilustre señor el Almirante Virey y gobernador de las islas y Tierra firme" (En la coleccion de Barcia. tom. I).

1. Fr. Juan Melendez. *Tesoros verdaderos de las Indias,* lib. I. cap. I. fol. 4.

2. Jorje Cardoso. *Agiologio Lusitano,* t. III. p. 40.

3. Fortunatus Hubertus. *Menologium S. Francisci. Historica proloquia,* p. 67

4. Fr. Pedro Simon. *Noticias historiales de las conqnistns de Tierra firme en las Indias Occidentales,* prim. notic. cap. XV. § 1º

5. Tenemos la prueba escrita y grabada en un libro de un benedictino, hecho en elojio del P. Boil, que en la lámina IV, representa la nave del vicario apostólico á alguna distancia de la del almirante. Honorius Philoponus. *Nova typis transacta navigatio novi orbis Indiaæ Occidentalis,* etc. en f. 1621.

se vió llamado por la reyna á partir en este viaje como sabio, y por estos títulos formó parte del estado mayor, fué en la capitana, desembarcó con el almirante para cada toma de posesion, y se encontró así ser el primer relijioso que pisó el nuevo territorio y tuvo la ventura de plantar la cruz en él.

Libro Segundo.

CAPITULO I.

I.

Una multitud de embarcaciones cruzaba sin cesar por la bahia de Cádiz. La causa de esta animacion era catorce carabelas, ancladas al rededor de tres grandes carracas, de las cuales la mayor, llamada *Marigalante*, con bandera de capitana, contenia á su bordo los primeros elementos de una colonizacion.

Ademas de los víveres y plantones, trigo, avena, legumbres y centeno para sembrar las tierras, habia hecho embarcar el almirante, ganado, caballos para semilla, instrumentos de agricultura, hierro, ladrillos, cal etc.

Sin contar el estado mayor, los relijiosos, los soldados, labradores, jardineros, herreros, carpinteros, albañiles y criados de servicio, formando un efectivo de quinientos hombres, pagados por la corona,[1] un gran número de individuos de todas edades y clases, alucinados con las rejiones de la especeria y del oro, solicitaban el favor de que los llevasen á ellas, pagando su viaje. No pudieron admitirse mas que setecientos, que fueron repartidos en las carabelas; pero tal era el frenesí de oro, que mas de trescientos aventureros se ocultaron en los buques, agazapándose entre la carga, y algunos hasta en la bodega. ¡Qué contraste entre la consternacion y las

1. Oviedo y Valdes. *Historia jeneral de las Indias*, lib. II. cap. VIII.

lágrimas que señalaron la primera partida de Palos, con el regocijo y la impaciencia que se notaba en torno de la flota!

En la *Marigalante* tomaron sitio el bachiller Jil Garcia, alcalde mayor; Bernal Diaz de Pisa, teniente de veedor jeneral; Sebastian de Olano, contador de Real Hacienda; el astrónomo Fr. Juan Perez de Marchena; el primer cirujano, doctor Chanca; el comendador Gallego; el comendador Arroyo; Juan Aguado, mayordomo de la capilla real; los hidalgos Gaspar Beltran, Pedro Margarit, Francisco de Peñasola, Pedro Navarro y micer Girao, de la servidumbre de la reyna; Juan de la Vega, ayuda de cámara del infante; Melchor Maldonado, pariente del cosmógrafo; Jines de Corbalan, que se habia distinguido en la guerra contra los moros; el metalúrjico real, Fermin Zedo; el injeniero mecánico Villacorta y dos intérpretes, indios bautizados, de los cuales uno era de Guanahaní, primer punto que se descubrió, y tenia por padrino al hermano del almirante, llamándose como él Diego Colon. * Allí estaba tambien como pasajero el apreciado Francisco de Casaus, mas conocido con el nombre de Las Casas, y cuyo hijo Bartolomé, á quien su amor por las Indias debia inmortalizar, estudiaba entónces en Sevilla.[1]

El almirante, un poco enfermo; pero con el espíritu siempre vigoroso, tenia á su lado á su hermano mas jóven don Diego, que iba á partir con él, y á sus dos hijos, Diego y Fernando, venidos para despedirlo. En el momento en que se anunció el viento favorable, Colon se encontró repentinamente restablecido, y el 25 de Setiem-

* El mismo indio que el P. Spotorno confunde torpemente con su padrino.

N. del T.

1. La mayor parte de los historiadores confunden con su padre al célebre Bartolomé Las Casas, y lo hacen salir para la Española en 1493; pero en esta época Bartolomé no habia concluido sus estudios, y solo á la vuelta de su padre en 1498, fué cuando pasó á estudiar á la universidad de Salamanca derecho civil y canónico.

bre, una hora antes de salir el Sol, á la vista de sus hijos que lo miraban desde la orilla,[1] dió en la *Marigalante* la órden de aparejar.

Siguióle la escuadra, gobernando hácia las islas Canarias, en que debian tocar, y á las cuales llegaron el 1.° de Octubre. Se remedió la via de agua descubierta en una de las carabelas, partieron al dia siguiente á media noche, y el 5 de Octubre anclaron en la Gomera para hacer leña y agua, y comprar terneras, cabras y ovejas, que pensaba Colon debian aclimatarse mas fácilmente en el nuevo mundo que los animales traidos de España. Embarcó ocho cerdos, que uno con otro tuvieron de costo dieziocho reales de vellon, y de los que provienen cuantos existen en las Antillas y en el nuevo continente;[2] tomó tambien pollos, gallinas y plantas y semillas de huerta. El Lúnes 7 de Octubre, cada capitan de carabela recibió un pliego cerrado, que solo abriria en caso de que alguna borrasca lo separase del resto de la escuadra, y en él indicaba el almirante el camino que habia que seguir para llegar directamente á la Española. Inmediatamente dispuso Colon la salida; pero por siete dias lo detuvo la calma á la altura de las Canarias, hasta que el 14 se levantó un brisote del E. y con su ayuda perdieron de vista las crestas de la isla de Fierro.

Gobernó Colon mucho mas al S. en este que en el viaje precedente, pues queria llegar á la tierra donde moraban aquellos terribles caribes, de que tan pavorosas descripciones le hicieran, y así tomó directamente su camino. Lo mismo que en la primer travesia, su buque era uno de los mas pesados, y á menudo la flota necesitaba acortar vela para esperarlo. Habia izado su bandera en él, solo porque se llamaba *Marigalante*. Ya sabemos

1. "Un'hora avanti il levar del Sole, essendovi io e mio fratel presente."—Fernando Colombo, cap. XLV.

2. Las Casas. *Historia de las Indias*, lib. 1. cap. LXXXIII.—Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales*, decada 1. lib. II. cap. VI.

que "fué devoto de la vírjen,"[1] y ahora añadiremos, que por esa razon puso su segunda empresa bajo su especial proteccion, y resolvió dar su nombre á las primeras islas que descubriera. La abogada de los marineros, la estrella del mar parecia, complacida de su homenaje, favorecer la navegacion, dando tranquilidad y sosiego á los navegantes. Por espacio de doce dias y doce noches no hubo que dar una virada; la llanura herbácea no se divisó; pero el 26 de Noviembre sobrevino un chubasco, que duró cuatro horas, durante el cual, percibieron los marineros el fuego de San Telmo por las perillas de los palos, con lo que se regocijaron, pues la jente de mar estaba persuadida de que, cuando se fijaba sobre un bajel no podia zozobrar,[2] por mucho que arreciara la tormenta.

Proseguian navegando bien; y pasadas siete singladuras, el almirante, al observar las variaciones repentinas del viento, la calidad de la lluvia y el color de las aguas, conoció la vecindad de la tierra, á pesar de que ninguno lo sospechaba aun, y tan confiado quedó de descubrirla, que al cerrarse la noche hizo poner á la capa la escuadrilla, y hasta preparar las armas á todo evento. En efecto, al romper el alba el Domingo 3 de Noviembre, se vió por la proa de la capitana, una isla montañosa, á distancia de siete leguas próximamente. En honor del dia la puso Domínica.

Grácias solemnes se dieron á Dios por los huéspedes de la escuadra, cuyo contento fué indescribible, pues la mayor parte de ellos, novícios en la vida de á bordo, estaban hastiados del réjimen á que se habian condenado, y suspiraban por la tierra. Al dirijirse á la isla se descubrió otra á la derecha de la *Marigalante*, poblada de bosques inmensos; y un poco mas lejos cuatro mas. No habiendo podido encontrar un puerto seguro en la Domí-

1. Herrera. *Historia jeneral de los viajes*, &c, decada 1. lib. VI. cap. XV.
2. "Tenendo per certo che in quelle fortune ov'egli appaia, niun possa pericolare." Fernando Colon, cap. XLV.

nica, pasó Colon á la segunda isla, saltó en la playa con la bandera de la espedicion en la mano, y rodeado de su estado mayor, tomó posesion de ella en nombre de SS. AA., en la forma acostumbrada; y consagrándola á la vírjen la llamó Marigalante. El P. Boil y sus relijiosos no venian en la capitana, sino en otro buque, y como astrónomo, el amigo de Colon, Fr. Juan Perez de Marchena, estuvo á su lado con la oficialidad, siendo así el primer ministro de Jesu-Cristo que pisó el nuevo mundo. A esta circunstancia debió el bendecir la cruz de madera,[1] que segun su costumbre, hacia levantar el almirante en las tierras que descubria, para simbolizar el objeto de su empresa, y honrar al redentor del jénero humano.

Al dia siguiente se acercó el virey á la isla mas grande del grupo, y la bautizó con el nombre de Guadalupe, en memoria de nuestra señora del convento de Guadalupe en España, y en cumplimiento de lo prometido á los relijiosos de aquel monasterio.

Enviόse la mas pequeña de las carabelas en busca de un puerto, y su capitan, habiendo encontrado un sitio cómodo, desembarcó acompañado de algunos de los suyos, y entró en las cabañas, que con tal presteza abandonaron sus habitantes, al acercarse ellos, que ni se cuidaron de llevar consigo á todos sus hijos. Halló dos loros muy grandes, de una especie desconocida todavia, algunos guacamayos, algodon hilado, comestibles y "en particular cuatro ó cinco huesos de brazos y piernas humanas."[2]

El almirante estaba en la principal de aquellas islas caribes, hácia las que hizo rumbo al partirse de Canarias con exactitud tan prodijiosa que llegó en derechura al centro del imperio de los Canibales. Porque la Gua-

1. "Ybidem in littore Pater Peretius sanctæ crucis trophœum primitus erexit." Fortunatus Hubertus. *Menologium S. Francisci*, historica proloquia, p. 67.

2. Dr. Chanca. *Carta á los señores de la municipalidad de Sevilla.* En la coleccion de Navarrete. t. I.

dalupe, que sus feroces habitantes conocian por Turuqueira, era la presidencia, por decirlo asi, de la confederacion antropófaga.

II.

Al dia siguiente el almirante envió desde el amanecer varios destacamentos, conducidos por capitanes, para que se internaran y tomasen noticias de los habitantes de la isla. Estos destacamentos se señalaron un radio cada uno, que batieron en vano, pues tornaron á las carabelas, sin haber podido cojer mas que un rapazuelo, al que su padre, sin duda para correr con mas lijereza, soltaria de la mano, y algunas mujeres, estranjeras cautivas, con un mozo como de catorce años de edad: tambien se apoderaron de varias indíjenas, que no vinieron á las carabelas sino por fuerza.

Aquella tarde Diego Marquez, veedor de marina, encargado del mando de una de las carabelas, bajó á tierra con ocho hombres, sin permiso, y no volvió á dormir á bordo, ni tampoco al dia siguiente. Llenóse Colon de inquietud, y como todos los suyos temió que hubiesen sido muertos y devorados por los caribes, porque de lo contrario, como habia entre ellos marinos de mucha capacidad, por la sola observacion de las estrellas, hubieran debido encontrar el camino. Envió el almirante fuertes destacamentos en su busca, hizo tocar trompetas y disparar arcabuzazos en los bosques, y despues de haber esperado dos dias en vano, con el objeto de despertar el espíritu de la ordenanza, finjió deseos de aparejar, diciendo que, ya que desembarcaron sin su permiso los

abandonaba á su suerte. Los amigos que tenia el veedor en la flota le suplicaron no espusiera aquellos infelices á la ferocidad de los caníbales, con lo cual pareció dejarse vencer, y esperó. Mientras tanto hizo hacer leña y agua, y lavar la ropa de los marineros, permitiéndoles ir por tandas á solazarse en la ribera, y envió al intrépido Alonso de Ojeda, cuya sagacidad le era conocida, para rejistrar los alrededores á la cabeza de cuarenta hombres. No obstante la rapidez de su marcha por entre intrincados bosques, y el ir disparando por intérvalos los arcabuces y tocando un clarin, tornó sin haber dado con el rastro de sus compatriotas, ni la sombra de un indíjena.

El almirante por su parte hacía con el estado mayor frecuentes incursiones, examinando el terreno, y visitando las viviendas, abandonadas por sus habitantes; lo cual le proporcionó ver en ellas gran cantidad de cráneos, sirviendo de utensilios, encontrar en una cabaña el cuello de un hombre, cociéndose en una especie de marmita, y en otras, muchas cabezas, brazos y piernas humanas, suspendidas del techo á guisa de perniles.

Por las mujeres cautivas supieron, que los hombres de aquella parte de la isla habian partido con su jefe, en número de unos trescientos en diez grandes canoas, para hacer sus abastos de carne humana en las tierras vecinas. Se aventuraban á veces estas jentes hasta mas de cien leguas de distancia en sus embarcaciones, para robar hombres, cuya carne parecia á sus feroces paladares un manjar delicioso; de la de las mujeres y los niños apenas se cuidaban, sin embargo de que á veces cojian á los unos para engordarlos y comerlos, cuando hubieran llegado á la adolescencia, y á las otras para que fuesen sus esclavas ó mancebas, cuando su hermosura les merecia tan repugnante honor. Si tenian hijos de ellas, no se libertaban por eso del cuchillo; y á pesar de la desesperacion de sus madres, los mutilaban horriblemente, ocupándolos luego en diversos cargos hasta su pubertad, en que los co-

mian. Esto era tratarlos como á capones, para que mientras mas gordos estuvieran mas sabrosos.[1] No conservaban sino los hijos, cuya madre hubiese nacido en su isla.

Mas de veinte cautivas y tres niños siguieron á los Españoles á sus buques; los inocentes varones habian sufrido la mas horrenda mutilacion. Varias veces vinieron prisioneras á pedir á los de á bordo las llevasen consigo; pero Colon, despues de adornarlas de cascabeles y abalorios, las hizo poner en tierra contra su voluntad, persuadido de que la vista de los dijes decidiria á algunos insulares á venir por presentes iguales. Mas al dia siguiente, cuando los marineros desembarcaron para hacer aguada, se les presentaron mostrándoles sus brazos despojados de las bujerias, que sus amos les quitaran brutalmente, y pidiéndoles las llevasen consigo, pues preferian mejor abandonarse á desconocidos, que permanecer sometidas á los crueles y desapiadados tratos de los caribes.

En el momento en que la escuadra, despues de ocho dias de espera, iba á levar anclas, se divisó á Diego Marquez y sus compañeros, trayendo consigo diez mujeres ó niños. Llegaban estenuados y con las ropas hechas jirones; que los infelices tuvieron que soportar horribles sufrimientos, aumentados con el temor de verse abandonar de los suyos, pues siempre que quisieron orientarse trepando por los árboles, la espesura de las lianas y la abundancia del follaje, no les permitió distinguir ni las estrellas siquiera. Sin embargo del interés que infundió su situacion, y del placer jeneral que causó su vuelta, el almirante, para ejemplar castigo, tuvo la firmeza de poner en arresto al capitan, y disminuir una racion á los ocho que sin su licencia se partieron.

En seguida salió la flota.

Al dia siguiente, á las doce de la mañana, iban costeando una isla alta, en estremo pintoresca y lozana que

1. Petri Martyris Anglerii, mediolanensis. *Ooceaneæ decadis primæ*, liber secundus,

llamó Colon Monserrat, en honor del célebre monasterio de la vírjen que hay en una montaña de Cataluña. Pero ni el mas leve indicio de cultivo, ni de moradores se divisaba en sus orillas. Utias, agutises, loros é iguanas, eran sus únicos habitantes, pues abusando de su cercania los antropófagos de la Guadalupe la tenian convertida en un desierto. La raza humana habia desaparecido de allí "devorada por los caribes," dice Fernando Colon.[1]

Colon la contempló con ojos tristes, y sin detenerse prosiguió su rumbo.

Por la tarde vióse una isla, á la cual puso el almirante bajo el patrocinio de la vírjen con el nombre de Santa Maria de la Rotonda.

Al otro dia se diseñó en el horizonte otra con hermosas apariencias, que mereció llamarse Santa Maria la Antígua, apelativo que conserva abreviado en Antigoa.

Al siguiente abordaron á una isla con aldeas y algun cultivo, "y aunque Colon no hubiera estado nunca en ella, se guiaba perfectamente," dice el cirujano mayor,[2] admirado de la pasmosa exactitud que tenia hasta en las cosas desconocidas. Por indicacion suya llegó la jente á una cabaña, cuyos huéspedes huyeron, sin que pudiera cojerse mas que seis mujeres y algunos niños, igualmente robados de las playas vecinas.

Al volver con su presa la chalupa, se divisó á lo largo de la costa una canoa con cuatro hombres, dos mujeres y un niño, que salia de una ensenada, oculta entre rizóforas, y quedaron los indíjenas tan admirados con la vista de la flota, que durante mas de una hora permanecieron inmóviles á dos tiros de mosquete, absortos en su contemplacion; y como en su sorpresa no reparasen en la chalupa, esta se deslizó por la orilla, para cortales la retirada. Mas, apercibidos los caribes de la maniobra, to-

1, *Historia del almirante*, cap. XLVII.
2. Dr. Chanca. *Carta á los señores de la municipalidad de Sevilla.*

man con aire resuelto los árcos, aun cuando tienen que habérselas con mas de veinticinco soldados, y asi hembras como varones comienzan la batalla. Quedan heridos con sus flechas envenenadas dos españoles, y de seguro que á no ser por las adargas y corazas habrian hecho en un instante mucho mal; que tan récios eran sus árcos y tan bien hacian la punteria. Entónces el oficial hizo chocar la chalupa con la canoa y dió al traste con ella; pero no por eso dejaron los caribes de causar daño, pues salieron á nado y cuando posaban los pies por algunos segundos en la arena proseguian el combate. Al fin escaparon á zambullidas, y los españoles, sin mas trofeo que uno de los feroces insulares, que aun para eso fué menester atravesar de un bote de lanza, de cuyas resultas murió, llegaron á bordo.

En la tarde del otro dia, se reconoció una isla que el virey llamó Santa Cruz, y al siguiente se divisó un archipiélago, á cuyo islote mayor puso Santa Ursula, y colectivamente á mas de cuarenta inmediatos las Once Mil Vírjenes.

Horas despues, tocaron en una isla grande y hermosa, patria de la mayor parte de los indios refujiados en las carabelas, y á la cual denominaban Boriquen; pero el almirante que venia para cambiar sus destinos la dió el nombre de san Juan Bautista, precursor del divino maestro. Espuestos á las incursiones de los caribes, sus habitantes usaban como ellos las flechas, aunque solo para defenderse. Sus casas elegantes y sus deliciosos jardines, eran muestra de su habilidad. Formaban delante de sus cabañas balcones y galerias, vestidas con enredaderas, para gozar del fresco y de la perspectiva del mar; mas, ignorantes en punto á navegacion, no construian canoas de guerra. La naturaleza ostentaba en este paraje las mas espléndidas de sus galas.

Entónces el almirante se dirijió á todo trapo á la Española, cuya guarnicion anhelaba ver. Avistóse á poco una costa, que nadie en la flota conoció, y que á los ve-

nidos en el primer viaje, tuvo dudosos de si seria ó no la de la isla que buscaban, pero por la cual, Colon, sin embargo de serle del todo nueva, siguió con gran seguridad, hasta llegar al fortin, lo que hizo decir al doctor Chanca que, "con la gracia de Dios y el saber del virey, caminaron á Española tan derechamente, cual por vereda muy trillada."

CAPITULO II.

I.

El Viérnes 22 de Noviembre, se aproximaron á tierra en el golfo de Samana, al que Colon habia puesto de las Flechas en su viaje anterior: estaban, como él dijo, en la isla Española.

Prosiguiendo su esploracion de la costa hácia el N. procuraba el almirante estudiar y conocer las buenas ó malas cualidades del terreno, en atencion á que, aun cuando levantó un fuerte en la ribera de los estados de Guacanagari, y lo dejó guarnecido y pertrechado, no entró en sus miras fundar allí una colonia, pues desde el primer golpe de vista comprendió lo molesto del paraje en tiempo de lluvias. Asi que, puede decirse, no construyó la fortaleza de la Navidad mas que para utilizar la tablazon del buque zozobrado, y asegurar á su jente de algun ataque brusco del interior, con la proximidad de la playa y el auxilio de la chalupa.

Mientras una lancha se ocupaba en ir sondando la embocadura del rio de Oro, distante del fortin cosa de siete leguas, viéronse desde á bordo dos cadáveres entre las malezas de la orilla; uno, atados los pies con cordeles de yerba, y otro, con un lazo al cuello y los brazos fijos en dos ramas, en forma de cruz: su estado de putrefaccion no permitió distinguir á qué raza pertenecian ambas víctimas; pero como al dia siguiente dieran con dos cuerpos mas, y sobre uno de ellos se advirtiese la

barba, ya no quedó duda de que eran europeos.

Anubláronse con esto todos los semblantes, y entónces el virey, sin perder momento, continuó su rumbo en demanda de la Navidad á cuya vista llegó entrada la noche, echando el ancla á una legua de distancia por temor de los arrecifes, en que el año antes se perdió la *Santa Maria.*

Reinaba la mayor ansiedad en las tripulaciones, y Colon, sorprendido de no percibir el menor ruido de la costa, ni el mas leve destello de luz, hizo disparar dos cañonazos, que fueron retumbando por aquellas soledades hasta perderse, sin que del castillo respondieran, tornando luego todo al silencio y tranquilidad de los sepulcros, y dejando sumidos á los marinos en las mas tristes reflexiones. A media noche se oyó ruido de remos, y á poco llegaron en una canoa dos indíjenas, preguntando por el almirante. Indicada que les fué su carabela la acostaron, sin querer subir hasta despues de haberlo visto, sin duda por desconfianza. Vino Colon á la borda y les habló, mas ellos, cautelosos en demasia, demandaron una luz para identificar la persona, hecho lo cual, treparon por la escala sin vacilar, manifestando mucho contento de su vuelta.

Traían un regalo de Guacanagari, de quien uno de los embajadores era primo. Conversaron con desembarazo en presencia del estado mayor, y á la pregunta que les hizo Colon acerca de la suerte de los españoles quedados en la isla, contestaron con la mayor sencillez, que todos gozaban de salud; que muchos habian muerto, ya por enfermedades, ya en los combates que tuvieron lugar entre ellos, y que otros habitaban en sitios apartados en compañia de cuatro ó cinco mujeres. Tambien dijeron que dos reyes, Caonabo y Mayreni declararon la guerra al cacique Guacanagari, quemándole sus cabañas é hiriéndole en una pierna, por cuya causa no vendria á visitar al virey hasta mas adelante.

Como durante las pláticas se sirvió á los enviados

vino en abundancia, y ellos no anduvieron escasos en las libaciones, en el momento de marchar, á eso de las tres de la madrugada, uno, en un momento de báquica espansion con el intérprete lucayo, le dijo que ninguno de los estranjeros existia. Cuando el fiel Diego comunicó la nueva á su padrino, el hermano del almirante, nadie la dió crédito, pensando que por razon de la diferencia del idioma de su tierra al de la Española, comprendiera mal la confidencia.

Amaneció al fin, y el Sol alumbró una playa desierta y triste.

Por las relaciones del primer viaje esperaban los nuevos espedicionarios ver una multitud de canoas balanceándose alegremente en torno de la flota, ofreciendo toda clase de productos á trueque de bagatelas, y aun sin retribucion, como meros presentes, y aquella reserva y alejamiento de los naturales no pudo menos de parecerles sospechosa. Lo propio acontecia á el almirante, así es que mandó algunos hombres á la residencia de Guacanagari, que la hallaron reducida á cenizas y con sus defensas de palizada por tierra; y que si no dieron con un solo indio por haber abandonado en masa la poblacion, en cambio encontraron en sus viviendas restos de ropas españolas.

Acompañado Colon de parte de su estado mayor bajó á la playa, y se dirijió hácia el sitio en que debia estar el fuerte. Mas ay! que solo quedaban sus ruinas! ¡Qué cuadro de devastacion se presentó á los ojos del revelador del nuevo mundo! Vestidos destrozados, pedazos de madera, barriles, cajas, municiones averiádas, en confuso desórden, yacian aquí y allá sobre la alfombra vejetal que tapizaba el piso. El almirante, dominando su dolor, mandó practicar escavaciones por los cimientos del incendiado fortin, para descubrir un pozo, en el cual dejó dispuesto se guardara el oro y las preciosidades que fueran adquiriendo los españoles durante su ausencia, pero estaba vacio. Mientras se cumplian sus órde-

nes fué con su escolta por la orilla del mar, estudiando el terreno para, en el mas conveniente, levantar una poblacion; y, al llegar á una aldea, cuyos moradores tomaron la fuga apenas los divisaron, y penetrar en las casas abandonadas, encontraron gran cantidad de objetos de la pertenencia de los cristianos, y que seguramente no pasaron á manos profanas por medio de los cambios, pues eran los principales un elegante albornoz árabe, medias, piezas enteras de lana y un ancla.

Al tornar Colon á las ruinas, varios indios, con trazas de muy cándidos, trocaban oro con los europeos. Sabian muchas palabras castellanas y al tocar las camisas y jubones, les daban sus nombres con vanidosa satisfaccion.[1] Repetian los apellidos de los que Diego de Arana quedó mandando, é indicaron allí cerca la sepultura de once de ellos, diciendo que Caonabo y Mayreni los mataron; pero hay que advertir que, en sus dicursos se lamentaban con frecuencia del considerable número de esposas que habian menester los españoles.

Poco á poco fueron presentándose mas indios, y un hermano de Guacanagari, vino, acompañado de sus guardias, á felicitar al almirante á quien saludó en castellano y dijo, que los que dejó vivos en la Navidad habian muerto. Su relacion sobre las causas que orijinaron la catástrofe, era exactamente igual á la de los demas naturales: querellas entre los de Arana por el oro y las mujeres, llegando á perderle el respeto; insurreccionarse sus dos tenientes despues de haber asesinado á un tal Diego, y escapar con nueve revoltosos y las indias que forzaban á seguirlos, á los estados del rey de las montañas, "señor de la casa de oro," Caonabo, príncipe de raza caribe, é indómito guerrero, que los hizo degollar en el acto; desertar otros con armas y bagajes á puntos lejanos para traficar con oro á su placer, no sin entrar antes á saco

1. "E toccando il giuppone e la camicia á nostri dicevano camicia, guippone, dando ad intendere che sapevano come si chiamassero."—Fernando Colon, cap. XLVIII.

con los efectos destinados á los cambios; y recorrer los mas en grupos de tres ó cuatro los campos vecinos, robando las cabañas de los indíjenas, apoderándose de sus mujeres y de sus hijas, maltratándolos á ellos, y vejándolo todo. La proteccion que les dispensaba Guacanagari hacía que los indíjenas llevaran con paciencia tamaños y tan repetidos ultrajes; pero como los atropellos llegasen á superar á cuanto puede imajinarse, buscaron el modo de sacudir el yugo de los hombres que creyeron un dia venidos del cielo, y que convertian su existencia en un infierno. El buen Diego de Arana, único fiel á su bandera, habitaba en el fortin con diez hombres, que se retiraban á él por la noche, mas desgraciadamente, confiando en su artilleria, y en la timidez de los naturales, no ponian centinelas, y se entregaban al sueño con el mas completo abandono.

En esto Caonabo, de concierto con un cacique vecino, á la cabeza de una hueste numerosa, atravesando con cautela los bosques, llegó una noche al pié de la fortaleza, la rodeó y procedió al ataque, sin encontrar resistencia; que todos sus guardianes dormian. A una señal del señor de la casa de oro, se arrojan sus vasallos y aliados á las defensas, lanzando su grito de guerra, escalan el baluarte, lo ganan, y antes que los españoles hubiesen tenido tiempo de cojer las armas, quedan degollados. De allí dá Caonabo sobre las viviendas de los otros castellanos, que descansaban en los brazos de sus amantes, y las pega fuego. Ocho de ellos logran escapar del incendio, se abren camino por medio de la indiada, que los cerca como una valla de carne, y logran alcanzar la orilla; pero no tienen mas recurso que las olas. Los de Caonabo los persiguen, se estienden por la ribera, y los desdichados, despues de sostenerse algun tiempo sobre el agua, desfallecen y van á estrellarse en los arrecifes.

Al ruido del tumulto y al resplandor del incendio, Guacanagari tuvo la jenerosidad de acudir á la defensa de sus indignos huéspedes; mas la pronta ejecucion de

Caonabo hizo estéril su buena voluntad; pues en un combate entre su jente y la del señor de la casa de oro, aquel, mas esforzado que perito, quedó en derrota y ademas herido de una pedrada, que le asestó el mismo caudillo montañes. Los de Guacanagari cejaron desde el primer choque, y él se refujió en los bosques, mientras el vencedor reducia á carbones su palacio, antes de volver á su territorio.

Escudándose con la autoridad de Oviedo, Washington Irving parece condenar á Colon, diciendo segun él, que salvo el comandante del castillo don Diego de Arana y uno ó dos individuos mas, los dejados en él pertenecian en su mayor parte á la clase mas ínfima, ó eran marineros, que una vez desembarcados no supieron conducirse con sobriedad y recato.

Habiendo Oviedo atravesado ocho veces el Atlántico, tuvo sin duda alguna desavenencia con jente marinera, y la guardó rencor, vengándose con emitir en este respecto una opinion singular y casi cómica.[1] Sin embargo, lejos de vituperar á Colon, justificó la oportunidad de aquel jérmen de colonia, ″y el número, y la eleccion de los hombres de que la compuso; y despues de decir que ″escojió los cristianos que le parecieron mas apacibles y valientes,″ espone, que ″les enseñó perfectamente el medio de mantenerse entre los salvajes.″

En cuanto á la ignorancia de los primeros colonos, Oviedo, lo mismo que Washington Irving están en un error, porque bajo las órdenes del caballeroso Arana vemos á Pedro Gutierrez, de la servidumbre del rey y guarda muebles de la corona; al escribano Escovedo, em-

1. ″Mais, à vrai dire, sans préjudice d'aucuns mariniers qui sont hommes de bien, courtois et vertueux, je suis bien d'opinion qu'en la plupart de ceux qui exercent l'art de la marine, y a une grande faute de jugement pour les choses de la terre. Car, outre que la plupart d'entre eux sont de basse condition et mal instruits, ils sont aussi ambitieux et adonnés à autres vices, comme à gourmandise, luxure, rapine qu'on ne pourrait souffrir.″—Oviedo. *Hist. natur. et génér. des Indes*, lib. II. cap. XII.—Trad. de Juan Pouleur, ayuda de cámara de Francisco 1.

pleado en el guarda ropa; al bachiller Bernardino de Tapia; al honrado y esperto cirujano, micer Juan; al fundidor de metales, Castillo, ademas joyero y platero en Sevilla; al constructor de marina Rivera; á hidalgos tales como Francisco de Henao, Francisco Vergara, Francisco Godoy, Juan del Barco y Cristóbal del Alamo; á un maestro armero, un carpintero, un calafate, un tonelero y un sastre. No es pues posible admitir la estraña idea de Oviedo, con tanta facilidad seguida por Washington Irving, acerca de la grosera incapacidad de los hombres dejados en la Española. Cerca de la mitad de ellos eran personas intelijentes y dotadas de instruccion; pero que con imperdonable torpeza consumaron su ruina.

El almirante les habia sabido asegurar una proteccion bienhechora: con los recursos de que dispusieron hubieran podido remediar todas sus necesidades, tanto mas, cuanto que la jenerosidad de Guacanagari, proveia á ellas abundantemente, hasta satisfaciendo con sus vasallas á sus voluptuosos deseos: observando las recomendaciones de Colon, hubieran conservado su primer ascendiente en el espíritu de aquellos pueblos que los creian inmortales; y habrian podido hacerlos cristianos, y prepararlos á ser súbditos felices de Castilla. A pesar de haber destruido imprudentemente el prestijio, que la conducta sin tacha de su caudillo les conquistara, sus desórdenes y su opresion hubieran quedado impunes, si al menos hubiesen guardado la última de sus recomendaciones: la de no separarse nunca,[1] ni dormir fuera de la fortaleza.

1. "Ce nonobstant vécurent ainsi cependant qu'ils furent unis et demeurèrent ensemble. Mais sitôt qu'ils furent désobéissants à leur capitaine, et qu'ils entrèrent en pays, petit à petit, écartés et séparés les uns des autres, furent tous occis et massacrés.—Oviedo y Valdés. *Histoire naturelle et générale des Indes occidentales*, lib. II. cap. XII. Traduccion de Juan Pouleur.

II.

Nombró el almirante una comision compuesta de dos injenieros, un arquitecto y un constructor naval, bajo la presidencia de Melchor Maldonado, sobrino del cosmógrafo, para darle un informe topográfico acerca del lugar mas adecuado á la fundacion de una ciudad. Mientras los comisionados estudiaban la costa en una chalupa, una canoa con dos indíjenas la alcanzó, reconociendo en uno de ellos el piloto al hermano de Guacanagari, que venia á suplicar á los estranjeros bajasen á tierra, y fuesen á ver al rey, que estaba en su lecho de resultas de su herida. Trasladóse Maldonado con los otros á la residencia del cacique, que la formaba un grupo de unas cincuenta casas, y lo hallaron en efecto tendido sobre su hamaca, y rodeado de siete mujeres. Manifestóles Guacanagari su sentimiento por no haber visto á Colon, y les dijo que Caonabo y Mayreni habian dado muerte á los cristianos, y herídole á él: y para justificar lo último les enseñó su pierna vendada, dando muestras de dolor al tocarla. Los españoles creyeron de buena fé en la sinceridad de sus palabras. Al despedirlos, regaló á cada uno el cacique un objeto de oro, y les encargó al mismo tiempo, dijeran al almirante, que agradeceria su visita, pues él no se sentia en disposicion de anticipársela. A mayor abundamiento su hermano fué á invitar directamente á Colon.

Al dia siguiente, despues de comer, dispuso el almirante que los diezisiete capitanes de las carabelas saltaran en tierra, vestidos de gran gala, para acompañarlo

con su estado mayor, cuyos espléndidos trajes habrian llamado la atencion en una gran ciudad. Nunca olvidaba Colon nada de lo que pudiera producir buen efecto.

Habia preparado tambien regalos; y con su brillante cortejo llegó á la morada del rey, que se habia prevenido para recibirlo.

Cuando se presentó el almirante, Guacanagari, sin abandonar su hamaca de algodon, hizo desde ella las mas cariñosas demostraciones. Al espresar el sentimiento que le cabia por la muerte de los cristianos, comenzó á llorar, refirió su fin deplorable, y no se olvidó de mencionar los esfuerzos tentados para socorrerlos; y como mostrase en muchos de sus súbditos cicatrices recientes, y las vendas que fajaban su pierna lastimada, y el doctor Chanca hubiera traido un cirujano, Colon dijo al rey que ambos eran muy diestros en curar las heridas, y lo invitó á mostrar las suyas, lo cual hizo de la mejor voluntad.

Observó el doctor Chanca, que no habia bastante claridad en la vivienda, y que fuera mejor al aire libre para examinarlas, y entónces, apoyado en el brazo del almirante, salió el cacique, á quien apenas se hubo sentado, el cirujano alzó el vendaje. Guacanagari dijo á Colon, que la herida provenia de una pedrada, y parecia dolerle al tocarla; pero sin embargo, como no se advertia ni cardenal, ni contusion alguna, opinaron jeneralmente los españoles, que el cacique representaba una comedia.

El P. Boil deduciendo de aqui, que Guacanagari habia sido cómplice de la matanza de los españoles, fué de parecer que se le redujese á prision en el acto, y se hiciera un castigo ejemplar. Pero acordándose Colon de las numerosas pruebas de afecto recibidas de él, al ver su habitacion incendiada, las cicatrices recientes de sus vasallos y la conformidad de todas las declaraciones de los indios, que se habian interrogado, rehusaba creerlo culpable. El P. Boil que, como diplomático, creia juzgar de los hombres con profundidad, se resintió de la confianza de

Colon, á pesar de tan graves apariencias; pero este le dijo, que al menos seria prudente disimular, hasta que se tuviese una prueba irrecusable del crímen: que aun en este caso no debian precipitarse, por temor de tener que habérselas con una multitud de enemigos al desembarcar, y que mas valia retardar el castigo del delito y hacerlo mas terrible.

Guacanagari regaló á Colon ocho marcos y medio de oro, piedras de distintos colores, una corona de oro, tres calabazas llenas de polvo del mismo metal, y un adorno de cabeza guarnecido de pedreria. El almirante le dió algunas bujerias, espejos de Venecia, y alfileres, y campanillas, cosa que el cacique estimaba de un valor inapreciable, porque los indios preferian el cobre al oro.

Al despedirse Colon, el cacique, no obstante su herida, lo acompañó á bordo. El aspecto de tantos buques le llenó de sorpresa; pues no habia visto aun mas que dos carabelas medianas en el primer viaje de Colon, y ahora estaba en un gran navio, que parecia mandar al resto de la escuadra. Las vacas, los asnos, los carneros, los cerdos y las cabras, cuyas formas le eran desconocidas, le dejaron asombrado, y sobre todo los caballos andaluces.

Vió á varios caribes prisioneros, á los que el peso de las cadenas no habia podido domeñar, y no pudo sostener la mirada feroz de aquellos sus indomables enemigos.

Mas agradablemente llamó su atencion en otra parte del buque una jóven, que estaba entre las diez indias que se habian quitado á los caribes, é instalado en la *Marigalante*, que por cierto se hacia notar por su talle elegante y maneras de gran señora; lo cual le valió ser llamada doña Catalina. Guacanagari le dirijió ciertas palabras, acompañadas de una mirada tierna y simpática,[1]

1. "Conversus in unam quam Catharinam nostri vocabant, oculos semi fractos conjicere visus, eam blande allocutus est."—Petri Martyris Anglerii *Oceaneæ decadis primeæ*, liber secundus.

y sin embargo de la diferencia de sus idiomas, se comprendieron, y se pusieron de acuerdo en presencia de todos, sin que ninguno sospechara lo mas mínimo.

Colon ofreció al cacique un refresco, y le dió las mismas muestras de confianza y de amistad que siempre, y le dijo, que deseaba vivir carca de él, y construir casas allí. Guacanagari le respondió, que recibiria en ello gran contento; pero que aquel paraje era mal sano, á causa de la humedad, y así era en efecto.

El almirante, hablándole de Dios y de Jesu-Cristo, procuraba traerlo á su relijion, y quiso ponerle al cuello una medalla de la vírjen, para que la llevase mientras se disponia á ser bautizado; mas cuando el cacique supo, que este era un signo de la devocion de los cristianos, lo rechazó, y fué menester de las persuasivas instancias de Colon para decidirlo á conservar la imájen de un culto, contra el cual lo habian prevenido las burlas[1] y los latrocinios de los españoles, que quedaron en sus estados. A pesar de su deseo de responder á los testimonios de Colon, parecia Guacanagari estar contrariado, y este embarazo era de mal augurio para la tripulacion. El P. Boil encontró en ello la confirmacion de sus sospechas, y como su práctica en los asuntos políticos le daba cierta autoridad, aconsejó de nuevo su prision, ya que se le tenia á bordo; pero el almirante no vino en ello, porque su corazon le aseguraba de la inocencia de su huesped.

Guacanagari, sin comprender exactamente aquello de que se trataba, vió en la frialdad y seriedad de los españoles, que no estaban con él como en el primer viaje de Colon, y que solo éste permanecia siempre bueno y paternal, y no hallándose á su gusto, manifestó deseos de volver á su cabaña en la misma tarde.

Al dia siguiente se presentó gran número de indíjenas en la orilla: un mensajero del cacique vino á pre-

1. Fernando Colon. *Historia del almirante*, cap. XLIX.

guntar, cuándo se daria á la vela el almirante, y le dijeron que á la mañana siguiente. Poco mas tarde, el hermano de Guacanagari, con pretesto de cambiar oro, llegó á la *Marigalante*, y evitando la presencia del intérprete Diego Colon, habló con las indias, particularmente con la hermosa Catalina, á la cual trajo un mensaje del rey. Durante la noche, al fin del primer cuarto, Catalina dió la señal á sus compañeras, y se deslizaron todas en silencio por los costados del navio al agua, sin que las intimidara la violencia de la marejada, y las tres millas largas que las separaban de la orilla. Una antorcha encendida en la playa las guió como un faro al puerto de esperanza, en que las aguardaba el amor. La ajitacion de las olas, cubriendo el ruido de su caida, hizo que los marineros no se apercibiesen en seguida de su evasion, y así, mientras pusieron en el mar las chalupas, habian tomado la delantera de tal modo, que la rapidez de las embarcaciones no pudo impedirles llegasen á tierra. "A costa de mil trabajos pudieron cojerse cuatro, y eso en el momento en que ganaban la ribera;"[1] pero la atrevida doña Catalina consiguió entrarse por los bosques.

Al amanecer envió el almirante á un oficial para que pidiese á Guacanagari la devolucion de las fujitivas, pero no encontró al cacique, ni á los vasallos: la residencia estaba desierta y silenciosa; sus habitantes habian huido, llevando consigo todo cuanto poseian, provisiones, muebles y utensilios. Esta desercion acabó de confirmar la sospecha sobre la complicidad de Guacanagari.[2] Colon solo se abstuvo de condenarlo.

1. *Carta del Doctor Chanca á los señores de la municipalidad de Sevilla.*

2. "Fuisse nostros ejus consensu interemptos suspicionem adauxit." Petri Martyris Anglerii. *Oceaneæ Decadis* primæ, lib. II.

III.

El presidente de la comision topográfica anunció que habia descubierto un puerto bueno y seguro. Mientras se dirijian á él, el tiempo cambió y se hizo contrario de tal modo, que para avanzar treinta leguas, tuvieron que pasar mas trabajos que para venir de España. Mas esta contrariedad tuvo sus ventajas, en razon á que se vieron obligados á detenerse en una costa muy rica en peces, con un puerto escelente, cerca de dos rios, cuyas aguas puras y cristalinas regaban un suelo de asombrosa fecundidad. A un tiro de ballesta abundaban canteras con piedras propias para construccion. A la espalda de la llanura se estendia un bosque, y en un grupo de peñascos, que dominaba la bahia, se alzaba un castillo natural, que con poco trabajo podia hacerse inespugnable: decidieron por lo tanto no pasar mas adelante. Dice el doctor Chanca, que "aquel sitio era el mejor situado del mundo;" y pensaba que la providencia condujo alli á la escuadra, cuando buscaba un refujio contra el mal tiempo.

En los primeros dias de Diciembre desembarcaron hombres y animales, igualmente cansados de una navegacion de cerca de tres meses, durante la cual estuvieron sometidos á una racion exigua, que así lo exijia la prudencia, para estar prevenidos á las eventualidades que podian retardar el desembarco. Con indecible placer tomaron posesion la mayor parte de los españoles de los prados, de las sombrias y perfumadas florestas y de los frutos desconocidos de aquellos árboles, entre cu-

yas ramas siempre verdes fabricaban los pájaros sus nidos, como en Europa durante la primavera. Las provisiones de boca y guerra y los bagajes se pusieron en casas de madera, que se levantaron en seguida.

Inmediatamente Colon, despues de hecho el trazado, y determinadas las proporciones convenientes, colocó, invocando la santísima Trinidad, la primera piedra de la nueva ciudad, á que dió el nombre querido de Isabel.

Como en su pensamiento el servicio de Dios era antes que ningun otro, el primer edificio en que se puso mano fué la iglesia, y de tal modo se activó la construccion, que el 6 de Enero, aniversario de la entrada de los reyes en Granada, se celebró una misa cantada por el vicario apostólico, acompañado del P. Marchena y de los doce frailes que traia consigo el P. Boil.

Solo se construyeron tres edificios públicos de piedra, pues las casas de los particulares fueron de madera, cal y tierra, y la mayor parte solo barracas de tabla. Todos se aprestaban á fabricarse casas propias, de modo que en pocas semanas la Isabela tomó el aspecto de una pequeña poblacion. Al mismo tiempo sembraban al rededor de las viviendas legumbres y cereales, que brotaban con la mayor rapidez. Los indios, á quienes la afabilidad del almirante tranquilizaba, ayudaban con gusto á los españoles en sus trabajos, dándose por muy bien pagados con cualquiera bagatela de Europa.

Con el objeto de apresurar la conclusion de la Isabela, Colon se multiplicaba y acudia á todas partes. Esta fatiga contínua apuró sus fuerzas, y cayó malo. No por eso su espíritu perdió nada de su actividad, pues mientras cuidaba de la fundacion de la colonia, iba estudiando los medios de hacerla prosperar. Interrogaba con frecuencia á los naturales acerca del interior de la isla; envió una carabela para darle la vuelta, y levantar el plano de la costa, y se cercioró de que la Isabela era el desemboque natural de las minas de oro de Cibao, dis-

tante tres jornadas de marcha. Pero la alegria de tan fausta nueva la disminuyó la invasion de una enfermedad casi epidémica, que abatió el ánimo de los mas atrevidos caballeros espedicionarios.

CAPITULO III.

I.

Los hidalgos españoles, que se habian embarcado entusiasmados con la esperanza del oro, ignoraban cuan ruda es la vida del marinero. Las raciones, que consistian en salazon y mala galleta, habian minado sus naturalezas durante los tres meses que acababan de pasar aprisionados en estrechos bajeles. Las fatigas consiguientes á la fundacion del establecimiento, el alimento compuesto ya de vejetales, con que no estaban familiarizados, ya de provisiones traidas de España; pero en gran parte pésimas, á causa de la avaricia de los abastecedores, de la inesperiencia del transporte, y sobre todo de las alternativas de calor y de humedad, uniéndose á las influencias nuevas del aire, del suelo y del agua, produjeron calenturas mortíferas.

Como el almirante se encontraba un poco enfermo en el momento del embarque en Cádiz, no pudo examinar por sí mismo la instalacion de todo el material, víveres, ganado y municiones. Parece que el veedor de la marina, Juan de Soria, no habia dejado pasar por alto esta circunstancia, y cuando al desembarcar en la Isabela se inspeccionaron los abastos para almacenarlos, vió el almirante que la mayor parte de los víveres estaban averiados, ó eran en cantidad insuficiente; á causa de los beneficios ilícitos, obtenidos en la provision de

toneleria en Sevilla, gran cantidad de vino se habia salido; las medicinas no estaban conformes con el pedido del médico mayor; el ganado escojido venia reemplazado por otro miserable y de mala raza, y los magníficos caballos, que habia revistado el almirante en Sevilla, sustituidos por rocinantes, despues de haber cobrado el alto precio de los primeros.[1] Compréndase ahora la repugnancia instintiva de Colon por Juan de Soria, y por qué fué este el irreconciliable enemigo del hombre que lo comprendió. De esta suerte, en la mas antigua espedicion al nuevo mundo, se encuentran ya esas especulaciones inmorales, esas connivencias fraudulentas, que tantas veces se han echado en cara á la administracion de marina.

El fraude de las oficinas de Sevilla agravó pues la situacion de la colonia á sus principios, dando márjen á crueles y amargos desengaños. Con todo, los marineros, los soldados y los trabajadores, ó mas avezados á las fatigas, ó mas prontamente restablecidos, continuaron los trabajos de tal modo, que antes de concluir el mes de Enero quedaron terminadas muchas casas, y el almirante hizo circunvalar la ciudad con una muralla de piedra seca, al estilo árabe.

Queriendo aprovecharse de la estacion favorable para volver á España, y comprendiendo la necesidad de obtener sin retardo otras provisiones, el almirante se apresuró á despachar la flota, de la que solo retuvo cinco bajeles, destinados tanto al servicio de la colonia, como á nuevos descubrimientos. Puso la escuadra bajo las órdenes de Antonio de Torres, que izó su bandera en la *Marigalante*. Melchor Maldonado, Juan Aguado, y Jinés de Gorvalan volvieron en ella á España, recomendándolos el almirante á la bondad de los reyes, á los cuales dirijia una memoria sobre el estado de la colonia, que

1. Memoria del almirante don Cristóbal Colon, remitida por Antonio de Torres á los reyes católicos, § 17, *Coleccion de Navarrete*, t. I.

Antonio de Torres debia presentarles en persona con algunos pedazos de oro.

Este precioso documento, que poseemos con las notas marjinales de los soberanos, es el mejor testimonio de la alta superioridad de Colon en materia de gobierno y de administracion. En él se observa, al traves de la prudencia humana, aquella fé en la providencia, que constituia tambien el fondo de su carácter, el secreto de su sublimidad. El asentimiento de SS. AA. vino en cada párrafo á confirmar la exactitud y la prevision del jefe de la colonia naciente, á quien de los mas minuciosos detalles hacendistas, á los mas grandes pensamientos sociales, nada se fué por alto. No es posible hallar un espíritu mas positivo, ni mas práctico, en medio de su poética grandeza y elevacion de miras.

La escuadra se dió á la vela el 2 de Febrero de 1494. De órden del almirante llevaba á España los indios de ambos sexos y niños que habia cojido en las islas de los caribes, con el objeto de que una vez cristianos, pudiesen volver, y servir de intérpretes. Los caribes le parecia poder ser de grande utilidad para el caso, atendido á que acostumbrados á recorrer todas las islas del archipiélago, estaban familiarizados con sus diversos idiomas.

No bien hubo la flota salido de la Española, cuando la mayor desanimacion se apoderó de aquellos hombres de imajinacion ardiente y voluble, acostumbrados á los placeres, ajénos á los hábitos del trabajo, y que se habian acercado á Colon, persuadidos de que iban á desenterrar tesoros debajo de las flores, y á deleitarse en remotos y desconocidos horizontes. Y apenas tocaron la realidad, comenzaron á comunicarse su dolor y descontento, y á buscar el modo de salir del voluntario destierro, que tan imprudentemente se impusieran. El metalúrjico Fermin Zedo, ignorante y hablador, disgustado de la permanencia en la isla, dió en lamentarse sin recato, diciendo que no contenia oro, que las pepitas brillantes que se complacia Colon en adornar con este nom-

bre, no eran mas que partículas de mica, ó granos de una materia parecida al oro, que el oro trabajado que daban los naturales era el fruto de ahorros de familia, apurados ya en los cambios precedentes, y que en lo porvenir no podria encontrarse mas. Estas palabras acabaron de desalucinar á los descontentos, que para tornarse en sediciosos, no necesitaban sino un jefe, y lo encontraron en la persona de un funcionario, escojido por los reyes, llamado Bernal Diaz de Pisa, teniente de pagador jeneral.

Aprovechándose de la enfermedad de Colon, imajinó abrir una especie de sumaria contra él, de hacer certificar por medio de numerosos testimonios, que engañaba á los reyes con relaciones falsas, y que no habia mas que esperar que la ruina y la muerte en una isla llena de jarales impenetrables, y habitada por jentes estúpidas y desnudas, propias para aquel pais. Un tal Gaspar Terris, que se creia fuera del alcance de la ley, porque en su calidad de aragones no era justiciable por la reyna de Castilla,[1] fué el instigador mas activo de la rebelion. Bernal Diaz debia apoderarse durante la noche de los buques, con los que estaban por él; pero en el momento mismo en que iba á ejecütarse el complot, el almirante descubrió la trama, é hizo prender al principal motor, sobre quien se encontraron escritas de su puño y letra las pruebas del delito, con los nombres de los cómplices. Colon pudo haberlo hecho juzgar en el acto con todo el rigor de las leyes; pero se limitó á asegurarse de su persona, y enviarlo á España con las piezas de la sumaria, para que los reyes hicieran justicia por sí mismos. Su clemencia es la admiracion de los historiadores, tanto que Washington Irving no puede menos de decir: "El almirante se condujo con mucha moderacion. Muchos de los cómplices fueron castigados segun su gra-

1. Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral* &c. lib. II. cap. XIII.

do de culpabilidad; pero no con el rigor que merecian sus faltas."[1]

Sin embargo de la misericordiosa induljencia de Colon, este castigo lejitimado por el derecho, la justicia y la disposicion escepcional en que se encontraba, dió márjen á odios y acusaciones implacables. Aquellos que tal vez hubieran sido víctimas de la desercion, se volvieron detractores del almirante, cuya dulce firmeza los salvaba. El orgullo castellano se sintió herido, al considerar que un estranjero, un jenoves, castigaba a un hidalgo. Estos descontentos se veian apoyados en la corte por sus familias, y Colon, estranjero, y á la sazon ausente, les parecia que debia sucumbir.

Para prevenir semejantes revueltas hizo Colon, que en seguida se llevaran á bordo de la principal carabela las municiones, las armas y la artilleria de los demas buques, y confió su guarda á una tripulacion fiel. Despues, dejando al frente de los cinco buques á su hermano don Diego, para ocupar los descontentos, avanzó hácia las montañas de Cibao, donde segun los indios, estaban las minas de oro. Hasta el nombre del rey de aquellas breñas era de feliz presájio, pues se llamaba Caonabo, es decir, señor de la casa de oro.

Con el objeto de asombrar á los indíjenas en su marcha, escojió lo que le quedaba de mas florido en hombres y caballos, y partió en el mejor órden, rodeado de sus oficiales, á la cabeza de toda su caballeria, apoyada por un cuerpo de cuatrocientos infantes proximamente, divididos en secciones, manteniendo en su pequeño ejército la mas escrupulosa disciplina, y observando grande uniformidad y exactitud en los movimientos. Despues de haber flanqueado las primeras ondulaciones del terreno, que de la orilla del mar se elevaba gradualmente á las montañas, se hallaron á la boca de

1 Washington Irving. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon,* lib. VI. cap. VIII.

un estrecho, y quebrado desfiladero, impracticable á la caballeria. Era el único camino que conducia directamente á Cibao, y la vejetacion y aspereza del terreno detuvieron á todo el cuerpo espedicionario.

Entónces, á una caballeresca invitacion del almirante, algunos nobles que sabian el oficio de gastadores, organizados por Isabel, pusieron briósamente manos á la obra, y entusiasmando á las primeras filas, abrieron en pocas horas camino á la tropa: en honor de lo cual se puso á este sitio Puerto de los Hidalgos.

Una vez desembarazado de tropiezos, el ejército pudo desde la cumbre de la montaña contemplar una llanura inmensa que iba prolongándose hasta el horizonte, cruzada por muchos rios que serpenteaban llevando frescura y vida á sus orillas, en las cuales la opulenta vejetacion de los trópicos prodigaba un lujo indescribible. El arte de los indíjenas, secundando á la naturaleza, habia hecho de aquel paraje un jardin encantador al trazar huertos, verjeles, bosques, prados, templetes de follaje, y sembrarlo de alegres viviendas.

A la vista de tan deliciosa perspectiva, y profundamente conmovido, el contemplador de la creacion detuvo su caballo, y mandó hacer alto á la columna, para poder admirar á sus anchas aquel cuadro, elevar su alma al autor de tales bellezas, y bendecirlo públicamente por las magnificencias que le prometia descubrir:[1] á esta llanura, la mas hermosa del mundo, puso el nombre de Vega Real.

Al acercarse á las habitaciones, las trompetas y los tambores rompieron á un tiempo, y sobrecojidos de admiracion, acudieron los indíjenas delante de los poderosos estranjeros para contemplarlos respetuosamente, y ofrecerles las frutas y el oro de que podian disponer, mientras otros, atemorizados, huyeron, ó se encerraron en sus cho-

1. "Prendado de su estremada belleza y bendiciendo al criador."— Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, lib. V. § VI.

zas, creyéndose seguros detras de sus puertas de caña, que el almirante prohibió forzar. Llegó á las orillas del Yaque, riachuelo cuya embocadura vió en su primer viaje, y llamó Rio de *Oro*. En sus poéticas orillas se hizo alto.

Durante dos dias la bandera de Castilla fué paseada por muchas poblaciones, y despues llegaron á la falda de una cadena de altas montañas, que era el distrito de Cibao, estados del señor de la casa de oro.

El Sábado 15 de Marzo hubo que abrir un camino para la caballeria, y el Domingo, el cuerpo espedicionario penetró por las gargantas cubiertas de árboles de las montañas, y trepó con ardor sus escarpadas laderas. Poco á poco la vejetacion fué menos abundante, y en las frondosas márjenes de los arroyos no se veian sino pinos y palmitos; no ofreciendo lo escabroso del terreno mas que ásperas ondulaciones y peñascos. No obstante, los españoles lo veian con ojos placenteros, porque en el fondo de todos los arroyos notaban partículas de oro, anunciando la proximidad de las minas.

Encontró el almirante por el camino plantas desconocidas, recojió ámbar y azur, y descubrió una vena de metal, que prometia no estar lejos del cobre. Resolvió no llevar mas lejos la escursion, sino asegurar sus resultados con una fortaleza que protejiera las comunicaciones entre las montañas de Cibao y el puerto de la Isabela; escojiendo al efecto un sitio á propósito en una meseta de peñascos, de los cuales el Yaque, con sus puras y frescas aguas, formaba cási un foso y constituia una defensa natural. Su lecho era de vetas de marmol, de jaspes y de piedras estrañas: el ambiente puro. Injeniero de nacimiento, Colon improvisó una fortaleza, desde cuyos baluartes, hechos de madera y tierra, abarcaba la vista una deliciosa y dilatada llanura. Bautizó al fuerte con el nombre de Santo Tomas, á causa de la incredulidad de los españoles en cuanto al oro, hasta que lo hubieron recojido ellos mismos del fondo de los rios.

Luego de haber trazado el camino que uniria la Isabela al castillo de Santo Tomas, instaló en él cincuenta y seis hombres escojidos, y algunos caballos, bajo las órdenes de Pedro Margarit, caballero del órden de Santiago, padre de familia, sin fortuna, y que Colon habia recomendado á los reyes; circunstancia digna de notarse, porque este oficial ingrato y rebelde fué uno de los principales causantes de las desgracias de la colonia y de los aprietos del almirante.

II.

De vuelta en la Isabela no habia descansado de sus fatigas, cuando un mensaje de Margarit le hizo saber que Caonabo se aprestaba á sitiarlo. Sin inquietarse, porque conocia la debilidad de los indios, y su terror á los caballos y á las armas de fuego, le mandó no obstante un refuerzo de setenta hombres con víveres. Hecho esto, se ocupó de activar la conclusion de la Isabela.

La fecundidad de su suelo parecia increible. Las verduras nacian en tres dias, y maduraban en tres semanas. El 30 de Marzo, dia de la pascua, un hortelano llevó al almirante espigas de trigo en sazon, sembrado á fines de Enero. Estaban seguros así de conseguir dos cosechas al año; pero esta esperanza por mas grata que fuera, no podia remediar los males presentes. La fiebre hacia estragos, los trabajadores mas robustos, agoviados por las faenas, se desanimaban y decaian; los hidalgos

orgullosos se quejaban amargamente, maldiciendo á Colon y á la descubierta, y consumian sin ninguna utilidad para la colonia los abastos, que disminuian á ojos vista. La mayor parte de las carnes estaban podridas, las medicinas apuradas, y no quedaba mas que una corta cantidad de vino. Solo el trigo, mejor conservado, prometia algun recurso; pero era preciso distribuirlo con tasa.

El almirante imajinó internar en la isla la tropa, que subia á cuatrocientos infantes y dieziseis caballos, para no dejar en la Isabela sino los trabajadores y los enfermos, y mientras tanto comenzó por poner á racion á todos los colonos, sin esceptuar ninguno, siendo él el primero en imponerse la ley. Esta medida salvadora pareció insoportable á ciertas personas. Como la harina se habia concluido, se distribuyeron raciones de trigo, tal como estaba en el almacen, y cada uno tuvo que moler á mano su parte; pero no bastaban los molinillos, y ademas, los voluntarios y los hidalgos que, habituados á las comodidades de la vida, no habian venido á las islas mas que para cojer oro, rehusaban hacer este trabajo, y los enfermos y los convalecientes no podian entregarse á él, los jornaleros, obligados á hacerlo sobre sus faenas, enfermaban ó finjian estarlo. Colon creia inícuo dejar que recayera todo el peso de tamaña calamidad sobre los hombros de la jente menuda. El establecimiento de un molino público, y la terminacion del canal que queria hacer pasar por medio de la ciudad, podian solo remediar tantos y tales inconvenientes, y asi decretó obligatorio el trabajo de ambas obras de utilidad pública. La urjencia justificaba la severidad; porque con el trabajo colectivo y temporal les ahorraria en breve del trabajo irregular y cotidiano, y sin grande esfuerzo les proveeria de pan. Pero la medida sublevó el orgullo castellano; los empleados, los oficiales de la casa real y los hidalgos se creyeron en estremo humillados de que se les forzara al trabajo material, pareciéndoles mas lójico que los operarios, estenuados con las contínuas faenas,

y la insuficiencia del alimento, hicieran solos, en medio de la penuria jeneral, el molino, los hornos, el canal, y terminasen, en detrimento de su vida, los almacenes y los edificios públicos.

El alma cristiana de Colon, elevándose sobre todas las consideraciones y prerogativas, sostuvo el principio de la igualdad, ante la ley del peligro y de la salvacion comun, desentendiéndose de las preocupaciones de la sangre en presencia de una desgracia inminente. Y así, cuantos hubo útiles, fueron por escuadras al sitio de los trabajos á pagar su tributo, y el castigo de los contumaces aseguró la ejecucion de sus medidas. Ninguna consideracion pudo detenerlo, pero su saludable inflexibilidad fué un cargo que los castellanos no le perdonaron, pues salvo los pobres, estenuados y enfermos, que libertaba su misericordioso rigor, los funcionarios de la colonia, los oficiales de la corte, los nobles voluntarios, y hasta el mismo vicario apostólico se declararon contra él. Mas Colon supo llegar hasta el fin, y los hechos justificaron su sabiduria.

Para someter las pretensiones de raza, que aspiraban á sobreponerse á la igualdad de los males, despertar á las almas de su letargo, y disminuir las faenas regularizándolas, era preciso tener una compasion superior á las consideraciones, una voluntad tan enérjica como la necesidad misma, esa ley que domina á todas. El teson desplegado por el almirante, sin doblegarse á las influencias, las clases y los obstáculos, salvó á la colonia. Sabida cosa es, que el fin santifica los medios. Sin embargo, aquellos medios fueron tan moderados, como lo permitian las circunstancias.

En este respecto, unánimes testimonios se reasumen en el de Herrera. "Fué menester molinos para moler el trigo, dice; pero como los soldados y los trabajadores estaban estenuados y enfermos, fué preciso que la nobleza trabajase en ellos; lo que la causaba mas pena que la misma muerte.... El almirante, viendo el desconten-

to, tuvo que obligarlos, para que su pueblo no pereciera sino se trabajaban las obras públicas."[1]

Colon establecia en principio esta máxima de los sacerdotes de los primeros tiempos: "El que no trabaja no merece comer." A los nobles hambrientos y á los egoistas perezosos propuso elijieran entre el trabajo ó la supresion de las raciones, lo cual le valió en concepto de los consumidores inútiles, una reputacion de barbárie, que el apoyo del vicario apostólico revistió de ciertas apariencias de verdad, que los oficinistas de la direccion de Sevilla exajeraron gustosos, y que consolidó los amigos y las familias resentidas de los hidalgos que forzó al trabajo, y sobre todo el P. Boil, que procuró siempre atenuar sus faltas manchando al almirante.

Preciso es decir aqui algunas palabras acerca del P. Boil, y de sus trabajos evanjélicos.

El P. Bernardo Boil, catalan, fraile benedictino del convento de Monserrat, hombre de grán crédito en la corte por su saber, su capacidad, su esperiencia en los negocios, la sutileza y los recursos de su imajinacion, y de irreprochables costumbres, no habia venido á las Indias de su grado, impelido por la vocacion, ni mucho menos demandado dirijir la mision.

Designado por los reyes para aquel vicariato apostólico, obedeció, embarcándose como si hubiera ido á negociaciones diplomáticas, á que era aficionado. Su eleccion en la mayor parte de sus compañeros se resentia de su falta de predileccion divina, pues entre ellos, si bien algunos estaban destinados á evanjelizar los idólatras, el mayor número, hecho para la pacífica regularidad del coro, se encontraba sin fuerzas, sin eficacia en su nuevo jénero de vida. Ni tenian celo, ni facilidad para hablar la lengua de los indíjenas y ocuparlos de Dios, ni edificaban, ni consolaban á nadie, ni servian para con-

1. Herrera: Historia jeneral de los viajes en las Indias Occidentales, década I. lib. II. cap. XII.

solarse á sí mismos, pasando sus dias en criticar al almirante y llorar por la patria.

Desde la llegada á la Española, el P. Boil, hasta entónces lleno de consideraciones por Colon, se puso en disentimiento con él, á causa de la complicidad que presumia en Guacanagari, en la matanza de los españoles dejados en el fuerte, pues él hubiera querido imponer un castigo sobre una sospecha, para manifestar la superioridad de los españoles, que penetraban el pensamiento sin dejarse llevar de las protestas, ni de las apariencias. El almirante se mostró mas pacífico, mas confiado, mas misericordioso que él, y de aquí su desvio por Colon. Por dos veces le aconsejó inútilmente medidas precipitadas y violentas contra Guacanagari, y el P. Boil no estaba acostumbrado á predicar en desierto. El rey Fernando, político consumado, apreciaba mucho la habilidad de que dió pruebas, cuando los asuntos del Rosellon, y él fué quien lo designó para su puesto evanjélico. El P. Boil, pagado de esto y de su mérito, se enemistó con el almirante, que parecia mejor dar crédito á un salvaje, que á su sagacidad de diplomático. Este resentimiento estuvo encubierto hasta que el peligro de faltar los víveres obligó á Colon á poner á racion á los colonos, sin esceptuar á nadie, y se produjo de un modo aflictivo, cuando el almirante mandó trabajar á los hidalgos y voluntarios que no recibian sueldo del estado.

El vicario apostólico censuró públicamente una medida que imponia el bien comun, y calificó á Colon de *cruel*;[1] y los murmuradores, los caballeros resentidos por su pretendida humillacion, se autorizaron con el vicario apostólico para contravenir á las órdenes del virey, quien no pudiendo imponer castigos corporales, les disminuia ó retiraba la racion, como se practica á bordo. Era el único medio de imponer á la insolente pereza. El P. Boil, no creyendo tal vez ir tan lejos, fomentaba la desobe-

1. Herrera. *Historia jeneral de las Indias Occidentales*, década I. lib. II. cap. XII.

diencia y la rebelion. El almirante por su parte hacia ejecutar sus mandatos. A causa de esta oposicion, en muchas circunstancias, el vicario apostólico, abusando de sus poderes espirituales, escomulgó al virey y puso en interdicto á la iglesia.[1] Colon entónces le suprimia del todo el alimento, con lo cual la cólera del vicario apostólico se apaciguaba en seguida.

Mientras que el piadoso Fr. Juan Bergonon, de san Francisco, y Fr. Roman Pane, llamado el pobre ermitaño, de la Orden de San Jerónimo, se dedicaban á estudiar la lengua de Marcorix, que era el idioma mas estendido entre los diversos pueblos de la isla, el superior de la mision, hastiado de los pobres indios, escribia á la reyna para persuadirla de lo inútil que era su permanencia entre ellos por las dificultades que ofrecia el idioma, y la demandaba ordenase su vuelta.

Al traves de tantos contratiempos, los trabajos urjentes avanzaban, gracias á la firmeza de Colon. Hizo partir las tropas de la Isabela para el interior de la isla, á fin de hacerla reconocer completamente, mostrar á sus moradores el estandarte de Castilla y el poder de sus vasallos, y averiguar el sitio de las minas de oro, todas las riquezas, todos los recursos del suelo, y sus comodidades estratéjicas, la cual medida ofrecia á la colonia la ventaja de asegurar sus víveres durante mas tiempo, y acostumbrar á los soldados á los alimentos de los indios. El almirante envió pues á Pedro Margarit toda la tropa, bajo la conducta de Ojeda, que debia entregarle su mando, para tomar el del fuerte de Santo Tomas.

1. "L' Amiral n'en avait rien rabattu d'une conduite qu'il jugeait nécessaire; et il faisait d'abord cesser l'interdit, en retranchant absolument la ration au bénédictin."—Charlevoix. *Histoire de Saint-Domingue*, lib. II. p. 125 en 4º

CAPITULO IV.

I.

A fin de seguir con mas facilidad los primeros pasos de los castellanos, y las operaciones del almirante en la Española, indicaremos en pocas palabras su posicion política y territorial.

Cinco reyes, ó grandes caciques, teniendo cada uno bajo sus órdenes á cierto número de señores, ó caciques subalternos, gobernaban la isla de Haiti, bautizada por el almirante con el nombre de Española. Estos cinco magnates se llamaban Guarionex, Caonabo, Behechio, Guacanagari y Gualfacoa.

Guarionex, de la familia mas ilustre, tenia toda la parte NE. de la isla, que comprendia la magnífica llanura llamada Vega Real, y fué en su territorio donde, sin pedirle permiso, se construyó la Isabel.

Guacanagari reinaba al NE. desde Artibonite hasta mas allá de Monte-Cristo.

Gualfacoa ocupaba la parte oriental mas espuesta á los ataques de los caribes, y sus vasallos, mejor armados que el resto de los indíjenas, sabian pelear con denuedo.

Behechio poseia la mayor porcion de la isla, la que del Artibonite se estiende al O. hasta el cabo Tiburon, y encierra en sus límites el lago salobre de Jaragua, por tanto tiempo asunto de misteriosas relaciones.

Caonabo, el señor de la casa de oro, dominaba en la parte montañosa, desde las alturas de Cibao hasta el

litoral del medio dia. De raza caribe, se ignoraba su jenealojia; pero arrojado á la isla por casualidad, lo habia fijado en ella un amor romántico. Soldado de fortuna, él mismo se ciñó la corona; y como sus talentos militares aseguraron su poder, los reyes sus vecinos temian su enemistad, y buscaban su alianza.

Cada uno de estos reyes, ó grandes caciques, tenia caciques secundarios, que eran soberanos de hecho en su distrito particular. Salvo los pueblos del S., espuestos á las incursiones de los caribes, y las tribus del guerrero Caonabo, los indíjenas eran de un natural dulce y tímido. La suavidad del clima, la facilidad de vivir sin trabajar, una laxitud y apatia hereditarias, y cierta propension á ensimismarse, les hacian insoportable la fatiga corporal, tanto mas cuanto que alimentándose casi esclusivamente de vejetales, no podian apenas dedicarse á trabajos regulares.

Despues de haber dado al comandante Pedro Margarit instrucciones admirables,[1] comprendiendo, previendo y aconsejándolo todo: los sitios que habia que recorrer, las observaciones que debian hacerse, los medios de obtener víveres libremente, de administrar la justicia entre los naturales, de atraerse su afecto, y conducirlos al cristianismo, el almirante proveyó á la seguridad de la poblacion, que habia quedado sin tropas, y se preparó á proseguir sus descubrimientos, no queriendo dejarse adelantar por los portugueses. Estableció para gobernar en su ausencia un consejo, compuesto del P. Boil, Pedro Hernandez, Alonso Sanchez de Carvajal, y Juan de Lujan, bajo la presidencia de su hermano don Diego. La eleccion del P. Boil no causará estrañeza, si se tiene presente que nunca se vengaba el almirante de un ultraje, que atendia ante todo al bien público, y que,

1. Estas instrucciones, de todo punto admirables y que poseemos testualmente, á pesar de ser un documento precioso que figura en el número LXXII de la *Coleccion diplomática*, es objeto predilecto de los ataques de la filantropia protestante.

á pesar de su disentimiento con el vicario apostólico, honraba su caracter oficial; ademas de que no podia desconocer su capacidad, y de que tal vez era oportuno darle en aquellas circunstancias una participacion oficial en los negocios de la colonia.

II.

Escojió el almirante entre los cinco bajeles que habian quedado en el puerto de la Isabela, las tres carabelas que calaban menos agua, y eran la *Niña*, el *San Juan* y la *Cardera*, tripuladas por marineros que le eran conocidos. La *Niña* tenia por capitan á Alonso Medel, y los pilotos, marineros y hasta los mozos eran de Palos, ó de sus inmediaciones. La *Cardera* pertenecia á un vecino de Palos, llamado Cristóbal Perez Niño. El *San Juan* lo mandaba un malagueño, llamado Alonso Perez Roldan; pero la tripulacion era de Palos y Moguer, ó de los alrededores. Todas estas jentes conocian de tiempos atras al guardian de la Rábida, y habian presenciado la entrada triunfal de Colon, y lo seguian con plena confianza al descubrimiento.

El almirante izó su bandera á bordo de la *Niña*, que lo habia llevado á Europa, y cambiando su nombre, la puso *Santa Clara*, en memoria de la primera hija de la Orden Seráfica. Llevaba consigo un estado mayor poco numeroso, pero escojido: el astrónomo Fr. Juan Perez de Marchena, el doctor Chanca, un fraile de la Merced, que iba como capellan, el piloto jeógrafo Juan de la Cosa, el piloto Francisco Niño, el escribano Fernando Perez de Luna, Jimenez Roldan y el fiel escudero

Diego Mendez. Ademas de sus criados contaba con la maestranza, compuesta de intrépidos marineros, doce de primera clase.

El 24 de Abril salió el almirante del puerto de la Isabela con rumbo al O., y echó el ancla delante de las tierras de Guacanagari, pensando que el cacique vendria á encontrarlo, para reanudar sus antiguas relaciones, cosa que deseaba tanto mas, cuanto que su jenerosa hospitalidad podia ser de gran provecho para los colonos, amenazados del hambre; pero á la vista de las carabelas Guacanagari se escondió en los bosques. Esta fuga vino á confirmar de nuevo las sospechas que habia contra él; aunque el almirante no lo condenó todavia. El cacique, temeroso de que le disputaran su jentil doña Catalina, el tesoro de su corazon, de que hasta los mismos españoles estaban prendados, habia ido á esconderla en lo mas intrincado de las breñas.

Volvió á darse á la vela Colon al dia siguiente con vientos variables, y al cabo de cuatro singladuras de hábiles maniobras, dobló el cabo que en su primer viaje llamó Alpha y Omega, y que hoy se conoce por cabo Maysi, y gobernando al Sud, entró en el magnífico y espacioso puerto de Guantanamo. Saltó en tierra con el estado mayor y el intérprete Diego Colon, y toparon con las provisiones de un abundante festin, compuesto de pescados, utias é iguanas, que los indíjenas abandonaron con la proximidad de los españoles, para esconderse. Estos se regocijaron de la oportunidad, é hicieron provision de víveres frescos. Viéronse en esto como unos setenta naturales que los observaban de lo alto de un montecillo, y á fuerza de señales pacíficas se decidió uno de ellos á adelantarse; y como el idioma lucayo era mas fácil de comprenderse en esta parte de la Española, fué fácil el tranquilizarlo. Pronto sus compañeros acudieron llenos de curiosidad: preparaban para su cacique el primer servicio de un banquete que debia dar á uno de sus vecinos, y estaban cociendo el pescado para preser-

varlo mejor de la corrupcion durante el camino; y sacaron partido del robo de los víveres, diciendo que la pesca de la noche inmediata repondria lo comido, pues Colon, no queriendo aprovecharse grátis de su trabajo, les distribuyó algunos regalos que los colmaron de placer, y al separarse, marineros é indios se dieron amistosamente las manos.[1]

Al dia siguiente continuó el virey con rumbo al O. á la vista de la costa, que observaba con el mayor cuidado. Sus buques iban seguidos de multitud de indíjenas en canoas, que les ofrecian frutas, pan de casave, pescado y calabazas llenas de agua esquisita. Como los otros insulares, los suponian venidos del cielo. El almirante les repartió cascabeles y campanillas, que estimaban en mucho precio. A sus preguntas sobre el pais de donde sacaban el oro, respondian señalando el S., al que hizo rumbo.

Al romper el alba el Domingo, divisó al través de la despejada atmósfera de aquellas latitudes, en que la vista penetra á distancias inmensas, las azuladas crestas de las altas montañas de Jamaica, á las cuales no llegó sino despues de un dia entero de navegacion. La isla le pareció de maravillosa hermosura; pero al acercarse á la orilla, una escuadra de grandes canoas de guerra, tripuladas de combatientes pintados de colores, á las órdenes de un jefe adornado de plumas, blandiendo sus armas, lanzando gritos de amenaza, salió de las sombrias ensenadas para oponerse al desembarco. Algunos presentes calmaron sus brios. Se echó el ancla en un puerto, al que el almirante puso Santa Gloria, que eran tantas y tales las bellezas de que la naturaleza habia dotado aquel delicioso sitio, que hacian esperimentar la impresion de los puros goces de la bienaventuranza. En seguida se dirijió á un punto conveniente para carenar una via de agua que tenia la *Niña.* Otra escuadra hizo tam-

1. "Ita dextris in amicitiam junctis, ad sua quisque proficiscitur." Petri Martyris Anglerii. Oceaneæ decadis, liber tertius, fol. 8.

bien alarde de disputarles la entrada; mas á pesar de los clamores de los salvajes, y de las flechas lanzadas contra sus carabelas, el almirante ancló en la ensenada, que llamó Buen Puerto. Pero como necesitaban los españoles estar en paz, para poder trabajar y hacer aguada, parecióle oportuno al almirante demostrar á los indíjenas que no se les temia, y así mandó á tierra la jente, que hizo una descarga con sus alabartes, hiriendo á siete ú ocho de los jamáicos. Un perro se puso en su seguimiento[1] y completó la derrota, mordiéndolos por detras mientras huian. Al dia siguiente, los caciques de la vecindad enviaron embajadores para pedir la paz, y llegaron cargados de provisiones, en canoas que tenian la popa y la proa adornada de esculturas pintadas. Estas embarcaciones, hechas de una pieza, alcanzaban proporciones colosales, tanto que la que midió el almirante contaba noventa y seis pies de largo y echo de ancho. La calidad de los víveres era allí mejor que en las otras islas, las frutas tenian mejor gusto, y las plantas mas aroma.

Tomó el almirante posesion de la isla en la forma acostumbrada, erijiendo la cruz, y poniéndola bajo la proteccion del apóstol de las Españas, la dió el nombre de Santiago. En tres dias se concluyó la carena de la *Niña*, y Colon, despues de haber seguido la costa en una lonjitud de veinticinco leguas, sin encontrar el menor indicio de oro, se dirijió á Cuba, con el objeto de averiguar si aquella tierra era isla ó continente; problema que pensaba resolver cuando hubiera costeado cuarenta ó cincuenta leguas de ella.

El 18 de Mayo reconoció un cabo, que llamó de Santa Cruz. La costa, que hasta allí se estendia á poniente,

1. El éxito increible obtenido por este perro que fué allá por acompañar á su amo, sin intencion hostíl de ninguna especie, pero al que una inclinacion belicosa impulsó á lanzarse sobre los fujitivos, inspiró la idea de recurrir á su especie para procurarse auxiliares en las guerras con los indios.

formaba un recodo inmenso, dirijiéndose al N. Una tempestad horrorosa los puso en gran peligro de perecer, y cuando se disipó, se encontraron en medio de multitud de escollos á flor de agua, de islotes y bancos, entre los cuales hicieron una legua, visiblemente guiados por la divina providencia; pues un número infinito de ellos, unos bajos y arenosos, y otros altos y verdes y de risueño aspecto, formaban como un laberinto. No pudiendo dar á cada uno un nombre particular, los llamó Colon colectivamente los *Jardines de la Reyna.* Sus oficiales le suplicaban abandonase aquellos parajes, en que retroceder no era menos difícil que avanzar, y en que se corria el riesgo de estrellarse á cada instante, á causa de los chubascos que venian de diversos puntos, haciendo necesarias las maniobras continuas, tanto mas temibles, en razon de los peñascos que amenazaban las quillas, y del fondo cenagoso que no aguantaba á las anclas.

Fenómenos singulares llamaron la atencion del almirante. Los caprichos de la atmósfera presentaban una regularidad periódica, propia para sorprender al grande observador. Por la mañana venia el viento del E. y por la tarde del O., y á la entrada de la noche pardos nubarrones llegaban del occidente y se estendian en el Cénit, lanzando relámpagos y truenos; pero desde que la luna asomaba en el horizonte aquel aspecto amenazador desaparecia como por encantamiento.[1] Esta particularidad atmosférica, y el número considerable de islas lo inclinaban á creer que se encontraba en el archipiélago de los cinco mil islotes, situado á la estremidad de la India, y de que hablan Marco-Polo y Mandeville; y á pesar de que las carabelas hubiesen tocado el fondo mas de una vez, no obstante las precauciones de los pilotos, no queria abandonar el pais sin haberlo reconocido perfectamente.

Prosiguió pues, á traves de incesantes peligros é in-

1. Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. LV.

creibles fatigas, la esploracion de unas islas de tan peligrosa hermosura. La mayor parte estaban desiertas; pero en la mas grande, que el almirante llamó Santa Maria, encontraron cabañas, cuyos habitantes huyeron al acercarse los españoles, y muchos ánades, garzas reales y cuatro perros mudos de innoble aspecto, que los indíjenas engordaban para su regalo.[1] En sus frondosas arboledas vagaban cuervos marinos, alcatraces y gansos, mezclados con rejimientos de caballeros, de sarapicos, de flamencos escarlata y de loros de todos matices, que con su grita atronaban aquellas soledades.

El almirante pasó mas de un mes en este archipiélago, y mientras, bajaron los suyos varias veces á la costa de Cuba, para conocer la naturaleza de su inmenso territorio, y averiguar si era una isla ó un continente, hasta que al fin fué él mismo á estudiar el problema jeográfico.

Algunos de los naturales decian que Cuba era una isla, pero casi todos estaban conformes en reconocer que sus orillas se estendian hasta lo infinito. Otros pescadores, interrogados al efecto, habian respondido que las orillas de Cuba se iban prolongando sin fin hácia el O. Pero las dificultades de Colon se agravaron de repente, por no comprenderse allí, en la parte mas occidental, al intérprete, quedando reducidos á hablar por signos. Tan imperfecta traduccion del pensamiento condujo al almirante á un error casi inevitable. Por un lado se creyó entender, que al occidente reinaba un cacique llamado Magon ó Mango, vestido con un manto, y por otro, un arquero de la espedicion, cazando en los bosques, vió á lo lejos un hombre con ropaje blanco, como el capellan de la Santa Clara, en seguida dos mas, y á mayor distancia hasta treinta;[2] lo cual hizo que por prudencia se

1. "Quatuor canes in ea, sed non latrabiles, aspectu fœdissimi quos comedunt uti nos hœdos comperere."—Petri Martyris Anglerii, *Oceaneæ decadis*, liber tertius, fol. 8, § D.

2. Vistas de cierto modo, bien pudieron producir esta ilusion algunas grullas blancas.

tornara precipitadamente á las carabelas. El almirante habia enviado en seguida dos escuadrones á la descubierta, pero uno de ellos no pudo avanzar mas de media legua, á causa de la espesura de los árboles, y el otro, que debió recorrer la playa, al notar en la arena huellas recientes de animales monstruosos,[1] se apresuró á volver. Estas circunstancias, la nueva influencia de la temperatura, y la relacion de los viajeros sobre el pais de Mangu ó Mango, asi como las tradiciones acerca del gran Kan, cuyos estados bañaba el Océano, persuadieron al almirante, que tocaba á la estremidad de las Indias.

Así, continuó su navegacion al N.O., y volvió á comenzar sus trabajos, encontrando nuevos grupos de islotes: reconoció á su izquierda la grande isla de los Pinos, y creyendo que de allí se estenderia el Evanjelio la llamó Evanjelista. Notó la brusca direccion de la costa al mediodia; nueva circunstancia que vino á confirmar sus conjeturas, por su conformidad con los escritos de los viajeros, y porque otra vez le dijeron los naturales, que no se conocian sus límites, aun cuando la habian seguido durante mas de veinte dias. La conformidad de estos testimonios y coincidencias trocó su duda en certeza, y como importaba para desbaratar los planes de Portugal, tomar posesion lo mas breve posible de la tierra firme, hizo proceder á la comprobacion de la descubierta del continente de Cuba, reputado por principio de las Indias. Al efecto el escribano de la flota tuvo que recibir declaracion á los marineros en forma de sumaria, y dar fé de ello con presencia de cuatro testigos. En su consecuencia, el Juéves 12 de Junio de 1494, Fernando Perez de Luna, notario de los reynos, despues de haber estado á bordo de cada una de las carabelas, en compañia de Diego Tristan y Francisco de Morales, vecinos de Sevilla, de Pedro de Terreros, mayordomo, y de Lope de Zuñiga, ujier de vianda, ambos de la servidumbre del

1. Sin duda serian de caimanes ó cocodrilos.

señor almirante, redactó en la *Santa Clara* [1] el acta que dice: que los indios declararon, que la costa se estendia á mas de veinte jornadas, sin que se supiera donde acababa; que los marineros y pilotos, habiendo consultado sus cartas, y reflexionado antes de responder, todos afirmaron, prévio juramento, que nunca vieron ni oyeron decir, que una isla pudiera tener trescientas treinta y cinco leguas de costa de oriente á occidente, sin que se la viese el fin, y que no dudaban fuese la tierra firme.

Habia en las carabelas cincuenta hombres de mar, y entre ellos pilotos de fama, é intelijentes en cosas de cosmografia, y ninguno pudo sujerir en esta cuestion la menor duda, ni tampoco ignorar las particularidades en que Colon fundaba sus conjeturas. Todos estaban íntimamente convencidos de que Cuba era el principio de las Indias. Por esta causa concibió Colon el audaz itinerario que lo hubiera traido á España por el Asia y el Mediterráneo.

Solo Dios y los ánjeles conocian entónces la forma del nuevo continente, la inmensidad del mar Pacífico, y la distancia que separaba á Cuba de la costa de China y del archipiélago Indio. El error de Colon, error preciso é inevitable, y del cual no habria podido libertarse sino por medio de una revelacion divina, sirve para poner de relieve la fecundidad de su injenio, y lo atrevido de sus ideas, pues en su plan impracticable, brilla el primer pensamiento de un viaje de circunnavegacion. Sin la interposicion del continente americano, que nada podia hacer sospechar, hubiera llegado navegando al O. al Quersoneso de oro, ó sea la península de Malaca, habria entrado en los mares frecuentados por los árabes, y en lo antiguo conocidos por los comerciantes romanos, abordado la Trapobana ó isla de Ceylan, pasado por los mares del Ganjes y del golfo Pérsico hasta el mar

1. Orijinal en el archivo de Indias en Sevilla, leg. 5º de Patronato real. *Documentos diplomáticos*, número LXXVI.

Rojo; en seguida atravesado el desierto de Arábia, para ir á visitar los santos lugares, objeto de su constante solicitud y esfuerzo heróico, y despues, embarcándose en Jaffa, volver á España[1] por el Mediterráneo. Pero la falta de víveres, lo quebrantado de sus carabelas, y lo decaido de sus marineros le obligaron á desandar lo andado.[2]

Se encontraban en bajos, y de tal modo, que fué menester muchas veces sacar de ellos los buques con cables. Colon no cedió sino á la imperiosa ley de la necesidad. Sus barcos, averiados con los frecuentes sacudimientos, las quillas destrozadas con los corales del fondo, las amarras gastadas, las velas rotas y casi podridas, las provisiones apuradas, y la galleta picada, le forzaron á decidirse, y fué preciso volver atras.

En medio de tantas continjencias, al disputar sus bajeles á los bancos de madréporas, á los laberintos de litófitos, en que los comprometiera su ardiente pesquisicion de los secretos de este mundo, el poeta y el naturalista estaban en él á la misma altura, y gozándose en los peligros, deleitaba su olfato con los perfumes[3] que saturaban el ambiente.

III.

A trueque de sus fatigas gozó en esta navegacion el contemplador de las obras de Dios de grandiosos espec-

1. Andres Bernaldez. *Historia de los reyes católicos*, cap. 123 M S.
2. Carinæ quassatæ, rudentes vela et reliquum amplustre jam putridæ alimentaque, sed præcipue panis bicoctus corrupta, vertere retro proras præfectum coegerunt."—Petri Martyris Anglerii, *Oceaneæ Decadis primæ*, lib. III, fol. 9, §-C.
3. "Usci un'odore come di fiori di grandissima soavita."—Fernando Colon. cap. LVII.

táculos de la naturaleza; pues á medida que iba aproximándose á las aguas profundas, limpias y trasparentes de las costas de la isla de Cuba, infinitas escenas, rebosando encantos y poesia, venian á dar animacion y vida á las soledades del Océano.

Un dia salieron á la superficie del mar un sin número de tortugas disformes que, como un ejército en marcha, obedeciendo las órdenes de su caudillo, se dirijia uniforme y matemáticamente alineado hácia el N., y tal era la afluencia de la tribu quelonia, que retardaba la marcha de los bajeles,[1] que en vano la empujaban con sus proas. Estaban en la época de la cria, y de apartados abismos acudian, cual á cita misteriosa, á depositar sus huevos en las arenas de la costa meridional, para que el astro vivificador hiciera lo demas.

Otro dia, una escena distinta dejó aturdidos á los navegantes con su algarabia. Bandadas de aves pelásjicas cruzaron por los aires, precedidas y seguidas de golpes de grullas y de cuervos marinos; caravanas aereostáticas, emigraciones de pueblos plumíferos, peregrinos alados del archipiélago de la isla de los Pinos, de los Jardines de la Reina y de las mas apartadas de las islas de los Caimanes que, como si estuvieran convocados para un dia fijo, se dirijian, al pasar por Cuba, á un lugar desconocido.

Luego silenciosos; pero ataviados con lujo estraordinario, llegaban los mas veleidosos huéspedes del aire: millones de millones de mariposas con alas de preciosos y vivos esmaltes arabescos sobre fondo de oro, se estendian como una viviente cortina encima de la flota; pero tan tupida y doble, que no eran bastantes los rayos del sol[2] para pasarla, aunque sí el viento para hacer que

1. "In pelagus incidit testudinibus magnis adeo consensum, quod naves aliquando detardarent."—Petri Martyris Anglerii. *Oceaneæ Decadis primæ*, lib. III. fol. 9.

2. "Vennero a navigli tante farfalle, che oscuravan l'aria, e durarono fin a sera, che furon da una grossa pioggia sbandate."—Fernando Colon. cap. LVI.

sufriera considerablemente, pues impelida por él se rasgaba con los masteleros y arboladura, dejando la cubierta sembrada de contusos, de heridos y de muertos. Sucedíanse los bandos unos á otros sin interrupcion, y por la tarde, chubascos del O. los ahuyentaban por completo.

Continuando su camino entró por las aguas porque habia pasado antes de llegar á la altura de la Evanjelista, y que tanto inquietaron á sus marineros. Las olas pesadas y sedimentosas eran de un blanco tan puro que deslumbraban[1], y no podia irse á toda vela, ni dejar de repetir á cada instante las sondaduras. A este fenómeno local se unió pronto otro no menos alarmante para la tripulacion; pero notable para un hombre investigador: la mar negra como la tinta, y en la cual la vista se perdia. Cualquier otro que no hubiera sido el almirante habria retrocedido en presencia de tan formidable transicion. Al movimiento regular del mar se añadia en las inmediaciones de la costa ajitaciones periódicas todas las tardes, á consecuencia de la lluvia matutina, cuya abundancia henchia los rios en su embocadura. Al fin, el 6 de Julio se tomó tierra á la estremidad del golfo que forma el saliente del cabo de Santa Cruz, donde las tripulaciones desembarcaron para solazarse un tanto. Los indios del pais se apresuraban á llevarles víveres, de que tenian gran necesidad.

Para dar gracias á Dios de su proteccion á traves de peligros tan continuados, Colon hizo erijir un altar en un bosquecillo inmediato, y celebrar allí el santo sacrificio de la misa.

Durante la ceremonia, un cacique, anciano venerable á pesar de su desnudez, se acercó, observando con atencion lo que se hacia. Comprendió que se trataba de una ceremonia relijiosa, y despues que Colon hubo concluido de orar, el patriarca lo saludó, y ofreciéndole un

1. "Erat aqua lactea spissaque ac si farinam toto illo pelago sparsissent."—Petri Martyris Anglerii. *Oceaneæ Decadis primæ*, lib. III. fol. 9.

canastillo de hermosas frutas, que traia en la mano, y sentándose cerca de él, le dirijió por medio del intérprete Diego las siguientes palabras: "Justo es dar gracias á Dios por los beneficios que nos concede, y á lo que veo, vosotros acostumbrais á rendirle homenaje, lo que me place. Me han dicho que anteriormente habias recorrido con los tuyos estas rejiones, que hasta entónces no conociste,[1] difundiendo el terror entre los pueblos; pero no te enorgullezcas por eso; acuérdate, prosiguió, de esta recomendacion que te hago: al salir del cuerpo, el alma encuentra dos caminos, uno conduce á una morada fétida y tenebrosa, dispuesta para los que han hecho derramar lágrimas á sus semejantes, el otro á un lugar delicioso, preparado para los que durante su vida amaron la paz, y la mantuvieron entre los hombres; así, si te crees mortal y piensas que cada uno será recompensado segun sus obras, no hagas mal á nadie."[2]

La piedad de Colon se conmovió y consoló con tales palabras, pues no habia visto aun entre los indíjenas nada que le pudiese dar una idea clara de la vida futura, y bendijo al Señor por haber concedido esta luz á los hombres de buena voluntad, relegados á tan remotas playas. Aquel anciano le recordó uno de esos justos de la ley antigua, habitando como Raquel entre los pueblos idólatras, y le respondió: que habia venido del otro lado del Océano, enviado por sus reyes, para enseñar la verdadera relijion,[3] hacer imperar la justicia, someter los inhumanos caribes, obligándolos á la paz, y protejer á las naciones pacíficas.

Al oirlo el cacique derramó lágrimas de alegria,[4] y

1. Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. LVII.
2. "Si igitur te mortalem esse, et unicuique pro presentibus operibus futura merita obsignata memineris, neminem infestabis."—Petri Martyris Anglerii. *Oceaneæ Decadis primæ,* lib. III, fol. 9, § D.
3. Andres Bernaldez. *Historia de los reyes católicos* Ms., cap. CXXX.
4. "El buen anciano derramaba lágrimas de alegria."—Muñoz. *Historia del nuevo mundo,* lib. V. § 17.

con gran contento escuchó la descripcion que le hizo Diego del esplendor de los monarcas españoles. Penetrado de la grandeza de sus huéspedes, y seducido por la majestad de su jefe, anunció su resolucion de seguirlos. Olvidando sus años, queria atravesar los espacios del Océano, para ir á contemplar aquellas cosas, cuya descripcion lo entusiasmaba; pero su mujer y sus hijos se arrojaron á sus pies suplicándole no los abandonase, y él, enternecido con su desconsuelo, consintió en no apartarse de su pueblo.

El anciano habia observado la naturaleza, viajado por las islas vecinas, y adquirido relaciones en la Española, donde conocia á muchos jefes. Sus escursiones lo habian llevado muy hácia el occidente de Cuba, y sus respuestas contribuyeron á confirmar á Colon en la idea, de que tambien participaban los pilotos, de que estaba en la frontera de un continente.

Durante los dias que permanecieron á orillas de aquel rio, que recibió el nombre de la Misa, sus habitantes los surtieron de provisiones, y Colon pudo carenar algun tanto sus naves, y hacer agua, leña y pescado asado. El 16 de Julio se dirijió á la Española; mas en el momento de ir á doblar el cabo de Santa Cruz, un chubasco repentino y de los mas recios, lo sorprendió, poniéndolos á pique de ser víctimas. Una maniobra pronta los sacó del paso: en un abrir y cerrar de ojos quedaron aferradas las velas y echadas las áncoras mas gruesas. Pero la Santa Clara estaba de tal modo quebrantada con los escollos, que hacia agua por muchas partes, y á duras penas los esfuerzos de los calafates y de las bombas podian impedir se fuese á pique. Para colmo de desgracia los víveres faltaban, y cada hombre no tenia diariamente, incluso el almirante, mas racion que una galleta y una copa de vino. El peligro fué tan grande que Colon escribió á la reyna: "Plazca á nuestro señor que mis fatigas aprovechen á su santo servicio y á V.V. A.A. En cuanto á lo que á mí toca, no me espondria á tantos

trabajos y peligros por el interés; que no se pasa un dia en que no vea á cada instante cercana la muerte."[1] Las olas azotaban con tal violencia, que metieron bajo el agua las bordas de la *Santa Clara*, y la tripulacion ya no esperaba ningun socorro humano para levantar la carabela. En la inminencia del naufrajio, Dios socorrió á su servidor permitiéndole ponerse al abrigo de una ensenada del cabo de Santa Cruz, donde los naturales le trajeron en abundancia pan de casave, pescado cocido, volateria, agutis, y frutas de todas clases.

El almirante empleó tres dias en dar descanso á su jente y carenar su buque. Como el viento contrario proseguia cerrándole el camino de la Española, se dió á la vela el 22 de Julio con rumbo á la Jamáica, para terminar su reconocimiento. Alli tambien le acometian borrascas todas las tardes, y sus buques y tripulaciones esperimentaban la mayor fatiga. Buscando la causa de semejante irregularidad, la encontró en la abundancia de bosques y en la elevacion de los cerros, coronados de una vejetacion impenetrable, lo que le hizo pensar en que las lluvias, en otro tiempo regulares tambien en las Canarias, en Madera y en las Azores, disminuyeron mucho desde que se taló gran parte de sus bosques.

Habiéndose cambiado el viento al NE. mandó poner la proa á la Española con tanto acierto, que al otro dia, 20 de Agosto, llegó al cabo occidental de la isla, absolutamente desconocido, y que puso bajo la invocacion del arcanjel san Miguel.

El Sábado 23, una gran canoa, conduciendo á un cacique, atracó á las carabelas, diciendo en alta voz y en castellano: "Almirante, almirante ¿quién te ha dicho que este cabo debe ser de la Española"?[2] En efecto, él no lo

1." Piaccia a Nostro Signor che ció sia per suo santo servigio e delle Altezze Vostre; perciocche, per quel che á me tocca, io non mi metterei piú á tanti travagli e pericoli, etc."—Fernando Colon. cap. LVIII.

2. Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias occidentales,* década 1. lib. II. cap. XV.

sabia, y se hallaba en él sin embargo, habiéndolo ganado en línea recta con exactitud prodijiosa. Su objeto era dirijirse á las islas de los caribes.

Al considerar la raza infame que de tantos siglos atras asolaba los magníficos jardines, que la providencia habia dispuesto para mansion de la paz y felicidad de sus hijos; al recordar sus constantes violaciones de las leyes de la humanidad, sus apetitos homicidas, la impunidad con que se enorgullecia su barbárie, sus destrozos entre los pueblos pacíficos, que se estremecian de horror al oir su solo nombre, resolvió sujetarla, obligarla á trabajar en provecho de los pueblos inofensivos que se habia acostumbrado á devorar, y por medio de este acto de justicia, atraer el reconocimiento de los insulares á los cristianos, cuya relijion abrazarian con dilijencia. Para esperar que la reyna resolviera con respecto á tan feroces ladrones, queria al menos recorrer con sus carabelas el archipiélago, rejistrar sus guáridas, é incendiar sus cabañas y sus canoas,[1] con el objeto de impedirles siquiera proseguir por mas tiempo en sus iniquidades. Esperaba bloquearlos de tal modo, que tuvieran que concentrarse en sus islas y cultivarlas, en vez de transportar á ellas á sus hermanos para cebarlos y comerlos.

Despues de haber esperimentado nuevas tormentas, reconoció el 24 de Setiembre el cabo mas oriental de la Española, y lo llamó San Rafael. No obstante el mal estado de sus buques, como la mar estuviera tranquila, se partió para las caribes, cuyo poder se le hacia tarde aniquilar. Pero sin duda Dios no quiso que su servidor, el mensajero de la paz, la dulce paloma, emblema de la rejeneracion espiritual, cumpliese una mision de castigo vengador; y apenas hubieron pasado la isla Mona, lleva-

1. "Hoc animo ut iterum cannibalium insulas devastaret canoasque eroum omnes combureret, ne nocere ulterius lupi rapaces finitimis ovibus posssint."—Petri Martyris Anglerii. *Oceaneæ Decadis primæ*, lib. III. fol. 10.

dos por un viento favorable hácia las madrigueras de los antropófagos, el poder invisible que lo sostenia se apartó de él, y entónces, abandonado á las leyes de la naturaleza, tuvo que sufrir sus consecuencias. Hacia justos cinco meses que habia salido de la Española.

Durante ciento cincuenta dias consecutivos sus investigaciones de la naturaleza, su contemplacion de las obras de Dios, su vehemente adoracion del autor de tanta maravilla, los esfuerzos de su intelijencia para penetrar los secretos del mundo, resolver las contradictorias interpretaciones de los indíjenas, y tocar algun átomo de verdad jeográfica, su lucha con los elementos, teniendo á su alma, á su espíritu y á su cuerpo en un triple movimiento, habian apurado sus fuerzas. El sentimiento de su responsabilidad, la necesidad de dirijir constantemente él mismo una tan dificultosa navegacion, que bien puede decirse que su mayor parte no fué sino un largo naufrajio, se antepusieron á su edad, á sus dolencias, fruto de sus trabajos marítimos, á la falta de alimento, á todo, en suma, mientras duró el peligro; pero al reaparecer la dulce brisa y el reposo del mar, sus fuerzas se disiparon y la carne volvió por sus derechos.

Cada uno de sus órganos se sumerjió en un sueño profundo; todo su ser cedió á un cansancio que escedia á las fuerzas humanas. La postracion como su causa fué jeneral y absoluta, dejando en suspenso sus facultades físicas y morales. Era un letargo completo, y sin las lentas pulsaciones del corazon y la flexibilidad de los miembros, hubiérase creido que aquel alma sublime habia volado á la mansion del creador.

En estas circunstancias, los pilotos entregados á sí propios, y considerando la imposibilidad de proseguir entre las Caribes con carabelas en tan mal estado, volvieron la proa á la Isabela.

IV.

Dos meses antes de salir Colon para su segundo viaje, habia dirijido Portugal á Castilla una protesta contra las bulas fechas 3 y 4 de Mayo de 1493, que segun decia, atentaban á los derechos con que su corona estaba investida precedentemente.[1]

La corte de Castilla, temerosa de ver alterarse las buenas relaciones con su aliada, quiso examinar atentamente su reclamacion, y el 30 de Julio de 1494 encargó Isabel á don Gutierre de Toledo, primo del rey y catedrático de la universidad de Salamanca, le enviase sin tardanza á Segovia los maestros de astronomia y jeografia que juzgara mas capaces, para conferenciar con los pilotos que ella habia convocado.[2] Y el gran cardenal de España escribió el 26 de Agosto siguiente al sábio lapidario de Burgos Jaime Ferrer, hombre de fé sincera, naturalista, viajero y jeógrafo, para que viniese inmediatamente con sus mapas é instrumentos, para una rectificacion de medidas.[3]

Sin embargo de dirijirse á Castilla, Portugal se ajitaba entre los miembros influyentes de la corte pontificia,

1. Ferreras. *Historia jeneral de España*, XI. parte. t. VIII. p 150, en 4.

2. "E los mas suficientes destos que os pareciere nos envieis aquí lo mas presto que ser pudiere."—*Suplemento primero á la coleccion diplomática*, número XVII.

3. "Por ende rogamosvos que vista esta letra nuestra partais y vengais aqui á Barcelona y traed con vos el mapamundi y otros instrumentos, etc"....—*Coleccion diplomática*, continuacion del número LXVIII.

y ponia en juego los últimos esfuerzos de su diplomácia, para obtener de la santa sede, bajo cualquier forma, la invalidacion de las bulas concedidas á España. Pero á las observaciones de los cosmógrafos portugueses y á las instancias y solicitudes del rey Juan II, el papa respondió lisa y llanamente, que de antemano habia prevenido toda disputa, tirando una línea de demarcacion de un polo á otro,[1] y que su fallo era irrevocable. La corte española hizo saber por su parte á la santa sede la reclamacion de Portugal, y el papa le dió la misma respuesta.

Portugal no se dió por vencido, y volvió á importunar á la santa sede, haciendo valer su primacia en los descubrimientos marítimos, sus intenciones piadosas, y varias consideraciones deducidas de la ciencia jeográfica, mas todo fué inútil: el papa permaneció firme, y descansaba con tanta seguridad en el trazado hecho segun los cálculos de Cristóbal Colon, que remitió los embajadores ordinarios y los enviados estraordinarios de las dos coronas á las bulas de los dias 3 y 4 de Mayo de 1493.

Una circunstancia de este debate, olvidada hasta hoy por los historiadores, y que pone de relieve el carácter providencial de la linea de demarcacion papal, debe ocupar aquí un puesto.

Parece que la misma reyna de Castilla, preveyendo la posibilidad del casamiento de la infanta su hija mayor, con el heredero presunto de Juan II, para evitar cualquier motivo de disgusto con su poderoso vecino, al que ademas la unian otros vínculos de parentesco, no estaba lejos de venir en que el santo padre revisara su bula de reparticion, modificándola en un sentido mas ventajoso á Portugal, y creia muy lójico, que á su demanda, la santa sede limitara un privilejio concedido únicamente en favor suyo. Estaba tan segura de esto, que al escribir á Cristóbal Colon el 5 de Setiembre de

I. Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales*, Década 1ª lib. II. cap. V.

1493 le hablaba de una enmienda en la bula como de una cosa obtenida ya.[1] La reyna unia sus instancias á las de Juan II, y las dos partes interesadas, como estuviesen de acuerdo, esperaban ver rectificar el pretendido error de la bula. Pero cuando en su bula de reparticion el santo padre declaró haber hecho su donacion espontáneamente, por su propia liberalidad, sin atender á ninguna de las partes, y obrando en virtud de su poder apostólico, dió testimonio de una verdad no menos grave que imponente, y luego, respetando aquella donacion incomparable, otorgada sin ceder á ningun impulso humano, y en la cual parecia ser el primero en reconocer el carácter de una bendicion divina, permaneció inmutable en su determinacion, y atendió á las solicitudes intentadas y á las modificaciones propuestas por España, del mismo modo que á las tercas reclamaciones y súplicas obsequiosas de Portugal; su decision primera fué tan inmutable como un decreto del cielo; habia sentenciado como jefe de la Iglesia, y su palabra subsistia irrevocable como un hecho consumado y eterno. Todo esto es tan estraño y maravilloso, que tal vez el mas gran santo y el injenio mas fecundo unidos no hubieran podido obrar mejor que Alejandro VI. Ademas, para poner término á las quejas, y probar lo invariable de su resolucion, dió el papa en 26 de Setiembre una bula, en la que, al confirmar su donacion al rey de España, la estendia en lugar de restrinjirla. Esta bula tomó el título de su objeto, y se llamó en lengua diplomática *Bula de estension*. Desde entónces el debate quedó entre las dos coronas.

La pertinacia de Portugal y la condescendencia de España, que no queria enajenarse un aliado, al que nuevos vinculos de sangre iban á unir en adelante, hicieron que de comun acuerdo, despues de haber usado de todas

1. "....Porque si conviniere y os pareciere que aquello es tal negocio cual acá piensan que será, se enmiende la Bulà."—*Coleccion diplomática*, documento número LXXI.

las cortesias diplomáticas, se decidiera en un tratado firmado el 7 de Junio de 1494 en Tordesillas, someterse al deslinde que estableciera una junta de sábios, compuesta de igual número de castellanos y portugueses, que se encargaria de revisar los pretendidos errores de la bula. Mas como si entónces hubiera presajiado el peligro de poner mano en la decision pontificia, Isabel no se determinó sino hasta el 5 de Junio, es decir, dos dias antes de firmar el tratado, á nombrar sus apoderados, mientras que desde el 8 de Marzo el rey de Portugal lo habia hecho con los suyos. La reyna nombró por Castilla al intendente jeneral de la corona don Enrique Enriquez; al comendador de Leon don Gutierre de Cárdenas, y al doctor Maldonado de Talavera, antiguo vicepresidente de la Junta de Salamanca. El rey Juan II, en representacion de Portugal, á don Ruy de Souza, señor de Ságres y de Berenguel; á su hijo don Juan de Souza, y al licenciado Arias de Almanada.[1]

Merece mencionarse el resultado de la condescendencia de Castilla á la solapada ambicion de Portugal, y lo que ocurrió por el cambio operado en la decision de la santa sede.

Cuando sancionaba en su palacio de San Pedro el cálculo hecho por Cristóbal Colon en su celda de la Rábida, y hacia la distribucion de lo desconocido, fijando por línea de demarcacion el trazado indicado por el revelador del nuevo mundo, el soberano pontífice, sin decirlo, daba con pródiga mano á la nacion española la mitad del globo, íntegro, completo!!

Pero no pudiendo creer en tamaña jenerosidad, ni en tan incomparable munificencia; empequeñeciendo en su mente la donacion de la santa sede; prefiriendo achicarla, mejor que descontentar á un vecino cuya alianza deseaba Castilla, se inspiró Isabel con el pensamiento de

1. Capitulacion de la particion del mar Océano, hecha entre los católicos reyes don Fernando y doña Isabel, y don Juan, rey de Portugal.—*Coleccion diplomática*, documento LXXV.

Portugal, y ciega, y desconociendo el carácter apostólico y providencial del privilejio de que era objeto, permitió á sus comisarios enderezar con sus cálculos los supuestos errores de la bula. Los sabios portugueses con un orgullo y los castellanos con una falta de sentido sin ejemplo, sin hacer mas caso del trazado pontificio que si no existiera, sin dignarse nombrarlo, ni aludir á él, convinieron tirar otra línea recta,[1] que fuese del polo ártico al polo antártico, pasando á trescientas setenta leguas al O. de Cabo Verde,[2] esto es, retrocediendo doscientas setenta leguas de la línea del santo padre; y así, en lugar de ir al polo S. sin cortar ninguna tierra, fué á encontrarse con el cabo de San Agustin, y toda la parte del nuevo continente que se adelanta al E. en el Atlántico. De consiguiente, por haber apreciado mal el apostolado de Cristóbal Colon, dudado de la ciencia inspirada de la santa sede, haberse creido mas equitativos que el soberano pontífice hácia los derechos de Portugal, y atrevídose á correjir la bula, perdió España su privilejio esclusivo sobre el nuevo mundo, y el inmenso imperio del Brasil pasó como un nuevo floron á la diadema lusitana.

Los cronistas españoles manifiestan su sorpresa por el colosal legado del pontífice, y deploran con razon la debilidad de la junta que, con el pretesto de perfeccionamiento jeográfico, consintió aquella variacion. La historia de España mas reciente que se ha publicado en Francia[3] reconoce tambien, que por no haberse atenido únicamente al santo padre, perdió Castilla la magnífica posesion del Brasil.

Plenamente satisfechos de su ciencia los comisarios, mirando con desden la demarcacion papal, tomaron sus

1. "Acordaron que la linea divisoria de los mares se estenderia hasta doscientas setenta leguas mas adelante, hácia poniente." Herrera. *Historia jeneral de las Indias occidentales,* Década I. lib. II. cap. X.

2. *Capitulacion de la particion del mar Océano,* coleccion diplomática, docum. n. LXXV.

3. Rosseeuw-Saint-Hilaire. *Histoire d'Espagne,* tom. VI. p. 116.

medidas con una miopia y aridez de matemáticos: sus pretensiosos cálculos no descansaban en ningun dato cosmográfico, mientras por el contrario, la línea señalada por el soberano pontífice, fijaba un sitio de los mas importantes en la superficie del globo, el mas digno de nuestros estudios é investigaciones. Involuntariamente admirado de tan maravillosa prevision, el grande Humboldt ha señalado la insignificancia de las medidas fijadas por la comision de sábios, que pretendia hacer una division mas exacta que la de Alejandro VI. El ilustre protestante dice, hablando de las Indias buscadas entónces para determinar en la tierra y el mar una línea de demarcacion imajinaria: "El estado de la ciencia y la imperfeccion de todos los instrumentos que servian en el mar para medir el tiempo ó el espacio, no permitian en 1493 la solucion práctica de un problema tan complicado. En este estado de cosas el papa Alejandro VI, abrogándose el derecho de partir un hemisferio entre dos naciones poderosas, prestó, sin saberlo, servicios señalados á la astronomia náutica, y á la teoria física del magnetismo terrestre."[1]

Observando tambien el desdeñoso silencio de la comision con respecto á la línea de demarcacion pontificia, dice Humboldt mas lejos: "Las líneas de demarcacion papal merecerian mencionarse exactamente, porque han tenido una grande influencia en los esfuerzos intentados para perfeccionar la astronomia náutica y los métodos de lonjitud."[2]

Los enemigos de la Iglesia, los detractores del pontificado, sin embargo de ponerle en duda el derecho de hacer tan asombrosa donacion, se ven obligados á confesar la sabiduria de su operacion, y lo grande de la recompensa concedida al fervor relijioso de España. El

1. Humboldt. Cosmos. *Ensayo de una descripcion física del mundo*, t. II. p. 340.
2. Humboldt. Cosmos. *Ensayo de una descripcion física del mundo*, t. II. p. 571 y 72.

mismo Montesquieu, apreciando en el fondo la decision pontifical, se ocupa de la célebre línea de demarcacion y dice, hablando como majistrado que, con ella, el papa Alejandro VI," falló un gran proceso."[1] Y despues de haber querido calificar de imprudencia la señal decretada por el soberano pontífice, Irving se ve precisado á rendir homenaje á la línea, tan sábiamente trazada de un polo á otro por su santidad."[2]

De cualquier creencia que seamos, bajo cualquier punto de vista que nos coloquemos, queda de manifiesto para todos en este debate, que la santa sede tuvo mas confianza en Colon que la corte de Castilla; que el revelador del globo fué mejor juzgado por la Iglesia que por el gobierno á quien servia, y que á causa de haber puesto en duda la infalibilidad apostólica, y preferido la prudencia del hombre y su pretendida ciencia á la autoridad soberana que habia invocado en un principio, España redujo por sí misma la inmensidad de su privilejio, y aminoró, contra su voluntad, su asombroso presente.

Si se examinan con imparcialidad los documentos de este conflicto entre las dos potencias católicas, conflicto que supo prevenir la suprema sabiduria del pontificado, no podremos menos de esperimentar un sentimiento de sorpresa y de respeto, al ver de que modo vinieron los acontecimientos á justificar la prevision, la certeza y las bendiciones de la santa sede, que en esto obró como la providencia, que en sus prémios colma siempre la esperanza del hombre. Por haberlo querido hacer mejor que ella, perdió España la mayor parte del rico legado que le hiciera, y para castigar su orgullo no tuvo Dios mas que abandonarla á sí misma. La satisfaccion de sus deseos fué su primer castigo.

1. *Espíritu de las leyes*, t. II. lib. XXI. cap. XVIII. p. 78.
2. *Historia de la vida y viajes de Cristóbal Colon*, lib. V. cap. IX. p. 370. Edicion de 1828.

CAPITULO V.

I.

Lo que llevaba la *Santa Clara* en su castillo de popa con el nombre de almirante era un cuerpo inmóvil, sin conciencia de su ser. El 29 de Setiembre entró la flotilla en el puerto deseado, con gran contento de la colonia que, con cinco meses de ausencia estaba temerosa de alguna catástrofe. Al fin, despues de un sueño de cinco dias con sus noches, una voz, muy conocida del corazon del virey, vino á sacarlo de su letargo, encontrándose al despertar en los brazos de don Diego y don Bartolomé, de quien por espacio de mas de ocho años no habia tenido noticias.

Este inesperado encuentro apresuró su restablecimiento, porque para una naturaleza tan sensible como la de Colon, el regocijo del alma era el remedio mas eficaz. La providencia preparó tan consoladora sorpresa á su servidor, que halló en sus dos hermanos un verdadero apoyo en el momento en que el cansancio, las traiciones y las rencillas, fomentadas á su placer durante su ausencia, le hacian de absoluta necesidad su amor y su lealtad.

Ya dijimos, y no nos cansaremos de repetirlo, que en la vida prodijiosa de Cristóbal Colon todo es ejemplo y enseñanza, y que los incidentes, los hombres, y las cosas que á ellas van unidas, tambien contienen su instruccion; porque la crónica de su vida es el compendio de la historia de la humanidad. Si el cuadro de la fa-

milia del cardador jenoves es un modelo para los menestrales, el recuerdo de la union fraternal de sus hijos durante su vida no es menos grato y dulce al espíritu.

Como desde este momento los dos hermanos del almirante van á representar un gran papel en los sucesos de la colonia, y á participar de su vida política, conviene saber cúales eran ambos auxiliares, que la mano del señor traia al lado de su mensajero.

Bartolomé Colon habia salido de Lisboa el año 1485, para ir de parte de su hermano á proponer al rey de Inglaterra el descubrimiento que rehusó emprender el de Portugal. El buque donde iba dió en manos de piratas, que despues de despojarlo, lo dejaron abandonado en una playa desconocida, necesitando de toda su enerjia para salir de su mísero estado, lograr reponer su equipaje, y llegar al término de su camino, en lo cual invirtió muchos años, confeccionando esferas y cartas para navegantes, antes de verse en disposicion de llegar á las costas de Inglaterra. Allí tuvo que aprender primero la lengua del pais, buscar el modo de crearse medios de subsirtir, adquirir relaciones, y estudiar las costumbres y el ceremonial de la corte;[1] por eso hasta mediados del año de 1493 no obtuvo audiencia de Enrique VII, quien gustó del proyecto. Para hacer mas clara su demostracion pintó Bartolomé un hermoso mapamundi, y fueron tan concluyentes sus razones, que el soberano acojió inmediatamente la idea, y dijo que se encargaba de todos los gastos de la espedicion, haciendo con él un proyecto de tratado. Bartolomé partió en seguida en busca de su hermano, y mientras venia á España, pasando por Paris, la noticia del descubrimiento del nuevo mundo, y la recepcion triunfal de Colon llegaron á Lóndres. El rey de Francia Cárlos VIII acojió afectuosamente al hermano del hombre que habia ensanchado los límites de la tierra, y él mismo le anunció este acom-

1. Fernando Colon. *Historia del almirante,* Cap. X.

tecimiento, y la elevacion de Cristóbal al rango de almirante y virey. Sabedor de que iba á España por sus estados, le hizo aceptar cien escudos de oro para los gastos que pudiesen orijinársele en su reyno.

Apesar de su prisa, cuando Bartolomé llegó á Sevilla, ya el almirante habia salido para su segundo viaje. Entónces sacó á sus sobrinos Diego y Fernando de casa de su cuñada doña Beatriz Enriquez, donde estudiaban, los llevó á Valladolid, y los presentó á los reyes. Isabel encontró entrambos jóvenes muy bien enseñados, felicitó á su tio por el buen porte que ya tenian, y quiso que quedaran en palacio. El aire marcial y caballeresco de don Bartolomé, su facilidad para los idiomas, su conversacion y su esperiencia agradaron mucho á don Fernando, juez escelente de cualidades de guerrero, y cuando se conoció su capacidad como marino, deseó la reyna utilizarlo, tanto por su mérito personal, como por complacer á el almirante. Bartolomé recibió pues cartas de nobleza, y el mando de tres buques, que debian llevar víveres á la colonia, dándose á la vela en seguida que Fonseca diera por concluido su armamento. Pero cuando llegó á la Española, acababa de partir su hermano para su esploracion de Cuba. Al fin, ya estaban reunidos, y su presencia era un socorro inapreciable para Colon, que volvia estenuado de cansancio.

Bartolomé habia comenzado á navegar pocos años despues que su hermano, y como viajó mucho con él, unia á la seguridad de la práctica la buena teoria. Pródiga con su persona la naturaleza, sus facciones tenian grande atractivo, rebosaban franqueza y jovialidad en su estado normal, y armonizaban perfectamente con su estatura elevada. Su aspecto y sus fuerzas de alcides recordaban los héroes de bronce vaciados en moldes antiguos. Dotado de una intrepidez caballeresca, y muy diestro en el manejo de las armas, sabia imponer respeto en torno suyo, penetrado como estaba de su fuerza y su valor. Hubiérase dicho que vino al mundo para

mandar: poseia la seguridad, la espontaneidad de resolucion y el acierto, dotes tan esenciales para ejercer dominio, y si su lealtad no le hubiera hecho eclipsarse en la gloria de su hermano, habria podido hacerse célebre por sí mismo; que en grado tan superior reunia el instinto militar, el injenio del marino y la prevision del administrador.

El accidente que lo arrojó desnudo á un pais, cuya lengua ignoraba, y del que á fuerza de valor, de trabajo, de economias, á costa de su sustento por espacio de muchos años, por amor fraternal llegó á salir, y la manera con que dió cumplimiento á su mensaje, dicen bastante de lo enérjico y firme de su carácter.

Su palabra era pronta, y su estilo vivo y lleno de elegancia: en él la observacion suplia al estudio. Hablaba el latin, el italiano, el portugues, el danes, el ingles y el español: poseia el don de la oportunidad, y el de gobernar y organizar: era buen católico y amante de la relijion; mas su piedad no era tierna y elevada como la de Cristóbal: ignoraba las dulzuras de la vida interior; no reprimia siempre los bruscos arranques de su jenio, ni sus ímpetus con los caballeros de la corte, arteros obstáculos que la vanidad castellana oponia al cumplimiento de las buenas obras de su hermano.

Don Diego, hermano segundo del almiraute, no se parecia á don Bartolomé, sino en el amor grande y absoluto que le profesaba. Nació mientras sus dos hermanos navegaban, y carecia de su robusta complexion. Su niñez enfermiza exijió grandes cuidados, y como las madres quieren á sus hijos á medida de las inquietudes y desazones que les causan, y de los afanes que les cuestan, y ademas Diego era el último fruto de Susana, y el único que permaneció siempre en el hogar paterno, lo retuvo cariñosa á su lado todo el mas tiempo posible. Contaba dieziseis años cumplidos cuando entró de aprendiz en casa de Luchino Cadamartori, cardador de Savona.

En la época en que el almirante volvió de su primer viaje, Diego salió de su casa obedeciéndole, pues lo llamaba. Con aquella docilidad en cumplir los deberes, y aquel instinto de urbanidad, efecto de las escelentes cualidades que parecian caidas como una bendicion sobre la familia del anciano cardador, Diego, al encontrarse en la corte, se halló repentinamente al nivel de su nueva situacion. Su tierna admiracion por su hermano y la observancia de sus ejemplos y recomendaciones le inspiraban lo que debia saber; su amor se ennoblecia con el sentimiento relijioso, y veneraba en él el injenio y la piedad. Diego no ambicionaba ni fama, ni honores, ni riquezas, ni su pronta elevacion lo enorgullecia; porque su corazon pertenecia á Dios: vivia en el mundo sin amarlo, por pura obediencia, porque tal era la voluntad de su hermano, su jefe y superior, al que consideraba como á un segundo padre: no aspiraba sino á servir á Dios, y ocupaba siempre los diversos cargos que le señalaba el almirante, como puestos que era voluntad de la providencia desempeñase.

Su gusto lo inclinaba á la soledad y al estudio de las letras, que le brindaban de tarde en tarde con sus encantos, y cuando un momento de reposo le permitia hojear los libros de sus hermanos. A los afanes de la alta administracion hubiera preferido la paz y la oscuridad; pero lleno de resignacion, se complacia en servir á su hermano, porque su hermano era su gloria y su ambicion. Para sí no deseaba mas que la vida retirada, ignorada de los hombres, y conocida tan solo de Dios. Parece que jamas ningun amor terrenal tuvo entrada en su pecho. Encerrado en su habitacion, imitaba los hábitos regulares del almirante, recitando los oficios todos los dias, y elevando su alma al creador. Aquella abnegacion y aquella existencia voluntariamente apartada del primer término, multiplicando sin esfuerzo los sacrificios, garantizaban al almirante de una vijilancia á toda prueba, mientras que las vigorosas cualidades de Bartolomé

llevaban á sus órdenes la esperiencia, la prevision, la fuerza, en una palabra, los medios de emprender y de ejecutar.

II.

Ademas de las noticias que trajo de España don Bartolomé, el almirante recibió otras mas recientes por Antonio de Torres, que llegó con cuatro carabelas cargadas de provisiones, medicinas, ropas y mercancias que habia pedido, y conduciendo para el servicio del hospital un médico y un farmacéutico, y ademas algunos trabajadores, como mineros, jardineros &c. Tambien traian las carabelas ganado de semilla, y diferentes objetos, destinados unos á los enfermos, y otros á la casa del almirante.

Injeniosa y delicada en las atenciones que prodigaba al revelador del globo, la reyna, recordando cuanto gustaba Colon de la buena ropa, de los perfumes, de las cosas sencillas, pero escojidas, como asimismo su frugalidad, quiso formarle un suplemento de mueblaje y provisiones que fuera de su agrado. Estas interioridades, tan prosáicas en otras circunstancias, tienen en las presentes un dulce y grato interes, porque la amistad de la reyna, y la prevision afectuosa de su solicitud por el bienestar del grande hombre, realzan mucho cada uno de tan vulgares detalles. Jamas se han mencionado estos arreglos de familia entre lás dos mas nobles existencias de la humanidad. Hélos aquí.

Para su cuarto:

Una cama de seis colchones, forrados de lienzo de bretaña, tres pares de sábanas de holanda, cuatro almo-

hadas de lo mismo, una colcha calada, y un almohadon con franjas para los pies, una colgadura que, en memoria de su aficion á los paisajes, representaba en sus dibujos árboles de Europa, con dos mamparas de la misma tela y dibujo, y una alfombrita de brillantes colores para los pies de la cama. Dos cofres con sus fundas, y cuatro coberteras de lujo con sus armas. Diez manos de papel para su correspondencia, y cierta cantidad de perfumes, á los cuales se añadieron veinticinco libras de agua rosada, y otras tantas de azahar.

Para su mesa:

Cuatro pares de manteles finos, seis docenas de servilletas, seis lavamanos, dos cazuelas de plata, cuatro candelabros de bronce dorado, dos vasos, un salero, doce cucharas de plata, doce cirios dorados, y treinta libras de velas de cera.[1]

Para su gasto:

Un saco de arroz y una libra de azafran, especia obligada de la sopa de arroz, y del arroz cocido con manteca y carne de los jenoveses. Un quintal de dátiles, dos de pasas, uno de azúcar blanca, otro de miel, cincuenta libras de frutas en dulce, sin pepita, doce cajas de diversas conservas, veinte libras de toronjas confitadas, doce cajas de dulce de membrillo, doce tarros de azucar rosado, dos botijas de aceitunas, doce fanegas de almendras, ocho arrobas de aceite de oliva, y setenta y cinco libras de manteca de puerco. Sabiendo el mucho consumo de huevos frescos que hacia, y para que nunca le faltaran, le envió cien gallinas y seis gallos. Y finalmente, para sostener su único lujo, el aseo, setenta y cinco libras de jabon.

Como Isabel no se olvidaba nunca de nadie, ni ignoraba el paternal cuidado del almirante con sus sirvientes, le remitió con ese objeto doce colchones, doce pares de sábanas, doce colchas, ochenta camisas, ciento

1. *Coleccion diplomática.* Documento número LXXVII.

veinte pares de zapatos, y cien anas de paño de Vitré, con seis libras de hilo fino, y tres onzas de seda negra, para coser y componer los vestidos.[1]

Pero lo que mas efecto hizo en el corazon del almirante fué el contento que habian esperimentado los reyes, y que se manifestaba en la deferencia con que lo trataban en sus cartas, en las cuales reconocia la dulzura del estilo propio de Isabel. Le hablaron los soberanos en los siguientes términos, en una correspondencia laudatoria y casi respetuosa: "Si hubiéramos estado presentes habriamos tomado vuestro consejo."[2] Le daban cuenta de los arreglos con Portugal, para el comercio de la costa de Africa, y del acuerdo firmado en 7 de Junio con la misma potencia, relativo á la línea de demarcacion del Océano; confirmaban todos sus nombramientos de diversos cargos y oficios; aprobaban y accedian á sus demandas, y acompañaban sus afectuosas palabras de una cédula real, mandando á los que residian en las Indias, obedecerle como virey y como gobernador.

Las órdenes trasmitidas al arcediano don Juan de Fonseca, ordenador jeneral de la marina, para la prosecucion de los envios de todas clases á la colonia, y el proyecto de establecer una correspondencia regular con la Española, despachando cada mes una carabela, prueban lo bastante el deseo de los reyes de fundar en ella la dominacion castellana. Y cómo una de las cosas que mas preocupaban á Isabel para el porvenir de la colonia, era la propagacion de la fé católica y la salud del alma de los indíjenas, principal propósito del descubrimiento, escribió al P. Boil, para reanimar su celo y hacerlo persistir en la empresa de la conversion de los indios, esforzándose por evanjelizar al indolente misionero,[3] y ase-

1. *Coleccion diplomática.* Documento número LXXVII.

2. *Real provision, 16 de Agosto de 1494.* Documentos diplomáticos, nº LXXX.

3. "Animaban los reyes al P. Boil á perseverar en la isla y en el santo propósito no obstante haber él escrito que era inútil su permanencia." Muñoz. *Historia del nuevo mundo,* lib. V. § 24.

gurándole, que con voluntad y perseverancia venceria las dificultades del idioma.

Una carta de la reyna, fechada en 16 de Agosto de 1494, estaba escrita exprofeso para consolar á el almirante y refrijerar su espíritu con su dulce simpatia.

Esta carta, la primera que ha llegado del antiguo al nuevo mundo, es de una importancia íntima para la historia de Cristóbal Colon, porque recuerda el fin verdadero de su descubrimiento con una franqueza y sencillez anjelicales. Con ningun pretesto nos seria dado sospechar, como lo ha hecho la escuela protestante, de cierto interes político en la manifestacion de estos sentimientos relijiosos, porque hacia un año que Castilla, gracias á las bulas pontificias de los dias 3 y 4 de Mayo de 1493, estaba en posesion lejítima de las tierras descubiertas, y de las que podria descubrir al O. en el Océano. De consiguiente, cualesquiera demostraciones de celo católico eran supérfluas é innecesarias. Ademas, la citada correspondencia administrativa no estaba destinada á ser vista por otros ojos que los de Colon, y así, al hablar la soberana al mensajero de la cruz, se la escapaban del corazon los secretos.

Díjole primero Isabel: "Gran contento hemos tenido al leer las cosas que nos habeis escrito, y damos muchas gracias á nuestro señor por todo ello, porque esperamos que, con su ayuda, este negocio vuestro, será causa de que nuestra santa fé católica sea mucho mas acrecentada."[1]

La gloria de Jesu-Cristo, el acrecentamiento de su Iglesia, tal es la primer palabra de esta comunicacion, en la que, ante todos los pormenores de interes político ó comercial, se trata de la propagacion del catolicismo.

Despues de haber hecho constar el verdadero propósito de Colon, sin saberlo, la reyna justificó igualmente,

1. *Carta fechada en Segovia el 16 de Agosto de 1494 visada por Fernando Alvarez.*

que este propósito era de la propiedad esclusiva y personal del héroe. Isabel, que habia seguido con sus ojos el desarrollo de la idea de Colon, y pesado las razones objetadas por sus contradictores, sin preveerlo, refutó de antemano á los futuros detractores de su gloria, pues su precioso testimonio estableció desde el 16 de Agosto de 1494, que la idea, el objeto y el proyecto del descubrimiento, fueron el fruto de una inspiracion espontánea, madurado por el estudio, y no la ejecucion de planes de otro; el repugnante plájio que pretendieron mas tarde sus enemigos.

Decia la reyna. "Y una de las principales causas porque nos ha placido tanto, es por ser inventada, principiada é habida por vuestra mano, trabajo é industria. Y nos parece que todo lo que desde las primeras conferencias nos anunciásteis debia suceder, se ha efectuado en mayor escala, con una exactitud tan grande como si lo hubiéseis visto antes de decírnoslo."[1]

Hablábale del placer que esperimentaba con la lectura de sus cartas, de lo obligada que le quedaba por sus grandes servicios, de su deseo de recompensárselos dignamente, y al mismo tiempo que le daba las gracias por sus detalles, se los pedia mas ámplios acerca de aquellas rejiones anexionadas á la corona. Su gran curiosidad de conocer los misterios de la naturaleza, estimulada por su amor ardiente á las obras de Dios, la impulsaba á inquirir el número, la estension, las distancias respectivas de las islas, sus nombres primitivos, sus productos y su clima; porque se discutia mucho á su alrededor, sobre todo de su temperamento, llegando algunos á pretender, que reinaban en ellas dos inviernos y dos veranos al año. Anhelaba poder trasladarse de repente, como por encanto, bajo el hermoso cielo de las Indias, contemplar las magnificencias equinocciales, y estasiarse hasta la saciedad en medio de las espléndidas

1. *Documentos diplomáticos,* núm. LXXIX.

decoraciones de su poderosa naturaleza. No pudiendo hacerlo así, queria al menos, que la enviasen plantas y animales, en particular las clases de pájaros que fuera posible traer, y decia con infantil donáire: "Deseariamos verlos todos." Fácil es comprender el gozo que esperimentaria el contemplador de las obras de Dios, con la comunidad de simpatias y de admiracion relijiosa que advertia en su reyna. Su ardiente y poderosa imajinacion se representaba á Isabel en su afiligranada y esmaltada recámara de la Alhambra, con sus dos mas íntimas amigas, doña Beatriz de Bobadilla, compañera de su juventud, y doña Juana de la Torre, elejida para amamantar en su seno al infante, noble triada, amante de la virtud, y que ilustraba el injenio de Isabel, ocupada en examinar con prolijo y femenil afan las últimas muestras llegadas del nuevo mundo, y gozaba de su placer y participaba, al traves del Atlántico, de sus santas y poéticas emociones.

III.

Pero estos consuelos no eran bastantes á remediar el mal que habia nacido durante su ausencia.

El comandante don Pedro Margarit, que poseia en las instrucciones de Colon para la colonizacion española cuantos elementos posibles de fuerza, de vida y de prosperidad son apetecibles, habia frustrado la esperanza del almirante, hecho traicion al honor, é insurreccionádose contra el consejo de gobierno. En lugar de proceder á la esploracion de la isla, acampó á dos leguas de Isabela, alojando á su jente en las aldeas de los indios, donde

vivia sin órden, dispensada de la diana, la retreta, el ejercicio, libre, en suma, de consigna, mientras él se daba á correr en pos de fáciles placeres. Los lamentos que arrancaban las contínuas vejaciones cometidas con los naturales por su desenfrenada soldadesca, llegaron á oidos de don Diego, quien, de acuerdo con el consejo, le escribió conminándolo á dar cumplimiento á las disposiciones del almirante. Mas este, en vez de obedecer la advertencia, respondió de una manera insolente y se entregó á mas y mejor á sus estravios, y aparentando despreciar á don Diego, venia á Isabela cuando mejor le parecia sin tener mas respeto al consejo que si su espada fuera la única autoridad de la isla. Y sus soldados creian honrar mucho á los indios tomándoles sus mujeres, sus provisiones y su oro, y apurando en pocos dias víveres, que á ellos les hubieran bastado para la tercera parte del año.

Pero despues de haber arruinado á los habitantes de Vega Real, hecho maldecir el nombre español en la mas rica posesion de la isla, don Pedro Margarit, espantado de su propia obra, quiso escaparse del pais antes de la vuelta del almirante, en uno de los bajeles que trajo don Bartolomé. Como no era empresa para uno solo, reclutó descontentos, y consolidó su partido atrayéndose al vicario apostólico. Cierta semejanza y conformidad de situaciones acercaba al P. Boil al comandante Margarit. El uno habia traslimitado y hollado todos sus deberes como militar y como jefe de un cuerpo, y el otro olvidado todas sus obligaciones de sacerdote y de jefe de una mision. Ambos murmuradores, descontentos de cuanto los rodeaba porque lo estaban de sí mismos, engrosaron su faccion con aquellos hidalgos que no podian perdonar á Colon el haberlos sometido á trabajar, y que disfamaban á los tres hermanos, llamándolos advenedizos y estranjeros, que por lo mismo que eran de baja estraccion se complacian en humillar á los verdaderos nobles.

El P. Boil aparentaba dejar á la colonia en prueba de su amor por ella; que era preciso ir sin tardanza á desengañar á SS. AA.[1] de la persuasion en que estaban de que aquella tierra contenia oro, aromas y especerias, siendo así que no enjendraba sino fiebres y enfermedades desconocidas en Castilla. Maquinaron de esta suerte su partida, se apoderaron de varios bajeles anclados en la rada, y huyeron como cobardes desertores, juntamente con muchos relijiosos, á quienes el aliciente de la novedad habia escitado á seguir á las Indias al P. Boil, y que no pudiendo acomodarse á un jénero de vida á que no estaban destinados, prefirieron acompañarlo en su vergonzosa fuga.

La primera mision en el nuevo mundo fué infructífera porque quien la dirijia ni estaba llamado para ello por el cielo, ni habia consultado á Dios, puesto que vino á la tierra de los salvajes de órden del rey como para ocupar un puesto diplomático. Este suceso, al principio del descubrimiento, prueba hasta la evidencia que no son profetas sino los elejidos del señor; que el ministerio del Evanjelio no se ha repartido á todos indistintamente; que el apostolado no se confiere con reales decretos, y que es preciso tener una vocacion especial para desempeñarlo. Mientras que el P. Boil no habia esperimentado sino fastido, hastio y mal estar por su cometido, cometido de paz y de consuelo que él tornó en embajada de desazones, un pobre frayle francisco y otro de san Jerónimo que vinieron impulsados por una verdadera vocacion, apenas transcurrido un año desde su desembarco, ya sabian la lengua mas jeneralmente hablada en la Española, y disfrutaban del placer de predicar la gloria de Jesu-Cristo y los dogmas de la Iglesia por

1. "Tuvo este relijioso la imprudencia de publicar que queria ir á desengañar á los reyes católicos de la ilusion que les habia creado el almirante con sus pretendidas minas de oro." Charlevoix. *Historia de santo Domingo,*—lib. II. paj. 128. en 4º

las aldeas, dirijiendo su palabra á los jefes de las tribus, á los mismos caciques.

Dirémos mas, la gracia evanjélica no habia sido otorgada por Dios al P. Boil. El espíritu de fuerza y de verdad que consagra el apostolado, no pudo descender sobre el catalan diplomático, porque, en realidad, no fué él á quien designó el jefe de la Iglesia como su vicario apostólico en las Indias. Lo atrevido de nuestro aserto tal vez sorprenda y parezca temerario, pero no obstante, lo sostenemos, pues debemos esclarecer en pró de la verdad, de la dignidad de la Iglesia y de la justicia histórica, este singular acontecimiento, tenido hasta hoy en la oscuridad mas profunda por los cronistas, incluso los mismos españoles. Lo haremos en breves palabras para no digresar mucho del curso de la narracion.

Documentos é historias prueban unánimemente que el P. Bernardo Boil, catalan, frayle benedictino, fué á las Indias con el carácter de vicario apostólico. Este es un hecho patente, auténtico, del que no puede dudarse, y al que nosotros damos nuestro mas entero asentimiento. Sin embargo, no fué este relijioso el nombrado por la santa sede, porque con una lijereza censurable y de un modo casi fraudulento, el P. Boil, ignorando sin duda la causa, se vió titulado para un destino para el cual no habia nacido.

El rey Fernando, por medio de su embajador, hizo proponer á la santa sede en calidad de vicario apostólico de las Indias al P. Bernardo Boil,[1] benedictino, personaje muy conocido por sus ministros y familiar de la corte de Aragon. Pero sabiendo la inclinacion de Cristóbal Colon á la Orden Seráfica, y la participacion de los franciscanos en el descubrimiento, el jefe de la Iglesia reservaba esta honra á la humildad de un discípulo de

1. Para mayor exactitud debemos decir que su nombre se escribia á la sazon *Buil*; pero como la mayor parte de los historiadores reales lo han escrito *Boil*, hemos adoptado y seguido su ortografia. Los reyes católicos le escribian de esta manera: *Devoto fray Buil.*

san Francisco, y nombró espontáneamente por breve fecha 7 de Julio de 1493 como vicario apostólico en las Indias á "F. Bernardo Boyl, provincial de franciscanos en España;"[1] que para la primera mision en el nuevo mundo hacia falta, sobre todo, de palabra ardiente en la predicacion y de caridad activa, y no solo de puntualidad en el coro, de trabajos eruditos, y de buena redaccion diplomática.

Cuando llegó á Castilla la ampliacion de la bula el rey creyó que en Roma, á causa de la semejanza de los nombres, se habian equivocado en la designacion de la persona, que el papa habia designado á Fr. Boyl, queriendo nombrar á Fr. Boil, y que esta era tal vez una mera inadvertencia ó error de pluma de la cancilleria al estender la credencial, tanto mas, cuanto que el nombre del titular no iba puesto sino al márjen, es decir, en la direccion de la bula y no en el cuerpo de ella. Las circunstancias apremiaban, y no se creyó deber retardar la partida de la espedicion por tan poca cosa, ni aplazar el envio de los misioneros antes de aclarar esta mala intelijencia, y de consiguiente, como si se tratara de una cosa trivial, el Boil, benedictino, presentado por el rey, su protector personal, á el sumo pontífice, recibió la noticia de la llegada de la bula.[2] Y para evitar escrúpulos, el orijinal de la ampliacion donde se leia el verdadero nombre, no se le remitió con el especioso motivo de no querer esponerlo á los accidentes del camino,[3] y quedó en la real secretaria. Debemos añadir

1. He aqui la direccion testual de la bula: Dilecto filio Bernardo Boyl fratri ordinis minorum, vicario dicti ordinis in Hispaniarum regnis.—*Copia legalizada, tomada en el rejistro autógrafo de las cartas apostólicas en el año primero del pontificado de Alejandro VI, paj.* 122. Sacada de los archivos secretos del Vaticano, y certificada el 7 de Febrero de 1851 por el prefecto de la Vaticana.

2. *Cartas del* 25 *de Julio y* 4 *de Agosto de* 1493. Coleccion diplomática, números. LII, LX.

3. "El traslado della autorizado vos enviamos, como vereis: la original queda acá por algun peligro que podria haber en el camino."—Rejistrado en el archivo de Indias en Sevilla.—*Coleccion diplomática.* nº LII.

que desde hace mucho tiempo, una mano prudente ha sabido hacer desaparecer de los archivos de España tan importante documento, y que por esta causa no ha podido formar parte de la coleccion diplomática publicada por órden de su corona. No se le halló entre los legajos del Archivo de Simancas donde aun se vé el borrador de su despacho de remision; pero el orijinal de la bula se conserva en Roma, en los archivos secretos del Vaticano, en los cuales existe en minuta y de la que por primera vez el 7 de Febrero de 1851 se sacó una copia. [1]

Fr. Bernardo Boyl, provincial de franciscanos, nombrado vicario apostólico, no tuvo conocimiento alguno de su nombramiento.

Y Fr. Bernardo Boil, elejido por el rey, ocupó el lugar de Fr. Bernardo Boyl, designado por el sumo pontífice.

A los ojos de Fernando no habia en la sustitucion que se atrevia á permitirse mas que una rectificacion de sobrescrito, no viendo mas de trocado que una letra en el nombre, y un título en su portador: un Boil por un Boyl, un benedictino por un franciscano. Salvo esta diferencia de ortografia y de hábito, quedaba siempre un relijioso, un hombre de costumbres irreprochables, y en el fondo, no encontraba ningun inconveniente para enviar á las Indias un benedictino bien relacionado en la corte, en lugar de un franciscano que, probablemente, seria poco conocido. Pero en vano son las estratajemas contra el espíritu de la Iglesia. Hasta hoy la sutileza de los hombres no ha podido vencer la fuerza que desciende de lo alto. La bula del santo padre

1. He aquí el testo del refrendo del archivero pontificio:—"Descriptum et recognitum ex autographo regesto litterarum apostolicarum Alexandri P. P. VI, anno I, pag. 122. Quod adversatur in tabulariis secretioribus Vaticanis. In quorum fidem hic me subscripsi et solito signo signavi."

"Dabam ex tabulariis præfatis VII idus februarii anno 1851."

MARINUS MARINI

TABULARIOR S. R. E. PRÆFECTUS.

no llegó á su destino y ya hemos visto el resultado.

Si hubiera permanecido penetrado del espíritu de su regla, entregado á la oracion y al estudio, este benedictino hubiera podido edificar á su comunidad al par que servir á España con su habilidad diplomática; pero investido tan solo por órden del rey de una mision espiritual, usurpando, aunque inocentemente, poderes que habia destinado á la órden de san Francisco el soberano pontífice, ni recibió el auxilio invisible que los hubiera fecundado, ni poseyó su eficacia ni su poder. Antes al contrario, con sus mal adquiridas atribuciones, saliéndose de su vocacion y de su carácter, colocándose fuera del lugar que la Iglesia queria que ocupara, desfalleció y cayó en un abismo. Miéntras que su título de vicario apostólico le obligaba á dar ejemplos de valor, de abnegacion, de tierna caridad y de constancia en los momentos de prueba, se mostró apático y cobarde, misionero sin virtud, sacerdote sin dignidad, ciudadano sin obediencia, deshonra de su órden, haciéndose eco de la maledicencia y consejero de conspiradores, hasta que al fin unió con ignominioso lazo la desercion civil á la desercion relijiosa.

El cómplice del P. Boil don Pedro Margarit, al abandonar su puesto, como ni aun se tomó la pena de delegar sus poderes en uno de sus oficiales, dejó á sus soldados en plena libertad de hacer cuanto se les viniera á las mientes, y así, se desbandaron en grupos por diversos lados, haciendo mas insoportables los atropellos y vejaciones con que tenian casi apurada la paciencia de los inocentes indios. Hasta entónces los indíjenas se habian sometido á la fuerza; pero cuando, con motivo del esparcimiento de los españoles, quedaron debilitados, pensaron volver á las sangrientas escenas del fuerte de la Navidad. Salvo Guacanagari que siempre fiel y leal á Colon sufria y hacia sufrir á sus vasallos el ruinoso mantenimiento de cien soldados, impúdicamente domiciliados en sus dominios por la sola razon de que en ellos

se encontraban á su gusto, se indignaron los caciques de verse oprimidos de tan ruda manera, y exasperados por la tirania de que eran víctimas, resolvieron los habitantes de la Vega suplir con el número la inferioridad de las armas y caer sobre los castellanos.

Los reyes de Jaragua, de Higuey y de la Vega se aliaron con el señor de la Casa de Oro para esterminar, en todos los puntos de la isla, á un tiempo, á los soberbios depredadores. Guacanagari, sospechoso á causa de sus huéspedes, quedó fuera de la secreta coalicion y tratado como enemigo. Caonabo, auxiliado por su cuñado, lo atacó bruscamente y logró arrebatarle una de sus mujeres y matarle la favorita, la hermosa doña Catalina que para unírsele se arrojó de la *Marigalante* al ajitado mar. En diversos parajes de la isla fueron degollados españoles, y el cacique Guantiguana hizo matar á diez que moraban en las orillas del gran rio, reduciendo luego á pavesas la cabaña que les servia de hospital,y en la que se hallaban á la sazon cuarenta enfermos con fiebre ó convalecientes.

El bravio señor de la Casa de Oro, el cacique Caonabo, destructor del fortin, resolvió aniquilar á los estranjeros; hizo alianza con los Ciguayenos, tribu belicosa del N.O. que, espuesta á las incursiones de los caribes, habia contraido hábitos guerreros, y de repente se presentó al pié del castillo de Santo Tomas, mandado por Ojeda que no tenia á sus órdenes sino cincuenta hombres, mas ó menos resentidos del clima.

Ojeda, cuyos brios eran proverbiales en la colonia, era hombre intelijente, mantenia la mas estricta disciplina, rondaba de noche, vijilaba á sus centinelas, y defendido por el foso profundo que formaba el Yaque, permanecia en la fortaleza observado por el enemigo; pero sin temer el asalto. Caonabo reconoció la imposibilidad de burlar su vijilancia y quiso rendir por hambre la guarnicion ocupando al efecto los bosques inmediatos, apoderándose de todas sus entradas y salidas lo mismo que

de cuantas veredas conducian al fuerte, y emboscando numerosas cohortes en los sitios que suponia debian servir para abastecerlo. Ojeda al ver esto, disminuyó las raciones y esperó con paciencia estóica los efectos del desaliento en un ejército, al que debia molestar en sumo grado el no tener mas abrigo que la bóveda del cielo en noches un tanto desapacibles. Para no dejarle gozar de las dulzuras de un dilatado reposo hacia de improvisto salidas que causaban grandes estragos, y en las cuales, los mas intrépidos de los insulares, eran precisamente los que primero arrollaban los jinetes, pues solo ellos se atrevian á mirar de frente á los caballos de Ojeda.

Así se sostuvo el señor de la Casa de Oro por espacio de treinta dias hasta que al fin, notando que el cansancio y las enfermedades diezmaban sus filas, verificó sin ruido su retirada con la intencion de tomar en Isabela la revancha de las orillas del Yaque. Deslizándose como un reptil entre la maleza, y ocultándose en lo profundo de los bosques, llegó calladamente á las inmediaciones de la ciudad dando durante la noche una vuelta á su recinto para buscarle el punto vulnerable. Con el objeto de hacer con mas comodidad sus observaciones, llevó su audacia hasta el estremo de penetrar en ella de dia vendiéndose por amigo de los españoles, y así pudo reconocer que carecia de guarnicion, que los soldados diseminados en varios puntos no podrian socorrerla, y notar al mismo tiempo que contaba con mas enfermos que hombres de buena salud.

Tales eran las consecuencias de la mala conducta de Pedro Margarit y de las difamaciones del P. Boil, y tales las circunstancias en que llegaba Colon á la isla cuando, estenuado y falto de fuerzas, necesitaba dar á su cuerpo y á su espíritu el mas absoluto reposo.

Nuevas alarmantes llegaban á cada hora en ocasion que el rey Guacanagari vino á Isabela, queriendo á todo trance ver al almirante. Hallólo en el lecho y se mani-

festó profundamente conmovido de su dolencia. Volvió á hablarle de los trájicos acontecimientos del fortin, tornó á protestar con lágrimas en los ojos que no habia podido impedir tamaña desgracia, le recordó que era su amigo y que por eso los demas caciques lo trataban como adversario, le participó el complot formado para el esterminio de los españoles, le pidió su asistencia contra sus vecinos, y, sintiendo renacer con su presencia su primer afecto, le ofreció secundar sus esfuerzos por cuantos medios estuvieran á su alcance.

CAPITULO VI.

I.

No podia el almirante dejar impunes los asesinatos cometidos por Guatiguana y su fechoria contra los cuarenta enfermos, tanto menos, cuanto que la hostilidad de los indíjenas se presentaba de una manera permanente y que en aquella misma hora el capitan don Luis de Arteaga se hallaba estrechamente bloqueado en el fuerte de la Magdalena. Colon preveyendo que una mayor mansedumbre ocasionaria mas efusion de sangre, dió órden de atacar de improvisto al cacique Guatiguana, y simultáneamente desembarazar la fortaleza. En efecto, las tropas del cacique quedaron derrotadas y dispersas; pero no pudieron hacerse con su persona: los prisioneros se embarcaron en los bajeles que don Antonio de Torres debia conducir á España.

Al mismo tiempo procuró el almirante romper la liga de los grandes caciques, apartando de la coalicion á Guarionej que reinaba en la magnífica tierra de la Vega. Lo hizo llamar, le aseguró que el castigo impuesto á Guatiguana era una medida personal, y que los entuertos perpetrados por los españoles durante su ausencia quedarian igualmente castigados. En esta entrevista adquirió Colon tal ascendiente sobre Guarionej, que lo decidió á dar su hermana en casamiento al lucayo Die-

go, el intérprete bautizado que con tanta fidelidad[1] lo servia, y á dejarle construir en medio de sus dominios un fortin que dedicó á la vírjen, con el nombre de Concepcion; así aseguraba sus comunicaciones con la rejion de las minas de oro, y podia reprimir al mismo tiempo cualquier levantamiento. Desde entónces, la liga, debilitada, se reducia á Caonabo, á su cuñado Behechio y al soberano de Higuey; y aun estos dos últimos no se atreverian nunca á emprender nada sin el apoyo del señor de la Casa de Oro.

Paralizando los movimientos de Caonabo la pacificacion de la isla estaba asegurada. Pero como no era empresa fácil acorralarlo en sus montañas, en las que lo escabroso del terreno proporcionaba una defensa natural, y por otra parte no se podia permanecer espuesto á sus golpes de mano, pensó el almirante que debia combatir al guerrero caribe con armas iguales á las que él empleaba, es decir, con el engaño y las estratajemas de los indios, y comunicó su proyecto al capitan Alonso de Ojeda, encargándolo de la ejecucion. Se trataba de ir á buscar á Caonabo á sus posesiones, distantes mas de setenta leguas, de aprisionarlo en medio de su pueblo, y traerlo á la Isabela. Para esto no podia enviarse mucha jente, por temor de escitar la desconfianza, y así, Ojeda escojió nueve jinetes, cuyo ánimo y fuerte brazo estaban probados. Con ellos se dirijió por el camino do Maguana, llevando al señor de la Casa de Oro un rico presente de parte del almirante, que aquel, no desconfiando de sus intenciones en razon á su corto séquito, recibió con placer.

Anteriormente, en ocasion que Caonabo rondaba los muros de la Isabela meditando la destruccion de la recien nacida colonia, un ruido desconocido, sonoro, vi-

I. "Quo interprete in Cubæ discursu usus fuerat sororem dare in uxorem."—Petri Martyris Anglerii. *O ceaneæ decadis primæ*, liber quartus, fol. 10. § C. Este es el casamiento de que habla Spotorno, confundiendo, por una estraña aberracion al intérprete indio, natural de san Salvador, bautizado en Barcelona, con su padrino el jenoves don Diego Colon, hermano del almirante.

brante y hueco, habia penetrado en sus oidos á puestas del sol y en las amanecidas. Era la campana que tocaba el ánjelus. Vió tambien que en seguida los españoles se dirijian á la iglesia; y creido de que aquella voz misteriosa les obligaba á obedecer, hubiera dado cuanto poseia en el mundo por tenerla en sus montañas como lo manifestó. Conocedor Ojeda de esta circunstancia, invitó al cacique para venir á Isabela á trabar amistad con el guamiquina ó caudillo de los españoles, y le hizo saber que, si queria, el guamiquina le regalaria el túrey de Vizcaya; que así llamaban los insulares á la campana, como tambien al cielo y á todo lo que tuviera relacion con él.

No pudo resistir el señor de la Casa de Oro á la tentacion y dispuso su viaje; pero llevando consigo la flor de sus guerreros. Y como Ojeda le manifestara que no se hacian visitas á la cabeza de un ejército, él le replicó con altivez que fuera indigno del señor de la Casa de Oro viajar con menos aparato. El capitan español finjió ceder bajo el peso de esta razon, y se puso en marcha. Apenas llegados al rio Yaque, sacó Ojeda de su mochila unas esposas de acero bruñido, cuyo brillo escitó la codicia del cacique, que preguntó su uso. Ojeda le dijo que eran brazaletes de ceremonia que venian del túrey de Vizcaya, y que los soberanos de Castilla se ponian en las ocasiones solemnes, en los bailes, por ejemplo; y le propuso se adornara con ellos, despues de bañado en el rio, y se mostrara luego á los ojos de su ejército, montado en un caballo, como un rey del *túrey*. Gozoso en estremo puso al cacique la sola idea de hacerse ver de su pueblo de aquella manera; y no pudiendo sospechar que en medio de sus vasallos corriese peligro por parte de diez hombres solamente, hizo alejar un tanto las tropas, se bañó, y al fin, engalanándose con las abrillantadas esposas se dejó montar á caballo, á la grupa de Ojeda. El capitan, entónces, obligó á hacer corbetas á su caballo alargando cada vez mas la línea de sus evo-

luciones que forzaba naturalmente á retroceder á los indios, y no bien estuvo en los límites del bosque, salió al galope, alcanzándolo los suyos á rienda suelta. En esto los españoles, desenvainando las espadas, amenazaron á Caonabo con la muerte si hacia un movimiento ó daba un grito, lo ataron con cuerdas fuertemente á Ojeda y en seguida rompieron á escape por el camino de Isabela.

La distancia que habia que recorrer era todavia de cincuenta leguas y tenian que dar grandes rodeos para evitar muchas aldeas y que velar sin interrupcion ni descanso todos los movimientos del prisionero. Necesitaron pasar á nado rios y arroyos, atravesar pantanos y trepar por montañas sin camino abierto, rendidos de insomnio, de cansancio y de hambre. Los caballos estaban estenuados. Al fin alcanzaron la Isabela, sin que Ojeda hubiese abandonado á Caonabo, é hicieron alto en la puerta de la casa de gobierno, habitacion del almirante, en cuyas manos lo entregó. Encantado Colon del buen éxito de este golpe de mano, dispuso se tratara con mucha consideracion al cacique, señalándole por cárcel su propia casa, teniendo cuidado sin embargo de añadir cadenas á las fascinadoras esposas, sin cuya precaucion el cacique se habria escapado.

Lejos de parecer agoviado por el accidente el señor de la Casa de Oro amenazaba y con tono altanero procuraba exasperar el orgullo castellano, jactándose de haber asesinado á los españoles, destruido el fortin de la Navidad, y preparado la misma suerte á los habitantes de la Isabela. Cuando el almirante entraba en su prision finjia no verle y no hacia el menor movimiento; pero, si por el contrario, se presentaba Ojeda se levantaba en seguida, saludándolo con respeto; que su audacia estaba tan conforme con las estratajemas de guerra de los caribes, apoyadas siempre en el engaño y el disimulo, que el señor de la Casa de Oro esperimentaba involuntaria admiracion por su vencedor, hallaba el aten-

tado heróico, y cuando se le decia que era prisionero del almirante y no de Ojeda, y que de consiguiente al almirante y no á Ojeda debia manifestar respeto, contestaba que Ojeda lo habia cojido y que el almirante no se hubiera atrevido á apoderarse de él en medio de su pueblo.

La prision del señor de la Casa de Oro, el gran Caonabo, habia herido de estupor á los habitantes de la isla que, en el primer momento, quedaron atónitos por do quiera.

El cacique tenia tres hermanos, uno sobre todos, Manicatex, tuerto; pero hombre á propósito para la guerra, reunió un cuerpo de cinco mil flecheros, y envió emisarios á varios caciques para hacer una leva jeneral contra los españoles, mientras Caonabo, buscando el modo de vengarse por medio de una estratajema, se quejó al almirante de que, aprovechándose de su arresto, los caciques vecinos de sus estados maltrataban á sus vasallos, y le suplicó tuviese á bien acorrerlos enviando algunos soldados á varios puntos de su territorio, con la esperanza de que su hermano Manicatex los sorprenderia, los haria prisioneros para obtener un canje y libertarlo, ó que al menos los pasaria á cuchillo, lo que facilitaria la esterminacion del resto de los estranjeros. Pero Colon tuvo cuidado de mandar, en vez de hombres aislados, un fuerte destacamento, bajo las órdenes de Ojeda, lo cual dió en tierra con los planes del cacique.

Sabia el almirante que, á escepcion de Guacanagari, iban todos los habitantes de la isla á levantarse, y resolvió no permanecer mas tiempo en la inaccion.

El 24 de Marzo, á pesar de no hallarse completamente restablecido, se puso en campaña con un efectivo de doscientos infantes y veinte caballos, seguidos de algunos lebreles. El inofensivo Guacanagari á la cabeza de sus guerreros lo acompañaba tambien, cumpliendo su promesa. Formó el almirante en dos cuerpos su pequeño ejército con el objeto de dividir la multitud de enemi-

gos que percibió apenas entrado en Vega Real y que se elevaba, dicen, á mas de cien mil hombres. Manicatex por su parte habia separado diestramente sus tropas en cinco cuerpos, que debian ocupar las cinco salidas de la llanura, apoyarse y reunirse cuando el pequeño número de españoles marchando contra ellos hubiera pasado por el espacio dejado libre, y entónces, estendiéndose, acorralar y sofocar con ellos el puñado de hombres, que las descubiertas habian calificado despreciativamente de puñado de granos de maiz.

La maniobra del almirante hizo inútil la táctica del guerrero Manicatex, pues por su órden su hermano don Bartolomé las embistió resueltamente con cien peones, mientras que los otros cien arremetian con ímpetu sobre la izquierda y que el esforzado Ojeda se precipitaba con sus veinte caballos al grueso del ejército. El choque de los jinetes rompió todas las líneas, y el fuego de los arcabuces, y las terribles heridas de las espadas españolas hicieron jeneral la derrota que los perros se encargaron de completar con sus furiosos ladridos y dentelladas. Los indios aterrados se arrojaban de rodillas, pidiendo gracia, y uno de los hermanos de Caonabo quedó prisionero, y fué á participar de la suerte del señor de la Casa de Oro, juntamente con gran número de otros indios.

Esta batalla aseguró por algun tiempo la tranquilidad jeneral, inspirando tal idea del poder de los estranjeros, que poco despues, cuando un español solo y sin armas pasaba por lugares apartados, los indíjenas casi se prosternaban á sus plantas en señal de reverencia y servidumbre.

II.

Prosiguió su marcha victoriosa el almirante por muchas partes de la isla, manteniendo la disciplina militar entre sus soldados, y administrando justicia á los indíjenas á quienes su presencia protejia ya contra los insultos. En seguida, para tomar garantias contra una nueva confederacion de caciques, resolvió construir tres fortalezas en las mas importantes posiciones de la Vega: levantó sus planos y las puso por nombres Catalina, Esperanza y Concepcion; esta principalmente habia de ser formidable. Salvo Behechio, cuñado del señor de la Casa de Oro, que permanecia tranquilo en su mas apartado retiro, los grandes caciques se habian sometido y se ofrecian casi de su grado á pagar un tributo á Castilla, tributo que esperaban se reduciria á una insignificante contribucion en productos vejetales, ó en servicios para los trabajos de construccion emprendidos por los españoles.

Pero el tesoro español queria indemnizarse de los gastos que le ocasionaran las dos espediciones, y el almirante necesitaba probar que el P. Boil, Fermin Zedo el conocedor de metales, Pedro Margarit y la turba de desertores, mentian contra los hechos de la naturaleza, contra la evidencia. Y como enviar oro á España era el único y mejor medio de animar á los reyes á proseguir el descubrimiento de las rejiones desconocidas, y de acumular así lo necesario para la redencion de los santos lugares, decretó la contribucion siguiente.

Cada habitante de los distritos de Cibao y de la Vega, de mas de catorce años de edad, deberia pagar, cada tres meses, al administrador de la real hacienda, una cantidad de oro en polvo ó grano que pudiera caber en un cascabel de alcon.

Solo el tuerto Manicatex estaba ademas obligado á pagar, cada tres meses, media calabaza llena de oro, lo que equivalia á unos ciento cincuenta escudos.

En las provincias que no poseian minas auríferas, el tributo consistia en cien libras de algodon al año, por individuo. Guarionex, rey de la Vega, ofreció pagar el impuesto en cereales en vez de oro, pretestando que sus vasallos no sabian cojerlo en los rios de sus estados; pero Colon desestimó la propuesta y mantuvo el tributo en oro.

Algunos historiadores han tildado de rigorosa, de imprudente y de avara la medida de Colon. Las Casas, como ardiente defensor de los indios, no podia dejar de levantarse y clamar contra el primer impuesto que hayan tenido que soportar, y llama la atencion sobre las ventajas de la oferta de Guarionex que iba á cultivar una llanura fértil de cincuenta y cinco leguas de estension y que con una cosecha hubiera podido proveer á Castilla para diez años. Pero no era trigo lo que necesitaba Castilla, el rey Fernando pedia oro y no cereales, y el pretesto dado por Guarionex no era admisible, ni aun en nuestros tiempos hubiera satisfecho á ningun jefe de administracion.

El almirante se veia obligado á pedir oro. El historiógrafo real Herrera comprendió perfectamente las dificultades y embarazos de su situacion. "Como Colon, dice, era estranjero, estaba solo y poco protejido por los ministros de los reyes católicos, sabia perfectamente que lo que debia conservar de preferencia eran las riquezas, y así hacia mas caso del oro que de ninguna otra cosa. Por lo demas, se portaba como verdadero y buen cristiano y temeroso de Dios, de suerte que rebajó los

tributos," &c.[1] En efecto, los redujo á la mitad y los indios no tuvieron que llevar en adelante mas que el contenido de medio cascabel.

A pesar de esto, una negra tristeza se iba estendiendo en la mayor parte de la Española.

Los servicios demandados á sus vasallos por los caciques no eran sino de corta duracion y se limitaban á algunos insignificantes derechos de caza y pesca, á un poco de casave y algodon, y al servicio de las armas en tiempo de guerra. El alimento casi esclusivamente vejetal de los pueblos no les daba el mas mínimo vigor, no se ocupaban de ningun trabajo penoso, y la mayor parte del tiempo lo pasaban sesteando y en juegos y bailes, ya que la previsora naturaleza proveia á sus principales necesidades. Los del litoral se abismaban en una contemplacion visionaria y estéril á orillas del mar, mientras que los de los valles y montañas del interior, mataban el tiempo á la sombra de los árboles, refiriendo consejas, cantando ó bailando.[2] Tenian poetas transeuntes y galanteadores que referian aventuras de los caribes, é historias de brujas. Estos trovadores forasteros, famosos decidores de noticias, reemplazaban con sus piés su falta de arpas ó bandolinas, y traducian en los diversos idiomas de la isla las poesias de la célebre Anacaona,[3] cuyo nombre significaba flor de oro.

La reyna Anacaona, la bella entre las bellas, la dul-

1. Herrera *Historia jeneral de las Indias,* Década I. lib. II. cap. XVII.

2. Los estrechos límites que nos hemos trazado nos impiden describir aquí las costumbres primitivas y el carácter orijinal de estos pueblos. Aquellos de nuestros lectores que deseen conocer los hábitos indolentes y poéticos de la isla Española, la antigua Haiti, hallarán el fiel retrato de la civilizacion de los indíjenas, los *igneris,* en la interesantísima obra de Mr. Fernando Denis, titulada: *Ismael ben Kaizar,* novela histórica en que la invencion no es mas que un adorno añadido á la realidad, á la finura de la observacion y á la exactitud de la pintura. *Ismael ben Kaizar, ó el descubrimiento del nuevo mundo.* 1829.

3. "Quæ in componendis areytis, id est rythmis, vates habebatur inter egregios."—Petri Martyris Anglerii, *Oceaneæ Decadis primæ,* liber nonus, fol. 63.

ce, la inspirada, la injeniosa creadora de los grandes bailes y de los deliciosos poemas conocidos bajo el título de Areytos, seducida, fascinada por el denuedo del aventurero Caonabo, quien, segun Colon, era persona de no escaso entendimiento[1], le habia dado su mano en premio de su valor. Un prestijio de irresistible encanto y de dominio intelectual rodeaba la fama de la hermosa Anacaona. Su misterioso nombre llegaba á los españoles, atravesando por las frondosas florestas de Jaragua en que la reyna idolatrada se retirara junto á Behechio su hermano, despues que le arrebataron su esforzado esposo, el señor de la Casa de Oro. El baile absorbia, por decirlo así, una parte de la vida de los insulares y habia sufrido grandes modificaciones, diferentes segun los distritos, y tenia un carácter nacional y nombres muy espresivos. Anacaona acababa de aumentar su importancia por medio del papel literario y escénico que le destinaba.

Si el trabajo era penoso para estas constituciones endebles y frájiles que participaban de la existencia fugaz de las flores y de las aves, la regularidad de las faenas no se hacia menos repugnante á aquellos pueblos, enemigos de todo cuanto fuera obligacion, y entre los cuales, la pereza, ni era vicio ni defecto, sino formaba un modo de vivir. Preguntaban los indíjenas inocentemente á los españoles cuando pensaban volver al turey; pero viendo levantarse sus construcciones de piedra y observando que despachaban sus bajeles sin embarcarse, comprendieron que los estranjeros se habian establecido en su pais y que se verian obligados á servirlos, se creyeron esclavos y cayeron en la mas profunda melancolia.

Convencidos de su impotencia para espulsarlos con las armas en la mano, imajinaron deshacerse de ellos por hambre. Como los españoles eran grandes comedores y desde hacia mucho tiempo no habian recibido pro-

1. Fernando Colon. *Historia del almirante,* cap. LXI.

visiones, y tenian un número considerable de enfermos, creyeron los indíjenas destruirlos abandonándolos á ellos mismos. Al efecto cesaron de cultivar la tierra, arrancaron hasta los árboles frutales, y se retiraron á las montañas, esperando encontrar en ellas, en las raices, las frutas salvajes, las utias, los pájaros y los peces de los arroyos, un alimento suficiente á su habitual frugalidad.

Este complot de abstinencia y alejamiento se llevó á cabo sin obstáculo; pero á costa de los que lo habian concebido, que, refujiados en las sofocantes prominencias de las montañas, cuyo aire, mas frio y húmedo aumentaba sus necesidades, y sin que pudieran establecerse en parte alguna, pasaban las noches espuestos á la intemperie: las raices, las frutas silvestres que encontraban por do quiera, no bastaban para mantener á pueblos que huian sin cesar, temerosos de los españoles; y las privaciones, el cansancio, la insalubridad de los bosques en que la escesiva vejetacion vícia la atmósfera á causa de la gran cantidad de carbónico que exhala, enjendraban enfermedades de carácter endémico que diezmaban á los emigrantes, mientras los españoles encontraron recursos en la pesca á orillas del mar, en las embocaduras de los rios, y en las provisiones que les llegaron repentinamente de Castilla.

CAPITULO VII.

I.

En esto habian llegado á Castilla los nobles prófugos, cuya justificacion no era posible sino presentando bajo el aspecto mas horrible y con los colores mas negros los actos administrativos del almirante. Pedro Margarit y el P. Boil encontraron un eco estrepitoso de sus exajeraciones y calumnias en las oficinas de marina. El arcediano Fonseca y el veedor Juan de Soria apoyaron sus quejas. Los hidalgos fujitivos no hablaban sino con amargura de la Española, la tierra de los desastres y desengaños, y se presentaban como escapados de una muerte inevitable en aquella isla, cuyas verdes y frondosas florestas exhalaban miasmas fatales para los europeos, en la que el hambre amenazaba á los que no hacia víctimas la fiebre, y en donde el peor de todos los males y desazones era la bárbara tirania del almirante, y en particular, de sus hermanos.

Tomaron los desertores la actitud de víctimas salvadas del despotismo de Colon que venian á refujiarse bajo el poder paternal de los reyes, y á pedirles amparo contra las arbitrariedades del gobernador de las Indias. Mostraban cartas dictadas por la malevolencia, en las cuales, infelices demasiado enfermos para embarcarse, pintaban su deplorable situacion. Ademas añadian que el metal aurífero no se hallaba allí sino en lentejuelas

en algunos arroyos, y eso en tan mínima cantidad que ni aun merecia recojerse; que segun los impostores el oro no existia en la Española mas que en la fantasia del jenoves. No satisfechos aun con atacarlo como jefe del gobierno, buscaban el modo de manchar su probidad acusándolo de cierta connivencia para procurarse oro en detrimento de los derechos de la corona. Su animosidad habia estendido antes de salir de la isla tan falsa especie sin que los cronistas é historiadores la hayan desmentido despues, á pesar de tener un documento oficial en que apoyarse y que es la carta dirijida á los soberanos por el recaudador de real hacienda, Sebastian de Olano, en que refuta la calumnia diciendo que lejos de haberle autorizado el almirante á dar mercancias á trueque de oro en ausencia del delegado de veedores jenerales, se lo prohibió espresamente.[1]

En medio de tantas y tan torpes recriminaciones, quién tomaba la defensa del virey? ¿quién recordaba las terribles circunstancias en que se vió? Colon era estranjero y estaba ausente, sus enemigos lo atacaban á mansalva, y sus unánimes ahullidos debian obtener crédito al fin, pues la especialidad de Fermin Zedo en mineralojia daba gran peso á sus asertos de que la Española no entrañaba minas preciosas.

El testimonio de Margarit no era menos contundente, si se atiende á que el mismo Colon no solo habia puesto de relieve sus servicios sino pedido á SS. AA. una recompensa para él, recompensa que acababan de otorgarle en una pension de treinta mil maravedis.[2]

El carácter del vicario apostólico servia como de sancion á todas las acusaciones, sin que tuviera necesidad

1. *Carta de Sebastian Olano fecha* 14 *de Febrero de* 1495. Orijinal en el archivo del duque de Veragua. Documentos diplomáticos, num. LXXXI.

2. Esta pension empezó en 15 de Agosto de 1494. Véase la anotacion marjinal de los reyes á la memoria del almirante don Cristóbal Colon, confiada por este el 30 de Enero de 1494 á don Antonio de Torres. *En la colec. de Navarrete, t. I. Segundo viaje de Cristóbal Colon.*

de tomarse la pena de reproducirlas. Su presencia en Castilla cuando se le creia en el puesto evanjélico á que tuvo la honra de ser llamado por el rey Fernando, demostraba suficientemente lo grave de los sucesos acaecidos en la Española. El P. Boil llegaba para desengañar á los reyes de las ilusiones que se complacia el almirante en forjarles, pues ademas de la dificultad de habitar en una tierra que no podia proveer al mantenimiento de los europeos, en la cual ni existia oro, ni piedras preciosas, cuyo clima enjendraba enfermedades desconocidas, cuya administracion deplorable, opresora de los españoles, estaba reducida á la nada, la colonia se veia sin jefe. Cuatro meses iban transcurridos sin recibir nuevas del almirante, partido con cuatro carabelas para practicar un reconocimiento en la vecina Cuba, y tan prolongado silencio solo podia esplicarse con un naufrajio en medio de una mar tempestuosa ó en costas desconocidas. El vicario venia, pues, á esponer á SS. AA. la verdadera situacion de las cosas y á llamar su paternal solicitud sobre los desgraciados que languidecian entre los horrores del hambre y de la desesperacion.

A pesar de la fé que, como por instinto, tenia Isabel en su almirante, el número y la unanimidad de las acusaciones que llegaban á los pies del trono, no pudieron menos de debilitar algun tanto su confianza y así, no obstante prescindir del amor propio lastimado y de las exajeraciones de los esponentes, aquel concierto de lamentos le manifestaba sin duda alguna falta en los actos administrativos. Queriendo pues acudir sin tardanza al socorro de los enfermos, y no abandonar los primeros brotes de la naciente colonia,[1] prescribió el dia 7 de Abril al ordenador jeneral de la marina que despachara á la mayor brevedad cuatro carabelas para la Española.

1. *Cédula del 7 de Abril de* 1495. Coleccion diplomática nº LXXXV.

Dos dias despues se firmó con Juanoto Berardi[1] un contrato para el flete de doce buques completamente armados y abastecidos con destino á la Española, y al mismo tiempo se escribió al ordenador jeneral de marina para que el comendador don Diego Carrillo partiera y atendiera á la administracion de la isla durante la ausencia de Colon, cuyo largo silencio hacia temer que hubiese perecido en su viaje de esploracion.[2]

A consecuencia de la animadversion que se produjo en la corte se acojieron, en detrimento de sus derechos y privilejios, las proposiciones de algunos pilotos que habian navegado con él en su primer viaje y que ofrecian emprender descubrimientos para la corona sin ninguna indemnizacion, y de su cuenta y riesgo.[3] Fonseca apoyaba estas proposiciones.

Así las cosas, llegaron las carabelas mandadas por Torres, y don Diego Colon desembarcó con muestras de oro y de objetos desconocidos, costándole poco trabajo confirmar á la reyna en sus naturales disposiciones con respecto al almirante. Sin embargo, tales habian sido las quejas lanzadas contra el virey de las Indias que Isabel quiso, obrando con prudencia, averiguar la causa de aquella malquerencia, y en vez de un juez instructor tuvo la atencion de escojer, para hacerle una relacion de los hechos acriminados, á un individuo de su servidumbre, don Juan Aguado, mayordomo de la capilla real, que antes estuvo en la Española y debia favores á Colon puesto que lo recomendó á la reyna á su vuelta á Castilla. En razon á estas circunstancias imajinó Isabel que su eleccion seria menos desagradable que cualquiera otra al virey de las Indias, y en su consecuencia escribió el 12 de Abril al ordenador de la ma-

1. Aquel de quien Américo Vespucio era primer dependiente.

2. "Porque temiendo que algo ha Dios dispuesto del Almirante de las Indias en el camino que fué..."—*Cédula á Don Juan de Fonseca, 9 de Abril de* 1495.—Documentos diplomáticos. nº LXXXV.

3. *Real provision de* 10 *de Abril* 1495. Rejistrada en el sello de Corte en Simancas.

rina para prevenirle el nombramiento de Aguado que tomaria el mando de las cuatro carabelas destinadas á la Española. Como en los buques conducidos por Torres habia un gran número de prisioneros indios rebeldes, cojidos con las armas en la mano, don Juan de Fonseca recibió órden de hacerlos vender en Andalucia, donde se sacaria mejor partido que en otras provincias de Castilla, y al mismo tiempo se le prescribió pusiera en camino para la corte á Bernal Diaz de Pisa, autor de las primeras turbulencias en la Española.

Sin embargo de la remision del mandato que disponia la venta de los prisioneros, conforme á la costumbre á la sazon establecida con respecto á los infieles y á los idólatras, se despertó un escrúpulo en la conciencia de Isabel. Como la empresa de los descubrimientos tenia por objeto principal la conversion de los pueblos que ignoraban la venida de Jesucristo, se preguntó la reyna si no debia tratar á aquellos pueblos como á futuros hijos de la Iglesia, y si no era contrario al Evanjelio esclavizarlos? De consiguiente el ordenador de la marina, á quien la proteccion del rey Fernando acababa de elevar al obispado de Badajoz; pero que sin cuidarse mucho de sus ovejas se dedicaba esclusivamente á la burocracia, recibió la órden de sobreseer en la venta de los indios hasta que los canonistas hubieran resuelto la cuestion: mientras no daban la respuesta que se hacia esperar á causa de la division de los pareceres, Isabel mandó devolver los prisioneros á la Española, donde todos quedarian en libertad, salvo nueve que el almirante destinaba á servir de intérpretes, y que debian permanecer algun tiempo en Castilla para aprender la lengua del pais.

Las pruebas de vijilancia y de incorruptibilidad que diera en otra época á costa del almirante el veedor de la marina Juan de Soria, se reiteraron contra su hermano don Diego por Fonseca. Don Diego traia una corta cantidad de mineral de oro como muestra, ya para su

cuñada doña Beatriz y sus parientes los Aranas de Córdoba, ya para pagar pequeñas deudas de su hermano, ó para remitirlo á alguno de su familia de Jénova. Fonseca no dejó pasar esta ocasion de hacer alarde de su celo por los intereses de los reyes, y mandó embargar el puñado de polvo aurífero de don Diego. Tan rijida exactitud desagradó á Isabel que sabia con su maravillosa penetracion sondar los corazones. Conociendo la hostilidad bajo la apariencia del celo escribió de su puño el 5 de Mayo al ordenador jeneral, no solo para que no pidiera al hermano del virey cierta cantidad de oro que traia consigo de las Indias, sino para que no le causara estorsiones, ni opusiera dificultades en su permanencia;[1] y el mismo dia le dirijió una segunda carta para que complaciera en todo al referido don Diego y ademas para que escribiese á el almirante en términos afables que disiparan el recuerdo de toda mala intelijencia.

Esta deferencia de la reyna hácia el virey de las Indias solo sirvió para fomentar el ódio[2] que le profesaba Fonseca. Y no debió haber seguido con mucha exactitud las recomendaciones de su soberana, porque veinticinco dias despues creyó necesitar reiterarle la espresion de su voluntad. Desde aquel momento el aborrecimiento de don Juan de Fonseca contra los Colones y todo lo que tuviera relacion con ellos fué acreciendo, ya de una manera sorda y disimulada, ya con imprudencia ó altaneria; y tocó todos los resortes capaces de torturar al almirante, de oponerse á su gloria y de obligarle á gastar, luchando contra los obstáculos que le oponia, años que hubieran bastado para descubrir el resto del mundo.

1. Coleccion diplomática, números XCIII, XCIV.

2. "Agrióse sin duda mas y mas el obispo por las órdenes que se le dieron á causa del oro detenido á don Diego Colon, y en la ocasion presente significó un odio mortal contra el almirante..."—Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, lib. VI. § 20.

Durante largo tiempo en España, el título episcopal que tan indignamente llevaba don Juan de Fonseca, lo preservó de los severos fallos de la historia, pues los historiógrafos reales, temerosos de la censura, sin embargo de verse obligados á poner de relieve su aversion y hasta su ódio mortal contra los Colones, no se atrevieron á descorrer el velo de su conducta, ni menos á pronunciar su sentencia. Pero nosotros no detendremos nuestra pluma ante la dignidad eclesiástica, cuyo sublime carácter profanó tan miserablemente. Ante todo conviene dejar establecido, para honra del episcopado, qué clase de obispo era el ordenador jeneral de la marina. Tenia el título de obispo; pero sin ser pastor de almas: se llamaba Obispo; pero no cumplia con sus deberes, ni se cuidaba de su rebaño, ni lo guiaba, ni menos lo conocia, porque no viendo en el episcopado sino una categoria con pingües rentas, cambiaba, cuando la ocasion le era propicia, su mitra por otra mas rica. Así trocó el obispado de Badajoz por el de Córdoba, el de Córdoba por el de Palencia que abandonó así que pudo para trasladarse al de Burgos, y de este al arzobispado de Rosano, y de la dignidad arzobispal aspiró presto á mas alto rango. Ejemplo de favor fué este casi único en el reinado de Isabel, tan escrupulosa siempre en sus presentaciones á la santa sede y debido solo á su consorte.

Naturalmente, por instinto, Isabel *la católica* no pudo haber tenido la menor predileccion por don Juan de Fonseca, y el cuerpo de los obispos españoles es tanto menos partícipe de la conducta de este miembro aislado, cuanto que no existió en él sino en el nombre; jamas tuvo la autoridad de las obras, ni la de los ejemplos, ni nunca sus palabras ni sus mandatos edificaron á nadie. Fonseca no subió á la cátedra evanjélica, sino que permaneció siempre enclavado en su puesto de ordenador jeneral de la marina. Y salvo sus tomas de posesion, durante las cuales recibia los homenajes de sus

diocesanos, de los que se alejaba al dia siguiente, no se le vió ejercer ninguna funcion pastoral, y ni el episcopado español lo reclama para colocarlo entre sus glorias, ni la Iglesia lo revindica. Podemos, pues, con entera libertad, decir lo que sentimos y lo que pensamos de Fonseca, el instigador de todas las injusticias, de todas las iniquidades que tuvo que sufrir hasta la hora de su muerte el hombre que, por inspiracion del cielo, reveló la mitad de la creacion.

Favorito del rey Fernando, supo don Juan de Fonseca injerirle su mala voluntad. El rey, como es sabido, no quiso contribuir en nada al descubrimiento, y despues de verificado este no se llevaba otra mira que la esperanza de encontrar las minas de oro de las Indias con el objeto de estraer luego del tesoro de Castilla las sumas necesarias á sus proyectos de conquista en Europa. Fernando que no toleraba la superioridad no perdonó nunca á la gloria.

El obispo Fonseca y sus cortesanos, porque su favor le habia rodeado de una corte, detestaban á Colon, y muchas grandes familias ardian en celos por la repentina elevacion del estranjero. El ordenador jeneral supo esplotar con maña tales disposiciones. Protejido por su mitra se complacia en desobedecer las disposiciones de la reyna siempre que podian favorecer á Colon, estaba en pugna con Juanoto Berardi, el rico naviero de Sevilla, por la sola razon de que Berardi, comerciante intelijente y probo, se mostraba amigo de Colon, y porque, ademas, sus muchas relaciones, su crédito en todas las plazas marítimas, sus medios para abastecer los buques, obligaban á la corte á valerse de su mediacion en todos los negocios de Indias. Fonseca le hacia esperimentar todo jénero de disgustos creándole dificultades y demoras, y hasta negándose á pagarle sus facturas á los precios convenidos; hasta rehusó entregarle aquellos nueve indios que por su aptitud escojió Colon para ser intérpretes y confió á su cuidado conociendo

su eficacia. Una carta de los reyes á Juanoto,[1] fecha 2 de Junio, contiene la prueba de tan mal proceder, al mismo tiempo que revela cierto desagrado por lo acaecido con los asuntos del almirante. Otro documento del mismo dia manifiesta que Fonseca buscaba, contra lo tratado, el modo de enviar á las Indias carabelas abastecidas por otros armadores, en detrimento de los intereses de Juanoto Berardi.

II.

Grácias á las ruindades del obispo las carabelas no pudieron darse á la vela hasta fines de Agosto, y salieron á la mar bajo las órdenes de Juan Aguado, mayordomo de la capilla real.

Llevaba consigo á don Diego Colon que volvia al lado de su hermano, algunos relijiosos que iban á reemplazar á los desertores del apostolado que acompañaron al P. Boil, y á otros á quienes su falta de vocacion hacia suspirar por España, al injeniero de minas Pablo Belvis, metalúrjico muy conocido, acompañado de varios maestros mineros y fundidores, provistos de todos los injénios de su arte, así como tambien de cierta cantidad de mercurio "para estraer el oro esparcido en la arena, por medio de la amalgamacion,"[2] pues se habia pensado facilitar la esplotacion de las venas y de las arenas auríferas. Muchas reales órdenes dan fé del afan de los reyes por la

1. *Coleccion diplomática.* Documento n. XCIX.
2. Humbolt. ***Exámen crítico de la historia de la jeografía del nuevo continente*** **t. III. § 2. p. 333.**

salud de sus vasallos de la Española y muestran implícitamente que las acusaciones fulminadas contra el almirante habian producido efecto. Mas de un mes despues de conocer la justificacion traida por don Diego, escribieron al almirante para que concediera permiso para volver á España á los que tuvieran necesidad de ello para sus asuntos; y se le ordenó distribuyera las raciones á los españoles cada cinco dias sin suprimírselas nunca en castigo, por cualquier delito que fuese, salvo el que mereciera pena de muerte.[1]

Aguado habia recibido por el testo de su credencial, concebida en términos vagos y breves, poderes discrecionales, pero que limitaban, sin duda alguna, la instruccion verbal que acompañó á su remision. La reyna lo elijió creyendo dulcificar con su persona lo que tendria de desagradable su oficio á los ojos del almirante, En efecto, Aguado, cuya intelijencia y actividad elojió Colon, era de un talento sutíl y estaba muy al corriente de sus intereses. Durante sus indispensables relaciones con el ordenador jeneral de la marina reconoció la influencia de Fonseca con el monarca, las disposiciones de este hácia el almirante, y comprendió de qué lado debia inclinarse para medrar. Desde entónces quedó como si hubiera recibido instrucciones opuestas á las de la reyna, y puede afirmarse, que al desembarcar, en vez de averiguar los hechos pusiera en práctica un sistema diametralmente contrario á sus antecedentes y á sus buenas relaciones con el almirante, y demasiado repugnante para que hubiera sido inspirado por otro que Fonseca.

Dirijida por pilotos que habia formado Colon, la flotilla llegó con felicidad durante el mes de Octubre al

1. *Carta escrita en Arévalo el* 1. *de Junio de* 1495...—"E otrosi que no consintais que á ninguno se quiten ni dejen de dar los dichos mantenimientos, habiéndolos, por delito alguno que cometan, ni por otra causa, salvo si los tales delitos fueren tales porque merecen pena de muerte, que es igual el quitar de los matenimientos,"—Rejistrada en el archivo de Indias en Sevilla. Documentos diplomáticos, n. XCVII.

puerto de la Isabela, en los momentos en que el almirante combatia en los estados de Caonabo á los hermanos del cacique que se habian revolucionado. Don Juan, como si hubiera sido el virey, se atribuyó todas las jurisdicciones de la colonia, intimó á los jefes de servicio para que vinieran á rendirle cuenta, amonestó á otros destempladamente, y quiso poner en prision á algunos[1] sin hacer mas caso de don Bartolomé, nombrado por el almirante gobernador de la ciudad, que si no existiera; y se presentaba como encargado de conocer en la conducta del almirante para hacer pronta justicia.

Quiso ver don Bartolomé sus credenciales; pero Aguado rechazó con altaneria tamaña pretension diciendo que no las mostraria mas que al mismo almirante. Al dia siguiente las hizo leer en público al son de timbales y trompetas. Despues de haber salpicado con el cieno de su vanidad á los servidores del almirante, fulminado contra él amenazas,[2] y buscado el medio de herirlo á la vez en todas sus afecciones, dijo que don Cristóbal prolongaba su ausencia por temor, no atreviéndose á comparecer ante su juez, pero que sabria obligarlo á ello; y queriendo que á las palabras siguieran los hechos, se disponia á salirle al encuentro con un piquete de á caballo, cuando Colon, informado de la llegada del comisario réjio, le mandó decir que se dirijia á la Isabela.

Era el momento crítico. Aguado triunfaba porque conocia la vivacidad del almirante, y de antemano estaba seguro de que tantas insolencias, poniendo el colmo á la medida de la paciencia humana le harian imposible no arrebatarse; en este caso no habia mas que redactar un proceso verbal para probar que habia faltado en su persona al respeto debido á la majestad. Pero cuanto mayor era la injuria, cuanto mas iba rompiendo las barreras

1. Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales.* Década 1ª lib. II. cap. XVIII.
2. "Se propasó á palabras descomedidas hasta amenazarle con el castigo de la Corte."—Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, lib. V. § 35.

del decoro y la decencia, el servidor de Dios esperimentaba un secreto placer mas grande en sacrificar su voluntad, y se resignaba á la injusticia con una satisfaccion, con una conformidad increible para sus enemigos; que él como cristiano no podia desconocer el principio de autoridad.

Así es que, cuando se adelantó Aguado para mostrarle sus ya publicadas credenciales lo acojió con grande aparato, recibiéndolo en traje de ceremonia al son de instrumentos músicos, tomó el despacho, hizo repetir su lectura, y despues de oirla, dijo al comisario réjio de la mejor manera, que estaba pronto y dispuesto á cuanto de órden de los soberanos se prescribiera. Al pronto calma semejante desconcertó á don Juan Aguado, á quien como esta deferencia desviaba de su objeto no se le ocurrió para lograrlo mas que usar palabras altaneras para ver de provocar, al menos por la inconveniencia de su comportamiento, la cólera del almirante. Mas para gran dolor suyo Colon sufrió su insolencia con modestia sublime.[1]

Aturdido entónces Aguado de su propia obra, y comprendiendo cúan inútiles serian sus torcidos manejos, no tuvo mas recurso que el de proceder á informar contra su antiguo protector. Acumuló los testimonios de la hez de los colonos, los perezosos, los cobardes y los soldados descontentos que rehusaban trabajar en las obras públicas; y sabedores los indios de la llegada de "un almirante jóven que debia matar al viejo," como ellos decian, acudieron á elevar sus quejas contra Colon, su esclusivo defensor, al que hacian responsable de los escesos cometidos por los españoles. Y varios caciques se reunieron en la tienda de Manicatex con el fin de acordar la manera de hacer otro tanto. En Diciembre la sumaria abierta por Aguado abultaba lo que un voluminoso espediente,

1. Herrera. *Historia de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales.* Década 1ª lib. II. cap. XVIII.

y pareciéndole ya esto sobrado para perder sin remedio al virey trataba de su vuelta y tenia dadas las órdenes al efecto, cuando á principios del mes de Enero una de esas tempestades desconocidas en Europa, en cuyas lenguas carecia de nombre; pero que los insulares llamaban *hurracan*[1] estalló en la isla sorprendiéndolo en los preparativos de marcha, que con la mayor rapidez se proseguian. Era uno de esos sacudimientos horribles de la naturaleza cuyo carácter destructor trae á la memoria las erupciones precedidas de temblores de tierra. Hubo en la atmósfera un combate de Titanes. La mas violenta de las trombas atravesó la costa N.O. de la Española, arrancando de raiz y arrollando como yerbas secas árboles jigantescos, y haciendo garear los bajeles surtos en el puerto, echándolos á pique y sumerjiéndolos destrozados en los abismos. No bien hubo cesado aquel espantoso fenómeno de los aires, una repentina hinchazon se produjo en el mar que, rujiendo, se levantó hácia las pardas nubes, y de repente franqueando la barrera opuesta á su furor por la mano del eterno, avanzó asolándolo, destruyéndolo, anegándolo todo y tornando los feraces campos en inmensas lagunas. Los españoles creian que aquello era el fin del mundo y los indios el castigo de los crímenes de sus tiranos. Ningun hombre recordaba una crisis tan horrorosa.[2]

Pasado el azote acudieron al puerto, pero ay! de las tres carabelas de Aguado y las otras tres solo una se veia...... la mas pequeña, la mas vieja, la mas frájil de todas: la *Niña*! la que habia socorrido al almirante en su naufrajio de la Navidad, la que lo condujo á Palos, la que luego, bajo el nombre de *Santa Clara*, lo llevó á

1. De esta palabra viene la de huracan.
2. "Neque enim viventis ullius ætate aut memoriâ majorum extabat similem unquam turbinem qui et grandiores arbores evelleret ad eam insulam ruisse."—Petri Martyris Anglerii. *Oceaneæ decadis primæ*, liber quartus, fol. 12.

la esploracion del mar de Cuba, al descubrimiento de Jamaica, del archipiélago de los Jardines de la Reyna, de donde volvia en estremo averiada, y que, amenazando zozobrar, parecia condenada á quedar para siempre destruida.

CAPITULO VIII.

I.

Dispuso en seguida el almirante que se procediera á carenar la *Santa Clara* y á construir otra carabela que se llamaria *Santa Cruz*; que él comprendia la urjencia de llegar á Castilla al mismo tiempo que su nuevo acusador. Durante las obras del nuevo bajel, para el cual se aprovechaban los destrozos de las carabelas destruidas por el huracan y que las olas iban arrojando á la playa, recibió, para consolarlo de aquel siniestro, una nueva que habia de ser mas provechosa á su defensa que el relato de su administracion, dirijida por una prudencia superior y cuya única falta fué su escesiva bondad.

Meses antes del horroroso temporal el jóven Miguel Diaz, natural de Aragon, puesto á las órdenes de don Bartolomé, hombre de tanto corazon y buena presencia como de carácter violento, tuvo una reyerta con uno de sus compatriotas á presencia de varios españoles, y habiéndose batido con él á cuchilladas á la usanza de los catalanes, dejó á su adversario anegado en un charco de sangre. Sabiendo la inflexibilidad de don Bartolomé no se atrevió, aunque criado suyo, á implorar su gracia, y tomó la fuga con los testigos del duelo. Su marcha errante los condujo á orillas del Ozama, en tierras de una joven cacique cuya hermosura fascinó á Miguel: otro tanto aconteció á la india con el español, y prendada de

él se hizo pronto cristiana para recibirlo en matrimonio. La pusieron Catalina.

Temiendo que su marido viéndose muy aislado de los suyos la abandonase un dia, le reveló la existencia de unas minas de oro, situadas á siete leguas de allí, y le instó trajera á sus estados sus compatriotas. Diaz vió en seguida al traves de esta comunicacion el medio de obtener su indulto, y, acompañado de algunos de los vasallos de su mujer, resolvió ir en busca de don Bartolomé. Llegó á las inmediaciones de la Isabela y desde un lugar oculto mandó venir á uno de sus amigos por quien supo que no solamente el herido no habia muerto, sino que estaba del todo restablecido. No temiendo entónces presentarse, fué en busca de don Bartolomé que lo acojió bien, lo perdonó y lo reconcilió con su enemigo.[1] La noticia de que era mensajero fué un apoyo providencial para Colon, que despachó inmediatamente hácia aquel lejano distrito á don Bartolomé, escoltado por un destacamento de infanteria y en compañia del metalúrjico Pablo Belvis, con algunos mineros. Pasaron por la Concepcion donde tomaron guias, atravesaron los dominios del cacique Bonao é hicieron alto en la ribera del Hayna, en cuyos bordes y afluentes encontraron y recojieron mineral de oro en abundancia.

Volvió á la Española don Bartolomé conduciendo pepitas de gran precio, y que el almirante recibió lleno de gratitud hácia el señor que colmaba sus deseos enviándole, en el momento de su partida, el mejor medio de confundir á sus enemigos, de animar á los reyes católicos en la prosecucion de los descubrimientos, y de permitirle coronar sus trabajos con la conquista ó el rescate del santo sepulcro, objeto supremo de toda su ambicion en este mundo. Y segun sus hábitos de

1. Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral de las Indias*, lib. II cap. XIII.

piedad se encerró en seguida en su oratorio[1] para, libremente, dar gracias al altísimo y ofrecerle las primicias de aquel nuevo hallazgo. La parte de Hayna donde se descubrieron las minas se llamó San Cristóbal, del nombre de la fortaleza que el almirante mandó construir allí.

Antes de marchar quiso el almirante dejar organizada durante su ausencia la gobernacion de la colonia, y en virtud de sus poderes y privilejios nombró lugarteniente jeneral, á su hermano don Bartolomé, bajo el título de adelantado, con el cual se le designó desde entónces, y de majistrado supremo á Francisco Roldan, antes familiar suyo, hombre dotado de poca instruccion, pero de claro entendimiento, buen criterio y dedicado á la jurisprudencia: ya anteriormente lo habia elevado Colon á el cargo de juez de primera instancia, puesto que desempeñó con satisfaccion de todos.

Antes de hacer esto proveyó Colon las primeras necesidades espirituales de la colonia, tristemente abandonadas por el P. Boil, y para ir tranquilo de que durante su ausencia se anunciaria la relijion católica á los pueblos de la isla, confirió tan honrosa mision á un fraile francisco, el P. Juan Bergoñon, á quien agregó el piadoso Fr. Roman Pane que poseia el don de lenguas y á quien envió á las tierras del cacique Guarionex con el cargo de redactar una memoria acerca de las creencias primitivas de los indíjenas, su jénesis y su cosmogonia.[2] No obstante su celo por la gloria del redentor y la salvacion de las almas Fr. Roman, que se llamaba humildemente el pobre hermitaño, temió, al pensar en verse solo y abandonado en medio de un pueblo irrita-

1. "Cuando se le llevaba algun oro ó alguna cosa de precio se arrodillaba en su oratorio y daba gracias á Dios."—Herrera. *Historia de las Indias Occidentales.* Década 1. lib. VI. cap. XV.

2. Fr. Roman Pane declara que lo hizo de órden de Colon.—"De órden del ilustre señor el almirante virey y Governador de las islas y tierra firme"—*Escritura de Fr. Roman en la coleccion de Barcia.* t I.

do y caprichoso; y como espusiera su cuita al almirante y le rogara permitirle llevar consigo algunos cristianos para sostenerlo y consolarlo en su aislamiento, Colon lo autorizó con la mejor voluntad á ir con "quien mas quisiese,"[1] cuidando al mismo tiempo de colocar un puesto de infanteria junto á la residencia de los misioneros para defenderlos de cualquier atentado de los idólatras.

Aunque la veleidad de su carácter y lo oscuro de sus creencias preservara á los indíjenas de un indómito fanatismo, sus sacerdotes, llamados Bohutis, que desempeñaban á la vez el papel de médicos y de nigrománticos, tenian gran interes en que un nuevo culto no viniera á dar al traste con sus lucrativos oficios, y hubieran podido poner las armas en la mano de sus cándidos clientes. En el fondo la relijion de los insulares consistia principalmente en una fé grosera en el poder de ciertos ídolos que llamaban Zemés, que ya de madera, ya de piedra y de muy diversas formas y atribuciones equivalian á los fetiches de los negros y á los manitus de las pieles rojas. Los sacerdotes ó bohutis ni formaban un cuerpo separado ni tenian dotacion ni privilejios hereditarios, ni dominaban á los caciques, que por su parte no buscaban el modo de destruir su crédito en supercherias. Para arrancar de raiz esta relijion desprovista de dogmas formulados, de símbolos y de tradicion hubiera bastado con la dulzura y claridad del Evanjelio, pero, por desgracia, las violencias y los vicios de los españoles habian alterado en aquellos pueblos las justas nociones del catolicismo, y confundiendo á la relijion con el hombre, hacian responsable al cristianismo de los crímenes de sus opresores.

1. *Escritura de Fr. Roman del órden de San Jerónimo.*

II.

A fines de Febrero estuvieron las dos carabelas en estado de darse á la mar y se procedió al embarque. Los enfermos, los mal contentos, los hidalgos desengañados, en número de doscientos veinticinco, y treinta y dos indios, entre los cuales se notaba al feroz Caonabo con uno de sus hermanos, su hijo y su sobrino,[1] fueron repartidos entre los dos buques. Aguado partió en la *Santa Cruz* y Colon en la maltratada, pero siempre fiel, *Santa Clara.*

El 10 de Marzo de 1496 abandonaron la rada y avanzaron al E. para ensayar un nuevo camino; que la esperiencia de los vientos que reinan en aquellos parajes ni se tenia aun, ni se sabia que era menester gobernar directamente al N. para encontrar los vientos alíseos que favorecen la vuelta á Europa, y Colon tuvo que combatir con el aire y que cansarse en contínuas maniobras. Así pasó doce dias de lucha antes de perder de vista el cabo oriental de la Española, hasta que al fin, á pesar de los vientos y de las corrientes contrarias, logró ganar mar ancha; pero ya estaban á 6 de Abril y los ví-

1. "Entre ellos á Caonabo, que murió en el camino, á un hermano, su hijo y un sobrino del mismo cacique."—Muñoz. *Historia del nuevo mundo,* lib. V. § 38.

veres y las fuerzas de la tripulacion habian disminuido con un consumo y trabajo de veintiseis dias, y el almirante decidió tocar en las Caribes para refrescar.

Tomó al mediodia, y el 10 de Abril, á un mes cabal de su salida, echó el ancla en la Guadalupe, enviando luego dos chalupas armadas á procurarse mantenimientos que se hubieran pagado con bujerias. Pero de repente la playa se cubrió de amazonas con penachos de plumas, armadas de arcos y con trazas de oponerse al desembarco. La fuerza de las rompientes obligó á las chalupas á mantenerse á cierta distancia, y dos indios fueron á nado á decir á las mujeres que no querian hacerles ningun mal, que lo que pedian era víveres y que les darian en pago joyas del cielo, *turey*; mas las amazonas los enviaron á sus maridos[1] que estaban al otro lado de la isla, hácia el N. Los de las chalupas tomaron aquella direccion, y divisaron á poco en la orilla una multitud de guerreros de aspecto montaraz y bravio y actitudes amenazadoras; que arrojaron una lluvia de flechas sobre los españoles; pero que viendo que no por eso dejaban de acercarse corrieron á guarecerse en las florestas vecinas, de donde salieron repentinamente lanzando gritos infernales en el momento en que los europeos ganaban tierra. Una descarga de arcabuces los hizo tomar desatentados la fuga, abandonando sus cabañas donde se hallaron víveres, miel con cera, loros magníficos y un brazo humano[2] asándose al fuego.

El almirante despachó un destacamento de cuarenta hombres para reconocer la isla, y volvió al otro dia con tres niños y diez mujeres, entre las que se contaba la altiva esposa de un cacique.

Era esta hermosa, robusta, dotada de una corpulencia de las mas estremadas, y no obstante la esferoi-

1. Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquista de los castellanos en las Indias Occidentales.* Década 1. lib. III. cap. I.
2. Fernando Colon. *Historia del almirante*, cap. LXII.

cidad de sus formas y bárbara crasitud, tuvo la satisfaccion de vencer en la carrera á cuantos se pusieron en su seguimiento. Solo un jóven de Canarias, de la servidumbre de Colon, y corredor de cuenta, pudo seguirla, mas ella, no bien hubo visto la distancia que lo separaba del resto de los españoles, se volvió, y como disparada por una máquina, dió de lleno con su mole sobre su perseguidor que, cojido de improviso, cayó de espaldas cuan largo era. Entónces la dejenerada hembra se arrojó sobre él, y no satisfecha con tenerlo como en prensa con el peso de su cuerpo, le sepultaba las uñas en la garganta, al par que con las manos, formando un anillo, lo asfixiaba, y así habria muerto si sus camaradas no hubieran acudido en su socorro[1] y se apoderaran de la caribe, no sin grandes esfuerzos para que soltara su presa. Todas aquellas mujeres iban desnudas y estaban gruesas en sumo grado; pero ellas, para mas abultar, rodeaban sus piernas con fajas de algodon por bajo de las rodillas y encima de los tobillos; y tenian la cabellera lustrosa y perfumada con el jugo de una yerba odorífera, y estendida sobre las espaldas.

Invirtieron los españoles nueve dias en reunir alguna cantitad de casabe, hicieron leña y aguada, y luego, en el momento de partir, el almirante envió á tierra á las mujeres y niños con gran copia de las bagatelas que tanto gustaban á los indíjenas. Pero la mujer del cacique dijo terminantemente que queria quedarse á bordo con su hija, é ir á visitar la patria de los poderosos estranjeros.

No era sino un pretesto, porque la belicosa matrona habia encontrado al señor de la Casa de Oro, el gran Caonabo, prisionero y cargado de cadenas, y como ambos descendian del mismo orijen, tenian las mismas facciones,

1. Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales.* Década 1. lib. III. cap. I.

hablaban la misma lengua, alimentaban los mismos instintos y tenian los mismos gustos antropofájicos, se interesó por él. Aquella mujer terrible se sintió llena de tierna solicitud por Caonabo y sin fuerzas para dejarlo abandonado en su cautiverio, sin esclava ni esposa que lo atendiera.[1] Una simpatia repugnante la detenia á sus pies, é inmolando sus deberes y su porvenir en aras del entusiasmo de una gloria homicida, olvidó en un solo dia á sus hijos, al cacique su esposo, á su tribu y á su nacion, consagrándose al consuelo del héroe, cuyos altos hechos electrizaban su fogosa imajinacion.

III.

El 20 de Abril se dieron á la vela y tornaron á luchar con los vientos y las calmas, y el 20 de Mayo se encontraban aun en medio del Océano. Ninguno de los pilotos sabia á qué altura se hallaba, y con la falta de agua y víveres que llegó á ser tal que hubo necesidad de racionarse á seis onzas de pan diarias, la tristeza y el desaliento se apoderaron de todos. Como de costumbre, el almirante era el primero en dar el ejemplo de la igualdad ante la desgracia. El ignorar la distancia á que se encontraban de la tierra agravaba la inquietud jeneral, y los pilotos disputaban entre sí acerca de la ruta que se seguia, pues se consideraban perdidos en el inconmen-

1. "Esta quedó en las naves de su voluntad con una hija suya al parecer por amor de Caonabo."—Muñoz. *Historia del nuevo mundo*, lib. V. § 38.

surable Océano; pero el almirante les aseguró entónces que distaban unas cien leguas del meridiano de las Azores, lo cual era exacto.

Sobre todo se ocupaba Colon de los enfermos, y su compasion y piedad le inspiraba consuelos para aquellos infelices cuya mayor parte se embarcaron ya padeciendo. Y mientras que en la carabela de Aguado los trabajadores y los soldados enfermos no merecian de su parte la mas leve atencion, los de la *Santa Clara* se veian atendidos y exhortados con ejemplos que purificaban su moral. Sin duda que el venerable Fr. Juan Perez de Marchena, secundando al almirante en su santa tarea, los asistia y les daba aliento con el bálsamo espiritual cuyo precio se duplica en el infortunio.

Las dificultades de la navegacion iban acrecentando. En medio de aquellos azares la abnegacion de la cacique antropófaga no pudo dulcificar la hiel que la desgracia habia derramado en el corazon de Caonabo, pues aunque el almirante le prometió volverlo á traer á Maguana despues de haberlo presentado á los soberanos de Castilla,[1] el verse supeditado á la voluntad de otro habia comunicado un fuego secreto, devorador, á la sangre del bravio guerrero que, reconcentrando sus penas en un pertinaz silencio, ocultaba bajo la impasibilidad de sus facciones la amargura de su dolor, el cansancio de su prision en aquel calabozo de tablas azotado por el Océano, y aparentaba desentenderse de cuanto lo rodeaba. La magnitud de su compatriota no sedujo su mirada que permaneció siempre altanera y sombria hasta que poco á poco fueron gastándose sus fuerzas, aunque no su orgullo, y al fin, terco en su inmovilidad, se apagó como una luz olvidada en las tinieblas de un subterráneo.

Asi terminó antes que el viaje la romántica historia de la princesa antropófaga. Permaneciendo de su voluntad entre los estranjeros renunciaba á su familia, á su

1. Andres Bernaldez. *Historia de los reyes católicos*, cap. CXXXI, Ms.

patria, á su libertad y á su vida, porque, habiendo engañado á su esposo, naturalmente merecia la muerte; todo lo habia sacrificado gustosa á la honra de ser la esclava de un esclavo en otro tiempo con corona, y de ayudarlo á llevar las cadenas. No es posible desconocer lo grande de su abnegacion, abnegacion que fué recompensada con la muerte en el destierro. Se exhala cierto perfume de salvaje epopeya en la relacion de estos amores de caníbales, concebidos á primera vista en medio de la adversidad y de los peligros de lo desconocido, que tuvo lugar en una lengua bárbara, durante la lucha del hombre con las grandes fuerzas de la naturaleza, y de las angustias del terror y las amenazas del hambre, sobre los abismos del Océano.

El hermano de Caonabo no le sobrevivió sino pocos dias.[1]

Se proseguia la misma derrota; pero por momentos se agravaban las dificultades, y empezaban á oirse los murmullos de la tripulacion que lanzaba miradas ya de compasion, ya de enojo á los treinta indios que quedaban á bordo. El hambre que domina á todos los sentimientos y es gran consejera de crueldades la concitaba al crímen, se formaban en grupos los españoles, y en voz baja proponian matar y comer los indios ó echarlos al mar[2] para desembarazarse de inútiles estómagos, lo cual daria á las raciones un suplemento diario de ciento ochenta onzas de pan. Esta fué la opinion que tuvo mas trazas de prevalecer, y el 7 de Junio se emitió en voz alta. Pero cuando tan atroz pensamiento fué conocido del almirante, la dulzura y la benignidad que mostrara hasta entónces hizo lugar á la enerjia y al valor, irguió lleno de majestad su cuerpo, y auxiliado por la divina providen-

1. "Caonabo rex et frater ejus cum ad reges in Hispaniam ducebantur, dolore animi confecti, in itinere moriuntur."—Petri Martyris Anglerii. *Oceaneæ decadis primæ*, liber quartus, fol. I2.

2. "Voleano manjiar gl' Indiani, i quali conducevano; e altri per risparmiar quel poco che lor restava erano di parere, che si gittassero in mare."—Fernando Colon, cap. LXIII.

cia dominó el tumulto de la desesperacion y acalló el hambre diciendo con firmeza á su jente, estraviada por el peligro, que habia descubierto las Indias para estender en ellas el reino de Jesu-Cristo, que aquellos indios eran sus hermanos, que los conducia á Castilla para hacer de ellos hijos de la Iglesia y amigos de la nacion española, y que no consentiria tan horrendo atentado;[1] y despues de recordarles que la paciencia en la adversidad es la virtud del cristiano, el sello de su grandeza, les añadió que, el miedo que les impelia á perpetrar tal infamia era hijo de su ignorancia, porque de allí á tres dias estarian á la vista del cabo de San Vicente.

Al escuchar estas palabras, los pilotos, que segun sus cálculos, se creian cerca de las Azores, prorumpieron en grandes voces; mas el almirante les impuso silencio, hizo continuar el mismo rumbo, y al tercer dia por la tarde mandó cargar las velas y bordear durante la noche, porque á la siguiente singladura divisarian tierra.

Los hambrientos tripulantes le suplicaron que la ganara cuanto antes, diciendo que preferian mejor correr el riesgo de estrellarse contra las peñas que morir de hambre en alta mar. Elevóse en esto una disputa entre los pilotos, pues los unos estimaban hallarse cerca de las costas de Inglaterra, otros junto á Galicia y otros al canal de Flandes. Colon se mantuvo firme haciendo ejecutar sus órdenes, y al dia siguiente al romper el alba, todos reconocieron el cabo de San Vicente.[2] Entónces, poseidos de admiracion por su ciencia lo proclamaron el mas esperto navegante que habia existido.

Recordando sucesos pasados y empezando á contar desde el primer descubrimiento cómo quedaron siempre justificadas por los acontecimientos las diferentes predic-

1. Herrera. *Historia jeneral de los viajes y conquistas de los castellanos en las Indias Occidentales.* Década 1. lib. III. cap. I.
2. "Avistóla no lejos de cabo de San Vicente."—Muñoz. *Historia del nuevo mundo,* lib. V. § 39.

ciones de Colon, la mayor parte de los marineros y hasta de los pilotos no distaron mucho de imajinar que tal vez llamaba en su socorro á la májia y se valia de las artes de los encantadores; ó que al menos, en las grandes circunstancias, estaba dotado de una inspiracion casi divina.[1]

1. "Di che poi presso alla gente di mare egli fu tenuto per sapientísimo e divino nelle cose della navigazione."—Fernando Colon, cap. LXIII.

CAPITULO IX.

I.

Al entrar en la bahia de Cádiz vió Colon tres buques con pabellon de partenza que, con víveres y municiones, se disponian á zarpar en demanda de la Española bajo las órdenes de Pero Alonso Niño, su antiguo piloto, que inmediatamente le remitió los despachos que tenia para él. Despues de haberlos leido creyó el almirante deber modificar algun tanto las instrucciones que habia dado á don Bartolomé.

La flota se hizo á la vela, y Colon volvió á ocuparse de la suerte de los enfermos y de los pobres que traia á su bordo.

Su paternal solicitud para con ellos les dió á conocer al hombre que habian calumniado; se embarcaron llenos de animosidad hácia él y al fin del viaje estaban tan reconocidos á su bondad como indignados de las ofensas con que Aguado se hiciera culpable en sus procedimientos contra el virey de las Indias.

No partió Colon acto contínuo para la corte, como, siguiendo á Herrera, se ha repetido, porque, despues de informar á los reyes de su llegada, debió aguardar sus ór-

denes. Treinta dias despues le escribieron de Almazan (12 de Julio de 1497) [1].

Todo este tiempo lo tuvo Aguado por suyo para ponerse de acuerdo con el ordenador jeneral de la marina, mostrarle su voluminosa sumaria, añadir de viva voz sus comentarios y preparar á los reyes. No fueron en vano sus esfuerzos, é Isabel, luego de haber oido en multitud de ocasiones las quejas de Pedro Margarit y del P. Boil, pudo recojer los no menos hostiles testimonios de los comendadores Arroyo y Gallego, de Rodrigo Abarca, de micer Girao y de Pedro Navarro, todos de la servidumbre del alcázar y á quienes, de contado, daba crédito.

Durante el mes que transcurrió entre la llegada de Colon y la respuesta de los reyes, las historias pierden de vista al almirante y solo se sabe que, disgustado de los engaños y flaquezas de la corte y sin tener en cuenta otra cosa que Dios, hubiera querido, desde aquel entónces, separarse del mundo. Y sin reparo á la crítica se dejó crecer la barba, y vistió públicamente el hábito franciscano, un tanto corto, y sobre él el cordon: no estamos muy lejos de pensar que abrigara el pensamiento de seguir á la Rábida á su venerable amigo Fr. Juan Perez de Marchena que tornaba á sepultarse en ella.

Desde esta época ya no vuelve á mencionarse al noble protector de Colon. Despues de haber sospechado la existencia del nuevo mundo, la mision de su revelador, y cooperado con sus ruegos á su descubrimiento; despues de haber tenido el dulce consuelo de contemplar las maravillas del supremo artífice en las nuevas rejiones, de ofrecer en ellas, el primero, el santo sacrificio, y de presenciar los grandes é imponentes espectáculos de la naturaleza, entraba en su solitario claustro, donde, olvidado de los hombres, pero visto de Dios, pro-

1. *Coleccion diplomática.* Orijinal en el archivo del duque de Veragua.

siguió sirviéndolo con ejemplar eficacia hasta que lo llamó á sí. Los archivos del convento de la Rábida, que contenian detalles interesantes acerca de Colon y el guardian Juan Perez, quedaron, por desgracia, destruidos, durante la guerra de la independencia, y solo se sabe que, cuando el pleito de los herederos del almirante contra el fiscal, ya hacia muchos años que el P. Marchena no existia.

Ciertos escritores, incapaces de comprender el carácter eminentemente cristiano del virey, no han podido esplicarse lo del hábito relijioso usado por él á la vuelta de su segundo viaje. Washington Irving supone que lo vistió á consecuencia de algun voto contraido en un momento de peligro,[1] pero, en primer lugar, tal idea carece de fundamento, pues no esperimentó en la espedicion á que se refiere mas dificultades que viento de proa, pero bonancible y alternado con calmas, y en segundo, va contra la verdad de los hechos, pues la historia de Oviedo no deja la menor duda sobre el motivo que lo indujo á vestir aquel traje, diciendo que fué por hastio del mundo[2] y por el dolor que le causó la injusticia con que se vió tratado. Las Casas espone haber visto á el almirante en las calles de Sevilla equipado poco mas ó menos como un fraile francisco;[3] el cura de los Palacios escribe que recibió en su casa á Colon, por ese tiempo, con el cordon de san Francisco á la cintura y un ropaje cuyo corte y color recordaba el de los relijiosos de la Orden Seráfica,[4] y Mr. Alejandro Humboldt reconoce que, "*por devocion*, se dejó ver en las calles de Sevilla vestido de franciscano."[5]

1. Washington Irving. *Historia de la vida y viajès de Cristóbal Colon,* lib. IX. cap. II.
2. Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral de las Indias,* lib. II. cap. XIII.
3. Las Casas. *Historia de las Indias,* lib. I. cap. CII. Ms.
4. Andres Bernaldez. *Historia de los reyes católicos,* cap. VII. Ms.
5. Homboldt. *Histoire de la géographie du Nouveau continent,* t. I. p. 22.

Luego, gratuitamente supone Washington Irving una promesa que ninguna circunstancia motivaba y de la que no habla ninguna relacion.

Vino al fin la carta de los reyes. Lo felicitaban por su llegada y lo invitaban á trasladarse á la corte asi que hubiese descansado de sus fatigas y trabajos, tratándolo en su contesto con las frases mas benévolas y honrosas. Inmediatamente se puso en camino para Burgos, donde se hallaban SS. AA., y en el viaje, para combatir las prevenciones que los desertores de la Isabela habian inspirado contra el descubrimiento, mostraba gustoso las rarezas que traia, las máscaras y las pepitas de oro y los indios, y hacia poner al cuello del pariente de Caonabo una cadena de oro de seiscientos castellanos de peso.

Cualesquiera que hubiesen sido las acusaciones lanzadas contra el almirante, así que se presentó, Isabel lo olvidó todo y no esperimentó mas sentimientos que el de la atraccion natural y el del interes y respeto que inspiraba á su alma el enviado de la providencia; y como su solo aspecto era una refutacion á sus enemigos, no volvió á tratarse de las acusaciones de Pedro Margarit, ni del P. Boil, ni menos de los informes del comisario réjio Aguado.

Colon espuso en su realidad la situacion de la colonia y entónces supo Isabel la verdadera cáusa que lo forzó á poner en práctica medidas de salvacion, que el egoismo y la vanidad tachaban de rigorosas y crueles. Refirió á los soberanos sus nuevos descubrimientos del archipiélago de las Caribes, de Cuba y de Jamáica, les habló de las minas de Cibao y de Hayna, les presentó carátulas de oro, cinturones adornados del mismo metal, bolsas llenas de oro de Cibao y pepitas como havas y hasta como nueces, procedentes de las descubiertas en los dias de partir. Y tambien les mostró objetos desconocidos en Europa, tales como piedras sagradas, idolillos, armas, instrumentos, plantas, animales y aves nunca vis-

tas. Tantas y tales producciones encantaron á la reyna; pero su consorte quedó mas satisfecho de los minerales que del resto de la esposicion. Ambos dieron gracias al almirante, lo colmaron de palabras afectuosas y lo trataron públicamente con la mayor honra posible, con gran sentimiento de sus adversarios.

Si no fuera cosa sabida la nobleza y rectitud de corazon de la reyna, cuyos hermosos impulsos eran tan incompatibles con el disimulo y la doblez, se tendria una prueba irrecusable de su sinceridad en la carta que dirijió á Colon desde el pueblo de Laredo, en 18 de Agosto, rebosando bondad y maternal reconocimiento con motivo de darle gracias por su consejo sobre el camino que debia tomar la flota que llevaba á Flandes á la infanta doña Juana, prometida del archiduque Felipe de Austria. No es posible hallar en una correspondencia oficial palabras mas lisonjeras, menos buscadas, mejor sentidas y mas espresivas. Isabel le agradecia dos veces su indicacion por el acierto de su parecer, siempre de tanto peso, y por la injeniosa delicadeza de su atencion, á que se unia la oportunidad de la llegada de su carta en los instantes de marchar, y ponia de relieve en aquella ocasion el celo y el amor de que siempre habia dado tan altas pruebas en cuanto concernia á su servicio;[1] y le decia al concluir, que quedara cierto de que recibia su misiva como de un muy íntimo y muy leal servidor de su persona.

Despues de quedar embarcada su hija, á la que rodeó de un cortejo de nobles aragoneses y castellanos, no pudo la reyna resolverse á separarse de ella inmediatamente y permaneció en su compañia dos dias y dos noches á bordo de la capitana.[2] La escuadra, compuesta de ciento treinta velas, bajo las órdenes del grande almirante de Castilla don Fadrique Henriquez, conducia

1. *Carta de la reyna católica al almirante D. Cristóbal Colon.* Archiv. de Simanc. lib. gen. de la cámara de 1496.
2. Ferreras. *Historia jeneral de España,* tom. VIII. p. 173. en 4º

un ejército de veinte mil hombres, y zarpó el 22 de Agosto con buen viento. Cuando la afligida madre tornó á Burgos empezó á ocuparse de los preparativos para recibir á la princesa Margarita, hija del emperador Maximiliano III, que en la magnífica armada que conducia á doña Juana vendria para dar su mano al príncipe de Asturias don Juan. Espléndidas fueron las disposiciones que se tomaron al efecto.

II.

En medio de estos maternales cuidados, no podia Colon, so pena de ser importuno, instar á la reyna para que dispusiera inmediatamente lo necesario para emprender un tercer viaje de descubrimientos, y así, como la vez primera, debia esperar en silencio y refrenar de nuevo su lejítima impaciencia. Durante su forzada inaccion en Burgos tuvo ocasion de relacionarse pronto y estrechamente con un sujeto de aquella ciudad, que ya habia sido su corresponsal á instancia de Isabel, antes de su vuelta de la isla Española; pero á quien no conocia sino por su fama.

Este personaje, con entrada en el réjio alcázar y amigo del gran cardenal, era un joyero con tienda en muchas ciudades y particularmente en la de Burgos. Se llamaba Jaime Ferrer, y sus ilustres conocimientos, su fácil acceso en las casas principales, su modestia, mezclada de firmeza, y su manera de tratar las jentes y los negocios, prueban que, ademas de su mérito personal,

era de buena familia,[1] á lo cual es preciso añadir su parentesco con su omónimo Jáime Ferrer, el antiguo cosmógrafo. Si mosen Jáime no hubiera sido el mas honrado y prolijo de los lapidarios, le bastaran para recomendarse á la posteridad sus talentos de observador, de viajero, de poliglota, de matemático, de astrónomo, de cosmógrafo, de metalúrjico, de erudito, de poeta y de casi teólogo, y podemos añadir, de pensador libre, en la acepcion católica de la palabra. Jáime Ferrer, malamente olvidado por los historiadores de Colon, era, aparte de los grandes señores y personajes políticos, una de las mas notables individualidades contemporáneas de España. Habiendo viajado en mas de una ocasion por sus asuntos en Jénova, Venecia, las escalas de levante, Ejipto, Palestina, Siria, frecuentado los bazares del Cairo, Damasco, Alepo y Bagdad, y traficado con los comerciantes árabes, venidos en caravanas de Persia y del Corazan, y con otros que llegaban de la mar de las Indias, pasando por la Meca, habia adquirido acerca del continente asiático mas exactas y estensas nociones que los demas jeógrafos. Verbigracia, sabia que en aquellos momentos, en las Indias, donde no habia penetrado aun ningun misionero, moraban cristianos, descendientes de aquellos que habia evanjelizado el apóstol, por un instante incrédulo, santo Tomas, mil cuatrocientos sesenta y dos años antes, y que su cuerpo[2] yacia alli, milagrosamente conservado. No obstante buscar las gomas, las esmeraldas, los topacios y los zafiros de Oriente, el honrado lapidario no limitaba sus esperanzas, ni á tales preciosidades, ni á sus cofres, repletos de cequies y ducados,

1. Su solo nombre lo indicaba, pues se llamaba y firmaba Jáime Ferrer de Blanes, y jeneralmente se le calificaba de mosen ó micer.

2. Decia el 5 de Agosto de 1495, hablando del apóstol y de la mar de las Indias. "En el *Sinus magnus*, acerca del cual el glorioso Tomas dejó su sancto cuerpo." Nuestros primeros misioneros han hallado en efecto en las Indias cristianos que han designado con el nombre de *Cristianos de santo Tomas.*

ni se detenia en la parte puramente teórica de las ciencias; que su afinidad espiritual, tanto como su aficion á la lengua italiana, lo habian hecho intérprete del pensamiento relijioso de Dante. Y en los libros del oscuro desterrado de Florencia habia recojido las enseñanzas católicas, veladas bajo las alegorias del poeta, y compuesto con ellas una obra bajo el título de *Sentencias Católicas del divino poeta Dante.*[1]

Jáime Ferrer, despues de tratar á musulmanes, judios, cismáticos, griegos, persas, semi-idólatras, tártaros, etíopes é indos, comprendió la increible superioridad del catolicismo sobre todas las relijiones.

Habia estudiado el globo tanto como lo permitia el estado de las comunicaciones y adelantos de su época, y profundizado la historia de la humanidad, y bien puede decirse que el lapidario de Burgos era anticipadamente de la escuela de Bossuet, de J. de Maistre y de Ventura de Ráulica; que las pájinas que de él nos quedan no serian desaprobadas por ninguno de estos hombres ilustres. Una elevacion de espíritu proporcionada á tanta variedad de conocimientos no podia pasar desapercibida; por eso el episcopado español tenia en gran estima al joyero que el gran canciller honraba con el título de amigo, y en quien los cosmógrafos en jeneral reconocian un maestro.

Así que, sus conocimientos técnicos le permitieron apreciar mejor que á otro alguno la sublimidad de Colon y reconocer su destino providencial; y como sabia perfectamente de cuantas imperfecciones adolecia la ciencia náutica, la incertidumbre de la jeografia y la impotencia del compas para tamaña empresa, comprendia de cuan poco le habrian servido tales recursos para la ejecucion de su obra, y por eso llamaba al descubrimiento ″mas divina que humana peregrinacion.″ Sin embargo, su reserva y su modestia le habrian tal vez impedido

1. **Este libro, hoy muy raro, se imprimió en Barcelona en 1495.**

para siempre el entrar en relaciones personales con el virey de las Indias si la injeniosa Isabel no se lo hubiera ordenado afectuosamente bajo las apariencias de un deseo; la reyna conoció la mútua simpatia de aquellas dos intelijencias y se complació en servir de medianera para que se acercaran y se unieran.

Se debe tener presente, que en tiempo de las reclamaciones de Portugal contra la línea pontificia, el gran cardenal de España hizo que su amigo el lapidario de Burgos se pusiera en camino para Barcelona con sus mapas é instrumentos de matemáticas. Mas de un año despues, á pesar del tratado de Tordesillas, como no hubiera terminado aun la discusion, Ferrer escribió (27 de Febrero de 1495) á la reyna con el objeto de comunicarla su parecer relativamente á los medios jeográficos de resolver el problema, á cuya carta contestó Isabel[1] desde Madrid, dándole gracias por su servicio, que calificaba de estado, y convidándolo á venir á la corte en el mes de Mayo siguiente.

En su carta á la reyna decia el lapidario, al hablar de Cristóbal Colon: "Y creo que la divina providencia le tenia por electo por su grande misterio y servicio en este negocio, el cual pienso es disposicion y preparacion del que para delante la misma divina providencia mostrará á su gran gloria, salud y bien del mundo."[2]

Recibió de parte de la reyna el lapidario la mas favorable acojida. Parece que entónces le hizo merced del título de Don, y que ademas lo agregó á la servidumbre del príncipe de Asturias[3] en calidad de paje trinchante.

Como cuando don Jáime Ferrer tuvo la honra de esplanar de viva voz sus ideas á la reyna, esta le aconsejara someterlas al grande almirante del Océano, apenas

1. Carta de la reyna, fecha 28 de Febrero de 1495. *Coleccion diplomática*, docum. número LXVIII.
2. *Coleccion diplomática*, docum. número LXVIII.
3. Oviedo y Valdes.—*Quincuagenas de los generosos é ilustres, e no menos famosos Reyes*, etc. Ms.

vuelto á su domicilio de Burgos, (5 de Agosto de 1495) donde el joyero habia sabido formar un retiro de pensador católico estudioso, tomó la pluma, y lleno de respeto hácia Colon, le escribió, no en los términos usados en la correspondencia administrativa, cual lo hubiera hecho con otro virey, sino como á revelador del nuevo mundo, con sumision, y al mismo tiempo, libertad cristiana.

Esta carta, que nos vemos en la dura necesidad de no poder reproducir completa con su grandeza natural, rápidas apreciaciones y estilo de bíblica sencillez, prueba una vez mas, que desde los dias de Salomon nada es nuevo bajo el sol para la comprension humana, y que los "jenios son contemporáneos siempre entre sí." Creeríase que el lapidario de Burgos tomó la pluma acabando de leer el *Discurso sobre la historia universal*, dos siglos antes de que lo escribiera Bossuet. Despues de tratar en pocas líneas de la civilizacion heróica de los tiempos de Saturno y de Hércules, de los resultados de las conquistas de Alejandro el grande y de Julio César, que, introduciendo en los pueblos los principios del derecho y de la moral en pos de las águilas romanas, preparaban así, sin saberlo, el camino de la buena nueva, muestra Jaime Ferrer al redentor de los hombres enviando á sus apóstoles á los cuatro vientos del cielo y distribuyéndoles la conquista espiritual del mundo, recuerda los padecimientos, las tribulaciones, el hambre, la sed, el calor, el frio, las persecuciones que estaban reservadas á aquellos hombres en recompensa de sus trabajos, y repite las siguientes palabras de "la bondad suprema á sus amigos": Aquel que quiera venir conmigo que tome su cruz y me siga.[1]

Mas adelante, el confidente póstumo de Dante, de-

1. "Lo que dijo la bondad suprema á sus amigos, diciendo: *qui vult venire post me, tollat crucem suam et sequatur me.*"—CARTA DE MICER JÁIME FERRER AL GRANDE ALMIRANTE DEL OCÉANO.

clara al revelador del globo que contempla, en lo que por su mano se opera, un gran designio del todopoderoso.

"La divina é infalible providencia, dice, mandó al gran Tomas de occidente á oriente para promulgar en la India nuestra santa y cotólica ley; y á vos, señor, mandó por el lado opuesto, de oriente á occidente, para que, por voluntad divina, llegáseis á alcanzar el oriente, las partes estremas de la India superior, para que los pueblos que no pudieron oir á Tomas conocieran la ley de la salvacion y que se cumplieran estas palabras del profeta: "Su palabra resonará por toda la tierra." *In omnem terram exivit sonus eorum.*

"No creo equivocarme al decir, señor, que vos ejerceis un cargo de apóstol, de embajador de Dios, enviado por los divinos decretos á revelar su santo nombre á las rejiones en que la verdad está desconocida. Y no hubiera tenido nada de estraño, ni fuera contrario á la importancia de vuestra mision, el que un papa ó un cardenal de Roma tomara una parte en vuestros gloriosos trabajos; "pero la gravedad y pesos de sus grandes mandos y la dulzura de su delicado vivir les quita gana de seguir semejante camino. Y es indudable que con un fin parecido al vuestro, señor, vino á Roma el príncipe de la milicia apostólica, y que sus cooperadores, esos vasos de elecciones! se partieran para los ámbitos del mundo, estenuándose de cansáncio, con las sandalias destrozadas, las túnicas rotas, sus cuerpos aniquilados por los peligros, las privaciones y las fatigas de los viajes, durante los cuales, comieron con harta frecuencia pan de amarguras."[1]

Don Jáime Ferrer añade en seguida al revelador del

1. *Coleccion diplomática*, documentos, apéndice al número LXIII. No puede por menos de reconocerse en esta censura de la molicie y regalo del cardenalato bajo Alejandro VI, la rijidez de un puro católico y la libertad de censurar de un espíritu profundo, en medio de una fé sumisa. Obsérvase tambien que, fuerte con su amor á la Iglesia, no parecia inquietarse lo mas mínimo por la Inquisicion.

globo, que debe esperarse tambien aflicciones y dolores, señales de eleccion y de predileccion celestial.

Su franqueza católica y su rectitud de corazon animaron al lapidario hasta el punto de atreverse á dar un piadoso consejo al *embajador de Dios* y ponerlo en guardia contra la humana flaqueza, pues le dijo: "Y si deste vuestro glorioso oficio el ánima vuestra algunas veces se alza en contemplacion, asiéntese á los pies del gran profeta y con alta voz, cantando al son de su arpa, diga: No á nosotros, señor, no á nosotros, sino á vuestro nombre glorificado. (*Non nobis, Domine, non nobis, sed nomini tuo da gloriam.*)"[1] Esta recomendacion de humildad nos parece que revela bastante el alma del lapidario, con este rasgo se reconoce perfectamente al cristiano admirable dirijiéndose al cristiano que admira.

Al proseguir su carta, don Jáime Ferrer, añade: "Señor, es una verdad que por su naturaleza las cosas temporales no son ni malas ni opuestas á las cosas espirituales, cuando se sabe hacer buen uso de ellas y segun el fin para el cual Dios las crió." Y partiendo de aquí, insistió con el revelador del globo acerca de la conveniencia de que prosiguiese sus descubrimientos; y le aseguró que las grandezas materiales que encontrara redundarian en el mejor servicio de Dios y aprovechamiento de toda la cristiandad.

Solo despues de las consideraciones morales, arriba citadas, es cuando el lapidario de Burgos llegando al objeto de su misiva dice al virey de las Indias: "La reyna me ha ordenado escribir á vuestra señoria &c." El final de la misiva es digno del principio y en él se advierte que su autor está penetrado de una veneracion casi relijiosa hácia Colon, y que cree hablar á un santo, á un apóstol, á un ministro de la divina providencia.

De los fragmentos epistolares que nos ha sido menester citar, truncando resultan muchas observaciones que deben constar aquí.

1. *Coleccion diplomática.* Apéndice al nº LXIII.

1.ª El carácter sobrehumano de la mision de Cristóbal Colon queda justificado por el cosmógrafo mas sábio de su época, por la mas rica y mejor cultivada imajinacion, por uno de los mas sínceros católicos del reino español.

2.ª Tres años antes del descubrimiento del nuevo continente,[1] y mientras que el primer ensayo de circunnavegacion intentado por Colon se ignoraba en Castilla, Jáime Ferrer lo consideraba como realizado.

3.ª El lapidario de Burgos es el primer seglar que haya considerado como consecuencia natural de la empresa, la union de oriente con occidente, y la difusion del Evanjelio por todo el globo; y es igualmente el primero que haya reconocido la mision confiada al mensajero de la salud, de cumplir las profecias, en lo tocante á las naciones apartadas.

No debe olvidarse que este espíritu penetrante cuando Colon no habia recibido aun sino honras, apenas entrado en Barcelona, le presajiaba, envueltas en alusiones, crueles pruebas, y le anunciaba que tendria que llevar su cruz en pos de nuestro Salvador por el espinoso camino del sufrimiento.

Por la justicia histórica tanto como por la exactitud de la biografia que nos atrevemos á bosquejar, hemos creido deber exhumar del profundo olvido en que yacia, para presentarlo á la posteridad, al docto lapidario que desconocieron y pasaron en silencio los escritores de cierta escuela. Y no solo hallamos en él un testigo en favor de Colon contra las acusaciones retrospectivas de sus enemigos, sino que, como ninguno entre sus contemporáneos juzgó mejor que él al revelador del globo y á sus posteriores influencias, podemos decir sin vacilar que el P. Marchena antes, la reyna Isabel durante, y Jáime

1. El descubrimiento de la tierra firme fué hecho el 1 de Agosto de 1498 por don Cristóbal Colon: y don Jáime Ferrer le habia escrito por primera vez en 5 de Agosto de 1495.

Ferrer despues de la descubierta fueron las tres intelijencias, á las cuales fué dado comprender de la manera mejor el jenio, la virtud y el mandato celestial que recibió Cristóbal Colon.

De las anteriores circunstancias y de los sentimientos de Ferrer, manifestados tan á las claras, se deduce, no obstante el silencio de los historiadores, que durante su permanencia forzada en Burgos sostuviera el virey de las Indias síncera relaciones con el joyero que, sin saberlo, se veia hecho amigo suyo antes de manifestarse públicamente su admirador.

III.

A principios del otoño tornó á Burgos el rey don Fernando. No habia á la sazon en las arcas del tesoro ni una blanca, ni en los puertos bajeles ni tripulantes para ejecutar la espedicion convenida; pero Isabel, sin embargo, dispuso se destinaran seis millones de maravedis con el objeto de proveer á ella.

El 20 de Octubre entró en la bahia de Cádiz el piloto Pero Alonso Niño conduciendo tres carabelas procedentes de la isla Española, y en lugar de trasladarse en el acto á la corte, se partió primero para Huelva para visitar su familia, y se contentó con dar parte de que traia un cargamento de oro. Gozoso de la nueva, don Fernando distrajo en seguida la cantidad concedida al almirante para invertirla en fortificar al Rosellon, amenazado por los franceses, y mandó tomar una

suma equivalente para Colon del oro de que, segun Niño, venian repletas las carabelas. A fines de Diciembre presentó Pero Alonso á los soberanos los despachos de que venia encargado, y hasta entónces no se tuvo la triste esplicacion de la metáfora empleada por el piloto y que consistia en que la carga de oro de que hablaba en su misiva era el producto que podria obtenerse con la venta de trescientos prisioneros indios que habia á bordo. Por lo visto para Pero Niño estos serian lingotes auríferos!

Produjo este engaño pésimo efecto en la opinion pública, el rey Fernando se manifestó en estremo irritado, y la reyna ofendida de que, á pesar de sus órdenes relativas á la libertad de los indios, hubieran traido semejante número de ellos. Y sin embargo el adelantado, al enviarlos, no habia hecho mas que atenerse á las reales instrucciones en lo tocante á los indíjenas que tomaron parte en matanzas de Españoles. El almirante quedó contristado de lo dispuesto por su hermano y principalmente de los pormenores que recibió acerca de la situacion de la colonia.

Todas las calumnias de los cómplices del P. Boil parecian con esto quedar justificadas, y las muestras de oro que trajo Colon á su venida solo se consideraban ya como un cebo; las oficinas de Sevilla se regocijaban de la humillacion que sufria el jenoves, los opuestos á las cosas nuevas desaprobaban á voz en cuello los descubrimientos, en la corte nadie abogaba por las espediciones lejanas, sino al contrario, censurábase al virey hasta en su misma presencia, se condenaban sus miras, le tenian, son sus palabras, *abrumado de recriminaciones*, y le argüian con que nunca, en ningun tiempo, los príncipes de Castilla adquirieron tierras fuera de su pais: los primeros hombres de Estado, los primeros hacendistas españoles pretendian que jamas llegarian los reyes á reintegrarse de sus desembolsos; y como todos daban por cierto que no se sacaria de las Indias mas que ruina y

desgracia, principalmente confiando tan atrevidos proyectos á manos estranjeras, quedó desprestijiado en la opinion pública el solo nombre de colonia en aquellas apartadas rejiones.

Estos écos de la opinion llegaron de todas direcciones, hasta de muy lejos, á oidos del virey, el cual, temeroso de que bajo su influencia no quisieran SS. AA. proseguir, y renunciaran á la proyectada espedicion, manifestó á la reyna su inquietud, quien le respondió con "aquella grandeza de alma que todos le reconocian." Isabel, firme en su fé en Colon, en su deseo de acrecentar la ciencia, de glorificar al redentor divino, de atraer al Evanjelio á los pueblos idólatras, dijo al almirante "que no hiciese alto en semejantes hablillas porque su voluntad era continuar lo comenzado y sostenerlo, aun cuando no se sacara de ello mas producto que lajas y pedernales; que ella no se paraba en lo de gastar, pues daba por bien empleado lo ya invertido y lo por invertir puesto que creia que nuestra fé se dilataria y que se abririan mas anchos horizontes á sus reynos; y ademas, que los que denigraban las espediciones no eran amantes de su corona."[1]

Pero por lo pronto, como el tesoro solo existia en nombre, la flota estaba ausente y no habia buques, ni tripulantes, ni municiones[2] de que disponer, fué forzoso esperar á que el tiempo proveyera.

La venida de la princesa doña Margarita quedó durante largo plazo en la incertidumbre, porque, á pesar de que se sabia que al cabo de un penosísimo viaje habia llegado felizmente á Middelbourg la infanta doña Juana, por espacio de muchos meses vientos contrarios detuvieron á la escuadra española en los puertos flamencos, donde los efectos del clima enjendraban dolen-

I. Cristóbal Colon. *Relacion á los reyes católicos sobre el tercer viaje del almirante.* Coleccion de Navarrete, t. I.

2. "No habia naves, ni gente de mar, ni dinero de que echar mano."—Muñoz. *Historia del nuevo mundo,* lib. IV. § 3.

cias en los marinos. Doña Margarita, entretanto, aguardaba en Malinas á que los rigores de la estacion calmaran; pero el estado del mar lo mismo que el de los tripulantes, maltratados por la inclemencia de aquella temperatura, impidió á las naves aprestarse y levar anclas hasta el mes de Febrero. Mientras esto sucedia, la maternal solicitud de la reyna se hallaba vivamente contrariada, y Colon, respetando su cariñoso afan y cuidados, esperaba en silencio la ocasion propicia de hablarla de los descubrimientos, cuando al fin, en Marzo, se anunció la vuelta de la armada. Don Fernando, acompañado del infante don Juan, salió al encuentro de la princesa, que fué recibida con pompa estraordinaria en el alcázar de Burgos por la reyna, rodeada de lo mas florido de la grandeza y de los diputados de Aragon y Valencia; y el 4 de Abril, Domingo de Cuasimodo, los augustos novios quedaron bendecidos por el arzobispo de Toledo.[1] A las fiestas que precedieron el matrimonio sucedieron regocijos sin número, y durante veinte dias fué imposible á la reyna ocuparse de los destinos de Castilla en el nuevo mundo; mas desde esta fecha pensó seriamente en disponer una tercera espedicion de descubiertas.

IV.

El dia 23 de Abril dió Isabel una real órden para proceder á la compra, al precio corriente en el mercado,

1. Ferreras. *Historia jeneral de España*, t. VIII. p. 183.

de todos los objetos destinados á las Indias;[1] dictó instrucciones en lo tocante á la poblacion de las islas y tierra firme, y autorizó al almirante para tomar por cuenta del tesoro á trescientos treinta individuos de diversas clases y oficios, con destino á las Indias.[2] Con igual fecha mandó al tesorero de la factoria de Indias pagara los sueldos de aquellos á quienes el almirante ó el adelantado hubieran designado en debida forma, y en otro decreto eximió de derechos de entrada á las mercancias y municiones embarcadas por disposicion del virey. En este mismo dia tambien, estendió los poderes conferidos á Colon, permitiéndole aumentar hasta quinientos el número de los colonos; y con el objeto de darle una nueva prueba de la solicitud con que atendia á sus intereses le confirmó de la manera mas solemne los privilejios que le habian sido otorgados en la Vega de Granada.[3]

No obstante, este premio anticipado que se le confiriera en remuneracion de su primera empresa, no satisfacia al presente á la jenerosa Isabel que, comprendiendo que los descubrimientos posteriores de islas inmensas y numerosos archipiélagos, y tantas fatigas, peligros é inauditos servicios, eran acreedores á una muestra escepcional de gratitud, le ofreció, como heredamiento particular de su título, la posesion de un principado que se le constituiria en la isla Española, en el lugar y situacion que él mismo designara, el cual tendria una estension de cincuenta leguas de largo por veinticinco de ancho; y que, á su eleccion, se erijiria en ducado ó marquesado.[4]

1. *Testimonio legalizado.*—Archiv. del duque de Veraguas, rejist· en el sello de corte en Simanc.

2. *Cédula autorizando al almirante.*—Rejistrada en el archiv. de Indias en Sevilla.

3. *Coleccion diplomática.*—Documentos, n. CIX.

4. "Les souverains, non contents d'avoir de nonveau confirmé tout ce qu'ils avaient fait jusque-là en sa faveur, lui offrirent dans l'ile Espagnole un terrain á son choix, de cinquante lieues de longueur sur vingt-cinq de largeur, avec le titre de Duc ou de Marquis."—Charlevoix. *Histoire de Saint-Domingne,* liv. III. p. 160. in-4.

No hay duda que la oferta era seductora y que Colon, padre de familia, se hubiera así visto recompensado en su descendencia. Aquel ducado, verdadero principado, con una estension de mil doscientas cincuenta leguas cuadradas, le habria permitido fundar una poderosa casa para su hijo segundo, mientras el primero le sucedia en sus cargos y dignidades, como grande almirante del Océano y virey de las Indias. Pero el hombre de deseos, el contemplador del verbo, no daba cabida en su corazon á las consideraciones humanas; que en él la mision apostólica estaba sobre la paternal, y se debia á todos antes de darse á los suyos, pues teniendo proyectado desde el principio de sus espediciones el descubrir el espacio entero del globo, el circunnavegarlo y el libertar despues el santo sepulcro, temió que la natural aficion que pudiera infundirle tan dilatada propiedad y el cuidado y gobierno doméstico de sus dominios tentaran su corazon de padre, demoraran sus esploraciones, entibiaran el calor de sus casi evanjélicos trabajos y lo distrajeran, tal vez, de la contínua vijilancia con que se dedicaba á los intereses jenerales de la colonia; y con abnegacion cristiana renunció al réjio donativo.

Hasta hoy, la mayor parte de los historiadores habian admirado esta gran prueba de desinteres que, por sí, bastaria para hacer la apolojia de un grande hombre; pero el verdadero motivo de su sacrificio no habia sido referido. Este motivo, que él, modesto por escelencia, guardaba en lo mas secreto de su pecho, se ha interpretado de una manera puramente mundana, puesto que se ha dicho que temió que la envidia de los grandes acreciera con tamaña merced, y que los empleados del fisco lo acusaran de haber escojido el mejor terreno de la isla,[1] y de inmolar en aras de su provecho la utilidad pública. Débiles y pobres nos parecen estas considera-

1. Herrera. *Historia jeneral de las Indias occidentales.* Década 1. lib. III. cap. IX.

ciones sino pueriles, si tomamos en cuenta el fino temple del corazon del almirante; y no podemos admitir que hubieran hecho vacilar un momento á un carácter tan superior á los caprichos y reveses de la opinion. Decididamente que no habrian detenido á un hombre ávido de riquezas, ni á un alma familiarizada como la suya al vencimiento de los obstáculos; solo el poderoso influjo de su vocacion esplica su repulsa sublime.

La reyna, que proseguia preparando el gobierno de las Indias y coadyuvando al desarrollo de la colonia, prescribió el 6 de Mayo, que lo mismo los cargamentos que se espidieran con aquel destino como los de retorno, quedaran libres de gavelas, y tres dias despues mandó á los pagadores jenerales reembolsaran á el almirante de los anticipos que habia hecho á los que estaban en tierra de Indias.

Manifestóse el interes que Isabel se tomaba por Colon en la Real órden que firmó en 2 de Junio para que no se autorizara ni consintiera ninguna licencia que pudiese perjudicar á los derechos y privilejios del almirante; y en el mismo dia le concedió varias gracias relativas á los derechos del octavo y décimo.[1] El 19 le trasmitió las instrucciones para la buena administracion y tutela de la Indias.

Pero estas instrucciones, en las cuales se vuelve á demostrar la idea fundamental de la descubierta y el pensamiento eminentemente cristiano de Isabel, eran inútiles, puesto que Colon ni tenia soldados, ni marineros, ni colonos que quisieran pasar á las Indias, á pesar del cebo de la paga y de la esperanza de hallar oro.

Un testigo presencial nos esplica la causa de semejante repugnancia con las palabras siguientes: "Y porque aquellos que fueron á tierras de Indias con el almirante tornaban enfermos, abatidos y de tan mala color que mas

1. *Cédula haciendo várias mercedes al almirante.*—Coleccion diplomática, n. CXIV.

parecian muertos que vivos, cayeron los dichos paises en tanto descrédito que no se encontraba ninguno que quisiera ir á ellos. Porque, en verdad, añade el testigo, á la sazon paje del rey Fernando, he visto á muchos de los que entónces volvian y eran tales sus trazas que en mas de una ocasion pensé que si el rey me hubiera dado las Indias á trueque de quedar lo mismo bien me hubiera guardado de partirme para ellas."[1]

En este aprieto, gracias á las voces propaladas por los enemigos del almirante fué menester, para salir del paso, buscar en presidios y galeras quien se alistara para la Española. En efecto, publicaron SS. AA. un indulto comprensivo á todos aquellos de sus vasallos penados por algun crímen ó falta, con la condicion de servir en las Indias durante cierto tiempo. Júzguese de la fuerza de las prevenciones al saber que los sentenciados á muerte, permaneciendo allí dos años, y los condenados por delitos menores de los que jeneralmente se purgan con la vida, en uno quedaban libres y cumplidos. Así es que, salvo el caso de herejia, de lesa majestad, de incendio y fabricacion de moneda falsa, todo linaje de hombres depravados, toda la escoria de la sociedad española podia, yendo á su costa á la colonia, tornar á su patria, trascurrido este tiempo, plenamente rehabilitado.[2] Una real órden, circulada á todos los justicias, mandaba que, se trajeran los sentenciados á galeras y cadenas á la disposicion del asistente de Sevilla, que estaba encargado de ponerlos en poder del almirante cuando estuviese todo dispuesto para su embarque.[3] Al mismo tiempo mandó Isabel fletar bajeles á precios moderados, y facultó al virey para repartir entre los colonos tierras á propósito para formar en ellas establecimientos, bajo ciertas condi-

1. Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral de las Indias occidentales*, lib. III. cap. IV.—Traduccion de Juan Pouleur.
2. *Indulto á todos los súbditos.*—Rejistrado en el sello de corte en Simancas.—COLECCION DIPLOMATICA, n. CXX.
3. Publicada en el libro de pragmáticas, recopilada por Ramirez en 1503, fol. 170.

ciones. Entónces fué cuando la reyna, instruida de lo pasado con el P. Boil, con Pedro Margarit y varios caballeros aragoneses, que porque no eran súbditos de la corona de Castilla se creian independientes en la Española, prohibió espresamente á los no nacidos en sus dominios trasladarse á las Indias occidentales. Justo parecia que, pues la descubierta tuvo lugar á costa de Castilla, su soberano solo recojiera sus provechos, con esclusion de los estranjeros;[1] pero la opinion pública atribuyó la medida á influjo de Colon.

Ratificó Isabel el nombramiento de don Bartolomé como adelantado de las Indias, aunque el rey, ofuscado y pretendiendo que tal destino era demasiado importante para que Colon hubiera podido hacerlo directamente sin prévia vénia de SS. AA., hizo que en la cédula se nombrara lisa y llanamente á don Bartolomé, Adelantado, con fecha 22 de Julio, sin mentar para nada lo hecho antes por el virey.

Sin embargo de las benévolas disposiciones de Isabel, manifestadas desde el mes de Julio de 1496 para una nueva espedicion de descubrimientos, corria el de Setiembre de 1497 sin que las oficinas de Sevilla hubieran asegurado los medios de llevarla á cabo. Colon habia pasado un año entero esperando, solicitando en vano, el pago de los sueldos que se debian á aquellos hombres, cuya mayor parte lo disfamaron; pero por los cuales abogaba porque habian sufrido. Mas las inquietudes y desvelos que mas desazonado traian á Colon no provenian de estas demoras sino de la situacion en que dejó la isla, desprovista de todo lo necesario; situacion que él se representaba con mas negros colores aun que lo hicieron el P. Boil y sus secuaces, y que, por desgracia, era exacta.

Presto, una desgracia pública vino á dilatar el plazo

1. Oviedo y Valdes. *Historia natural y jeneral de las Indias*, lib. III. cap. VII.

de los preparativos de marcha.

El príncipe de Asturias, don Juan, presunto heredero de las coronas de Castilla y Aragon, acompañado de su jóven esposa doña Margarita, habiendo llegado á Salamanca, cuyos habitantes lo recibieron con señaladas muestras de entusiasmo y lucidos festejos, se sintió atacado al cuarto dia de su estada en las orillas del Tormes de una fiebre lenta, síntoma de un marasmo, cuya causa oculta dió al traste con todos los recursos de la ciencia de curar. Las fuerzas del réjio vastago se disipaban á ojos vista, y el 4 de Setiembre exhaló el último aliento, dando pruebas de valor heróico: su padre no pudo llegar á su lado hasta la hora postrera. Y como en aquellos mismos instantes se encontraba la reyna ausente y ocupada en los preparativos de las bodas de su hija mayor doña Isabel, que á fuerza de súplicas habia decidido á tomar por esposo al rey de Portugal, la ocultaron el terrible suceso. Grandes y pequeños vistieron ropas de duelo por espacio de cuarenta dias;[1] y sobre las puertas de todas las ciudades se izaron banderas negras; que la nacion española sentia, cual si fuera una familia, la pérdida de tan cumplido príncipe.

El domínico Fr. Diego de Deza, primer defensor de Colon ante la junta de sábios y antiguo preceptor del malogrado don Juan, ocupaba á la sazon la silla episcopal de Salamanca. De maestro, tornado amigo, y habiendo quedado de padre espiritual de su real discípulo, no se apartó de su cabecera, lo asistió hasta el último instante, y en su catedral se inhumó su cadáver. El amoroso corazon de Diego de Deza se habia aficionado al príncipe con ternura verdaderamente paternal; habia infundido su ciencia al vástago de la grande Isabel y lo

1. "Grandes y pequeños se vistieron de xerga blanca, que fué la última vez que se usó esta manera de luto en Castilla."—Gil Gonzalez de Avila. *Historia de Salamanca*, lib. III. cap. XIX.

amaba como al hijo de sus desvelos y de sus vijilias; fué el objeto de su complacencia y de su predileccion tanto que, al perderle, no podia contener en público sus lágrimas cuya abundancia le privaba de celebrar el santo sacrificio de la misa, sobre todo, en el templo donde descansaban los restos humanos del hijo de su intelijencia, y en el cual no tuvo ya fuerzas para oficiar. Diéronle entónces el obispado de Palencia.

En cuanto á Isabel sabido es lo que tan terrible golpe estremeció su ser, porque de aquel dia dató la ruina de su vigorosa naturaleza, naturaleza que no habian podido marchitar ni el cansancio de la guerra, ni los trabajos del despacho, ni las vijilias de la corte. Pero la reyna supo dominar los dolores de su corazon de madre para no descuidar los intereses de su pueblo.

No obstante, participando de las amarguras que inundaban el pecho de esta soberana idolatrada, y aflijido de su afliccion tuvo Cristóbal Colon ánimo bastante para guardar silencio hasta el dia 23 de Diciembre, en que, viendo la imposibilidad de vencer la resistencia pasiva de las oficinas de Sevilla, al decir de las cuales, no podian aprovisionarse los bajeles á causa de los escesivos precios que pedian los traficantes y de la poca priesa que mostraban en hacerse cargo de los abastos, se hizo autorizar, junto con el obispo Fonseca, para fijar el precio de las municiones de boca y guerra, destinadas á las Indias, para buscar contratistas á esos precios, y para, á falta de ellos proveer á lo mejor posible.[1]

Así, despues de dieziocho meses de paciencia, el grande almirante del Océano, el virey de las Indias, se vió reducido á recorrer en persona las tiendas para comprar habichuelas, habas, arroz, vino, cerdo salado, garbanzos, aceite, regatear sus valores y asegurarse de la calidad de todo. No fueron este papel estraño y esta fatiga sus

1. *Cédula de* 23 *de Diciembre* 1497.—Coleccion diplomática. Documentos n. CXXIV.

menores sacrificios. Mucho tiempo despues recordó dos veces en un mismo documento con cuanto trabajo "obtuvo las provisiones de granos, vinos y viandas"[1] para sus buques, y un historiógrafo real habla tambien de sus imponderables afanes. Pero, á pesar de sus esfuerzos, no pudo con la suma provisional que tenia recibida preparar mas que dos carabelas. Sus presentimientos de la miseria en que debian hallarse los colonos de la Española lo indujeron á despacharlas sin demora bajo las órdenes del capitan Pedro Fernandez Coronel, que se partió á los primeros dias de Febrero del año de 1498.

Por entónces, la reyna, dando una nueva prueba de afecto al almirante, tomó en su casa con cargo de pajes á sus dos hijos, don Diego y don Fernando.

Y parece que tambien insistió S A. de nuevo para hacer que aceptara Colon en heredamiento el pequeño reyno particular de 1250 leguas cuadradas que antes le ofreciera crear en la Española; pero el almirante se mantuvo en su primera jenerosa palabra,[2] si bien la reiterada atencion de la reyna y su cuidado por sus intereses le sujirió la idea de disponer, en definitiva, para lo venidero, en lo tocante á la inversion de las rentas y productos que aseguraban á su descendencia, por derecho de primojenitura, el cumplimiento de lo convenido entre él y la corona de Castilla en la Vega de Granada.

1. *Relacion á los reyes católicos sobre el tercer viaje del almirante.*—Coleccion de Navarrete.

2. "Mientras el almirante daba órdenes para su viaje, los reyes católicos que le tenian grande aficion á causa de su mucha prudencia y de las fatigas que soportaba para el engrandecimiento de la relijion.... le otorgaron de nuevo cincuenta leguas de tierra en la isla Española, del E. al O. y de veinticinco de N. á S. con el título de duque ó de marqués, pero el almirante suplicó á SS. AA. que no le hicieran aceptar las cincuenta leguas, &c.... Herrera. *Historia jeneral de las Indias occidentales,* década 1. lib. III. cap. IX.

V.

Entónces, con el asentimiento de su noble protectora, resolvió el almirante fundar un mayorazgo que perpetuara en su descendencia el recuerdo de su descubrimiento y el resultado de sus trabajos, y en su consecuencia, el dia 22 de Febrero de 1498, hizo por medio de un documento auténtico, la institucion del mayorazgo. Sin entrar en los pormenores de este interesante instrumento, señalaremos solo algunas estipulaciones que revelan el carácter, la vida íntima y la fé del hombre que duplicó el mundo.

En primer lugar, su fundacion, que vá á ser el arca, por decirlo así, en que se encierren el fruto de su constancia y de sus desvelos, la hace en nombre de la santísidad Trinidad, "porque, dice, ella me puso en memoria y despues llevó á perfecta intelijencia que podria navegar é ir á las Indias desde España, pasando el mar Océano al poniente."[1]

Luego añade que, por la gracia de nuestro señor todopoderoso, descubrió por los años de 1492 la tierra de las Indias y otras numerosas islas, que así fué como nuestro señor le dió la victoria sobre el error y la incredulidad, y que, como en su consecuencia, espera con certidumbre que antes de mucho los derechos que se le han otorgado sobre dichas islas y tierra firme, darán productos de consideracion, se propone fundar un mayorazgo.

Pero este mayorazgo, esta acta solemne y testamen-

1. *Institucion del mayorazgo.*—Coleccion diplomatica. Documento, n. CXXVI.

taria, cuyos efectos iban á ser el complemento de su gloria y la recompensa permanente de sus vijilias en las personas de sus hijos, antes de instituirlo, de sentar sus condiciones y cargas, y aun de enunciarlo, lo coloca, tal como lo concibe en su pensamiento, bajo la especial proteccion del jefe de la Iglesia. Como ha trabajado por la gloria de Jesu-Cristo y en su vida preparado un grande acrecentamiento á la cristiandad, confia el respeto á los privilejios que vá á crear y la integridad de su fundacion á la vijilancia y á la autoridad del soberano pontífice, y pues la instituye "para que sea servicio de Dios todopoderoso,"[1] á los rayos de su Iglesia comete el mantenimiento de su voluntad suprema.

La institucion de un mayorazgo no es otra cosa las mas de las veces que la consagracion del orgullo y de la predileccion paternal para una posteridad vanidosa; pero en el que nos ocupa, la humildad cristiana y la síncera adhesion á la Iglesia, se patentizan desde la primer frase.

Colon constituye por heredero á su hijo mayor don Diego, y en su defecto, al primojénito de sus nietos, pues la trasmision debia efectuarse por derecho de primojenitura; y manda á sus herederos no pongan en su firma mas que el título de almirante, sin enumerar ninguna de sus otras dignidades, y que el poseedor del mayorazgo deberá hacerlo con la misma fórmula suya. Esta fórmula, compuesta de iniciales, era una oracion, porque, siempre en presencia de Dios, al comienzo de cuanto escribia, hacia una cruz y terminaba con una plegaria en forma de rúbrica.[2]

1. "Porque sea servicio de Dios todopoderoso."—Institucion del mayorazgo, § 3. *Coleccion diplomática.*

2. Su rúbrica estaba formada de las iniciales siguientes, dispuestas asi:

S.
S. A. S.
X. M. J.
XPO FERENS.

Lo cual queria decir: Servus Supplex Altissimi Salvatoris, Christus, Maria, Joseph. Christo Ferens.

Dicho lo cual, obliga al poseedor del mayorazgo, "en memoria de Dios eterno y todopoderoso," á distribuir á los pobres el diezmo de sus rentas; pero entre ellos, el heredero deberá dar la preferencia á los individuos necesitados de la familia del fundador. Así es que el mismo que en un documento solemne en que estaban llamados á intervenir el papa, los reyes católicos, los ministros, y de contado la nacion Española, la república de Jénova y los estados del nuevo mundo escribió, "que no era él el primer almirante de su familia,"[1] y que comparaba á los favores que derramó el señor sobre David las gracias que le tenia concedidas, no vaciló un instante en dejar consignada la pobreza de los suyos.

Concluidas las precedentes disposiciones llega Colon al piadoso objeto de su solicitud, último término de su ambicion en el mundo, el rescate del santo sepulcro.

Prueba la obligacion en que se hallan todos los hombres que tienen bienes, de servir á Dios, bien sea con su persona, bien con las riquezas que de él hayan recibido. Recuerda que en la época en que él trabajaba para ir á la descubierta de las Indias, tenia la intencion de suplicar á los reyes emplearan los beneficios todos de las Indias en acometer la conquista de Jerusalen, y que por lo tanto, el heredero del mayorazgo cuidará de reunir grandes sumas á fin de ir con los reyes á la conquista de Jerusalen, y en caso de no ser así partir solo con cuantas fuerzas pueda.[2] Recomienda, para que el tesoro destinado á estos gastos acreciente, se impongan las economías anuales en el banco de San Jorje, en Jénova, y espera que SS. AA., viendo intentar tal empresa, querrán ayudarle á llevarla á cabo.

1. *Carta del almirante á doña Juana de la Torre, nodriza del príncipe heredero.*

2. "Para ir con el Rey nuestro señor, si fuere á Jerusalen á le conquistar, ó ir solo con el mas poder que tuviere."—INSTITUCION DEL MAYORAZGO.—*Coleccion diplomática,* docum. n. CXXVI.

Consignada la emancipacion de los santos lugares, se ocupa Colon de asegurar la independencia temporal de la santa sede contra las eventualidades de lo porvenir; y como si presintiera la venida del protestantismo, que poco despues habia de surjir cual un fantasma de la oscuridad de un claustro de Alemania, cuida de garantir al soberano pontífice de sus ataques, y aun de su deposicion. Sus propias palabras no dejan el mas leve jénero de duda acerca del pensamiento del servidor de Dios.

"Item, Que si en la Iglesia de Dios, por nuestros pecados, naciere algun cisma ó que por tirania alguna persona de cualquier grado ó estado que sea ó fuere, le quisiere desposeer de su honra ó bienes, que, so la pena sobredicha, se pongan á los pies del santo padre, salvo si fuese herético, (lo que Dios no querrá,) la persona ó personas, se determinen é pongan por obra de la servir con su fuerza é renta é hacienda, y en querer librar el dicho cisma, é defender que no sea despojada la Iglesia de su honra y bienes."[1]

Considerando esta solicitud por la existencia temporal de la santa sede, diríase que el revelador del globo entrevió la herejia que debia nacer en el convento de agustinos de Wittemberg, y el terrible sacudimiento por el cual iban á separarse de la unidad espiritual la mayor parte de los estados de Alemania: el Brandeburgo, la Sajonia, el Mecklemburgo, la Pomerania, el Wurtemberg, la mayor parte de la Suiza, la Prusia, la Dinamarca, la Noruega, la Suecia, la Inglaterra, la Escocia, &c. Tan considerable desmembracion podia infundir temores de que el cisma estendiera sus ramas sobre Roma, donde, en efecto, procuró penetrar, y en tales circunstancias el mayorazgo hubiera servido de poderoso y eficaz auxilio, en razon á que sus rentas debian elevarse anualmente á mas de veinticinco millones de maravedis.

1. Institucion del mayorazgo. *Coleccion diplomática,* docum. n. CXXVI.

El almirante quiere ademas que su heredero construya en la magnífica Vega Real de la Española una iglesia, en honra de la INMACULADA CONCEPCION de la Vírjen bajo la invocacion de *Santa Maria de la Concepcion*; que erija un hospital de los mejor organizados, y que funde, tambien en la misma isla, una facultad de teolojia, compuesta de cuatro cátedras, especialmente destinada á la instruccion de aquellos que se dediquen á la conversion de los indios, dejando á su heredero en la obligacion de que, cuando acrezcan las rentas del mayorazgo, aumente el número de las cátedras y las subvenciones á los evanjelizadores de los naturales, y añade: "Y para esto no haya dolor de gastar todo lo que fuere menester."[1]

En este testamento se refleja el alma entera de Colon. En todas sus disposiciones se advierte, que quiere que prevalezcan despues de él sus ideas constantes, y desde el fondo de su sepulcro esperar el objeto verdadero de su vida, objeto tan grande á sus ojos que, comparativamente, sus descubrimientos, no eran mas que el medio y la preparacion.

Así:
Pagar el diezmo á Dios en los pobres,
Libertar el santo sepulcro,
Asegurar la independencia temporal del papa,
Consolar á los enfermos, y
Trabajar en la conversion de los indios.

Hé aquí lo que se proponia el mensajero de la cruz: gloriosa tarea cuyo cumplimiento exijia de su heredero que debia ser por consiguiente su continuador.

La sola institucion del mayorazgo nos parece la mejor respuesta que pueda darse á los que retrospectivamente acusan de avaro y de ambicioso á tan ilustre cristiano, pues en él el desinteres fué cosa tan natural y sen-

1. INSTITUCION DEL MAYORAZGO. *Coleccion diplomática*, docum. n. C XXVI.

cilla que lo supuso en su heredero, y si le recomendó que atesorase, fué con el objeto de que pudiera gastar con mas eficacia en pró de la Iglesia.

No se habia fijado bastante aun la atencion en el celo por la casa del Señor que ardia en el pecho del servidor de Dios.

Y, sin embargo, preguntamos nosotros, se sacrificó jamas un seglar con tanto ardor por la Iglesia? Semejante abandono, abnegacion tan absoluta, sentimientos como los de Colon, no son sínceramente los de un apóstol? Qué mas hubiera podido hacer un santo, si hubiera sido grande almirante y virey que sacrificar sus dias, sus noches, su reposo, sus peligros, sus privaciones, sus economias y hasta las de sus hijos á la Iglesia católica, preparando de esta manera en su mayorazgo un recurso estremo á las necesidades del soberano pontífice, en caso de ataque á desposesion?

Acaso se manifestó algun cristiano mas constantemente preocupado por el sepulcro del salvador, la gloria del Evanjelio y la dignidad del pontificado? Hizo alguna vez algun hombre sacrificio mas completo de sus afanes? No solamente aseguraba Cristóbal Colon al pontificado el concurso de su mayorazgo y de las armas de sus herederos, sino que llegaba, en caso de necesidad, hasta á despojarlos enteramente para socorrer la independencia y la ortodoxia de la santa sede!

VI.

Sin embargo del apoyo decidido de la reyna, necesitó emplear el almirante los meses de Marzo, Abril

y una parte de Mayo en reunir las cosas necesarias á la colonia, así como tambien á su nueva espedicion. Su constante actividad consiguió burlar la calculada inaccion del ordenador jeneral y vencer cuantos obstáculos le suscitaba la malevolencia de sus oficinas, de tal manera que, á fines de Mayo, se veian en Sanlúcar de Barrameda seis carabelas dispuestas á zarpar. Pero esta partida que era como un triunfo interior exasperaba á don Juan de Fonseca y á sus hechuras. Hasta entónces el almirante no habia recibido ofensas sino indirectamente ó con cierta mesura; pero en aquella hora se resolvió agraviarlo de la manera mas violenta y pública.

Un cierto judio llamado Jimeno de Bribiesca que tuvo por conveniente, tiempos atrás, recibir el agua del bautismo, y á la sazon oficial pagador, queriendo recorrer con rapidez el escalafon y asegurarse el apoyo de su jefe don Juan de Fonseca, se vendió á él.

En muchas ocasiones habia intentado Jimeno irritar y ofender al almirante; pero el dia del embarque lo siguió al muelle injuriándolo de la manera mas asquerosa, y aun parece que se atrevió, para colmo de vileza á acosarlo hasta á bordo, provocándolo con sus denuestos y brutal palabreria. Sabido es que en el momento de embarcarse se encomendaba Colon principalmente á Dios y á la santa Vírjen, disponiéndose á su empresa con actos particulares de piedad. Su corazon, pues, en esos instantes, se hallaba predispuesto al perdon, rebosando efusion cristiana y con mas fuerzas naturalmente para soportar las injurias. Pero aquel dia la ofensa fué tan grave é infame, tanto por su persistencia como por su mal jénero, que el viejo marino se acordó de lo que se debia á su rango de almirante. A mas, la impunidad podia acarrear consecuencias desastrosas, el hecho habia tenido lugar á los ojos de las tripulaciones, compuestas de criminales y de bandidos y de la multitud que pululaba por el muelle, y su jente iba á interpretar su paciencia por debilidad y cobardia. En el momento de

zarpar convenia, sin duda, para salvacion de la escuadra y mantenimiento de la disciplina, fundado en el respeto á la fuerza, probar en el acto y en el mismo terreno que nada influian los años en el vigor del almirante y que tan bien sabia hacer respetar su persona como ejecutar sus órdenes.

El ex-judio que se ensangrentaba contra él era el emisario del corrillo de calumniadores que siempre se opuso á sus empresas, y añadia á su bajeza personal las infamias de sus jefes. Mas, su impudencia encendió en santa cólera al virey que se veia mofado por su mansedumbre y denostado como viejo, impotente y débil, y recobrando repentinamente la fuerza de su juventud, menos agoviado por sesenta y dos inviernos que por cuarenta y un años de contínua navegacion, el patriarca del Océano se irguió indignado, majestuosamente dió un paso hácia su ofensor, levantó su temblorosa mano y la estampó en el rostro del miserable Bribiesca que dió consigo en tierra anonadado. El almirante entónces se limitó á castigar con el pié al abyecto ladrador, que se desapareció entre el jentio que lo silbaba, ocultando bajo su humillacion y finjidas lágrimas su nauseabundo gozo, porque desde aquel instante tenia hecha su fortuna.

Equivocadamente los escritores de cierta escuela se han complacido en considerar el castigo dado á Jimeno por el almirante como indicio de su carácter arrebatado cuando no fué sino lisa y llanamente táctica de á bordo, y Colon no cedió ni á la vivacidad de su jenio, ni al amor propio ofendido, é hizo lo que debia hacer, segun las costumbres de la jente de mar de su tiempo, y la necesidad del momento.

Cualquiera que hubiese sido la actitud de Colon en tales circunstancias, ni la mas reflexiva prudencia le hubiera podido preservar del escollo puesto en su camino con astucia tan infernal. Si se limitaba á castigar á Jimeno por mano de sus escuderos hubiera parecido desconfiar de su fuerza, acusar su vejez; y semejante mo-

deracion lo mataba moralmente pues lo privaba de su ascendiente personal en la escuadra y sobre los malhechores que conducia, y esto era precisamente lo que querian sus enemigos. Y si reprimia por sí mismo la insolencia, aun cuando no hubiera sido mas que con una reprension, habia en ello bastante motivo para inculparlo de vias de hecho, de violencia de mal carácter y de brutalidad, y por lo mismo, todas las acusaciones del P. Boil, de Pedro Margarit y del comisario Juan de Aguado, acerca de su iracundia y crueldad, quedaban sin réplica probadas.

Este incidente que hizo surjir don Juan de Fonseca fué ampliamente comentado en la corte por él y sus partidarios. Puesto que en el mismo suelo español, en un puerto de los reyes católicos el almirante trataba así á uno de sus oficiales, ¿á cuánto no debia atreverse en las apartadas rejiones en que su autoridad se ejercia sin intervencion? Jimeno, el infame esbirro de Fonseca, se tornó en objeto de compasion é interes de la corte; dolieron, consolaron al agresor y lo indemnizaron de su desazon, y la conducta del ofendido quedó reprobada por la opinion pública. No estaba allí para volver por su honra el virey; que habia levado anclas, recibiendo por despedida un ultraje, y presintiendo los vituperios que sobre él se lanzarian durante su ausencia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ERRATAS.

pág.	IX.	línea.	19.	su héroe	de su héroe.
"	XXXVII.	Nota	*	José Warlon	Joël Barlow.
"	L.	"	26.	Fristas	Freitas
"	LXII.	"	26.	juez de flota	juez de la flota
"	8.	"	24.	plugó	plugo
"	13.	"	12.	Duguay-Troniu	Duguay-Trouin
"	27.	"	9.	el Océano	del Océano
"	30.	"	3.	1746	1476
"	36.	"	14.	buscar	surcar
"	66.	"	22.	de los años, este	de los años este
"	97.	Nota	*	XCX	XCV.
"	272.	"	(4ª)	*las mer sur les clinas*	*la mer sur les climats.*
"	313.	línea.	17.	apelativo	apellido.
"	416.	"	16.	cargo de juez de primera instancia puesto	cargo que en nuestros dias equivale al de juez de primera instancia, puesto

INDICE.

PAJINAS.

Prefacio del traductor. . . . . VII.
Cartas de su santidad. . . . . XIV.
Prefacio del autor. . . . . XVII.

INTRODUCCION.

Indiferencia de los contemporáneos de Colon hácia su gloria. Constantes simpatías de la santa sede por su obra. Causas del olvido y desden á su memoria. Tendencias de nuestra época á rehabilitarla. Prevenciones recientemente inspiradas al público por la erudicion protestante. Acusaciones sistemáticas y complicidad retrospectiva de un corrillo estranjero. Error inevitable de los biógrafos acerca de la persona, carácter y situacion civil de Cristóbal Colon. Necesidad de una historia nueva de este héroe del catolicismo. . . . . XXI.

CAPITULO I.

Epoca y lugar verdaderos en que nació Colon. Calidad de su familia. Su niñez, su educacion, sus primeros servicios marítimos, y su imprevisto arribo á tierra de Portugal. . . . 1.

CAPITULO II.

Progresos marítimos de Portugal en tiempo del infante don Enrique. Estada de Colon en Lisboa. Su casamiento con la hija de un navegante. Sus viajes á Canarias, Azores y costa de Africa. Comunicacion de su proyecto al sábio florentino Pablo Toscanelli. Sus proposiciones de descubrimientos á Jénova, Venecia y Portugal. Atentado de la

corte portuguesa contra el proyecto de Colon. Ofertas del rey. Colon las rehusa noblemente. Su fuga secreta y llegada á Jénova, donde en vano reitera su oferta al senado. Parte para España. . . . . 16.

CAPITULO III.

Estado lamentable de Castilla antes del reinado de Isabel. Su exaltacion al trono de San Fernando. Creacion del poder de la nacion española por una mujer. Impulso literario, rejeneracion del espíritu nacional, y acrecentamiento del catolicismo. Retrato de la princesa que fué el mas gran Rey de los tiempos modernos. Su influencia en los destinos de España. . . . . 45.

CAPITULO IV.

El convento de franciscanos de la Rábida. Dudas cosmográficas de su guardian Fr. Juan Perez de Marchena. Llegada casual de Colon al monasterio. Hospitalidad que recibe y amistad que se establece entre él y el P. Marchena, quien lo recomienda al confesor de la reyna. . . . . 72.

CAPITULO V.

Llegada de Colon á Córdoba. Desaires que recibe y soledad en que se encuentra. Su casamiento con doña Beatriz Enriquez. Apoyado por el clero obtiene audiencia de SS. AA. Colon ante la Junta de Salamanca. Incertidumbre de la corte. Nuevas demoras é infructuosas solicitudes. Sitio de Baza, en el cual milita Colon en las filas subalternas. Tornan á ocuparse de su proyecto en la corte. Renacen las dudas. Colon, resuelto á trasladarse á Francia, pasa por la Rábida, donde Fr. Juan Perez lo detiene. Encamínase el guardian en busca de Isabel *la católica* para hablarle en favor de Colon. 84

CAPITULO VI.

Asiste Colon á la entrega de Granada. Acepta por fin la reyna su proyecto; pero sus consejeros la disuaden de que lo ponga por obra. Parte Colon para Francia. Isabel despacha un correo que lo conduce de nuevo á Granada. Accede á todas sus demandas, y dá órdenes á las autoridades de Palos referentes á la espedicion. Pánico de los marineros al tener noticia de que iba á emprenderse un viaje á la mar Tenebrosa. Predicaciones náuticas del P. Marchena. El

celoso franciscano atrae á Colon á los tres Pinzones, marinos ricos y esperimentados. Detalles circunstanciados de la espedicion y su carácter relijioso. Salida de Colon con tres carabelas. . . . . 112.

CAPITULO VII.

Averia preparada en la *Pinta*. Llegada á Canarias. Partida. Primera observacion de la variacion de las brújulas. Descubrimiento de la declinacion magnética. Nuevo aspecto del Océano. Pavor de los marineros. La mar herbácea. Conjuracion y alzamiento de las tres tripulaciones. Firmeza de Colon. Prosigue su viaje. Predice el descubrimiento para la noche del Viernes 12 de Octubre de 1492. . . . . . . 145.

CAPITULO VIII.

La isla de San Salvador. Santa Maria de la Concepcion. Archipiélago de las Lucayas. Isla Fernandina é Isabela. Busca del oro. La isla de Cuba. Mar de Nuestra Señora. Puerto Santo. Amor de Colon á la naturaleza. De la isla imajinaria de Babeque. Descubierta de la Española, naufrajio de la *Santa Maria*, hospitalidad del rey Guacanagari, y primer establecimiento de los europeos en las Antillas. . 175.

CAPITULO IX.

El almirante costea la Española. Ataque alevoso de los insulares á los españoles. Navegacion azarosa, y peligros y promesas de la tripulacion durante la tempestad. Gánanse las Azores. El gobernador portugues quiere apoderarse de Colon, y le arrebata traidoramente la mitad de los suyos. Recobra Colon su jente y prosigue su rumbo. Nueva tormenta. Forzosa arribada á Portugal. . . . . 230.

CAPITULO X.

Colon en el Tajo resiste animosamente á las intimaciones del almirante lusitano. El pueblo de Lisboa acude á ver su carabela. El rey de Portugal lo convida á pasar á su palacio y lo colma de distinciones. Los consejeros de la corona proponen al monarca el asesinato de Colon. Niégase á ello el rey, y honra su persona. La reyna, deseosa de oir sus relaciones, hace llamar tambien á Colon. Salida de la *Niña* para España. . . . . 244.

CAPITULO XI.

Llegada de la *Niña* á Palos. Recibimiento hecho á Colon. Llegada de la *Pinta*, y fuga precipitada de su capitan Martin Alonso Pinzon. Colon cumple los votos y torna á su celda. Sale para la corte. Su marcha triunfal. Su entrada en Barcelona. Acojida que le dispensa Isabel. Eco del descubrimiento. Testimonio de la Santa Sede en favor de Colon. Honores tributados á su injenio. Del cuento del huevo. . 253.

CAPITULO XII.

Preparativos para la segunda espedicion. Se organiza la primer oficina de las colonias. Nombramiento de un vicario apostólico acompañado de doce misioneros. Fr. Juan Perez de Marchena, nombrado espontáneamente por la reyna astrónomo de la espedicion, se embarca con su amigo en la capitana. . . . . 292.

LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Sale Colon del puerto de Cádiz con diez y siete velas. Llega á las Canarias. Se propone consagrar á la vírjen Maria las primeras tierras que descubra y se dirije por un rumbo desconocido á las islas Caribes. El 2 de Noviembre anuncia la tierra para el dia siguiente y se descubre en efecto al romper el alba. Huellas de antropófagos. El veedor Diego Marquez se estravia en la tierra de los caníbales. Vanos esfuerzos hechos para encontrarlo. Su vuelta inesperada. Dáse libertad á los cautivos hechos por los antropófagos. El almirante descubre sucesivamente la Domínica, la Guadalupe, Monserrat, Antigoa, Santa Cruz, Santa Ursula, y las Once mil Virjenes. . . . . 305.

CAPITULO II.

De cómo al desembarcar el almirante en la Española encontró destruído el fortin y asesinada su guarnicion. Todos acusan á Guacanagari, y solamente Colon rehusa creerlo cómplice de tan sangriento desastre. Intriga amorosa de Guacanagari á bordo de la Capitana. Fuga de una beldad

cautiva. La flota contrariada por el viento se detiene cerca de un paraje á propósito para fundar una ciudad. Levanta Colon los planos, pone la primera piedra y la dá el nombre de Isabela. Sobrecoje á los castellanos una enfermedad desconocida. . . . . 316.

CAPITULO III.

Desengaño de los aventureros. Fraude de los abastecedores de marina en Sevilla. Conspiracion contra el almirante. Espedicion á las montañas del oro. Construccion del fuerte de Santo Tomas. Enfermedades y penurias en la Isabela. Se niegan al trabajo los hidalgos. Colon vence su orgullo, y con su firmeza los salva. Rencillas del vicario apostólico contra el almirante. . . . . 331.

CAPITULO IV.

Division territorial de la Española entre los caciques. Colon, al prepararse para nuevos descubrimientos, instituye un consejo de gobierno. Parte con tres naves. Reconoce la costa de S. O. de Cuba, descubre la Jamáica, y torna á Cuba para saber si esta tierra es una isla ó un continente. Descubrimiento del archipiélago de los Jardines de la Reyna. Felicidad, peligros y trabajos de esta navegacion. Colon se dirije á las islas de los Caribes para reconocer las guaridas de los caníbales y destruir su marina y trabajaderos con el objeto de impedirles que fueran á devastar los pueblos pacíficos. De como cayó en profundo letargo y se le llevó, muerto en apariencia, á la Isabela. Arreglo entre Castilla y Portugal. Tratado de Tordesillas. . . . . 344.

CAPITULO V.

Encuentra Colon en la Isabela á su segundo hermano don Bartolomé, el jeógrafo, de quien no tenia nuevas de ocho años atras. Pronto restablecimiento del almirante. Recibe la primera carta que haya llegado de Europa al nuevo mundo. Regalos que le hace Isabel. Escesos cometidos durante su ausencia. Infame conducta de Margarit y del P. Boil. Conspiracion jeneral de los caciques. Mantiénese fiel Guacanagari por amor á Colon. Viene á buscar al almirante y le denuncia la trama. . . . . 369.

CAPITULO VI.

Intenta Colon romper la liga de los caciques y por medio de

una estratajema india se apodera de Caonabo. Desbarata los planes del artificioso caribe. Pelea de doscientos veinte españoles contra cien mil indíjenas. Organiza el almirante la recaudacion de los tributos impuestos á los pueblos vencidos. La reyna poetisa de Haiti. Conjuracion del hambre. 389.

CAPITULO VII.

Los desertores de la colonia, apoyados por las oficinas de marina, van á presentar sus quejas calumniosas contra la administracion de Colon y de sus hermanos. Hácese circular la noticia de su muerte. Llegada de don Diego á España. El ordenador le opone obstáculos que echa por tierra la firme voluntad de Isabel. El interes que manifiesta la reyna por Colon y sus hermanos, orijen de implacables odios contra ellos por parte de Fonseca y los oficinistas. Retrato del obispo burócrata Fonseca. Nómbrase un comisario con el encargo de informar acerca de las quejas contra Colon. Vuelta de don Diego á la Española. Ingratitud de Aguado. Ofensas que infiere á su protector. Su informe. Primera tormenta que se haya llamado Huracan. . . . . 400.

CAPITULO VIII.

Descúbrense minas de oro á orillas del Ozama. Pártese para Castilla Colon con Caonabo y treinta y dos cautivos indios. Las corrientes y los vientos los maltratan. Ganan la Guadalupe para tomar víveres. Aficion romántica de una princesa antropófaga á Caonabo. Indiferencia é indómito orgullo del cacique. Muere á bordo, así como su hermano. Hácese sentir el hambre. Sus pérfidos consejos. Quiere la tripulacion deshacerse de los indios y Colon los acorre. Predice Colon el dia en que se verá la tierra. Llegada á Cádiz. 414.

CAPITULO IX.

Hastiado Colon del mundo viste públicamente el hábito franciscano .Invítanlo SS. AA. á trasladarse á la corte. Llega, y á su vista olvida la reyna las acusaciones. Salida de la infanta doña Juana para Flandes. El lapidario de Burgos. Entrada en España de la princesa Margarita. Su casamiento con don Juan. Muerte inesperada del príncipe de Asturias. Afliccion de doña Isabel. Medidas que se toman con respecto á las colonias. Descrédito de las Indias en la opinion pública. Necesidad de reclutar colonos en los presidios y galeras. Rehusa Colon un estado de mil doscientas cincuenta leguas cuadradas, y el título de duque. Funda un mayorazgo. Conciertan sus enemigos ciertos ultrajes para inferírselos en los momentos de salir de Sanlúcar de Barrameda para su tercera espedicion. . . . . 426.




YC 27865
E111
.R8
v.1
235122

